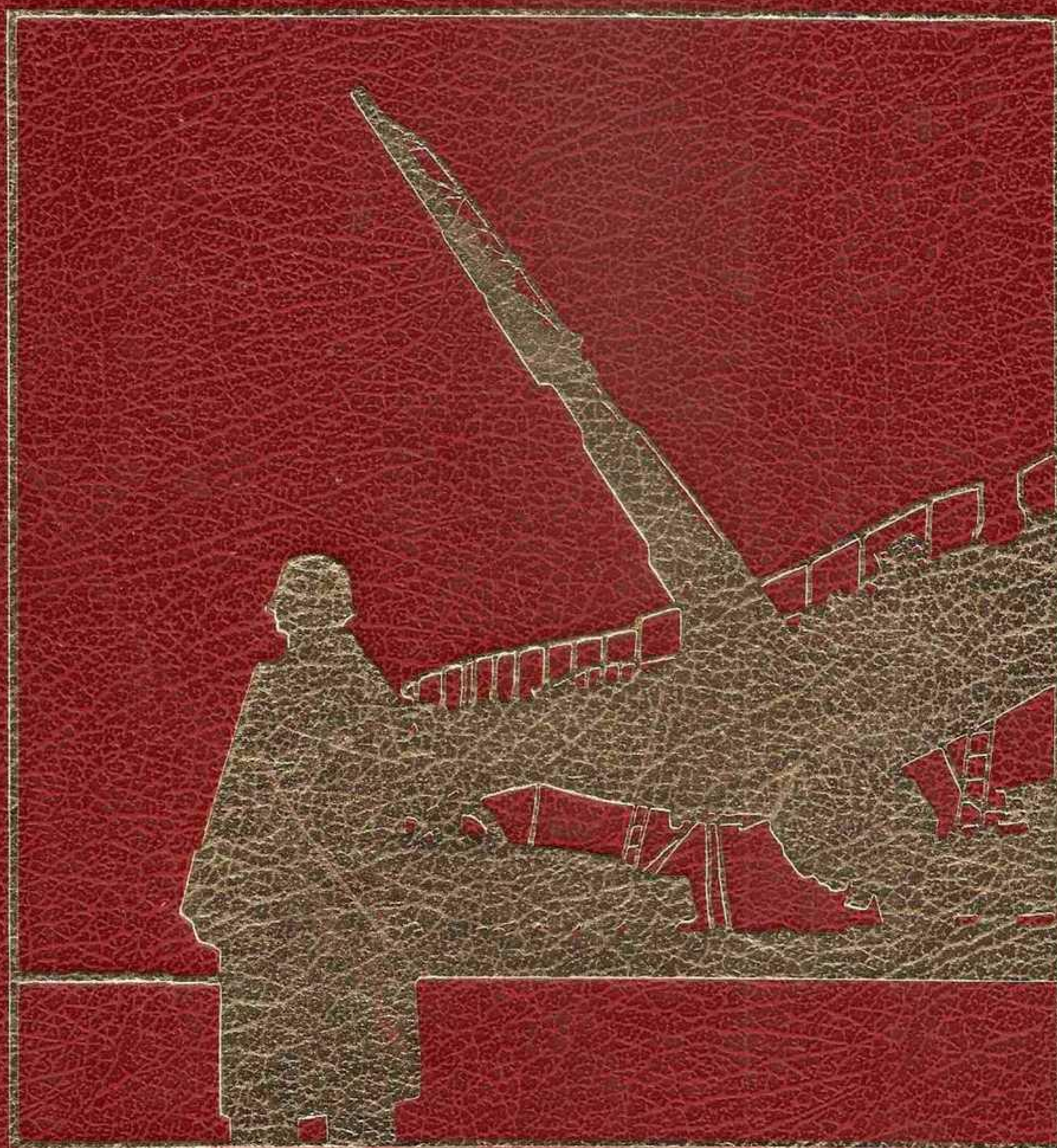
LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



3

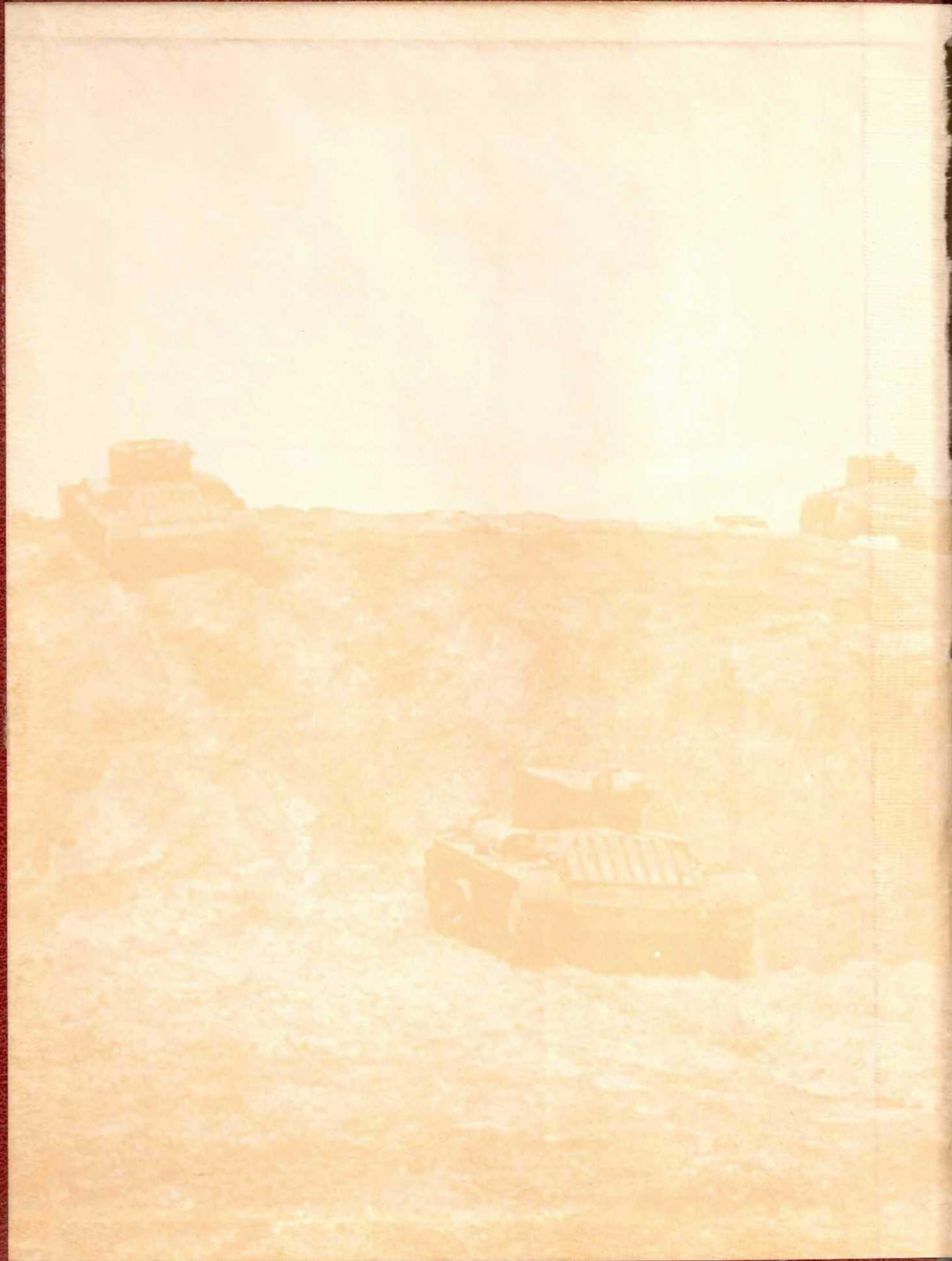
LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL

SARPE

LA SE
GU
MU









CRONICA MILITAR Y POLITICA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL





CRONICA MILITAR Y POLITICA DE LA GUERRA





SEGUNDA MUNDIAL

EDITA SARPE

CRONICA MILITAR Y POLITICA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

DIRECCION

Director de la edición	Mariano del Pozo
Director gráfico	Jesús Bernal
Coordinador general	José Antonio Vidal-Quadras
Director de producción	José Aguilera

COLABORADORES

Mario Francini
Giuseppe Mayda
Piero Pieroni

REDACCION

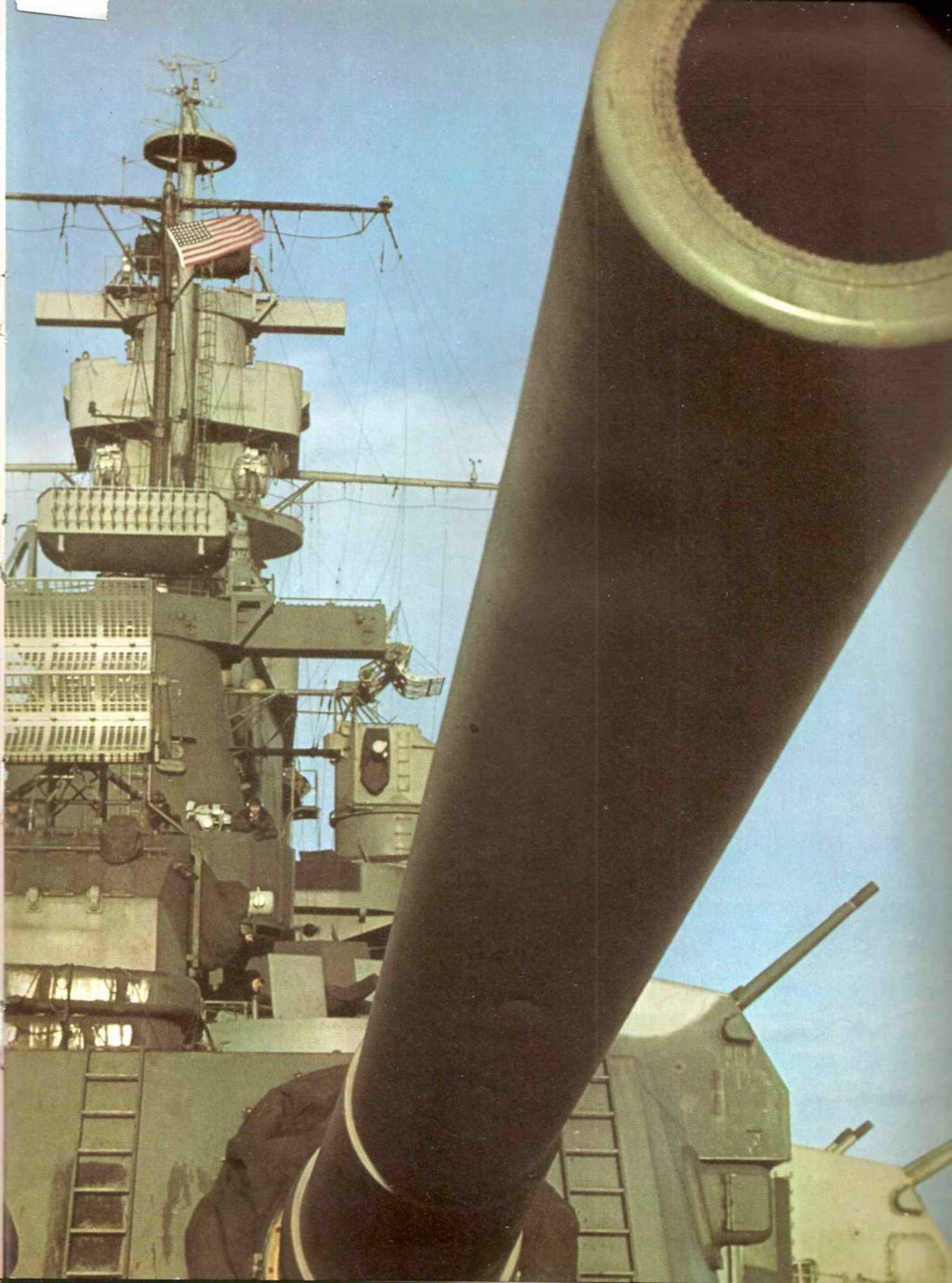
Redactor jefe	Antonio Semino
Documentación e investigación gráfica	Carla Bertini, Marcella Marcaccini
Revisión cartográfica	Jesús Bernal
Jefe de la Sección de Producción	Piergiorgio Palma
Diseño y confección	Marisol Barrio
	Elvira Manzano
	Renato Lazzarini
	Walter Mandolini
	Rolando Mazzoni
Consejero gráfico y artístico	Vittorio Antinori
Secretaria de Redacción	Conchita Arnau

Edita: S. A. de Revistas, Periódicos y Ediciones (SARPE).
Imprime: Novograph, S. A. Carretera de Irún, km. 12,450. MADRID-34.
I. S. B. N. 84-499-2763-3 (Obra completa).
I. S. B. N. 84-499-3083-9 (Tomo III).
Depósito legal: M-14353-1979.
I. S. B. N. 84-499-2764-1 (Fascículos).
Depósito legal: M-14354-1979.

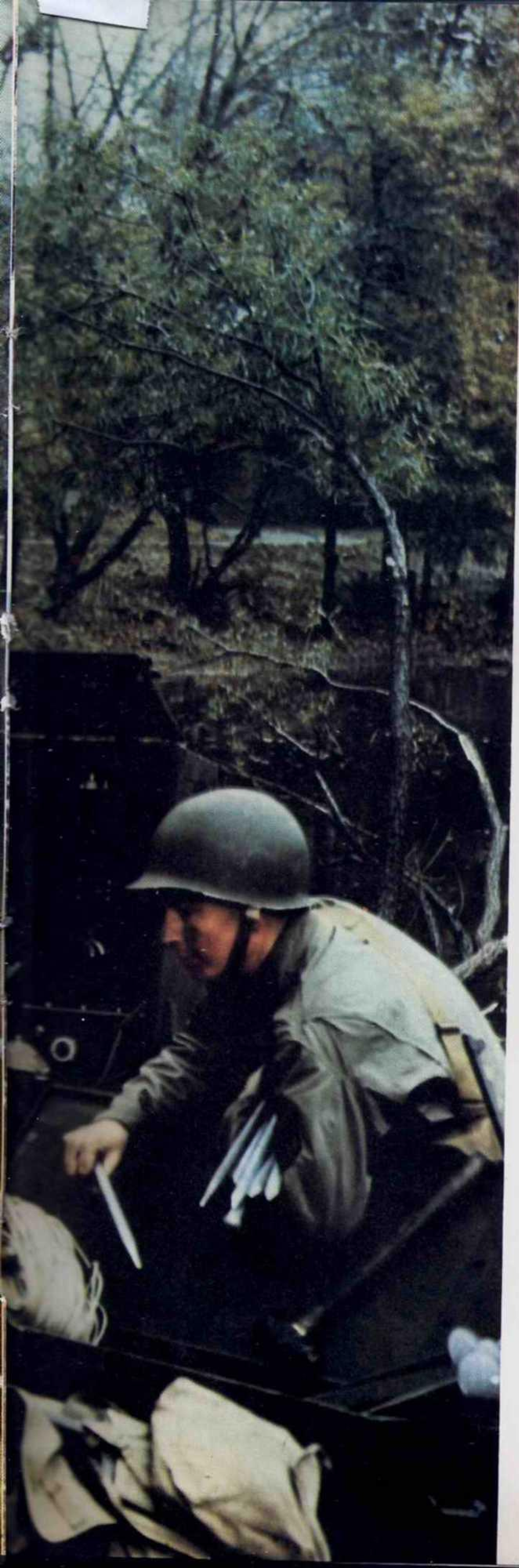
El editor agradece la colaboración prestada por los siguientes organismos: Ministerio de la Defensa y Oficina Histórica de la Marina, Roma; U. S. Army, Pentágono, Washington; U. S. Air Force, Arlington; U. S. Navy, Washington; Embajada Italiana en la República Federal Alemana; U. S. Marine Corps, Washington; John F. Kennedy Center, Washington; National Archive Library, Washington; Smithsonian Institute, Washington; United States Information Service, Roma; Imperial War Museum, London; Ullstein Bilderdienst, Berlín; Bundesarchiv, Koblenz; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz, Berlín; Bildarchiv Süddeutscher Verlag, Munich; Agencia TASS, Moscú; Novosti, Moscú; Oficina Histórica de Guerra del Ministerio de la Defensa del Japón; Musée Royal de la Guerre, Bruselas; Institut voor Oorlogsdocumentatie, Amsterdam; Interpress, Varsovia; Royal Canadian Navy, Ottawa; Australian War Memorial, Canberra.

1.ª Edición: abril 1978.
2.ª Edición: enero 1979.
3.ª Edición: abril 1979.
Adaptación libre de la obra «La Seconda Guerra Mondiale», de Arrigo Petacco. Armando Curcio Editore. Roma.

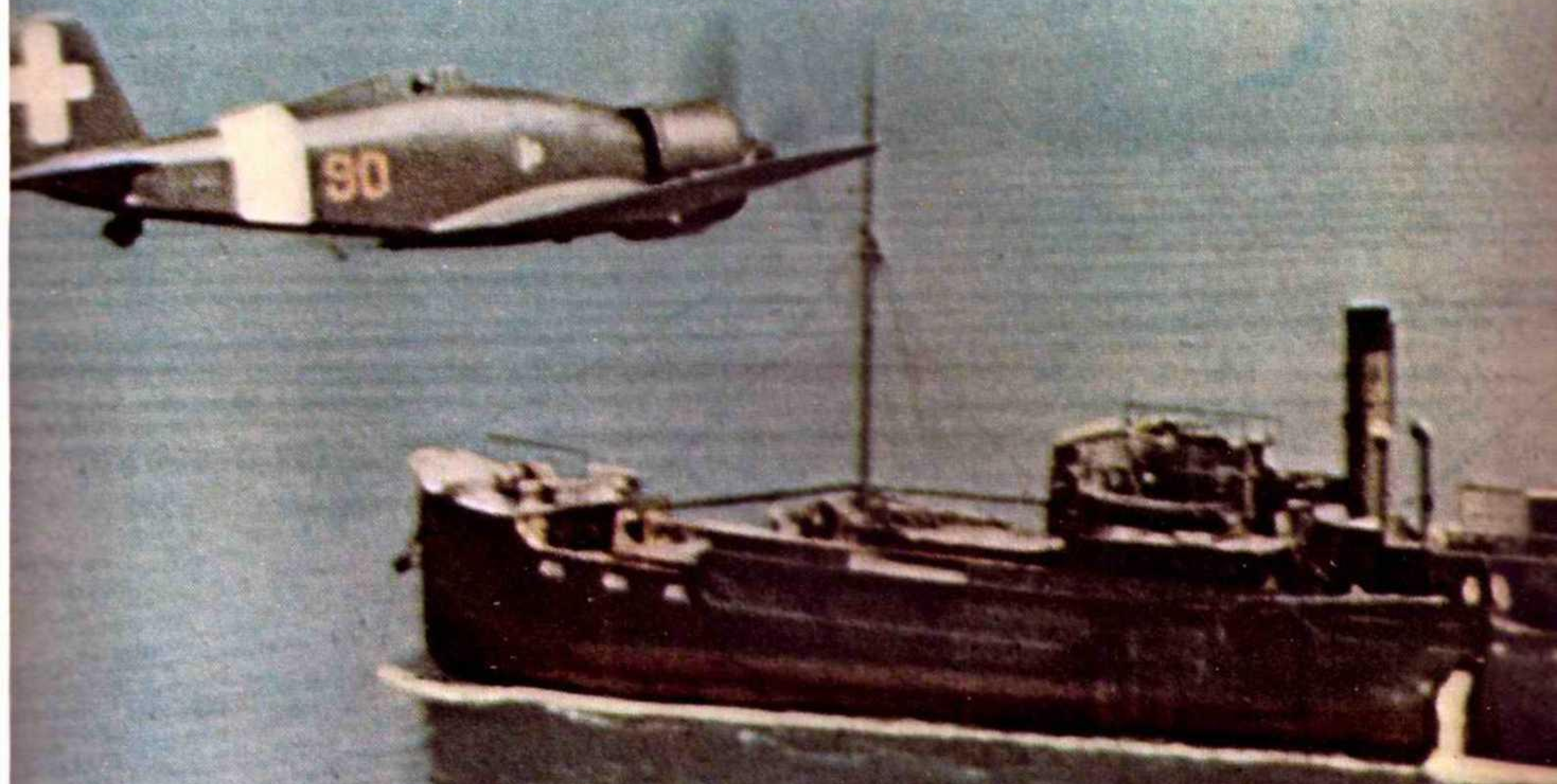
Edición realizada por:
S.A.R.P.E.
MADRID - CARACAS - BUENOS AIRES - MEXICO







VOLUMEN TERCERO


90

POR QUE NO FUE CONQUISTADA MALTA

Todo se hallaba dispuesto para desembarcar, pero, en el último instante, Rommel indujo a Mussolini a cambiar de idea.

En la primavera de 1942, en la zona del Mediterráneo, existían todas las condiciones favorables para permitir a Italia enmendar el craso error cometido al inicio de la guerra, cuando se renunció, sin justificaciones posibles, a la conquista de Malta. La serie negra de la Marina británica, que se había iniciado en noviembre con el hundimiento del "Ark Royal", del acorazado "Barham", de los cruceros "Repulse" y "Prince of Wales", y, finalmente con la eliminación, en el puerto de Alejandría, del "Valiant" y del "Queen Elizabeth", había neutralizado, prácticamente, la importancia estratégica de Malta que, por entonces, privada de toda posibilidad de abastecerse, andaba escasa de aviones, municiones, gasolina y víveres.



En realidad, desde finales del 1941, el Estado Mayor italiano había sometido a estudio un plan de desembarco en la isla. Este plan, denominado "Operación C3", había sido elaborado por los italianos en colaboración con expertos alemanes y japoneses. El proyecto adquirió consistencia en el transcurso de unos cuantos meses, gracias al decidido apoyo por parte del mariscal Kesselring, comandante alemán en el Mediterráneo, quien estaba totalmente de acuerdo con el jefe del Estado Mayor italiano, general Ugo Cavallero, acerca de la necesidad de conceder a la conquista de Malta una absoluta prioridad sobre todas las demás operaciones que pudieran tener lugar en Africa Septentrional. Kesselring, junto al Gran Almirante Raeder, comandante de la Marina alemana, era uno de los pocos alemanes que comprendían la importancia de la conquista de Malta para la guerra que Rommel estaba librando en Libia. Gracias a estas ayudas, y a la buena voluntad de los mandos italianos, deseosos de liberar las rutas del Mediterráneo de la continua amenaza que representaban los aviones torpederos que tenían su base en la isla de Malta, la "Operación C3" tomó cuerpo rápidamente y se creó, a propósito, una Formación Naval Especial (FNS) destinada a llevar a cabo la conquista de la isla.

A comienzos de la primavera de 1942, la fuerza de desembarco estaba prácticamente dispuesta. Su mando había sido confiado al almirante Vittorio Tur, que tenía como "segundo" al almirante Luigi Bianchieri. Tur había conseguido concentrar bajo sus órdenes un conjunto de fuerzas bastante considerable. La víspera de la proyectada operación sobre Malta, la FNS se hallaba compuesta por el regimiento "San Marco", tres divisiones de infantería (la "Friuli", la "Livorno" y la "Superga") a las órdenes de los generales Carboni, Kyrieleison y Lorenzelli, cuatro "Batallones M" de Camisas Negras y una agrupación especial de Granaderos de Cerdeña. En una segunda fase debieran ha-



En la página 785, un caza Fiat G 50 sobrevuela un carguero que forma parte de un convoy.

A la izquierda, un bombardero italiano S 79 en vuelo sobre Malta.

Arriba, una vista aérea de la isla, pocos minutos antes de una incursión de los S 79 italianos sobre el puerto de La Valeta.

ber entrado en acción la división de infantería "Cremona" y los batallones de paracaidistas y zapadores de la "Folgore".

Los medios navales a disposición de Tur comprendían a su vez los dos cruceros "Bari" y "Taranto", el mercante "Aspromonte", que había de ser utilizado como transporte para los carros de combate, y unos diez buques cisterna y de apoyo táctico, así como una flotilla de 120 paquebotes y lanchas requisadas. Las lanchas deberían ser utilizadas para transportar los primeros destacamentos del desembarco y constituían en su conjunto el elemento más interesante. Construidos sobre un modelo alemán por los astilleros de Monfalcone y de Ancona, estas naves desplazaban 250 toneladas, su eslora era de 39 metros y su anchura de 6,50. Calaban 120 centímetros a popa y solamente 40 a proa y se hallaban provistas de 3 motores cada una, capaces de desarrollar una velocidad de 10 nudos por hora. Sus motores eran los de los "Littorine", requisados al Ferrocarril del Estado.

La FNS comenzó a entrenarse para el desembarco previsto a finales del invierno de 1941. Los fotógrafos aéreos italianos, en los meses anteriores, habían hecho un buen trabajo en el cielo de la isla asediada. Todo el material fotográfico había sido centralizado en el Instituto Geográfico Militar de Florencia, que había procedido a la elaboración de un completo mapa de las defensas terrestres de Malta. Al término de la guerra se pudo demostrar que este trabajo había sido realizado con tal exactitud que, por ejemplo, el cálculo de la profundidad de las trincheras de Gozo difería de la realidad en tan sólo 40 centímetros. La acción bélica, evidentemente, debería basarse en la sorpresa. El plan de operaciones de la FNS se basaba en una serie de desembarcos en las zonas donde el enemigo se consideraba más seguro. Se eligió la costa sur-occidental de la isla, que se caracterizaba por escollos afilados de una altura que oscilaba entre los 16 y los 35 metros, que los ingleses consideraban inaccesibles por mar, y que, por tanto, eran los menos vigilados.

Los buceadores del "San Marco"

El problema fue resuelto por el Cuerpo de Ingenieros navales. A bordo de las lanchas de la primera formación se instalaron varias escaleras eléctricas "Bergomi", requisadas a los bomberos y a algunas empresas civiles.

Así pues, parecía que se trataba, más que de un desembarco, de un auténtico abordaje. Las dificultades técnicas y operativas eran, lógicamente, enormes. Era preciso alentar a los mandos para que se acostumbrasen a cualquier condición atmosférica y para que habitua-

sen a sus hombres a trepar y combatir desde unas escalas móviles que, a lo sumo, tenían una inclinación de 6 grados. Un destacamento especial de paracaidistas de la Marina, provisto de un equipo puesto a punto por el teniente de navío Wolk, fue entrenado para que se lanzase al mar e inmediatamente se transformase en un escuadrón de buceadores de combate. Los buques cisterna y los mercantes fueron provistos de puentes levadizos de abordaje de hasta 40 metros de largo, a la vez que era ideado un nuevo sistema de desembarco rápido de carros de combate desde las naves de transporte, por el coronel del Cuerpo de Ingenieros navales Spinelli. La acción del desembarco en el sur oeste debería ser apoyada por un lanzamiento de paracaidistas italianos y alemanes en la zona de La Valeta, mientras la II Luftflotte, que se hallaba en Sicilia, participaría en esta acción con una flotilla de planeadores de transporte y con un masivo bombardeo desde el aire. El plan tenía previsto algunos detalles bastante curiosos. Así, por ejemplo, el lanzamiento de centenares de maniquíes en paracaídas, al fin de engañar a los defensores (esta estratagema será posteriormente usada, con éxito, por los americanos en Normandía, en 1944). También estaba previsto que los buceadores del "San Marco" alcanzasen algunos puntos de la isla para simular un desembarco mediante el lanzamiento de bombas de humo e incendiarias. Otro gran problema a resolver fue el de mantener en secreto la existencia de la FNS de cara al espionaje inglés. No era tarea fácil. En algunas semanas se habían concentrado en Livorno más de 180 buques. Pero la acción de camuflaje tuvo éxito y los ingleses, en efecto, no tuvieron noticias de la amenaza inminente hasta muy entrado el mes de abril de 1942, cuando ya hubiera sido demasiado tarde para poner solución en el caso de que llegara la hora H de Malta. Los entrenamientos se realizaban en los sitios más solitarios y apartados de posibles observadores: primero en la desembocadura del Arno, y luego en las costas de Cecina. Paracaidistas, buceadores y zapadores se adiestraron en los alrededores de Civitavecchia, después en Castel Porziano y en el golfo de Gaeta. En abril se organizó la primera maniobra conjunta de todas las fuerzas, que tuvo lugar en Grosseto. Los regimientos permanecieron en el mar seis horas y desembarcaron en condiciones bastante similares a las reales, comportándose con brillantez.

Su preparación era constantemente seguida por el mariscal Kesselring, por el jefe del Estado Mayor, general Ugo Cavallero, y por el almirante Weichold, comandante de los destacamentos alemanes que hubieran debido tomar parte en la empresa. Cavallero, Kesselring y Weichold, junto a Tur, eran en cierto modo los padres espirituales de la proyectada acción: eran ellos quien la habían ideado, estudiado y presentado al Cuartel General del Führer. En mayo se organizó la última maniobra de entrenamiento, en presencia de Víctor Manuel III. La FNS realizó una demostración de desembarco en la punta rocosa del Romito, junto a Castiglioncello, demostrando sus componentes —como comentó el soberano— dotes casi acrobáticas. Todo estaba ya dispuesto.

También Hitler había dado su definitivo visto bueno a pesar de su innata aversión hacia las operaciones anfibias, que se había acentuado en él tras la sangrienta experiencia efectuada en Creta por sus paracaidistas.

Malta, hambrienta

El día 29 de abril, Hitler se había entrevistado con Mussolini, Cavallero y el mariscal Keitel en el castillo de Klessheim. El día siguiente las conversaciones habían continuado en el "nido de águilas" de Berchtesgaden. Allí el mariscal Jodl había presentado un excelente informe sobre la marcha de las operaciones en Rusia, afirmando que Leningrado caería a causa del hambre en primavera, mientras que, en el sur, Sebastopol sería tomada tras un intenso bombardeo, permitiendo de esta manera la continuación inmediata de la ofensiva alemana hacia el Cáucaso y hacia sus pozos de petróleo.

"Acerca de Malta", cuenta Cavallero en su diario, *"el Führer es de la opinión de que debe ser arrebatada a los ingleses. A este fin, ilustro las necesidades de medios y dispositivos indispensables.*

El Führer piensa que la operación debe basarse en el empleo de tropas desembarcadas por planeadores de transporte, las cuales preparen el desembarco de los paracaidistas, lanzando éstos donde la defensa antiparacaidista sea más débil. Es necesario efectuar la acción en Libia a finales de mayo y sobre Malta a mediados de julio. A título de curiosidad, añado al plan del Führer el de Napoleón, de 1798, para la conquista de la isla".

Todo está, por tanto, dispuesto para la acción. El mariscal Goering ordena el traslado a Italia de muchos planeadores de transporte. Según los proyectos de los mandos del Eje la primavera y el verano de 1942 deberían caracterizarse por un gran avance en Rusia y por dos acciones simultáneas en el tablero mediterráneo: una ofensiva de las fuerzas italoalemanas en Libia y la conquista de Malta.

Tal como se había establecido, la noche del 26 de mayo Rommel comienza su tercera ofensiva en el frente cirenaico, mientras el mando italiano desencadena nuevamente la ofensiva aérea contra Malta. Durante semanas, la isla está sometida a terribles bombardeos, utilizándose casi 300 aviones por día. La defensa británica es prácticamente anulada. En el transcurso de unos cuantos días, de los 198 "Spitfire" encargados de contrarrestar a los bombarderos enemigos, tan sólo quedan siete. En la isla la situación se torna dramática también en lo que se refiere a los alimentos. El Mediterráneo, bloqueado por las fuerzas aeronavales italianas, resulta intransitable para los convoyes británicos. Para hacer llegar a Malta cualquier ayuda, los ingleses se ven obligados a utilizar submarinos. Pero se trata de gotas de agua en el desierto. La isla ya está hambrienta. A mediados de mayo la situación es desesperada: en el mando británico de la isla se habla abiertamente de capitulación.

Ha llegado, por tanto, el momento de dar paso a la "Operación C3". Todas las tropas del Cuerpo Expedicionario son concentradas en Sicilia y la Regia Aeronautica recibe órdenes de intensificar sus incursiones. Llegados a este punto, Rommel solicita permiso para atacar la plaza fuerte de Tobruk, sin esperar la conquista de Malta como se había decidido anteriormente. La solicitud de Rommel provoca ciertas alarmas: todos saben que el general alemán tiene mucha influencia sobre Hitler y temen que consiga la prioridad sobre la "Operación C3". Naturalmente, el más resentido es Ugo Cavallero, el cual corre a pedir ayuda al mariscal Kesselring. En la disputa de carácter estratégico intervienen también cuestiones personales. Kesselring y Rommel son enemigos declarados, y el primero está seguro de que el "zorro del desierto" quiere impedirle alcanzar un éxito en Malta. Cavallero aviva hábilmente el fuego, hasta que Hitler convoca a las partes en litigio para buscar una solución a la controversia.

Tras largas discusiones se llega por fin a una solución de compromiso: Rommel es libre de conquistar Tobruk y de utilizar también parte de las fuerzas destinadas a la conquista de Malta,

pero tras la toma de la plaza fuerte frenará su ofensiva, a fin de permitir la actuación del plan para la conquista de la isla.
Tobruk cae el 20 de junio de 1942. Para las fuerzas del Eje es un éxito clamoroso: treinta mil prisioneros y enormes cantidades de material bélico y gran cantidad de combustible recuperado. Entonces Rommel debe respetar los pactos: devolver los aviones tomados en préstamo al Cuerpo de desembarco en Sicilia y esperar la conclusión de la "Operación C3". Pero esto no sucede. El 25 de junio llega a Roma, como una bomba, la noticia de que Rommel, cegado por el éxito, no pretende detenerse. *"Yo continúo hacia Suez"*, contesta a los enviados de Cavallero. *"Espero que los italianos me seguirán"*.
El empeño de Rommel y su determinación de no mantener lo pactado hacen montar en cólera al propio Mussolini. Este escribe a Hitler una carta de protesta, enviando después a Libia al general Barbasetti, a fin de que ordene a Rommel detenerse. Pero la respuesta del comandante alemán es seca y despectiva: *"¡Yo solamente recibo órdenes de mi Führer!"*. Después, saltando sobre su inmediato superior, es decir, Kesselring, Rommel envía a Berlín a ese extraño personaje que es el doctor Berndt, un periodista nazi que él utiliza como embajador personal.
El doctor Berndt consigue convencer a Hitler haciéndole entrever la rápida conquista de Suez y del Golfo Pérsico, y además, la consiguiente unión de las tropas de Rommel con las del Cáucaso. Para Hitler, considerablemente sensible a los grandes planes napoleónicos, la propuesta de Rommel es más que alentadora. Hitler, en realidad, no prevé en esta colosal operación tan sólo el contacto de sus fuerzas en Africa con las del Cáucaso, sino que llega también a formular la hipótesis de realizar un contacto con las fuerzas japonesas ¡a través de la India! ¿Qué puede representar por lo tanto, frente a tal proyecto, la modesta pretensión italiana de detener todo para ocupar Malta? Naturalmente, muy poco. Y cuando los italianos hacen ver a sus aliados que para permitir a Rommel avanzar es

Instalaciones militares de Malta bajo un insistente bombardeo efectuado por los Stukas del X Cuerpo Aéreo Alemán (CAT).





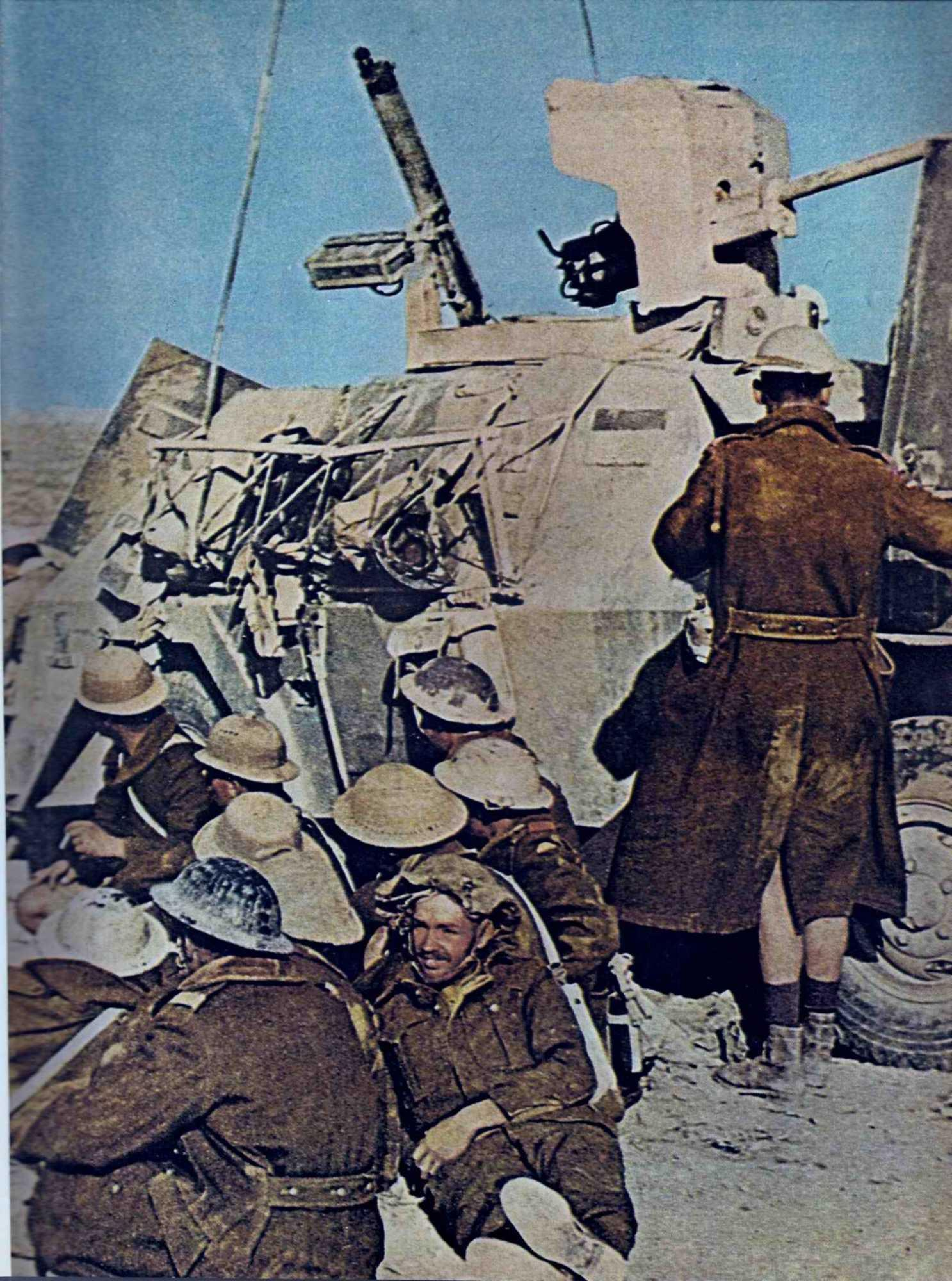
absolutamente necesario eliminar la amenaza que para los convoyes representa Malta, los alemanes responden que Rommel ha garantizado poder prescindir de la ayuda a través del mar, ya que está seguro de que se apoderará del carburante necesario que los ingleses, ya en retirada, le permitirán conquistar intactos. Hitler, por otra parte, no ha aceptado nunca de buen grado la eventualidad de otra operación anfibia que, a su parecer, no será menos difícil que la realizada en Creta, y se halla muy contento de tener una excusa para evitar el enfrentamiento en Malta. Este está desde el primer momento a favor del proyecto de Rommel, pero debe encontrar el modo de aplacar a sus aliados italianos (y también a Kesselring, que está decididamente en contra al plan de Rommel), quienes están protestando fuertemente por la falta de respeto a los pactos. Para apaciguar a Kesselring, Hitler no precisa quebrarse la cabeza: nombra Feldmariscal también a Erwin Rommel, es decir, el mismo grado de su rival, y crea un mando africano autónomo del de Kesselring. Para los italianos, en cambio, es necesaria una cierta diplomacia. El Führer envía a Mussolini una carta muy solemne para inducirlo a apoyar el proyecto de Rommel. He aquí los párrafos más destacados. *"El destino"*, escribe Hitler a Mussolini, *"nos ofrece una posibilidad que en ningún modo se presentará una segunda vez en el mismo escenario de la guerra. A mi parecer la principal expectativa militar es el más rápido y total aprovechamiento de esta ocasión... El VIII Ejército inglés está prácticamente destruido. En Tobruk, cuyas instalaciones portuarias están casi intactas, poseéis, Duce, una base auxiliar cuyo significado es aún mayor en tanto los propios ingleses han construido desde allí un ferrocarril casi hasta Egipto... Esta vez Egipto puede, bajo ciertas condiciones, ser arrebatado a Inglaterra. Y las consecuencias de un golpe similar serán de importancia mundial"*.

Los depósitos vacíos del Afrika Korps

"Nuestra ofensiva, por medio de la cual nos abrimos camino, conquistando Sebastopol, contribuirá a la caída de todo el dispositivo oriental del Imperio inglés. Duce, si en este momento histórico, que no volverá a repetirse, puedo daros un consejo, que parte del corazón más exaltado, este es el siguiente: ordenad que las operaciones prosigan hasta el completo aniquilamiento de las tropas británicas, hasta que vuestro mando y el mariscal Rommel puedan realizarlo con sus propias fuerzas.
La diosa de la fortuna, en la batalla, pasa sólo una vez al lado de los líderes. Quien no la atrape en ese momento, no podrá atraparla jamás... Acoged, Duce, esta solicitud solamente como el consejo de un amigo que considera desde hace muchos años que su destino es inseparable del vuestro, y que obra en consecuencia. Con noble camaradería, (fdo.) Hitler".
Sin embargo, esta carta tan significativamente llena de expresiones como "hora histórica", "destino", "la diosa de la fortuna", etc...., contiene numerosos errores. En primer lugar, no era cierto que el VIII Ejército inglés se hallase prácticamente destruido. Precisamente en aquellas semanas, éste se hallaba duplicando su potencial bélico gracias a la llegada de nuevos carros de combate americanos que harían su aparición, poco después, en el frente de El Alamein. Tampoco era cierto que las instalaciones portuarias de Tobruk se encontrasen en condiciones de constituir una importante base logística. Por último, tampoco era verdad que Rommel pudiese continuar posteriormente la ofensiva "con sus própias fuerzas": tanto el Afrika Korps como las divisiones italianas habían llegado a Marsa Matruk completamente desprovistas de una ulterior capacidad ofensiva, teniendo destruidos casi el 80 por ciento de sus carros de combate.
El exaltado mensaje del Führer es, pese a ello, más que suficiente para convencer a Mussolini. En suma, tiene más confianza en Rommel que en sus propios generales, y olvida, por tanto, la ofensiva respuesta del comandante alemán y le invita a proseguir las operaciones. Después, preparándose a efectuar su entrada triunfal en la tierra de los Faraones, vuela hasta las Aras de los Filenos llevando su caballo blanco. Sin embargo, esperará, en vano, durante un par de semanas.
Como es sabido, el avance de Rommel se detuvo en las dunas de El Alamein. Los ingleses, que frente a las previsiones del mariscal alemán, se habían retirado ordenadamente, sin dejar al enemigo un solo bidón de gasolina, se dispusieron en las nuevas líneas defensivas. Tenían Alejandría a sólo sesenta kilómetros, con su importantísimo puerto, en el cual, a través del Mar Rojo, llegaban ayudas de todo el mundo. Las tropas del Eje se encontraban, en cambio, a casi mil kilómetros de sus bases, perdidas en medio del desierto y con los depósitos vacíos. Malta, entre tanto, aprovechando el respiro concedido por los mandos italoalemanes, se había reforzado de nuevo, volviendo a ser un arma implacable contra los convoyes italianos. Naturalmente, nadie volvió a hablar de la "Operación C3". Los paracaidistas de la Folgore, los hombres del batallón "San Marco" y todas las tropas del Cuerpo Expedicionario, que desde hacía meses se entrenaban meticulosamente para la empresa que podía haber dado la vuelta a la guerra en el Mediterráneo, fueron enviados al infierno de El Alamein. Un infierno que, sin los errores de Rommel y la debilidad de los mandos italianos, tal vez podía haber sido evitado.

Arriba, Erwin Rommel. Su convicción de tener una gran ventaja en Africa Septentrional, incluso sin conquistar Malta, influyó negativamente en las operaciones militares.

A la derecha, soldados ingleses, capturados durante el avance del Afrika Korps, descansan junto a un carro blindado Marmon-Harrington destruido.



LA BATALLA DE MEDIADOS DE JUNIO

Las fuerzas aeronavales del Eje impiden a la Royal Navy abastecer Malta. El fracaso de la operación británica "Vigorous".

Aplazada sin solución de continuidad la "Operación C3", los mandos del Eje no sólo desplazaron las Fuerzas Armadas destinadas a desembarcar en Malta, sino que además frenaron también el ritmo de los bombardeos sobre la isla, destacando gran parte de las fuerzas aéreas a otros frentes, en especial al ruso. Los ingleses, siempre preparados a aprovechar de forma inteligente los errores del enemigo, no dejaron escapar esta inesperada ocasión. Todos los medios de superficie a disposición de la Marina británica en el Mediterráneo se desplazaron a salvar y reforzar Malta. En varias ocasiones la "Fuerza H" de Gibraltar, apoyada por el portaviones americano "Wasp", se adentró en el Mediterráneo con sus aviones de caza. En el período de abril a mayo llegaron, de este modo, al aeropuerto de La Valeta nada menos que 175 aviones.

En junio, por fin, el propio Churchill, que consideraba Malta más importante que Egipto hasta el punto de estar dispuesto a sacrificar éste por aquélla, ordenó la ejecución de una operación a gran escala para reabastecer la isla. Esta vez, los ingleses dispusieron una acción combinada entre Gibraltar y Alejandría. Dos convoyes fuertemente escoltados, uno procedente del Atlántico, y el otro de Suez, debían dirigirse hacia la isla con la orden de llevar a su destino el mayor número posible de naves.

Desde Gibraltar, la noche del 11 de junio, partieron seis naves escoltadas por otras 10 unidades navales, y protegidos a distancia por dos grupos que comprendían en total al acorazado "Malaya", a los portaviones "Eagle" y "Argus", a los cruceros "Kenya", "Liverpool", "Charybdis" y "Cairo", además de 17 destructores y un número considerable de cañoneras, dragaminas y medios menores. Esta operación,



que recibió el nombre convencional de "Harpoon", preveía que el grueso de la fuerza naval regresase a su base tras haber alcanzado el Canal de Sicilia, mientras el convoy proseguía hacia Malta bajo la escolta del "Cairo" y de 9 destructores. Simultáneamente al comienzo de la operación "Harpoon", se iniciaba desde Alejandría la operación "Vigorous". El día 11 de junio dejaban los puertos de levante 11 naves, divididas en tres grupos, escoltadas a distancia por la "Mediterranean Fleet", cuyo mando se hallaba en manos del almirante Harwood. (Tras la segunda batalla de Sirte, el almirante Andrew Cunningham había sido relevado de su puesto y enviado como representante del Primer Lord del Almirantazgo, formando parte del Comité de Jefes de Estado Mayor Conjunto, a Washington.)

La preparación de la escolta naval había creado serias dificultades a Alejandría. Como ya sabemos, la "Mediterranean Fleet" no disponía en aquel momento de acorazados y portaviones. En consecuencia, para engañar al enemigo, se efectuó una curiosa estratagema: a la fuerza naval se unió el ex acorazado "Centurion", una nave desprovista de toda eficacia militar, que tras la primera guerra mundial había sido transformada en nave diana de prácticas de tiro, dirigida por radio. Esta se adentró en el mar con falsos cañones y tan sólo 13 ametralladoras de 20 mm. capaces de disparar, junto con los cruceros "Cleopatra" (a bordo del cual se hallaba el comandante supremo en el mar, almirante Vian), "Dido", "Hermione", "Euryalus", "Aretusa", "Newcastle" y "Birmingham", 26 destructores, un número no precisado de unidades menores y 18 submarinos, que fueron desplazados a las rutas que probablemente recorrerían las naves de guerra italianas.

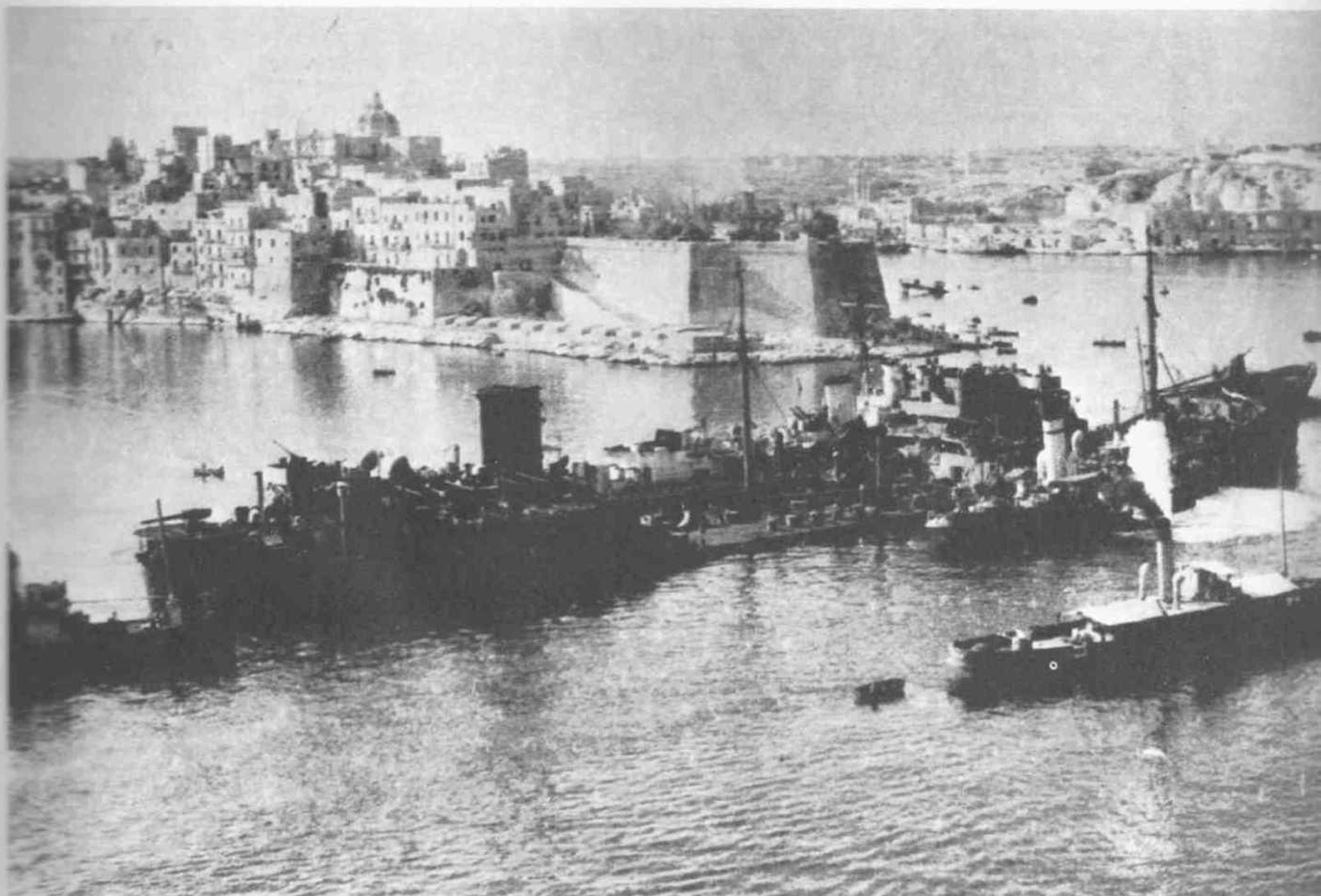
Contrariamente a cuanto había sucedido durante la segunda batalla de Sirte, Vian disponía también de un eficaz "techo", gracias a los aviones desplazados hacia poco tiempo a Malta, y a las formaciones de cuatrimotores americanos de bombardeo tipo "Liberator", que, por primera vez en la historia de esta guerra, hacían su aparición en el Mediterráneo.

La operación combinada de la fuerza naval británica fue inmediatamente apreciada en su justo valor por Supermarina. De total acuerdo con la Regia Aeronautica italiana y el CAT, se preparó una vasta acción ofensiva para obstaculizar, tanto a levante como a poniente, la navegación de los convoyes que se dirigían a Malta.

Para bloquear la operación "Harpoon" de Gibraltar, inmediatamente partieron de Cagliari los cruceros "Eugenio di Savoia" (buque insignia del comandante superior de la Marina, almirante Alberto Da Zara) y "Montecuccoli", además de cinco destructores, en tanto

En la página anterior, el impresionante aspecto de un convoy, fotografiado desde uno de los "Swordfish" británicos que han despegado del portaviones visible en primer plano.

Abajo, el petrolero "Ohio", gravemente dañado por los torpedos de un submarino italiano, consigue alcanzar La Valeta, socorrido por otros medios navales.



que algunos Medios de Asalto Especial y 14 submarinos eran enviados al acecho en el Canal de Sicilia.
Para contrarrestar la operación "Vigorous" de Alejandría, en cambio, desde Tarento zarpó el grueso de la Armada italiana, que comprendía los acorazados "Littorio" y "Vittorio Vèneto", los cruceros "Garibaldi", "Duca d'Aosta", "Gorizia" y "Trento", además de 12 destructores.
Por primera vez en la historia, la Marina italiana disponía de instalaciones de radar de fabricación alemana, instaladas a bordo del destructor "Legionario". Estas demostraron ser bastante útiles durante las maniobras nocturnas, pero su rendimiento fue bastante relativo, bien por las interferencias producidas por los múltiples ecos debidos a las unidades cercanas, bien porque, tratándose de una sola instalación, sus señales eran transmitidas con retraso a las demás unidades.
La jornada del 14 de junio la escuadra británica procedente de Gibraltar sufrió el primer ataque por parte de aviones italianos, que habían despegado de Cerdeña: 18 bombaderos, 32 aviones torpederos y gran cantidad de cazas se lanzaron decididamente al ataque en oleadas sucesivas, consiguiendo alcanzar gravemente al crucero "Liverpool" (que tuvo que ser remolcado a Gibraltar) y hundir la nave "Tanimbar". Por su parte, los aviones alemanes hundieron dos naves del convoy procedentes de Alejandría, y otras dos, gravemente dañadas, tuvieron que regresar a su base.
Los ataques de los aviones italianos contra la formación procedente de Gibraltar continuaron hasta caer la noche, cuando la fuerza naval inglesa que había llegado a la entrada del Canal de Sicilia invirtió su ruta para regresar a la base, dejando el convoy bajo la escolta del "Cairo" y de los destructores. Los ingleses consideraban que la Marina italiana solamente había utilizado en el Canal los MAS y algunos torpederos, y, en consecuencia, pensaba que tal escolta era más que suficiente. Ignoraban que la escuadra del almirante Da Zara estaba navegando hacia aquella zona.
El enfrentamiento entre las dos formaciones adversarias sucedió a las 5,39 del 15 de junio, cuando el "Eugenio di Savoia" y el "Montecuccoli" abrieron fuego contra dos destructores británicos que navegaban en vanguardia. A partir de aquel momento la batalla se prolongó durante casi diez horas.
Da Zara evitó desde el primer momento las acostumbradas maniobras de am-

Cruceros italianos navegando en el Canal de Sicilia, escena de los esfuerzos efectuados por la Marina italiana para bloquear el tráfico de los convoyes ingleses.



Un testigo de excepción, el almirante Alberto Da Zara, recuerda la batalla de Pantelaria.

"Estamos frente a frente con los navíos ingleses, guiados por un destructor tipo 'Tribal', pintado en un color claro, casi rosa, y por uno del tipo 'Jervis'; a los demás, envueltos en el humo de las naves, tras la barrera de nuestros disparos, no podemos ni distinguirlos ni clasificarlos con suficiente claridad. Disparos rápidos a una distancia de ejercicio táctico, y luego una segunda descarga: una exhibición espectacular en honor de la Royal Navy.
Los destructores ingleses avanzan a gran velocidad levantando blanca espuma con sus proas, y disparando a un ritmo acelerado; la unidad de cabeza, que después sabríamos que era el 'Bedouin', es alcanzada, marcha a la deriva, y desaparece tras la oleada de sus compañeros, que siguen hacia adelante intrépidamente. Otro destructor es alcanzado en su centro y escora ardiendo como una antorcha.
A las 5,59, el comandante Onnis me indica una fuerte aproximación a la izquierda del 'Montecuccoli'. Hasta aquel momento no me había ocupado de él, sino sólo del enemigo y del 'Vivaldi'. El 'Montecuccoli' parece la figura central de una fuente monumental, y en Nápoles su comandante, Solari, hará la misma comparación para el 'Eugenio di Savoia'. En una rápida sucesión se ve rodeado por altas y densas columnas de agua, levantadas por las salvas enemigas, hasta el punto que parece tratarse de un solo chorro que surge de la superficie del mar, mientras el crucero se viste de blanca espuma en su proa.
Ha sido alcanzado en su camarote de oficiales, pero levemente. Solari ha virado para evitar los torpedos, y con

FRENTE A FRENTE CON LOS INGLESES

su acostumbrada prontitud vuelve a tomar posiciones en la formación y comienza a vomitar hierro y fuego.

También el 'Eugenio' ha sido alcanzado y los marineros Ezio Mainardi y Cesare Ardizzone caen en el campo del honor.

Con gran audacia los destructores ingleses continúan acortando distancias, llevando a cabo un ataque digno de las más altas tradiciones de la primera Marina en el mundo.

La distancia ha bajado a menos de 10.000 metros y me veo obligado a dar un amplio viraje hacia fuera para contrarrestar las maniobras enemigas. Al tiempo, lentamente viro de tal manera que no afecte a la puntería de mis cañoneros; nuestros disparos se van centrando y a las 6,05 una salva alcanza claramente a un destructor, que se detiene, mientras otro, también alcanzado, continúa atacando.

Estelas de torpedos surcan el mar, limpio como un cristal, a popa de mi información.

Cuando, a las 6,09, el ataque está bloqueado, acababa de decir al comandante Onnis: 'Viremos otros diez grados, porque si no, estos señores vendrán a tomar el café a bordo'.

El ataque ha durado veintidós minutos y la distancia ha descendido a menos de 6.000 metros.

Los ingleses se repliegan y se dispersan, cubriéndose con cortinas de humo. Pero entonces, magníficamente sincronizados en el tiempo y en el espacio, hacen su aparición en el campo de batalla los cruceros ingleses.

Inmediatamente, el 'Eugenio' sitúa sus disparos en los cruceros, dejando a los destructores que se retiraban, pero el 'Montecuccoli' se retrasa y se empeña en no abandonar su originaria diana. Le hago ver la realidad y trato de clasificar a mis adversarios. Sin duda se trata de tres buques de distinto tonelaje; el mayor de ellos, a la cabeza, me parece tratarse de un 'Birmingham'; mi apreciación visual es corroborada por las salvas de seis disparos que descarga a una frecuencia impresionante; pero no consigo saber qué puedan ser los otros dos. Sin embargo, ya sé bastante, y concluyo que en un duelo 'nave a nave', el 'Birmingham' tiene muchas posibilidades de vencer al 'Eugenio', porque es difícil que sus doce cañones de 152 mm., con una frecuencia de disparo de seis por minuto y batería (72 disparos por minuto) no consigan superar a nuestros ocho cañones del mismo calibre, con una frecuencia de cinco disparos por minuto (40 disparos por minuto en total).

Todo esto dejando de lado el valor de la dirección del disparo.

Pero si el 'Eugenio' dispara bien y su objetivo está totalmente encañonado por sus salvas, el enemigo no lo hace peor, y también nosotros estamos centrados en su punto de mira: tres disparos cortos y tres largos, dos cortos y cuatro largos, cuatro cortos y dos largos. Por ello, ordeno al 'Montecuccoli' que concentre su tiro en el buque de cabeza.

Me acuerdo entonces de las consignas de Nelson a sus fragatas: 'Si os encontráis ante dos enemigos no les ataquéis a ambos. Operad ambos contra uno solo; así lo tendréis seguro, y podréis apoderaros del otro en un segundo momento. Pero si éste consigue huir, vuestro país, en todo caso, habrá ganado una victoria y alcanzado una nave'.

Nelson siempre tuvo razón.

Nos dirigimos por rutas que convergen y las distancias disminuyen. A las 6,12, una salva increíble nos alcanza de lleno: dos disparos cortos, tres largos, y uno a bordo. Nadie se da cuenta del impacto, que, como compruebo al llegar a puerto, ha dado en el blindaje de 70 mm., a casi 5,50 m. de la quilla. Pido un parte de daños y me contestan que no hemos sido alcanzados. Insisto.

Segunda respuesta negativa.

Digo a Onnis: 'No nos habrán hecho nada, pero hemos sido alcanzados'.

Prosigue el duro y violento duelo. Lamento una vez más la ausencia del 'Bolzano', y me preocupa la suerte del 'Vivaldi', que me comunica encontrarse detenido con una avería en su timón. No hay nada que hacer aparte de lo que yo he hecho para tratar de salvarlo (y que lo salvará); la suerte decisiva de la jornada se efectúa en este momento en el enfrentamiento entre los cruceros: si venzo a los cruceros, salvaré también al 'Vivaldi'.

¿Serán suficientes los seis cañones de 152 mm. (80 disparos por minuto) para batir a los doce cañones (72 disparos por minuto) del mismo calibre?

Only numbers can annihilate.

Pero algo debe haber ocurrido en la formación inglesa, porque lentamente avanzo hacia ella, mejorando mi posición táctica hasta neutralizar parcialmente el disparo de los dos cruceros menores que disparan sobre el 'Montecuccoli'.

A pesar de ello, el fuego del crucero que guía a la formación enemiga es muy eficaz y aún no hay nada decidido: la balanza está equilibrada y todo se decidirá en una salva afortunada. Dos salvas sucesivas, una del 'Eugenio' y otra del 'Montecuccoli', alcanzan a nuestro adversario, que escora terriblemente a la izquierda, en tanto un destructor invierte su ruta y extiende ante la formación enemiga una densa cortina de humo.

No puedo por menos que explotar en una infantil demostración de alegría y lanzo mi gorra al aire.

Ha terminado el primer acto".

Arriba, son las 5,38 horas del 15 de junio de 1942: el "Eugenio di Savoia" abre fuego.

En la página contigua están indicadas las rutas seguidas por las formaciones navales inglesas para alcanzar Malta y las rutas de las fuerzas italianas para contrarrestar la acción británica.

---

plio radio, típicas de la técnica naval italiana, que siempre se habían revelado poco eficaces. Atacó el enemigo a fondo, lanzando sus cruceros a una velocidad de 32 nudos, y disparando con toda la artillería. Solamente el destructor "Vivaldi" no consiguió mantener tal velocidad y permaneció retrasado con la escolta del destructor "Malocello".

Estas dos unidades se dirigieron entonces hacia el convoy para atacar las naves con torpedos, pero se encontraron de frente con nueve destructores enemigos. Se sucedió un violento enfrentamiento de una duración de media hora, en el transcurso del cual el "Vivaldi", alcanzado por un proyectil, se detuvo.

Fue un momento terrible para esta pequeña nave: mientras el "Malocello" lo circundaba para esconderlo con la niebla, el "Vivaldi" fue el punto de mira de muchos torpedos, que por suerte no llegaron a alcanzarlo. Pese a todo, el fin parecía próximo. El comandante del "Vivaldi", capitán de navío Ignazio Castrogiovanni, dijo al almirante Da Zara: *"¡Combatiré hasta el final! ¡Viva el Rey!".* Por suerte para él, este sacrificio no fue necesario. Los ingleses desistirían, más tarde, del ataque y el destructor averiado pudo alcanzar lentamente, con sus propios medios, la isla de Pantelaria.

Entre tanto, Da Zara había continuado su inpetuoso avance atropellando a la escuadra enemiga. Un proyectil que cayó sobre el "Montecuccoli" no frenó la acción y los dos cruceros se situaron tan próximos a las fuerzas enemigas hasta el punto de poder utilizar incluso las ametralladoras. El "Cairo" fue alcanzado por un proyectil en su proa y los destructores "Bedouin" y "Partridge" fueron alcanzados varias veces e inmovilizados.

En aquel mismo momento la Fuerza Aérea italoalemana participaba en la acción hundiendo la nave "Chant", e incendiando el petrolero "Kentucky", que fue remolcado por un dragaminas. Más tarde, el "Burdwan" fue seriamente dañado por una bomba y tuvo que ser remolcado, mientras el "Cairo" era alcanzado por el "Eugenio di Savoia" con un proyectil de 152 milímetros, que penetró en el depósito de combustible, sin explotar.

La situación del convoy en aquel momento era, por lo tanto, la siguiente: una nave, el "Chant", hundida, el petrolero "Kentucky", remolcado, el vapor "Burdwan", desarbolado y a punto de hundirse. Solamente quedaban intactas dos naves de las seis que habían



partido de Inglaterra: el "Troilus" y el "Orari".

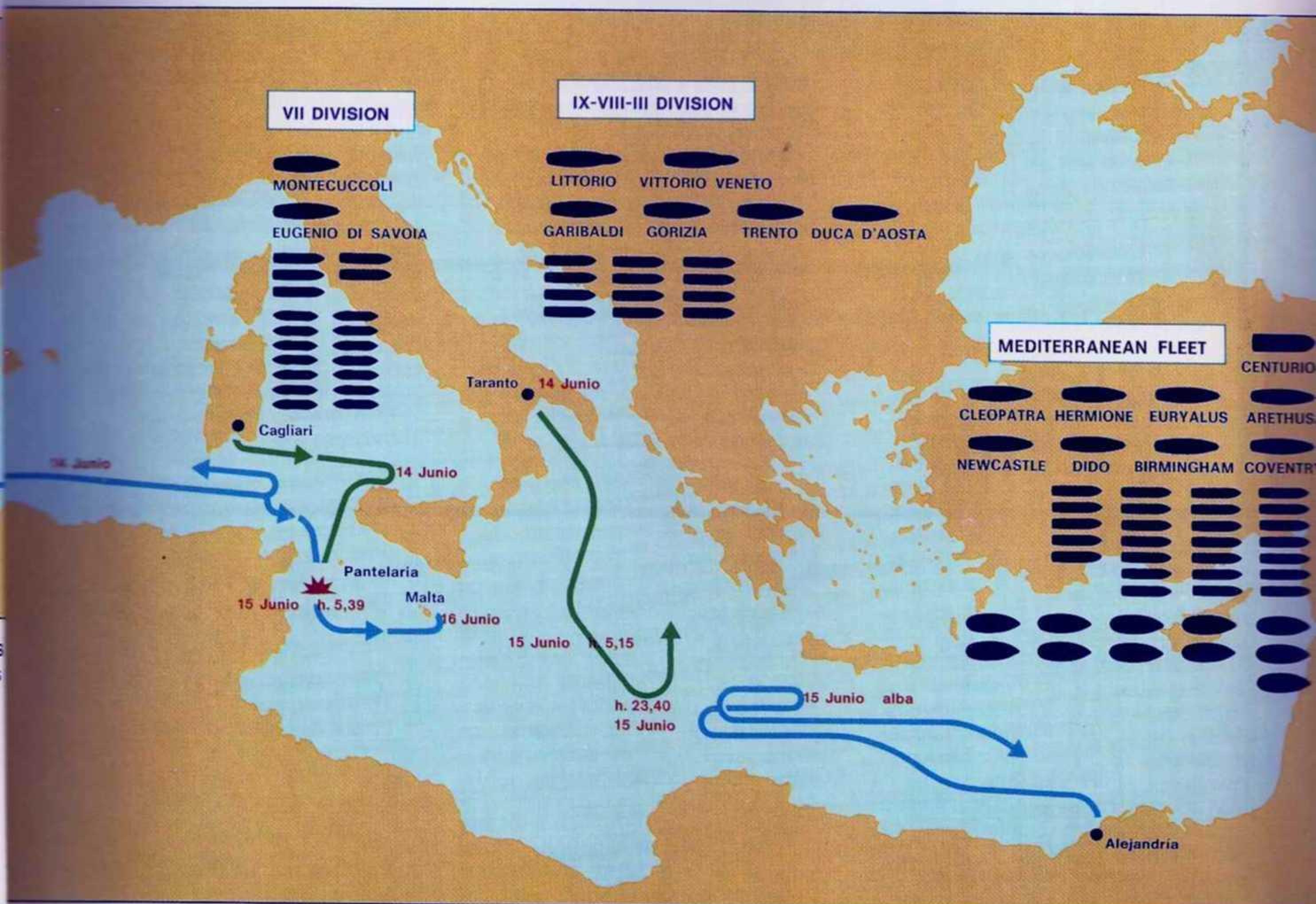
Para encontrar el modo de continuar hacia Malta a la mayor velocidad posible, el comandante inglés Hardy tomó la dramática decisión de ordenar el hundimiento del "Burdwan" y del "Kentucky". Sin embargo, antes de que los destructores ingleses encargados del hundimiento de las dos naves pudiesen lanzar sus torpedos, aparecieron algunos aviones alemanes que se encargaron de mandar a pique a las dos unidades siniestradas.

El convoy, reducido a tan sólo dos naves aún eficaces, reemprendió la navegación hacia Malta –que se hallaba a casi 150 millas– a una velocidad máxima de 14 nudos. La formación sufrió aún numerosos ataques aéreos (en el curso de los cuales, un "S-79" asestó el golpe de gracia al "Bedouin", que se hundió) y alcanzó Malta bien entrada la noche. Tan sólo el "Troilus" entró ileso en el puerto; el "Orari", en cambio, chocó con una mina que le produjo serios desperfectos, sin impedirle sin embargo el continuar. También cinco destructores de escolta colisionaron con las minas, sufriendo daños no muy graves, a excepción del "Kujawiak", que se hundió. La operación "Harpoon" había concluido.

En total, las pérdidas sufridas por los ingleses consistían en 4 vapores y 2 destructores hundidos; 2 cruceros, 5 destructores y un vapor averiados. Las fuerzas italianas registraron los graves desperfectos en el destructor "Vivaldi" y leves en dos cruceros.

Mientras se desarrollaba el enfrentamiento de Pantelaria, la escuadra naval italiana, que comprendía dos acorazados, se dirigía hacia el este creyendo que se encontraría con la escuadra adversaria hacia las 7 de la mañana del 15 de junio. Ambas formaciones sufrieron por la noche alrededor de 15 ataques aéreos intensos. Las naves británicas tuvieron también que soportar un ataque de torpederos germanos que hundieron un destructor y alcanzaron, sin dañarlo seriamente, el crucero "Newcastle".

La escuadra del almirante Iachino, gracias al radar, consiguió esquivar durante toda la noche la amenaza aérea. Pero hacia las 5 de la mañana, con las primeras luces del alba, los cruceros italianos, que iban delante de los acorazados, fueron atacados por sorpresa por un grupo de aviones torpederos. Uno de estos aviones apuntó en forma decidida hacia el "Trento" y dejó partir el torpedo a una distancia record de sólo 200 metros. El crucero no tuvo ninguna posibilidad de maniobrar y el torpedo lo alcanzó de lleno, inmovilizándolo. (El "Trento" permaneció escoltado tan sólo por dos destructores y trató de reparar los daños. Pero a las 10, cuando iba a ser remolcado, hizo su aparición un submarino enemigo, que con dos torpedos lo mandó a pique, con su comandante y gran parte de la tripulación a bordo. De los 1.151 hombres, tan sólo se salvaron 602.) A la misma hora del hundimiento del



BOLETIN ITALIANO
Nº 748 DE 16 DE JUNIO DE 1942

"En la gran batalla aeronaval que concluyó ayer en el Mediterráneo, la Marina ha participado con todas sus fuerzas. Desde su salida al mar, los dos grandes convoyes enemigos, procedentes del este y del oeste, han sido divisados y atacados por nuestros submarinos, que han alcanzado con torpedos a algunas unidades de la escuadra que había partido de Gibraltar. Al amanecer del día 15, al sur de Pantelaria, la 8.ª División Naval, formada por dos cruceros ligeros y cinco destructores, ha atacado violentamente al convoy que se dirigía de Gibraltar a Malta. Este, pese a ser escoltado por fuerzas superiores, compuestas al menos por dos cruceros y 12 destructores, se ha replegado, dispersándose y cubriéndose en la niebla. En el combate, que ha tenido lugar a cierta distancia, un crucero enemigo ha explotado hundiéndose bajo el fuego cruzado del 'Eugenio' y del 'Montecuccoli'. Dos destructores han sido gravemente alcanzados y un crucero y un destructor han sido torpedeados por nuestros destructores. Nuestras naves, blanco de continuos e infructuosos ataques aéreos, han proseguido durante toda la jornada la acción contra todas las unidades enemigas, hundiendo a cañonazos un nuevo destructor. La aviación del Eje ha intervenido en la lucha atacando diezmando el convoy; cuatro lanchas han sido incendiadas y hundidas, y un petrolero incendiado. Otro gran convoy enemigo, procedente de Alejandría, ha sido atacado por los bombarderos y por los aviones torpederos procedentes de nuestras bases de Africa Septentrional y del Egeo. Un destructor ha sido hundido y seis unidades alcanzadas. Dos 'Spitfire' han sido destruidos en combates aéreos. No ha regresado a la base tan sólo uno de nuestros aviones. En los combates navales que se han desarrollado al este y al oeste de Malta, hemos perdido un crucero pesado, alcanzado por el torpedo de un avión y posteriormente por un nuevo torpedo submarino, en tanto que un destructor, gravemente dañado, ha podido alcanzar un puerto nacional. Gran parte de sus tripulaciones ha sido salvada".

BOLETIN ITALIANO
Nº 749 DE 17 DE JUNIO DE 1942

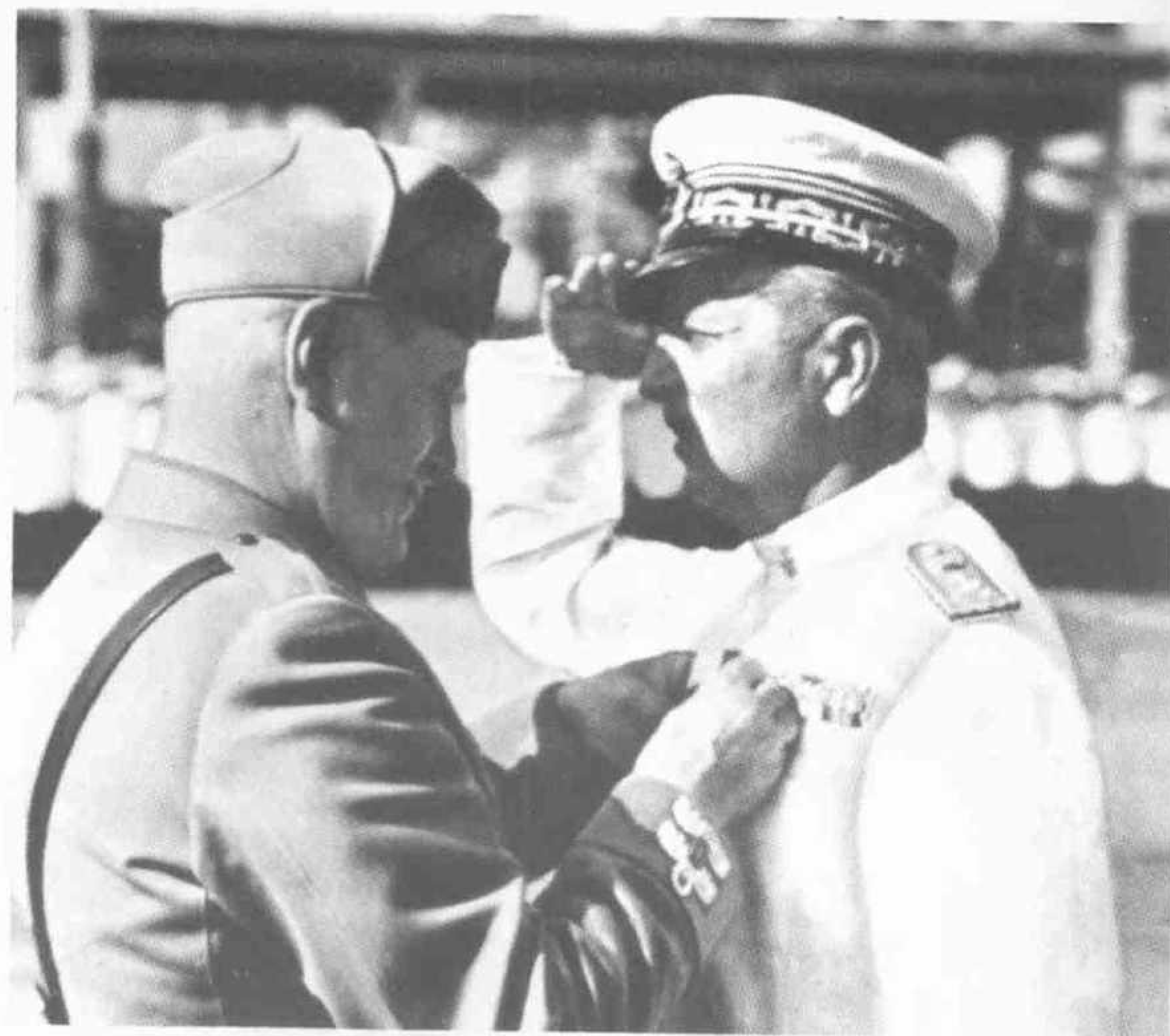
"En la porción de mar del Canal de Sicilia, donde se desarrolló la victoriosa batalla aeronaval que tomará el nombre de Pantelaria, han sido recogidos centenares de oficiales y marinos ingleses, pertenecientes a unidades de la Marina de guerra y mercante, incendiadas o hundidas. De ellos, unos cien se hallan más o menos gravemente heridos. El convoy enemigo procedente de Alejandría, compuesto de 50 unidades, atacado por la Aviación italiana y alemana mientras se dirigía hacia Malta, al percatarse de la presencia de nuestra poderosa escuadra de batalla que se movía en aguas de Creta, ha invertido su rumbo, renunciando al intento de llegar a su destino. Mientras se replegaba rápidamente a su puerto de partida, ha sido atacado nuevamente por la Aviación, que le ha asestado nuevos y graves daños. Las pérdidas sufridas en conjunto por este convoy se pueden resumir de la siguiente manera: la Aviación alemana ha hundido cuatro cruceros y destructores, así como numerosos buques mercantes, y ha alcanzado y dañado a muchas otras naves; un crucero ha sido, además, enviado a pique por un submarino. Nuestros aviadores han hundido un destructor, y han dañado gravemente cinco cruceros y cuatro vapores".

"Trento", la escuadra italiana fue alcanzada por una escuadrilla de aviones torpederos y por una formación de cuatrimotores americanos de bombardeo "Liberator". En tanto se utilizaban todos los antiaéreos para mantener a raya a los torpederos, súbitamente comenzaron a llover bombas lanzadas desde gran altura por los "Liberator", que hasta aquel momento no habían sido divisados. Las bombas explotaron muy cerca de los buques, pero sólo una alcanzó de refilón la torreta de proa del "Littorio", sin provocar graves daños.

Entre tanto, la formación naval inglesa al mando del almirante Vian había renunciado prácticamente a alcanzar Malta. Cuando recibió la noticia de la presencia de una escuadra naval italiana en el mar, el almirante británico había previsto, sin dificultades, que una eventual batalla lo sorprendería en extrema inferioridad de condiciones, y por ello había decidido regresar a Alejandría. Durante el viaje de regreso, la formación inglesa sufrió intensos ataques aéreos. Una escuadrilla de Stukas hundió, a las 14,25 horas, al destructor "Airdale" y alcanzó con una bomba al falso acorazado "Centurion". A las 17.30, cuatro "S-79" italianos alcanzaron seriamente al destructor "Nestor", que unas horas después se hundió. Al caer la noche, los ataques aéreos cesaron, pero las desventuras de la formación británica aún no habían terminado. A las 20 horas, el submarino alemán "U-205" lanzó un torpedo contra el crucero "Hermione", hundiéndole. La operación británica "Vigorous" concluía para los ingleses con un total fracaso.

Muy agitado fue, sin embargo, el regreso, también, de la escuadra naval italia-

Benito Mussolini condecora al contralmirante Alberto Da Zara, que ostentaba el cargo de comandante supremo en el mar, a bordo del "Eugenio di Savoia".



na a Tarento. Durante la noche una escuadrilla de aviones torpederos atacó las naves italianas tras el lanzamiento de bengalas, y un torpedo alcanzó en plena proa al "Littorio". El acorazado, de todos modos, pudo mantener una velocidad de 20 nudos y regresar con la escuadra a Tarento sin más daños. En suma, la así llamada "Batalla de mediados de junio" sólo tuvo lugar a cargo de aviones y de submarinos. Las unidades de superficie no llegaron, en realidad, a mantener un contacto balístico entre ellas. Pese a ello, es preciso reconocer que sólo gracias a la presencia en el mar de la escuadra italiana la operación "Vigorous" había fracasado. Probablemente, en caso contrario, el almirante Vian habría continuado su navegación hacia Malta, en vez de regresar a Alejandría.

En total, los ingleses perdieron un crucero, tres destructores y dos guardacostas; resultaron dañados tres cruceros, una corbeta, dos vapores y el ex acorazado "Centurion".

Por parte italiana, además de sufrir la pérdida del "Trento", se registraron serios desperfectos en el "Littorio". En conjunto, las fuerzas italianas y alemanas alcanzaron un clamoroso éxito, dado que, a pesar de los esfuerzos realizados por los ingleses, sólo dos de las diecisiete naves que partieron de Gibraltar y de Alejandría pudieron alcanzar Malta. Los propios ingleses reconocieron que *"el éxito del enemigo fue innegable, hasta el punto de excluir por parte nuestra el envío de un convoy a Malta desde Egipto en tanto el ejército no pudiese expulsar a las fuerzas del Eje fuera de Libia".*

PARTE BRITANICO DIFUNDIDO POR RADIO EL 17 DE JUNIO DE 1942

"Acción aeronaval desarrollada en el Mediterráneo a la altura de Pantelaria.
... Consideramos imparcialmente lo que ha ocurrido en realidad en el Mediterráneo central durante la batalla que ha tenido lugar. Debemos admitir que la flota italiana ha obtenido un cierto éxito, pero no en Pantelaria. La flota británica se hallaba entregada a su normal tarea de proteger el trayecto de dos convoyes que se dirigían a Malta, uno procedente de Alejandría y el otro de Gibraltar. El convoy procedente del este fue obligado a cambiar de rumbo y a regresar a causa de la presencia de una fuerte escuadra naval italiana.
Las unidades navales italianas, sin embargo, no consiguieron alcanzar al convoy. Por el contrario, un crucero italiano de 10.000 toneladas era hundido y un acorazado del tipo "Littorio' era alcanzado por un torpedo. No debemos olvidar que el convoy no ha conseguido alcanzar Malta, lo cual puede considerarse como un éxito de la flota italiana. Por otra parte, el otro convoy británico, el procedente del oeste, consiguió alcanzar Malta. La fuerza naval italiana, compuesta por un crucero ligero y por tres destructores, que trató de interceptarlo, fracasó totalmente en su misión: a pesar de las insidiosas afirmaciones de la propaganda fascista, la fuerza naval italiana no consiguió hundir ni siquiera una de las naves del convoy o de su escolta.
Ni tan sólo uno de los numerosos disparos de los buques de guerra italianos llegó a alcanzar a ninguna de las naves del convoy. El único éxito obtenido por los italianos fue el de dañar seriamente a una de las naves de escolta y a un destructor, que tuvo que ser remolcado. No fue hasta más tarde, una vez que la batalla naval había terminado y que las naves de guerra italianas se habían retirado, cuando un avión torpedero italiano consiguió alcanzar y hundir este fácil blanco".

ROMMEL LLEGA A LAS PUERTAS DE ALEJANDRIA

La caída de Marsa Matruk. Las fuerzas del Eje hacia el petróleo de Oriente Medio. Las amarguras del general Auchinleck, sustituido por Montgomery.

El paisaje desértico, de colores opacos, temblaba por las explosiones de las bombas y de las granadas. Se oían descargas de fusiles y breves y rabiosas ráfagas de ametralladoras y armas automáticas. Sobre el pequeño puerto de Tobruk, en Libia, con sus casitas blancas destruidas o marcadas por las bombas, se levantaba una gigantesca columna de humo negro, producida por el incendio de los depósitos de combustible para carros de combate. Desde el cielo azul caían ululando en picado los bombarderos alemanes; sus blancos eran las posiciones de las tropas inglesas y de la Commonwealth. Era el 21 de junio de 1942. Este día constituyó la cumbre de la batalla enardecida que estalló entre la italoalemana "Panzerarmee Afrika", a las órdenes del general Erwin Rommel, y el VIII Ejército inglés, mandado por el general Neil Ritchie.

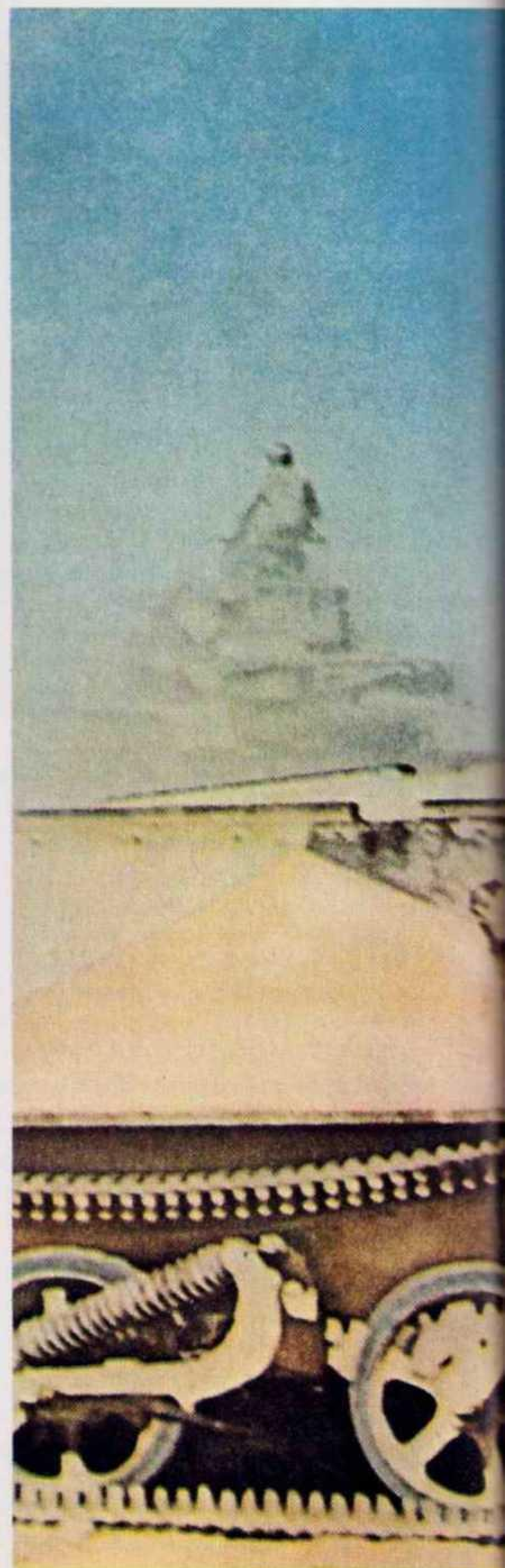
El 26 de mayo Rommel había lanzado su gran ofensiva de verano. Ahora, tras tres semanas de desesperados combates, en un clima tórrido, en medio de tormentas de arena y bajo un sol abrasador, Rommel había conseguido reducir la fuerza inglesa de carros de combate de 600 a 60.

El principal núcleo del VIII Ejército se había retirado muy al Oeste de la antigua frontera egipcia. En el camino de Rommel solamente resistía la legendaria fortaleza de Tobruk, donde los ingleses habían detenido la oleada del anterior ataque alemán, en abril de 1941. Ritchie reforzó la guarnición de Tobruk haciendo llegar allí a la 2.ª División sudafricana y algunas unidades de apoyo angloindias, lo que elevaba a casi 30.000 el número de hombres a los que quedaba encomendada la tarea de defender Tobruk. Pero se trató de una tentativa tardía. Tobruk cedería en la mayor de las confusiones. Soldados agotados —barbudos, sedientos, parapetados en trincheras individuales— apuntaban sin ninguna esperanza a los carros de combate bajos que pasaban junto a ellos. Mientras los Stukas continuaban cayendo en picado, entre las unidades inglesas todo era un dar órdenes, contraórdenes y anulación de las mismas. Finalmente, Ritchie autorizó al general Klopper, que mandaba la guarnición, a rendirse. Centenares de ingleses, sudafricanos e indios, cansados y desmoralizados, fueron hechos prisioneros y desfilaron bajo los fusiles y cañones de las fuerzas del Eje.

A las diez y cuarto de aquella mañana Rommel indicó a sus tropas: *"La fortaleza de Tobruk se ha rendido. Que todas las unidades se reorganicen y se preparen para un avance posterior".* La "Panzerarmee Afrika" se dispuso a cumplirlo. Rommel no perdía el tiempo.

El general se estaba acercando rápidamente al momento decisivo de la batalla de Africa Septentrional y de Oriente Medio. Si hubiese conseguido destruir el VIII Ejército, Egipto habría caído en manos de Hitler. Y Egipto representaba la puerta de entrada a los ricos pozos petrolíferos de Oriente Medio. La batalla que los ingleses y las fuerzas de la Commonwealth por una parte, y alemanes e italianos por la otra, combatían en Africa, requería hombres y máquinas: se trataba, en realidad, del conflicto bélico más mecanizado de la historia. Pero todas estas máquinas necesitan gasolina: los bombarderos y los carros de combate y los camiones en las pistas del desierto.

En una guerra larga como ésta, era una amenaza —su larga duración era favorable a los Aliados— agotar los abastecimientos de gasolina. Los pozos de América Septentrional y Meridional hubieran podido abastecer sus fuerzas durante todo el tiempo que hubiese



Un Bren Carrier inglés, inmovilizado durante un enfrentamiento en el desierto. Los carros alemanes que lo han alcanzado continúan su avance, que, en este momento, aún parece imposible detener.

sido necesario. Hitler había hecho acopio de gasolina antes de iniciar la ofensiva, pero sus reservas se hallaban mermadas e inciertas para el futuro. Los alemanes trataron de suplir su escasez de carburante extrayendo gasolina sintética a partir del carbón. Pero si hubiesen podido apoderarse de las grandes reservas petrolíferas de Irán e Irak, el panorama habría cambiado radicalmente. El petróleo, por muy importante que fuese, no sería el único premio destinado al vencedor. Las rutas inglesas hacia la India se verían interrumpidas. Japón, victorioso en Asia Sudoriental, habría podido unir sus fuerzas con las tropas alemanas que hubiesen controlado Oriente Medio. En efecto, una victoria decisiva en el frente de Africa Septentrional habría podido decidir el destino de la guerra.

Rommel, en consecuencia, y sin dudar un día, reemprendió su avance en las dunas, bajo el sol.

A todo esto, Ritchie —comandante del VIII Ejército— llegaba a la conclusión de que no era capaz de defender la frontera egipcia y las modestas fortificaciones que habían sido construidas. Debía retirarse más hacia atrás, aumentando las distancias entre sus tropas y Rommel, para permitir a su desbaratado ejército reorganizarse.

Una vez más, los desmoralizados soldados del VIII Ejército salieron de sus trincheras para montar en los camiones de tres toneladas. Nuevamente se retiraban, botando sobre la superficie pedregosa del desierto, totalmente depri-



midos y profundamente convencidos de que Rommel era, con mucho, un comandante más hábil que el suyo.
Ritchie, por lo demás, estaba totalmente conmovido y atónito por el desastre y por la derrota. Era un hombre alto y grueso, con un hirsuto bigote sobre el labio superior: el auténtico retrato del general inglés. Aunque hábil, era incapaz de pensar rápidamente, y utilizaba métodos demasiado convencionales para ser un serio adversario para Rommel. Su única esperanza consistía en el intento de resistir en Marsa Matruk, un pueblecito de pescadores en la costa del Mediterráneo. No habría más retiradas. Si perdía también esta batalla, Oriente Medio caería en manos de Rommel como una fruta madura.
En El Cairo, la mente del superior de Ritchie, general Sir Claude Auchinleck, comandante de toda la región de Oriente Medio, estaba dominada por este terrible pensamiento. Auchinleck era no sólo el responsable del VIII Ejército y de los combates en Libia contra los italoalemanes; sobre él recaía también la responsabilidad de la defensa de palestina, Siria, Irak e Irán.
Suponiendo que Ritchie fuese derrotado en Marsa Matruk (y esto era más que probable), ¿qué sucedería después? Parece que a Auchinleck sólo le quedaba una solución. Debía llegar hasta la línea de combate del VIII Ejército y asumir personalmente el mando.
Esta fue la primera decisión operativa de la larga batalla de El Alamein.

"Debo vencer"

Los motores rugieron a sus máximas revoluciones. El bombardero tomó velocidad sobre la pista de El Cairo, bajo el sol cegador del verano egipcio. Una vez en vuelo se dirigió hacia occidente, alejándose del Nilo y de la estrecha franja de verdes plantaciones de ambas orillas, dirigiéndose hacia el desierto.
En el interior del avión, dos oficiales ingleses, sentados sobre sus maletines, entre las pilas de provisiones más dispares que se amontonaban en el fuselaje, hablaban tranquilamente. La guerrera de uno de ellos lucía los galones que permitían reconocer en él a un capitán general; la del otro los de general de División. El capitán general era un hombre robusto, de mentón acusado y cabello color arena: era Sir Claude Auchinleck, comandante en jefe de Oriente Medio. Su compañero



era el subjefe de su Estado Mayor, Eric Dorman-Smith. Mientras los motores rugían y el fuselaje trepidaba, ambos discutían sobre la desesperada situación en que se encontraba el VIII Ejército, y sobre los posibles planes para impedir la total victoria de Rommel. Cuando terminaron, Auchinleck exclamó: *"Los ingleses se enorgullecen de ser buenos perdedores. Yo en cambio no sé perder. Yo venceré".*
Auchinleck llegó al Cuartel General del VIII Ejército, descendió al refugio excavado en la roca, y dijo bruscamente a Ritchie que él asumía personalmente el mando. Tras la larga retirada, nadie, ni siquiera Ritchie, conocía la situación táctica real. Auchinleck, recién llegado, ignoraba incluso la real situación de sus tropas, y aún más la del ejército de Rommel. Por ello decidió retirarse hasta El Alamein, disponer allí sus fuerzas y esperar a Rommel.
En El Alamein el desierto se estrecha hasta formar una franja de casi setenta kilómetros y un área pantanosa por debajo del nivel del mar, comprendida entre éste y la Depresión de Qattara, que para cualquier ejército habría constituido un obstáculo insalvable. Ya en 1941, en un momento de precaución, Auchinleck había ordenado que se dispusieran defensas a lo largo de la angostura de El Alamein.
Sin embargo, antes de que los ingleses pudieran retirarse, Rommel atacó. Tan sólo disponía de 26 carros de combate, frente a los 150 que poseían los ingleses (Auchinleck había tomado refuerzos de todo Oriente Medio); también en la infantería, su ejército era numéricamente muy inferior. Pero, por aquel entonces, los soldados ingleses consideraban a Rommel como una especie de superhombre y pensaban estar derrotados antes de iniciarse el combate. Un síntoma de este estado de ánimo, que predisponía a la derrota, lo tenemos en el hecho de que una pequeña fuerza alemana consiguiera capturar un nutrido cuerpo inglés en la propia Matruk. Aquella misma noche, los ingleses rompieron el cerco de Rommel, bajo un cielo surcado por millares de cohetes de señalización, y se dirigieron a marchas forzadas hacia Alejandría. El propio Auchinleck durmió en una trinchera en la arena, pero a la mañana siguiente la Luftwaffe tomó como blanco su trozo de desierto. La batalla de Marsa Matruk había sido la más brillante victoria de Rommel, que se desarrolló frente a un enemigo desmoralizado. Aunque Auchinleck estaba dispuesto a detener a Rommel, todos estaban convencidos de que la batalla ya había sido perdida y que Egipto sería ocupado por los alemanes. En El Cairo, el personal administrativo se retiró apresuradamente hacia el Este, mientras gran cantidad de documentos oficiales eran presa de las llamas. El pánico era





En la página de al lado, arriba, los soldados ingleses capturados son concentrados en la zona de Tobruk.

Abajo, Rommel cambiando impresiones con el general Fröhlich (a la derecha en la foto), comandante del Cuerpo Aéreo Alemán en Africa.

A la derecha, arriba, los primeros camiones italianos entran en Marsa Matruk, abandonada por los ingleses. Abajo, soldados italianos hechos prisioneros por los ingleses se apiñan jubilosos alrededor de sus camaradas que les han liberado, poniendo en fuga al enemigo en Marsa Matruk.

general. El día siguiente fue el más triste para Auchinleck. De pie, al borde de la carretera, la única del desierto, es decir, la costera, vio desfilar sus tropas derrotadas en dirección a Alejandría: camiones, cañones, bombarderos sin alas, transportados en remolques expresamente diseñados a tan fin, y soldados cubiertos de polvo. ¿Sería posible reorganizar un ejército en tales condiciones, hasta el punto de derrotar al legendario Rommel?
Durante todo aquel día –28 de junio– y el siguiente, unidades dispersas del VIII Ejército se desplazaron a las posiciones de El Alamein, saliendo del polvo del desierto. Los oficiales tenían una gran tarea para efectuar la reorganización de las defensas y mantenerlas preparadas.
El 30 de junio terminó por fin el desfile de las fuerzas inglesas a lo largo de la carretera de la costa. A los ojos de los artilleros ingleses, agrupados en torno a sus piezas de campaña de 37 mm., el desierto se extendía hacia occidente, aparentemente vacío, pero hacia Rommel. Entonces estalló una tormenta de arena densa, abrasadora, que cegaba los ojos e impedía respirar, y bloqueaba los mecanismos de las armas. En aquel infierno, en algún lugar estaban los alemanes. Algo se movió. Los cañones ingleses dispararon una salva.
Había comenzado el primer acto de la batalla de El Alamein. El desierto egipcio es tan llano que cualquier montículo, por imperceptible que sea, permite una visibilidad de muchas millas. Uno de estos montículos era el llamado "cresta o altura de Ruweisat", que corre en dirección este-oeste, a casi veinte kilómetros al sur de la pequeña estación de ferrocarril que da su nombre a El Alamein. La parte que ocupara este montículo, y el de Alam Halfa, más al este, se permitiría dominar a un enemigo que se desplazase sobre ambos lados de la llanura. Según Auchinleck, en Ruweisat se encontraba la clave de la inminente batalla. Allí, en una explanada pedregosa abatida por el sol, dispuso su Cuartel General –un grupo de camiones y alguna tienda de campaña– el 29 de junio de 1942. El comandante en jefe y Dorman-Smith descansaban en sacos de dormir extendidos sobre la arena, cubiertos por una pequeña tienda. Auchinleck había hecho su carrera militar en la India y estaba habituado a las privaciones y a la vida dura. Auchinleck, en ninguna de las regiones que le habían sido confiadas, nunca había dispuesto de tropas suficientes para cubrir las cuarenta millas (casi setenta kilómetros) comprendidas entre el mar y la Depresión de Qattara. En consecuencia, dispuso la división sudafricana en torno a la estación de El Alamein, parte en el perímetro defensivo que se había preparado y parte en el desierto, al sur. Después elaboró un auténtico plan táctico.
En un lugar llamado Deir-el-Shein, a occidente de la cresta de Ruweisat, donde había reunido sus carros de combate, dejó, un pasillo entre los sudafricanos y la 9.ª Brigada india. Obviamente esperaba atraer a Rommel a este paraje, para atacarlo después desde ambos lados. Casi quince kilómetros más al sur, en Bab-el-Qattara, se encontraban las tres brigadas de la división neozelandesa, mientras justo en

Un bombardero americano Douglas "Boston", adquirido por Inglatera con la ley de "Préstamos y Arriendo", se dispone a despegar de una improvisada pista en el desierto.



PANZERKAMPFWAGEN MARK IV



La historia de este medio acorazado, como la de muchas armas alemanas de la última guerra, se remonta a mediados de los años treinta, cuando la nueva Alemania, levantada por el nacionalsocialismo, se hallaba en plena carrera armamentista. Los técnicos destinados a la planificación de las fuerzas acorazadas consideraban que no existía ningún carro capaz de acompañar a los más ligeros, a excepción de los medios estudiados con los técnicos soviéticos en la escuela de carros de combate de Kazán, en Rusia. Esta extraña unión había surgido de la necesidad por parte rusa de aprender acerca de la técnica y el uso de los blindados de alguien ya experto en la materia.
Sus ex aliados de la Gran Guerra torcían el gesto ante el nuevo gobierno revolucionario comunista; Inglaterra había proporcionado, además, armas a los "blancos", contrarrevolucionarios, y no había mucho que esperar de su parte. Alemania, en cambio, oprimida por el Tratado de Versalles, que le negaba la mínima autonomía, tenía la técnica, pero le estaban prohibidos los medios para mantenerla y para desarrollarla. Así nació esta escuela semiclandestina, que operó entre el final de los años veinte y el comienzo de los años treinta. En Kazán los alemanes desarrollaron muchos proyectos, entre los cuales, como decíamos, se hallaba el de un carro pesado, pero no dio resultados satisfactorios. Por fin, los técnicos de la Krupp, de la MAN y de la Rheinmetall se pusieron a buscar una nueva fórmula que se saliese de los anticuados esquemas y que fuese adecuada a las necesidades de los militares. Entre los proyectos elaborados, en 1935 fue elegido el de la Krupp, que en 1936 ya era capaz de entregar un primer lote de carros de combate. Al estallar la guerra la Wehrmacht disponía de un cierto número de medios denominados Panzerkampfwagen IV, que "probó" con resultados óptimos en la campaña de Polonia. Este carro, que era como el "hermano mayor" del Pzkfw III, constituirá la espina dorsal de la Panzerwaffe hasta los últimos días de la guerra, si bien más tarde entrarán en acción medios acorazados excepcionales, como el Tiger y el Panther. Se trataba de un carro cuya carrocería había sido realizada con soldadura, con un motor Maybach 120 HL 120 TRM, de 12 cilindros en V, con una cilindrada de 11.867 centímetros cúbicos, y una potencia de 300 HP. Su blindaje, de 30 mm. en los primeros modelos, aumentará hasta los 80 mm., con más de 18 mm. de blindaje adicional en los últimos. También el armamento sufrirá una fuerte evolución, pasando de un primer cañón de 75/24 mm. al de 75/48 de las últimas versiones. De este carro se fabricarán alrededor de 9.000 unidades, de las cuales más de 8.000 serán de las versiones más robustas (F, G, H, J). Su interior había sido diseñado cuidadosamente: los asientos estaban forrados, todas sus aristas vivas estaban acolchadas, había suficiente espacio y sus paredes, pintadas en tonos claros, contribuían a reducir al mínimo la sensación de opresión que puede dar a quien se encuentra encerrado en un carro de combate la idea de estar en un ataúd de acero. La vida en activo de este carro de combate tendrá un curioso apéndice: en la guerra árabe-israelí de 1967, el ejército sirio utilizó, parece ser que con resultados discretos, algunas unidades del Pzkfw IV J, claro exponente de la validez y eficacia de los técnicos alemanes que lo habían proyectado treinta años antes.

Tipo Panzerkampfwagen IV		E	Autonomía	en carretera en terreno variado	200 km./h. 150 km./h.
Año		1940	Tripulación		5
Peso		23 t.	Armamento		1 × 75/24 + 3 × 7,92
Longitud		5,89 m.	Munición		80 × 75 mm. 2.700 × 7,92 mm.
Anchura		2,86 m.	Máx. trinchera superable		2,45 m.
Altura		2,68 m.	Máx. escalón superable		60 cm.
Luz libre		40 cm.	Máx. pendiente superable		30°
Protección (blind. máx.)		30 + 20 mm.	Vado		100 cm.
Motor		Maybach 12 cil. de 300 HP			
Vel. máx.	en carretera en terreno variado	40 km./h. 16 km./h.			

los confines de la depresión quedaba apostada otra brigada india. El sistema defensivo de Auchinleck era, por tanto, muy sutil, y con brechas descubiertas, no todas intencionadas. Los carros de combate eran su mayor preocupación. Aunque la 1.ª División Acorazada tenía 150, tan solo 60 de ellos eran Grant americanos, es decir, capaces de oponerse a los carros alemanes.
El Grant pesaba 24,7 toneladas. Sus 400 caballos le permitían atravesar el desierto a 35 kilómetros por hora; su blindaje de 50 mm. era algo menos macizo que el de los últimos carros de combate alemanes. Disponía de un cañón muy potente –un 75 mm. que utilizaba proyectiles perforadores– y otro más pequeño, de 37 mm. El Crusader inglés tenía, en cambio, un blindaje de sólo 49 mm. y una pieza de 37 mm. Sin embargo, el Grant tenía una desventaja frente a los carros alemanes. Su cañón de 75 mm. no estaba instalado en una torreta giratoria, sino en una especie de plataforma lateral. Por ello no podía apuntar a voluntad en todas las direcciones; todo el carro de combate debía girar en dirección a su blanco.
El Grant tenía además una conformación bastante más alta que los carros de Rommel, lo cual lo hacía más difícil de esconder tras los declives del terreno y hacía de él un blanco más fácil. Por último, tras las desastrosas derrotas de Tobruk y de Marsa Matruk, la moral de las tropas inglesas había alcanzado su punto más bajo.
El VIII Ejército debería afrontar una durísima batalla. En tal situación, las dotes personales del comandante asumían la máxima importancia. Auchinleck estaba tranquilo, resuelto y decidido a derrotar a Rommel. En su mensaje a sus tropas dijo aquel día: *"El enemigo se está alejando demasiado de sus bases y piensa que el nuestro es un ejército derrotado. Espera tomar Egipto en un abrir y cerrar de ojos. Mostradles que no es cierto".*

Los planes de la batalla

En la guerra motorizada los alemanes se encontraban más a sus anchas que los ingleses. Se habían preparado para ella a fondo antes de estallar la guerra, y habían podido experimentarla primero en Polonia, y después en Francia. Por el contrario, Inglaterra, al igual que América, había entrado en guerra bastante desentrenada, y con poca experiencia en la utilización de los carros de combate.
Los alemanes tenían además, en Rommel, al más grande comandante de fuer-

Las 'Memorias de Rommel" son una serie de documentos, cartas y apuntes dictados apresuradamente por el Mariscal de Campo alemán, junto a una serie de informes y notas de ciertas personas que formaban parte de su secretaría. Fueron publicadas por la viuda del Mariscal con la supervisión del general Bayerlein, que fue Jefe de Estado Mayor del Africa Korps. Veamos alguna de sus páginas:
Primavera de 1941.–*"Las relaciones con los italianos son buenas: los soldados son excelentes, pacientes, resistentes, valerosos, pero se hallan mal dirigidos y armados. Es necesario mantener el mayor secreto sobre la preparación de la ofensiva; tengo fundados motivos para pensar que es ilusorio suponer que en Italia se pueda mantener total reserva sobre los propósitos más confidenciales: los Comandantes y los jefes hablan y charlan de ello sin ningún tipo de precaución. Roma es una especie de Shanghai, un bazar levantino donde se intercambian las informaciones, se venden a precio de saldo, se regalan y se inventan. D. me ha comunicado en 24 horas banales cotilleos que me afectan, hechos en Africa y referidos, a orillas del Tíber pocas horas después: por lo demás, los ingleses están totalmente informados al minuto de las salidas de convoyes de los puertos italianos. Se debe a la maquiavélica maniobra de los Almirantes y Comandantes de las escoltas –ahora duramente curtidos por la experiencia– el que las pérdidas no sean mayores; me cuentan que los Comandantes italianos contravienen en forma regular las órdenes operativas que les son comunicadas, ya que están seguros de encontrar inmediatamente, en su propia ruta, a los submarinos y aviones ingleses".*
El 22 de diciembre regresa el teniente Moser con un mensaje del Führer. Hitler asegura haber tomado buena nota del informe. Elogia al A. K. Ya ha estudiado con su Mando Supremo los planes para la ofensiva contra Egipto. Está perplejo por Túnez, pero prefiere proceder a la ocupación. Kesselring y Student estudiarán un plan para Malta con los italianos. Las preocupaciones para la zona del norte de Africa están justificadas. Hitler anuncia haber escrito a Mussolini para la ofensiva, aconsejándole el máximo secreto. El momento ideal es el otoño. Canaris estudiará el asunto de Abd-el-Krim. Rommel escribe a un amigo suyo (Enno):
"Tengo confianza en el destino del Afrika Korps, si las fuerzas me ayudasen conseguiría empujar a los ingleses hasta el Canal. La guerra, aquí, es totalmente distinta de como pueda imaginársela usted: las experiencias de Polonia y Francia no sirven: los ingleses son muy ricos en medios, pero prudentes: espero proporcionar una gran desilusión al menos a uno de los tres Cunningham.
El nuevo Comandante italiano, el general Bastico, es una persona seria y pienso que me proporcionará una ayuda eficaz. Ammon no ha regresado de Alejandría, pero he recibido la sorpresa de tener noticias suyas desde Jartum, donde está haciendo una excelente labor, a través del Lago Chad y el desierto libio; he recibido estas noticias por medio de una novelesca acción de un valeroso oficial italiano de Nápoles, propia de los libros de Karl May. No he visto a Zech. Saluda de mi parte a Frieda".
15 de febrero de 1942.–*Los italianos han retirado una Unidad, ya que no retiro mis posiciones hacia atrás tal como ellos desearían.*

DE LAS "MEMORIAS" DEL ZORRO DEL DESIERTO

25 de abril de 1942.—*Ayer tuve dos útiles cambios de impresiones con el general Barbasetti, sucesor de Gambara y actual Jefe del Mando Supremo italiano del norte de Africa. Se dice que Gambara ha sido sustituido porque, según se ha dejado escapar en un círculo de oficiales, quería permanecer en Africa hasta que tuviese ocasión de dirigir una división italiana contra nosotros.*

En Salzburgo, entrevista entre Hitler y Mussolini, del 29 al 30 de abril. El único eco que llega de Roma a Libia, que afecte al A. K., es la afirmación de que los dos Jefes del Eje han "tratado positivamente del problema de Túnez y de Bizerta", lo cual provoca una solicitud de Rommel a la Embajada alemana en Roma, con fecha de 1 de mayo, para que inmediatamente se resuelva la cuestión de la ocupación de Túnez.

El general Cavallero manda a un enviado personal, el día 10, con una larga carta para Rommel; en síntesis, le urge para que ataque a fondo.

22 de mayo de 1942.—... *El General (Rommel) desea que usted se ocupe del envío de los instrumentos de radio para localización del enemigo. Estamos a punto de desencadenar un nuevo ataque contra el enemigo. Esta vez el General piensa contar con medios adecuados, y esperamos que la Providencia nos sea favorable.*

El 26 de mayo, Rommel inicia su gran batalla, con amplia utilización de medios aéreos, navales y terrestres. Bir Akheim, una base inglesa al sur del frente de Tobruk que la propaganda británica había bautizado como "la Verdún del desierto", fue cercada. Los ingleses y los gaullistas, vencidos, se retiran. Malta continúa siendo atacada desde el cielo por los aviones del Eje.

Los roces entre Rommel y Bastico se acentúan. El 22 de junio, al día siguiente de la conquista de Tobruk, los dos generales se entrevistan en el Mando táctico de Rommel, en Bardia.

22 de junio de 1942.—*El General (Rommel) ha mantenido una larga polémica con los italianos, que quieren cortarle las alas. Bastico ha insistido en que no se sobrepase la línea de Giarabub, con concesiones prudentemente defensivas. El General ha dado a entender claramente que no pretende recibir consejos sobre los planes ya previstos, y aceptados por el Führer. Por otro lado, dada la situación actual de agotamiento del VIII Ejército, es indispensable aprovechar el éxito obtenido y no dar tregua al enemigo, impidiéndole recuperarse. El General trata de conservar la ventaja actual y llevar la iniciativa, imponiendo al enemigo su propio juego.*

Con la toma de Tobruk, nuestro flanco y nuestra retaguardia se hallan despejados y no ofrecen ningún peligro de que nuestros abastecimientos sean obstaculizados, entre otras cosas, porque el enemigo no dispone de la inyección de moral que poseían cuando tenía Tobruk en sus manos.

Detenerse, como pretende el Mando italiano, en la línea móvil de Sollum-Halfaya-Sidi Omar, permaneciendo en la frontera de Egipto, sin atacar, significaría dar a los ingleses todo el tiempo necesario para reorganizarse y establecerse definitivamente.

A pesar de las dificultades de nuestros convoyes, el desmantelamiento efectuado de las defensas de Malta y la mejor preparación y efectividad de las escoltas navales italianas deben darnos una relativa seguridad de no estar angustiados por seguir al VIII Ejército.

En Roma todavía insisten en la empresa de Malta y Von Rintelen ha advertido al General que Mussolini ha escrito al Führer en este sentido: está claro que tal empresa habría sido muy útil si ya se hubiese efectuado. No es posible hoy desplazar medios bélicos y principalmente retirar aviones de Libia, arriesgando nuestra marcha hacia adelante, frustrando las perspectivas de llegar victoriosos al Canal, con los efectos que cualquiera puede imaginar sobre la marcha del conflicto.

El general Bastico ha anunciado que el Mando Supremo italiano ha recibido una orden de Mussolini de no traspasar la línea de Marsa Matruk, informando por enésima vez que el ataque a Malta sería ahora decisivo para agosto.

El General (Rommel) está irritado contra el Mando Supremo italiano y contra los dirigentes de Roma, que discuten académicamente, levantando polémicas y cotilleos personales.

El general Cavallero, tal como me ha telegrafiado el general Von Rintelen, ha insistido para que el A. K. se detenga, mientras que hasta ayer aprobaba entusiasmado los planes del General. El General (Rommel) ha hecho entender al italiano (Bastico) que si los italianos no quieren marchar hacia adelante, que no lo hagan; él, por su propia cuenta, avanzaría con el A. K., terminando la entrevista con una invitación a una cena en El Cairo. Además, noticias llegadas a través de declaraciones de prisioneros e interceptadas por nosotros, confirman la perplejidad de los ingleses en Egipto, y tenemos razón al pensar que su orgullosa seguridad ha declinado enormemente.

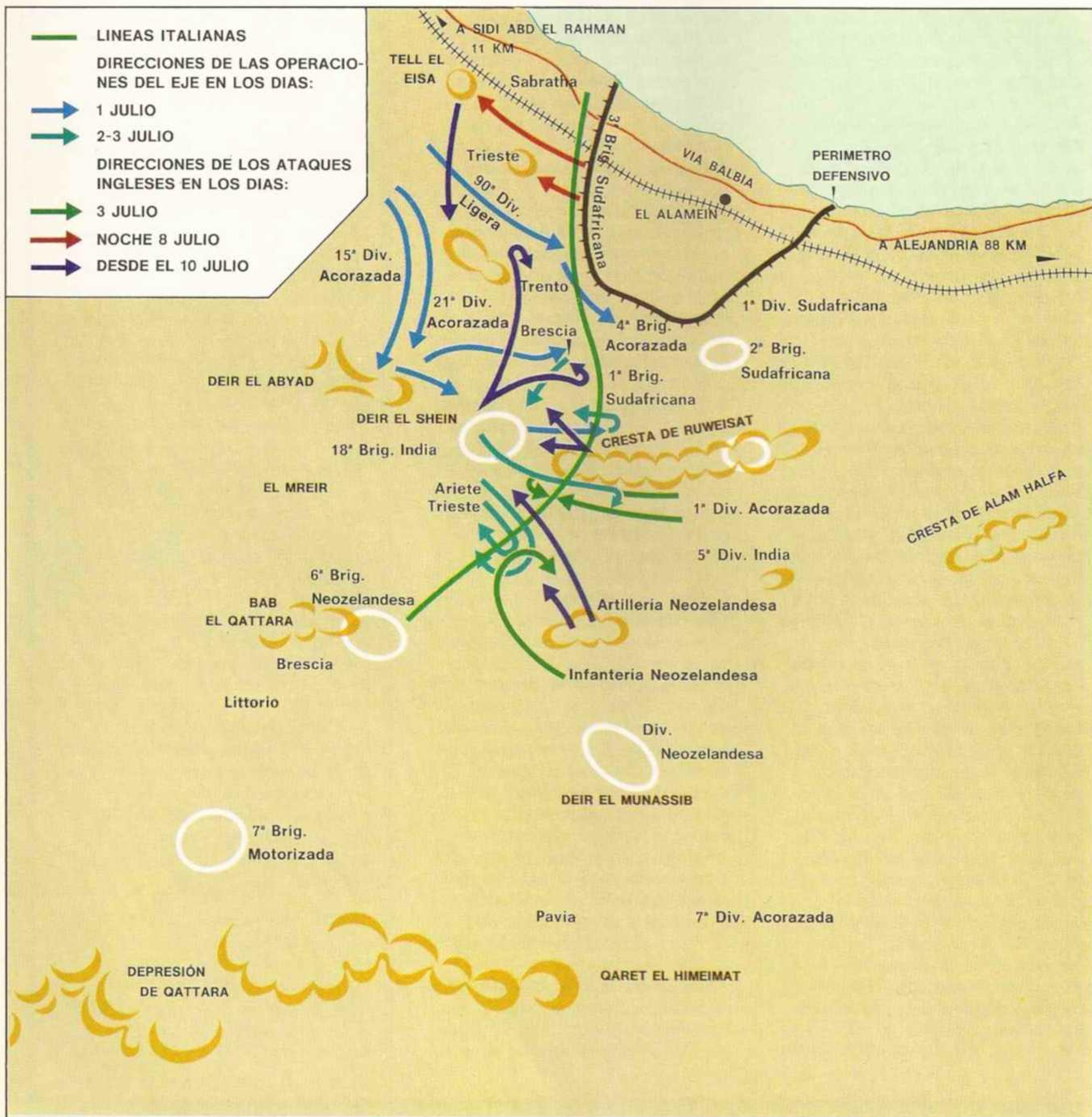
27 de junio de 1942.—*El General me encarga informarle de que sus planes han obtenido el visto bueno de Roma, por intervención directa del Führer. Este ha escrito una larga carta a Mussolini, inspirada, sin duda ninguna, en el informe del General.*

zas acorazadas producido por la guerra, más grande aún, según muchos, que el propio Patton. Sus tropas le adoraban, e incluso los enemigos, aunque de mala gana, le admiraban. No sorprende, por lo tanto, que los italianos y los alemanes, aun inferiores en número, hubiesen cosechado un impresionante número de victorias. Pero las fuerzas de Rommel tenían una gran desventaja: la dificultad y la enorme longitud en sus abastecimientos.

Cuando llegaron a El Alamein, en el último tramo de ciento ochenta kilómetros en el camino hacia Alejandría, la ciudad egipcia más cercana, ya estaban exhaustos tras un mes de combates. Y cuanto más avanzaban, se tornaba mayor la distancia que sus camiones de municiones, víveres y gasolina, tenían que recorrer, bajo el constante e insistente bombardeo de los aviones americanos Boston y Mitchell, y de los de la Desert Air Force inglesa.

El 30 de junio, cuando Rommel —que entre tanto había sido ascendido a mariscal de campo— decidió su plan de ataque, sus fuerzas eran netamente inferiores a las del enemigo. Tan sólo le quedaban 26 carros de combate y 1.500 hombres de la infantería motorizada.

De cada cinco de sus hombres —italianos y alemanes en igual número—, cuatro habían llegado a El Alamein en camiones ingleses capturados. Pero Rommel consideraba estar tan cerca de la victoria, que decidió continuar su avance frente a todas las adversidades. En una batalla relámpago, sus fuerzas habrían derrotado una vez más a los ingleses.





Los carros de combate y los camiones de la "Panzerarmee Afrika" comenzaron a desplazarse el 1 de julio de 1942, antes del amanecer. Las órdenes de Rommel eran que la 90.ª División Ligera (infantería y cañones transportados en camiones) se dirigiese al este, sobre Deir-el-Shein, para cortar al norte en dirección a la costa. Los sudafricanos de El Alamein quedarían rodeados por este movimiento en dirección norte. Entre tanto, sus dos divisiones "panzer" (llamadas DAK o "Deutsche Afrika Korps") y el 20.º Cuerpo italiano deberían haber derrotado a los neozelandeses en Bab-el-Qattara, rodeando por el este y por el sur la cresta de Ruweisat.

El gráfico de la izquierda muestra el transcurso de las operaciones que se desarrollaron entre el 1 y el 11 de junio de 1942 en la zona de El Alamein.

Arriba, carros M 14/41 de la división "Ariete" en los límites de la gran Depresión del Qattara.

Este ataque desde el sur habría cercado prácticamente a todo el ejército de Auchinleck.
El plan era típico en Rommel: arriesgado, audaz, original. Lo que había en juego no era para menos.
Pero al mando de los ingleses se hallaba ahora Auchinleck, y por primera vez las cosas comenzaron a marchar mal para los alemanes. Mientras se estaban acercando, en la oscuridad, a las posiciones inglesas, la RAF los avistó y cayó rápidamente sobre ellos. Entonces perdieron el rumbo, y los ingleses gozaron de un magnífico espectáculo de fuegos artificiales con el cielo africano por fondo: se lo ofrecían las unidades alemanas, que utilizaban cohetes para señalar sus respectivas posiciones. Las informaciones de Rommel acerca de las defensas inglesas eran completamente erróneas. Esto hizo que su ataque meridional, efectuado por los italianos y por el "Afrika Korps", fuese a parar en medio de las tropas indias. Los robustos y barbudos Sikhs y los pequeños Gurkas dispararon todo el día desde sus trincheras individuales en el desierto rocoso.
Por último fueron derrotados por los carros de combate alemanes.
Sin embargo, habían conseguido aminorar la marcha de un ataque alemán que habría podido penetrar en profundidad en la retaguardia de las posiciones inglesas, retrasando críticamente el plan de batalla de Rommel.
También el ataque en dirección norte estaba fracasando, porque Rommel había entrado en la trampa de Auchinleck. Durante todo el día, la 90.ª División Ligera trató desesperadamente de abrirse paso por el oeste entre El Alamein y Ruweisat, mientras los sudafricanos les salían al paso desde todas partes. Por primera vez, Auchinleck había fraccionado sus divisiones pesadas inglesas en grupos de combate que comprendían infantería motorizada y artillería, para enfrentarse a Rommel con la misma agilidad.
Bajo el sofocante calor del atardecer, el ataque alemán fue bloqueado, y Rommel y el coronel Fritz Bayerlein, su jefe de Estado Mayor, se encontraron atrapados en el desierto entre el fuego de la artillería inglesa, incapaces de moverse. Hasta la noche no consiguieron llegar a su Cuartel General. El primer día concluyó, así, con un éxito inglés. Aquella noche Auchinleck ordenó a los carros de combate y a todas sus tropas del flanco meridional que contraatacasen. El plan preveía



una ruptura del flanco de Rommel, la toma de la carretera de la costa y el cerco completo de los alemanes. En una palabra, Auchinleck quería derrotar a Rommel con sus propias armas. Rommel, a su vez, decidió concentrar su principal esfuerzo en el ataque del norte, llamando al "Afrika Korps" en apoyo de la 90.ª División Ligera. Entonces, las tres divisiones alemanas juntas deberían alcanzar la carretera de la costa y aislar a los ingleses que estaban apostados alrededor de El Alamein.

Fracasaron los planes de ambos generales. El grueso del VIII Ejército estaba aún demasiado afectado por las anteriores derrotas para realizar el audaz plan de Auchinleck. El Estado Mayor inglés, también, a causa de su inexperiencia, no había sido tan veloz como el alemán en la elaboración de los últimos detalles. Los carros de combate ingleses, en vez de rodear desde el sur a las fuerzas acorazadas alemanas, las afrontaron directamente. Rugieron los camiones, los motores de los carros de combate se pusieron a las máximas revoluciones, tronaron los cañones; y sin embargo, en el enfrentamiento, el avance de Rommel fue detenido por el momento.

Destruida la división "Ariete"

La batalla fue como un concurso de sogatira. Al principio ninguno cedió. Después, el grupo más fuerte, centímetro a centímetro, comenzó a ganar terreno. Rommel ya había comprendido que tenía en Auchinleck un digno adversario, capaz de cambiar el curso de la guerra en el desierto. Pese a ello, decidió lanzar a sus exhaustos hombres en un último asalto desesperado. Esta vez golpearía al enemigo por el este, a ambos lados de la cresta de Ruweisat. Si hubiese conseguido dividir en dos el ejército inglés, habría podido alcanzar Alejandría fácilmente. Entre tanto, Auchinleck había enviado a los neozelandeses de Bab-el-Qattara y a los indios a la Depresión de Qattara, para que se concentraran con el resto del ejército entre Ruweisat y el mar.

El 3 de julio, bajo el calor sofocante del camión de su Estado Mayor, Auchinleck observó sobre el mapa de la batalla cómo se movían las banderas alemanas, mientras Rommel en persona guiaba a sus hombres al asalto. Mientras Auchinleck miraba el mapa, llegaba hasta él el tronar constante de los cañones, las explosiones de las bombas y el ronroneo de los motores de los aviones.

Un negro humo subía al cielo.

Cuando cayó la noche, los alemanes estaban demasiado cansados para avanzar un paso más, y los ingleses se encontraban aún entre ellos y Alejandría. Rommel reflexionaba sobre el fracaso en su pretensión de abrir una brecha, cuando le comunicaron que la división italiana "Ariete" había sido prácticamente destruida por los neozelandeses y por la 1.ª División Acorazada.

El 4 de julio —la primera Fiesta de la Independencia que América celebraba en guerra— hubo un alto el fuego temporal. Rommel estaba reorganizando sus tropas y haciendo nuevos planes tras el fracaso del primer ataque a las posiciones de El Alamein; Auchinleck, en cambio, trabajaba en un nuevo contraataque. En realidad, Rommel permanecería a la defensiva durante cuatro días. El VIII Ejército, siempre a causa de su baja moral y de su lentitud de organización, fracasaría nuevamente en el cumplimiento de las órdenes de Auchinleck para un ataque envolvente a espaldas de Rommel.

Por lo demás, también Auchinleck tenía problemas. Sólo disponía de una

división de reserva, la 9.ª australiana; decidió jugárselo todo a una carta en un ataque al oeste de El Alamein, a lo largo de la carretera de la costa. Su primer movimiento, sin embargo, fue el de retirarse hacia el sur para engañar a Rommel

A la izquierda, una patrulla británica avanza cautelosamente durante un combate. Durante el verano, el VIII Ejército inglés había sido considerablemente reforzado.

Abajo, un "Hurricane" ha alcanzado con sus armas a un camión alemán.

El anillo débil de Rommel

Rommel pasó la noche del 8 de julio en una posición abandonada por Auchinleck, convencido aún de hallarse en el comienzo de un gran avance que le llevaría a la victoria final.
Pero hacia el norte, el horizonte se llenaba de destellos, y se iluminaba por los disparos de los cañones de Auchinleck, que batían a las tropas italianas de Rommel, apostadas en atrincheramientos para "limpiar" la carretera costera. En el curso de la noche los australianos asaltaron a bayoneta calada las posiciones italianas.
Los italianos no resistieron el ataque y huyeron, dejando tras de sí sus piezas de artillería.
El resultado del ataque australiano fue la conquista de la importante colina de Tel-el-Eisa. Después, los australianos se dirigieron hacia las líneas de comunicación de Rommel. Para salvar la situación, Rommel tuvo que abandonar su plan de ataque y acudir presurosamente al norte con fuerzas reagrupadas, que pertenecían a la 15.ª Panzer.
Dos días después, Auchinleck atacó de nuevo y destruyó otra división italiana. Rommel, a la defensiva, dirigía el frente haciendo acudir tropas alemanas de refresco a los puntos débiles y más amenazados.



ROMMEL CUENTA: "EL DUCE EN EGIPTO"

Presentamos algunas páginas de las "Memorias de Rommel", sobre el viaje de Mussolini a Africa Septentrional. El Duce se sentía dueño de Egipto, pero Rommel tenía similares pretensiones.

29 de junio de 1942.—*Nuestros puestos avanzados se hallan a tan sólo 195 kilómetros de Alejandría. Antes de alcanzar la meta habrá que efectuar más de una batalla. Tendrán lugar, antes de anochecer, algunos desplazamientos de tropas. Ya estamos a sólo 150 Km. de Alejandría.*

La marcha de las tropas del Eje permite unas mayores perspectivas de éxito: Sollum y el Paso de Halfaya caen el 23 de junio. El 24 se llega a Sidi-el-Barrani, y el 28 al campo atrincherado de Marsa Matruk, que se hallaba enormemente provisto de armas y de hombres, y se rinde ante las divisiones de Rommel. Las tropas del Eje están en el corazón del desierto y se dirigen hacia Alejandría. Rommel es nombrado Mariscal del Reich. Desde Roma nos llegan rumores y comentarios; Tour a Rommel, con fecha de 28 de junio: Mussolini llega a Trípoli. Su visita tiene carácter privado. Comida en la residencia del Gobierno de Libia. "Villa de las Rosas", donde llega el telegrama de Rommel que informa de la caída de Marsa Matruk. Al anochecer el Duce llega al aeropuerto de El Fetejah, donde están los cazas alemanes. Esperan al Primer Ministro italiano el general von Rintelen, el general Cavallero y el general Bastico, con sus respectivos Estados Mayores; el segundo avión del séquito de Mussolini, durante el aterrizaje, se estrella, debido a la oscuridad, contra un bombardero italiano que regresa de una misión de guerra. Ambos aviones se esparcen en pedazos por la pista: mueren tres policías de la escolta del Duce, así como el "barbero personal" de Mussolini.

Mussolini se detiene en la estación de ferrocarril de Ain Mara, después de Derna, donde está la Sección adelantada del Mando italiano, para tareas especiales con vistas a una ocupación de Egipto, y con funciones de enlace entre el A. K. y el Mando Supremo italiano. El Jefe de la Sección, general Curio Barbasetti di Prun, un excelente y curtido oficial, informa a sus huéspedes sobre la situación militar en los mapas. Después, la comitiva se desplaza en automóvil a Jebel, a la ciudad colonial de Berta, donde está la residencia privada del Duce, en una aldea que había sido sede del general inglés Claude Auchinleck y de su Cuartel General.

30 de junio.—*Nuevo vuelo a Tobruk. Mussolini visita en Derna, en el hospital de campaña italiano, y después en el alemán, a los heridos de su ejército y a los del A. K. Se entrevista cordialmente con los soldados germanos, hablándoles en alemán. Comenta la diferencia de organización de nuestro hospital (el alemán), que tiene una mayor limpieza, mosquiteros, neveras, radio, etc. El cadete Richter obtiene del Duce una fotografía con dedicatoria de su puño y letra. Al atardecer, visita de Mussolini al campo de los 6.000 prisioneros del VIII Ejército. En primer lugar, al campo de los sudafricanos y después al de los ingleses. A la puesta de sol, lluvia, rarísima en esta estación. Llegada del secretario del partido fascista, Aldo Vidussoni.*

1 de julio.—*Visita de Mussolini al poblado de colonización "Duque de los Abruzzos". Incidente con el yerno del Rey.*

2 de julio.—*Mussolini llega en avión a Tobruk, y visita el Mando de la Marina italiana. Inspección de las lanchas alemanas, en el puerto, de las posiciones de artillería, y de la Flak, en el Fuerte. Comida con oficiales alemanes en la sede de la Intendencia italiana. El Mando del A. K. pone a su disposición un vehículo para que regrese a Berta, dado que las condiciones climatológicas impiden el vuelo.*

3 de julio.—*Reunión en Berta. Mussolini se halla indispuesto. Se ve obligado a observar un estricto régimen alimenticio incluso en las comidas oficiales.*

Hoy ha llegado a Berta el embajador Serafino Mazzolini, con otros funcionarios de Asuntos Exteriores. Mazzolini será el eventual Comisario Civil de Egipto.

4 de julio.—*Por la tarde, Mussolini se dirige en automóvil a la bahía de Ras-el-Ilal, donde inspecciona un submarino italiano. Arenga a los marineros, con amenazas contra los ingleses. Visita a un pesquero italiano, habilitado para el dragado de minas. Nuestras experiencias en el Mando del A. K. con palomas mensajeras han tenido un buen resultado. Rommel está contento.*

5 de julio.—*Mensaje de Berlín para Rommel. Mussolini ha telegrafiado a Berlín el día 2, sugiriendo que el Mariscal sea el comandante militar de Egipto, y un italiano sea Delegado Civil. El 3 de julio el Führer contesta, dando el visto bueno a Rommel. En lo referente al asunto civil la situación se halla en suspenso.*

Nosotros somos partidarios de la posibilidad de un solo Gobernador, con funciones civiles y militares, y que éste sea Rommel. El general Cavallero es nombrado Mariscal de Italia, evidentemente, para que no se enfrente al nuestro. Sin embargo, la noticia produce una mala impresión entre los oficiales italianos en

el frente. Parece que es inminente la designación como Mariscal del general Bastico. Aunque sólo sea por esto, los dos generales italianos deben estar agradecidos al A. K. Desde el día 28 pasado estamos en El Daba y en El Alamein. El Mariscal considera que la resistencia será dura y que Alejandría será defendida a ultranza. Es por ello por lo que piensa que son prematuras o negativas todas estas maniobras aquí y en Roma. También hoy, con von Rintelen, Kesserling continúa criticando el avance del A. K. La división italiana "Ariete" en El Alamein ha sido duramente probada hoy. Aviones de la Luftwaffe han lanzado, en el centro del Valle del Nilo, el texto del comunicado del 3 de julio. Entre los oficiales italianos corre el rumor de que Mussolini haya traído desde Italia su caballo blanco, para la entrada triunfal en El Cairo, como "Protector del Islam". Moser, que viene de Berta, desmiente la noticia.
6 de julio.—*Mussolini, en Berta, pasa revista a un escuadrón de "spahis" libios que hacen una demostración*
Visita al Parque Móvil: incidente con el coronel que se halla a su mando. Mensaje de Berlín. Nuevos ataques nocturnos de la RAF. Visita de Mussolini a Beda Littorio.
7 de julio.—*Durante toda la noche, el Mariscal ha estudiado la situación. Muestra la intención que los ingleses tienen de afianzarse sobre el terreno e impedir el avance. Frente a nosotros, al Sur, tenemos en el margen de la Depresión de El Qattara a la 29.ª Brigada india Mr. Rl., con la 8.ª Brigada Motorizada en Deir-el-Munassib. Más hacia adelante, siempre al sur, destacamentos de Royals y grupos de la 2.ª División neozelandesa. En el centro, el 12.º Lancers, en vanguardia, y la 1.ª División acorazada.*
En la costa, en el estrecho de El Alamein, la 1.ª División sudafricana y, en su retaguardia, entre El Imayid y El Hamman, la 9.ª División india y la 19.ª Brigada inglesa. Se divisan refuerzos en el Canal. Las naves de guerra, que habían evacuado a gran velocidad el puerto de Alejandría, parece que vuelven. Mensaje desde Berlín: maniobra de Kesselring. Desde Berta, Mussolini se dirige a Derna. Durante su recorrido pasa revista a un batallón de infantería italiana y después a un batallón libio, formado por soldados de color. Von Rintelen envía un nuevo mensaje. El mariscal Cavallero se dirige a Roma.
8 de julio.—*Ataques de la artillería. El Mariscal ha permanecido 18 horas en pleno desierto con su "panzer", entre las líneas enemigas. Gran calor. Los indios se ven obligados a retirarse con graves pérdidas. La RAF ataca. En Berta, informe de los oficiales italianos al Duce.*
9 de julio.—*Avance de los carros de combate británicos. Las dificultades de abastecimiento se acentúan. Los barriles de gasolina procedentes de Italia contienen dos tercios de agua. Hemos hecho una investigación y la situación es general y habitual. ¡Es un auténtico sabotaje! En cada barril hay una media de 50 a 60 litros de agua. Los italianos ya están acostumbrados a ello, dado que sus mandos han dispuesto "por prescripción" que antes de su uso, se dejen decantar para dividir ambos líquidos. ¡Es increíble! Mussolini está en Berta: ha visitado Barce y Borgo Baracca.*
13 de julio.—*Las deficiencias en los abastecimientos se dejan sentir. El Mariscal está siempre en el frente. Nuestros aviones han abatido 16 unidades de la RAF. Si Kesselring enviase aquí a todo el Cuerpo Aéreo alemán, tal vez podríamos romper el frente.*

Los italianos parecían ser el punto débil de Rommel. Estaban en contra de aquella guerra, su equipo estaba anticuado y sus carros de combate se habían ganado el sobrenombre de "ataúdes ambulantes". Ninguno de sus comandantes se hallaba a la altura de un Rommel o de un Auchinleck. Los ingleses sabían todo esto, y el plan de Auchinleck y de Dorman-Smith consistía en mantener continuamente la presión sobre los italianos, de modo que Rommel se viese obligado a correr hacia adelante y hacia atrás para salvar la situación. Mientras estuviese entregado a esto, realmente no podría llevar adelante su ofensiva.

El 14 de julio, Auchinleck lanzó un nuevo ataque nocturno. Los ataques nocturnos eran su especialidad, desde cuando, años antes, había guiado en la frontera noroeste de la India unas pequeñas expediciones para someter a las tribus rebeldes. Era una noche sin luna. Pero la luz de las estrellas permitió a los neozelandeses y a los indios avanzar sin ser vistos hasta las posiciones defensivas de los italianos. Ante sí veían las luces de las bengalas, seguidas por las explosiones de las bombas. La RAF estaba atacando los transportes de Rommel. Poco después de media noche, los atacantes llegaron a los campos de minas del enemigo. Después, la oscuridad que les había protegido hasta aquel momento fue rota por las bengalas italianas; las ametralladoras comenzaron a lanzar sus proyectiles sobre el desierto, y sus trayectorias eran señaladas por las líneas curvas de los proyectiles trazadores. Pero estos proyectiles descubrían también las posiciones enemigas. Los neozelandeses y los indios las asaltaron inmeditamente. Los italianos —esta vez se trataba de la división "Brescia"— cedieron nuevamente. Su retirada descubrió rápidamente el flanco de las fuerzas cercanas. Rommel, que en aquel momento se hallaba dirigiendo una nueva ofensiva al sur de El Alamein, se vio obligado a interrumpirla para correr a cerrar la brecha abierta. Cuando alcanzó el punto crítico, cambió de táctica y decidió contraatacar por el centro. Pero antes de que pudiera hacerlo, los australianos de Auchinleck habían atacado de nuevo a lo largo de la carretera costera arrollando a las divisiones italianas "Trieste" y "Trento".

Rommel se encontraba entonces en la situación de un tenista que se ve obligado por el adversario a correr de una esquina a otra del campo. Para evitar una derrota total, reagrupó las últimas reservas alemanas. Consiguió de este



modo mantener el frente, pero tuvo que abandonar completamente su ofensiva. Las energías de Rommel no se encaminaban ya a la victoria, sino sólo a evitar una desastrosa derrota.
El 17 de julio de 1942 escribió a su mujer: *"Así no podemos continuar por mucho tiempo y el frente terminará cediendo. Desde el punto de vista militar, es el período más difícil que jamás he atravesado".*
El primer acto de la batalla de El Alamein había concluido. En diecisiete días Auchinleck había reanimado a un ejército derrotado y abatido, y había detenido a un enemigo orgulloso y triunfante, obligándole a defenderse a su vez. Se trató de una de las más duras y de las mejor dirigidas de las batallas realizadas por el ejército inglés. Su primer resultado fue el de salvar Oriente Medio en el momento de mayor peligro.
La posibilidad que se le había ofrecido a Rommel de conquistar Egipto, y de alcanzar los pozos petrolíferos de Oriente Medio, no se volvería a presentar.
Sin embargo, Rommel se encontraba todavía a menos de doscientos kilómetros de Alejandría. Si la hubiese alcanzado, la reorganización y el refuerzo de sus tropas habría sido más veloz que los de los ingleses, ya que sus vías de abastecimiento se habrían acortado considerablemente.
¿Y Auchinleck? ¿Sería capaz de transformar su éxito defensivo en una victoria definitiva?
Los soldados de ambas partes estaban agotados. Durante más de un mes se habían desplazado, combatiendo bajo el calor sofocante del desierto libio, donde no había ni una sombra, a no ser la de los camiones y la de los carros de combate. El terreno pedregoso reflejaba el calor y la luz actuando como un despiadado espejo.
El metal de las armas y de los vehículos era abrasador: quemaba las manos y sobre él se podían freír huevos. Los días sudorosos y el cansancio hacían que los hombres deseasen por encima de todo una ducha, y la sed les volvía casi locos.
Pero el agua era escasa, les llegaba desde lejos por medio de largos conductos, y tenía que ser dividida entre centenares de miles de soldados. Cada uno recibía una ración de menos de cuatro litros por día, caliente, turbia y corrompida. Estos cuatro litros tenían que ser suficientes para lavarse, para cocinar, para afeitarse y para los radiadores de los vehículos. La mitad iba a parar a la cocina. La cuarta parte de lo que quedaba servía para lavarse. La que se utilizaba para lavarse por la mañana era filtrada, y volvía a utilizarse por la noche.
Filtrada por segunda vez, servía para lavar la ropa, y por último quitándole la arena, se echaba en los radiadores de los camiones y de los carros.
Las galletas y la carne en conserva eran la comida más común en todos los ejércitos; los ingleses contaban además con una taza de té. Durante meses y meses, ninguno de los soldados de ambos ejércitos pudo alimentarse con fruta o vegetales frescos. La única posibilidad de refrescarse y de pasar agradablemente el tiempo era la de di-

Arriba, Benito Mussolini pasa revista a un destacamento italiano. A su izquierda, en primer plano, el general Ettore Bastico.

A la derecha, la guerra en Africa Septentrional se reveló pronto durísima por la presencia de un común enemigo a las dos partes en litigio: el desierto. Así queda patente en la imagen de estos soldados alemanes que tratan de protegerse de la arena.

rigirse en camión hasta el Mediterráneo y a sus blancas playas. De otro modo, los soldados no tenían más que el sol y moscas, que aparecían en enjambres allí donde los seres humanos hacían acto de presencia y se pegaban a todo el cuerpo, especialmente en los ojos y en la nariz. Para comer, a menudo era necesario espantarlas con una mano, mientras que con la otra se llevaban la comida a la boca. A todo ello, en el caso de la infantería, había que añadir la molestia de verse clavada en el desierto y ser blanco de los disparos de los carros enemigos. Las perspectivas no eran, por lo demás, mejores para los conductores de los carros: enclaustrados en un espacio de hierro ardiente, no más grande que un cuchitril, sabían que en cualquier instante un disparo directo podía reducir su vehículo a una antorcha.

Tras los ejércitos, las columnas de camiones cargados de municiones, abastecimientos y medicamentos, como desfile de hormigas, pasaban de un horizonte al otro; los camiones circulaban en segunda sobre la ruda superficie del desierto, y los conductores guiaban desnudos para sufrir menos el calor.

Sin embargo, para los ingleses, las condiciones habían mejorado desde que estaban en El Alamein, ya que estaban más cercanos a sus bases egipcias. El racionamiento del agua se elevó a seis litros por día y hombre. Los cigarrillos comenzaron a abundar, si bien algunas marcas eran rechazadas porque, según decían, disminuían la virilidad.

Para italianos y alemanes, apostados al final de la larga carretera que procedía de Trípoli, las condiciones no podían ser peores. Con la victoria, habían soñado con dormir en las blandas camas de El Cairo y de Alejandría, en vez de en fosas excavadas en la arena. También se habían imaginado descansando a la sombra de los árboles, entre fuentes y verdes prados. En vez de ello estaban instalando minas, a la espera del inminente ataque de Auchinleck. Rommel sabía que tenía que mantenerse a la defensiva hasta la llegada de nuevos contingentes de tropas de Italia y de Alemania y hasta que no consiguiera rellenar sus depósitos de gasolina. También Auchinleck habría preferido dar un descanso a sus tropas, pero no podía permitírselo.

Lejos, en las estepas rusas, los alemanes estaban obteniendo, en el segundo año de la guerra, victorias colosales sobre el Ejército Rojo. Los ejércitos de Hitler se acercaban a Stalingrado y a Rostov, mientras los rusos se hallaban en plena retirada. Por tanto, Auchinleck se encontraba frente a una nueva amenaza: la posibilidad de que los alemanes avanzasen a través del



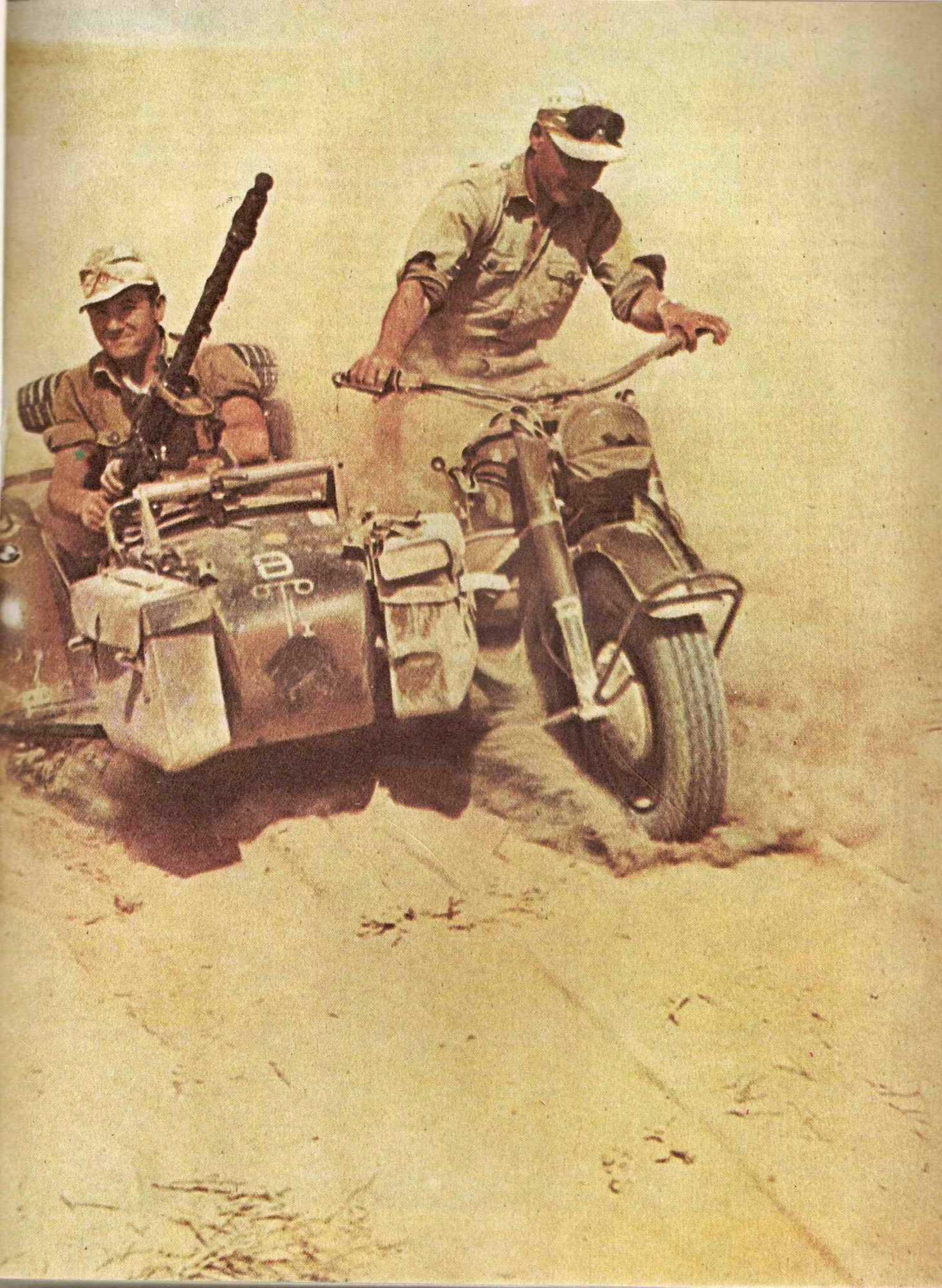


Cáucaso hasta Irán, atacándole por la espalda.
Si esto hubiese ocurrido, no habría tenido suficientes tropas en todo Oriente Medio para detener a los alemanes antes de que entrasen en Irán, y para mantener a Rommel alejado del Delta del Nilo.
Sólo le quedaba una solución: atacar y rechazar a Rommel en primer lugar, y después destacar a las fuerzas inglesas a Irán. Auchinleck tomó esta decisión en los cuatro días que siguieron a la derrota de Rommel del 17 de julio. El riesgo era enorme: el ejército inglés estaba cansado y se hallaba muy escaso de carros de combate. ¿Conseguiría atacar y vencer a los veteranos del mariscal de campo Rommel?
El plan de Auchinleck consistía en atacar primero el centro del ejército de Rommel, para obligar al general alemán a destacar sus tropas al punto amenazado; después, dos días más tarde, atacaría de nuevo por el norte, confiando en abrir una brecha y rechazar y expulsar a la "Panzerarmee Afrika" de la carretera costera al desierto.

Los fracasos de Auchinleck

Poco antes de caer la noche del 21 de julio de 1942, los cañones ingleses abrieron fuego. Nubes de humo, pólvora y trozos de roca saltaron por los aires junto a las posiciones alemanas. Después, al amparo de la oscuridad, los indios y neozelandeses atacaron con fusiles, bayonetas y ametralladoras ligeras. Al principio obtuvieron un cierto éxito, pero muy pronto se dieron cuenta que se hallaban frente a las grandes agrupaciones de los carros de combate alemanes. Era de vital importancia que los carros ingleses, cuando se hiciese de día, se desplazasen al frente para proteger a la infantería. Pero, a causa de averías radiofónicas y de la confusión que reinaba en el frente, los carros no llegaron a tiempo de salvar a los neozelandeses de ser destruidos por el ataque de los carros alemanes.
En el caso de los indios, su apoyo por carros de combate se reducía a una nueva brigada recién llegada de Inglaterra. La brigada se lanzó hacia adelante como en una antigua carga de caballería, yendo a dar directamente a un campo de minas. En pleno desierto, los carros comenzaron a explotar, incendiándose y levantando altas columnas de humo. Después la artillería anticarro alemana los situó en su punto de mira con mortífera precisión. Fue un fracaso desastroso: de los 97 carros ingleses sólo once volvieron a sus bases.
Precisamente en aquel momento Auchinleck recibió otro terrible golpe. El ataque principal —el de la carretera costera— había sido confiado a la 9.ª División australiana. Pero dado que todos los países ingleses de la Commonwealth eran completamente independientes, los comandantes de las divisiones de la Commonwealth —australianos, neozelandeses y sudafricanos— tenían el derecho de recurrir a su propio gobierno si consideraban que sus soldados eran utilizados por el mando inglés inútilmente en acciones peligrosas.
Auchinleck fue informado de que el general Morsehead, de la 9.ª División australiana, no quería utilizar sus fuerzas en el ataque en el norte. Y los australianos eran las únicas tropas disponibles.
Tras un mes de terrible tensión, la negativa de los australianos a atacar enfureció a Auchinleck, quien, sin embargo, en un segundo momento, comprendió el punto de vista de Morsehead. Entonces Auchinleck y Dorman-Smith invitaron a Morsehead a tomar el té con ellos, y el primero habló de la división australiana como de un "cuerpo maravilloso compuesto por los mejores soldados del mundo", y prometió que una brigada inglesa llevaría a cabo la parte más peligrosa de la misión. Morsehead, por fin, cedió y consintió enviar sus hombres a la batalla.
Auchinleck y Dorman-Smith descendieron del camión del Estado Mayor y se encaminaron a su "jeep". El ataque se realizaría con dos días de retraso, permitiendo a Rommel destacar sus tropas. Dorman-Smith se preguntaba si no debería ser suspendida la acción bélica. Pero las circunstancias externas —que en la guerra son a menudo un factor decisivo— obligaron a Auchinleck a no volverse atrás en su decisión, aunque conocía perfectamente los ries-

Fusileros sudafricanos en acción. Tropas elegidas, procedentes de toda la Commonwealth, fueron conducidas a El Alamein.



En la página anterior, la moto con sidecar lleva a dos enlaces alemanes por el fatigoso desierto.

Debajo, camionetas inglesas de exploración por la tierra de nadie. Frecuentemente el enemigo hostigaba la retaguardia italiana con estas camionetas.

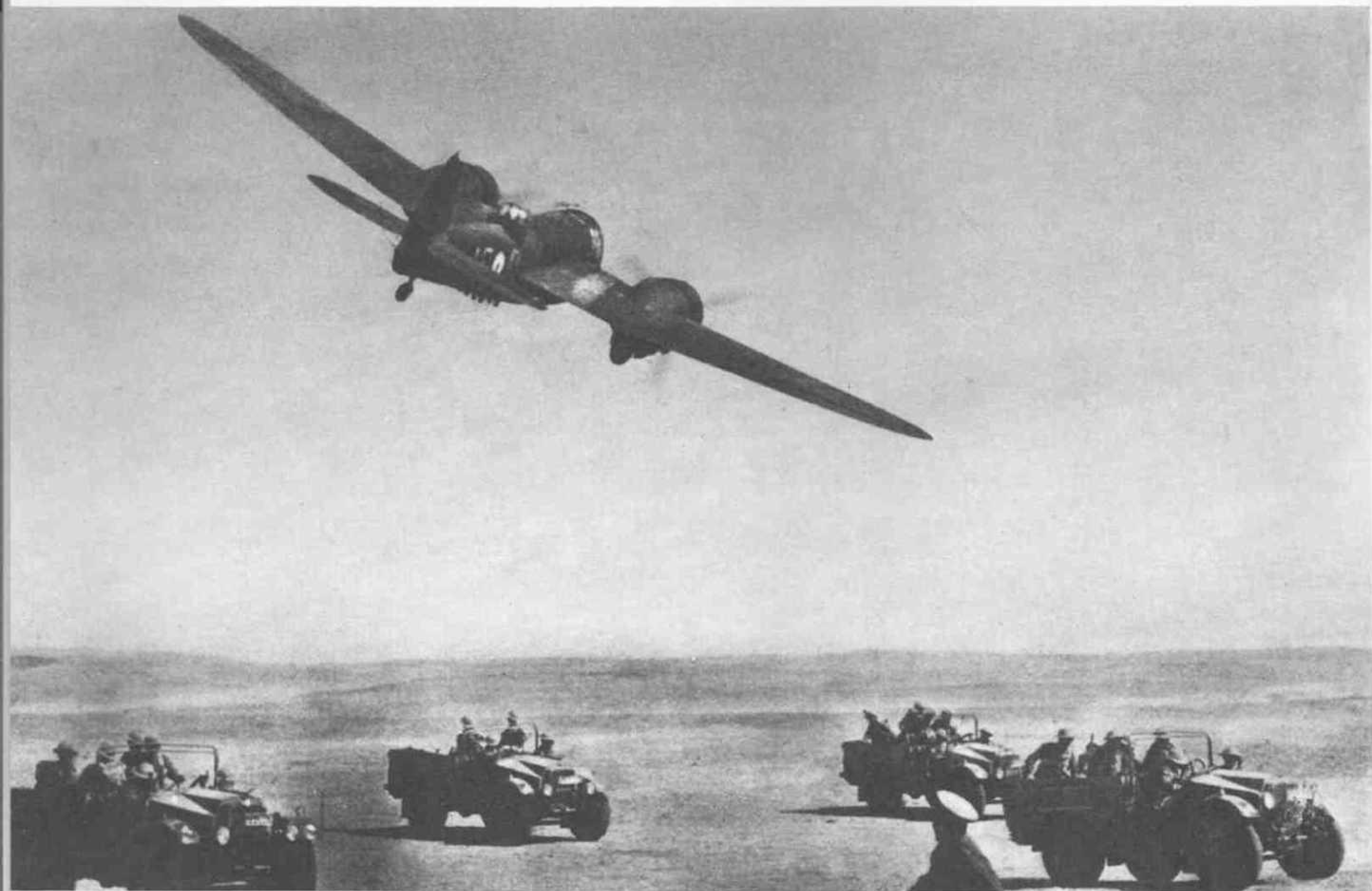
En la página siguiente, los humeantes restos de un avión alemán derribado en el desierto egipcio.

gos. El 24 de julio, en Rusia, cae Rostov, abriendo a los alemanes la puerta del Cáucaso, y haciendo real la posibilidad de un ataque por la espalda a través del Irán. Auchinleck decidió, por tanto, que su ataque por el norte, aunque con dos días de retraso, tendría lugar de todas formas. El 26 de julio de 1942, tras un bombardeo sin precedentes de las posiciones alemanas en la cresta de Miteiriya, los australianos atacaron a la luz de la luna. Los relámpagos de los disparos iluminaban sus altas siluetas que avanzaban a la bayoneta. Durante toda la noche continuaron los ruidos y colores de la batalla, bajo un cielo iluminado por las bengalas y los proyectiles trazadores. Al alba las posiciones alemanas habían sido profundamente melladas.

El problema consistía ahora en hacer pasar los carros ingleses a través de los campos de minas alemanes, de modo que pudiesen abrirse en abanico sobre las líneas de retirada de Rommel. Los campos de minas representaban un nuevo problema. Las anteriores batallas del desierto habían sido combatidas en los vastos espacios abiertos de Libia, donde los carros se habían enfrentado como jugadores de fútbol en campo abierto. Pero en la angostura de El Alamein era posible extender frente a las posiciones de defensa "pantanos minados" que no podían ser esquivados. Los carros que entraban en un campo de minas saltaban por los aires como naves en un mar abundantemente minado.

Antes de que los carros pudiesen atravesar el desierto, era, pues, necesario abrir brechas en los campos de minas. Eso se podía conseguir solamente empleando tropas de infantería que explorasen el terreno con las bayonetas (los detectores de minas eran raros en aquel entonces) y luego desactivaran las minas descubiertas. Era un trabajo peligroso. Un error se pagaba con la vida. También el tiempo era importante. Los carros no se moverían hasta que estuviese desactivada la última mina. Pero sobre el campo de batalla, con el miedo y la confusión que reinaban, era muy fácil que las cosas no salieran como se intentaba.

Sobre la cresta de Miteiriya, el 27 de junio los comandantes de las formaciones acorazadas inglesas no estaban seguros de que esos caminos a través de los campos de minas estuvieran completamente abiertos. Por eso se negaron a llevar sus carros bajo el fuego enemigo por una carretera bloqueada. Esperaron, pues, a retaguardia a que los pasos estuvieran completamente abiertos. Entre tanto, los alemanes contraatacaron a la infantería inglesa y australiana desprovista de la protección de los carros. Los hombres armados de fusiles y ametralladoras, aunque del tipo anticarro, no podían combatir contra los blindados. Durante horas y horas la infantería estuvo en peligro.



Al final fue salvada por los carros ingleses, pero ya era demasiado tarde para continuar el ataque. El último golpe de Auchinleck había fallado.

Pero no por esto Rommel se había acercado a El Cairo y al Nilo. Su gran ofensiva de verano había sido bloqueada.

La primera batalla de El Alamein, si bien concluyó en tablas, fue una victoria inglesa. Pero Winston Churchill, primer ministro inglés, la vio de otra manera. Como todos los hombres políticos, incluso en tiempo de guerra Churchill debía tener presente su popularidad en la patria. Pero le parecía que no la mantendría mucho tiempo ante la oleada de críticas que sufría en la Gran Bretaña. En una elección parlamentaria en Maldon, Essex, su candidato fue clamorosamente derrotado. El 1942 había sido para el primer ministro un año particularmente difícil: Singapur y Birmania habían caído en manos de los japoneses, la India estaba en peligro, y la guerra en Africa del norte se había caracterizado por las derrotas de Ritchie y la pérdida de Tobruk. De algún modo el primer ministro debía aplacar la agitación de la opinión pública. Decidió por eso dirigirse a El Cairo y destituir a Auchinleck y a muchos de sus subordinados. En el viaje se hizo acompañar por el general Sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor imperial.

Churchill encontró a Auchinleck en un aeródromo en medio del desierto. Se estrecharon la mano. Auchinleck era alto, delgado y tostado por el sol. Churchill, sonrosado y regordete. Churchill no aludió a lo que tenía en la cabeza, y así Auchinleck le expuso sus planes. Pensaba que hacia final de agosto Rommel intentaría una última ofensiva desesperada, conduciendo sus carros en un movimiento al sur de la cresta de Alam Halfa y de allí a la carretera costera.

Auchilenck preveía también que Rommel estaría ya demasiado débil para triunfar, y que por ello sería derrotado. Después sería el turno del VIII Ejército. Cuando las nuevas divisiones de infantería y de carros que en aquellos días estaban atravesando el Oriente Medio hubieran llegado y estuvieran entrenadas (lo que sucedería hacia la mitad de septiembre), los ingleses tendrían un armamento netamente superior al de los alemanes: el 90 mm. anticarro en vez del 37 mm.; los magníficos carros Sherman americanos y los cañones autopropulsados de 105 mm.; y todo en gran cantidad.

Después del encuentro con Auchinleck, Churchill volvió a El Cairo para una serie de conversaciones con Sir Alan Brooke y otros altos consejeros. Después escribió a Auchinleck una carta de despido, y encargó al coronel Jacob entregarla. *"Me sentía* —escribió Jacob— *como si estuviese a punto de asesinar a un amigo... Nunca dejaré de admirarme por el modo con que Auchinleck recibió la carta y cómo se comportó seguidamente. Un gran hombre y un gran soldado".*

A Auchinleck la destitución le pareció como la recompensa por haber logrado parar a Rommel, y representó para él un gran golpe.

"Fue un shock —escribió después—. *Era el pesar por haber perdido el mejor puesto de general que se podía tener en aquel período. Las cosas empeoraron a continuación, cuando se pasaron las consignas y se empezó a reflexionar sobre ello".*

Lo que hizo más desleal la destitución de Auchinleck por parte de Churchill fue su intento de demostrar que Auchinleck intentaba retirarse si Rommel atacaba de nuevo. Churchill atribuyó a Auchinleck y a Dorman-Smith también los fracasos de Ritchie. Los alemanes, al contrario, consideraban a Auchinleck como el más hábil de sus contrarios. El general Bayerlein, jefe de Estado Mayor de Rommel, escribió: *"Si Auchinleck no hubiera sido el hombre que era —y quiero decir, el mejor general aliado en Africa del norte—, Rommel habría destruido el VIII Ejército".*

La elección de Churchill recayó sobre el general Gort, que mandaba uno de los dos Cuerpos de ejército del VIII Ejército. Desgraciadamente, antes de que pudiese ocupar su nuevo puesto Gort murió en un accidente. Churchill y Sir Alan Brooke tuvieron que hacer una segunda elección.

El hombre al que decidieron confiar el VIII Ejército fue el teniente general Bernard L. Montgomery, que tenía un mando en el sudeste de Inglaterra. Para sustituir a Auchinleck como comandante del Oriente Medio (su mando del VIII Ejército había sido cosa temporal). Churchill y Brooke escogieron al general Sir Harold Alexander. Alexander era un oficial de buen aspecto, muy elegante y aristocrático de la cabeza a los pies. Era también un soldado frío y hábil. En 1940 había mandado a los ingleses en Dunkerque mientras efectuaban la evacuación de Francia. A principios de 1942 había dirigido una retirada muy peligrosa de Birmania a la India, perseguido por fuerzas japonesas, muy superiores en adiestramiento y movilidad a las inglesas y a las indias.

Alexander era muy popular entre oficiales y soldados. Fue escogido como superior de Montgomery en el Medio Oriente en parte por sus dotes de mando y en parte porque daría vía libre a Montgomery, militar duro e implacable.



HISTORIA DE UN PUEBLO LLAMADO LIDICE

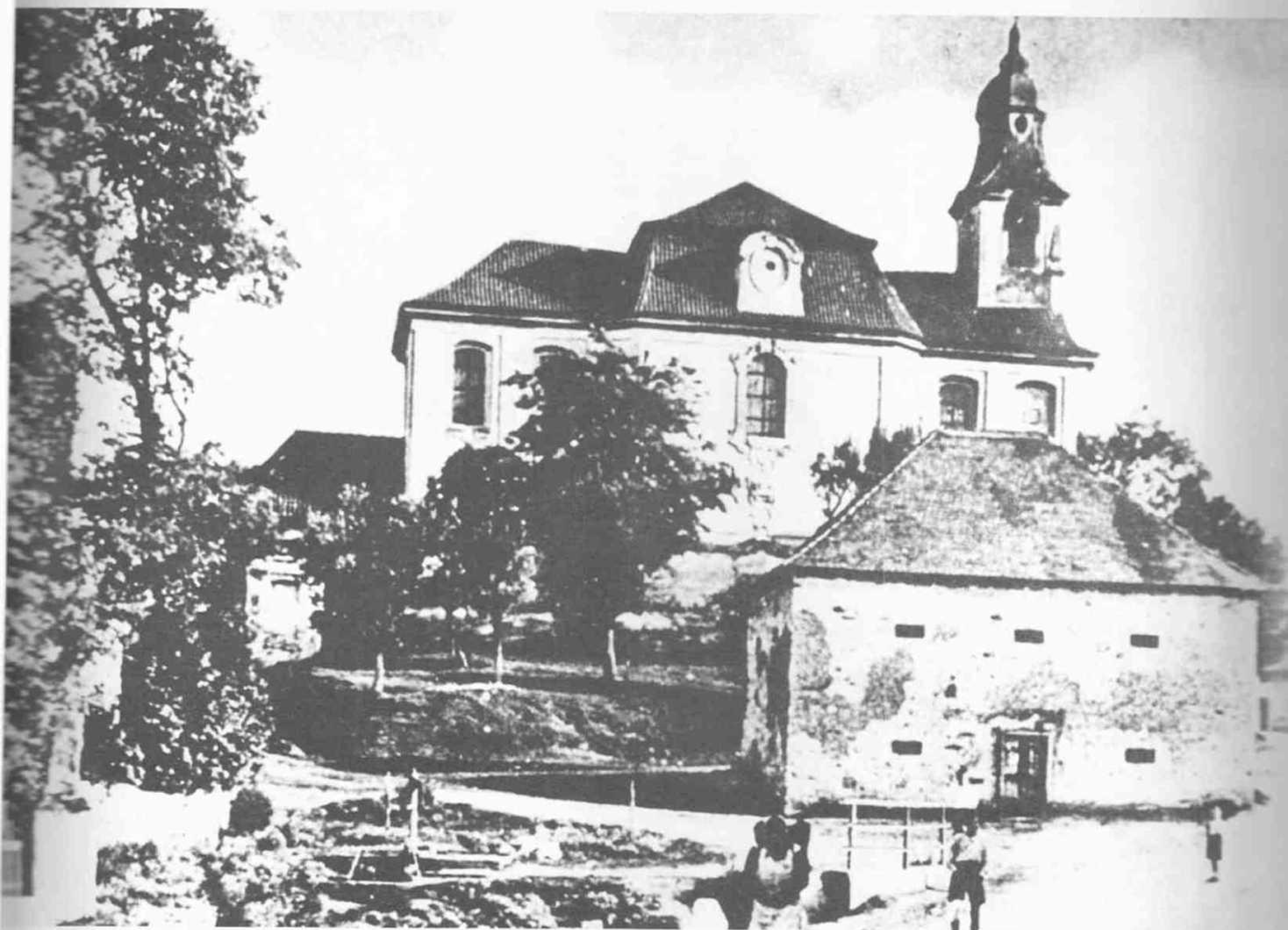
Así se vivía a la sombra de la cruz gamada. Por todas partes reinaban la violencia y la represión.

En la Europa ocupada por los alemanes la situación es sombría y desesperada. Los nazis no buscan simpatías en los países conquistados, y prefieren siempre el duro sistema de la represión y la violencia gratuita. Parece, en suma, que su deseo sea hacerse odiar.



En todos los países conquistados (pero sobre todo en los del este europeo) han adoptado meticulosamente los principios de su bárbara doctrina que quiere la afirmación de la superioridad de la raza alemana sobre todos los otros pueblos, compuestos, según los nazis, de infrahombres cuyo fin es servir como esclavos a los exponentes de la pura raza aria. Ningún derecho se concede a los habitantes de las tierras conquistadas. Incluso los voluntariosos colaboracionistas, que se ofrecieron, de mejor o peor grado, para los diversos mandos instituidos en los países ocupados, son tratados con abierto desprecio. Es éste un sistema que los alemanes pagaron caro cuando la fortuna les volvió la espalda, pero por el momento tiene el efecto de transformar Europa en una inmensa prisión donde todos los hombres a quien la suerte ha hecho nacer de raza distinta a la germánica están cotidianamente expuestos a la arbitrariedad y a la violencia de los conquistadores. Ni en los siglos más oscuros de la Edad Media se habia visto nada semejante. Los nazis aplicaron en todas partes reglas que contrastaban con todas las convenciones internacionales. El sistema más aberrante fue el de la represalia. En el vano intento de impedir que surgiera en los pueblos oprimidos un movimiento patriótico de liberación nacional, instituyeron científicamente el sistema de matar a diez, veinte o cien ciudadanos inocentes por cada militar alemán que fuera muerto por guerrilleros. Es un sistema bárbaro, acaso sin precedentes en la historia, pero los alemanes lo llevarán adelante durante toda la duración de la guerra sin impedir con ello a los pueblos oprimidos el organizarse para combatir en nombre de su propia independencia nacional. La historia no dice dónde fue aplicada por primera vez esta bárbara práctica. Quizá fue en Polonia, o quizá en Rusia, donde la resistencia a la ocupación germánica se manifestó bastante pronto. Pero el primer caso clamoroso conocido por el mundo occidental fue concretamente el del pueblo de Lídice, en Checoslovaquia. Su historia vale por centenares de otros Lídices que, en el curso de la guerra, encontraremos en Rusia, en Polonia, en Yugoeslavia y en Italia.

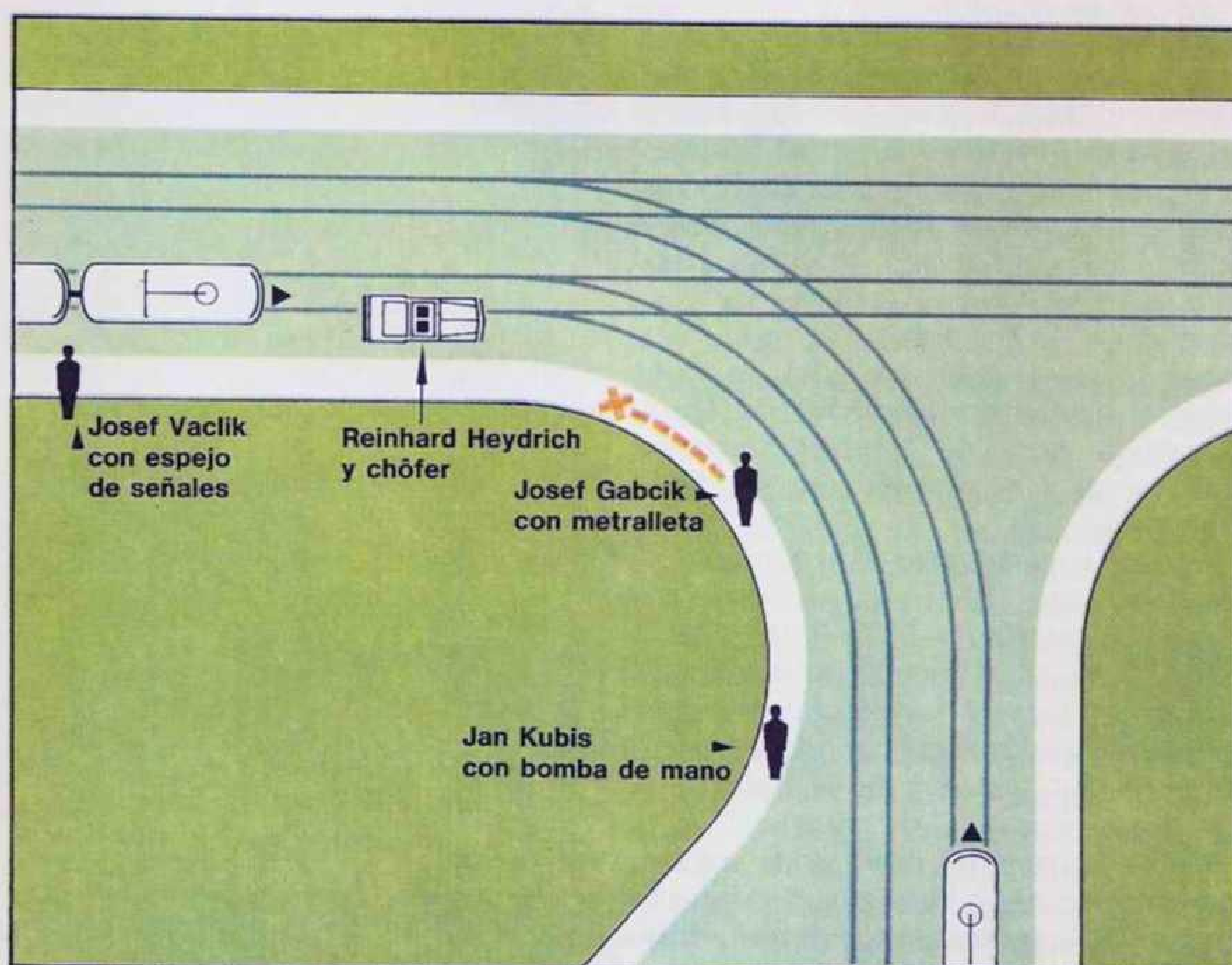
El nombre de Lídice aparece sobre los mapas del mundo entero sólo desde el verano de 1942, cuando los nazis, en represalia, destruyeron este pueblo checoslovaco, fusilaron a todos sus hombres, deportaron a todas sus mujeres y secuestraron a todos sus niños. Antes muy pocos lo conocían fuera de los confines de la provincia. Con 483 habitantes y un centenar de casas dominadas por el alto y blanco campanario de la iglesia de San Martino, de antigüedad de siglos, era una de tantas aldeas hundidas entre las verdes colinas de la Bohemia occidental. Lídice, a 16 kilómetros al noroeste de Praga y en el corazón del distrito minero de Kladno, se extendia entre campos y bosques sobre una zona de 479 hectáreas, pero aunque minúsculo e ignorado tenía una escuela con dos clases, el club deportivo, el molino, un taller, la filial de la banca "Kampeliska", el circulo de lectura, tres alquerías y un cuerpo de bomberos voluntarios. La población (192 hombres, 196 mujeres, 95 niños menores de dieciséis años) comprendía también al alcalde, el párroco, el sacristán, el maestro, la guardia municipal, una ambulante de Correos, una modista, dos sastres, cuatro merceras, dos chicas estudiantes y veinte propietarios que vivían de renta. Setenta y cuatro hombres, la mayoría, trabajaban como metalúrgicos y mineros en las empresas de Kladno. El resto estaba formado por veintiocho artesanos, diecinueve campesinos y agricultores, doce jubilados, diez negociantes, cinco aprendices, dos taxistas y otros obreros más. Aunque muchas mujeres trabajaban, en el campo, en las alquerías y en el taller, más de la mitad (110) eran amas de casa.



La furia nazi se abatió sobre este pacífico pueblo una semana después de la muerte del hombre más odiado de Checoslovaquia, el "Obergruppenführer-SS" (teniente general) Reinhard Heydrich, de treinta y ocho años, "Reichsprotektor" de Bohemia y Moravia y subjefe del RSHA, "Negociado central para la seguridad del Estado", que reunía todas las policías alemanas, desde el SD hasta la Gestapo. El 27 de mayo de 1942, en Praga, mientras en su Mercedes descubierto iba desde su casa de campo al castillo Hradschin, sede del gobierno, Heydrich fue herido gravemente por una granada de mano arrojada por Jan Kubis y Josef Gabcik, dos jóvenes del Ejército Libre Checoslovaco formados en Gran Bretaña y lanzados en paracaídas por un avión de la RAF. Un cascote de la bomba había alcanzado al "Reichsprotektor" en la espina dorsal, y a pesar de todas las precauciones, el 4 de junio había muerto de septicemia.
Inmediatamente fue ordenada una represalia, que fue de alcance sin precedentes. Sólo en Checoslovaquia —según un informe de Kurt Daluege, sucesor temporal de Heydrich en el Protectorado y que sería ahorcado en Praga el 20 de octubre de 1946— fueron fusiladas 1.331 personas, incluidas 201 mujeres. En Berlín la policía secreta suprimió a 152 judíos, y otros 3.000 judíos checos fueron enviados al este desde el campo "privilegiado" de Theresienstadt, hacia el Gobierno General de Polonia, y ni siquiera uno de ellos sobrevivió.
Después, por voluntad del Secretario de Estado de Bohemia y Moravia, "Obergruppenführer-SS" Karl Hermann Frank, la venganza nazi golpeó al azar y llegó a Lídice. El anuncio oficial alemán sobre las ejecuciones afirmaba que *"durante las investigaciones de los asesinos del general Heydrich se ha comprobado que la población de esta aldea ha apoyado y ayudado a los culpables y ha cometido otros actos de hostilidad como el de tener un depósito clandestino de municiones y de armas y una emisora clandestina, y de haber acaparado una cantidad enorme de productos racionados"*. Por consiguiente, *"los varones adultos han sido fusilados, las mujeres deportadas a campos de concentración y los niños sometidos al cuidado educativo necesario. Los edificios del municipio han sido arrasados completamente y el nombre del municipio cancelado"*.
En realidad las cosas fueron distintas, y en Lídice ni había depósitos de armas

En la página anterior, el teniente general de las SS Reinhard Heydrich, Reichsprotektor de Bohemia y Moravia, muerto por el atentado del 27 de mayo de 1942 en Praga.

Arriba, un rincón de Lídice antes de la destrucción. En primer plano, el viejo granero del pueblo.



ni funcionaban radios clandestinas ni ninguno de los habitantes había prestado ayuda alguna a los paracaidistas del grupo de Kubis y Gabcik. La carnicería de Lídice fue más bien la reacción a la inútil caza que hasta el momento había dado la policía nazi a los autores del atentado. La Gestapo, a través de las revelaciones de un traidor y el hallazgo de algunos documentos, sabía incluso el nombre de los paracaidistas, pero ignoraba su refugio, y hasta el 18 de junio no fueron descubiertos, en Praga, en la cripta de la iglesia de los Santos Cirilo y Metodio. Hasta aquel momento cualquier indicio, por vago e inconsistente, bastó para desencadenar las represalias.

La investigación sobre Lídice empezó con una carta. En un pueblo vecino, Slany, el señor Frantisek Pàla, propietario de un taller y ferviente colaboracionista, encontró casualmente a una de sus operarias, Andulska (Angelina) Marusczakova, una extraña misiva cuyo texto podía hacer pensar que la

A la izquierda, arriba, un documento de la época. El coche (ya vacío) de Heydrich, y en la curva, junto al tranvía parado, algunos agentes de la unidad de seguridad.

A la izquierda, abajo, reconstrucción gráfica del atentado que costó la vida a Heydrich.

Debajo, la iglesia de los santos Cirilo y Metodio en calle Resslova, Praga, donde se ocultaron los dos agentes que asesinaron a Heydrich.

mujer estuviese en contacto con uno de los paracaidistas del atentado. Pàla, naturalmente, no dudó. Corrió a la gendarmería de Slany, entregó la carta a los agentes checos Smaha y Polàk y les pidió abrir una severísima encuesta. A los dos gendarmes, que conocían bien las relaciones que había entre los propietarios y los alemanes, no les quedó más remedio que obedecer y transmitir la carta a la policía de Kladno. Un funcionario de la Gestapo, Oskar Felk, convocó a su despacho a la operaria Marusczakova, la interrogó largo tiempo y la mujer acabó admitiendo que hacía días que volviendo del trabajo había encontrado a un desconocido y éste le había pedido llevar a la familia Horak, de Lídice, *"los saludos de Pepik"*. Una rápida investigación comprobó, efectivamente, que los Horak habitaban en una alquería de Lídice y que su hijo Josef, llamado "Pepik", había desaparecido desde 1939 con un amigo, Jan Stribrny, morador del vecino pueblo de Càbarna. Con toda probabilidad los dos jóvenes habían marchado clandestinamente a Gran Bretaña, alistándose en el Ejército Libre Checoslovaco.

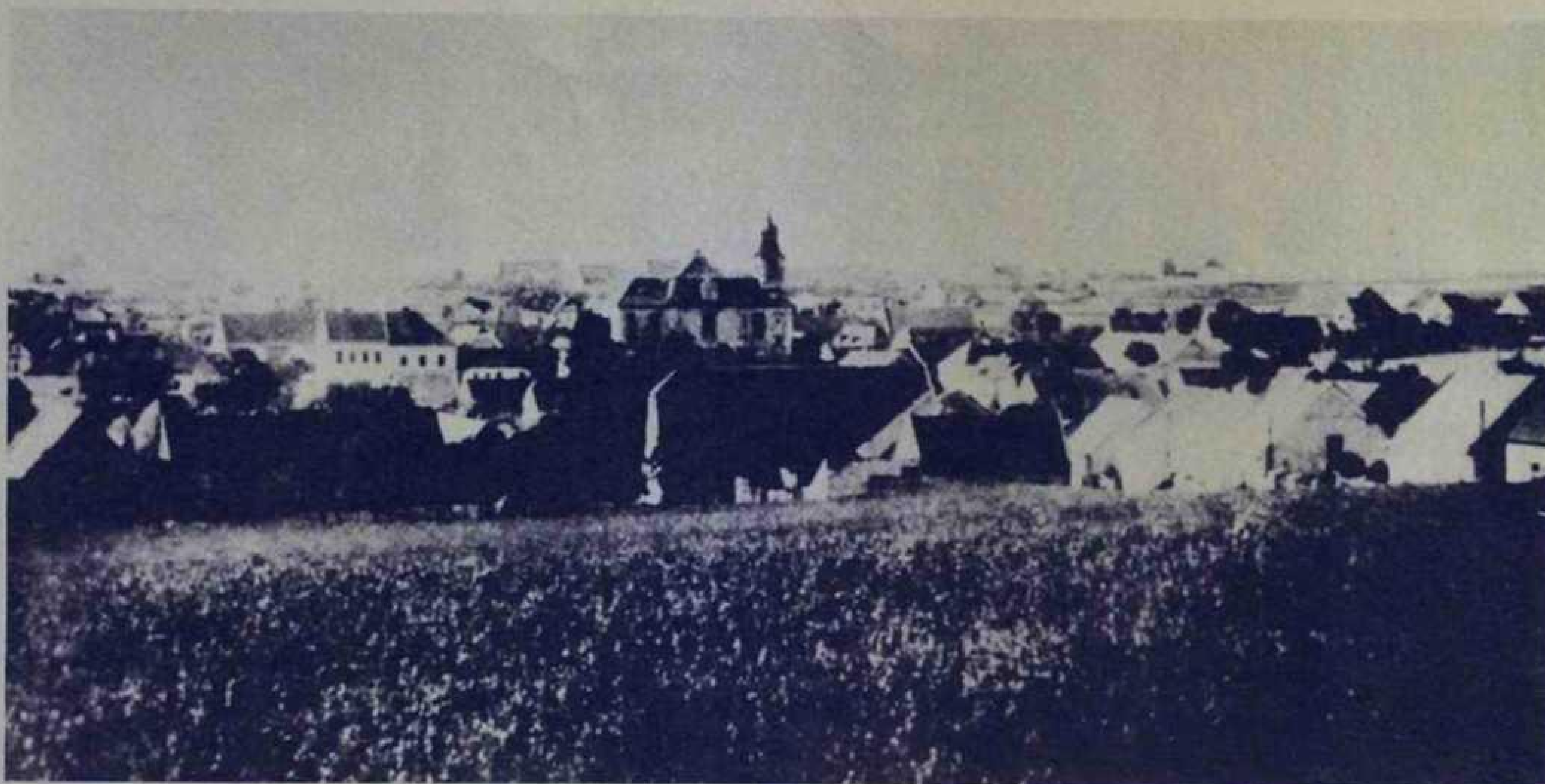
Felk comunicó la "importante noticia" al jefe de la Gestapo en Kladno, Harold Wiesmann *("si no es él el autor del delito, estoy dispuesto a comerme una escoba")* y éste la transmitió a su propio superior en Praga, el "Standartenführer-SS" (coronel) Otto Geschke. La Gestapo se lanzó tras esta pista como un sabueso hambriento. A pesar de las detenciones, las torturas, los fusilamientos y la recompensa de 10 millones de coronas ofrecida en carteles públicos, los ejecutores de Heydrich no habían sido descubiertos todavía.

Pocas horas más tarde Lídice y Càbarna fueron rodeadas por destacamentos de policía, y todo el campo batido metro a metro. Pero del presunto paracaidista no se encontró la menor traza. La Gestapo decidió entonces arrestar a las familias Horak y Stribrny, junto con todos los hombres de la dos aldeas, llevarlos a Kladno e interrogarlos.

De la nueva encuesta —según cuanto comunicó en seguida la policía nazi— sólo salió un dato. El autor de la carta a Angelina Marusczakova era el obrero Vaclav Riha, habitante de Vrapice, en el mismo distrito de Kladno. Una noche había encontrado en un bosque a Josef Horak y éste le había pedido que llevara un recado de saludo a la familia.

Esta, probablemente, fue una versión posterior de la policía para "justificar" la matanza de Lídice. Después de la liberación, en el proceso contra los responsables de la carnicería se supo que uno de los funcionarios de la Gestapo





El panorama de Lídice en una fotografía tomada antes de la guerra. La Gestapo desahogó su rabia sobre el pueblo a causa de un traidor.



Un documento impresionante: las víctimas de la represalia nazi el Lídice. La orden fue dada por Hitler.

Lídice, 10 de junio de 1942. El pueblo está en llamas y los soldados nazis posan como testimonio de la orden cumplida.





Arriba, la tarde del 10 de junio de 1942, el panorama de Lídice se presentaba así.

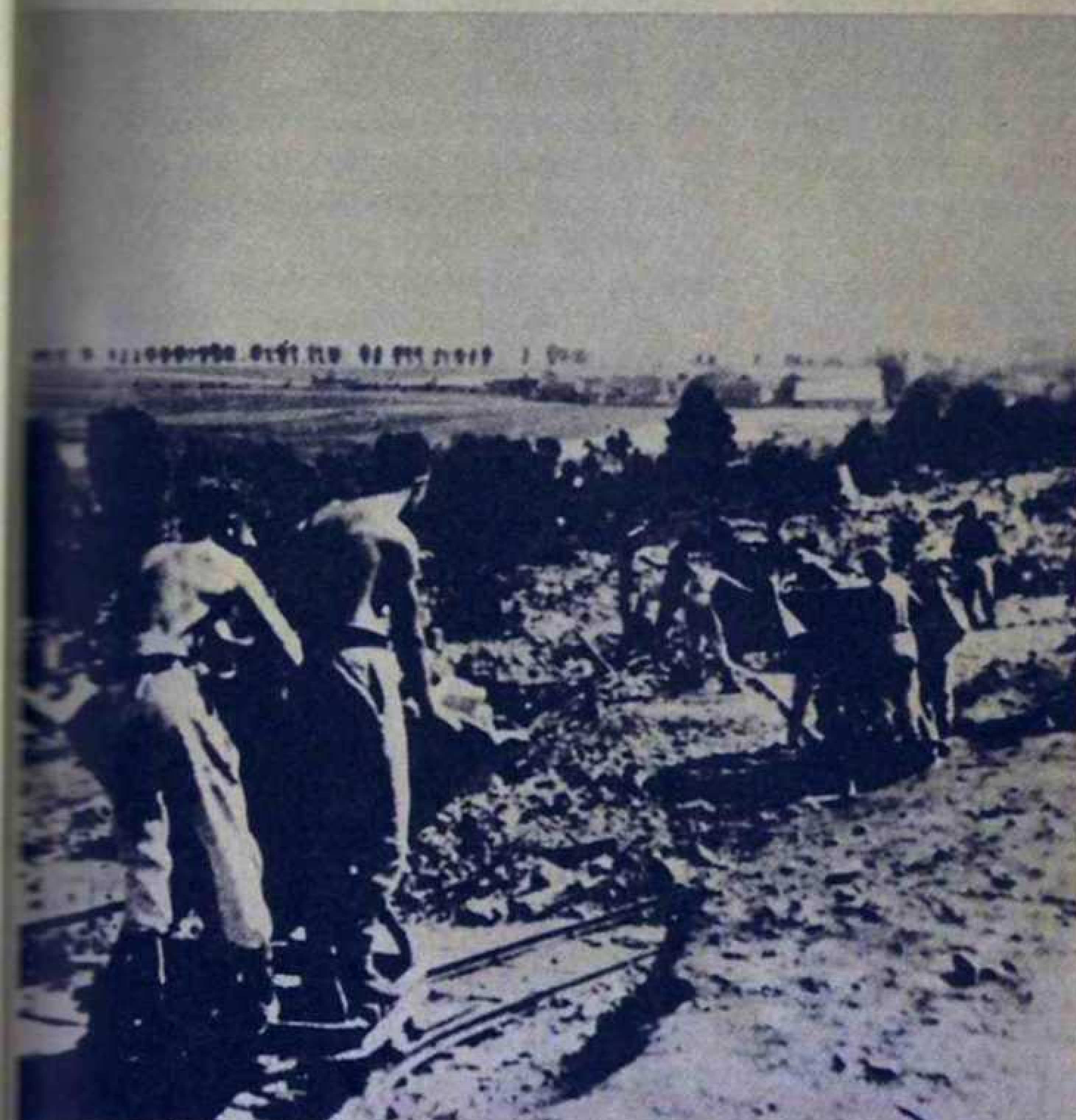
Veinte de junio de 1942: se allanan las ruinas de Lídice (abajo).

Foto contigua, el telegrama del capitán de las SS Wiesmann al Mando General del Servicio de Seguridad: Lídice ha sido destruido.

R. F. SS

Sicherheits-Dienst

KLADNO NR . 2331 1.7.42 17.10 - GO -
AN DEN BEFEHLSHABER DER SICHERHEITSPOLIZEI
DES SD SS STAF . .BOEHME O . V . I .
PRAG UND AN DIE STL . PRAG Z . HD .
STAF . DR . GESCHKE O . V . I . A .
BETR : L I D I T Z . ---
DER AUFTRAG AN DIE PI . KOMP .
PI . ERS . BATL . 14 WEISSENFELS , DIE
L I D I T Z DURCH SPRENGUNG DEM ERDBODEN
GLEICHZUMACHEN IST AM 1.7.42 UM 16.00 UHR
ERFUELLT WORDEN . IM DER GEW . ORTSCHAFT
KEIN HAUS MEHR . DIE TRUPPE RUECKT AUS
AB UND WIRD NACH RUHETAG IN PRAG
NACH WEISSENFELS IN MARSCH GESETZ T . ---
DE RAD .A.IT WEITERHIN BERGUNGS - UND
AUFRAEUMUNGSARBEITEN . ES IST NOCH EINE
VERHAELTNISMAESSIG GROSSE MENGE EISEN
--- DIE HERMETISCHE ABSPERRUNG DES ORTES
PROT . GEND . WIRD MIT WIRKUNG VOM 1.7.42
UM 20.00 UHR AUFGEHABEN . KONTROLLEN DER
WERDEN DURCH DEN ZUSTAETNDIGEN GEND .



de Praga había explicado a Wiesmann que todo el asunto de la carta había resultado "inexacto", pero que un confidente había revelado después que en el molino del pueblo había escondidas armas. Sin embargo, hoy sabemos que ningún Horak había sido lanzado en paracaídas en Checoslovaquia con el grupo de los asaltantes de Heydrich. La policía de Kladno envió un informe a Praga. Angelina Marusczakova y Vaclav Riha fueron deportados a un campo de concentración y ejecutados. Todo esto sucedió después de la muerte del "Reichsprotektor", entre el 5 y el 8 de junio de 1942. Por la tarde del martes 9 la Gestapo de Kladno recibió de Praga la orden de ponerse en "estado de alerta". A las 16 llegaron dos altos funcionarios de la policía alemana, el comandante del SD Horst Böhme y el doctor Geschke. De modo reservado y con obligación de secreto, comunicaron que Karl Hermann Frank había decidido, por decreto de Hitler, fusilar a la población masculina de Lidice y arrasar hasta el suelo el pueblo, en vista de que *"los paracaidistas asesinos de Heydrich habían sido ayudados por los habitantes del poblado".*

Lídice debe ser totalmente arrasado

Antes de la noche fueron reunidos en el cuartel de Kladno destacamentos de la Gestapo, de los "Schupo", de la Wehrmacht y de la gendarmería local. Ya que las fuerzas, cerca de cien hombres, no parecían suficientes, fueron pedidos otros doscientos soldados a la guarnición de Slany.

A las 21, Böhme y Geschke establecieron la sede de su mando en un henil al norte de Lídice y convocaron a los jefes de las diversas unidades dirigidas a la represalia. Un grupo fue mandado a ocupar la alquería de los Horak, otro a la escuela elemental donde debían ser concentrados niños y mujeres, y, por último, un tercero marchó a llevarse al alcalde Hejma, lo condujo al Ayuntamiento y le obligó a tomar consigo los registros del padrón, los del ganado, las cuentas de caja y las de provisiones del pueblo.

A medianoche todo estaba preparado. Böhme, advertido, llegó al prado donde estaban reunidas las fuerzas de policía y anunció: *"Führerbefehl: Lidz wird mit dem Erdboden gleichgemacht und die Bevölkerung erchossen"* ("orden del Führer: Lídice será arrasado hasta el suelo y la población masculina fusilada").

A las dos de la mañana del miércoles 10 de junio los policías y los soldados —excepto los checos, a los cuales no se les permitió poner el pie en el pueblo— comenzaron a recorrer las calles en grupos de cinco o seis pasando de casa en casa y llamando a todas las puertas y a las ventanas de la planta baja.

A las mujeres y niños se les ordenó vestirse rápidamente y salir llevando mantas y todos los objetos de valor. *"Dijeron a mamá que se llevara las cosas valiosas que tenía"*, contará Vaclav Zelenka, uno de los pocos niños de Lídice escapados a la represalia. *"Yo no sabía qué significarían aquellas palabras, pero mamá respondió: 'No tengo, sólo tengo un anillo'. Y que llevase también provisiones para tres días. Mi padre estaba palidísimo. De pie, junto al armario, tenía orden de no moverse. Después salimos todos de casa y nos llevaron a la plaza del pueblo, donde ya se encontraban muchos adultos y niños.*

"Nuestros perros corrían en torno nuestro ladrando, pero los SS disparaban contra ellos e hirieron al nuestro, 'Vorech', pero al fin nos lo quitaron, uno de aquellos alemanes le dio una patada y yo me puse otra vez a llorar. 'No es nada, no tengas miedo', me decía mi madre acariciándome el pelo para consolarme, pero también ella sollozaba. Delante de la iglesia la plaza estaba llena de libros, de cuadros y de otras cosas buenas que los soldados arrojaban por las ventanas. Papá sonreía, me tomó en brazos, me besó y apenas había dicho algo a mamá cuando llegaron los soldados para llevárselo a donde reunían a los padres, los abuelos y los niños mayores".

Los varones adultos fueron llevados a la alquería de los Horak y allí el funcionario de la Gestapo Felk controló su identidad a base del registro del padrón. Se le comunicó al alcalde que los fondos de la caja municipal y el dinero depositado en los bancos por los ciudadanos de Lídice era confiscado y que el total subía a 716.934 coronas y 85 céntimos. De esta suma —se comprobó a continuación— medio millón sería destinado a trabajos de limpieza de escombros y para allanar el pueblo, y 264.048,85 coronas fueron a la Gestapo para los "gastos" incurridos en la represalia. Otros tres policías, Skalak, Faber y Petrat, condujeron a los niños a la escuela junto a las mujeres (cuatro de ellas encintas). Cerraron herméticamente puertas y ventanas y se apoderaron de todas las cosas valiosas que habían llevado de las casas. Naturalmente, los agentes de la Gestapo robaron la mayor parte de aquellas joyas, porque la lista de los objetos confiscados, hallada después de la guerra, es demasiado modesta incluso para un pueblo del campo: trece pendientes, dos relojes de oro, diez de plata y dieciséis de níquel, dieciséis brazaletes, cuarenta anillos de oro y cinco de plata, ocho cadenitas de oro y una de plata, un collar de oro y tres de plata, tres brazaletes de oro y tres de níquel, dos medallones de plata, una dentadura de oro y cinco dijes de reloj. Esto es mucho menos que un objeto valioso de término medio por cada mujer. Todas estas operaciones ocuparon tres horas. A las 5 de la mañana, mujeres y niños, cargados en camiones, fueron llevados a Kladno y encerrados en el gimnasio del liceo. En Lídice las ejecuciones de los rehenes comenzaron a las 8, en el jardín, tras la alquería de los Horak.

Matanza de todos los hombres

Fueron llamados los primeros cinco hombres y colocados cara al muro, separados unos de otros como cosa de un metro. El funcionario Felk señaló con una cruz sus nombres en la lista del padrón. El pelotón de ejecución, compuesto por quince números de la "Schupo", hizo fuego, y en seguida fueron llamados otros cinco.

Pero las ejecuciones, según Böhme y Wiesmann que las dirigían, iban demasiado lentas, y por eso ordenaron reforzar el pelotón de ejecución de manera que se pudieran fusilar diez hombres cada vez. Un grupo de policías fue a sacar todos los colchones de la casa y los apoyó de pie contra el muro de la alquería para impedir que las balas, al aumentar el volumen del fuego, rebotaran en las piedras hiriendo a los suboficiales que debían dar los tiros de gracia con sus pistolas. Siguieron las descargas.

Los hombres de Lídice afrontaron la muerte con valor y ninguno de ellos pidió misericordia. Como no los habían atado, ellos mismos se iban colocando cada vez de diez en diez delante de sus compañeros caídos, de modo que el pelotón de ejecución tenía que ir retrocediendo poco a poco.

Dos horas más tarde, hacia las 10,30, en el jardín de la alquería Horak yacían 171 cadáveres. Pero según el padrón, los varones adultos de Lídice eran 192, por lo que faltaban 21 para el total. Ocho se encontraban en Klad-

no, porque habían sido arrestados durante la encuesta sobre la carta ocupada a la operaria Marusczakova, y durante el día fueron sacados de la cárcel, conducidos a Praga y fusilados. Otros once, en el momento de la represalia estaban fuera del pueblo por razones de trabajo, y también éstos fueron localizados uno a uno y fusilados. Echadas las cuentas, faltaban dos, el molinero y un operario metalúrgico que hacía turno de noche en Kladno. Ambos escaparon al pelotón de ejecución, pero no a la muerte. El primero se ahorcó en su molino, y el segundo se cortó las venas de las muñecas en el sótano de su casa, donde fue hallado por los alemanes y acabado a disparos de fusil.

A las 11,30 Karl Hermann Frank llegó en auto a Lidice. El pueblo estaba en llamas. Ya desde las primeras descargas del pelotón de ejecución, los policías y los soldados habían aplicado fuego a la casa del alcalde, extendiendo el incendio, con ayuda de gasolina, a los otros edificios. De pie, junto a los cuerpos de los sacrificados, Frank escuchó el informe, contempló el pueblo que ardía y regresó a Praga. Después de su partida, fue incendiada también la iglesia, ya despojada del oro. Luego los asesinos almorzaron con la comida sacada de las casas.

Una finca para la viuda de Heydrich

Por la tarde llegó un "kommando" de judíos internados en Theresienstadt que, a las órdenes del jefe de campo Jockl, trabajó hasta la noche para preparar en un altozano al norte del pueblo las fosas comunes destinadas a los cadáveres de los fusilados. En plena noche, a la luz de las antorchas, los judíos tuvieron que registrar todos los cadáveres y entregar a la Gestapo los documentos de identidad y los objetos de valor que encontraron. Las fosas fueron llenadas, y colmadas con tierra suelta. Encima fueron colocados grandes terrones con hierba. Nadie debía saber dónde habían sido sepultados los hombres de Lidice.

Durante todo el día siguiente, jueves 11 de junio, las mujeres encerradas en el liceo de Kladno esperaron en vano noticias de los maridos, padres, hermanos e hijos mayores que habían quedado en el pueblo. Los policías, preguntados, no contestaron nunca nada y dedicaron la jornada a apuntar en listas especiales el nombre, apellido, edad, padres, profesión y estado de familia de las 196 mujeres. La operación siguió el día después. Al caer la noche las mujeres fueron reunidas en el patio, contadas una vez más y conducidas a la estación de ferrocarril. Allí las hicieron subir a un tren especial que las transportó a Mecklenburgo, al campo de exterminio femenino de Ravensbrück, cerca de Berlín, donde murieron 53 de ellas.

"El viernes hacia la noche —sigue narrando Vaclav Zelenka— *llegó al gimnasio un grupo de hombres. Nos pusieron en fila a un lado, y a nuestras madres al otro, diciéndonos que iban a enviarlas no sé dónde en tren, y que nosotros las alcanzaríamos en autobús. Pero nuestras mamás no querían creerles, tomaban cada una a sus hijos y los apretaban fuerte, y aquellos hombres tuvieron mucho trabajo en separarnos. Lo consiguieron porque eran muchos. En una habitación al lado nos pusieron cordones con un número en torno al cuello, y nosotros, los chicos del pueblo, nos hicimos los valientes diciendo que no había que llorar más, para hacer ver a las chicas cómo había que portarse. Pero poco después nos habíamos puesto a llorar también nosotros".*

De todos los niños secuestrados en Lidice y sometidos a un "control de raza" para comprobar cuáles eran "idóneos para la germanización", los expertos de la "Lebensborn" —la organización que dirigía asilos de infancia y orfanatos por cuenta de las SS— escogieron a dos niñas y un niño y los enviaron a Alemania. Los otros fueron deportados a Lodz, en Polonia, y de éstos algunos fueron seleccionados y enviados, con documentos falsos, a familias alemanas. Los restantes, internados en el campo de Chelmno, morirían en las cámaras de gas.

Karl Hermann Frank volvió a Lidice, donde, según los proyectos iniciales, se construiría una finca para la viuda de Heydrich. Dijo que el trabajo para arrasar hasta el suelo todos los edificios del pueblo debía estar terminado antes de seis meses, de modo que *"el arado pueda surcar esta llanura"* y para que *"ninguno recuerde nunca que existió una vez un pueblo llamado Lídice"*. Al menos sobre este último punto, Frank se equivocaba. El frío comunicado alemán que anunciaba la represalia —aunque en aquellos sombríos años de guerra la muerte, aun horrenda, aun injustificada, se había convertido en suceso habitual— sacudió la conciencia del mundo civilizado.

El nombre agradable y armonioso de Lidice tuvo eco de un continente a otro. *"Una cosa tan horrenda no había ocurrido desde la Edad Media"*, escribió el "Daily Telegraph".

Nadie olvidó nunca aquel nombre, aunque matanzas espantosas fueron realizadas por los alemanes en Marzabotto, en Kiev, en Kraguyevac, en Oradour-sur-Glane. Las ciudades de Berlín y de Vila (Brasil), de Esperanza de Valparaíso (Chile), de San Jerónimo (Méjico) y de Stern Park Garden, Illinois (Estados Unidos) cambiaron sus nombres por el de Lidice. Monumentos en recuerdo del pueblo checoslovaco surgieron en La Habana (Cuba), Montevideo (Uruguay), Tabor, South Dakota y Price, Wisconsin (Estados Unidos). En Palestina fue fundada una ciudad con el nombre de Kfar-Lidice. Numerosas niñas fueron bautizadas Lidice en muchos países de Iberoamérica.

El castigo de los responsables

El Ejército Rojo liberó el distrito de Kladno en los primeros días de mayo de 1945, y la mañana del 10 una brigada lanzaminas soviética, mandada por el coronel Pankov, héroe nacional de la URSS, llegó a la ondulada región donde en un tiempo se alzaba Lidice. Los habitantes de los pueblos vecinos, en 1943 y 1944, cuando habían obtenido de las autoridades alemanas el permiso de recoger nuevamente cereales y lúpulo, habían aprovechado para buscar y descubrir el lugar donde habían sido sepultados los hombres de Lidice, y aquel día, junto con los soldados soviéticos, plantaron sobre el altozano la bandera checoslovaca.

Después llegó por fin el día de la justicia. Sólo dos de los responsables de la matanza lograron sustraerse a la sentencia. Böhme, que se suicidó, y el doctor Geschke, imposible de localizar. Todos los demás pagaron el crimen: Karl Hermann Frank, capturado en Praga mientras intentaba huir en coche con su familia, fue ahorcado el 22 de mayo de 1946. La pena de muerte fue aplicada también a Wiesmann, jefe de la Gestapo de Kladno, a Felk, y a su agente Rudolf Vlczek. Para otros doce acusados las penas variaron de presidio a cuatro años de cárcel. El empresario Pála, que con la entrega de aquella carta había provocado la encuesta sobre Lidice, recibió cadena perpetua. En la posguerra empezó la reconstrucción de Lidice. Llegó ayuda financiera de todas partes del mundo, de modo que ya en 1967 el pueblo tenía de nuevo 454 habitantes.

LA BATALLA DE MITAD DE AGOSTO

Antes de quedar bloqueada en los puertos por falta de combustible, la marina italiana asesta un duro golpe a la escuadra británica.

El verano de 1942 fue el verano de las grandes ilusiones. La situación parecía extremadamente favorable a las fuerzas del Eje y sólo muy al fondo podían distinguirse siniestros crujidos. Las fuerzas del Eje estaban de nuevo atacando en todos los frentes. En Rusia estaban otra vez a las puertas de Moscú, en el norte de Africa Rommel había llegado hasta El Alamein y se había puesto como objetivo final el Canal de Suez, mirando hacia Suez e Ismailia, y después de Ismailia, apenas fuera posible, a Port Said, a fin de bloquear el Canal e impedir el aflujo de refuerzos desde el Oriente Medio.

Las acusaciones injustas de Rommel

En su impetuosa y arriesgada carrera hacia Egipto, Rommel había descuidado de intento el problema del aprovisionamiento que la marina italiana podría asegurarle sólo después de la conquista de Malta. Como sabemos, el ambicioso mariscal se había figurado poder avituallarse a expensas de los ingleses gracias a los depósitos intactos que seguramente capturaría con su trepidante avance. Pero no había sido así. Los ingleses no habían sido derrotados; simplemente se habían retirado en buen orden dejando a Rommel centenares de kilómetros de árido desierto, para apostarse bien en El Alamein próximos a seguras bases de aprovisionamiento y de descanso para las tropas. Las fuerzas germanoitalianas habían llegado así a encontrarse en una posición muy delicada, a más de 600 kilómetros de distancia de Bengasi y con un inmenso desierto a las espaldas donde incluso el transporte de un camión-cisterna lleno de agua constituía un problema. Y ahora, sepultado en arena ante El Alamein, olvidado de sus vanagloriosas afirmaciones de varias semanas antes, Rommel acusaba injustamente a la marina italiana de que no le hacía llegar los materiales de que tenía absoluta necesidad. Por otra parte, si la escuadra británica se encontraba aquellos días en condiciones muy precarias, la italiana no navegaba por mejores aguas. Las unidades italianas que en los primeros meses habían sufrido duros golpes por la falta de preparación y, sobre todo, por la ausencia de una colaboración efectiva con la aviación, hacía algún tiempo que habían conseguido finalmente el pleno acuerdo con las fuerzas aéreas, obteniendo los primeros resultados positivos en las batallas de la Sirte y de mediados de junio. Pero en ese momento entró en juego un factor externo que debía paralizar prácticamente en el futuro la actividad de la escuadra.

Desde el inicio de la guerra, las reservas de combustible habían resultado muy escasas. Ahora, a pesar de la aportación de petróleo rumano enviado por los alemanes, estas reservas se habían agotado totalmente. Los acorazados, con los depósitos de combustible vacíos, estaban condenados a quedarse en los puertos, con lo que se anulaba su potencia bélica. Para poner en marcha unidades menores se llegó incluso a trasvasar la nafta de los cruceros a los torpederos y a las lanchas rápidas. Entre tanto el gobierno inglés continuaba considerando la seguridad de Malta de importancia primordial, y a comienzos de agosto decidió enviar a la isla un gran convoy de suministros. La operación, que recibió el nombre convencional de "Pedestal", fue preparada en gran estilo y con un despliegue de fuerzas navales como jamás se había visto en las aguas del Mediterráneo. Participaron en la empresa cuatro portaviones ("Eagle", "Victorious", "Indomitable" y "Furious"), dos acorazados ("Nelson" y "Rodney"), siete cruceros, treinta y cuatro destructores, ocho submarinos y diecisiete unidades menores para escoltar un convoy compuesto por quince vapores y tres petroleros. En conjunto, tomaron el rumbo en Gibraltar el 10 de agosto más de noventa unidades navales que pronto se dirigie-



Un convoy británico fotografiado en el Mediterráneo. La crisis de la marina italiana hizo más seguras las rutas para los ingleses.

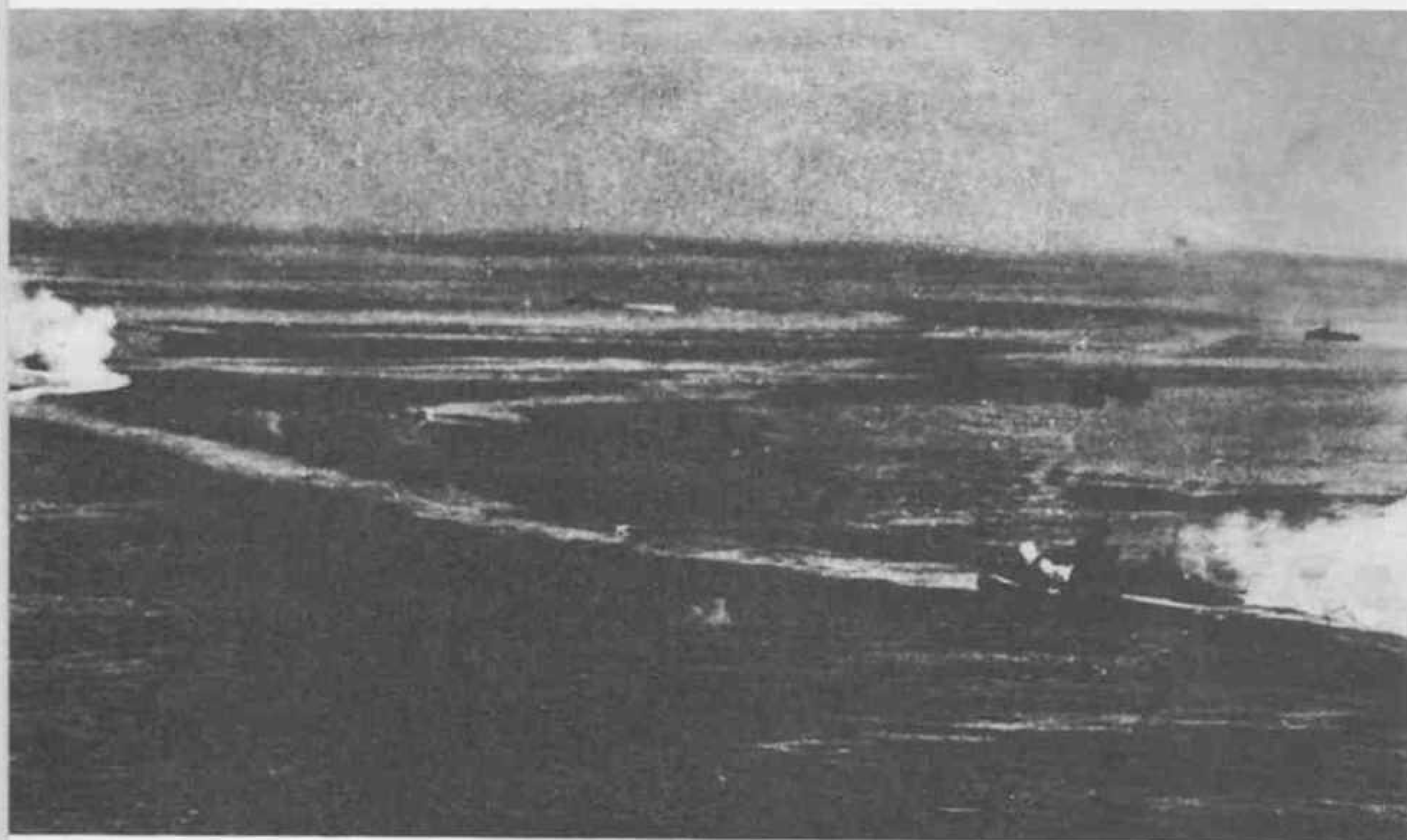
ron hacia el Canal de Sicilia desde donde el convoy debería seguir hacia Malta con una escolta reducida.
La presencia de la imponente fuerza naval del Mediterráneo fue inmediatamente señalada al Estado Mayor de la marina. Se trataba de tomar ya todas las decisiones necesarias para impedir al cónvoy la llegada a la isla.
Como ya sabemos, los acorazados italianos no podían hacerse a la mar por falta de gasolina. Se decidió por ello hostigar la navegación del convoy utilizando la fuerza aérea, los submarinos, los MAS y las lanchas torpederas. Hasta el término de esta acción no estaba prevista la intervención de dos divisiones de cruceros con el objetivo de asestar un golpe decisivo a la formación enemiga.

El fin del portaviones "Eagle"

El primer día de navegación por el Mediterráneo de la formación inglesa transcurrió de manera tranquila, salvo por el ataque del submarino italiano "Uarsciek" que lanzó tres torpedos contra un portaviones sin alcanzarlo. Pero en los días siguientes la historia fue muy otra. La primera víctima de la operación "Pedestal" fue el "Eagle". A las 13 horas del día 11 el gran portaviones fue avistado por el submarino alemán U-73. Navegando en inmersión, el sumergible sorteó audazmente la escolta de trece destructores, tomó posición y lanzó luego contra el blanco cuatro torpedos en menos de dieciséis segundos. Los cuatro estallaron casi al mismo tiempo en el costado izquierdo del "Eagle" abriendo una gran vía de agua. Ocho minutos después, incluso antes de que los ingleses se dieran cuenta de lo sucedido, la gigantesca nave había desaparecido bajo las olas.
Poco antes del anochecer tuvieron también comienzo los ataques aéreos por parte de los aparatos italianos "S 84", "Cr 42", "Mc 202" y "Re 2001". Los "S 84" disponían de una nueva arma llamada "motobomba", parecida a un torpedo, que lanzada mediante un paracaídas se ponía en marcha con una trayectoria irregular que hacía difícil la maniobra para evitarla. Pero no tuvo éxito. La aviación italiana probó también en aquella ocasión un "S 79"



cargado de explosivos y teleguiado desde un avión "Cant Z.1007". Pero por una leve avería, este "kamikaze sin piloto" falló el blanco y continuó el vuelo, precipitándose luego al sur de Constantina, en Argelia.
Sólo dos "Re 2001" (que se parecían mucho a los "Hurricane" hasta confundir a los ingleses) tuvieron mejor fortuna. Se dirigieron hacia el portaviones "Victorious" como si quisieran aterrizar, y pudieron así soltar las bombas, una de las cuales acertó el centro de la pista de vuelo. En la jornada del 12 de agosto el convoy no tuvo un instante de tregua. Aparatos italianos y alemanes continuaron incesantemente los ataques hundiendo un vapor y averiando otro. Hacia la noche la formación británica se adentró en la zona del Canal de Sicilia donde estaban al acecho diez submarinos italianos. A las alarmas aéreas se unieron también las subacuáticas creando a bordo de las naves un gran nerviosismo. Hacia las 17, un submarino italiano, el "Cobalto", fue embestido y hundido por un destructor enemigo.



Pero en el mismo momento algunas formaciones aéreas atacaron los navíos, tomando particularmente como blanco al portaviones "Indomitable" que fue tocado varias veces y vio destruido su puente de vuelo. Los aviones de esta nave, que en aquel momento estaban en el aire, vinieron así a encontrarse en una situación crítica. Finalmente descendieron sobre el "Victorious", el cual, para hacerles sitio, tuvo que arrojar al mar a sus propios aviones que estaban sobre la pista. Durante esta incursión se fue también a pique el destructor "Foresight".
En ese momento una parte de la escuadra inglesa, que comprendía los acorazados, los portaviones y tres cruceros, invirtió el rumbo para volver a Gibraltar, mientras el convoy proseguía su agitada navegación hacia Malta protegido por el resto de la escuadra, del que formaban parte cuatro cruceros. Habiendo ya caído la noche, los ingleses estaban convencidos de que el úni-



Arriba, un caza italiano "Macchi 202" va a despegar, y se hacen las últimas advertencias al piloto.

A la izquierda, arriba, un episodio de la caza a los convoyes. Un barco inglés (a la izquierda) alcanzado por un bombardero alemán en el Mediterráneo.

A la izquierda, abajo, el destructor inglés "Ouslough" durante las operaciones de salvamento de los náufragos del portaviones "Eagle".

co peligro que podía amenazar a la escuadra estaba representado por las lanchas torpederas. Pero no temían ni a los aviones ni a los submarinos. Las cosas, por el contrario, fueron muy distintas.

A las 20 horas el submarino "Axum", mandado por el teniente de navío Renato Ferrini, estaba emboscado a unas 25 millas al noroeste del Cabo Blanco cuando descubrió a los navíos enemigos. Con excepcional prontitud, el comandante lanzó "en abanico" cuatro torpedos que fueron a acertar a la vez al crucero "Nigeria", que llevaba a bordo al comandante en jefe, almirante Burrough, al crucero "Cairo" y al petrolero "Ohio".

El "Cairo" se hundió pronto, el "Ohio" prosiguió con un incendio a bordo, y el "Nigeria", gravemente dañado, tuvo que ser abandonado por el almirante Burrough, que se trasladó con su Estado Mayor a bordo del destructor "Ashanti".

Media hora después del ataque submarino, los navíos sufrieron otra incursión aérea por parte de los aparatos italianos y alemanes que hundieron dos vapores averiando otros. A las 21,05 otro submarino italiano, el "Alagi", mandado por el teniente de navío Sergio Puccini, torpedeaba a la vez a un vapor, que se fue a pique, y al crucero "Kenya", que sin embargo logró continuar. Otro gran vapor fue posteriormente hundido por el submarino "Bronzo", mandado por el teniente de navío Boldrini.

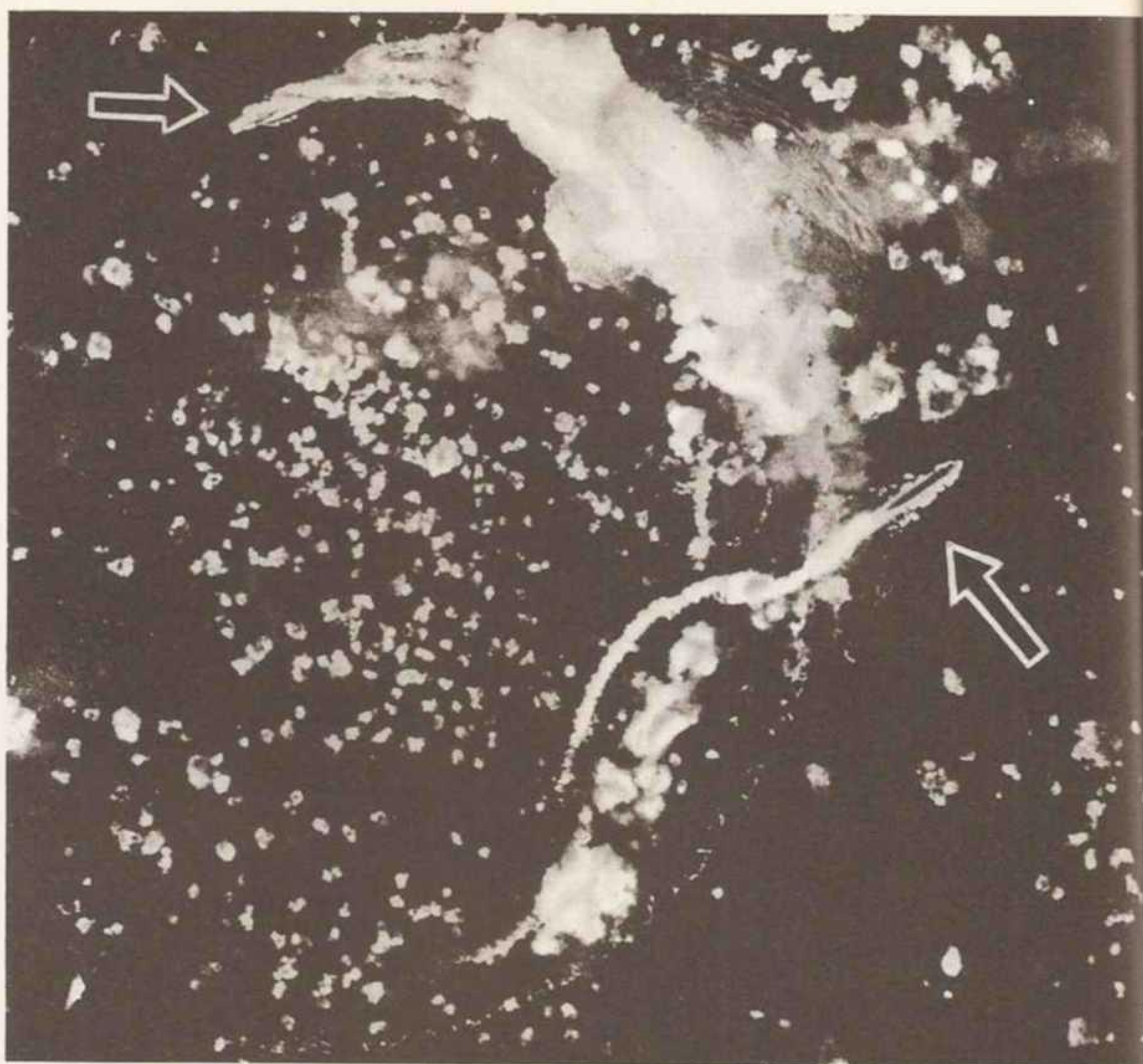
Las vicisitudes del convoy británico tenían todavía que continuar. Poco después de medianoche entraron en acción los MAS y las lanchas torpederas italianas y alemanas que estaban al acecho más allá del Cabo Bon. Las veloces unidades hicieron su aparición en la zona de la batalla levantando con su proa chorros de espuma. Bajo el intenso fuego de las unidades británicas, las torpederas se lanzaron adelante penetrando entre las naves de escolta con maniobras hábiles y veloces.

Siguió un vertiginoso carrusel durante el cual se lograron lanzamientos de torpedos desde distancias mínimas de 300 a 400 metros. La incursión de las

veloces unidades duró cerca de dos horas y obtuvo grandes resultados. La torpedera del comandante Manuti hundió al crucero "Manchester" y la del teniente Calvani echó a pique a un vapor, igual que la del subteniente Calcagno y la del teniente Paolizza. Los MAS 552, 557, 564 y las lanchas rápidas alemanas S 30 y S 36 acertaron 4 vapores que luego se hundieron.

Kesselring niega la escolta

Al alba del día 13 el almirante Burrough, con su insignia provisionalmente a bordo del destructor "Ashanti", tuvo medio de darse cuenta claramente del duro golpe sufrido. De los dieciséis vapores partidos de Gibraltar sólo le quedaban siete, de ellos dos averiados y notablemente retrasados. Como fuerza naval disponía todavía de dos cruceros (el "Charibdys" ileso y el "Kenya" dañado por un torpedo) y de unos diez destructores. La situación para los ingleses era, pues, muy crítica mientras que el mando italiano podía celebrar el pleno éxito de la primera fase de esta batalla que tomaría el nombre de "Mitad de agosto".



CERDEÑA
Cagliari
12 agosto, h. 17
FORESIGHT hundido
INDOMITABLE averiado
12 agosto, h. 9
inicio ataques aereos
Palermo
Trapani
SICILIA
Catania
11 agosto, h. 20
VICTORIOUS averiado
12 agosto, h. 12
DEUCALION tocado
Argel
Bizerta
Capo Bon
Comiso
Bône
Túnez
Pantelaria
13 agosto, h. 12
DORSET hundido
la FUERZA se retira
11 agosto, h. 13
EAGLE hundido
12 agosto, h. 20-21
CAIRO, CLAN FERGUSON,
EMPIRE HOPE hundidos
NIGERIA, BRISBANE STAR,
KENYA y OHIO averiados
Malta
A R G E L I A
13 agosto, mañana
WAIMARAMA hundido
OHIO averiado
12 agosto, h. 24
MANCHESTER, SANTA ELISA,
WAIRANGI, ALMERIA LYKES
y GLENORCHY hundidos
TUNEZ
ATAQUES AEREOS
ATAQUES DE L. TORPEDERAS
ATAQUES DE SUBMARINOS

A la izquierda, arriba, una fotografía tomada durante la batalla.
Las manchas blancas son producidas por los antiaéreos de los barcos.
Las flechas indican las naves aliadas: un portaviones y un crucero, ambos tocados.

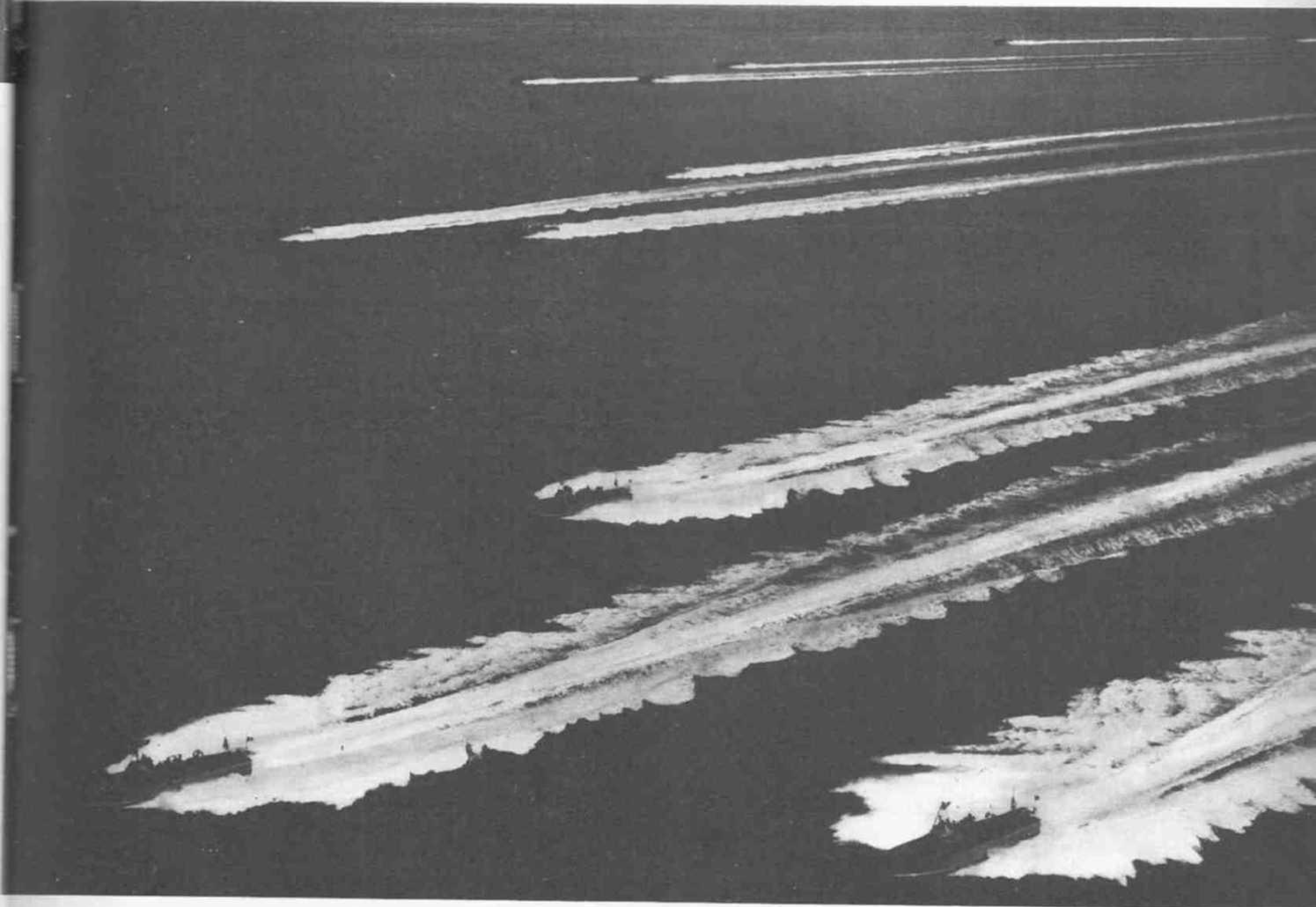
A la izquierda, abajo, el esquema de la "batalla de Mitad de Agosto".

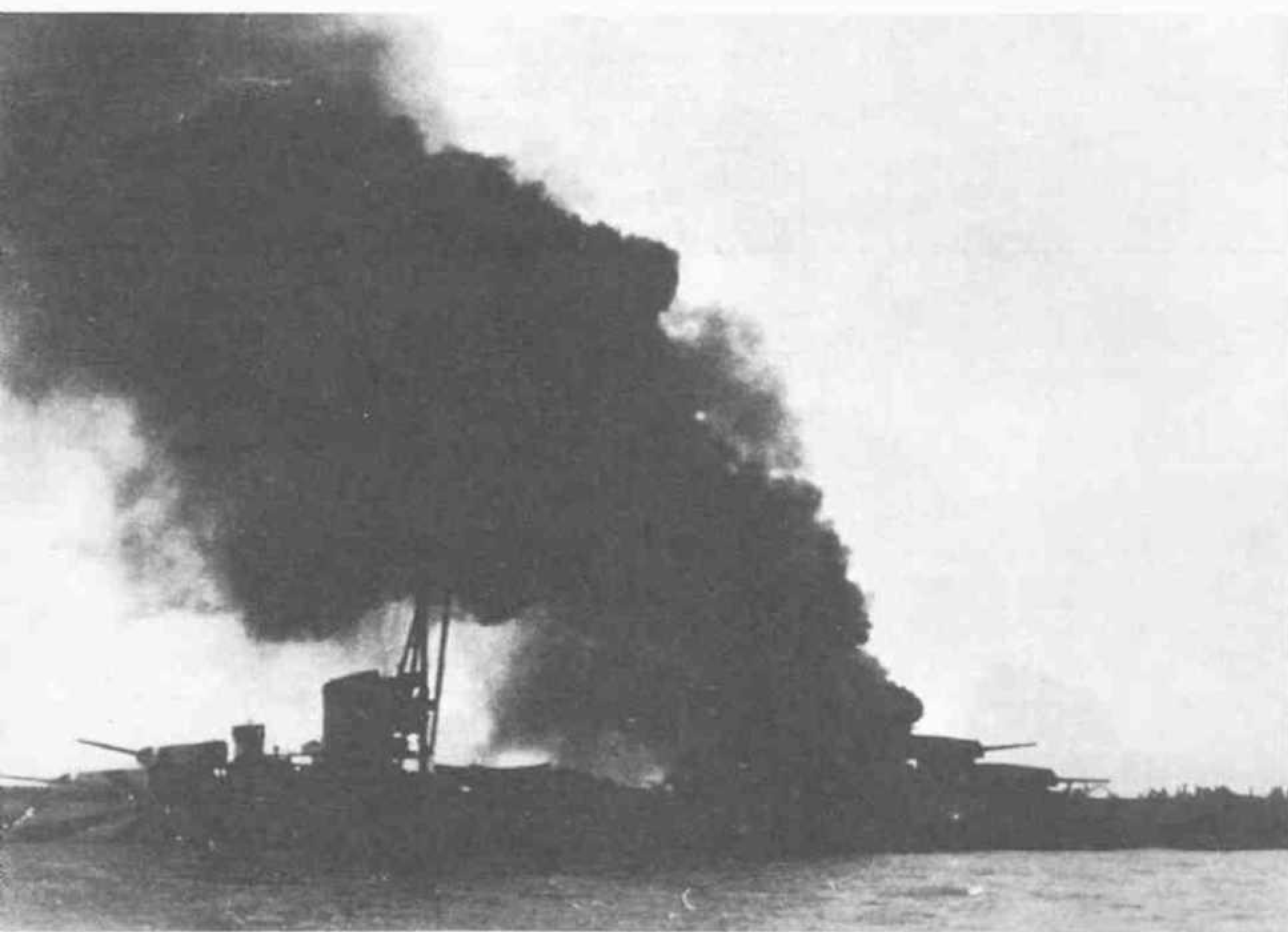
Debajo, una escuadrilla de MAS italianos. Estos medios de asalto hostigaron eficazmente el viaje de las unidades británicas.

Pero en ese momento debería haber tenido lugar la fase final de la acción, o sea, la intervención de los cruceros italianos al sur de Pantelaria, que habría inferido seguramente al enemigo, ya gravemente quebrantado, un golpe decisivo. Pero esto no ocurrió.
El día 12 se había hecho a la mar, para ir al encuentro de la escuadra inglesa, la fuerza naval italiana compuesta de los cruceros pesados "Gorizia", "Bolzano" y "Trieste", de los cruceros ligeros "Eugenio di Savoia", "Montecuccoli" y "Attendolo", de once destructores y de algunas escuadrillas de lanchas rápidas. Considerando las fuerzas enfrentadas, es fácil intuir quién obtendría la victoria. Sin embargo, Supermarina había insistido inútilmente en obtener una adecuada escolta aérea, porque de otro modo los barcos italianos serían fácil blanco para los 180 aparatos que, según indicaciones concretas, estaban preparados para partir de Malta.
Esta escolta, que habría podido ser concedida por la Luftwaffe, fue sin embargo negada por el mariscal Kesselring, que prefirió utilizar los aviones para los ataques directos contra el convoy enemigo los días 11 y 12. Fue una decisión grave por parte del mariscal alemán, y el mismo jefe de la marina alemana declaró más tarde *"que se había perdido la ocasión de destruir el más grande convoy que jamás se había aventurado en el Mediterráneo"*.
Kesselring, en realidad, se había comportado de esa manera (y no había querido cambiar de opinión ni siquiera tras la intervención de Cavallero y Mussolini) porque personalmente no tenía confianza en las posibilidades de éxito de los cruceros italianos. Su opinión había sido especialmente influenciada por los resultados de la segunda batalla de la Sirte, cuando una división italiana de cruceros pesados no había logrado, como se sabe, superar a cinco cruceros ligeros enemigos.

La flota italiana se queda en seco

La negativa de Kesselring indujo a Supermarina a no proseguir la acción prevista, y los cruceros fueron mandados regresar a su base.
Además, como si la suerte quisiese burlarse de la excesiva prudencia de los mandos italianos, los cruceros fueron atacados en el camino de regreso a las





El crucero "Bolzano", herido por un torpedo, para no hundirse es llevado a encallar en el litoral de la isla de Panarea. Este fue el daño más importante sufrido por los italianos.

bases por el submarino británico "Safari", que con dos torpedos bien dirigidos tocó al "Bolzano" y al "Attendolo". El primer crucero tuvo que embarrancar en la isla de Panarea para evitar el hundimiento. El otro, con toda la proa arrancada, logró llegar hasta Mesina.
Fue muy reducido como el convoy inglés pudo llegar a Malta. La operación "Pedestal" había costado al enemigo un portaviones, dos cruceros y un destructor: habían sido también averiados gravemente dos cruceros y un portaviones. De los dieciséis vapores del convoy sólo llegaron a Malta cinco, que desembarcaron más de 30.000 toneladas de material permitiendo a la isla recuperar toda su potencia.
Aunque a duro precio, los ingleses habían llegado a su objetivo. Malta había vuelto a estar en condiciones de contribuir notablemente a la batalla final en Egipto.
Con esta ocasión perdida, la fuerza naval italiana no tenía ya nada que hacer en el Mediterráneo. Condenados a quedarse en los puertos con los depósitos vacíos, los navíos volverán al mar sólo después del armisticio del 8 de septiembre de 1943 para llegar a la isla de Malta. Pero ya en verano de 1942, cuando la suerte del Eje estaba llegando al cenit (para luego caer vertiginosamente al siguiente otoño), para la marina italiana la batalla del Mediterráneo se había terminado definitivamente.

TRES BLANCOS CON CUATRO TORPEDOS

De la relación del comandante del "Axum", teniente de navío Renato Ferrini:
Hora 19,33
Mientras tanto puedo comprobar que la formación está compuesta por unos quince vapores, dos cruceros y numerosos destructores. Navega en tres líneas de cuña, con los vapores repartidos por las tres líneas, los dos cruceros al centro y los destructores dispersos por las líneas de fuera. Dada la calma del mar, prefiero tener una visión rápida de la situación a fin de no hacer ver la estela del periscopio que, a pesar de la marcha al mínimo, es visible.
Hora 19,42
Después de una brevísima observación a profundidad de periscopio, bajo a los 15 metros y pongo avante a media velocidad para cerrar distancias.
Hora 19,55
Lanzo de proa todos los torpedos 1, 4, 3, 2 en ese orden. Me alejo en seguida del lanzamiento. Distancia al lanzamiento de la primera línea 1.300 m., del crucero 1.800 m. Después de 63 segundos del lanzamiento se oye una primera explosión; después de 90 segundos otras dos explosiones muy seguidas. Esto me hace suponer que he acertado una unidad de primera línea y sucesivamente otra de la segunda. Mientras el submarino se encuentra a unos 65 m. empieza la caza con un lanzamiento concentrado de cargas. Bajo a profundidad 100 parando todas las máquinas. La caza sigue por cerca de dos horas con estudiada lentitud y lanzamientos más o menos concentrados. Noto que cada vez que la unidad sube a los 80-90 metros se sienten las señales del detector, a las que siguen una inmediata serie de cargas. Decido por tanto permanecer entre los 100-120 metros, tanto más cuando a las 21,35 un destructor se pone en marcha y al pasar de popa a proa, además del ruido de la hélice, se oye netamente otro como de un cabo deslizante, lo que me hace suponer que se trata de minas de remolque.
Hora 22,50
Emerjo y noto a popa a unos 3.000 metros un gran buque en llamas, a la derecha otra unidad en llamas y envuelta ya en mucho humo, y a la izquierda una tercera unidad ya quemada...

LA TRAGICA INCURSION DE LOS CANADIENSES EN DIEPPE

Un ensayo con vistas al desembarco en Francia. Churchill vuela a Moscú para advertir a Stalin que el segundo frente, por el momento, no será abierto.

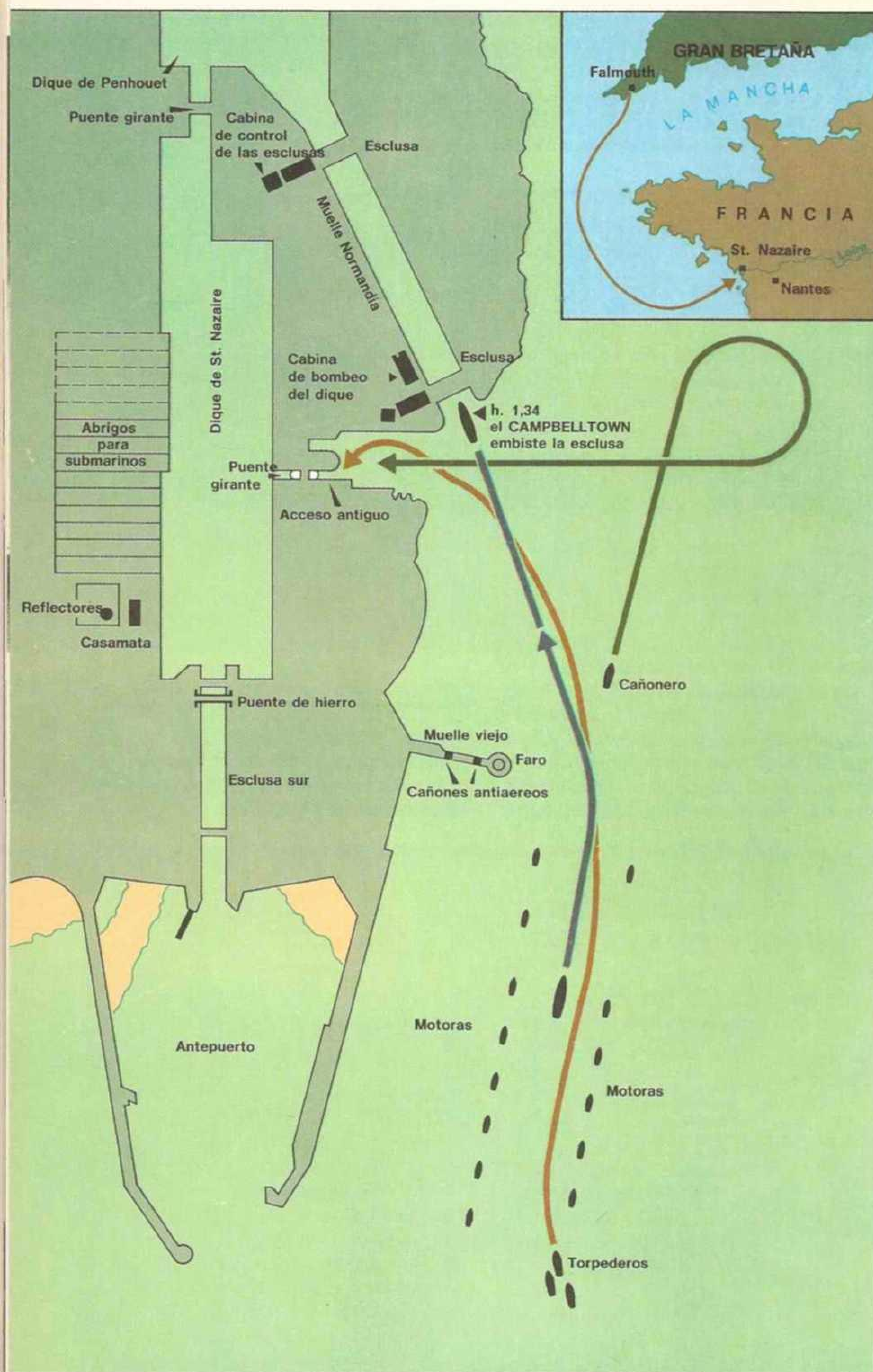
El primer ministro inglés Winston Churchill estaba en El Cairo a mediados de aquel agosto de 1942 para animar al mando del VIII Ejército en vísperas de la contraofensiva contra Rommel. En realidad, Churchill sólo tenía que conversar con los generales para poner a punto los proyectos ya abundantemente discutidos y aprobados, y pasar revista a las unidades en armas a fin de elevar la moral de los hombres. Por lo demás, la de El Cairo fue una breve y merecida vacación después de la tensión de las jornadas precedentes, en el curso de las cuales, en Moscú, habia discutido con el mariscal Stalin de modo duro y muy desagradable.

Pero, ante todo, de lo que Churchill tuvo que ocuparse en El Cairo fue de ultimar la llamada "Operación Jubilee", que ya no podia esperar. Encerrado en la sala de trabajo puesta a su disposición por el personal de la legación británica en El Cairo, el primer ministro dio un último vistazo a los despachos procedentes de Londres, y luego quedó en silencio, reflexionando unos instantes. Finalmente, miró al jefe de Estado Mayor, Sir Alan Brooke, y le pareció ver en su mirada un estimulo. En seguida, sin más dilación, cursó la confirmación de la orden que se esperaba de él: la "Operación Jubilee" se llevaria a cabo.

En Inglaterra, y entre los generales, ninguno dudaba, y todo estaba preparado para lanzar la operación. Así, la noche del 18 de agosto una división formada por elementos ingleses y canadienses, además de unos cincuenta "rangers" americanos especializados en acciones de comando, se hizo a la mar a bordo de casi 250 barcos pequeños aliados con orden de desembarcar al otro lado del Canal, desmantelar el puerto de Dieppe y volver a la base. Aparentemente, la "Operación Jubilee" no tenia sentido, y Churchill tuvo que recurrir a toda su capacidad de convencimiento para hacer comprender su necesidad al Estado Mayor. Más fácil habia sido —unos meses antes— conven-

Una bateria costera alemana abre el fuego contra un avión a baja altura en el canal de la Mancha.





El gráfico reconstruye los momentos cruciales de la acción contra el gigantesco dique de St.-Nazaire. La "Operación Jubilee" estaba destinada al fracaso incluso antes de ser realizada.

cer al Almirantazgo de la oportunidad de un golpe de mano en St.-Nazaire, en el estuario del Loira, para dejar inservible el "Dique Grande" que los franceses habían construido en vísperas de la guerra a fin de poder reparar las posibles averías del buque insignia de su marina mercante, el transatlántico "Normandie". Se trataba del mayor dique seco de toda Europa continental, el único en el que el "Tirpitz", el gigantesco acorazado gemelo del "Bismarck", podría ser reparado. Previsores en cuanto tenía relación con la guerra en el mar, los ingleses habían aceptado a fines de marzo, sin discutir, la orden de Churchill relativa a St.-Nazaire apenas habían sabido que el "Tirpitz" había salido de los astilleros y estaba provisionalmente refugiado en un fiordo noruego para ser armado. Era, por tanto, de esperar que a los pocos meses el nuevo gigante del mar entraría en servicio. ¿Qué se podía hacer para poner en dificultades al gran almirante Raeder?

Sin dilación un puñado de especialistas —250 hombres a las órdenes del teniente coronel Newman del regimiento "Essex"— habían sido subidos a bordo de algunos barquitos y enviados a su destino. Partieron la noche del 27 de marzo con un cañonero, varias lanchas torpederas, quince motoras de alta mar y un decrépito destructor relleno con tres toneladas del explosivo tritol. Fin principal de la misión era hacer encallar al viejo destructor en la boca del "Dique Grande", y hacerlo volar por el aire para que las instalaciones quedaran inservibles. Estaban previstas también otras operaciones secundarias, como averiguar los refugios de submarinos y un puente girante. Nadie se hacía ilusiones sobre la suerte que esperaba a los hombres, pero la importancia del objetivo había animado a cuantos habían sido obligados a proyectar el ataque.

Seis minutos antes de llegar al destino, la flotilla fue descubierta y las operaciones finales se desarrollaron todas, paradójicamente, a la lívida luz de las luces enemigas. El puerto de St.-Nazaire pareció de pronto enloquecer porque la oportuna alarma dada por los alemanes hizo que los comandos británicos fueran acogidos por el crepitar de las ametralladoras. En realidad, todas las operaciones secundarias fallaron, porque nadie logró alcanzar los objetivos señalados. Desde todos los ángulos del estrecho estuario del Loira las bocas de fuego alemanas vomitaron sobre las pequeñas embarcaciones británicas una avalancha de proyectiles, mientras que las ametralladoras segaron a los hombres cuando trataron de desembarcar. Sólo el viejo destructor llegó a su destino, y en el primer momento los alemanes, al verlo escorado en la boca del dique seco, pensaron que lo habían alcanzado y puesto fuera de combate, de modo que se desinteresaron de él completamente.

INFANTRY TANK MK 2 «CHURCHILL»



En septiembre de 1939 el Estado Mayor del ejército británico se dio finalmente cuenta de que Inglaterra no disponía de un modelo de carro pesado capaz de acompañar eficazmente a la infantería contra objetivos fortificados, o de oponerse a la acción de los carros alemanes de los últimos tipos. Una firma irlandesa fue encargada de proyectar un blindado que pusiese remedio a la situación. Las investigaciones fueron llevadas con laudable velocidad, pero a pesar de estar ya en el 39, todos los modelos que fueron estudiados estaban fuertemente influenciados por las teorías y conceptos procedentes de la Gran Guerra sobre los carros de combate y su empleo. Esto es algo que, respecto a los carros aliados, hemos repetido muchas veces. Se consideraron armamentos apostados en barquillas laterales, carros con el cañón principal en emplazamiento fijo, enormes blindajes y otras fórmulas de este género. Después de sólo un año del encargo, la firma estaba en situación de presentar un prototipo que fue aceptado para la producción en serie. Aunque no se trataba realmente de un retorno a los viejos esquemas, seguía siendo un carro extraño. Dotado de cadenas envolventes, tenía una buena maniobrabilidad y una discreta marcha en carretera. La coraza aseguraba una buena protección, pero la velocidad era bastante baja, y la pieza principal, un obús de 76,2 mm., estaba en posición fija, mientras que en la torreta estaban situados un anticarro de 40 mm. y una ametralladora de 7,92. Sobre el techo de la torreta podía montarse un antiaéreo Bren 7,7 de tiro rápido. Este tipo, denominado Mk 1, fue muy pronto modificado sustituyendo el obús del casco por otra ametralladora de 7,92. Nació así el Mk 2. Pero el 40 mm. no era ya eficaz contra las corazas de los nuevos carros, y fué rápidamente sustituido por un 57 mm., más a la altura de la situación (Mk 3). El sucesivo Mark 4 tenía la torreta de fundición así como de planchas soldadas. El tipo 5 tenía, en el sitio del 57 mm., un mortero de 95 mm. para usar en tiro cercano contra fortificaciones. Finalmente habrá un Mk 6 con un cañón de 75 mm. en la torreta, y el Mk 7, de silueta modificada, que seguirá en servicio muchos años después de la guerra. Fueron construidas también versiones especiales, como el tipo de transporte de puentes o el tipo lanzallamas. Aunque no puede definirse como el mejor de los carros ingleses, el "Churchill" fue también apreciado por sus tripulaciones, tanto por la protección como por la suficiente fiabilidad. Este carro, que combatirá prácticamente en todos los frentes del teatro europeo y norteafricano, será usado también como elemento especial en el caso de la azarosa empresa de Dieppe. Allí una treintena de carros Mk 1, 2 y 3 del 14.° Regimiento acorazado canadiense, dotado de especiales tubos de escape y tomas de aire que los hacían anfibios (como el tipo de la ilustración, que es el mismo de la foto de la pág. 841), tendrían que haber entrado en acción contra las posiciones alemanas poco después del desembarco. No ocurrió así, y al final de la batalla los soldados de la Wehrmacht pudieron recuperar un buen número casi intacto, mientras sólo una escasa parte de la fuerza de desembarco lograba a duras penas volver a los barcos que la devolverían a Inglaterra.

Tipo Infantry tank "Churchill"	Mk 2	Vel. máx.	27 km./h.
Año	1941	Autonomía	203 km.
Peso	36 t.	Tripulación	5
Longitud	7,44 m.	Armamento	1 × 40 + 2 × 7,92 + 1 × 7,7
Anchura	3,25 m.	Máx. trinchera superable	3,65 m.
Altura	2,48 m.	Máx. escalón superable	121 cm.
Luz libre	51 cm.	Máx. pendiente superable	30°
Protección (cor. máx.)	100 mm.	Vado	91 cm.
Motor	Bedford 12 cil. de 350 HP.		

Después de tres horas de furioso combate, los ingleses recibieron orden de reembarcar para llegar a los barcos enviados a recogerlos y que les estaban esperando frente a la costa. Pero sólo 25 hombres lograron embarcarse en cuatro motoras que pudieron escapar. No menos de 150 habían caído prisioneros en manos de los alemanes y 59 habían muerto en el enfrentamiento. Los pocos supervivientes volvieron a Inglaterra bastante desilusionados, aunque la incursión no había quedado en vacío y, aunque pagada a precio alto, había conseguido el efecto principal. Una vez vuelta la calma, los alemanes habían empezado a evaluar los daños sufridos en las instalaciones de St.-Nazaire, y después se habían puesto a interrogar a los prisioneros. Según parece, hasta el último momento ninguno tuvo sospechas de que el destructor embarrancado escondiese una trampa.

Una gran explosión

En efecto, un grupo de técnicos alemanes fue enviado al destructor encajado en la embocadura del "Dique Grande", pero nadie supo nunca lo que sucedió en el curso de su inspección porque ninguno desactivó las cargas explosivas ya preparadas. Así que, mientras en St.-Nazaire estaba volviendo la normalidad y mientras todos se felicitaban mutuamente por haber escapado al peligro, a las doce en punto de aquel 28 de marzo una terrorífica explosión hizo literalmente saltar por el aire, junto con el viejo destructor, una parte del gran dique seco, que quedó inutilizado casi por año y medio. Si los altos cargos de la marina británica habían cazado al vuelo la oportunidad de esta acción, más difícil fue hacerles digerir el proyecto del desembarco en Dieppe. En primer lugar, todos tenían presente el elevado costo que había exigido el golpe de mano de St.-Nazaire, y este precedente dejaba poco margen a la esperanza de coger a los alemanes por sorpresa. En segundo lugar, nadie llegaba a comprender las razones prácticas de semejante tentativa. La verdad es que Churchill trataba de realizar un sondaje. Quería saber si los alemanes eran de verdad capaces de rechazar un desembarco serio. Quería saber qué habían hecho los alemanes en las costas del Canal para impedir un desembarco aliado. Finalmente, quería hacer saber a los franceses que por fin se iba a hacer algo para derribar a Hitler de la "fortaleza europea". Bien pocos, entre los generales, parecían tener análoga curiosidad, aunque todos estaban de acuerdo en anunciar que eventualmente, entre 1943 y 1944, sería necesario un desembarco de potencia sobre las costas francesas para llevar a término la destrucción del poderío alemán. Era evidente que por el momento ni Inglaterra ni Estados Unidos eran capaces de realizar esta acción, y por tanto, era inútil, se objetaba, llevar la alarma a los alemanes con un ataque ridículo y destinado a dejar todo como estaba.

Pero Churchill era más obstinado que sus opositores, y cuando le dijeron que el general Montgomery, entonces jefe de las fuerzas del sudeste de Inglaterra, había criticado duramente el proyecto, recomenzó de nuevo su paciente tarea de persuasión. Y, según parece, había tenido éxito porque los altos oficiales americanos e ingleses encargados de redactar el plan para un posible desembarco al otro lado del Canal, habían hecho saber que difícilmente estarían en situación de llevar a término su trabajo sin tener la más mínima idea de lo que encontrarían en la costa francesa.

Así, después de haber cambiado el nombre convencional de la operación para dejar en buen lugar a quienes inicialmente se habían opuesto a ella, se programó el desembarco en Dieppe. El 19 de agosto sería el último día y la última noche favorables. Cuando Churchill partió a principios de mes hacia El Cairo y Teherán para llegar a Moscú, todas las órdenes se habían cursado ya. Pero el primer ministro se había reservado el poder suspender el desembarco incluso en el último momento, si hubiera sido oportuno.

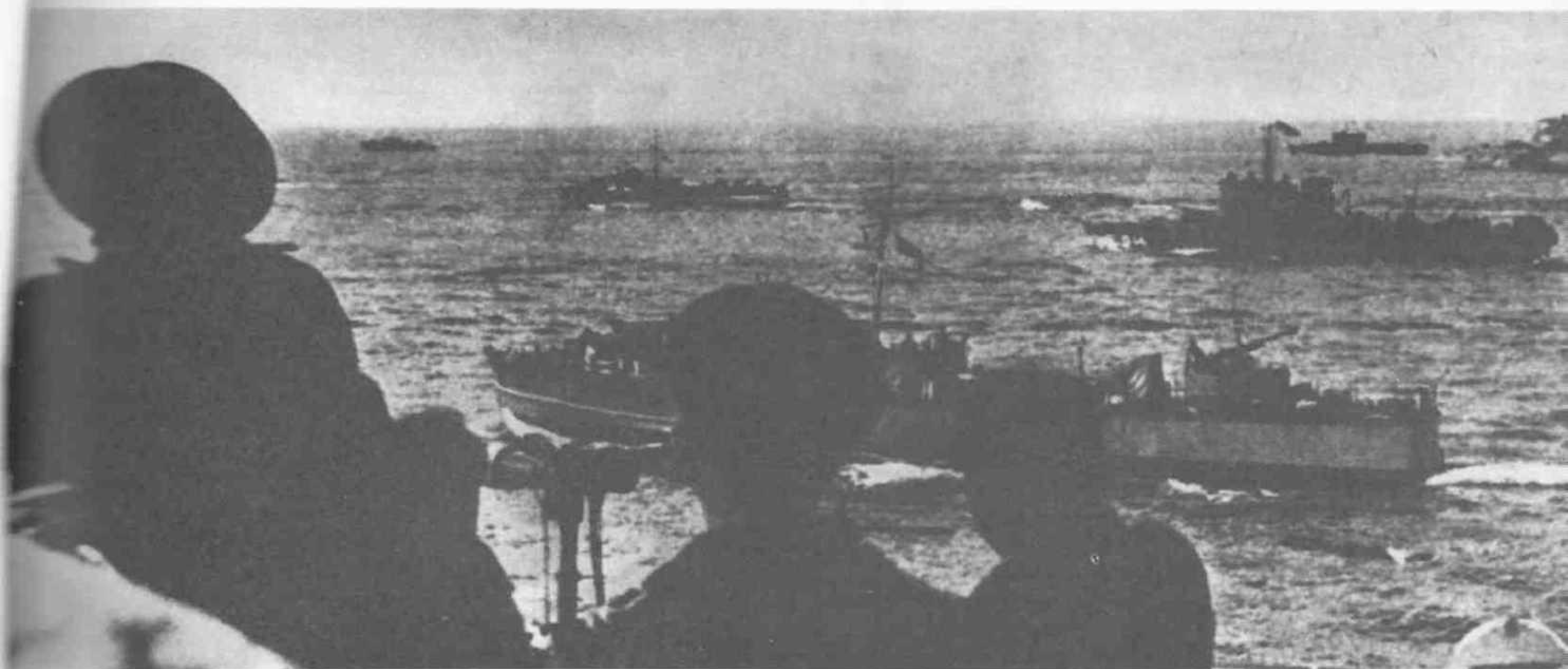
De vuelta de Moscú, Churchill no tenía ningún motivo para anular la operación por arriesgada y azarosa que pudiese parecer. Horas de tensas discusiones con Stalin le habían persuadido de que si los occidentales no abrían lo más rápidamente posible un segundo frente, la alianza con la URSS naufragaría clamorosamente con consecuencias difícilmente previsibles. Stalin había empezado a reclamar un segundo frente desde su primer contacto con los angloamericanos. Sostenía que sólo ocupando al ejército alemán en el oeste podría disminuir la presión de las Fuerzas Armadas del Reich sobre Rusia. No era necesario considerarse un gran estratega para reconocer la exactitud de este razonamiento. Hacía falta obligar a los alemanes a luchar en dos frentes, como había sucedido durante la Gran Guerra.

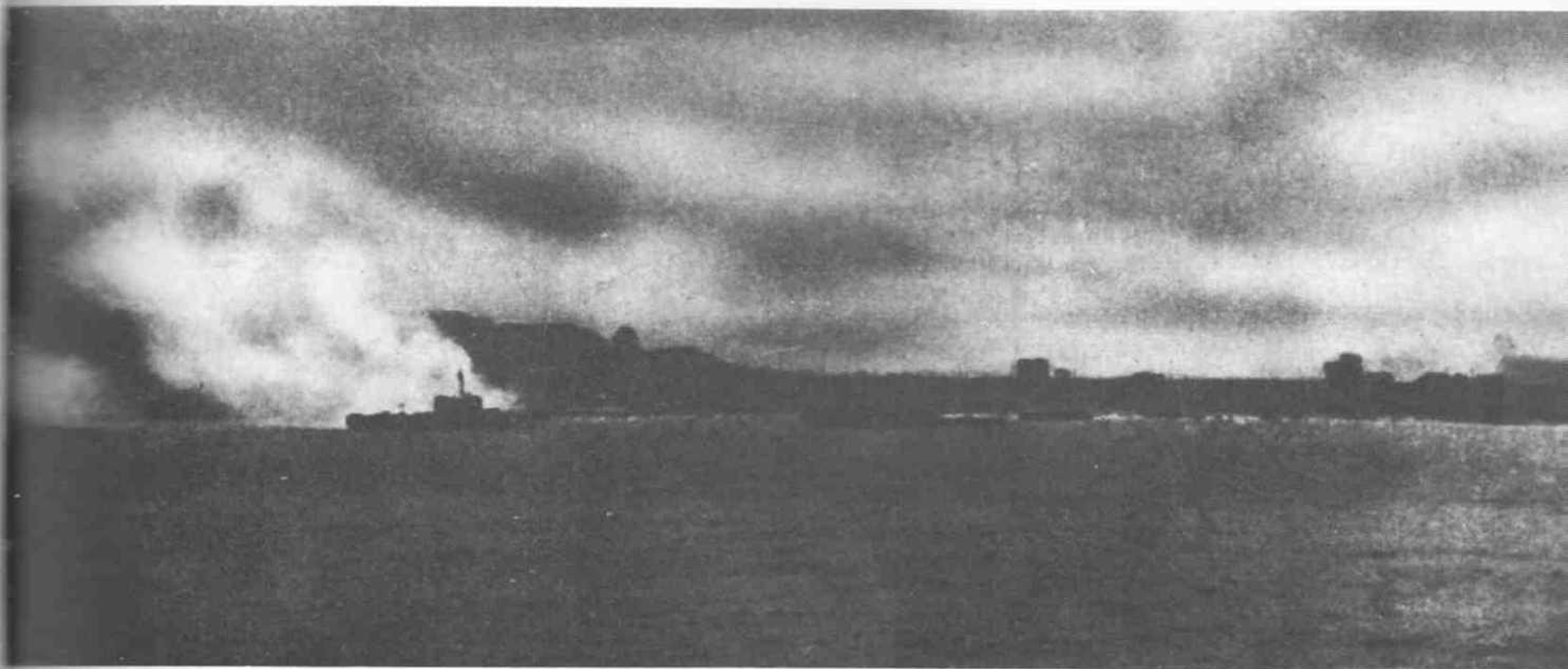
También los angloamericanos habían acordado esta línea de acción, un poco porque era el único camino lógico a seguir, y otro poco deseaban inducir a la URSS a resistir lo más posible hasta que ellos estuvieran preparados para el desembarco. Pero Stalin, que se encontraba con el agua al cuello y no deseaba esperar demasiado, había encargado a su ministro del Exterior marchar a Washington para obtener seguridades concretas y detalladas de los aliados.

Churchill y Stalin, cara a cara

Churchill y Roosevelt habían intentado seguir divagando respecto al segundo frente, y habían abundado en promesas y en compromisos formales a propósito del material estratégico que proporcionarían a la URSS. Pero Molotov no había soltado la presa y había pedido resueltamente que se comprometieran por escrito. Churchill había evitado concretar fechas y se había limitado a decir que si ellos se pudiesen preparar a tiempo, se haría alguna cosa a partir del verano de 1942. Un poco más explícito pareció Roosevelt, aunque rechazó la propuesta de Molotov de que estas promesas se hicieran por escrito. Ahora, en agosto del 42, cuando los alemanes se estaban acercando a los pozos petrolíferos del Cáucaso y se preparaban a triturar en una tenaza mortal a Stalingrado, la Unión Soviética parecía a punto de sucumbir —y ciertamente habría sido obligada a hacerlo si Stalingrado no hubiera conseguido reaccionar— y Stalin esperaba que los aliados occidentales mantuvieran su palabra dada de enfrentarse a los alemanes en Francia. Pero nada había sido preparado para la ejecución de la que en clave era denominada "Operación Sledgehammer", a excepción de algunas indicaciones generales hechas comenzar por el Estado Mayor americano por encargo del general Marshall.

Después de haberse retrasado con mucho embarazo, se hizo inevitable advertir a Stalin que el segundo frente no se abriría por el momento. Ya hacía tiempo que Churchill y Roosevelt habían decidido retrasar el desembarco al haber sido sorprendidos por una serie de acontecimientos difícilmente previsibles, desde el avance alemán en Egipto a la conquista japonesa de toda la cuenca del Pacífico. El presidente Roosevelt pensó por algún tiempo que bastaría escribir una carta a Stalin para avisarle, pero Churchill opinó que una acción de este género habría perjudicado la





Arriba se distingue la flotilla de cañoneras y motoras que escoltó a la flota destinada al desembarco de Dieppe.

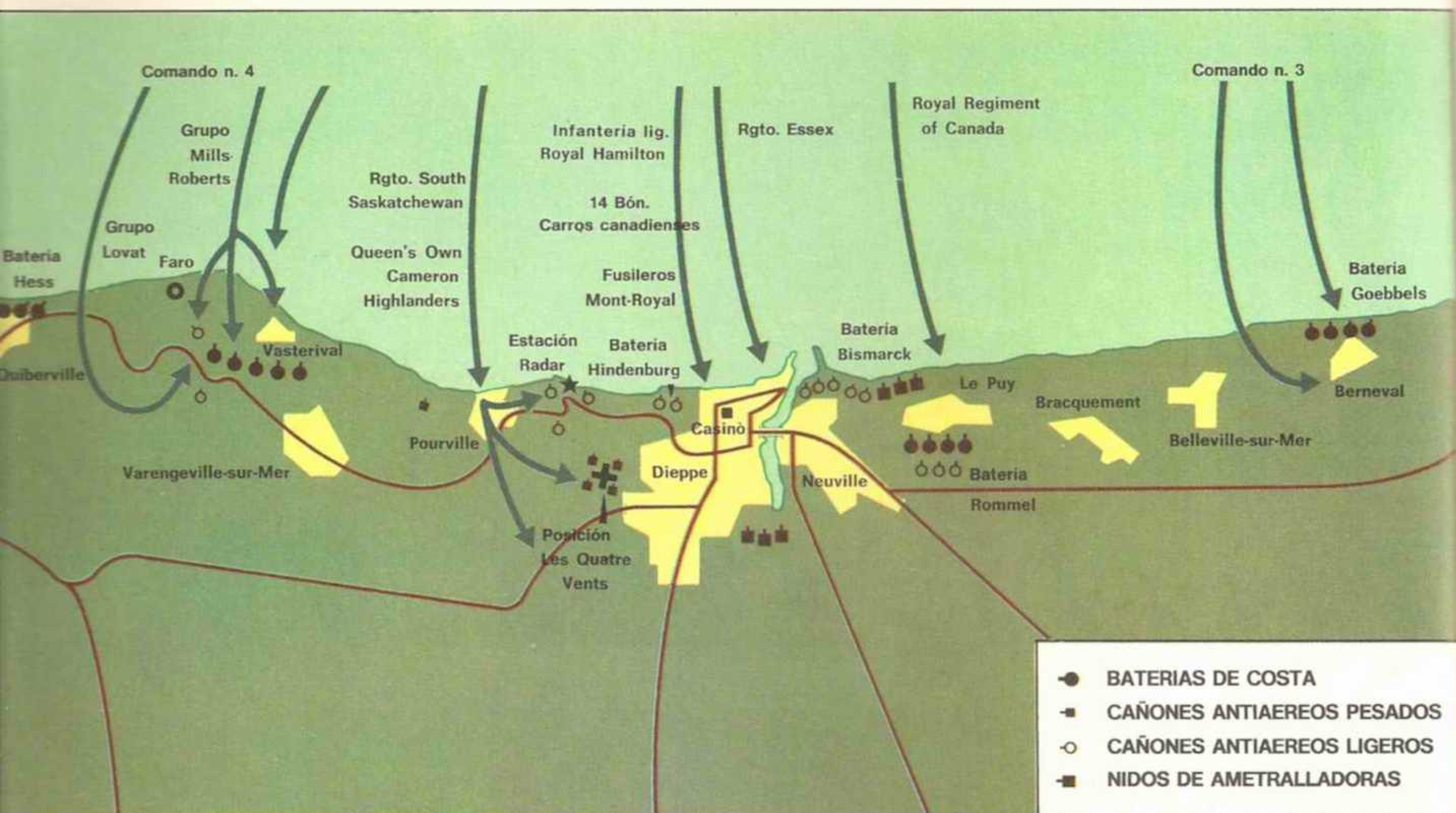
Encima, una foto tomada durante el desembarco, desde una nave de escolta.

alianza. Había que hacer de tripas corazón y volar a Moscú para decir a Stalin lo que había que decir.

El Primer Ministro inglés llegó a la capital soviética siguiendo una línea sur, de Teherán al Caspio y allí el avión estaba obligado a trazar una amplia curva para evitar el Volga, a lo largo del cual rugían los combates de Stalingrado. Y en Moscú, en el curso de algunas tempestuosas conversaciones, Churchill y Stalin se habían mirado cara a cara y se habían dicho todo lo que era necesario expresar para evitar malentendidos.

El Primer Ministro inglés tuvo la impresión de que Stalin no se maravilló demasiado por el retraso en abrir el segundo frente. Probablemente esperaba que sus aliados occidentales no estarían preparados, lo que no impidió que lanzase algunas rudas observaciones bastante desagradables sobre la falta de palabra y sobre el "miedo" de los ingleses a enfrentarse directamente a los alemanes. A pesar de todo, el Primer Ministro británico trató de evitar responder en el mismo tono, a fin de no excitar más al dictador soviético, y luego explicó que en vez de desembarcar en Europa los aliados desembarcarían en el norte de Africa. Stalin pareció interesado por la "Operación Torch" y pidió a Churchill más detalles, que fueron pronto presentados.

El Primer Ministro británico, si es de creer el informe que hace en su histo-



ria de la guerra, fue muy hábil al introducir el nuevo argumento en el momento oportuno de la conversación, aunque también Stalin pareció rápido en comprender pronto el valor estratégico, táctico y político de la ofensiva. Pero la noche siguiente a Churchill le sentó mal al darse cuenta de que Stalin parecía haber reflexionado y volvía otra vez a protestar por la fallida apertura de un segundo frente en Europa. Era en Francia donde tenían que atacar los aliados si de verdad querían acudir en ayuda de su aliado soviético, dijo Stalin. Churchill volvió a morderse la lengua y empezó a explicar de nuevo que la URSS no sacaría ningún beneficio de un desembarco hecho porque sí. Lo que se debía realizar apenas estuvieran disponibles los medios navales necesarios era un desembarco definitivo, capaz de obligar a Hitler a dividir de verdad sus fuerzas. Por el momento esto no podía suceder, pero prometía de nuevo que echaría a los germanoitalianos del norte de Africa y les atacaría en la Europa meridional, en lo que Churchill llamaba el "blando vientre" de la Europa continental: en Cerdeña quizá, o en Grecia o en Yugoeslavia. Después se vería dónde desembarcar, y mientras se preparaba el desembarco en Francia se ponía a Alemania en el atolladero.

Poco a poco Churchill fue amansando a Stalin y los dos terminaron retirándose, con la sola compañía del intérprete inglés, a la residencia privada del dictador soviético en el Kremlin para cenar y descorchar unas cuantas botellas de vino. Sin embargo, lograron mantener la necesaria lucidez, aunque se separaron después de algunas horas y después de bastantes botellas, hacia las tres de la madrugada. Pero Churchill quedó con la impresión de haber aclarado todo lo que había que aclarar con Stalin y se mostró satisfecho del viaje. Entre otras cosas había explicado a su aliado que, contrariamente a cuanto le parecía creer, no era un juego de niños desembarcar al otro lado del Canal. Ahora, el experimento de Dieppe debería dar respuesta a Churchill, a los generales aliados encargados de elaborar los planes de desembarco y también a Stalin. Le haría comprender que sus aliados, a pesar de todo, querían cumplir la palabra dada.

Mientras Churchill se concedía unas horas de reposo al ardiente sol egipcio (usó, como caseta de baño, el remolque que Montgomery, ya jefe del VIII Ejército, utilizaba para dormir; se puso el bañador y se echó a las azules aguas del Mediterráneo, pataleando feliz como un chiquillo. Los fotógrafos habrían dado todo por captar la escena que causó la hilaridad de Alan Brooke, pero fueron mantenidos alejados...), una división cumplía órdenes atacando a los alemanes en su misma guarida. Eran 6.086 hombres, divididos en seis regimientos, tres ingleses y tres canadienses, apoyados por un batallón de carros de combate "Churchill" y de algunas piezas de artillería de desembarco. El objetivo de la operación era tomar tierra en Dieppe y destruir, con acciones de comando, las baterías costeras alemanas, así como tener ocupada la ciudad durante algunas horas. Naturalmente, los alemanes reaccionarían pronto, pero se quería controlar cuánto tiempo tardaban y cuánto necesitarían para agrupar en el punto de desembarco las fuerzas necesarias para rechazar al enemigo. Desgraciadamente muchas cosas salieron mal desde el principio. Pocos minutos después de

Arriba, el esquema del audaz desembarco. Querida por Churchill por motivos políticos, la operación terminó en desastre.

En la página contigua, los carros "Churchill" inmovilizados en la playa de Dieppe y fotografiados por los alemanes.

que los lanchones de desembarco fueran echados al mar, se demostró que el entrenamiento había sido insuficiente, pues se organizó una confusión inquietante. Además, los alemanes dieron la alarma casi en seguida, y mientras las tropas se acercaban a la playa las bocas de fuego empezaron a disparar. Hubo pronto grandes pérdidas. Los más afectados fueron los regimientos "Essex", "Queen's own", "Saskatchewan" y "Mount Royal", que pronto vieron diezmados a sus oficiales.

Se avivaron los encuentros, y casi siempre los hombres desembarcados llevaron la peor parte. Ni siquiera los carros de combate, en los que se confiaba tanto, fueron de mucha utilidad, porque apenas alcanzaron la playa fueron inmovilizados en su mayor parte por la artillería enemiga. Sólo seis carros lograron superar la playa y desembocar en la carretera que llevaba al casino de Dieppe, su meta final. Pero ninguno de estos "tanks" logró recorrer un largo trayecto.

Despertada por el imprevisto tiroteo, la ciudad parecía paralizada por el terror. Los franceses trataron de comprender qué estaba sucediendo, y los rumores más disparatados corrieron de casa en casa, y de ventana en ventana, a las primeras luces del alba. Desde Berneval a Quiberville la costa fue toda un rebullir de disparos y un afluir de columnas de soldados. El "Royal Regiment of Canada", que había desembarcado a sus 516 hombres en la playa de Le Puy, después de dos horas de combate había recorrido sólo unos centenares de metros que habían costado la vida a 460 hombres. Quedaban con vida sólo 57 soldados y tres de los oficiales de la heroica unidad.

A las 9, comprobado el fracaso de la misión, los ingleses se retiraron. Lograron volver a Inglaterra pocos supervivientes con amargo sabor de boca. Los más habían quedado tendidos en tierra francesa. Si en verdad el desembarco trataba de investigar cómo estaban las cosas al otro lado del Canal, el veredicto era más bien elocuente. Los alemanes habían transformado el litoral norte de Francia en una verdadera fortaleza y era difícil esperar poner allí el pie con potencia.

Reflexionando posteriormente sobre el éxito de la operación, Winston Churchill, sobre el que recaía fatalmente la primera responsabilidad del intento, escribió: *"Del examen realizado en la posguerra de los documentos enemigos, resulta que los alemanes no recibieron de su servicio de información ninguna advertencia especial sobre nuestra intención de atacar. Sin embargo, por una evaluación general de la amenaza sobre el sector de Dieppe decidieron intensificar las medidas defensivas a lo largo de toda la costa. Especiales precauciones fueron impuestas en períodos particulares como entre el 10 y el 19 de agosto, cuando la luna y la marea eran favorables a operaciones de desembarco. La división que debía proporcionar defensa al sector de Dieppe había sido reforzada durante los meses de julio y agosto y se encontraba con el completo de efectivos y en estado de alerta permanente en el momento de nuestra incursión. Las fuerzas canadienses en Gran Bretaña, que constituían el grueso de las fuerzas de desembarco, llevaban tiempo impacientes y deseosas de actuar... Aunque todas las tropas y comandos británicos, junto con las tripulaciones de las unidades de desembarco y de los navíos de escolta, habían dado prueba de extraordinario valor y espíritu de sacrificio, y a pesar de muchos episodios de heroísmo, los resultados constituyeron una desilusión y nuestras pérdidas fueron muy graves. De los 5.000 hombres de la 2.ª División canadiense que tomaron parte, casi el 18 por 100 perdieron la vida, mientras que cerca del 40 por ciento fueron hechos prisioneros".*



LOS U-BOOTE DELANTE DE NUEVA YORK

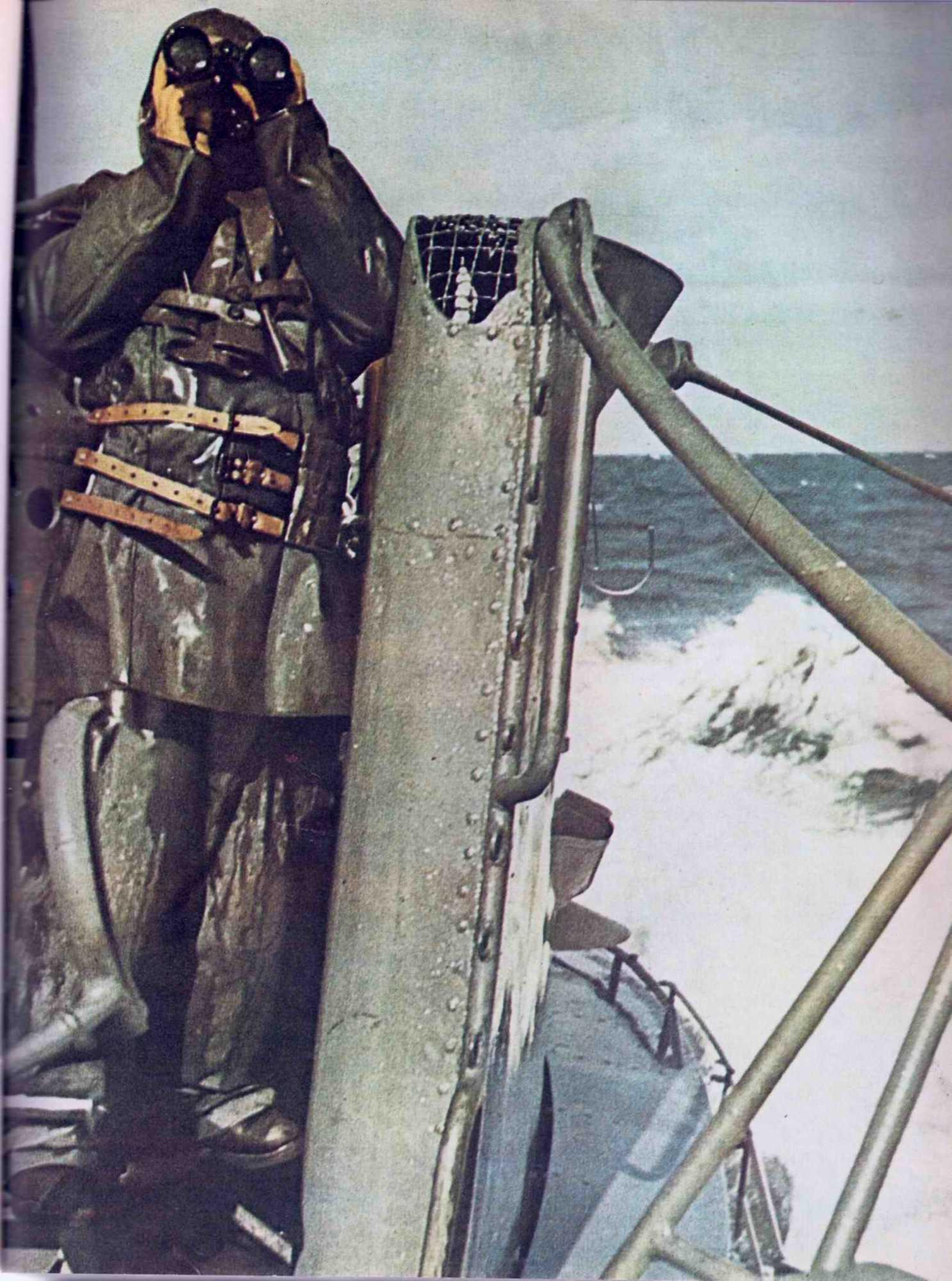
Con la entrada en guerra de los Estados Unidos comienza la segunda fase de la batalla del Atlàntico. Incertidumbre y perplejidad en todos los frentes.

Después del ataque japonés a Pearl Harbor y la consiguiente declaración de guerra de Italia y Alemania a los Estados Unidos, el curso de la guerra registra un cambio histórico. Pero curiosamente, aunque en el futuro se indicará la fecha de la entrada en guerra con los Estados Unidos como el principio del fin de toda esperanza de victoria por parte de las fuerzas del Eje, por el momento los aliados no son tan optimistas. Norteamérica, además de haber sufrido un golpe tremendo en Pearl Harbor, no está en absoluto preparada para la guerra. Es verdad que su potencia industrial es inmensa, pero necesitará mucho tiempo para llegar a la producción bélica, y en ese lapso de tiempo puede suceder de todo. En Berlin, por ejemplo, se espera que los Estados Unidos, obligados a hacer frente a la amenaza japonesa, disminuyan en vez de aumentar su ayuda a Inglaterra y a la Unión Soviética. Esto, como sabemos, no sucederá, pero en aquel momento muy delicado para Norteamérica, realmente todas las hipótesis son posibles.
La entrada en guerra de los Estados Unidos es, pues, un motivo de incertidumbre y de perplejidad en todos los frentes. Los únicos entusiasmados son los submarinistas del almirante Doenitz. Hasta aquel momento los U-Boote han sido obligados a operar en el Atlántico con mucha cautela, frenados por las órdenes de Hitler de no provocar absolutamente ningún incidente con la marina americana. Ahora ha desaparecido ese impedimento. Ahora tienen la mayor libertad de acción en los océanos y pueden atacar y hundir todos los barcos que descubran por su periscopio sin perder el tiempo comprobando si llevan la bandera de barras y estrellas.
Ya el 9 de septiempre de 1941 Hitler habia decidido suprimir todas las restricciones relativas a los barcos americanos y a la zona de seguridad ante Norteamérica, y el día 11, con la declaración formal de guerra de Alemania a los Estados Unidos, los U-Boote habían quedado libres de operar también en las aguas territoriales americanas. Entre tanto, los mandos alemanes habian tomado contactos con los japoneses cuyas fuerzas se extendían ya por el Pacifico. Caidas Hong-Kong y Manila, invadida Malasia, los japoneses habian infligido también una dura derrota a la marina británica hundiendo el "Repulse" y el "Prince of Wales" delante del Cabo Kuan-Tan.
El 3 de enero de 1942, en la Gran Cancilleria de Berlin, se celebraba una importante reunión. El Führer recibia al embajador del Japón, Hiroshi Oshima, y estaban presentes el ministro del Exterior del Reich, Von Ribbentrop, y el Reichsmarschall Goering.

Hitler sigue siendo optimista

Después de haber recordado las últimas proezas de los submarinos en el Atlántico, el Führer habló de su intención de hacerles tomar posiciones ante los puertos americanos, y mandar cruceros y submarinos hasta el Cabo de Buena Esperanza e incluso al Japón, y añadió: *"La febril actividad de los astilleros navales en Estados Unidos no resuelve todos los problemas marítimos de nuestros enemigos. El problema más grave para ellos es la escasez de tripulaciones. Por eso ahora la Kriegsmarine deberá hundir los barcos mercantes sin aviso previo de modo que perezca el mayor número posible de marineros. El día en que todo el mundo sepa que el torpedeamiento de un barco significa la muerte cierta para la mayor parte de la tripulación, los americanos tendrán gran dificultad en rellenar los huecos, sobre todo porque hace falta mucho tiempo para formar marineros que conozcan su oficio. Alemania lucha por su existencia y no puede preocuparse de principios humanitarios. Por la misma razón me veo obligado a ordenar a los submarinos a que emerjan después del torpedeamiento y que hundan a cañonazos las lanchas de salvamento, a menos que el submarino pueda hacer prisionera a la tripulación enemiga, posibilidad que se presenta rara vez en alta mar..."*.
El embajador del Japón se volvió hacia el Führer y le dijo:
"Lo apruebo de todo corazón. Nosotros, japoneses, estamos obligados a aplicar los mismos métodos".
El Führer dudó largo tiempo antes de confirmar esta orden a Raeder, probablemente porque temia recibir una negativa.
Sólo el 14 de mayo de 1942, cuando en presencia del jefe supremo de la Kriesgsmarine estaba haciendo Doenitz un informe sobre la actividad de los U-Boote, le preguntó Hitler:
"¿Puede usted actuar contra las tripulaciones de los barcos mercantes torpedeados para evitar que vuelvan a su patria?".
Doenitz replicó ambiguamente que la lucha contra las tripulaciones enemigas no podía ser realizada hasta el perfeccionamiento de las armas y de los torpedos. *"Cuando estas armas"* concluyó Doenitz *"destruyan de un solo golpe a la vez barcos y tripulación, se podrá llegar a ese resultado"*. Pero a pesar de la ambigua respuesta, los U-Boote alemanes aplicaron con mucha frecuencia la técnica terrorífica de hundir a cañonazos las chalupas donde se habían refugiado las tripulaciones de las naves torpedeadas. Y el bárbaro

Un marinero de servicio de vigía antiaéreo en la torreta de un submarino observa atentamente el sector de cielo correspondiente.





método se intensificara con el paso de los meses y con el recrudecimiento de la guerra.
Gracias a la superior libertad de acción concedida a los U-Boote, la larga Batalla del Atlántico cambió nuevamente a favor de los submarinos alemanes. Las nuevas unidades, proyectadas por técnicos germanos, eran ahora producidas al ritmo de veinte al mes y estaban dotadas de nuevas armas y nuevos métodos de defensa. Doenitz habia ideado también un servicio especial para que los submarinos pudieran reparar en alta mar las averías menores. Fue incluso organizado un sistema de suministro por medio de barcos-nodriza y submarinos cisterna que los marineros bautizaron como "vacas lecheras". Puntuales a las citas en medio del océano, suministraban a los submarinos combustible, víveres y torpedos. Ahora, prácticamente, los submarinos podían mantenerse lejos de las bases por tiempo indefinido. Podían también alargar enormemente su radio de acción y extenderse hasta América. A bordo la vida es dura. El aire suele ser irrespirable, la comida pésima, el espacio reducido. Para dejar sitio a los torpedos han sido reducidos los alojamientos. Hay que dormir por turnos; cada tres marineros tienen dos literas.
Pero también hay momentos emocionales, como cuando hay que adaptar los relojes a la hora norteamericana o como cuando es posible, con los prismáticos, distinguir la costa americana, la iluminación del tráfico, los faros de los coches y, si el tiempo lo permite, los rascacielos de Nueva York.

"Daremos a los americanos la extremaunción"

Los primeros cinco submarinos encargados de llegar hasta las costas americanas dejaron la base naval de Lorient entre el 18 y el 28 de diciembre de 1941. Se trataba del U-66 (cap. de corbeta Zapp), el U-123 (ten. de navío Hardegen), el U-130 (cap. de corbeta Kals), el U-109 (ten. de navío Bleichrod) y el U-125 (ten. de navío Folkers). Antes de la partida los cinco comandantes fueron convocados por Doenitz que les dijo:

Una foto alemana del número de febrero de 1941 de la revista "Signal": submarino en navegación por el Atlántico.

"Van a ir a operar en las costas americanas desde Nueva Escocia hasta el Cabo Hatteras. En esas aguas todavía vírgenes deben encontrar condiciones al menos tan favorables como las de las aguas británicas hace poco más de un año. Todo aconseja aprovechar tal situación con rapidez y energía. La inexperiencia de los americanos no durará mucho. Halifax se encuentra a 2.400 millas de aquí, New York a 3.000, la rada de Sydney (Nueva Escocia) a 2.200. Partirán por separado cuando estén dispuestos. La travesía deberá hacerse a marcha económica —Diesel y eléctrica— para permanecer el mayor tiempo posible en la zona de operaciones. A partir de los 40 grados de longitud quedarán invisibles y no atacarán, excepto a barcos de guerra a partir de cruceros y a buques mercantes por encima de las 10.000 toneladas, y éstos últimos sólo si pasan directamente por delante de sus tubos de lanzamiento. Una vez lanzado su último torpedo, volverán a toda velocidad para repostar y regresar.
Me reservo fijar la fecha del 'Paukenschlag', nombre de esta operación. La fecha dependerá del tiempo, porque es necesario que estén todos presentes para ese 'Golpe de timbales'. De día quedarán posados en el fondo en la proximidad de la costa, para atacar de noche en superficie. ¿Alguna pregunta?".
Los cinco comandantes se declararon halagados de haber sido escogidos para una operación que finalmente les permitiría dirigir la merecida respuesta a los americanos. Uno de ellos añadió: *"¡Vamos a dar a los americanos una buena extremaunción!".*
Los submarinos alemanes llegaron a la zona de operaciones alrededor del 10 de enero de 1942, y tres días después, el 13, recibieron la orden de dar comienzo al ataque. El más afortunado de los cinco fue el U-123 de Hardegen. El joven comandante no había esperado al día 13 para atacar. Ya a medianoche del 11 no había querido perder la ocasión ofrecida por el paso de un mercante de 10.000 toneladas, y lo había echado a pique. Después, la noche del 13 Hardegen realizaba el sueño de todo submarinista alemán: ver por el periscopio las "Mil luces de Nueva York". La metrópoli y toda la costa, donde nadie había dado aún la orden de oscurecimiento, estaban completamente iluminadas, y barcos de todo tipo surcaban tranquilos las aguas consideradas seguras del puerto de Nueva York. La situación era tal que si Hardegen hubiese querido, habría podido llevar su U-Boote hasta los mismos muelles de Manhattan. Después de unos quince días de caza por la costa americana, los cinco U-Boote llevaban en su haber el hundimiento de 25 barcos con un total de 160.000 toneladas. Para los submarinos alemanes comenzó así una segunda "belle époque". Los americanos estaban aún desprevenidos para la lucha antisubmarina. Sus naves viajaban sin escolta. Era fácil hundirlas.
Pero Doenitz no se detiene. Ahora mira también a América del Sur, que se ha convertido en el más importante centro para el suministro de combustible a Inglaterra.
En ese momento es cuando Doenitz confía al comandante Hartenstein, del U-156, una misión verdaderamente excepcional: ir a destruir la refinería de Aruba en Venezuela.
El 14 de febrero de 1942 el submarino U-156 llega ante Aruba. El comandante Hartenstein pasa y vuelve a pasar ante la isla y estudia el que será su objetivo: la más grande refinería del mundo.
La isla está desprovista de defensa. Hartenstein se pone, pues, a la tarea. Debe atacar durante la noche y acertar las instalaciones con el cañón. Sabe que unos pocos blancos serán suficientes para hacer saltar la refinería entera. El U-156 se acerca en silencio. Pero imprevistamente dos grandes petroleros aparecen ante el submarino. La tentación es demasiado grande. Hartenstein ordena torpedearlos. En seguida el comandante alemán se da cuenta del error. Las llamas y el humo de los petroleros le esconden ahora el objetivo principal. Hartenstein decide, de todos modos, disparar a ciegas. Ordena fuego, pero inesperadamente el cañón explota. En la emoción del momento los artilleros han olvidado quitar la tapa de la boca del arma. La gran empresa ha fracasado. El comandante Hartenstein ha perdido su más importante ocasión.

Contramedidas de los aliados

Para contener el ataque de los U-Boote, desde el mes de enero de 1941 los Estados Mayores británico y americano habían iniciado conversaciones en Washington. Un año después las dos marinas decidieron dividirse la responsabilidad en la Batalla del Atlántico. Desde febrero de 1942 las conferencias fueron periódicas.
El Atlántico fue dividido en dos secto-

DEL DIARIO DE A BORDO DEL U-123

Del diario de a bordo del teniente de navío Hardegen, comandante del U-123 en misión en las costas de los Estados Unidos:

Enero 13.

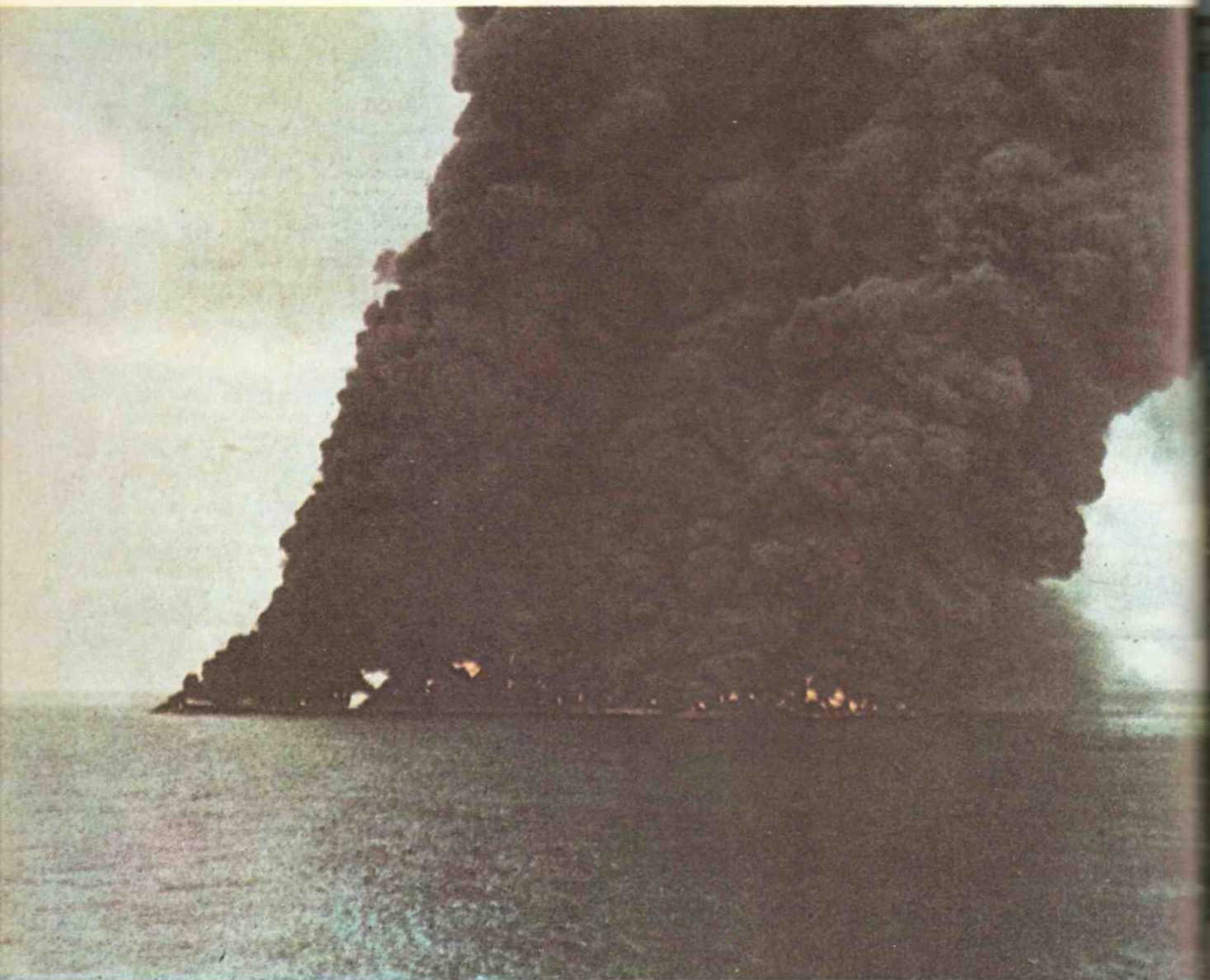
Lástima que delante de Nueva York no tenga conmigo dos grandes minadores para poner bancos de explosivos, y esta noche diez o veinte submarinos además del mío. Estoy seguro de que todos habrían logrado éxitos muy satisfactorios. He podido contar una veintena de mercantes, parte de ellos con las luces de posición encendidas, que se mantenían muy cerca de la costa.

Enero 19.

Emerjo hacia la una frente al Cabo Hatteras. Tengo todavía seis torpedos. Debo utilizarlos aquí. A las 3,04 horas una luz a la derecha. Un mercante de 4.000 toneladas muy cargado. Lanzo desde 800 metros a las 4,41. Fallado. El torpedo ha tomado una falsa trayectoria; lo indica sin posibilidad de duda nuestro aparato de escucha que sigue la marcha del torpedo. En el barco no se han percatado de nada. Me acerco a 400, a 300 metros detrás de él, sobre su misma ruta y a su misma velocidad, y luego adelanto a la derecha a toda velocidad. A algunas millas al noroeste de la boya de Wimble Shoal lanzo otro torpedo a distancia de 450 metros. El proyectil acierta al mercante a popa de la chimenea y lanza al aire una canoa de salvamento y parte de la superestructura... La nave se hunde con rapidez; la popa choca pesadamente con el fondo del mar mientras la proa se dirige al cielo. Durante el ataque han pasado otros tres buques en sentido opuesto, con rumbo a mar abierto. ¿Han oído la explosión? Pronto lo sabré. A toda velocidad parto en su seguimiento. No, porque mientras tanto me he fijado en una luz que me interesa más. Esta vez se trata de un barco de pequeño cabotaje, demasiado pequeño para uno de los cuatro torpedos que me quedan. Me abstengo. Llegan otros. El siguiente mercante debe desplazar casi 4.000 toneladas. Está tan próximo a las balizas del canal que debo atacar en un punto donde la profundidad es apenas de 7-8 metros, teniendo en cuenta la claridad que proviene de la orilla. ¡Menuda desgracia para mí si me descubre! En esta profundidad no puedo sumergirme. Los barcos siguen abundando por el paraje. Una nave enorme pasa delante de mí y naturalmente me localiza. No tengo otra posibilidad. La gran nave se dirige a nosotros directamente para tratar de embestirnos. No había previsto tal eventualidad y suponía que habría escapado. La distancia que nos separa es sólo de 400 metros, pero los motores rugen a todo régimen. El agua no es más profunda de 20 metros. Para una inmersión rápida, a toda velocidad, la profundidad no es suficiente y además de todos modos la nave me embestiría durante la inmersión.
A 600 metros el petrolero "Osmos II" de 16.966 toneladas comienza a seguirnos. Creerá que tenemos entre manos algo feo. No conociendo bien los submarinos, el comandante del petrolero no puede saber que una "vaca marina" difícilmente puede sumergirse con un fondo de sólo veinte metros. Es ya una suerte que no pueda hacer fuego a causa de la altura de su proa. Lentamente la distancia aumenta y dos horas después ya no pueden alcanzarnos. Comunican todavía nuestra posición y nuestra ruta y dan a la aviación los datos goniométricos. Regulo la trayectoria del torpedo a dos metros para que, al salir del tubo de lanzamiento, no vaya a hincarse de cabeza en el fondo del mar.
Para estar seguro de hacer blanco me acerco a 250 metros. El torpedo da dos saltos fuera del agua, prosigue su curso en una estela de espuma y acierta a la nave en la parte de popa. El estruendo de la explosión nos zumba en los oídos, y el submarino tiembla. Una verdadera suerte que no nos haya sucedido nada. Poco tiempo después el mercante reposa en el fondo del mar.
Son las 9,30. Detrás de mí varias luces a la vista, cinco buques en fila india. El de cabeza es un petrolero. Sobre el horizonte me parece bastante corto, lo calculo de sólo 2.000 toneladas. ¡No vale un torpedo! Entonces con el cañón. Me pongo en su estela. Los otros cuatro barcos están a 2.000, 3.000 metros a popa, luego bastante alejados. Emerjo detrás de él.
A las 10,34 mando abrir el fuego. Todo marcha de maravilla. El petrolero ha recibido al menos seis proyectiles a popa, en las máquinas. Se para y se incendia. Ya que está ardiendo, juzgo que por el momento tiene suficiente y voy a ocuparme de los otros con los torpedos. La nave más cercana marcha a 14-15 nudos, y así tengo dificultad para alcanzarla. Pero ya otra viene en sentido inverso dirigida al norte. ¡Dios mío, qué tráfico! Por tanto, cambio de blanco. Pero también ésta se aleja velozmente, y dentro de poco será de día. Apenas tendré tiempo de lanzar antes de que se levante el sol.

En este momento mi petrolero transmite por radio que sigue en llamas, que ha sido atacado a cañonazos por un submarino y que hay que avisar a la primera estación naval.
Se trata del "Malay", 8.027 toneladas de desplazamiento. No pensaba que pudiera ser tan grande. Tengo que darle el golpe de gracia. Desdichadamente se para un Diesel por rotura de un tubo de refrigeración. Me lanzo a toda velocidad con un solo motor válido contra otro mercante. A las 12 llego a una distancia de 450 metros y lanzo. Toco el blanco detrás de la chimenea. El carguero, destrozado, se hunde pesadamente. Con este buque el submarino habrá hundido más de un total de 200.000 toneladas, de ellas 100.000 bajo mi mando.
Y ahora, rápido hacia el "Malay" que ha apagado su incendio y señala por radio que se ha salvado. Pero ya no se ve. Para fortuna nuestra, el fuego se reaviva a bordo. Lo seguimos por el olfato cuando vemos dos sombras paradas ante nosotros. Poco antes de llegar nosotros, el petrolero sale hacia Norfolk, a 340°. La otra nave, "City of Delhi", de 7.443 toneladas de desplazamiento, está bajando al mar una lancha. Podría lanzar muy bien sobre este barco parado, pero me molesta ver todavía a salvo el petrolero. Quiero aguarle la fiesta, ya que lleva un cargamento precioso. Son ahora las 12,44, y voy a dar el golpe de gracia al petrolero. Después de una carrera de 28 segundos, blanco en las máquinas a popa. Esto es lo que pasa cuando se anuncia demasiado pronto la salvación. ¡Estábamos a la escucha a 600 metros! Ahora parece lo mejor que me aleje, con los motores a toda marcha.

res de control operativo de los convoyes. La parte occidental se convirtió en zona de competencia de los americanos, la oriental de los ingleses. La línea de separación fue denominada Chop Line (Change of Operational Control).
Para asegurar la protección de los convoyes —los del Atlántico norte, de Jamaica, de Freetown, de Inglaterra y del Artico— los aliados no tienen otro recurso que distribuir racionalmente sus destructores y las otras unidades de escolta, desguarneciendo sucesivamente los sectores más calmados en beneficio de los puntos más cálidos. Doenitz, por su parte, hace exactamente lo contrario. Coloca sus submarinos con rapidez, según la importancia del tráfico y la defensa más o menos débil del adversario.
En este juego el B.d.U. alemán tenía la iniciativa, mientras que los angloamericanos debían, al menos por el momento, mantenerse a la defensiva.
El Almirantazgo británico con el "Cominch" estudió un nuevo reparto de las fuerzas dedicadas a la protección de convoyes. Los convoyes rápidos Halifax-Reino Unido serían escoltados por unidades americanas hasta casi 500 millas marinas de la costa de Irlanda, donde les esperarían las unidades británicas. Después de haber efectuado el repuesto de combustible en Londonderry, los barcos americanos tenían que asumir la responsabilidad de reconducir sano y salvo un convoy rápido que regresaba a los Estados Unidos.
Por su parte los ingleses prodigan sus esfuerzos en la lucha antisubmarina continuamente, a pesar de las dificultades de aprovisionamiento, y la carencia, aunque sea esporádica, de materias primas.
Ellos construirían nuevos sumergibles, ciertamente no para torpedear a los barcos mercantes alemanes que hace tiempo desaparecieron de los mares —con excepción de los italianos en el Mediterráneo— sino para combatir a sus propios semejantes. Los submarinos ingleses han llegado a especializarse en estar al acecho, sumergidos, a la entrada de los puertos. En 1942 destruyeron cuatro submarinos italianos y uno alemán.
El explosivo torpex ha sustituido al tritolo, y utilizando un volumen menor sus efectos son mucho más potentes. Ello permitirá fabricar bombas más ligeras de la misma eficacia. En abril de 1942 la carga MK VIII sustituirá a la MK VII. Su radio de eficacia absoluta llega a los siete metros, pero en un radio de 12 es igualmente peligrosa. Las bombas americanas MK 8, y luego MK 9, siguen la misma progresión en su acción destructiva.
Los ingleses adoptarán un ingenio de grandes dimensiones. Embutida en una especie de tubo lanzatorpedos, la carga gigante MK X, en forma de cilindro, descenderá a una velocidad de 6,4 m/s en vez de los 5 metros por segundo de las normales cargas de profundidad. De su peso total de 1.340 kilos, casi una tonelada es el explosivo. Su radio de acción será doble de lo normal, o sea casi 16 metros. Va destinada a terminar con un submarino averiado o en dificultad. Los barcos empezarán pronto a usar también el "hedgehog" o erizo, que lanza cargas múltiples antisubmarinas, con mortíferos efectos procedentes de lanzar a la vez un círculo de cargas de profundidad llenas de torpex.
Los instrumentos para la localización de sumergibles, como el ecogoniómetro (asdic), están perfeccionados y son más precisos. Así el asdic británico 144 está dotado de un proyector capaz de realizar la búsqueda automática mediante orientación a saltos, y de registrar las observaciones sobre la superficie de una mesa especial en el puesto de la central antisubmarinos de la nave. Científicos ingleses y americanos se cambian información sobre sus experimentos y trabajan conjuntamente en un "radar centimétrico".
En el mes de abril el Coastal Command recibirá un refuerzo del Bomber Command: 4 escuadrillas de Whitley y de Wellington, destinados a una ofensiva que los ingleses preparan en el Golfo de Vizcaya.
También el avión empieza a revelarse como arma temible para los submarinos en superficie. A causa de su velocidad, cubre y vigila en poco tiempo vastas zonas del mar. El destructor tiene pocas probabilidades de localizar al U-Boote que lo ataca de noche y en superficie; hace falta que el avión sea provisto de medios idóneos para localizarlo. Si tales medios están basados en una iluminación tan violenta como improvisada, la localización del U-Boote resulta fácilmente posible.
"Derrotamos a los U-Boote una vez, y los derrotaremos la segunda", se dice en Gran Bretaña para levantar la moral de la opinión pública que la segunda fase de la Batalla del Atlántico ha hecho nuevamente descender al nivel del verano de 1940. Sin embargo, a pesar de la febril actividad de los mandos aliados para obstaculizar el astuto ataque del almirante Doenitz y sus naves, los U-Boote continúan a pleno



Un petrolero americano en llamas ante la costa de los Estados Unidos. Los submarinos alemanes operaban en toda la cuenca del Atlántico.

ritmo su acción. En aquellos días el almirante Doenitz se siente muy cercano al éxito. En los doce meses del 1942 sus tripulaciones hundieron más de siete millones de toneladas de barcos. Una cifra enorme. Más de la mitad del tonelaje que hundirán los alemanes durante toda la guerra. A este paso la Batalla del Atlántico se terminará sin duda a favor de los alemanes.
Hace algún tiempo que los sumergibles italianos operan en el Atlántico al lado de sus colegas germanos. Después de los primeros fallos, debidos sobre todo a la inexperiencia de los hombres y la inadecuación del material para salir al océano, los italianos obtienen también brillantes éxitos.

Las "vacas lecheras"

El "Tazzoli" (c.c. Fecia di Cossato), el "Finzi" (c.c. Giudice) y el "Morosini" (c.c. Fraternale) echaron a pique 15 barcos mercantes aliados, de 89.000 toneladas, entre el 25 de febrero y el 23 de marzo, en un sector comprendido entre el sudeste de la costa de la Florida y el Golfo de Méjico. Grandes barcos mercantes como el "Melpómene" y el "Stangarth", cada uno de casi 7.000 toneladas, fueron destruidos por los submarinos del almirante Parona. Un nuevo elemento, de importancia capital, había intervenido para hacer subir a una cota altísima la cifra de las pérdidas infligidas al tráfico marítimo angloamericano en el Atlántico norte: 576.350 toneladas (120 barcos) en mayo, y en junio la cifra record del año, 623.545 toneladas (124 barcos). Se trata de la entrada en servicio de los primeros U-Boote de suministro, pronto llamados "Milchküne" (vacas lecheras) por las tripulaciones de los submarinos. El primero en realizar una "entrega" de combustible fue el U-459, mandado por un oficial que se haría célebre por su valor: Von Wilamowitz-Möllendorf.
El 22 de abril repostaba de combustible al U-108 (c.c. Scholtz) a 500 millas de las Bermudas, permitiéndole



efectuar una nueva misión del 25 de abril al 30 de mayo, en el golfo de Méjico, donde hundió 5 mercantes, entre ellos el petrolero americano "Mobiloil" de 9.925 toneladas, por un total de casi 32.000 toneladas.
Quince días después hubo una verdadera asamblea de submarinos en torno al U-459. Estaban todos a la espera para conseguir, mediante una manga unida al depósito, el combustible de la "vaca lechera". Con frecuencia el mal tiempo interrumpía la operación y había que recomenzar otra vez. El almirante Doenitz era mantenido al corriente del número de U-Boote en fase de aprovisionamiento, de las cantidades de combustible distribuidas, y de las reservas del submarino de abastecimiento después de cada distribución. El almirante temía la intervención de las naves enemigas durante las operaciones de suministro. Nunca ocurrió nada semejante.
Entre tanto, temiendo justamente el progresivo aumento de las defensas antisubmarinas, Doenitz había dado el máximo impulso a los estudios relativos al perfeccionamiento de los medios de ataque, único modo posible de mantener constante la ventaja inicial de los U-Boote. Especialmente Doenitz confiaba en un nuevo tipo de submarino cuyo prototipo estaba en estudio desde 1937.
La nueva unidad había sido concebida por el ingeniero Walter, del que había tomado el nombre. De silueta hidrodinámica (un largo huso sin la menor superestructura) y con motores de modelo absolutamente revolucionario que permitía altas velocidades (más de 20 nudos en inmersión), el "Walter" era capaz de inmersiones de larga duración que hacían de él un verdadero submarino. Hasta aquel momento las unidades no eran más que naves de superficie con posibilidad de inmersión. Sumergibles, en suma. Dichos submarinos no sólo podrían alcanzar a las naves mercantes más veloces, sino también huir con facilidad a los ataques de los destructores.
El 24 de junio de 1942, el almirante Doenitz había enviado esta nota al gran almirante Raeder:
"Si el enemigo logra construir un número elevado de barcos mercantes de mayor velocidad, también la velocidad de los convoyes será paralelamente aumentada, de modo que los submarinos no serán ya lo bastante rápidos para

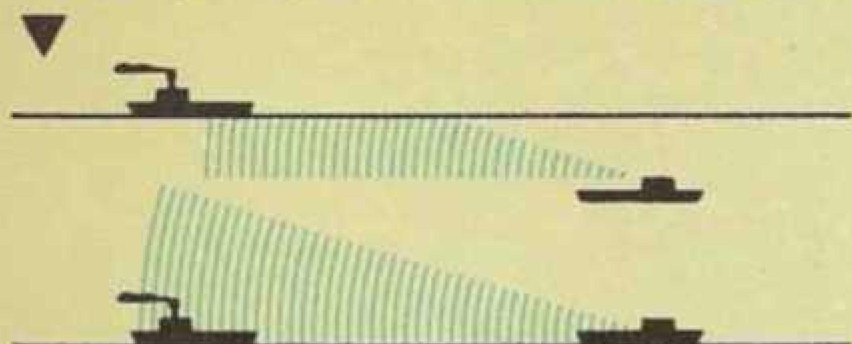
El acorazado americano "Iowa", en construcción en los astilleros de Brooklyn a finales de 1942. En primer plano, una torre de 406 mm.

CAZA ANTISUBMARINOS

MEDIOS DE DETECCION

PASIVOS

HIDROFONO - Aparato de escucha que permite descubrir la presencia en la cercanía de una fuente de sonido (los motores de un submarino, p. ej.). Su funcionamiento se basa en la propagación de las ondas sonoras a través de un líquido. El tipo más sencillo permite sólo revelar la presencia de un submarino; los tipos más perfeccionados pueden indicar también la dirección del origen del sonido. Un buen hidrofonista podía indicar con suficiente aproximación la presencia y distancia del blanco, mientras que se calculaba la profundidad. El hidrófono, como todos los aparatos de búsqueda o detección submarina, no es capaz de dar datos seguros en un cien por cien, ya que la propagación de las ondas sonoras en el agua no es lineal, sino que tiene una marcha variada por diversos factores: salinidad, temperatura, etc. Además, el hidrófono recoge rumores de fondo debidos a causas marinas o a otros motivos como "voces" de peces. Su uso está también vinculado a la condición de que el sumergible tenga los motores en marcha. En caso contrario, su validez es nula, a no ser que haya ruidos de otro tipo emitidos por la unidad. Al final de la guerra fueron usadas pequeñas boyas, lanzadas desde aviones, dotadas de un hidrófono y de una pequeña emisora. Al pasar un submarino por la zona saturada de boyas, las emisoras señalaban el ruido captado por los hidrófonos a la escucha, del centro de caza antisumergible, que procedía a enviar en seguida un avión sobre el lugar.

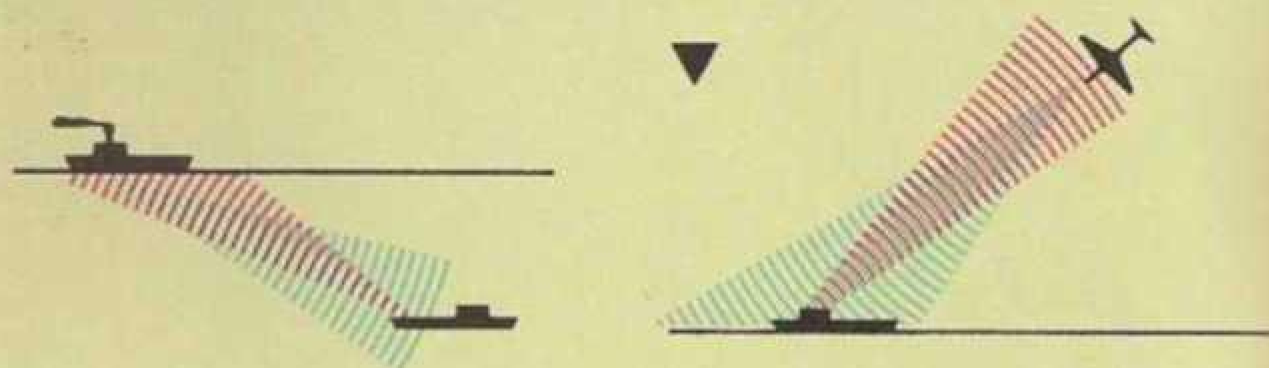


RADIOGONIOMETRO - Aparato electrónico capaz de captar las ondas de radio y revelar la posición de su fuente de origen. Es como un hidrófono del aire, ayudado por el hecho de que, teniendo el submarino que transmitir en superficie, no se debe considerar el factor profundidad. Desde el momento en que los U-Boote hacían amplio uso de la radio antes de la acción, aunque fuera para señales brevísimas, el uso del radiogoniómetro permitía prepararse para un inminente ataque, y si la emisión era bastante larga, determinar la posición del atacante.

ACTIVOS

ECOGONIOMETRO - Denominado Asdic por los ingleses y Perite-ro por los italianos, fue ideado por el **Allied submarine detection investigation committee**, que empezó las investigaciones en 1917 sobre este aparato. Se trata de un sistema que aprovecha las reflexiones que sufren las ondan acústicas que se propagan en un líquido cuando chocan con un obstáculo. El ecg consta de un generador de impulsos, de un "proyector" que irradia los impulsos en el agua, y de un "receptor" que recibe los impulsos que, tras haber chocado con un obstáculo, vuelven reflejados al origen. Este aparato está sometido a todos los inconvenientes del hidrófono duplicados, ya que las causas que disturban la recepción del hidrófono en un solo sentido, trayecto "submarino-hidrófono", se presentan también en este caso en el trayecto de la señal "proyector-submarino". Los tipos más perfeccionados de ecg eran ya capaces de dar datos importantes sobre situación y distancia (la profundidad se calculaba) fuese la que fuera la posición del submarino. En fase de aproximación, sin embargo, a cierta distancia se perdía contacto, y el ataque con cargas era realizado según cálculos estimativos.

RADAR - Aparato de búsqueda electrónica llamado así por las iniciales de las palabras **Radio detection and ranging.** El funcionamiento del radar se basa en la reflexión que sufren las ondas electromagnéticas que se propagan en el aire cuando chocan con un obstáculo. Su uso, naturalmente dirigido al cielo, es análogo al del ecogoniómetro. Usado en el mar para la búsqueda de pequeños objetivos (la torre de un submarino), es de difícil empleo, ya que se ve fuertemente perturbado por la superficie del mar, las olas y demás, pero puede dar buenos resultados. Particularmente temible para submarinos es su empleo montado en un avión, dada la rapidez del ataque que sigue a la detección.



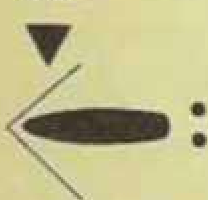


BUSQUEDA AEREA - Particularmente temida por los submarinistas, ya que en los primeros años de la guerra los U-Boote no estaban dotados de radar de detección aérea y su armamento antiaéreo era modesto. El avión era capaz de vigilar rápidamente grandes extensiones del mar, y en caso de detección, precipitarse sobre el blanco bombardeándolo con cargas de profundidad aunque no estuviera todavía sumergido. El empleo del avión combinado con el radar dio luego resultados excelentes.

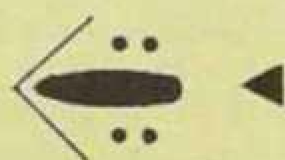
MEDIOS DE ATAQUE

CARGAS AS - Las cargas antisubmarinas son recipientes metálicos que contienen explosivos (desde unas docenas de kilos hasta varios centenares), un detonador y un dispositivo hidrostático regulable que sirve para hacer explotar la carga a la profundidad determinada. La forma de estas cargas, generalmente cilíndrica, fue poco a poco modificada hacia una silueta de "gota", mucho más hidrodinámica y capaz de descender con mayor velocidad en el agua para explotar lo más cerca posible del submarino antes de que éste pueda alejarse. Estas cargas pueden ser lanzadas desde:

TOLVAS, que las hacían caer al agua en la estela de la nave.



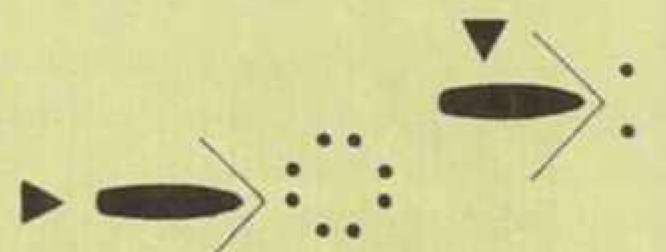
LANZACARGAS, similares a catapultas o cañoncitos, en cuya boca iba sujeta la bomba, accionados por cartuchos explosivos o de aire comprimido. Generalmente estaban dispuestos lateralmente sobre el puente del barco, y lanzaban la carga a unas docenas de metros.



Tipos especiales de lanzacargas eran:

HEDGEHOG (erizo), lanzacargas múltiple capaz de lanzar a la vez 24 bombas que caían al mar formando una elipse. Si al hundirse, una de las cargas chocaba con el submarino, explotaba, causando la explosión por simpatía de las otras 23 y destruyendo por lo general al sumergible.

SQUID (calamar), lanzacargas similar al precedente, pero con sólo tres cargas de mayor peso, con espoleta de efecto hidrostático además de choque.



Cuanto se expone aquí es válido, naturalmente, para barcos de guerra. Para las naves de transporte, desarmadas para este género de lucha y por tanto absolutamente inermes frente a los "lobos grises", la única forma de defensa posible era navegar en convoyes para permitir a las unidades de escolta controlar más capazmente el mar en torno al rumbo marcado, pero preparadas para dispersarse en todas direcciones al primer aviso de ataque.

ARMAMENTO OFENSIVO Y DEFENSIVO DE LOS U-BOOTE

MEDIOS DE ATAQUE

TORPEDOS - Fueron construidos torpedos de varios tipos. Por ejemplo:

DE PERCUSION, que estallaban al chocar contra el blanco; **DE ESPOLETA MAGNETICA**, que estallaban pasando a cierta distancia de la masa magnética del blanco; **ACUSTICOS,** capaces de dirigirse automáticamente al blanco siguiendo el ruido de las máquinas, guiados por una cabeza especial dotada de elementos·sensibles; **TIPOS FAT Y LUT,** torpedos especiales que permitían lanzamientos de grandes distancias y seguían rutas predeterminadas, calculadas para tener el mayor número de probabilidades de alcanzar a un barco aun lanzándolos sólo en la dirección de un convoy.



ARTILLERIA - En general, los U-Boote estaban dotados de una pieza de artillería (con frecuencia de 88 ó 105 mm.) más algunas ametralladoras con destino antiaéreo. Hacia el final del conflicto se dará un notable incremento a estas últimas, suprimiendo muchas veces el cañón, ya que la lucha contra barcos era llevada sólo con los torpedos.

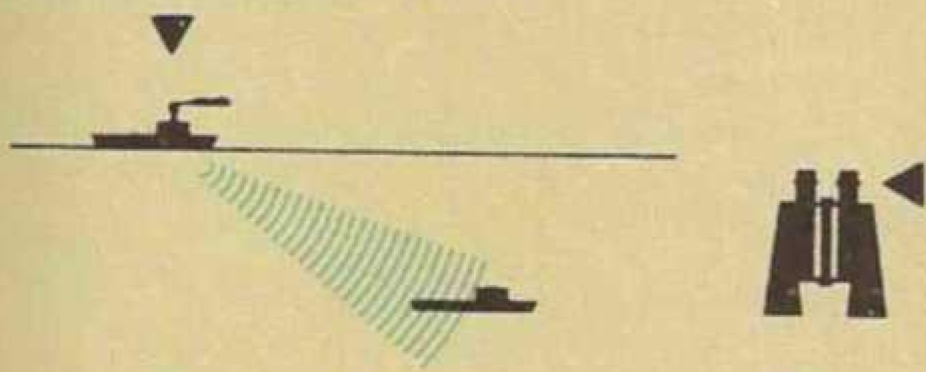


MINAS - Algunos tipos de sumergibles fueron adaptados a la colocación de minas, cosa que no encontró nunca el favor del mando de submarinos, aunque en algunos casos se infligieron graves daños al enemigo.

Una breve alusión a la táctica de empleo usada sucesivamente. Después de los ataques realizados aisladamente en los primeros tiempos, los U-Boote pasaron a utilizar la táctica "manada de lobos", que dio resultados tan favorables a los alemanes como trágicos para los aliados. Esta táctica será utilizada hasta finales de otoño de 1943, cuando la superioridad aérea aliada y el uso cada vez a mayor escala de detección por radar hicieron imposible el uso de grandes concentraciones de sumergibles. Desde este momento los U-Boote volvieron a operar en pequeños grupos de dos o tres unidades o aisladamente.

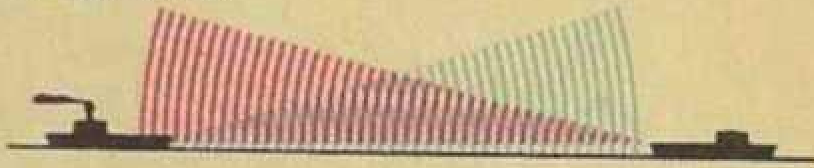
MEDIOS DE DETECCION

HIDROFONO - Para el sumergible dotado de una torreta de poca altura sobre el nivel del mar no era muy fácil divisar naves, en especial a cierta distancia. Pero el hidrófono garantizaba, a pesar de todos sus límites, un mayor radio de localización. Además, el submarino tenía ventaja sobre las naves porque no tenía el problema de adivinar la profundidad del adversario. Bastaba seguir la dirección de origen del sonido, y antes o después se llegaría a la vista del blanco.



LOCALIZACION OPTICA - Cuando un submarino navegaba en superficie llevaba en la torreta cierto número de vigías, y cada uno vigilaba un limitado sector de mar. Otros hacían lo mismo con el cielo, por los ataques aéreos. Pero dado que la escasa altura limitaba el radio de localización, en 1942 la firma Focke Achgelis empezó a fabricar por encargo aparatos denominados FA 230 Bachstelze (aguzanieves), que no eran más que grandes cometas de palas rotatorias como un helicóptero, que arrastradas por los U-Boote podían subir a muchas decenas de metros con un observador a bordo. Apenas localizaban una nave, la cometa era recuperada y el submarino tomaba rumbo hacia su presa.

RADAR - También los alemanes harán uso del radar para la detección, pero empezarán retrasados respecto a los aliados y sufrirán de esta desventaja durante todo el conflicto.



MEDIOS DE DEFENSA

PASIVOS

SILENCIO - Para un sumergible atacado y obligado a la inmersión el principal medio de defensa pasiva era el silencio, una especie de oscurecimiento acústico, por así decir. Desde el momento en que la velocidad de un submarino sumergido era irrisoria respecto a un barco de superficie, era inútil intentar la fuga, que sería ciertamente descubierta a causa de los motores funcionando, aunque éstos fueran eléctricos y muy silenciosos. Estando en silencio y realizando de vez en cuando sólo pequeños desplazamientos, el U-Boote podía no ser localizado con precisión y salvarse. Como sucedió al U-763, comandante Ernst Cordes, que atacado el 6 de julio de 1944, escapó a los barcos adversarios después de 30 horas de caza y 550 bombas de profundidad.

METOX - Detector de emisiones electromagnéticas, llamado también "Cruz de Vizcaya" por su forma y porque había sido ideado para conseguir cruzar el golfo de Vizcaya evitando la caza aérea aliada. Esta había empezado a hacer uso del radar en esa zona contra los U-Boote, y tras algún hundimiento, los alemanes habían buscado remedio dotando a las unidades de un detector que permitía sumergirse apenas el submarino entraba en el haz del radar. La cosa funcionó hasta que los aliados fabricaron un radar que operaba con un centímetro de longitud de onda, no detectable por el Metox.

SCHNORKEL - Tubo periscópico dotado de válvula de seguridad terminal que permitía al submarino navegar en inmersión utilizando los motores térmicos. Dos conductos permitían la renovación del aire dentro del sumergible sin que éste se viera obligado a navegar en superficie con las portillas abiertas, presa fácil para aviones.

RESINAS ABSORBENTES DE RADAR - En cierto momento se pensó en aislar todo el casco del submarino recubriéndolo con resinas especiales a fin de absorber las ondas electromagnéticas sin reflejarlas. A pesar de algunos modestos resultados iniciales obtenidos en laboratorio, este camino fue abandonado.

ACTIVOS

AUMENTO DE LA ARTILLERIA A. A. - A partir de mediados de 1943 se comenzaron a dotar los U-Boote de armamentos aéreos cada vez más potentes, llegando a armarlos incluso con ocho ametralladoras de 20 mm. y un cañoncito de 37 mm. cada uno. Considerando que este armamento podía situarse en poquísimo espacio, el submarino podía dirigir un verdadero haz de fuego sobre el avión atacante.

RADAR - Naturalmente, se hizo uso del radar para poder descubrir a tiempo al atacante, con el cual, si era posible, resultaba siempre mejor evitar entablar batalla.

PILLENWERFER - Consistía en recipientes de sustancias químicas, colocados externamente al submarino, que en contacto con el agua del mar producían gigantescas y persistentes burbujas de acetileno, capaces de reflejar los impulsos goniométricos como si fueran otros submarinos. Este efecto podía confundir a la caza adversaria, aumentando las probabilidades de salvación.

1942. PERDIDAS DE NAVES INGLESAS, ALIADAS O NEUTRALES POR TEATRO DE OPERACIONES

Tonelaje y número de naves

Meses	Atlántico norte	Atlántico sur	En torno a la Gran Bretaña	Otros sectores	Totales	Pérdidas de U-Boote
Enero	276.795 (48)	–	19.341 (14)	123.771 (44)	419.907 (106)	3
Febrero	429.891 (73)	–	11.098 (5)	238.643 (76)	679.632 (154)	2
Marzo	534.064 (95)	13.125 (3)	15.147 (8)	271.828 (167)	834.164 (273)	6
Abril	391.044 (66)	48.177 (8)	54.589 (14)	180.647 (44)	674.457 (132)	3
Mayo	576.350 (120)	9.081 (2)	59.396 (14)	60.223 (15)	705.050 (151)	3
Junio	623.545 (124)	26.287 (4)	2.655 (5)	181.709 (40)	834.196 (173)	3
Julio	486.965 (98)	23.972 (3)	22.557 (9)	84.619 (18)	618.113 (128)	11
Agosto	508.426 (96)	35.494 (10)	–	117.213 (17)	661.133 (123)	11
Septiembre	473.585 (95)	57.797 (7)	1.892 (1)	34.053 (11)	567.327 (114)	11
Octubre	399.715 (62)	148.142 (20)	12.733 (6)	77.243 (13)	637.833 (101)	16
Noviembre	508.707 (83)	58.662 (10)	6.363 (5)	234.022 (36)	807.754 (134)	13
Diciembre	262.135 (46)	43.496 (8)	9.114 (10)	36.386 (11)	351.131 (75)	5
	5.471.222 (1.006)	**464.233 (75)**	**214.885 (91)**	**1.640.357 (492)**	**7.790.697 (1.664)**	**87**

tomar posiciones a proa de aquéllos. Lo mismo sucederá si el enemigo logra descubrir la presencia de nuestras unidades en superficie valiéndose de instrumentos reveladores. Con la simple intervención de destructores, los obligará a sumergirse antes de haber avistado el convoy y haber logrado colocarse en posición favorable al ataque. Sería el fin de nuestra táctica de movimiento y los submarinos sólo podrían ser empleados de un modo estático, y en los sectores débilmente defendidos.

El único modo radical de evitar tal peligro sería poseer submarinos provistos de tal velocidad en inmersión que no tuvieran que emerger para situarse en posición favorable.

El submarino 'Walter' representa así el único medio para detener la amenaza que pesa actualmente sobre la movilidad de nuestras unidades.

Además, en todos los demás campos reduciría a la impotencia a la defensa enemiga, concebida en función de los actuales tipos de submarinos. El adversario se encontraría frente a un submarino de clase totalmente distinta, contra el cual estaría como desarmado. Por consiguiente, se nos presentaría la oportunidad de lograr éxitos definitivos.

Es, pues, de la máxima importancia poner a punto el submarino 'Walter', someterlo a pruebas prácticas y construir un número notable lo más rápidamente posible".

En el mes de noviembre de 1942, Doenitz reunió en París a los más expertos constructores de submarinos para enfocar el problema del sumergible, o mejor, del submarino "Walter".

Hubo que concluir que este submarino no podría ser suministrado a tiempo, ya que todos los esfuerzos iban dirigidos únicamente a la construcción de aquellas unidades que se habían experimentado ya.

En el curso de la discusión, los ingenieros Schürer y Bröking propusieron una solución intermedia y de espera. ¿Por qué no construir un sumergible con la forma hidrodinámica del "Walter"? Duplicando las baterías de acumuladores se le dotaría de una elevada velocidad de inmersión. Si los convoyes mantenían las velocidades actuales –de 10 a 12 nudos–, estos submarinos estarían en situación de seguirlos, alcanzarlos y torpedearlos en inmersión.

En ese punto el profesor Walter reveló su proyecto: una manga capaz de ser levantada y bajada que permitiría llevar el aire a los motores Diesel y expulsar los gases de escape. A pequeña profundidad, con la embocadura de la manga emergiendo del agua, los Diesel podrían continuar funcionando. Se habría realizado así un "submarino completo". *"Esta propuesta me agradó enormemente. Me fue prometida una pronta realización"*, escribe Doenitz.

Así fue como nació el "schnorkel". La idea original de este nuevo sistema para permitir a los sumergibles suministrar aire a los motores Diesel sin verse obligados a emerger es atribuida por muchos historiadores a los holandeses. En realidad es sintomático que cuando los alemanes se apoderaron, ya en la primavera de 1940, de algunos submarinos holandeses, los primeros aparatos tipo "schnorkel" habían entrado en funciones experimentalmente en sumergibles italianos, dotados de un aparato ideado por el capitán de Ingenieros Navales Pericle Ferretti entre los años 1925 y 1927, logrando obtener "resultados superiores a toda expectativa". Desgraciadamente, la Regia Marina abandonará pronto estas instalaciones.

Mientras bullen en ambas partes los estudios para el perfeccionamiento de las armas de ofensa y defensa, el Atlántico se ha puesto de nuevo difícil para los marineros británicos encargados de la escolta de los convoyes. Habían saludado con mucha alegría la entrada en guerra de los Estados Unidos, pero ahora se maravillaban de su absoluta impreparación en la defensa antisubmarina. La destrucción de barcos en las costas americanas llegó a cifras tremendas. Naturalmente, también muchos submarinos fueron hundi-

dos, pero mientras sus pérdidas eran compesadas en medida notable por las nuevas construcciones, los aliados registraban un gran déficit. Por ejemplo, en el primer semestre de 1942 los vapores ingleses hundidos superaban en tres millones de toneladas la cantidad de nuevas contrucciones, fueran americanas o británicas. Continuando a este paso, estaba claro que los alemanes lograrían paralizar los transportes atlánticos. Entre tanto, en las bases de submarinos, Doenitz se congratulaba con sus tripulaciones victoriosas. Sabía que si era capaz de mantener la media de hundimientos en más de 600.000 toneladas al mes, podría ganar su batalla.

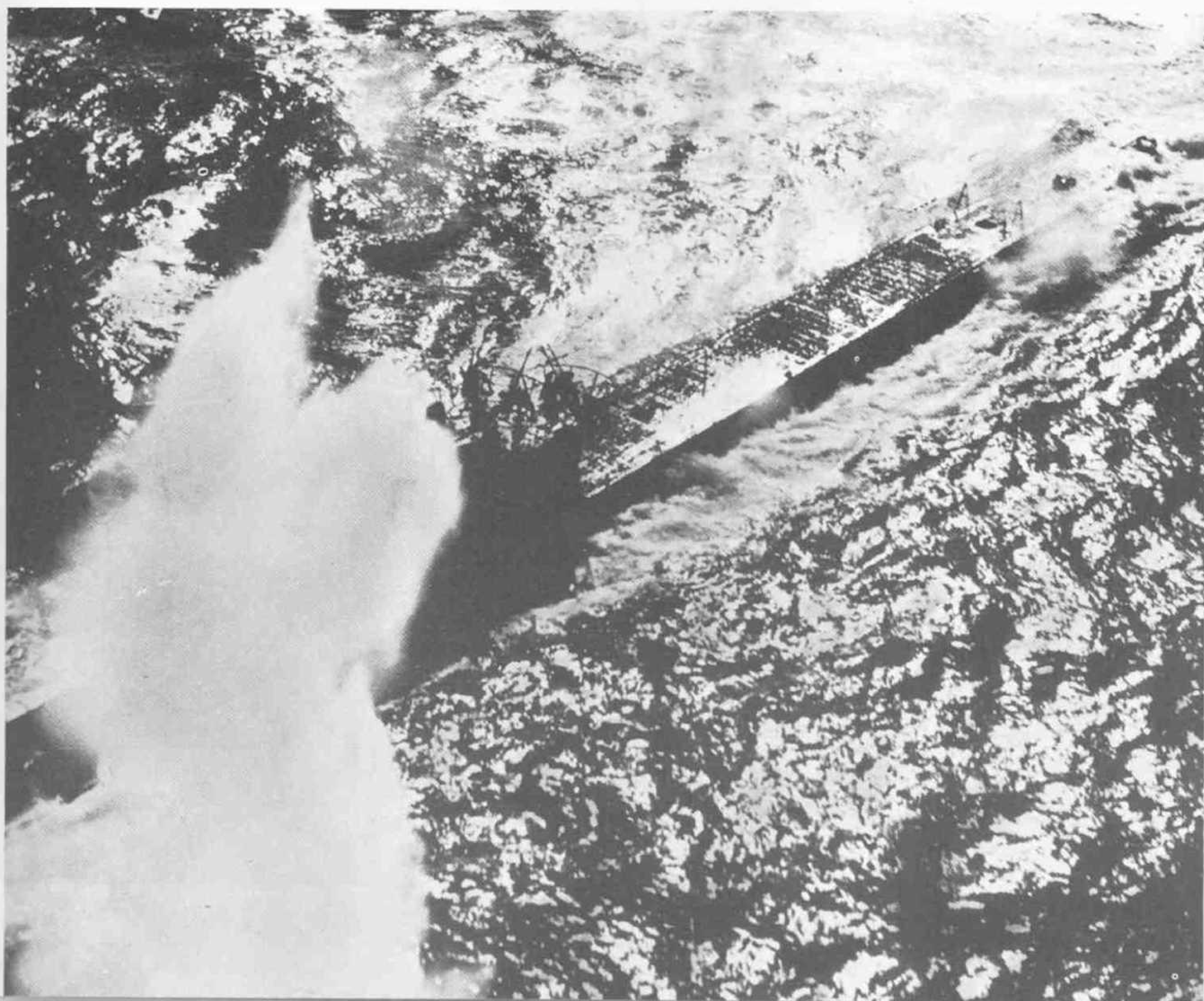
Este es, pues, su objetivo: hundir más barcos que cuanto los aliados puedan construir, y no importa dónde sean hundidos, dado que se trata de una estrategia global.

Diciembre de 1942. Los U-Boote continúan su caza de convoyes. La media de hundimientos es siempre alta, pero podría haber sido aún más alta si Hitler, contra la opinión de sus almirantes, no hubiese reclamado al Báltico parte de los submarinos y de todas las unidades de superficie, a fin de obstaculizar una hipotética invasión aliada de Noruega que, en realidad, no figuraba en los planes del mando angloamericano. Los que rompieron definitivamente el equilibrio que se había creado en el Atlántico fueron los Estados Unidos. El elemento decisivo fue el potencial productivo americano que acaso habían subestimado los alemanes.

Los barcos "Liberty"

Quien desniveló el eje de la balanza fue un industrial americano de curioso apellido alemán: Henry Kaiser. El introdujo por primera vez en la industria de astilleros el sistema de construcciones navales con elementos prefabricados. Los resultados son asombrosos. De los astilleros americanos los barcos prefabricados salen al impresionante ritmo de uno al día. El nombre de estos barcos es "Liberty", un nombre destinado a hacerse famoso. Ahora a cada barco hundido corresponde la botadura de cuatro barcos nuevos, superando las optimistas previsiones de Churchill, que había esperado llegar a alcanzar con ayuda americana al menos tres millones de toneladas de barcos al año. La industria americana alcanza en doce meses el increíble record de 14 millones de toneladas, o sea, tres veces al tonelaje actual de la marina mercante italiana.

Simultáneamente, los americanos prueban nuevos dispositivos de defensa. Para los U-Boote es cada vez más difícil aproximarse al enemigo. Y cada vez que aparece en la superficie del Atlántico una mancha de petróleo, significa que Doenitz ha perdido uno de sus preciosos submarinos. Se perfila para los aliados la victoria en la Batalla del Atlántico, aunque la guerra naval tendrá todavía fases dramáticas.



Un submarino alemán, alcanzado por una carga lanzada por un avión americano, está a punto de hundirse. A finales de 1942 los alemanes tenían ya perdida la Batalla del Atlántico.

EL INFIERNO DE GUADALCANAL DURO SEIS MESES

Con el desembarco americano en las Salomón comienza el 7 de agosto de 1942 la reconquista aliada del Pacífico. Hecatombe de cruceros en la batalla de Savo.

La alarma que en la primavera de 1942 llamó la atención del Alto Mando aliado sobre la isla de Guadalcanal fue dada por Martin Clemens, un desconocido informador del que nadie sabía nada; ni siquiera si era de fiar. Clemens, sobre quien hubo que reunir información a toda prisa, resultó ser uno de los informadores que el comandante Eric Feldt había dejado atrás antes de abandonar las islas ante la creciente marea de la invasión japonesa.

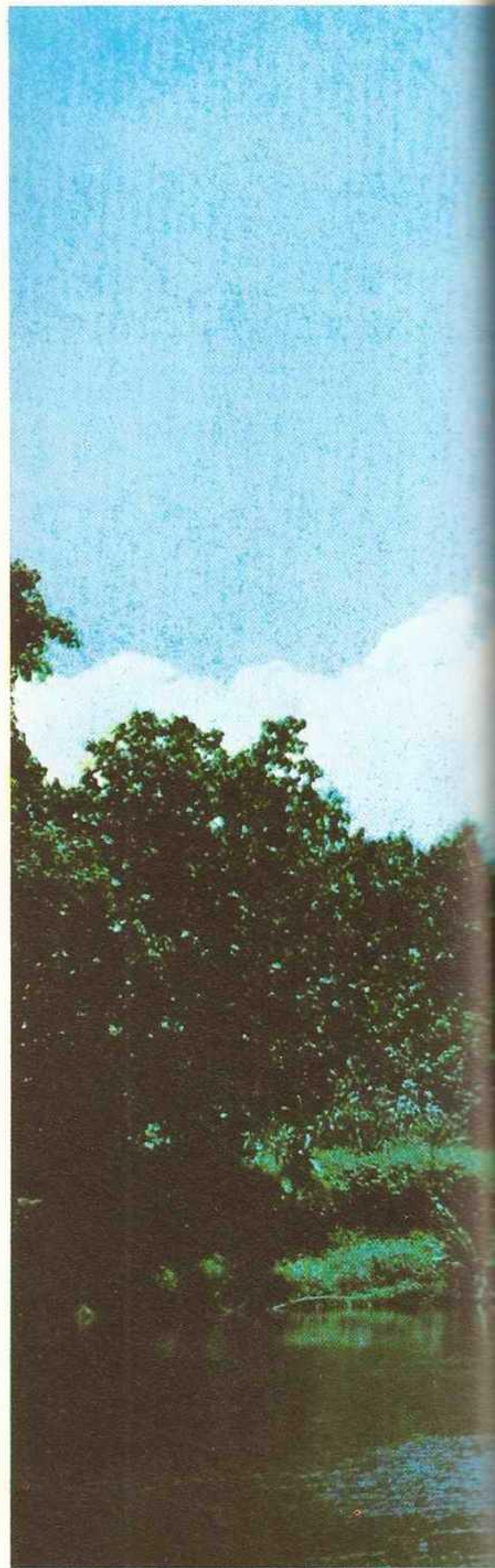
Lleno de recursos y de iniciativa, Feldt había logrado convencer a amigos y conocidos decididos a quedarse tras las líneas japonesas de que aceptaran un aparato de radio transmisor y receptor y una clave. Ninguno de ellos había prometido convertirse en agente aliado, y Feldt no lo había pedido a nadie, ya que ni estaba autorizado a hacerlo ni mucho menos a prometer compensaciones.

Eric Feldt era un emprendedor oficial del ejército australiano que tenía el gran don de conocer un poco a todos en los mares del Sur. Había tratado sobre todo con gente excéntrica, reducida a vivir sobre inhospitalarias islas perdidas del Pacífico, lejos de todo sitio, donde pueblos de cabañas con un par de "bungalows" de mampostería eran considerados ciudades: en las Célebes, en Nueva Guinea, en Nueva Georgia, en Nueva Irlanda, en las Nuevas Hébridas. Aventureros cuya fortuna nunca había llegado y que se ganaban la vida como podían, comerciando con los indígenas o con cualquier raro turista de paso, o bien llevando la ingrata vida del plantador, luchando contra el calor y los mosquitos en espera de un improbable golpe de fortuna, sorbiendo whisky enfriado con hielo, leyendo ejemplares del "Times" de Londres con meses de atraso, y soñando el irrealizable sueño de partir un día u otro en un barco dirigido a Europa.

Por lo que de él se sabía en Port Moresby, último baluarte de las fuerzas aliadas, Martin Clemens podía estar jugando a dobles, pero Eric Feldt, consultado en seguida, dijo que se trataba de un funcionario de distrito, modesto plantador de cocos en Guadalcanal, y que lo conocía lo bastante como para afirmar que era de confianza. Por otra parte, ¿qué era lo que había comunicado Clemens para provocar tanto interés? Feldt fue informado también de que, según Clemens, los japoneses estaban afanándose en Guadalcanal, una isla de ninguna importancia en el archipiélago de las Salomón, el puesto avanzado más meridional del avance nipón. Parecía que los japoneses habían construido allí algunos grandes almacenes y que ahora estaban derribando un gran número de árboles en el borde de la selva a lo largo del litoral norte de la isla. La impresión personal del informador era que los japoneses estaban construyendo un aeródromo.

La información, si era digna de fe, resultaba de gran interés, porque dejaba entender que los japoneses consideraban importante la posesión de las Salomón y se preparaban a aprovechar su posición estratégica. Eric Feldt tranquilizó al Cuartel General sobre su hombre. Clemens, dijo, debía de haber vigilado la guarnición japonesa día tras día, y si finalmente se había decidido a enviar por radio la información, debía de estar seguro del hecho. Pero, ¿cómo fiarse de una información que había llegado de detrás de las líneas japonesas?

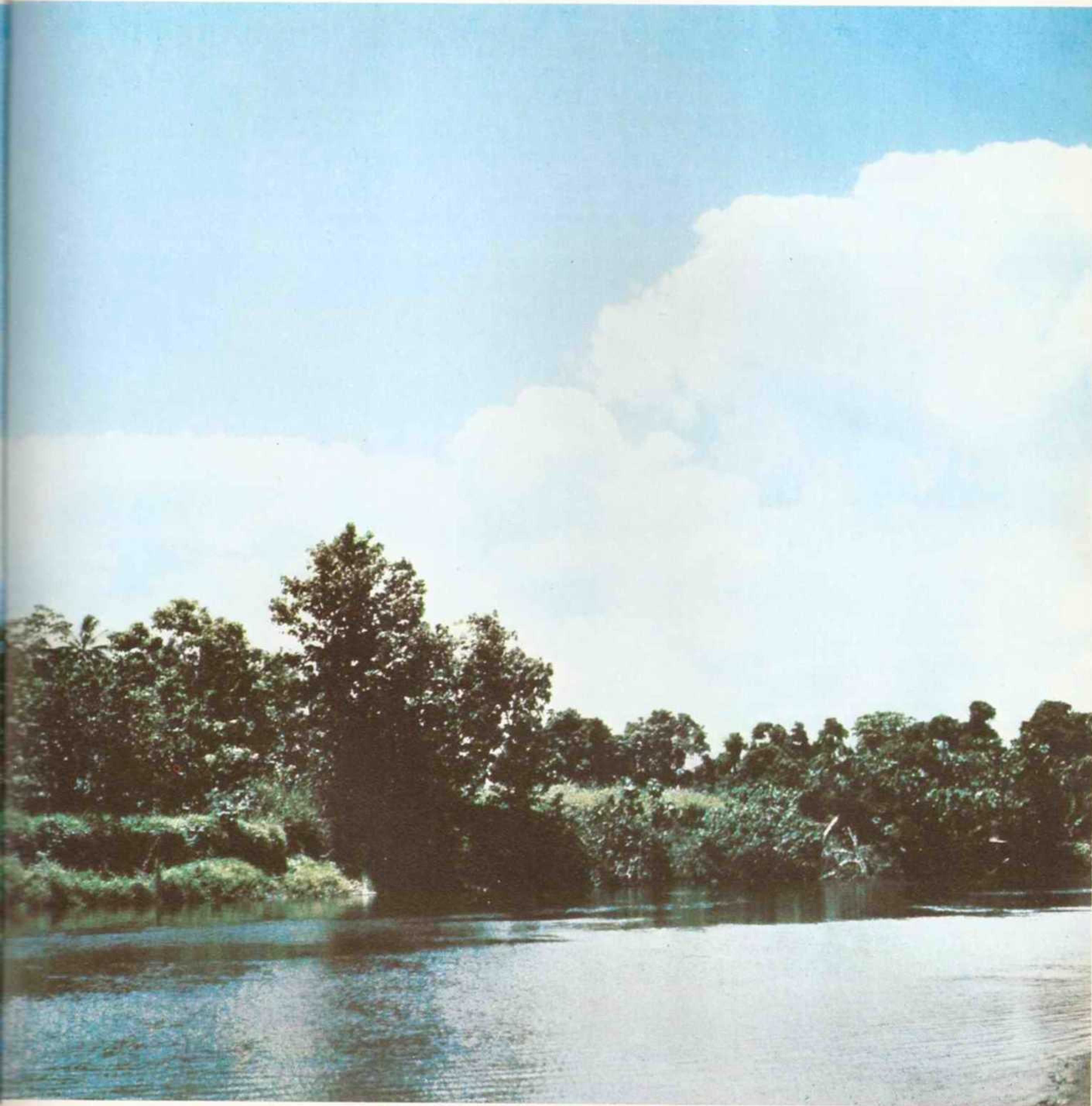
¿Cómo era posible que los japoneses no localizaran pronto los transmisores? Esta vez Feldt había sonreído con indulgencia. Los americanos tenían todavía mucho que aprender sobre el tipo de guerra que les había tocado en suerte. Era impensable que un hombre como Feldt pudiese colaborar con los japoneses, y era impensable que los

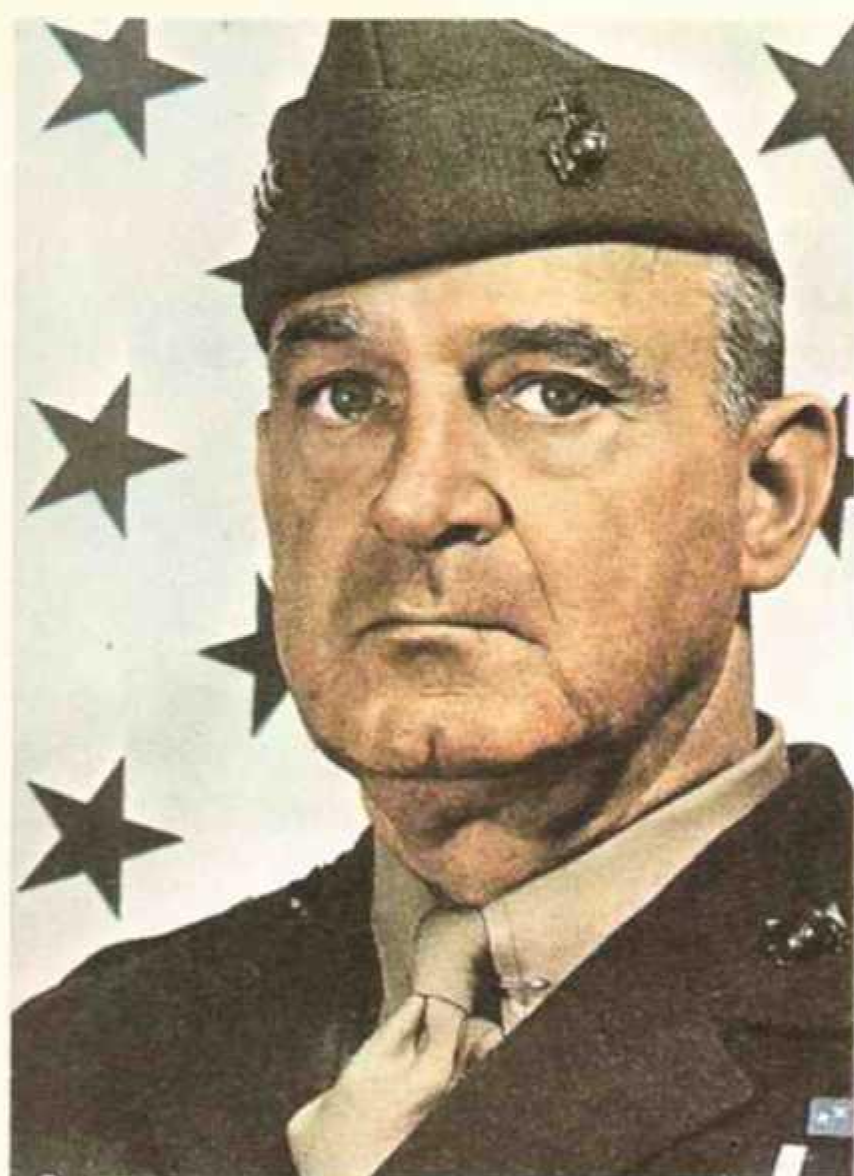


Guadalcanal: este paisaje aparentemente idílico esconde una naturaleza que se reveló extremadamente hostil tanto para los americanos como para los japoneses.

japoneses pudiesen localizar transmisores como el de Clemens, usados sólo esporádicamente. Se debia tener presente, siguió explicando Feldt, que los japoneses debian cuidar un "imperio" inmenso y con frecuencia escasamente habitado. Seguramente Clemens estaria escondido en la cima de un monte, en medio de la jungla, en el corazón de la isla, y probablemente habia dejado el aparato de radio bien escondido por alli...

Desde Port Moresby la información llegó a Australia, y allí el interés fue todavía mayor. Aunque no hiciese falta, los australianos gritaron que una base aérea nipona en Guadalcanal sería como una viga en el ojo para la defensa aliada. ¿Qué era lo que querían hacer los japoneses? ¿Quizá preparaban el salto sucesivo hacia las Hébridas, las Fiji o, peor aún, Nueva Caledonia? ¿Quizá querían de nuevo desencadenar una ofensiva para conquistar Port Moresby y atacar desde alli, resueltamente, la misma Australia? Aunque después de la batalla de Midway estos ambiciosos proyectos enemigos aparecieran un poco excesivos, nadie estaba dispuesto a despreciarlos. Después de todo, la flota de Yamamoto era superior a la aliada. En este estado de ánimo se tomó la decisión de realizar una incursión a las Salomón e impedir a los japoneses construir en Guadalcanal su pista de aterrizaje. De





El general Alexander A. Vandergrift, comandante de los "marines" que desembarcaron en Guadalcanal.

pronto aquel archipiélago olvidado se hacía estratégicamente importante.

Hasta aquel momento, a Guadalcanal no la había oído nombrar prácticamente nadie, también porque quien había puesto el pie en ella había experimentado a su costa la inhospitalidad del clima tropical y húmedo y lo intrincado de su jungla, llena de animales hostiles, de insectos portadores de fiebre y de miasmas insalubles.

Situada al sudeste del archipiélago, la isla mide 148 kilómetros de larga y tiene de ancha en el punto máximo 45 kilómetros. De todo este espacio sólo el cinturón costero es accesible con relativa facilidad, mientras que todo el resto en el interior de la isla estaba cubierto de una vegetación en gran parte todavía virgen, donde quien quisiera abrirse camino debía hacerlo a golpes de machete. Sus habitantes se contaban verdaderamente con los dedos de la mano, ya que también los que iban a trabajar allí preferían vivir en Tulagi, el islote más importante del archipiélago, frente a Guadalcanal. En Tulagi había un poblado que, según la costumbre, era llamado ciudad y que era un poco la capital desde el momento que incluía el palacio del "residente", es decir, quien había sido representante del gobierno australiano antes de la conquista japonesa. En Tulagi había, sobre todo, un excelente fondeadero, y esto había determinado siempre la suerte del islote en comparación con las demás islas.

Para dar una idea de la diferencia entre Tulagi y Guadalcanal, bastará mencionar el hecho de que los japoneses ocuparon las Salomón desembarcando en Tulagi al principio de mayo, y que sólo desembarcaron en Guadalcanal a finales del mes.

Cuando llegaron a Washington las primeras propuestas para una operación sobre Tulagi y Guadalcanal para destruir el aeropuerto en construcción, el nuevo comandante de la marina, almirante Ernest J. King, se opuso con cierta energía. A su parecer, la operación habría llamado la atención del enemigo sobre la zona y habría conseguido sólo un efecto secundario: retrasar en algunas semanas la construcción de la base aérea. Si de verdad se quería obtener un resultado positivo, según King, se debía efectuar un desembarco en gran estilo con el fin explícito de reconquistar las Salomón.

El presidente Roosevelt y el primer ministro Churchill, que en un primer momento no habían sido hostiles al proyecto inicial, expresaron su perplejidad ante la idea de un compromiso tan resuelto, favorecido por las fuerzas armadas sobre el terreno y por el gobierno australiano. Entre otras cosas se temía que King, y con él el mando del Pacífico, de Mac Arthur a Nimitz, intentase poner en marcha una operación en gran estilo capaz de anular en la práctica la disposición de estrategia global ya decidida por los dos hombres de estado cuando habían dispuesto conferir a la guerra en Europa prioridad sobre la del Pacífico. Pero los argumentos aportados por King fueron tan convincentes que el desembarco en Guadalcanal obtuvo la aprobación al máximo nivel. De este modo sucedió que la primera ofensiva americana, contrariamente a las intenciones tan solemnemente expresadas, fue lanzada en el Pacífico, mientras el frente europeo era relegado a segundo plano con gran disgusto de Churchill.

En honor a la verdad, en el momento en que el ejército y la marina elaboraban los planes de la operación, nadie podía prever lo que iba a ocurrir y que la batalla por Guadalcanal duraría más de seis meses y exigiría tan gran derroche de hombres y materiales de una parte y de otra. Ciertamente es posible decir que por parte aliada ninguno habría avalado de salida un proyecto tan costoso. Y probablemente es legítimo dudar de que los japoneses se habrían comportado como se comportaron si hubiesen previsto las consecuencias del caso.

Por parte americana, se pensó en la posibilidad de desembarcar en la playa de Guadalcanal una división de "marines" (la primera) con el apoyo de una pequeña flota, ya que la marina, reducida por los encuentros recientes, no tenía intención de arriesgar sus preciosos portaviones protegiendo un desembarco que no tenía visos de ser muy importante. El ejército se molestó, pero la marina fue inconmovible. Seguiría con los portaviones a la altura de las Salomón sólo por un par de días. Y así lo hizo, a pesar de la insistencia del general Alexander Archer Vandergrift, comandante de los "marines", que habría deseado el apoyo de los portaviones al menos por cinco o seis días, hasta que los materiales hubiesen sido desembarcados del todo. Hay que decir, para aclarar estas discusiones, que entre los aliados por el momento nadie, ni en las tropas de tierra ni en las de mar, había adquirido experiencia en desembarcos, dado que aquel iba a ser el primero. Además, debe tenerse presente que entre las dificultades que hicieron más penosa la realización del proyecto estaba la falta de mapas de aquella zona.

El 7 de agosto de 1942, sin embargo, una imponente flota aliada compuesta por tres cruceros australianos ("Australia", "Canberra" y "Hobart") y dos americanos ("San Juan" y "Chicago") como protección de numerosos transportes de diversa naturaleza y acompañada de un solo grupo de destructores, se asomó al horizonte del litoral norte de Guadalcanal. Al alba los cruceros empezaron a disparar contra las instalaciones de la guarnición japonesa y contra las obras que se estaban haciendo en el campo de aviación. Entre los que fueron despertados con el sobresalto de las explosiones estaba Martin Clemens, que salió de su escondite bien oculto en la jungla y se subió a una altura para ver lo que estaba sucediendo. Comprendió entonces que alguien había recibido sus mensajes y había hecho buen uso de ellos.

Los japoneses, que no eran más de tres mil, fueron sorprendidos durmiendo y pronto se dieron cuenta de que no podían hacer nada para impedir el desembarco de los americanos. Poco después algunas escuadrillas de bombarderos americanos soltaban algunas toneladas de bombas sobre la isla. Eran los aparatos de los portaviones "Saratoga", "Enterprise" y "Wasp", que cruzaban un centenar de millas más al sur, bajo la protección de seis cruceros, dieciséis destructores y el acorazado "North Carolina".

Algunas unidades de "marines" desem-

barcaron en la isla de Tulagi y se apoderaron de ella, aunque después de un nutrido tiroteo. Más fácil pareció, paradójicamente, el primer choque con Guadalcanal, aunque se sabía que el grueso de las fuerzas ocupantes japonesas estaba acuartelado allí. Pero los japoneses habían preferido retirarse a la jungla circundante, inaugurando una táctica frecuentemente seguida desde aquel día: dejar tomar tierra a las tropas de desembarco y atacarlas aun antes de que hubieran podido consolidar la cabeza de playa.

Sin embargo, los japoneses no se esperaban tan gran contingente de desembarco, ni tan masiva colaboración de artillería, autopropulsados, jeeps y carros de combate, de modo que prefirieron quedar agazapados en sus escondrijos tratando de evitar el fuego incesante de los barcos de guerra, cuyos proyectiles rastrillaban la jungla pasando por encima de las naves de desembarco y de los "marines" que trataban de poner pie en la playa.

Apenas la primera columna de infantes de marina pudo formarse, los americanos empezaron a fortificar la cabeza de playa y luego realizaron algunas salidas a la jungla circundante. Pero los japoneses evitaron con cuidado el contacto.

El general Vandergrift supuso que el enemigo había decidido desplegarse en defensa del campo de aviación, que todavía estaba por terminar, y al día siguiente dos columnas de "marines" atacaron con circunspección la pista, pero una vez más descubrieron que los japoneses también la habían abandonado. Entre tanto, las operaciones de desembarco prosiguieron activamente y la noche del 8 de agosto, cuando el trabajo tuvo que ser interrumpido por la oscuridad, todos los hombres —cerca de 10.000— y todos los servicios habían llegado a tierra. Faltaba por descargar sólo una parte del material destinado a garantizar la defensa de la división y a permitirle construir la base aérea que los japoneses habían comenzado.

Fue precisamente aquella noche —la noche entre el 8 y el 9 de agosto— cuando los japoneses hicieron acto de presencia. Y lo hicieron a su manera, sorprendiendo al enemigo donde menos se lo esperaba: en el mar. En realidad era sólo por mar como los japoneses podían reaccionar con alguna posibili-

Dos imágenes del desembarco en Guadalcanal que abrió camino a la reconquista aliada del Pacífico. En la fotografía de abajo, el bombardeo del islote de Tulagi. En la más inferior, las unidades de desembarco de los "marines" se dirigen decididamente hacia la playa.





dad de éxito, y lo hicieron gracias a la osadía y al espíritu de iniciativa de un contralmirante: Gunichi Mikawa, nuevo comandante de la flota nipona con base en Rabaul. Apenas había llegado de Guadalcanal el aviso del imprevisto e inesperado desembarco americano, la mañana del 7 de agosto, Mikawa había izado su insignia en el crucero "Chokai" y había salido con rumbo al sur con la "fuerza de intervención" formada con las unidades disponibles en el momento, es decir, cuatro cruceros pesados —el 'Aoba", el "Kako", el "Kinura" y el "Furukata"— además del "Chokai", dos cruceros ligeros y un destructor. Al tomar el mar con dirección al sur, el contralmirante Mikawa había anunciado al Gran Cuartel General Imperial su decisión de enfrentarse al enemigo en aguas de Guadalcanal. A alguno de los jefes de la flota nipona le pareció que Mikawa era un temerario. Apenas había llegado a Rabaul y ya tomaba la responsabilidad de una operación que en ningún caso parecía corresponder a la marina. En suma, Mikawa tenía todo el aire de arriesgar algunos cruceros en una causa difícilmente defendible, ya que la marina no estaría en disposición de echar por sí sola a los americanos de Guadalcanal. Esto debería realizarlo el ejército...

Se sabía que Mikawa partía sin un plan preciso, con intención de lanzar un ataque en superficie contra los transportes americanos entre Guadalcanal y Tulagi. Se sabía también que con esfuerzo había podido reunir 410 marineros y armarlos lo mejor posible a fin de disponer de una pequeña fuerza que pudiese hacer frente a acontecimientos imprevisibles... En suma, todo lo que se sabía hacía mover la cabeza. No le dijeron que no por la simple razón de que había partido sin esperar respuesta. El único en juzgarle benévolamente fue Yamamoto. El gran almirante estaba perfectamente informado de las dificultades contra las que iba a chocar la escuadra de Mikawa, sabía que sería obligado a forzar una defensa que fácilmente se suponía muy poderosa, y a desafiar una flota muy superior en fuerza y capacidad de fuego, pero esas eran las decisiones que más gustaban a Yamamoto. El gran almirante quiso animar a Mikawa con un mensaje personal y le telegrafió estas palabras: *"Le deseo éxito con su escuadra"*. Luchando con dificultades análogas a las encontradas por los aliados por falta de mapas, Mikawa se aproximó a Guadalcanal recorriendo una ruta lo más a cubierto posible de las islas del archipiélago de modo que se evitara el

Debajo, carros americanos M4A Sherman en acción en la isla de Tulagi, que cayó poco después del ataque.

A la derecha, una imagen de los encuentros entre americanos y japoneses. La resistencia nipona se manifestó con retraso, pero pronto fue desesperada y fanática.

reconocimiento aéreo enemigo. Tenía sólo una esperanza de cierto éxito: la sorpresa. Y además sólo podía contar con una sola posibilidad: atacar de noche, cogiendo desprevenida a la escuadra enemiga.

Aunque pueda parecer increíble, en dos días de navegación algunos hidroaviones americanos sobrevolaron varias veces la escuadra japonesa sin que Mikawa tratase de retrasar la marcha ni esconderse, y sin que nadie entrara en sospechas. La tarde del 8 de agosto la "fuerza de intervención" se aproximó, navegando en línea de fila, al canal al sur de la isla de Savo, uno de los dos puntos obligados para alcanzar el mar de Guadalcanal.

Su plan era simple: sabiendo que el brazo de mar enfrente del lado del desembarco estaba repleto de barcos





americanos, el almirante japonés intentaba irrumpir allí al amparo de las tinieblas y, ayudándose con bengalas lanzadas desde un hidroavión, bombardear al enemigo. Todo esto habría sido posible si, favorecida por la sorpresa, su escuadra hubiese rodeado el lado meridional de la isla de Savo surgiendo luego en torno al septentrional para evitar la eventual persecución. Mikawa no pretendía entablar batalla, ni habría podido hacerlo, sino efectuar simplemente una emboscada. Se trataba de un plan audaz, como es fácil de imaginar, porque era previsible que los aliados estuvieran con los ojos bien abiertos, pero si se lograba la sorpresa el plan podía tener éxito.

En realidad las fuerzas navales aliadas fondeadas en las aguas de Guadalcanal eran bastante superiores a las japonesas, porque se trataba, como se ha dicho, de ocho cruceros pesados —el "Australia", el "Canberra", el "Chicago", el "Vincennes", el "Astoria", el "Quincy", el "San Juan" y el "Hobart"—, además de seis destructores. Bien protegidos detrás se este formidable despliegue, todos los transportes que habían permitido el desembarco a los "marines" continuaban todavía llevando toneladas de material a la playa. El comandante de la fuerza naval aliada, contralmirante Crutchley de la "Royal Australian Navy", parecía relativamente tranquilo por una serie de razones. Los japoneses no habían mostrado particular agresividad hasta ahora y la escuadra parecía bastante segura, porque al sur la ruta estaba cerrada a eventuales irrupciones enemigas por los portaviones, y al noroeste, en torno a los dos canales que rodean la isla de Savo, hacían la guardia dos destructores, el "Blue" y el "Ralph Talbot", equipados con las más avanzadas instalaciones de radar que los hacía capaces de ver en la oscuridad.

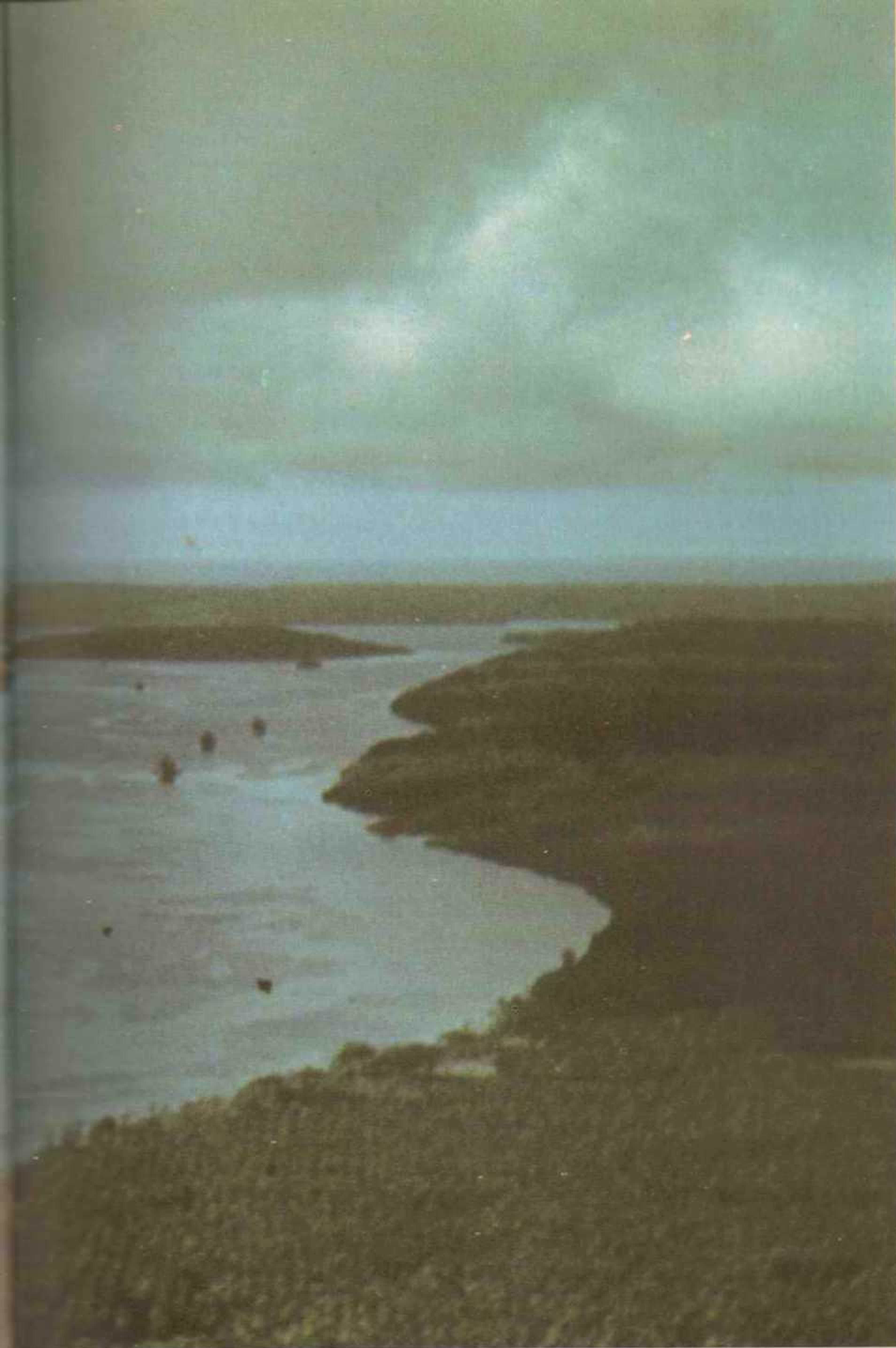
La larga noche en las aguas de Savo

Todo, en suma, parecía confirmar la razón de las aprensiones del alto mando japonés sobre la temeridad de los propósitos de Mikawa, aunque el almirante nipón seguía su ruta sin retrasos ni modificaciones, absolutamente seguro de su buena estrella.

Sabía, naturalmente, que tenía en su ventaja un detalle no despreciable: el entrenamiento de los marinos japoneses en la navegación nocturna, superior ciertamente, en distancias cortas, a las mismas prestaciones del radar modelo SC, es decir, del tipo montado en los dos destructores aliados. Hace años que la marina japonesa habituaba a sus hombres —marineros y oficiales— a



la navegación nocturna, y lo hacía con sistemas muy simples y primordiales, adiestrándoles a contar el mayor número de estrellas posibles en un determinado cuadrante celeste. Se puede decir que hacía mucho que éste se había convertido en frecuente pasatiempo de los marinos japoneses en las largas horas nocturnas antes de acostarse. Mikawa se preparaba ahora a sacar ventaja de este previsor aprendizaje.
Cuando estuvo próximo a la meta, el almirante japonés hizo despegar cinco hidroaviones para que dieran un vistazo entre Guadalcanal y Tulagi antes de que se pusiese el sol; aunque los antiaéreos aliados reaccionaron violentamente ante su aparición, los observadores fueron capaces de tranquilizar a Mikawa; había abundante "caza" para que valiese la pena intentar una incursión. Las últimas órdenes fueron cursadas con las señales ópticas para no romper el silencio de la radio, y al final Mikawa hizo alzar el vuelo a dos hidroaviones para un último control antes de dar luz verde al raid nocturno. Estos confirmaron que la situación era idéntica a la de antes; los aliados parecían sentirse seguros.
En realidad en aquellas mismas horas los aliados estaban atormentados de dudas. Demasiadas indicaciones hacían comprender que la que estaban viviendo era una tregua llena de incógnitas. Pero vino a tranquilizarles una consideración; los aviones de reconocimiento habían tamizado el mar en todo el entorno y parecía que todo estaba de verdad tranquilo. Esta constatación no tenía en cuenta el hecho de que navegando a lo largo del "Shot" (el canal interno del archipiélago), la flota de Mikawa había efectuado una inversión de ruta que le había consentido recorrer



Otra engañosa imagen del paraíso terrestre de las islas Salomón. Las condiciones en las cuales se encontraron combatiendo los mismos japoneses fueron tan duras, que la mortalidad por causas ajenas a la guerra fue altísima.

una parte de su camino en un brazo de mar ya inspeccionado anteriormente por los aliados, que ahora lo suponían desierto.
Probablemente, para preocupar todavía más a los oficiales aliados, intervino otro detalle: el anuncio de que la escuadra de portaviones de Fletcher se disponía a dejar las aguas de las Salomón, que consideraban demasiado peligrosas. Aunque Crutchley considerase indiscutible esta decisión, no había duda de que no eran sólo los "marines" desembarcados los que se quedaban sin protección aérea... Ahora, para proteger la todavía exigua y débil cabeza de playa de Guadalcanal quedaban sólo los cruceros del almirante Crutchley.
Una circunstancia posterior intervino para "distraer" a los aliados: mientras Mikawa se aproximaba a Savo, el almirante Crutchley debía abandonar su puesto para participar en una reunión con el general Vandergrift y con el almirante Turner a fin de elaborar las nuevas medidas necesarias a continuación de la partida de los portaviones. Crutchley se alejó con el "Australia", dejando el mando del crucero al capitán de navío Bode, comandante del "Chicago". Pero ya que el almirante habría vuelto para la media noche, Bode prefirió no moverse y no llevó su crucero al extremo de la fila, así que la disposición nocturna predispuesta para defensa de la escuadra se encontró incompleta en el momento decisivo.
Hacia medianoche la línea de fila japonesa estaba ya próxima a la isla de Savo, mientras los vigías del "Chokai" —el crucero de cabeza— escrutaban la oscuridad de la noche. Pronto fue avistado el "Blue", uno de los dos destructores aliados encargados de repasar la embocadura del canal. Esperaron a que se encontrase en el punto más alejado de su monótono e ininterrumpido cruzar, y entonces Mikawa dio a la escuadra la orden de avanzar. Más o menos en aquel momento el almirante Crutchley, terminada la conferencia, volvía al "Australia" pero decidía quedarse donde se encontraba, al oeste de los transportes, sin regresar a la escuadra de cruceros. La hora era tardía, todos estaban cansados, y la maniobra habría movilizado a mucha gente. Crutchley pensó que todo podía dejarse para el día siguiente.
Era verdaderamente una noche oscura y el mal tiempo la hacía aún más tenebrosa. Poco después de la una, mientras la escuadra japonesa estaba ya en posición de tiro y los americanos empezaban a tener la sensación de que alguna cosa iba a suceder, cayó también un aguacero. Como escribe un historiador francés, *"en las naves japonesas centenares de ojos escrutaban la noche y enviaban información al puente de mando"*. Finalmente fueron avistadas en lontananza las siluetas negras de los cruceros "Chicago" y "Canberra", y Mikawa ordenó lanzar torpedos. Era la 1,38. Siete minutos después el "Canberra" pareció saltar en el aire. Pronto dos aviones japoneses de reconocimiento lanzaron bengalas, y bajo una lívida luz el "Canberra" recibió una salva de proyectiles. Aparatosamente escorado hacia la derecha, el crucero australiano se detuvo; las altas llamas atraían torpedos y granadas, mientras por toda aquella balsa de agua

—bruscamente despertada— las tripulaciones americanas parecían enloquecidas. No se conseguía entender qué estaba pasando, ni dónde se encontraba el enemigo que seguía escondido dentro de la zona oscura.
El "Chicago" tuvo la suerte de descubrir a tiempo, a la luz de las bengalas, las estelas de algunos torpedos. Con excepcional prontitud su comandante logró esquivarlos, pero no tuvo mucho tiempo para alegrarse porque a la 1,47, un minuto después, un nuevo torpedo embistió de lleno la proa del crucero abriendo una enorme vía de agua. Pronto el "Chicago" se vio obligado a dejar de combatir, mientras la terrible línea de fila de Mikawa continuaba su camino.
La nave almirante japonesa lanzó otros cinco torpedos apenas sus vigías descubrieron la oscura sombra del "Astoria" y poco después empezó a disparar. Fue suficiente que una sola salva diese en el blanco para que el "Astoria" se convirtiese en una verdadera antorcha, y por eso en un magnífico objetivo. Pronto disparaban todas las naves japonesas contra el crucero en llamas, y el "Astoria" quedó inmovilizado. Pero antes de dejar de disparar consiguió acertar al "Chokai". Teniendo en cuenta las condiciones en que se encontraba el crucero americano, este blanco fue un golpe excelente. En el estado de confusión que se había formado en aquellos pocos minutos, no pocos cruceros aliados fueron convencidos de cesar el fuego porque temían alcanzar unidades amigas.
El "Quincy", para evitar este riesgo, se hizo alcanzar por una salva del crucero "Aoba". También en este caso fue suficiente un solo impacto para provocar un incendio que transformó al crucero en un extraordinario blanco para todas las unidades enemigas. El "Quincy" fue el primer crucero aliado en hundirse a las 2,35. El segundo que se fue a pique fue el "Vincennes", un cuarto de hora después. El "Vincennes" había intentado animosamente defenderse pero también había corrido la misma suerte que los otros. Tocado se había convertido en un blanco sobre el que todos habían hecho converger proyectiles y torpedos.
Mientras el "Astoria" estaba inexorablemente consumiéndose en una hoguera, el almirante Mikawa ordenó a la escuadra japonesa que se replegara y alejara. Nadie entendió la razón que había inducido a Mikawa a tanta prudencia tras haber demostrado tanta agresividad, aunque en el camino de vuelta los japoneses alcanzaron también al destructor "Ralph Talbot".
Los historiadores americanos han tratado de explicar la actitud de Mikawa, pero ninguno parece proporcionar una respuesta satisfactoria. Pudo ocurrir que el almirante japonés se preocupara por las averías causadas el "Chokai" pero esto parece improbable porque eran irreparables. Mayor peso podría tener la consideración de que los portaviones americanos no tardarían en intervenir contra ellos si se hubiesen entretenido aún en los parajes de Guadalcanal. El hecho de que los portaviones hubieran ya partido hacia algunas

CRUCERO PESADO "CHOKAI"

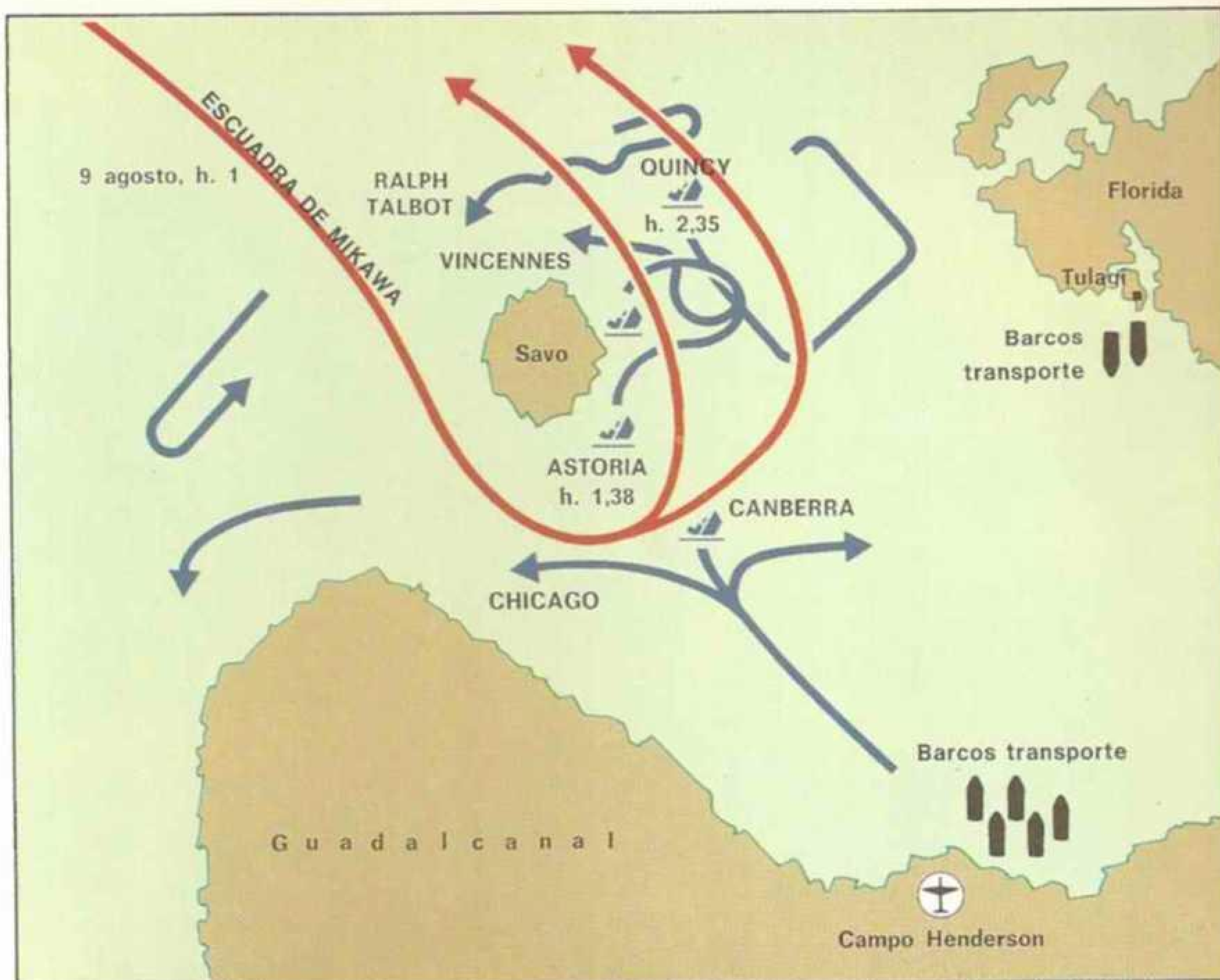
Botado en los astilleros Mitsubishi, de Nagasaki, el 5 de abril de 1931.

Dimensiones	203,76 m. × 18,69 × 6,1
Desplazamiento	13.160 t.
Motores	4 hélices; turbinas de vapor con reductor de engranajes; 12 calderas Kampon de nafta
Velocidad máx.	35,50 nudos
Autonomía	30.000 km. a 14 nudos



En la Marina Imperial japonesa, desde los gloriosos años del almirante Togo, que la había llevado a la victoria en Tsushima, estaba de moda un sistema sencillo, pero al parecer eficaz, de mantener aguzada la vista de los artilleros apuntadores para la eventualidad de un combate nocturno. Se trataba de subir a cubierta de noche, con la nave completamente oscurecida, y contar el mayor número posible de estrellas. Podría parecer un sistema tan rudimentario como ingenuo, pero no lo pensaron así los marineros americanos que en la noche del 7 al 8 de agosto de 1942 vieron venírseles encima como un monstruo marino la escuadra de cruceros del almirante Gunichi Kurita. Disparando como enloquecidos, los barcos japoneses pasaron por en medio de los americanos hundiendo cuatro cruceros y averiando al quinto después de diez minutos. El barco insignia era el crucero pesado "Chokai", una nave no muy reciente porque tenía ya

La incursión nocturna de la escuadra japonesa del almirante Mikawa cerca de la isla de Savo, que terminó en desastre para los americanos.



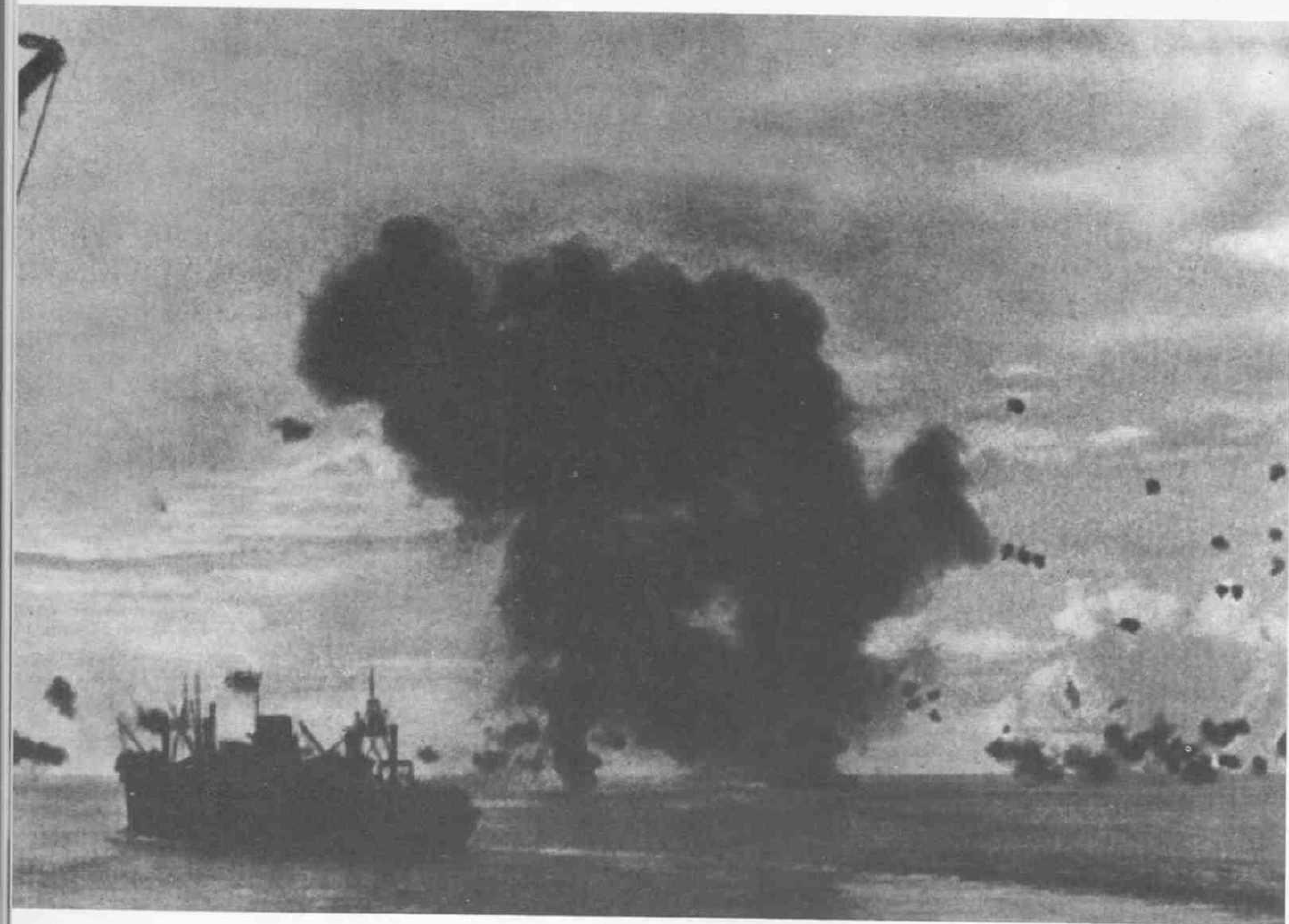
horas no tenía importancia, porque Mikawa no podía saberlo.
El silencio cayó nuevamente sobre un mar negro como la pez, punteado aquí y allá por los siniestros resplandores de los incendios y por algunas explosiones. Las fuerzas aliadas tardaron en creer que el enemigo se hubiese alejado, y durante un poco de tiempo algunas unidades siguieron disparando contra las sombras, dando a entender el estado de confusión al que habían llegado los comandantes.
Hasta el alba no se pudo hacer el balance de la trágica noche. De la fuerte escuadra del almirante Crutchley quedaba bien poco, y una parte de ese poco estaba reducida al estado de chatarra. El "Canberra" tuvo que ser abandonado por la tripulación y, tras



Coraza	102 mm. en la línea de flotación; 76-102 (sobre los depósitos) en cubierta; 76 torres de los cañones
Armamento	10 cañones de 203/50 (5 × 2) 4 cañones de 120/50 (4 × 1) aa 12 ametralladoras de 25 aa (1) 8 tubos lanzatorpedos de 610 mm. (4 × 2) 2 aviones × 2 catapultas
Tripulación	773

(1) Aumentadas a 66 en los trabajos efectuados en 1944

once años, pero que imponía respeto. De línea baja y veloz, tenía a proa tres torres dobles de 203, emplazadas con la torre central más elevada, lo que permitía una notable concentración y precisión de fuego. El armamento antiaéreo, inicialmente de potencia normal, llegó en 1944 a cuatro cañones de 160 y 66 ametralladoras de 25 mm. Una coraza aceptable, buena velocidad y gran autonomía, la convertían sin duda en una buena unidad. Las acciones principales en que tomó parte fueron: la fallida invasión de Midway, con el grupo de cruceros pesados de la escuadra principal del almirante Kondo; la serie de batallas por Guadalcanal, como insignia de la escuadra Kurita, y, finalmente, las batallas del golfo de Leyte, donde, tras haber salido indemne de las batallas de Sibuyan y de Surigao, fue hundido por los aviones de los portaviones americanos en el encuentro de la isla de Samar, la mañana del 25 de octubre de 1944.



Así apareció el mar ante Guadalcanal al alba del 9 de agosto, después de la audaz incursión de la escuadra del almirante Mikawa.

En la página contigua, "marines" americanos se preparan a cruzar un curso de agua para efectuar un golpe de mano contra una avanzada japonesa.

algunas tentativas de salvarlo, no hubo más remedio que darle el golpe de gracia. Hubo esperanzas de poder remolcar el "Astoria" hasta un dique seco, pero de improviso las llamas se reavivaron con el viento a favor, y ante la consternación de sus socorredores el agua volvió a irrumpir por los agujeros provisionalmente taponados. La nave se ladeó y hubo que abandonarla justo a tiempo antes de que diera la vuelta. Un cuarto de hora después del mediodía se fue a pique.

El hundimiento del "Canberra" y del "Astoria" (unidos al del "Vincennes" y del "Quincy") subió a cuatro el número de los cruceros pesados aliados perdidos en el curso de la batalla naval de Savo. Además, los aliados lamentaban gravísimos daños sufridos por el crucero "Chicago" y dos destructores, el "Ralph Talbot" y el "Patterson". El balance total de las pérdidas humanas fue igualmente grave para los aliados, que tuvieron más de mil muertos y de setecientos heridos, contra los veinticuatro muertos y los cinco heridos sufridos por la escuadra japonesa.

El retorno de la escuadra japonesa a la base de Rabaul fue verdaderamente triunfal, aunque de camino Mikawa hubiera perdido el 10 de agosto al crucero "Kako", torpedeado por un submarino americano. El almirante japonés había logrado un éxito extraordinario y fulgurante que había humillado a la flota aliada y había puesto en evidencia su impreparación e improvisación. Sin duda, el mensaje de felicitación que Yamamoto hizo llegar a Mikawa estaba más que justificado, aunque no todo en la empresa japonesa podía ser considerado positivamente. La pérdida del "Kako", por ejemplo, que se había hundido en pocos minutos después de haber recibido tres torpedos en un costado, había hecho subir la cota de pérdidas humanas a cincuenta y ocho muertos y cincuenta y tres heridos. Pero según el parecer del Estado Mayor aliado, la misión de Mikawa había sufrido un fracaso total, porque inicialmente su objetivo principal debería haber sido hundir los transportes para obligar a los americanos a desalojar Guadalcanal. Ni siquiera uno de esos transportes había sido dañado.

Pero a este propósito los mismos aliados se arriesgaron en cierto modo a favorecer las esperanzas japonesas, porque fue tal la aprensión que la emboscada de Mikawa sembró en la marina aliada que los barcos de Guadalcanal prefirieron ponerse a salvo abandonando aquellas aguas inseguras. Los diez mil "marines" fueron así dejados solos en la playa de Guadalcanal, y su comandante, el general Vandergrift, pasó



algunos días verdaderamente aterrado. Pero los japoneses no fueron capaces de aprovecharse de la situación. En Washington se ordenó una encuesta para profundizar en las razones de lo sucedido, y la dolorosa noche de Savo fue dolorosamente reconstruida minuto a minuto, amargamente discutida, y recordada, como escribió un historiador americano, "con rencor y vergüenza". No hubo sanciones, pero algunos oficiales salieron malparados. El capitán de navío Bode, que había mandado el "Chicago" y tenía el mando en ausencia de Crutchley, prefirió suicidarse para no sobrevivir a la vergüenza.

Los japoneses intentan la reconquista

Hasta el 18 de agosto no intentó el ejército japonés reconquistar Guadalcanal. En honor a la verdad, el alto mando japonés no parece haber otorgado nunca una extraordinaria importancia a las Salomón, y al aeródromo en construcción en Guadalcanal, ya que en este caso, sin duda, en lugar de dar largas a los trabajos de construcción de la pista, habrían sido acelerados al máximo. Pero la iniciativa aliada pareció haber provocado una reacción irresistible, llamando la atención nipona sobre aquel perdido rincón del mundo. A esto se añade una consideración de orden psicológico: el desembarco en la playa de Guadalcanal es el primer intento aliado de cerrar el paso a un ejército que lleva ocho meses avanzando en una ofensiva incesante e irresistible. La decisión americana de desembarcar es considerada inmediatamente como lo que es: la señal peligrosa y sintomática de que la guerra ha llegado al punto de transición y que los aliados tienen intención de reaccionar. Es indispensable hacerles comprender que el Japón piensa de otra manera.

Para la mentalidad japonesa es inadmisible admitir que los americanos sean los más fuertes. Los boletines de guerra nipones explican hace tiempo que los americanos son constantemente superados y que la potencia de los Estados Unidos ha sido destruida junto con su flota. Los soldados japoneses se han convencido de que nadie está en situación de combatir como ellos y que los americanos y los ingleses (los blancos, en suma) son incapaces de morir por el Emperador. Y esto por una razón muy sencilla: porque son unos depravados y unos cobardes.

Esto tiene un efecto singular. Consiente al Estado Mayor imperial "cargar" a los soldados, pero a la vez induce un poco a todos, fatalmente, a subestimar al enemigo. Así todo acabará en que terminarán creyendo los "slogans" de la propaganda de un modo incluso fanático.

Naturalmente, pronto reflexionarán todos, pero la primera vez, ante el episodio de Guadalcanal, se manifiesta el error, y es de consecuencias desastrosas. El Alto Mando nipón considera que será relativamente posible desalojar a los pocos americanos desembarcados en Gudalcanal mediante pocos japoneses bien adiestrados. Este error de valoración está en la base de una tragedia que se alargará durante lentos meses y transformará Guadalcanal en un infierno, uno de los más tremendos de toda la guerra.

Mientras los "marines", dejados solos y sin protección durante algunos días, trabajan furiosamente fortificando la cabeza de playa y acabando la pista de aterrizaje, rebautizada Campo Henderson, un regimiento japonés va a ser desembarcado en Guadalcanal para atacar a los americanos. Claramente el Alto Mando nipón ha subestimado al anemigo. Piensa que en Guadalcanal no habrá más de 2.000 americanos.

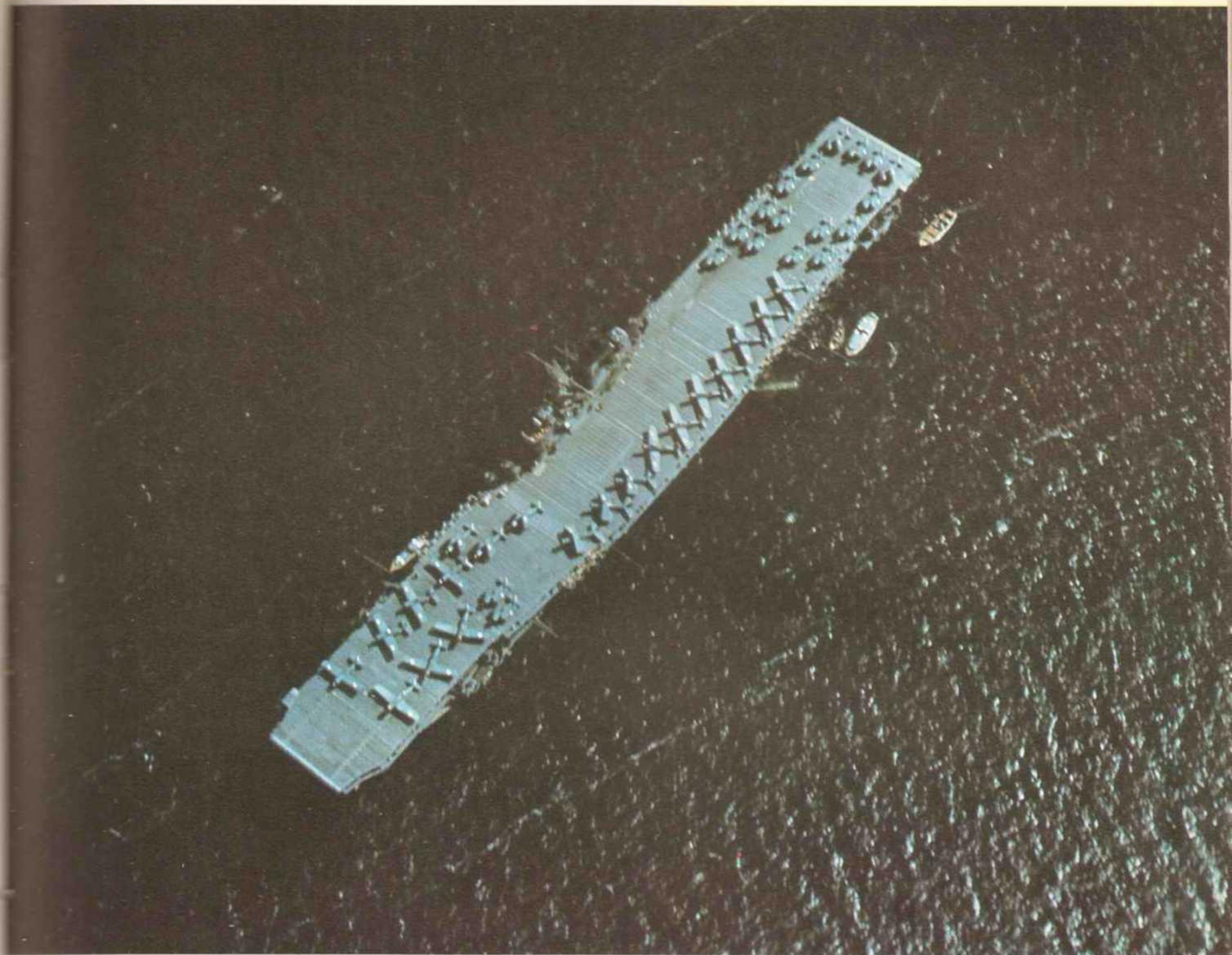
A la cabeza de los japoneses ha sido puesto un hombre de gran experiencia y notable capacidad, el coronel Kiyono Ichiki, un verdadero profesional de la guerra, que ha empezado a combatir hace ya diez años contra los nacionalistas chinos. Es un típico exponente de la oficialidad nipona: obstinado y fanático, convencido de la superioridad del combatiente japonés sobre el americano. Esto mismo contribuirá a hacer caer la balanza en su favor. Los americanos no dan señales de haberse enterado del secreto desembarco japonés, pero el general Vandergrift sabe que debe esperar un golpe de mano por parte enemiga y obliga a sus "marines" a tener los ojos bien abiertos. Además, el 20 de agosto aterrizan en la pista de Henderson los primeros aparatos de la base aérea de Guadalcanal, y esto sirve para reanimar algo a los americanos, que de ese modo no se sienten tan aislados del mundo. Se trata de 19 "Wildcat" y una docena de "Dauntless". Poca cosa, pero para empezar no está mal.

Pocas horas después los hombres de Ichiki dan señales de vida. En el corazón de la noche un intenso fuego de mortero llega a las líneas americanas: los "marines", que están alerta, reciben al enemigo disparando furiosamente con las ametralladoras. A pesar de todo los japoneses continúan avanzan-

Abajo, una patrulla americana avanza cautelosamente apoyada por un carro de combate.

A la derecha, el portaviones americano "Wasp", de 14.700 toneladas. Sobre la cubierta de vuelo están desplegados 38 de los 84 aviones que era capaz de transportar.





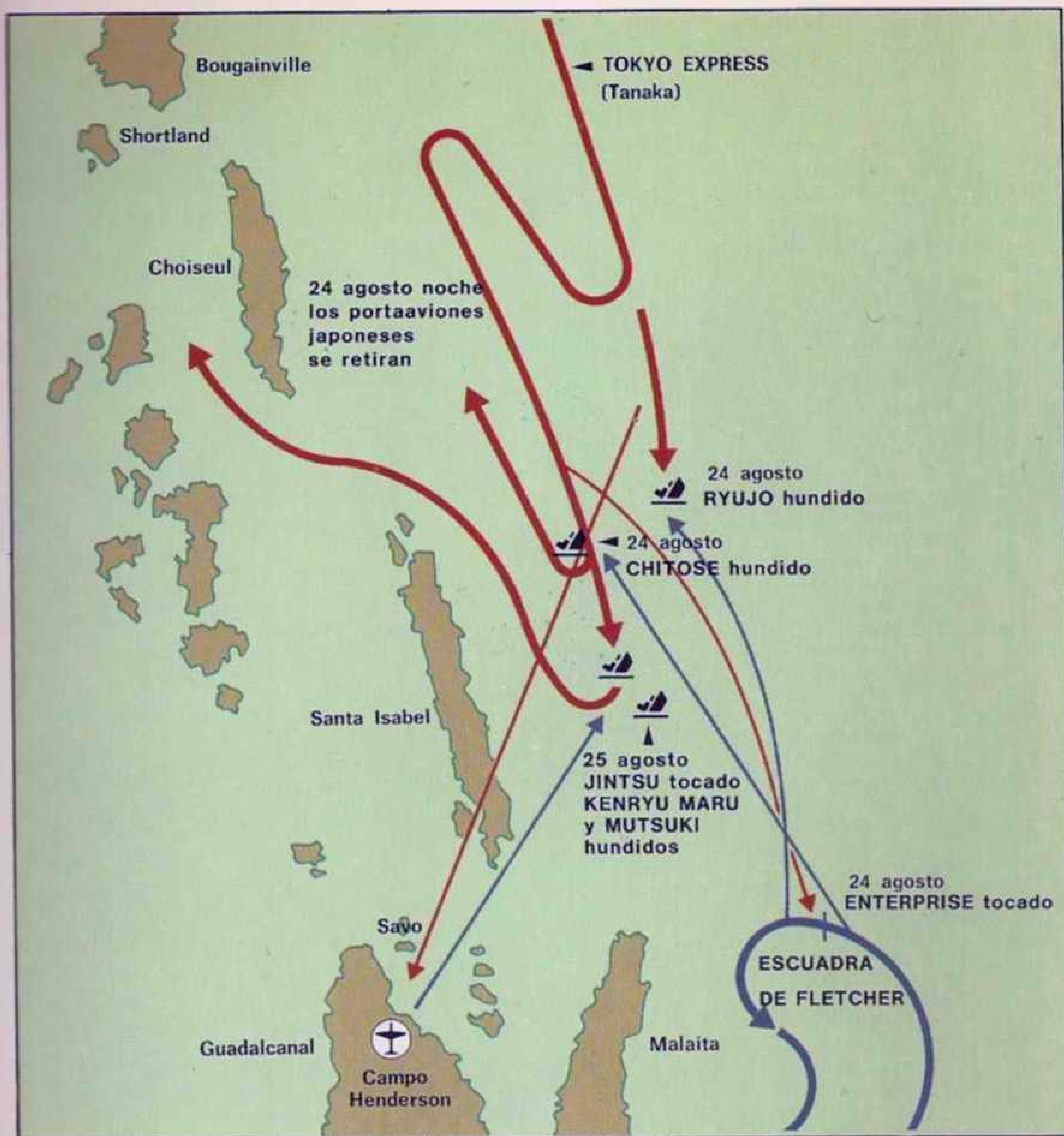
do, muchas veces pasando por encima de sus mismos muertos, hasta que tratan de romper el despliegue americano lanzándose contra las líneas de los "marines" con la bayoneta calada. Dos ataques a la bayonete son rechazados con graves pérdidas para el enemigo, y luego —al alba— el general Vandergrift lanza uno de sus batallones de reserva sobre el flanco enemigo, mientras los aviones del Campo Henderson martillean sin reposo a los hombres de Ichiki.

Hasta que el cerco se completa no deciden los americanos interrumpir el bombardeo aéreo. Vandergrift manda entonces contra los japoneses sus pequeños carros de combate tácticos. A pesar de la carnicería, los japoneses continúan luchando. Los americanos no han visto nunca nada igual, ni han oído hablar nunca de semejante modo de combatir. En el informe que el general Vandergrift envía a la base en los días siguientes se leen palabras como estas: *"Los heridos esperan que se acerquen nuestros hombres y luego se hacen volar por el aire junto con los nuestros mediante una bomba de mano".*

Al anochecer termina la matanza y sólo pocos hombres (algunas docenas) huyen a la jungla con el coronel Ichiki, quien se suicidará pocos días después. Los "marines" se enjugan el sudor y luego reconstruyen las defensas en torno al Campo Henderson. Han comprendido por su cuenta que los japoneses volverán pronto, y en mayor número, decididos a recuperar la base. Saben que de noche su marina puede acercarse impunemente a llevar refuerzos a Guadalcanal. Están tan convencidos que han dado incluso un nombre al "servicio" nocturno entre Rabaul y Guadalcanal: el "Tokyo Express".

El "Enterprise", a punto de hundirse

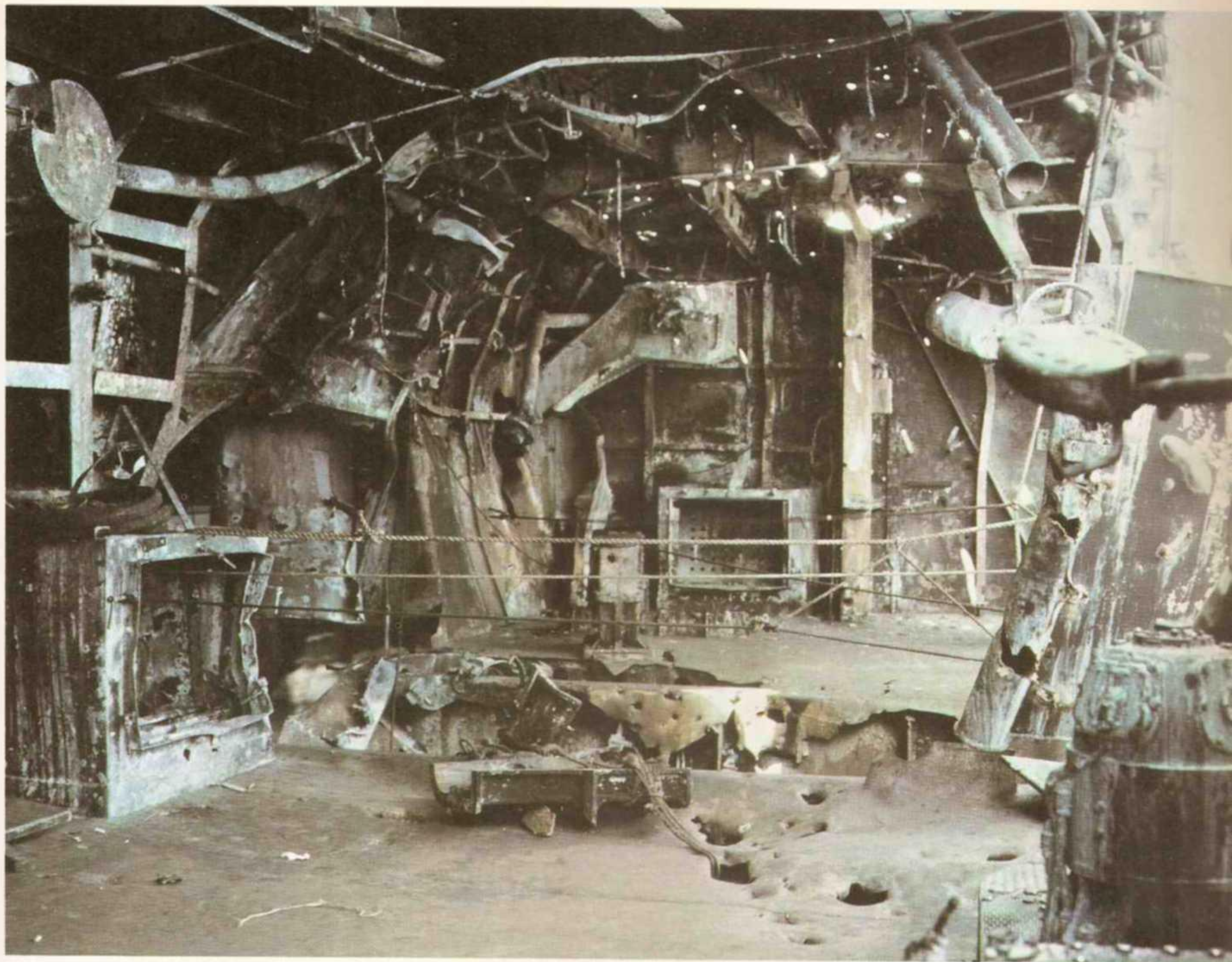
Mas por una sola vez los japoneses deciden sustituir el "Tokyo Express" por una escuadra naval en toda regla destinada oficialmente a escoltar una brigada, a las órdenes del general Kawaguchi, pero con la secreta esperanza de atraer a la flota americana a una emboscada. El plan, como de costumbre, era complicado y lleno de trampas. Los transportes y otros barcos serían escoltados por el portaviones ligero "Ryujo", destinado a servir de cebo. Yamamoto no dudaba de que los aliados se moverían para enfrentarse a esta escuadra y entonces él se habría sacado el as de la manga: habría atacado



al enemigo con los aparatos de los grandes portaviones "Shokaku" y "Zuikaku", hechos llegar mientras tanto al norte de las Salomón.

Como de costumbre, los americanos se enteraron a tiempo de estos planes y reclamaron hacia el lugar a sus tres portaviones, es decir, el "Enterprise", el "Saratoga" y el "Wasp".

La mañana del 24 de agosto de 1942 los observadores aéreos del almirante Fletcher avistaron al "Ryujo", como habían esperado los japoneses, en el preciso momento en que sus aparatos estaban despegando para bombardear la pista de Guadalcanal. Desde el "Enterprise" y el "Saratoga" los bombarderos tomaron en seguida el vuelo para atacarlo. Casi lo habían alcanzado cuando Fletcher se dio cuenta de que habían mandado sus aviones contra un blanco secundario. Los observadores le comunican haber localizado a dos grandes portaviones. El comandante americano sólo podía hacer una cosa: enviar contra los grandes portaviones japoneses los pocos aparatos que le quedaban. No podía utilizar los del "Wasp" porque lo había enviado a más de trescientos kilómetros al norte para repostar combustible. Las patrullas aéreas atacaron valerosamente al "Shokaku", pero naturalmente tuvieron escaso éxito. Esto aguó un poco a los americanos la satisfacción por las noticias provenientes de las escuadrillas que ha-



bían atacado el "Ryujo", según las cuales la unidad enemiga había sido echada a pique.
Fletcher tenía también otro grave motivo de preocupación: esperaba con inquietud que de un momento a otro el radar le señalase la llegada de los aparatos enemigos. El observador aéreo que había avistado los dos grandes portaviones había dicho que sus aviones habían despegado ya. El almirante americano situaba todas sus esperanzas en la patrulla de cazas "Wildcat", que prudentemente se había dejado a bordo, y en las potentes baterías antiaéreas del acorazado "North Carolina". Como era fácilmente previsible, numerosos aviones atacantes lograron pasar la barrera, y desde algunos "Val" fueron lanzadas bombas que acertaron de lleno al "Enterprise". La gran nave pareció a punto de saltar por los aires, pero sus hombres lograron ponerla en movimiento y salvarla.

La batalla terminó aquí, pero tuvo una continuación al día siguiente. Aunque se habían quedado sin la escolta del "Ryujo", los destructores y el transporte de tropas, destinado a conducir los refuerzos a Guadalcanal, y las otras naves de carga, continuaron su rumbo. Los aviones que despegaron del Campo Henderson lograron localizarlos y los atacaron. Después de que el transporte de tropas —acertado de lleno por las bombas— fue echado a pique, los japoneses terminaron por volverse atrás.
Era el 25 de agosto y ya Guadalcanal estaba costando a entrambos contendientes un precio demasiado alto. Los japoneses concluyeron que era absolutamente necesario desalojar a los americanos de la isla y que para enviar tropas a Guadalcanal sería más provechoso volver a los furtivos viajes nocturnos del llamado "Tokyo Express". Finalmente un contingente de tropas fue desembarcado en la otra parte de Guadalcanal, en el litoral del sur. A su cabeza estaba uno de los hombres que habían acusado de poco interés al difunto coronel Ichiki: el general Kawaguchi. Este se puso resueltamente a la cabeza de los hombres para atravesar la jungla de Guadalcanal y tomar por

En la página anterior, arriba, el gráfico ilustra el rumbo de las naves y los aviones que participaron en el encuentro de las Salomón orientales el 24 y 25 de agosto de 1942.

Abajo, el fuego antiaéreo de barrera de las baterías del portaviones americano "Enterprise".

Arriba, una visión de las instalaciones del portaviones "Enterprise" devastadas por las bombas de los "Val" japoneses.

"CORONEL, EN GUADARUKANARU TAMBIEN SE MUERE DE HAMBRE"

A primera vista, Gen Nishino no parecía tener nada que lo hiciese distinto, a los ojos de un occidental, de millones de otros japoneses; flaco, de aire frágil, con ojos móviles y corteses, lampiño y con tendencia a no ponerse nunca en evidencia. Apenas tenía 1,50 m. de alto y eso parecía basar su carácter. A los treinta y siete años, sin embargo, Nishino no era ninguna nulidad. Era el más conocido y apreciado de los periodistas de su país, y trabajaba como enviado especial y corresponsal de guerra para el diario más difundido y prestigioso del país, el "Mainichi".

El día que el director le había encargado seguir las fases del avance japonés en el Pacífico, Nishino se vio confiado un rollo de billetes que habría estorbado a cualquiera que se viese obligado a viajar llevándolo en el bolsillo, ya que se trataba del equivalente de 25.000 dólares (¡de 1941!). Ante su estupefacción, el director le había dicho: "Sabes que tendrás que viajar mucho, porque nuestras tropas llegarán lejos". *Después le entregó un amuleto y le dijo:* "No te dejes matar". *Con este encargo Nishino había salido de Tokio vestido de oficial, con una máquina de escribir portátil y una cartera tan llena que era otro estorbo. Pronto se encontró formando parte de un grupo de ocho periodistas que, como él, eran enviados a las Filipinas.*

Hacer de corresponsal de guerra agradaba a Nishino. Era un poco como volver a los primeros tiempos de la profesión y de la vida de soltero. Y además no había que esforzarse mucho para encontrar los temas de los artículos, porque siempre había incluso demasiados, aunque la censura militar fuera un poco obtusa. Lo que los generales pedían a los periodistas japoneses —y quizá pasaba también en otros frentes, se consolaba Nishino— era escribir que los soldados estaban contentos de morir por la patria y seguros de la inevitable victoria final. Pero a Nishino le sucedió una cosa singular. Después de haber estado en Mindanao y luego en Davao, se había encontrado por muchas islas del Pacífico, de las que casi era difícil recordar el nombre, dirigido hacia un lugar al que nunca había llegado, la Nueva Caledonia. Estaba claro que el proyecto del Estado Mayor era llevar a los periodistas hasta Australia apenas hubiera sido posible. Pero mientras tanto había pasado algo en aguas de Midway, al norte, mucho más al norte.

Las noticias oficiales procedentes de Midway eran extraordinariamente optimistas. Los periódicos hablaban de las grandes pérdidas americanas. Nishino sabía por experiencia que sobre las pérdidas japonesas los periodistas tenían que ser mucho más cautos, porque los Estados Mayores nunca proporcionaban noticias. Una duda atroz se insinuó en la mente de Nishino, aunque todos a su alrededor festejaran la gran victoria. Una duda que fue acentuada por la interferencia de un programa de radio emitido por una estación de San Francisco en el que se daba de la gran batalla aeronaval una versión que, si confirmaba las pérdidas americanas, indicaba también las de los japoneses, que sin duda eran gravísimas. Esto quería decir que Yamamoto había sido derrotado y que el Japón no era tan fuerte como se decía. Un par de meses después, Nishino y sus colegas fueron embarcados y llevados a un destino desconocido, la isla de Guadarukanaru, donde habían desembarcado los americanos desalojando a los japoneses. La isla habría sido reconquistada y los periodistas tendrían abundante material para escribir. Nishino, como sus colegas, se apresuró a buscar la isla en un atlas, y después de paciente búsqueda descubrió que se trataba de Guadalcanal, un punto perdido en el archipiélago de las Salomóm. ¿Sería el siguiente episodio en la larga pero gloriosa marcha hacia Australia?

Algunos meses después, cuando Nishino consiguió embarcar de nuevo para salir de Guadalcanal, ni su misma madre lo habría reconocido; reducido a piel y huesos, y consumido por la malaria, el hambre y las fiebres tropicales. Hacía tiempo que había perdido incluso la máquina de escribir, ya que a propósito un día se había negado a arrastrarla por la jungla. Pensó que jamás podría escribir la verdad de lo que aparecía ante sus ojos: el calvario de los soldados japoneses en la selva de Guadalcanal, arrojados contra las ametralladoras americanas para hacerse matar sin esperanza, y el vía crucis de los supervivientes faltos de comida y de armas. La agonía de los hombres que antes de expirar se lamían la palma de la mano para saborear algo salado. La desesperación del general Kawaguchi, víctima con sus hombres de los errores del Alto Mando. Cuando llegó a la base de Rabaul y pudo dejar el hospital, se presentó en el cuartel general del XVII Ejército para hablar con alguien. Hubo un tiempo en que millones de lectores creían a Nishino, y ahora esperaba que al menos un oficial superior se dignaría escucharle. Le pasaron a un teniente coronel de uniforme bien planchado y de gesto obtuso: "Nuestros hombres en Guadarukanaru *—le dijo—* sobreviven sólo en virtud de su espiritu combativo, pero no pueden durar mucho. Querria pedirle, señor coronel, que les suministren viveres y armas,

cuanto sea posible...".
El otro le miró con aire astuto.
"¿Está quizá tratando de criticar al ejército?", *le preguntó.* "Lo mío no es una crítica *–respondió Nishino–*, le estoy exponiendo la realidad de los hechos. En Guadalcanal se muere de hambre y sed, aunque se sobreviva a los americanos".
El coronel quedó unos momentos en silencio, y luego miró con curiosidad al periodista. "Aquí estamos en los trópicos, y usted está muy pálido. ¿Cómo es eso?". "Vengo de la jungla de Guadarukanaru *–respondió Nishino–*. Allí, créame, sol hay poco".
El periodista estaba aterrado. Aquel imbécil le hacía comprender muchas cosas y le aclaraba el motivo de muchos sufrimientos. Así de mal se correspondía al valor de los combatientes. De pronto no tuvo ya ganas de hablar y se levantó, balbuceó algunas palabras de despedida y se dirigió a la puerta. Mientras estaba girando el picaporte, el teniente coronel dijo: "A usted le falta espíritu combativo".
"Eso es lo que me ha salvado. ¿Por qué no prueba usted a ir a controlar en persona cómo van las cosas por aquella parte?".
Ahora también el coronel estaba de pie y en su rostro se dibujaba una sonrisa sardónica: "Coma muchos tomates.
Le harán bien".
Nishino estaba ya fuera del despacho, pero el otro le llamó. Explicó que debía decirle una última cosa: "Comprenda que nunca le haremos volver al Japón. Sería como mandar a la patria un espía".
Así, el más prestigioso periodista japonés perdió toda esperanza en la victoria. Su caso es bastante indicativo de la mentalidad japonesa, que impedía la valoración objetiva de las operaciones militares cuando no eran favorables al Japón.

sorpresa al Campo Henderson. Pero el factor sorpresa desapareció casi de pronto, ya que los "marines" se enteraron rápidamente del desembarco de los japoneses y luego, con una acción bastante brillante, lograron apoderarse de cierta cantidad de víveres y de materiales de diversas clases que los japoneses habían almacenado sobre la costa.

Para los dos mil hombres de Kawaguchi la marcha fue cruel y dolorosa; un verdadero calvario. Era necesario abrirse camino casi siempre con el machete y los hombres debían marchar por lo general en fila india, llevando pesadas cargas suplementarias, salvando montes y barrancos, sin posibilidad de reponerse con comida caliente para evitar señalar con el humo su presencia al enemigo. Rápidamente el agua comenzó a escasear, y casi en seguida un cierto número de hombres fue infectado de fiebres tropicales a causa de la picadura de los insectos, de los miasmas de los pantanos y de las desagradables sorpresas de ciertos frutos desconocidos y atractivos. Capital fue sobre todo la imprudencia que llevó a muchos a beber el agua que se encontraban por el camino. La situación fue agravándose a medida que la columna se alejaba de la base. Hubo unidades que quedaron incluso desprovistas del acostumbrado puñado de arroz y estuvieron a punto de perecer por hambre e inanición, y hubo quienes verdaderamente murieron. Quien estaba en disposición de resistir tenía que luchar cotidianamente contra los ataques de malaria.

El 12 de septiembre, Kawaguchi lanzó un ataque al campo americano, pero a causa del estado en que se encontraban sus tropas, no fue más que un ensayo. El general concedió algunas horas de reposo a los hombres, les permitió consumir un poco de arroz y dormir algunas horas, y luego, la noche del 13 volvió al asalto de la colina en cuya cima los "marines" habían emplazado ametralladoras y morteros. Rechazada la primera oleada, los americanos estuvieron a punto de ser arrollados por la segunda, pero finalmente los japoneses tuvieron que retirarse.

El fin del "Hornet"

Kawaguchi intentó entonces una diversión y apuntó contra la pista Henderson, pero ya de su brigada quedaba bien poco, ya que había perdido más de la mitad de sus hombres. Como de costumbre, los japoneses no habían dejado ningún prisionero en manos de los americanos.

Aunque anunciando haber rechazado al enemigo, el general Vandergrift subrayó que había sufrido pérdidas muy importantes, y solicitó urgentes refuerzos. Comenzaba a temer no ser capaz de seguir en posesión de la isla.

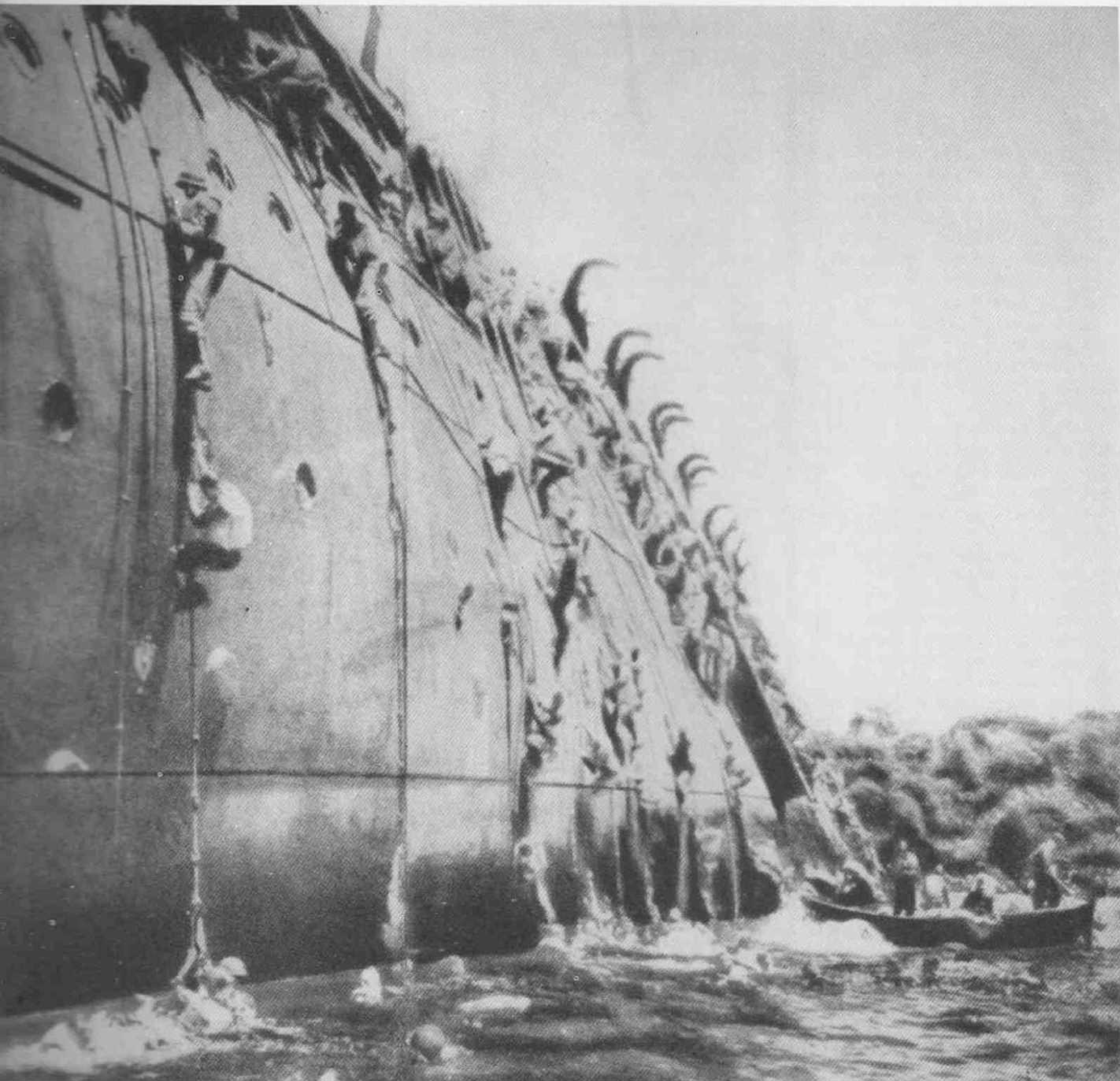
Los japoneses habían comprendido finalmente que no sería posible desalojar a los americanos de Guadalcanal con pequeños contingentes, y ordenaron al almirante Tanaka –el hombre de quien dependía la eficacia del "Tokyo Express"– que llevara a la isla unos 20.000 hombres y que pusiera también a su disposición artillería pesada. De este modo los americanos y los japoneses reforzaron al mismo tiempo las fuerzas que tenían en la isla, preparándose a un encuentro definitivo. Rápidamente el número de los "marines" subió a más de 20.000, mientras aumentaban los aviones en la pista Henderson.

Entre el 23 y 24 de octubre la batalla se encendió de nuevo en torno a la disputada base, pero después de veinticuatro horas de asaltos ininterrumpidos, el nuevo comandante, general Maruyama, fue obligado a retirarse porque el enlace de sus fuerzas con las de Kawaguchi –que debía haber atacado por otro lado– estaba roto. Una vez más los japoneses fueron obligados a refugiarse en la jungla después de haber perdido casi 3.500 hombres.

Al mismo tiempo, en aguas de Guadalcanal la flota aliada y la nipona se encontraban una vez más, no lejos del cabo Santa Cruz. Ya había habido antes otros encuentros en el mar. Especialmente en la noche entre el 11 y el 12 de octubre los japoneses habían interceptado un convoy americano que transportaba materiales a Guadalcanal, pero se habían visto obligados a retirarse después de haber sufrido importantes pérdidas.

En las aguas del cabo Santa Cruz tuvo lugar, sin embargo, una verdadera batalla de aniquilamiento. Los aparatos del "Enterprise" y del "Hornet" avistaron a dos portaviones japoneses, y Fletcher lanzó en seguida sus bombarderos. Los portaviones enemigos eran tres –el "Shokaku", el "Zuikaku" y el "Zuiho"–, que a su vez habían hecho despegar sus aparatos. Mientras que la caza japonesa impidió que los americanos infligieran daños, la americana dejó infiltrarse a algunos incursores enemigos. El "Enterprise" fue así alcanzado en el ascensor de los aviones, y obligado a alejarse del teatro de la acción. El "Hornet" fue incendiado y echado a pique sin que nadie pudiera hacer nada por salvarlo.

En Washington y Tokio habían decidi-



El transporte de tropas americano "President Coolidge" se hunde cerca de la playa de Guadalcanal mientras los hombres intentan salvarse.

do hacer balance, y los resultados eran gravosos desde todos los puntos de vista. Los japoneses habían perdido inútilmente millares de hombres, y no menos de 65 barcos y 800 aviones, en los cuatro meses de la batalla de Guadalcanal. Las pérdidas americanas eran bastante altas, aunque no llegaran a tales cotas ni en hombres ni en aviones. Pero mientras para los americanos la pérdida de algunas naves y de aviones podía ser rápidamente remediada con material de nueva fabricación, los japoneses —a un año del comienzo de su guerra— empezaban a darse cuenta de que no podían permitirse un derroche semejante de vidas humanas y de material.

El Alto Mando japonés discutió largo tiempo, en un debate enconado, sobre qué hacer, y al fin prevaleció la tesis que pedía el reconocimiento de la pérdida de Guadalcanal. Los destructores de Rabaul recibieron orden de montar un "ferry" durante la noche para reembarcar a las fuerzas japonesas supervivientes, y si bien los americanos se mostraron muy activos, aquella fue la empresa más brillante del "Tokyo Express".

El 9 de febrero de 1943 Guadalcanal estaba sólidamente en manos americanas. El Alto Mando aliado había empezado así la reconquista del Pacífico.

EL ALAMEIN: SEÑAL DE ALTO PARA EL EJE

Los dos despliegues y los dos jefes enfrentados. Las transformaciones del VIII Ejército británico y el calvario de las divisiones germanoitalianas.

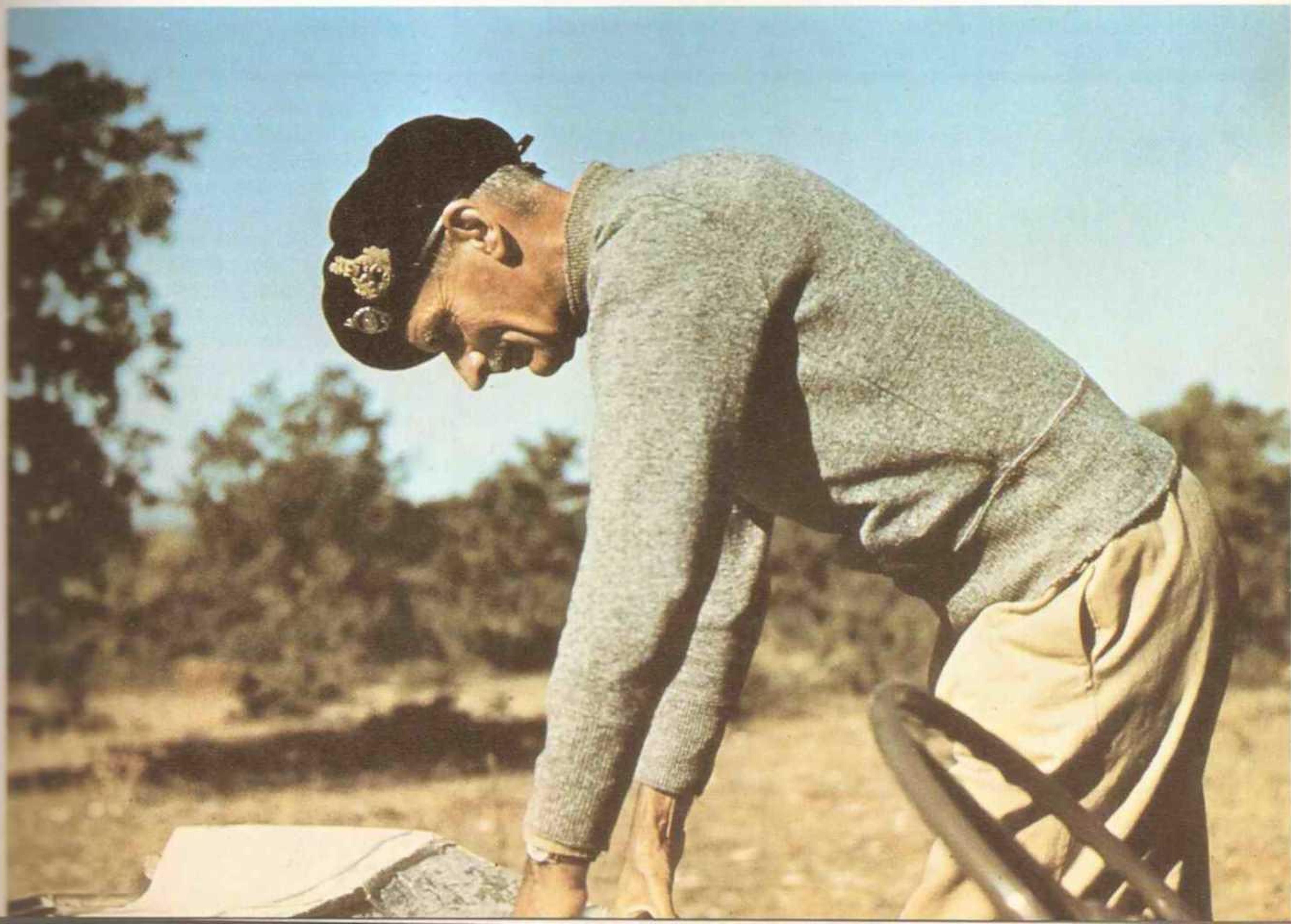
Churchill hizo de modo que el cambio de guardia en el mando del Oriente Medio ocurriera el 15 de agosto de 1942. El 13 de agosto, Montgomery llegó a El Cairo y se presentó a Auchinleck, que era todavía comandante en jefe. El encuentro tuvo lugar en el despacho de Auchinleck en el Cuartel General, y fue extremadamente tenso. Por un lado estaba Auchinleck, con dos días todavía de mando por delante, que había sido deslealmente destituido antes de que pudiese aprovechar su primera victoria contra Rommel con una ruptura en profundidad, usando tropas y materiales de refresco apenas llegados a Egipto. Por otro lado estaba Montgomery, el cual desde 1940 no había peleado una batalla, ansioso y dispuesto a asumir el nuevo cargo. Los dos generales contrastaban también físicamente. Auchinleck era alto y corpulento, quemado del sol, con una voz cálida y profunda. Montgomery era bajo, nervioso, pálido, con los rasgos muy marcados y una voz aguda que con frecuencia llegaba al falsete.

Auchinleck expuso al recién llegado sus planes y la disposición del VIII Ejército, sugiriendo que Montgomery emplease los dos días siguientes en visitar a las tropas y darse cuenta de la situación.

Más tarde, Montgomery se reunió con el nuevo jefe de Estado Mayor del VIII Ejército, el general Francis de Guingand.

Los dos juntos recorrieron en auto el campo de batalla, de modo que Montgomery pudiera darse cuenta del terreno. Como Auchinleck y Dorman-Smith, también Montgomery se convenció de que las crestas de Ruweisat y Alam Halfa eran la clave para bloquear las tentativas de Rommel de rodear por el sur al VIII Ejército. Las crestas habían sido literalmente cubiertas de minas y se había excavado un complejo sistema de trincheras. Pero, según Montgomery, en la cresta de Alam Halfa no había tropas suficientes para frenar a Rommel. En efecto, hasta los últimos días no había habido más tropas disponibles. Pero en la retaguardia se encontraban dos divisiones nuevas de infantería, adiestrándose después de un largo viaje desde Inglaterra. Montgomery pensó que aunque bisoñas, podrían ser empleadas en la defensa de

El general Bernard Montgomery, que sustituyó al agotado Auchinleck, a la cabeza del VIII Ejército británico.



ROMMEL ENJUICIA A SUS ALIADOS

"Es para mí un deber, como camarada y en particular como comandante en jefe de las unidades italianas, establecer con toda claridad que la culpa de las derrotas sufridas por ellas en los primeros días de julio delante de El Alamein no es de los soldados. El soldado italiano era voluntarioso, generoso, buen camarada y por sus condiciones había dado un rendimiento superior a la medida. Es preciso decir que las prestaciones de todas las unidades italianas, pero especialmente de las unidades motorizadas, superaron con mucho lo que el ejército italiano ha hecho en los últimos decenios. Muchos generales y oficiales suscitaron nuestra admiración desde el punto de vista humano así como del militar.
La derrota de los italianos fue una consecuencia del entero sistema militar y estatal italiano, del mal armamento y del poco interés que muchas altas personalidades, jefes militares y hombres de estado, tenían por esta guerra. Con frecuencia, la insuficiencia italiana impidió la realización de mis planes.
Generalmente, las causas de los inconvenientes que se notaban en el ejército italiano eran éstas: por término medio, el mando italiano no estaba a la altura de la guerra del desierto, la cual requiere decisiones fulminantes y rapidísima ejecución de las mismas.
El adiestramiento de la infantería no se correspondía con las exigencias de una guerra moderna. El armamento de la tropa era tan malo que ya por esta razón no podía sostenerse sin el apoyo alemán. Además de los defectos técnicos de los carros de combate italianos —alcance demasiado corto de los cañones y debilidad de los motores—, sobre todo la artillería, con insuficiente movilidad y longitud de tiro, ofrecía un claro ejemplo del mal armamento. Las unidades estaban dotadas de armas anticarro en proporción totalmente insuficiente. El avituallamiento de las tropas era tan malo que los italianos con frecuencia tenían que pedir víveres a sus camaradas alemanes. Efectos particularmente nocivos producía la diferencia de trato en todo terreno entre el oficial y el soldado. Mientras la tropa debía alimentarse sin cocinas de campaña, muchos oficiales italianos no renunciaban a hacerse servir varios platos. Bastantes oficiales no consideraban necesario estar con las tropas durante un combate y ser su ejemplo. Todo unido, no era para maravillarse que en el soldado italiano, por lo demás extraordinariamente sobrio y sin pretensiones, se desarrollaran complejos de inferioridad que en momentos de crisis lo hacían temporalmente inutilizable. En todas estas cosas no era de esperar modificaciones en el tiempo inmediato, aunque muchos comandantes inteligentes se esforzasen en ello con conciencia".

posiciones preparadas. Ordenó, pues, a De Guingand que las hiciera llegar antes.
Las dos divisiones llegaron.
Después, Montgomery pasó un día entero hablando con el Cuartel General sobre Ruweisat. Lo primero que dijo fue: *"Ni se fuma ni se tose"*. Continuó repitiendo con frases secas y llenas de seguridad que el VIII Ejército no se retiraría si Rommel atacaba. Todos quedarían en El Alamein, vivos o muertos. Dos días después, Montgomery es oficialmente el jefe del VIII Ejército. Aunque nadie pudiese saberlo, se estaba encaminando por la ruta hacia Berlín.
En el ejército inglés, Montgomery era conocido por su competencia y profundo sentido del deber, pero también por su pésimo carácter. Poco después de su llegada, por ejemplo, pasó un día con el general Ramsden (jefe del XXX Cuerpo de Ejército). Con cierto orgullo mostró a Ramsden un reloj nuevo: *"¿Ve este reloj?* —le preguntó—. *Pues es nuevo para el desierto, es nuevo para el desierto".*
En el almuerzo exhibió su cesta para provisiones.
"La compré para el desierto..., para el desierto", dijo orgullosamente al mismo Ramsden.
En los primeros días, Montgomery se ponía una boina caqui con la banda roja de los generales ingleses. Pero durante una visita a las tropas de la Commonwealth se hizo dar sombreros de alas anchas de los australianos y los sudafricanos e insignias de los indios. En seguida se puso un sombrero australiano cubierto de distintivos regimentales y con el amplio ala plegado a un lado. Finalmente, escogió su legendaria boina negra de carrista con dos insignias: la de jefe y la de simple carrista.
En los quince días que transcurrieron desde el momento en que asumió el mando hasta la esperada ofensiva alemana, Montgomery infundió su valor y su seguridad a todo el VIII Ejército. Por lo que concierne a las defensas, se atuvo al plan de Auchinleck: una zona de campos minados y posiciones de infantería y de artillería dispuestas perpendicularmente a la costa desde el oeste de El Alamein hasta el Ruweisat, y dobladas luego en ángulo recto a lo largo de las crestas de Ruweisat y de Alam Halfa. Si Rommel hubiese tratado de llevar sus carros al este, entre la Depresión de Quattara y la cresta de Alam Halfa, los carros ingleses podrían haber amenazado su flanco, logrando quizá aislarle. En los planes para el desarrollo de la batalla, sin embargo, Montgomery efectuó algunas modificaciones importantes. Auchinleck había dispuesto que los carros ingleses, apoyados por infantería motorizada y cañones, combatieran una batalla fluida y móvil. Montgomery, que era un comandante cauto (demasiado, según sus críticos) y metódico, prefirió una batalla controlada estrechamente y combatida desde posiciones defensivas fijas. También algunos de los carros del VIII Ejército fueron enterrados para usarlos como posiciones estables.

El golpe de Alam Halfa

Como habían previsto Auchinleck y Dorman-Smith, la nueva ofensiva de Rommel tenía bien pocas esperanzas de éxito. Los refuerzos no había llegado. En las últimas semanas Rommel había recibido sólo una nueva división de infantería, desprovista de armamento pesado. Rommel estaba también enormemente escaso de gasolina para carros y camiones. Para empeorar las cosas, el mismo Rommel sufría de una dolencia de hígado y de una infección en la nariz. Estaba tan mal que sólo con esfuerzo lograba subir y bajar de su vehículo de mando. Después de tan largo período en el desierto, algunos de sus oficiales, y muchos soldados, estaban enfermos. A los 767 carros del VIII Ejército, Rommel podía oponer sólo 200, a los que se unían los 243 carros italianos, todos de concepto anticuado y armamento insuficiente. La RAF superaba en mucho, numéricamente, a la aviación germanoitaliana. Y, sobre todo, las divisiones veteranas de Rommel no se habían recuperado nunca del esfuerzo de las grandes ofensivas de mayo y junio. A los alemanes les faltaba su antiguo empuje. Pero hubiera sido un error gravísimo subestimar a Rommel y considerarlo como un general fuera de combate.

En realidad él daba lo mejor de sí mismo cuando disponía de fuerzas inferiores y se encontraba en una situación crítica. El plan de Rommel era el previsto por el mando inglés: un largo rodeo al sur del VIII Ejército y luego un avance desde el este de Alam Halfa hasta la carretera costera. Con el VIII Ejército rodeado y destruido, una fuerza alemana se dirigiría a El Cairo, otra a Alejandría y la tercera directamente al delta del Nilo. Este fue el plan que empezó a ejecutar Rommel. Pero en el último momento su carencia de combustible le obligó a acortar su primer golpe en dirección a la costa. En vez de ir al este de Alam Halfa, fue obligado a atacar directamente la cresta y las potentes fuerzas inglesas que la defendían.

Durante la noche del 30 de gosto, la "Panzerarmee Afrika" organizó su ofensiva. Era un espectáculo impresionante: centenares de autopropulsados de seis ruedas, camiones llenos de soldados de infantería, gruesos antiaéreos del 88 que los alemanes empleaban con eficacia contra carros y panzer estridentes y rugientes estaban concentrados tras las líneas alemanas. Todos los transportes llevaban el distintivo del "Afrika Korps", una palmera con la cruz gamada sobre el tronco. Según solía, Rommel llevaba una raída gorra con el águila, las gafas de sol y un pañuelo a cuadros en el cuello.

Al alba del 31 de agosto, la "Panzerarmee", según su plan, habría debido encontrarse más allá de los campos minados ingleses entre Ruweisat y la Depresión de Quattara, lanzada ya hacia el noroeste. Pero como había pasado el 1 de julio, el avance alemán marchaba a ritmo lento. Los campos de minas ingleses resultaron más amplios de lo previsto, y para los alemanes no fue fácil abrir pasos.

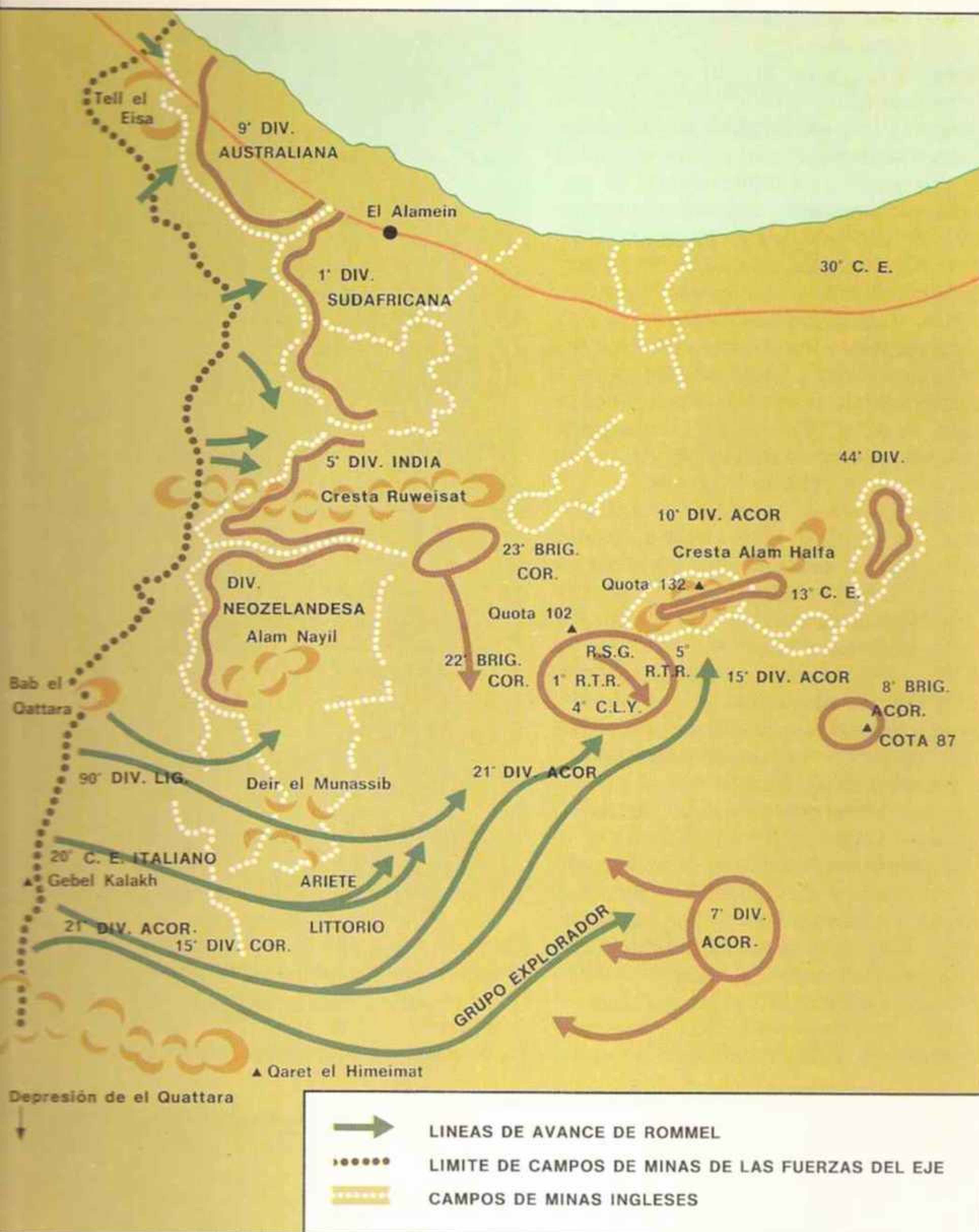
Cuando las primeras pálidas luces del día iluminaban el cielo por oriente, la "Panzerarmee" había apenas logrado sobrepasar los campos de minas. Las largas y dispersas columnas de Rommel fueron pronto distinguidas por los observadores aéreos y desde puestos de vigilancia terrestres. La sorpresa se perdió completamente. Desde sus posiciones en la cresta de Alam Halfa los ingleses veían las siluetas confusas de los carros y camiones alemanes, que se movían en el calor, bajo un violento bombardeo de la RAF. Columnas de humo negro se alzaban al cielo. Mien-





Arriba, ingenieros italianos acaban de desactivar una mina inglesa. Vastos campos minados dividían los dos ejércitos en El Alamein.

A la derecha, piezas autopropulsadas italianas del 75/18 en acción en el desierto egipcio. Rommel preveía que los ingleses necesitarían mucho tiempo para reorganizarse.



El esquema operativo de la batalla de Alam Halfa. Si Montgomery hubiese atacado con decisión, el "Afrika Korps" se hubiese visto obligado a retroceder.

tras tanto, la 7.ª División acorazada se retiraba lentamente delante de los alemanes, según las órdenes de Montgomery.

En las primeras horas de la tarde, los alemanes chocaron con las posiciones inglesas un poco al sur de la extremidad occidental de Alam Halfa. Allí les esperaban los carros de la 22 Brigada acorazada, parcialmente enterrados. Entre ambas fuerzas se empeñó una furiosa y durísima batalla.

Poco después de las seis de la tarde fue cuando los carros de la 21 panzer atacaron los carros Grant de la "City of London Yeomanry" cerca de la extremidad meridional de Alam Halfa. Las últimas horas de luz favorecieron a los artilleros ingleses; pero sus Grant tenían un alcance menor que los cañones a alta velocidad de los nuevos Mark IV Especial alemanes. Una a una, las siluetas de los Grant fueron localizadas y alcanzadas, hasta que el escuadrón (unos 30 carros) fue destruido. Se había abierto así una brecha en las posiciones inglesas. Señales urgentes de radio fueron enviadas a los "Royal Scots Greys" para que acudiesen a cerrarla con sus carros.

Entre tanto, los cañones y los carros, a ambos lados del escuadrón destruido, continuaron asestando golpes a los panzer, que se detuvieron en el polvo antes de haber descubierto la brecha en la posición inglesa.

Pero pronto reanudaron el avance. Los "Scots Greys" no habían llegado aún. La barrera de fuego inglesa parecía incapaz de detener a los alemanes. Inesperadamente, en aquel momento aparecieron los carros de los "Scots Greys" que, chirriando y rugiendo, comenzaron a descender la pendiente. Entre los salvadores había algunos carros con tripulación americana, cuyo verdadero fin era el adiestramiento. Los alemanes se habían dejado escapar la ocasión de una ruptura. Rápidamente cayó la noche.

El 2 de septiembre, Rommel ordenó la retirada. Se encontraba en una situación desesperada. Todas sus fuerzas móviles estaban en el lado inglés de los campos minados entre Alam Halfa y la Depresión de Quattara. Carecían de combustible y estaban sometidas a un incesante bombardeo. Si Montgomery hubiese lanzado sus fuerzas superiores en un decidido contraataque, Rommel habría sido ciertamente aniquilado.

Pero Montgomery mostró su usual cautela y siguió su metódico sistema de hacer las cosas. A diferencia de Rommel, no era un hombre de mente ágil y reflejos veloces. Lanzando un contraataque y mezclando las fuerzas en el desierto, podía ofrecer al jefe alemán la ocasión de uno de sus sorprendentes trucos. Así que Montgomery se limitó a ordenar a los neozelandeses avanzar lentamente en dirección sur.

Pero a causa del tardío cambio de planes, en la oscuridad se verificó una colosal confusión mientras las tropas se recogían para el ataque. Nadie era capaz de decir a qué unidad pertenecía o dónde debería encontrarse. La infantería debía sorprender al enemigo avanzando en silencio sin apoyo de los carros ni de la artillería. Los carros la seguirían. En realidad, un camión incendiado iluminó a los atacantes, que se encontraron con un mortífero fuego enemigo y perdieron el camino. Los carros que les seguían creyeron que las señales luminosas de los alemanes eran faros que señalaban el paso a través del campo de minas y tomaron la dirección equivocada. Al alba el ataque no había llegado a ninguna meta. Los atacantes habían sido fijados sobre una pendiente y expuestos al fuego enemigo. Mientras sus hombres se ocupaban de esta amenaza en su retirada, Rommel continuó dando metódicamente la vuelta para salir de la trampa en que había caído. Mientras continuaba este

retroceso, lanzaba frecuentes contraataques parciales.

Operación "Pie ligero"

El 6 de septiembre había logrado evitar la destrucción y se encontraba seguro en el punto de partida. La batalla de Alam Halfa había terminado.
Ahora Montgomery podía dedicarse finalmente a los planes para la gran ofensiva, que sería famosa como batalla de El Alamein, aunque en realidad fue la segunda batalla de El Alamein. Pero su prueba mayor aún no había comenzado.
A dos mil millas de distancia, en Londres, el primer ministro Winston Churchill se estaba preguntando cuándo los responsables del Oriente Medio, Alexander y Montgomery, lanzarían su ofensiva.
Había esperado que se llevara a cabo en septiembre, pero el ataque de Rommel a Alam Halfa había retrasado los preparativos ingleses. El 17 de septiembre, Churchill, incapaz de contener más su impaciencia, telegrafió a Alexander para exigir del modo más absoluto una fecha concreta.
En efecto, Alexander y Montgomery habían meditado mucho sobre el momento más oportuno para atacar. Pero habían decidido evitar lo que sus predecesores habían sido obligados a hacer: moverse antes de que su ejército estuviese suficientemente fuerte y adiestrado. Inglaterra no habría soportado más derrotas.
Esto excluía septiembre. Por otro lado, el VIII Ejército tendría necesidad de un periodo de luna llena —o casi llena— para avanzar y penetrar en las defensas alemanas. La siguiente luna llena sería el 24 de octubre. Montgomery decidió atacar el 23, para disponer de la serie más larga de noches de luna llena.
En clave, la ofensiva fue llamada "Pie ligero". Pero había otra razón para escoger el 23 de octubre. Los Estados Unidos tenían ya preparado un cuerpo expedicionario para emplearlo contra Alemania. Tras largas consultas con los ingleses, los Estados Unidos decidieron usar esta fuerza, aumentada por un pequeño contingente inglés, para invadir Africa septentrional francesa, ocupada por las tropas de Vichy. El comandante supremo aliado sería el general Dwight D. Eisenhower. Esta fuerza de invasión atacaría a Rommel por la espalda, porque, apenas desembarcada, se habría encontrado más cercana a Trípoli que el mismo Rommel. Este se había aventurado temerariamente con todas sus fuerzas en el desierto, para luego enterrarse en El Alamein. Montgomery sabía que Eisenhower había escogido la fecha del 4 de noviembre para la invasión del norte de Africa francesa (nombre en clave: "Torch", antorcha). Si el VIII Ejército hubiese atacado trece días antes, la victoria habría coincidido con el desembarco. Por otro lado, si la ofensiva del VIII Ejército hubiese sido detenida por

Septiembre 1942

1-30 de septiembre
Hundidos 97 mercantes aliados por submarinos alemanes en el Atlántico, en el Mediterráneo y en el mar del Norte.

1 de septiembre
Dimisión del ministro del exterior japonés Togo. Le sucede en el cargo Tani.

2-3 de septiembre
Ataque aéreo inglés sobre Karlsruhe.

4-5 de septiembre
Incursión aérea de la RAF sobre Bremen.

6 de septiembre
Tropas alemanas entran en el puerto de Novorossisk.

6-7 de septiembre
Ataque aéreo inglés sobre Duisburg.

8-9 de septiembre
Incursión aérea anglocanadiense sobre Frankfurt del Main.

9 de septiembre
Un hidroavión japonés efectúa la primera incursión aérea sobre los Estados Unidos, bombardeando una localidad de Oregón.



Una batería inglesa bombardea las líneas italianas en el frente de El Alamein.

Rommel, el desembarco de Eisenhower habría obligado a Rommel a dar la vuelta para proteger la base de Trípoli. Todo salía a la perfección. Por desgracia, Eisenhower retrasó la fecha del desembarco al 8 de noviembre. Cuando dijeron a Churchill la fecha escogida para la ofensiva del VIII Ejército, se molestó mucho por el retraso. Pero ya la fecha era esa: 23 de octubre de 1942. Alexander y Montgomery estaban más dispuestos a dimitir que a atacar antes de estar perfectamente preparados.

Las fuerzas opuestas

El VIII Ejército estaba dividido en tres cuerpos de Ejército: dos de infantería y uno acorazado. Los jefes de los dos cuerpos de infantería eran los generales Sir Oliver Leese, un hombre alto, grueso y calmoso que provenía de la división acorazada de las Guardias, y el general Brian Horrocks, inquieto, audaz, siempre sonriente. Eran hombres nuevos llevados desde Inglaterra por Montgomery. Ninguno de los dos había tenido nunca el mando de una fuerza importante en combate.

El comandante del cuerpo acorazado era el general Herbert Lumsden, un alegre y valeroso jinete que tenía algo de los héroes del ejército confederado en la guerra civil americana. Al contrario que sus colegas, era un veterano de la guerra del desierto, pero después de las penosas derrotas del verano en torno a Tobruk sus nervios, como los de las tripulaciones de sus carros, parecieron bastante afectados. Los ingleses no habían tenido nunca a su disposición fuerzas tan potentes. Sus hombres sumaban 220.000 contra los 108.000 de Rommel (más de la mitad de los cuales eran italianos). Montgomery disponía además de 1.100 carros, entre ellos 270 Sherman americanos recién salidos de la cadena de montaje. Pero Rommel podía contar sólo con 200 carros alemanes, de los cuales sólo 30 eran los nuevos Mark IV, semejantes a los Sherman en potencia combativa. En el aire los ingleses gozaban de un dominio casi absoluto.

Pero aparte de la superioridad numérica, los alemanes sufrían de una fuerte carencia de combustible debida al hecho de que los aviones torpederos ingleses hacían estragos en los petroleros italianos en el Mediterráneo. Esto significaba que las veloces y amplias maniobras en el desierto con las que Rommel y sus hombres habían sido siempre capaces de sorprender a los ingleses ya no eran posibles.

Las divisiones panzer alemanas tendrían que combatir como perros encadenados. Rommel no tenía opción: debía atrincherarse en el estrechamiento entre El Alamein y la Depresión de Quattara y combatir una batalla estática. Era lo que los ingleses precisamente esperaban.

Pero el jefe alemán era un táctico lleno de recursos. Entre la batalla de Alam Halfa y el 23 de octubre había hecho preparar una zona defensiva llena de puntos fortificados, de minas y de trampas explosivas. Era una línea sutil —apenas cinco millas, comprendidos los campos de minas, contra las diez o veinte millas que los alemanes consideraban necesarias en Rusia— con sólo 100.000 hombres de infantería para cubrir la entera extensión del frente. Tras ellos, Rommel emplazó sus divi-



Erwin Rommel, jefe de las fuerzas germanoitalianas en el Africa septentrional. En septiembre de 1942 estaba cansado, desalentado y enfermo.

EL ATAQUE A LOS CONVOYES

A pesar de los éxitos obtenidos en el mar en las batallas de mitad de julio y mitad de agosto, durante el verano de 1942 la marina mercante italiana, dedicada al suministro de las tropas que operaban en Libia, sufrió gravísimos quebrantos. Las pérdidas fueron particularmente sensibles en agosto y septiembre, período en el cual los aviones torpederos y los submarinos británicos hundieron numerosos vapores cargados de armas, municiones y combustible destinados a las tropas de El Alamein. Luego, en los meses sucesivos, las pérdidas continuaron aumentando hasta que, en octubre, no hubo prácticamente un solo convoy que llegara intacto a tierras africanas. Esta agravación de la situación era debida al refuerzo de la base aeronaval de Malta por el adversario, el cual había hecho llegar allí docenas y docenas de aviones y había iniciado desde aquella posición tan central una serie ininterrumpida de ataques a nuestro tráfico mercantil.
La aviación italoalemana, que en los meses anteriores había reducido casi al silencio la isla, trató de repetir la hazaña, pero no tenía fuerzas suficientes para logarar resultados satisfactorios. Las gravísimas pérdidas sufridas en los primeros ataques (70 aparatos de 150 fueron derribados en un solo día por la defensa británica) la obligaron bien pronto a desistir y limitarse a la defensa próxima de los convoyes, pero con escaso provecho. No tuvo mejor resultado el desvío de gran parte del tráfico hacia los puertos del Jónico y del Egeo, desde donde los convoyes, con la protección de los barcos y los aviones destacados en Creta, eran dirigidos a Tobruk. Pero también esta ruta podía ser fácilmente interceptada por los aviones británicos con base en Malta. Por lo demás, nuestros mandos navales tenían poca libertad de opción. Los convoyes para el norte de África podían seguir sólo tres rutas obligadas, todas dentro del radio de acción de la aviación enemiga.
Resultaba, pues, fácil a los británicos (también ayudados por un buen servicio de espionaje) conocer la importancia, la ruta y la posición de los convoyes italianos.

siones panzer divididas en dos grupos, uno al norte y otro al sur.
¿Por dónde sería mejor atacar a Rommel? Montgomery escogió el mismo punto indicado por Auchinleck antes de su destitución: en el centro, un poco al sur de la colina de Tel-el-Eisa.
El primer plan de Montgomery preveía que inicialmente la infantería y los ingenieros abriesen amplios pasos en los campos de minas, a través de los cuales pasarían los carros ingleses para cortar las comunicaciones de Rommel. Una vez allí, combatirían y ganarían una colosal batalla de carros contra carros.
Pero antes de que llegase el momento de la acción, Montgomery se dio cuenta de que el adiestramiento y el mando del VIII Ejército no estaba a la altura de un objetivo tan audaz. En vez de tratar de destruir los carros de Rommel y después aniquilar la infantería en las posiciones defensivas de El Alamein, decidió enfrentarse primero con la infantería detrás de un escudo formado por los carros ingleses.

Las órdenes de Montgomery

Se esperaba que los carros de Rommel trataran de salvar las tropas de a pie germanoitalianas, y entonces serían aniquilados por los carros ingleses en una batalla defensiva. Lo mismo las divisiones acorazadas alemanas que las inglesas comprendían una brigada de infantería motorizada y un grupo de exploradores, ingenieros, cañones y una brigada de carros. Esto dejaba abierto un problema fundamental, el mismo que había hecho fracasar a Auchinleck en la primera batalla de El Alamein: cómo hacer pasar los carros al lado alemán de los campos de minas. Montgomery ordenó que si el 30 Cuerpo (infantería) no consiguiese abrir los pasos suficientes en los campos de minas, los carros del 10 Cuerpo tendrían que atravesarlos igualmente. Lumsden y los otros jefes de las unidades de carros protestaron vivamente, sosteniendo que aquello era imposible. Los carros dispuestos en columna a través de los campos de minas habrían sido aniquilados por la artillería alemana. Pero las órdenes de Montgomery no cambiaron.
Antes de la batalla, Montgomery, que llevaba puesta su boina negra de carrista, fue en jeep a hablar con los oficiales del VIII Ejército desde el grado de teniente coronel hacia arriba. Con su voz nasal y desagradable, pero incisiva, les dijo exactamente lo que sucedería y de qué manera vencerían. Citando a Sir Oliver Leese se puede decir: *"Estaba absolutamente seguro de ganar la batalla. Sus palabras hicieron todo claro como el cristal".*
Al comienzo de la batalla Montgomery dirigió un mensaje personal a los 220.000 soldados de la Commonwealth dispuesto a avanzar a los puntos prestablecidos: *"La batalla que va a comenzar será una de las batallas decisivas de la Historia. Será el momento crucial de la guerra".*
Para mandar la operación había dejado su principal Cuartel General en Burg-el-Arab, un pueblo a 70 kilómetros en dirección este, en favor de un pequeño Cuartel General táctico en la carretera costera cerca de El Alamein. Por la tarde del 23 de octubre de 1942 Montgomery se fue a acostar temprano y, como afirma en sus memorias, estaba ya dormido a las 9.40, cuando el fuego de un millar de cañones ingleses descargó sobre las posiciones germanoitalianas y los relámpagos de las explosiones iluminaron la noche. Excepcionalmente, Rommel no estaba presente en su puesto de mando. Unos días antes había acudido al "reconocimiento" como un simple soldado indicando vagas perturbaciones nerviosas, y había logrado permiso para volver a



Un coche Volkswagen empleado como vehículo de enlace. La escasez de gasolina amenazaba con inmovilizar al "Afrika Korps".

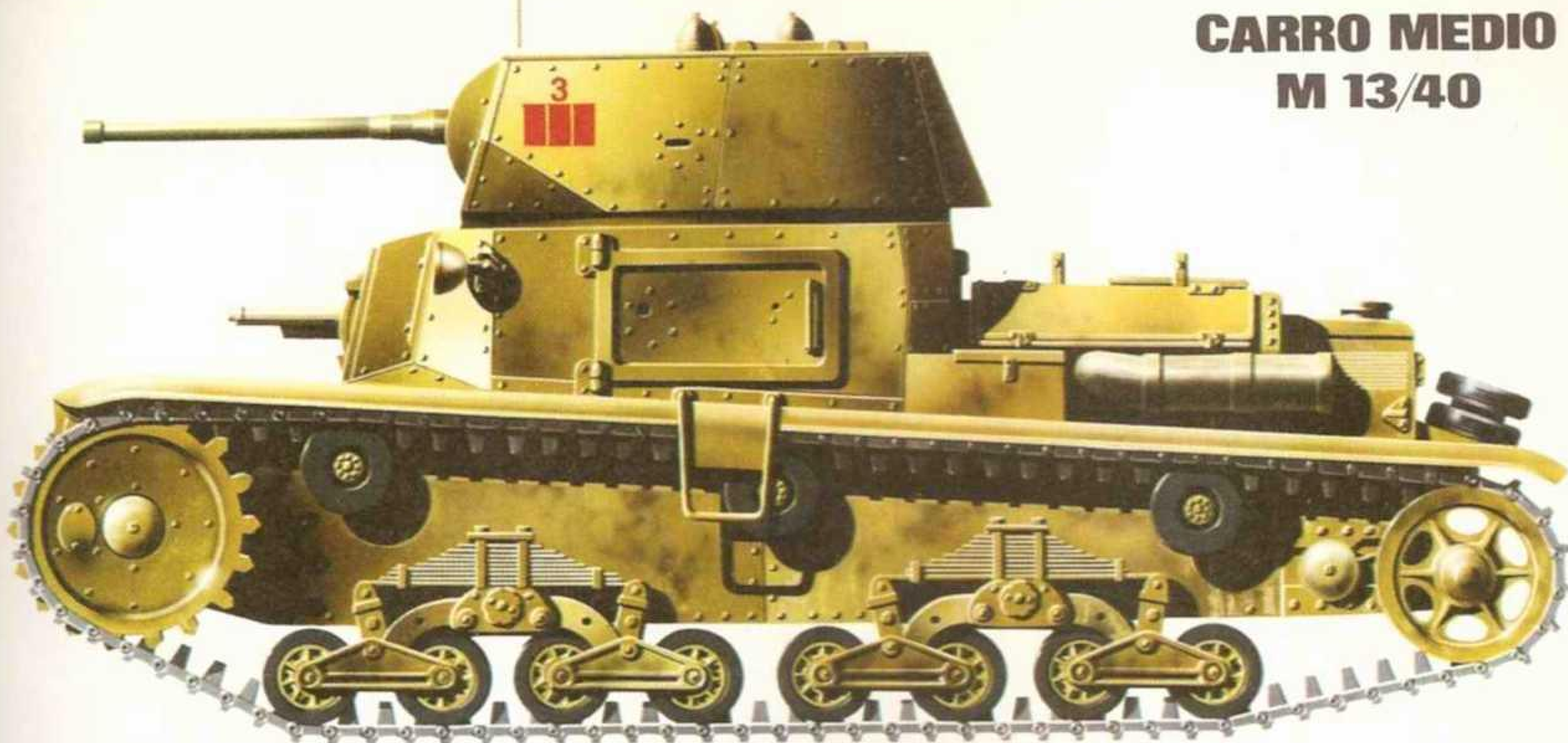
Alemania en período de reposo. Su ausencia del campo de batalla será diversamente juzgada; sus admiradores hablarán de "coincidencia casual", y sus detractores, de "fuga". Hipótesis esta que será reforzada un año después cuando por motivos aún más banales (el cumpleaños de su mujer) abandonará su mando en Normandía pocas horas antes del desembarco. Sea lo que fuere, el hecho es que aquella noche fatal yacía en una cama del hospital de Semmering en los Alpes austríacos. La "Panzerarmee" estaba a las órdenes del general Georg Stumme, llegado desde hacía poco del frente ruso a su primera batalla del desierto. Mil cañones, 1.100 carros y 220.000 hombres estaban dispuestos a arrojarse sobre la "Panzerarmee", inferior en número y profundamente desalentada. ¿Por cuánto tiempo resistirían los germanoitalianos?

La barrera inglesa de artillería saltaba adelante cien metros cada tres minutos. Bajo esta sombrilla protectora la infantería avanzaba hacia las posiciones enemigas con la bayoneta calada.

En la 51 División "Highland" los atacantes iban precedidos de gaiteros con falda escocesa. Por encima de ellos, el humo de las explosiones había formado bancos de nubes blancas que evolucionaban con el viento.

Para mantener las tropas en la dirección correcta y no confundirlas con las de otra unidad, las ametralladoras ligeras Bofors disparaban trazadoras rojas señalando las separaciones entre las diversas unidades. Pero la infantería se dejaba guiar también por los relámpagos y el estruendo de la barrera de artillería.

CARRO MEDIO M 13/40



Las fuerzas acorazadas del ejército italiano comprendían, en el período situado entre las dos guerras, tres tipos principales de carros de combate: carros ligeros, carros de ruptura y carros pesados. Olvidando los carros pesados FIAT 2000, de los que sólo se construyeron dos ejemplares, vemos que las unidades restantes se basaban prácticamente en sólo dos realizaciones: el carro 3 (del cual ya hemos tenido ocasión de hablar) y el carro de ruptura M 11/39. Mientras que el primero no era más que una posición protegida y autopropulsada de ametralladoras, el segundo tenía como fin romper la línea enemiga para permitir el acceso a la infantería de asalto. Por eso había sido dotado de un armamento que por el momento parecía adecuado: un cañón de 37/40 mm. y dos ametralladoras de 8 mm. Pero pronto se hizo evidente que el cañón no era en realidad suficiente para desarrollar el necesario volumen de fuego, y por ello se decidió sustituirlo con uno más potente que, además, no estuviera fijo como el M 11/39. De estas premisas nació en la fábrica Ansaldo el carro M 13/40, presentado en febrero de 1940 a nivel de prototipo y construido en serie a partir del verano del mismo año. El carro, que tenía la misma mecánica que su predecesor, se diferenciaba por el motor reforzado y por la parte superior del casco, totalmente renovada; armamento y blindaje habían tenido también un notable aumento. Para empezar, el cañón, sustituido por un 47/32, estaba instalado en torreta, mientras que en el casco se encontraban, a la derecha del piloto, dos ametralladoras Breda 38 cal. 8 mm., montadas en soporte a rodamientos. Una tercera ametralladora había en la torreta, coaxial con el cañón, mientras que podía colocarse una cuarta sobre el techo con fines antiaéreos. El casco estaba formado por planchas de acero remachadas sobre una estructura rígida de perfiles. La torreta, orientable en 360°, se maniobraba bien manualmente, bien mediante un servomecanismo oleodinámico. En el interior del carro había un emisor-receptor Marelli RF-1-CA. Hay que indicar que cuando el carro entró en línea en el Norte de Africa en otoño de 1940, supo resistir perfectamente el encuentro con los carros adversarios, manteniendo este equilibrio de fuerzas por unos doce meses. Sólo por la entrada en servicio de los pesados carros americanos obtenidos por los ingleses con la ley de Préstamo y Arriendo, los M 13 resultaron inevitablemente superados. De estos carros se desarrollaron además otros dos modelos: el M 14/41 y el M 15/42. El primero diferirá del 13/40 sólo por el motor reforzado, mientras que el segundo estará dotado de un motor no Diesel, sino de gasolina, y la pieza de 47/32 será sustituida por la de 47/40, dotada de mayor velocidad inicial de proyectil y, por tanto, de mayor poder perforante. Desgraciadamente, la coraza se revelará siempre demasiado ligera contra los anticarro del enemigo (de calibre superior a los italianos) y los carristas tratarán de compensar esta carencia recubriendo la proa de sus cascos con sacos de tierra y fragmentos de cadenas de recambio. Después de haber combatido en Africa, donde en total se mostraron como arma eficaz, los M 13/40 participaron en Italia en los encuentros para defensa de Roma después del 8 de septiembre de 1943. Los ejemplares restantes equiparon a las tropas de la República Social. Después de la guerra, algunos carros prestaron servicio en el nuevo ejército italiano y en la policía, éstos con el cañón sustituido por una ametralladora de 8 mm.

Tipo	Carro medio 13/40	Vel. máx.	en carretera	31 km/h.
			terreno vario	12 km/h.
Año	1940	Autonomía		200 km.
Peso	14 t.	Tripulación		4
Longitud	4,915 m.	Armamento		1 × 47 + 4 × 8
Anchura	2,22 m.	Municiones		87 × 47
Altura	2,37 m.			3.048 × 8
Luz libre	38 cm.	Máx. trinchera superable		2,10 m.
Protección (cor. máx.)	42 mm.	Máx. escalón superable		80 cm.
Motor	FIAT 8TM-40	Máx. pendiente superable		40°
	Diesel de 125 HP.	Vado		100 cm.



Y además cada unidad disponía de oficiales-guía que precedían a sus hombres contando los pasos y sin dejar de mirar la brújula. Detrás de ellos se colocaba la cinta blanca que debería indicar el camino a las tropas de apoyo. Esta cinta fue en seguida iluminada por lámparas, ocultas por la parte del enemigo. Los alemanes y los italianos fueron inicialmente perturbados por la inesperada violencia del bombardeo. Pero se recuperaron pronto. Detrás de su protección de minas y alambradas, desde trincheras excavadas en la roca, contestaron al fuego con fusiles y ametralladoras. Cuanto más avanzaban los ingleses por la zona defensiva de la "Panzerarmee", más numerosas se hacían las minas y más intrincadas las alambradas, más cercanos los nidos de ametralladoras y más nutrido y eficaz el fuego de la artillería enemiga.

Se cambian las órdenes

Como había previsto Rommel, los ingleses descubrieron a su pesar que cuando empezaban a estar agotados y a perder su cohesión en el polvo y la oscuridad, se encontraban ya a los pies de las posiciones defensivas más fuertes del enemigo. Cuando salió el sol el 24 de octubre, los ingleses habían mellado a fondo las defensas enemigas, pero fallando en su objetivo principal, que era el de alcanzar el desierto en la otra vertiente de la cresta de Miteiriya. Por esta razón no se abrieron los pasos para el X Cuerpo. Al contrario, los carros y los camiones se encontraron totalmente inmovilizados detrás de la infantería.

Durante toda la mañana el X Cuerpo avanzó lentamente por los estrechísimos pasos de los campos de minas, con los radiadores en ebullición, los vehículos entrechocando y el fuego enemigo que los machacaba.

Eran las dos de la noche del 25 de



octubre de 1942. La batalla de El Alamein duraba ya dos días. En el Cuartel General táctico del VIII Ejército sonó el teléfono. El general Francis de Guingand, jefe del Estado Mayor de Montgomery, tomó el auricular. Una voz cansada y grave le sobresaltó. Era el general Lumsden que mandaba los carros del X Cuerpo. Dijo que frente a los carros ingleses una potente pantalla de piezas anticarro alemanas hacía imposible todo ulterior movimiento de avance. Los artilleros alemanes no tenían dificultad en distinguir los blancos, no sólo por el claro de luna, sino también por la luz producida por los camiones que ardían. Las órdenes eran que los carros debían abrirse camino a través de los campos de minas de Rommel. Pero estas órdenes habrían provocado seguramente una matanza. Los carros, dijo Lumsden, debían retirarse más allá de la cresta de Miteiriya hasta que la infantería hubiera limpiado los campos de minas como se había establecido. Era el momento crítico de la batalla. De Guingand ordenó a Lumsden y al general Leese (que mandaba la infantería del XXX Cuerpo) que se reunieran con él en el Cuartel General táctico a las 3,30 para una reunión con Montgomery. Luego fue al camión de Montgomery y le despertó.

Los comandantes intercambiaron sus puntos de vista a la débil luz de una lámpara de campaña. Lumsden abrió

A la izquierda, un cañón alemán de 88 mm., considerado con razón como el terror de los blindados. Las listas de colores marcadas en torno al tubo indican los carros de combate destruidos.

Debajo, el gráfico ilustra los movimientos realizados en el frente de El Alamein entre el 25 y el 27 de octubre de 1942. La zona rayada es la de los campos de minas en la "tierra de nadie".

LA MUERTE DEL GENERAL STUMME

Hacia las 20 horas del 23 de octubre el crepúsculo africano empezó a colorearse de violeta, como sucede con frecuencia en el desierto, mientras por detrás del puesto de mando alemán, en la hondonada de Tel-el-Eisa, desaparecía el sol en un triunfo deslumbrante. Los oficiales del Estado Mayor se cuadraron rígidos cuando el general Georg Stumme se colocó en la cabecera, y luego todos se sentaron. El general Stumme no gozaba del prestigio ni de la popularidad de Rommel entre los hombres del Afrika Korps, pero su pasado de combatiente y su edad ya avanzada le prestaban un ascendiente indudable. Stumme era un viejo carrista que tenía en su haber extraordinarias y brillantes operaciones, y la partida de Rommel, causada por motivos de salud, le había puesto a la cabeza del cuerpo expedicionario alemán en el norte de Africa. Aquella noche la cena fue particularmente alegre bajo la lona del comedor de oficiales, en torno a la improvisada mesa puesta con tablones y caballetes de madera. Alguien había conseguido matar una gacela y por una vez la carne era más apetitosa que la que generalmente proporcionaba intendencia.

No había mucho de qué alegrarse en mitad del desierto, a la espera de suministros que no llegaban nunca, pero aquella noche la cena favoreció una cierta euforia. Se sirvió vino helado y los oficiales se retrasaron un poco en la sobremesa. El momento de la cena era el de mayor distensión de la jornada, especialmente para quien podía sentarse a la mesa del comandante. La mayor parte del trabajo estaba hecho, y el calor sofocante dejaba paso al fresco de la noche en tanto las temperaturas no llegaban a los mínimos nocturnos. Inesperadamente, a las 21,40 el cielo pareció incendiarse en el sector oriental del frente "en la mayor tempestad de fuego que jamás se habia visto en la guerra". *Ensordecedoras explosiones hicieron sobresaltarse a los oficiales y asustarse a los soldados. Ondas de aire sacudieron la mesa y volcaron las copas.*

La batalla de El Alamein había comenzado sin que nadie de los alemanes se hubiese dado cuenta de que la contraofensiva inglesa era tan inminente. Lo que sorprendió más a los oficiales alemanes fue que los ingleses fueran capaces de disparar con tantas bocas de fuego en el sector septentrional del frente, donde no se había notado ninguna concentración de artillería... El ataque se esperaba después de algunos días en el sector sur.

En efecto, el comandante de la 21ª División panzer telefoneó al poco rato, mientras Stumme trataba de enterarse de lo que estaba pasando, para anunciar que el principal ataque inglés parecía haberse lanzado precisamente en su sector, el meridional.

El Estado Mayor del Afrika Korps trató de trazar un cuadro de aquella situación, pero después de dos horas nadie era capaz de aclarar qué estaba en verdad sucediendo. Una cosa era cierta: esta vez los ingleses parecían decididos a actuar en serio y no se limitaban a alguna acción de hostigamiento. Pero esta era la única cosa cierta. Nadie era capaz de establecer dónde estaba presionando en serio el enemigo con intención de ruptura. Para complicar más la situación vino otra indicación: a espaldas del despliegue germanoitaliano, en la zona de la 90ª División ligera, en la costa del Mediterráneo, entre El Daba y Sidi Abd-el-Rahman, había llegado el fin del mundo. Nadie había entendido aún qué hacía el enemigo en aquel sector, pero todo parecía indicar que estaba en marcha un desembarco. Todo había empezado también allí con un intenso fuego de artillería procedente de los grandes cañones de los barcos, y luego toda la costa había sido ocultada por una espesa cortina de humo tras la que se podían escuchar descargas y ruidos de lo que tenía todo el aire de ser un desembarco: rumor de motores marinos, estruendo de cadenas, ráfagas de ametralladora, órdenes secas dictadas por voces nerviosas en los megáfonos... No había sido posible acercarse al litoral porque una vez cesado el bombardeo desde el mar había comenzado la acción de los aviones de caza ingleses, que tenían libre la retaguardia. Había un gran hedor a nafta quemada y un gran estruendo. Ciertamente, estaba pasando algo gordo. Se estaba reaccionando con un gran fuego de barrera, pero quizá sería oportuno hacer algo más.

El general Stumme se preguntó si verdaderamente, en apoyo al ataque de El Alamein, los ingleses estarían intentando coger al Afrika Korps entre dos fuegos con un desembarco por la espalda. Estratégicamente el movimiento era perfecto y no se podía subestimar el peligro. Secas órdenes fueron cursadas para que el regimiento de reserva de la 90ª División fuese enviado a la zona para resistir el ataque enemigo. Hasta al cabo de algunas horas, cuando la cortina de humo fue levantada por la brisa nocturna, no descubrieron los alemanes que habían sido engañados, y entre tanto habían perdido un

tiempo precioso y habían desperdiciado cantidad de material, y sobre todo, se habían retrasado en tener un cuadro realista de la situación. ¿Qué había sucedido? Muy sencillo. Los ingleses habían sacado de su arsenal secreto un arma falsa que usada en el momento oportuno había conseguido un productivo bluff: *el ruido de los preparativos de un desembarco procedía de una serie de grabaciones retransmitidas por algunas lanchas torpederas aproximadas a la costa al amparo de la cortina de humo. A bordo de algunas balsas se habían quemado bidones de gasolina mientras se lanzaban cohetes. Se había acudido, en suma, a una verdadera mixtificación del olfato y del oído, y así el general Stumme había sido engañado hasta el punto de inmovilizar por algunas horas una división entera. El resultado de todo esto fue una confusión aumentada. Mientras pasaban las horas, la presión inglesa se iba haciendo mayor y en el Cuartel General alemán no se lograba entender cuál era la intención del enemigo. El tiro de la artillería inglesa había descompuesto el despliegue germanoitaliano y había hecho más difíciles las comunicaciones. Para hacerse una idea clara, Stumme decidió realizar personalmente un reconocimeinto en primera línea. Subió a un semioruga y se hizo llevar al sector de la 90ª División. En la "cota 21" fue atacado por un grupo anticarro inglés. El semioruga saltó por el aire y el general fue arrojado al suelo. Ningún proyectil lo tocó, pero lo mató un infarto. Su muerte constituyó un duro golpe para el alto mando del Afrika Korps, pues en un momento tan difícil fue necesario proveer a un mando superior de urgencia.*

la discusión afirmando que el general Gatehouse, comandante de la 10.ª División acorazada, le había informado que las órdenes cursadas habrían provocado la destrucción de toda la fuerza acorazada inglesa. Montgomery, duro y resuelto como siempre, declaró que el ataque debía continuar.
Lumsden salió en su jeep guiándolo a través de masas de soldados y vehículos hasta los campos de minas, donde le esperaba Gatehouse, y le comunicó las órdenes de Montgomery. Gatehouse dijo que se negaba a seguirlas. Lumsden le replicó que a ese respecto sería mejor que él mismo hablara por teléfono con Montgomery. Gatehouse pasó a la zona de retaguardia y en un teléfono de campaña obtuvo la comunicación con Montgomery.
"¿Qué demonios ocurre?", le preguntó. Luego se desarrolló una acalorada discusión, pero al final Montgomery decidió cambiar sus órdenes. Sólo un regimiento de carros, en vez de seis, efectuaría la tentativa de ruptura.
Mientras el regimiento avanzaba fatigosamente a través de un campo de minas que ninguno había pensado en desembarazar, las piezas anticarro alemanas les dirigían encima un torrente de fuego. Los carros saltaban en un infierno de llamas. Como habían predicho Lumsden y Gatehouse, el ataque resultó un fracaso. El regimiento perdió casi todos sus carros.
En la mañana del 25 de octubre, Montgomery tuvo que enfrentarse con la posibilidad de un desastre completo. Su plan había sido demasiado complejo y difícil. Sus masas de carros y de infantería se habían atascado en los campos de minas alemanes en una confusión increíble. Los alemanes habían ganado el primer asalto.

El regreso de Rommel

Pero los alemanes fueron incapaces de aprovechar su éxito. Se habían quedado sin su jefe. Además, en el curso de la batalla el general Stumme había muerto de un ataque al corazón. Rommel estaba volando sobre el desierto, por orden personal de Hitler, para volver a tomar el mando.
Montgomery debía reelaborar su plan. Las esperanzas de una ruptura dentro de las veinticuatro horas habían sido ilusorias. Aunque se encontrase en la peor situación de su carrera, ni perdió el valor ni dudó del éxito final. Como escribió el general Leese:
"Estaba siempre calmado, nada le per-

Septiembre 1942

10 de septiembre

Los alemanes empiezan a utilizar en el asedio de Stalingrado los morteros experimentados ya contra Sebastopol.

10-11 de septiembre

Ataque aéreo inglés contra Düsseldorf; numerosas víctimas entre la población civil.

11 de septiembre

Ataque soviético sobre el Don contra las posiciones italianas; el ataque es rechazado.

12 de septiembre

El mando supremo soviético confía la defensa de Stalingrado al 62.º Ejército y a unidades del 64.º Ejército.

14 de septiembre

Buceadores italianos penetran en el puerto de Gibraltar y hunden un vapor. Fracasa una incursión inglesa contra Tobruk.

15 de septiembre

Los alemanes capturan las alturas al oeste de Stalingrado y avanzan en los barrios septentrionales y meriodionales, donde los soviéticos resisten tenazmente. Inicio de una ofensiva soviética en dirección de Voronez. Unidades navales japonesas atacan una formación de la flota americana cerca de Guadalcanal, hundiendo un portaviones estadounidense.

16 de septiembre

Un contraataque soviético al norte de Stalingrado es rechazado por los alemanes.

19-20 de septiembre

Ataque aéreo inglés sobre Munich.

21 de septiembre

El ministro del Exterior soviético, Molotov, recibe en Moscú al enviado especial de Roosevelt, Wendell Willkie, que asegura nuevos suministros de material y la apertura de un nuevo frente.



Zapadores italianos en el desierto bajo el fuego de la artillería inglesa. Atacarán con sus lanzallamas apenas comience el asalto.

turbaba. No le pasó nunca por la cabeza que los alemanes pudiesen vencer".

Durante dos días –el 25 y el 26 de octubre– Montgomery trabajó en sus planes. Entre tanto, por el campo de batalla había corrido la noticia: *"¡Rommel ha vuelto!".*

A las veinticuatro horas de haber dejado su cama de hospital en Semmering, Rommel estaba ya a la cabeza de sus valerosos veteranos. Se dio cuenta en seguida de que era necesario echar a los ingleses del saliente que habían abierto en las defensas alemanas. El 27 de octubre, eligiendo un momento en que el sol estaba tan bajo por el oeste que impediría la visibilidad a los artilleros ingleses, ordenó a los bajos carros de la 21.ª y de la 15.ª División que atacaran. Los carros se movieron hacia el este, girando sus cañones de derecha a izquierda en busca de blancos en medio de los surtidores de polvo y grava levantados por el bombardeo aéreo inglés.

Rommel lanzó su asalto en el momento en que la ofensiva de Montgomery se detenía en medio de los campos de minas. Pero, combatiendo a la defensiva, los ingleses fueron capaces esta vez de rechazar a los alemanes con pérdidas mucho menores. Era un éxito, aunque parcial, del que el VIII Ejército tenía necesidad. Rommel, sin saberlo, había hecho exactamente lo que Montgomery esperaba. Había gastado sus últimas fuerzas.

En verdad, aquel fue el momento decisivo de la batalla.

Aquella tarde Rommel fue informado de que su ejército estaba escaso de carburante.

El día siguiente transcurrió sin que ninguno de los dos adversarios se moviese. Después, el 29 de octubre, el VIII Ejército atacó de nuevo. Los australianos de la división de Morsehead irrumpieron en las defensas alemanas defendidas por la 164.ª División, la rodearon y llegaron luego a la carretera de la costa.

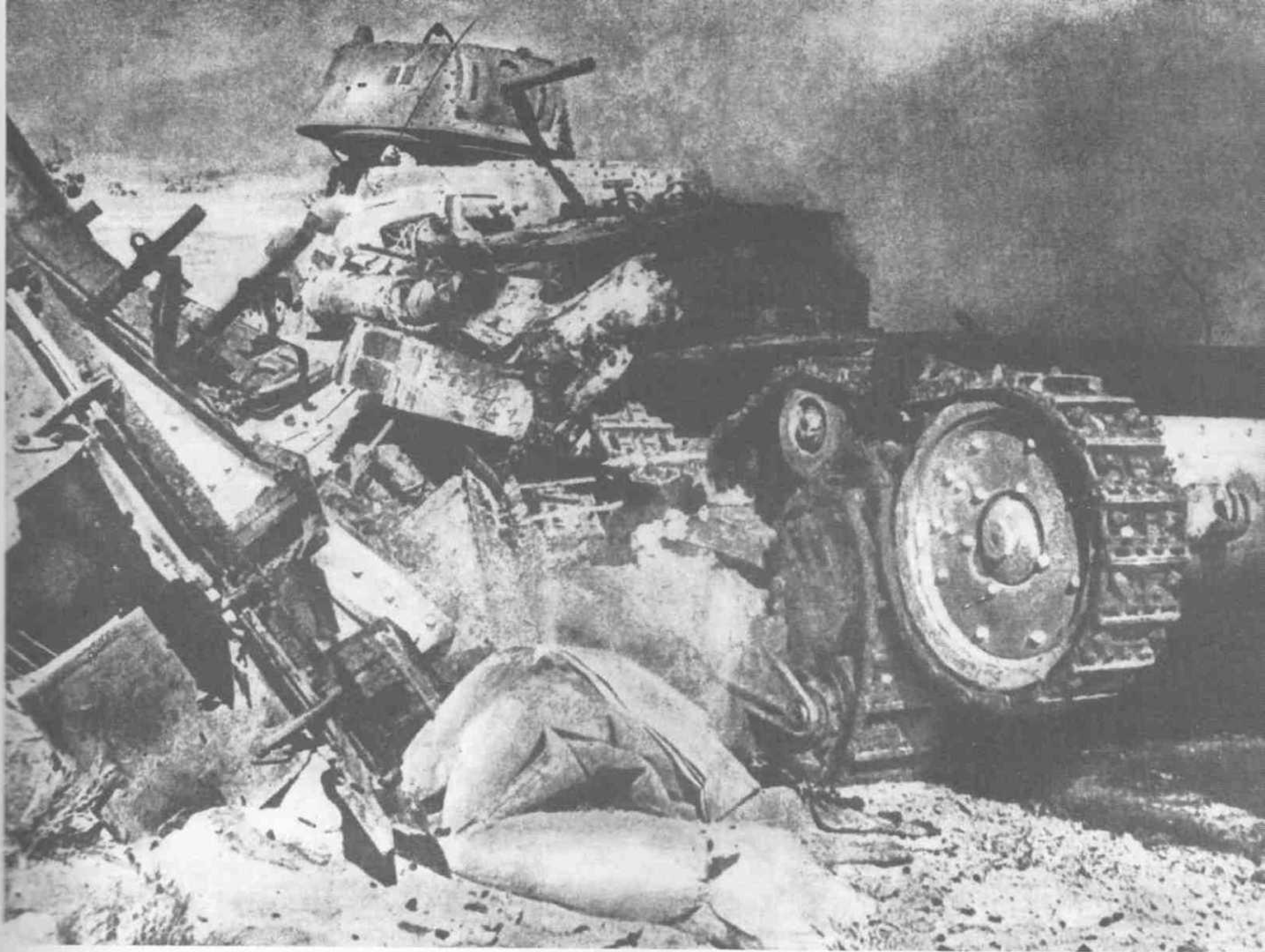
Este resultado fue obtenido en realidad al día siguiente, cuando los australianos lograron también aislar una parte de la 164.ª División cortándole la dirección de retirada. Con un violento contraataque, la infantería motorizada y los cañones de la 90.ª Ligera, y un grupo de combate de la 21.ª Panzer, acudieron en socorro de sus compañeros, devolviendo el equilibrio a la situación en aquel sector del largo frente.

Sin embargo, día tras otro el "Panzerarmee Afrika" se iba debilitando, y también por causa de los escasos refuerzos.

En los cascos semidestrozados de los carros, en torno a las trincheras apresuradamente excavadas, se amontonaban los muertos, ya indiferentes al tórrido calor. Después de una semana en el campo de batalla, bajo el fuego de la artillería y el bombardeo de los aviones, los supervivientes estaban desesperadamente cansados. Montgomery pensó que había llegado el momento de ejecutar su plan del 23 de octubre: una ruptura completa por parte de la infantería, y luego la persecución con los carros. Primero Montgomery pensaba lanzar el gran asalto final en la noche entre el 30 y el 31 de octubre, en el sector australiano. Pero cuando llegó a saber que Rommel se le había adelantado apostando en aquel sector la 90.ª Ligera, modificó su plan confiando el ataque a los neozelandeses, mucho más al sur. Pero retrasó el ataque veinticuatro horas porque, citando sus memorias, *"los problemas de organización eran tales que si hubiésemos atacado aquella noche hubiéramos ido al fracaso".*

Esto demuestra que en el curso de la batalla también el VIII Ejército se había debilitado y desorganizado. Sin embargo, las cosas iban poniéndose a favor de los ingleses a pesar de la tenaz resistencia de las fuerzas del Eje. También las tropas italianas supieron resistir a la prueba, con el sacrificio casi total de la división "Littorio" y particularmente de los Bersaglieri de los regimientos 7.º, 8.º, 9.º y 12.º, y de la "Folgore", la "Trieste" y la "Ariete". Rommel consiguió reducir la penetración adversaria. La famosa cota 28, conocida también como Kidney Ridge, fue escenario de furiosos combates. Los Bersaglieri atacaban las fortificadísimas posiciones inglesas a pleno día, al descubierto, armados sólo de valor. En todo el frente la resistencia fue superior a toda esperanza. Las divisiones en el sector meridional habían rechazado en las primeras líneas todos los ataques, destruyendo cerca de 300 carros de combate enemigos.

Era la una de la noche del 2 de noviembre cuando Montgomery lanzó su gran ataque llamado "Supercharge". El asalto de 800 carros y 360 cañones debería caer como un mazazo sobre el enemigo exhausto e inferior en número. Según las órdenes manuscritas de Montgomery, los ingleses, al alba, deberían ocupar una zona de desierto en torno a una colina llamada Tel-el-Aqqaqir, detrás del frente de Rommel y en sus líneas de aprovisionamiento. Durante el día los carros ingleses deberían abrirse con una maniobra de abanico por la retaguardia de Rommel, llevando al completo colapso a la "Panzerarmee".



Restos de carros de combate de la división italiana "Ariete", abandonados después de la batalla, testimonian la crudeza del combate.

ROMMEL ESCRIBE A SU MUJER DESDE EL INFIERNO DEL DESIERTO

27 de octubre de 1942:

"La batalla arrecia y probablemente romperemos el frente, a pesar de todas las graves dificultades. Podría pasar también que naufragásemos, y en tal caso todo el curso de la guerra se vería desfavorablemente influenciado, porque todo el Africa del Norte caería en manos de los ingleses. Esto podría pasar en el transcurso de pocos días, e incluso sin batalla. Hacemos cuanto es humanamente posible para vencer. Desgraciadamente, la superioridad del enemigo es enorme. Que la cosa se logre, que yo venza o no en la batalla, está en manos de Dios. La vida es dura para un derrotado. Yo miro de frente hacia mi destino, porque mi conciencia está tranquila. Cuanto era humanamente posible hacer, lo he hecho, y no me he ahorrado nada personalmente. Si tuviera que quedar en el campo de batalla, quiero agradeceros a ti y al niño por todo el amor y la ternura que habéis querido dar a mi vida".

29 de octubre:

"La situación cada vez es más seria. Cuando recibáis esta carta, nuestro destino estará ya decidido. Sólo quedan todavía unas pocas esperanzas. Paso las noches insomne porque el peso de la responsabilidad me impide dormir. Estoy mortalmente cansado".

Era de nuevo el plan original de Montgomery para El Alamein.
A la luz de la luna descendente, los carros ingleses –Sherman y Grant, de alta silueta, Grusader y Valentine, bajos y veloces– se movieron adelante, con los estandartes regimentales flameando en las antenas de radio. El silencio de la noche fue roto de nuevo por el rugido de los motores y el terrible sonido de las explosiones.
En las trincheras y en los carros, los germanoitalianos se prepararon a servirse de sus armas. Pero estaban cansados, demasiado cansados para combatir. Sabían además lo débil que era su ejército, y cuántas fuerzas de refresco podían agregar los ingleses a una batalla que parecía sin final, mientras que las reservas del Eje estaban ya agotadas. En esta situación, ¿bastarían el valor y las dotes militares de Rom-

mel para impedir que las órdenes de Montgomery fueran cumplidas al pie de la letra?

La última resistencia de Rommel

Las tropas germanoitalianas combatieron tan valerosamente y con tanta tenacidad que el VIII Ejército no llegó a casi ninguno de los objetivos previstos por Montgomery para el 2 de noviembre.
Una brigada inglesa perdió 87 carros, es decir, casi su entera fuerza. Al alba del 3 de noviembre, finalmente, los ingleses irrumpieron en el desierto, un objetivo que según Montgomery debería haber sido alcanzado nueve días antes, al comienzo de la batalla.
También "Supercharge" terminó en un relativo fracaso.
Pero no se había acabado. Mientras 700 carros ingleses se retiraban a Tel-el-Aqqaqir, los 90 carros de Rommel se preparaban a desafiarlos en la última gran batalla del desierto. Rommel sabía que ya no tenía ninguna posibilidad de vencer. Todo lo que podía esperar era entretener al VIII Ejército el tiempo suficiente para permitir a la infantería, desplegada en las defensas de El Alamein, que se retirara. Además, en un encuentro entre carros de combate, los alemanes, aunque cortos de carburante, demostrarían la superioridad de su táctica y de su adiestramiento. Los carros ingleses no se comportaron mejor bajo Montgomery de lo que lo hubieran hecho bajo Auchinleck o Richtie. ¡Setecientos contra 90! No sólo los ingleses no lograron romper el despliegue defensivo de Rommel, sino que en diversos puntos los alemanes atacaron desesperadamente, consiguiendo incluso hundir los salientes ingleses. Por todo el día Rommel y sus panzer frenaron la masiva persecución inglesa, dando al resto del ejército tiempo para retirarse. Rommel esperaba todavía alejar el grueso de su infantería, porque, como escribió, *"el enemigo se comportaba con sorprendente titubeo y máxima cautela"*. En aquel momento, en el mando alemán ninguno podía saber en qué estado de confusión se encontraba el VIII Ejército.
En ese momento crítico Rommel recibió una orden categórica de Hitler: la "Panzerarmee" debía resistir y morir en El Alamein. Las órdenes de retirada fueron canceladas.
Rommel llevó 22 de sus carros delante de la 90.ª Ligera y esperó el fin. Pero hasta el 4 de noviembre no irrumpieron en sus defensas las fuerzas de Montgomery. Finalmente, hasta Hitler dio la orden de retirada. Pero era demasiado tarde; la segunda batalla de El Alamein



ELOGIO DE LA DIVISION «FOLGORE»

Del diario del teniente carrista Hans Moser, ayudante del mariscal Rommel, 4 de noviembre:

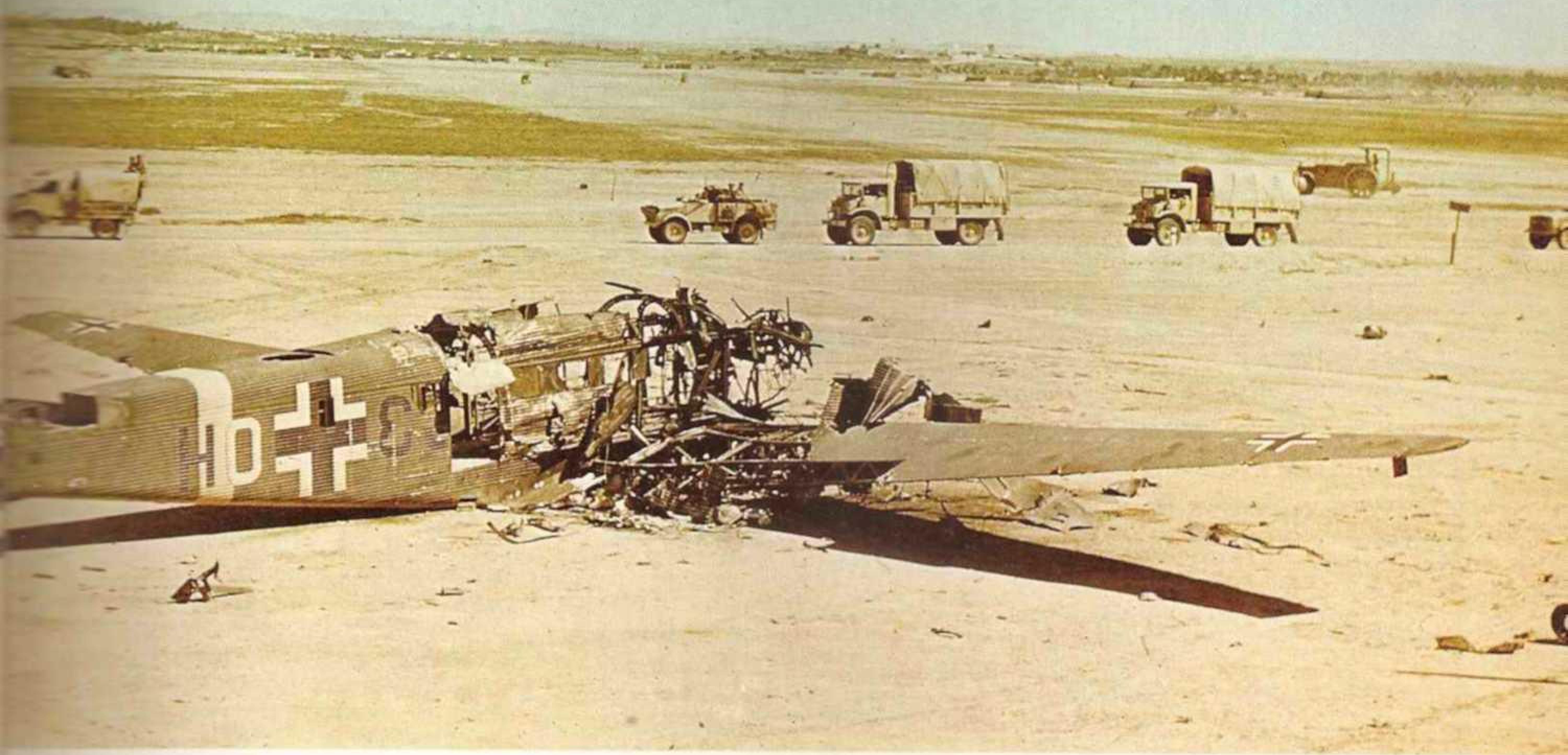
"Durante la batalla nos vemos obligados a trabajar en la clave durante cuarenta y ocho horas seguidas. Von Rintelen ha obtenido luego libertad de maniobra del Mando Supremo italiano. Pero pienso que la Fuka está perdida para siempre. Estamos en vísperas del Dunkerque africano. El mariscal está triste. Muchos de nuestros camaradas han caído heroicamente, junto a los italianos. Las tropas de la Fólgore están al nivel de nuestros mejores soldados. Hace cinco días que solicitamos al Mando Supremo italiano el envío de vehículos para evitar a las tropas de a pie italianas la dura suerte de ser aniquiladas o caer prisioneras. Quizá esta será nuestra suerte, la de todos nosotros. Es preferible caer en el campo... ¡Confiemos sólo en Dios!... Vamos hacia Marsa Matruk...".

9 de noviembre:

"Noche trágica. El enemigo ha desembarcado en Argelia. El A. K. no volverá a ver Europa".

18 de noviembre:

"Marchamos en retirada a gran velocidad. El mariscal considera necesario retirarse a Tunisia. Los italianos insisten en defender Tripolitania, lo que produciría un mayor desgaste de nuestras fuerzas. El mariscal Rommel está sereno, a pesar de los duros golpes recibidos. Tour le ha hecho leer ayer por la noche la proclama del general Montgomery al VIII Ejército antes de la ofensiva de El Alamein, en la que se cita la orden del general Alexander, que dice textualmente: 'Destruir a Rommel y a sus tropas'. El mariscal del Reich ha replicado que si hubiéramos tenido gasolina suficiente, a estas horas estaríamos en el canal de Suez, y no a punto de ser arrojados al mar, y ha añadido: 'Si me dan cinco carros de combate a mí y cinco a él (Montgomery) poniéndonos en una zona aislada del desierto con las mismas reservas de gasolina, ¡entonces veríamos cuál de los dos es más valiente!'".



había terminado. Así, gradualmente, la última resistencia de Rommel se transformó en una hábil retirada combativa, hasta tal punto que el Cuartel General inglés no pudo darse cuenta de si la batalla estaba verdaderamente acabada o no.

La fuga de Rommel

Para los defensores, si no han tenido éxito, el momento más difícil es el de la retirada. Están desorganizados y ya no combaten valerosamente. Todas las tropas huyen lo más velozmente posible, atascando las carreteras, mientras sólo pequeños grupos de retaguardia continúan combatiendo. El vencedor de la batalla recién concluida debe ser capaz de capturar grandes masas de hombres, cañones y material abandonado, mientras sus fuerzas de persecución hostigan al enemigo en retirada.
Estas eran las intenciones de Montgomery. Sus potentes divisiones acorazadas deberían haber alcanzado lo antes posible la costa, cortando el paso al ejército de Rommel y aniquilándolo a toda costa.
Pero el VIII Ejército, aunque hubiese ganado la batalla, había quedado tan exhausto y desorganizado que no había fuerzas de persecución dispuestas para avanzar. En la confusión del campo de batalla, una fuerza semejante debería haberse colocado junto con el grueso. Una división acorazada entró en un campo de minas señalado por cintas blancas y bien conocido, y quedó inmovilizada durante un día antes de que se comprendiese que el campo minado era un truco, realizado por los neozelandeses durante el verano. Otro grupo de carros llegó a la costa siguiendo atajos, pero sólo para descubrir que Rommel estaba ya lejos. El 6 de noviembre Montgomery cerró su trampa en un lugar llamado Baggush, al este de Marsa Matruk. Pero estaba casi vacía: contenía sólo un grupo de la 21.ª División, detenido en el desierto por falta de gasolina. Los panzer detuvieron una brigada acorazada inglesa hasta la puesta del sol, y luego, con la llegada de la gasolina, huyeron aprovechando la oscuridad. El día siguiente, cuando Rommel había ya escapado definitivamente, las lluvias (las primeras del invierno mediterráneo) transformaron el desierto en un pantano. Lo mismo el perseguido que el perseguidor se detuvieron.
Las batallas de El Alamein, iniciadas bajo el candente sol del 1 de julio de 1942, cuando los cañones de Auchinleck habían abierto el fuego, se habían terminado. En el curso de la segunda batalla de El Alamein, sobre la que se basó la reputación de Montgomery, los germanoitalianos sufrieron casi las mismas pérdidas que el VIII Ejército en su ofensiva de noviembre-diciembre 1941: 2.300 muertos, 5.500 heridos y 36.000 prisioneros. En noviembre de 1942 Rommel disponía de 22 carros; en 1941, de 31. En 1941 Rommel, sin embargo, había logrado recuperarse hasta el punto de desencadenar algunas poderosas ofensivas. Pero en 1942 no hubo tal recuperación. ¿Por qué? En 1941 Rommel se había retirado hasta

Restos de un Junker 52 para transporte de tropas, abandonados después de haber sido inutilizados.



Miembros de la policía militar inglesa registran a algunos oficiales italianos hechos prisioneros.

El Agheila, al sur de Bengasi, en la frontera entre Tripolitania y Libia. El Agheila se encontraba en una angostura fácilmente defendible, en medio de intransitables pantanos salados. Una especie de El Alamein al revés. Aquí estaba muy próximo a su base de Trípoli, mientras que los ingleses debían transportar desde el lejano Egipto todos sus suministros. Rommel estaba, pues, en posición de reorganizar sus fuerzas más deprisa que los ingleses. Y fue desde El Agheila desde donde se lanzó al contraataque. Ahora, después de la segunda batalla de El Alamein, Rommel corría hacia El Agheila con toda la velocidad que permitían sus camiones, sus carros y sus transportes. Habría podido lograrlo; el VIII Ejército estuvo muy lento en iniciar la persecución, y todavía más lento en llevarla adelante.

Pero el 8 de noviembre de 1942 Rommel recibió algunas malas noticias. Los angloamericanos habían desembarcado en el Africa septentrional francesa. Su avance hacia Túnez había comenzado. Según Rommel, *"esto decidía el destino del Ejército de Africa"*. En verdad los desembarcos angloamericanos significaban no sólo que Rommel debería correr a Trípoli para defender su base, sino también que los refuerzos y los suministros, de los que tenía necesidad desesperadamente, eran enviados a Tunisia, donde Hitler esperaba resistir la invasión aliada.

Desaparece el Zorro del Desierto

La retirada de El Alamein fue una de las gestas más valerosas y hábiles de Rommel. En una larga columna de camiones, sus veteranos recorrieron toda la carretera de la costa, señalada por postes telegráficos, en medio de un desierto de grava donde no crecían más que punzantes matojos de plantas espinosas.

Los italianos, dejados sin camiones y perdidos sus carros después de haberse batido por lo menos tan valerosamente como los alemanes, se encaminaron a pie y fueron fácil presa del VIII Ejército que, aunque lentamente, avanzaba siempre sobre camiones y carros.

Los alemanes colocaban las llamadas "booby traps", trampas explosivas, por todas partes, incluso en las palmeras. Cuando las fuerzas inglesas se aproximaban demasiado, Rommel desplegaba los carros y las piezas anticarro, entablaba combate durante algunas horas y después se escapaba de nuevo. *"Combatimos mucho"*, dijo el general Leese. *"Casi una batalla al día, porque con la retaguardia alemana había pocas bromas. Todos los días Rommel combatía con algo"*. Montgomery no quería correr riesgos. Sabía que los desembarcos de Eisenhower hacían ya segura la destrucción de Rommel, y se decía que no había necesidad de peligros inútiles. Montgomery no tenía ningún deseo de encontrarse con el Zorro del Desierto en terreno abierto.

Como dijo un general inglés, *"la reputación de Rommel había hecho mucha impresión en la mente de Monty"*. El 24 de noviembre Rommel se paró en El Agheila para dejar descansar a sus tropas. Le quedaba apenas un puñado de carros con los que defender un frente doble del de El Alamein. A lo largo de este frente Montgomery podía desplegar muy bien 120 carros.

¿Conseguiría Rommel su *bluff* de cubrir un frente tan largo con tan pocas tropas? Montgomery se creyó el *bluff* y se convenció de que tenía delante fuerzas imponentes. Se detuvo, pues, por tres semanas para organizar un potente ataque. Los soldados de Rommel tuvieron así la posibilidad de descansar y de obtener mientras tanto algunos refuerzos de Italia, lo que aumentó hasta 54 el número de carros a su disposición. Era invierno y la lluvia caía sin pausa sobre las tremendas extensiones del desierto. El 13 de diciembre Montgomery desencadenó un terrible bombardeo sobre las defensas de El Agheila. Durante toda la noche los relámpagos de las explosiones rasgaron la oscuridad. Al día siguiente dos divisiones de infantería inglesas y 163 carros empezaron a avanzar.

Llegaron tarde. Rommel se había marchado la noche anterior dejando sólo minas y "booby traps". Pero su retirada fue frenada por la crónica escasez de combustible y en los días siguientes la división neozelandesa logró adelantarle en la carretera de la costa. Parecía que Montgomery había capturado por fin a su escurridizo enemigo. Pero la 15.ª y la 21.ª Divisiones panzer arrollaron a los neozelandeses y desaparecieron en dirección oeste.

El 23 de enero de 1943 Trípoli, capital de la colonia italiana, cayó en manos de Montgomery. Desde los lejanos días de 1940 Trípoli aparecía a los ingleses como el premio más codiciado de la larga guerra del desierto. Ahora lo habían conquistado, y Montgomery los premió con un magnífico desfile por las calles de la ciudad.

Rommel llevaba mientras tanto sus tropas a Tunisia para unirlas al ejército germanoitaliano de Von Arnim que combatía a los angloamericanos de Eisenhower. La guerra del desierto se había terminado. Comenzaba la batalla por Tunisia. Rommel había logrado, con una de las más brillantes retiradas de la historia, llevar sano y salvo

a su ejército desde El Alamein hasta Tunisia. Era una pequeña recompensa por haber perdido la campaña del desierto después de dos años de batallas.

Después de El Alamein

Las tres batallas de El Alamein —primera batalla de El Alamein, batalla de Alam Halfa, segunda batalla de El Alamein— fueron en conjunto una decisiva victoria inglesa que puede ser equiparada a Stalingrado y a Midway. Antes de El Alamein parecía probable que Rommel lograría unirse con las fuerzas alemanas que bajaban al sur a través del Cáucaso, conquistando todo el Oriente Medio.

Esta eventual victoria habría entregado a Hitler los pozos petrolíferos del Irak y del Irán después de los de Bakú. Las fuerzas del Eje notaban la presencia de una escasez de combustible que obstaculizaba toda su máquina bélica, una presencia que se hacía más aguda de día en día. Los refuerzos americanos e ingleses a Rusia a través del Irán serían interrumpidos, haciendo difíciles las sucesivas victorias rusas en Stalingrado, si no imposibles. Con los ingleses privados del Oriente Medio, la India habría caído en manos de alemanes y japoneses. En suma, el mapa del mundo habría sido bastante diferente del que conocemos en la actualidad.

Estas posibilidades fueron destruidas por los cañones y los carros en El Alamein.

Además, la derrota germanoitaliana en Africa abrió el camino a la invasión de Sicilia y, a continuación, de la misma Italia. Se une a esto que la victoria inglesa en El Alamein aseguró la de Eisenhower en el Africa septentrional francesa. Cuando en mayo de 1943 las fuerzas germanoitalianas en Tunisia se rindieron, la entera costa meridional del Mediterráneo cayó en manos aliadas. El *mare nostrum* de Mussolini se había convertido en un lago aliado. Sin embargo, El Alamein fue la última campaña exclusivamente inglesa. Desde aquel momento los ingleses combatieron como aliados y asociados de los Estados Unidos de América.

KESSELRING: "NUESTROS ERRORES"

El mariscal Kesselring comentó con estas palabras la batalla de El Alamein:

"Montgomery había logrado sobre Rommel una victoria cuyo significado moral superaba en mucho su importancia efectiva. Por parte alemana comenzaron a revelarse puntos débiles que debían favorecer las futuras operaciones británicas. La aviación británica había superado ya su momento de depresión. La guerra en el mar podía ser llevada con mayor eficacia, y Malta se había convertido en casi inexpugnable. Apoyado por una fuerte aviación, el VIII Ejército británico estaba dispuesto a enfrentarse con las misiones más difíciles, tanto más cuanto que la resistencia eficaz opuesta hasta ahora había reforzado su confianza en sí misma.
Dadas estas premisas, ¿era oportuno esperar al gran ataque británico sobre las posiciones de El Alamein?
Dado que la literatura de la posguerra me ha atribuido la responsabilidad de una decisión semejante, debo fijar claramente y ante todo un punto, y es que en calidad de jefe de una flota aérea y de comandante del sector meridional, me había reservado una voz en las reuniones y el derecho a plantear objeciones, pero no era de hecho el superior de Rommel. Rommel dependía entonces del mariscal Bastico, y éste a su vez del Mando Supremo italiano. Además, se sentía responsable frente al Mando Supremo alemán, con el que mantenía estrechas relaciones, que tenían también su importancia.
Mediante esta precisa constatación no intento negar mi responsabilidad en calidad de consejero de Rommel, en cuanto éste fuera aún accesible a los consejos. Pero opino que en este caso, como en muchos otros, se me pueden aplicar las palabras de Hindenburg, de haber tenido siempre que llevar la responsabilidad de los fracasos mientras que los éxitos eran atribuidos a otros.
Recuerdo con exactitud cuanto sucedió después del fin de la campaña de Tunisia (mayo 1943). Mis dos jefes me animaron a desmentir las acusaciones injustas e inexactas contra mi comportamiento de comandante. Yo rechacé la sugerencia declarando que uno debe llevar su responsabilidad ante la historia, y que por lo demás la verdad habría terminado por triunfar.
Habiendo precisado de este modo mi opinión en el tema, creo poder afirmar que ni el Mando Supremo alemán ni el italiano habrían puesto mucha resistencia a una petición de Rommel de retirarse a posiciones atrasadas. Rommel había encontrado hasta entonces el modo de hacer siempre aceptar su voluntad. Pero creía que la posición que ocupaba era verdaderamente fuerte. Las tropas eran buenas, y para un teatro de operaciones en Africa, numéricamente fuertes.
También los abastecimientos eran suficientes, al menos por el momento. Sin que se me acuse de excesivo optimismo, puedo lógicamente creer, basándome en los datos a mi disposición, que la posición podía haber sido defendida con éxito contra un ataque. Un juicio retrospectivo permite a su vez afirmar que obstinarse a permanecer en las posiciones de El Alamein era un concepto equivocado. Igual hubiera sido posible buscar una decisión sobre posiciones situadas un par de cientos de kilómetros más al este o al oeste, o esperar el ataque de Montgomery disponiendo de una defensa elástica".

LA GUERRA DE LOS ENGAÑOS

Rommel estaba convencido de que los ingleses eran informados desde Roma de la ruta de los convoyes. Pero las noticias provenían de interceptar por los descifradores de "Ultra" los mensajes alemanes.

Una de las circunstancias más sorprendentes de la crónica de la batalla de El Alamein está constituida por la ausencia del comandante en jefe del Afrika Korps en el momento decisivo. Erwin Rommel, considerado ya como uno de los más geniales estrategas de la guerra, había abandonado su puesto para marchar a Alemania. Había animado su viaje el deseo de decir a las claras a Mussolini y Hitler que las cosas en Africa no andaban bien, y que si continuaban así nunca se llegaría a Alejandría. También lo animaba a volver a la patria el deseo de pasar algunos días de montaña con su mujer, en Semmering, para someterse a algunas curas, pero nadie sabrá nunca con certeza si de verdad le era necesario aquel permiso. En todo caso es fácil suponer que si hubiese sospechado un ataque inminente por parte del enemigo, Rommel no se habría movido de El Alamein. ¿Por qué el servicio de información del Afrika Korps no fue capaz de dar la alarma? ¿Por qué los informadores del SIM, el contraespionaje italiano, no le hicieron saber nada? Y eso que había un gran movimiento de espías en la retaguardia inglesa, porque se había conseguido aprovechar, en ciertos casos, el espíritu antibritánico y anticolonial de los egipcios, hacia los cuales el fascismo había desarrollado una política bastante benévola. El general Cesare Amè —jefe de los servicios secretos italianos— reveló en su momento que diariamente el SIM era capaz de suministrar al general Rommel informaciones de primera mano procedentes de descifrar los informes que cada día enviaba al presidente Roosevelt el representante americano cerca del mando inglés en El Cairo. El servicio radiotelegráfico del SIM, que estaba en posesión del código usado por los diplomáticos americanos, descifraba regularmente esos informes y los enviaba al general Rommel.

A pesar de todo, en el momento decisivo el mando de las tropas del Eje en el norte de Africa quedó privado de información y fue también totalmente engañado por el enemigo. No es difícil explicar cómo pudo suceder una cosa así. En primer lugar, es necesario tener presente que los ingleses eran capaces de descifrar los mensajes secretos de las fuerzas armadas alemanas. Como se dice en su jerga, habían "desfondado" su código secreto y poseían la máquina que, con un procedimiento complejo pero rápido, permitía a los mandos alemanes convertir los mensajes en cifra. Aquella máquina se llama-



A la izquierda, Rommel reunido con Hitler en el cuartel general del "Nido del águila". En el momento del ataque de El Alamein, Rommel estaba ausente del teatro de operaciones.

En las páginas siguientes, arriba, una nave de carga italiana navega hacia el norte de Africa. La dificultad de abastecimiento perjudicó notablemente las posibilidades de los germanoitalianos.

Abajo, Cesare Amè, jefe de los servicios secretos italianos. El SIM "leía" la clave diplomática de los americanos.

ba "Ultra", y a ella se debe, como se ha indicado ya en el curso de esta narración, el mérito de numerosos éxitos registrados desde entonces en los libros de historia a beneficio de muchos generales aliados.

En aquel verano de 1942 sucedió precisamente esto en el frente agipcio: los ingleses eran capaces de conocer la vida, muerte y milagros de los germanoitalianos, porque "leían", por así decir, toda la correspondencia que salía del mando de Rommel y la que le llegaba. Aunque podría parecer increíble, si los alemanes e italianos hubieran lanzado un cable submarino desde Sicilia a Libia, probablemente la marcha de la guerra en Africa septentrional hubiera sido diferente. Pero nadie parece haber pensado en este cable, y los oídos del contraespionaje británico pudieron escuchar todo cuanto se decía entre El Alamein, Roma y Berlín.

Cada vez que un convoy cargado de municiones, vehículos, carros de combate, víveres y carburante se preparaba a atravesar el Mediterráneo, la meticulosa organización alemana comunicaba oportunamente la fecha de partida concretada al minuto, y la ruta prefijada con el horario de llegada. E invariablemente los ingleses hacían apostarse a sus submarinos a lo largo de la ruta de los convoyes con resultados fáciles de imaginar.

He aquí lo que escribe el historiador inglés Anthony Cave Brown: *"Mientras los alemanes estaban completamente a oscuras de las intenciones de Montgomery, las intenciones de Rommel eran claramente visibles a la luz de 'Ultra', que tenía a Montgomery plenamente informado sobre el modo como reaccionaba. 'Ultra' se había hecho ya utilísima, porque todas las comunicaciones entre Rommel, el OKW y el mando supremo en Roma se efectuaban necesariamente por radio, con mensajes cifrados por la máquina 'Enigma'. A Montgomery le proporcionó 'Ultra' el cuadro más detallado de un adversario que jamás un general consiguió en la guerra. El comandante del sector y el Estado Mayor conocían a la perfección las condiciones y despliegue del Afrika Korps, dónde estaban sus depósitos, las horas y las localidades de partida, además de las rutas de las naves dedicadas al suministro, los manifiestos de carga, el número y tipo y grado de utilización de los carros de combate, las condiciones de la aviación e incluso detalles relativos a la salud y al modo de pensar de Rommel.*

Así que a la larga fue mérito de 'Ultra' la decisión sobre la guerra del desierto. El Afrika Korps no era ya la unidad selecta de otros tiempos, pero seguía siendo un fuerte contingente capaz de infligir severas pérdidas, e incluso una derrota, a las fuerzas de Montgomery. Su mayor debilidad eran las líneas de abastecimiento desde Italia, y 'Ultra' reveló a los ingleses todo aque-





llo que debían saber para aislarlo casi completamente. Con la aprobación de Churchill, cuya última palabra esperaba en todas las cuestiones referentes a 'Ultra', Montgomery pidió y obtuvo una campaña aeronaval sin precedentes contra los suministros que llegaban a Rommel por el mar. Fue una campaña muy eficaz. En agosto, el 30 por ciento de los refuerzos destinados a Libia acabaron en el fondo del mar. En septiembre, otro 30 por 100 tuvo el mismo fin. En octubre, las pérdidas subieron al 40 por 100. Tropas, carros de combate, cañones, municiones, vehículos, suministros, material sanitario y sobre todo combustible, terminaron en el fondo del mar en un crescendo de destrucción. Mussolini, al que correspondía abastecer a Rommel, declaró en un memorial poco tiempo después que si los hundimientos continuaban a aquel ritmo, de 55.000 a 80.000 toneladas al mes, Italia terminaría por quedarse al cabo de seis meses con su sola flota de pesca. Las consecuencias para el Afrika Korps fueron catastróficas. Un mensaje 'Ultra' del 19 de octubre de 1942, cuatro días antes del comienzo de 'Lighfoot' (Pie ligero) —nombre convencional de la contraofensiva de Montgomery conocida después como Batalla de El Alamein—, revelaba que los carros de Rommel sólo tenían carburante suficiente para una semana. Sólo había harina para poder dar sólo tres semanas de pan a las tropas con la ración normal de medio kilo al día. Además los neumáticos y las piezas de recambio eran tan escasos, que una tercera parte el menos de los vehículos de Rommel estaban detenidos en los talleres por períodos de hasta dos semanas. Mientras el contingente operativo del VIII Ejército podía ser valorado en 195.000 hombres, Rommel no podía desplegar más de 50.000 alemanes y 54.000 italianos, muy por debajo de las cifras regulares orgánicas. Además, era muy elevada la proporción de enfermos, y la situación de municiones sólo permitía a todas las armas unos nueve días de fuego".

La situación, como se desprende del pasaje citado, no era ciertamente brillante para los germanoitalianos. Rommel la habría juzgado incluso de catastróficamente irreparable si hubiese sospechado que Montgomery "leía" todas sus cartas. Combatir así no quería decir, evidentemente, luchar con armas iguales.

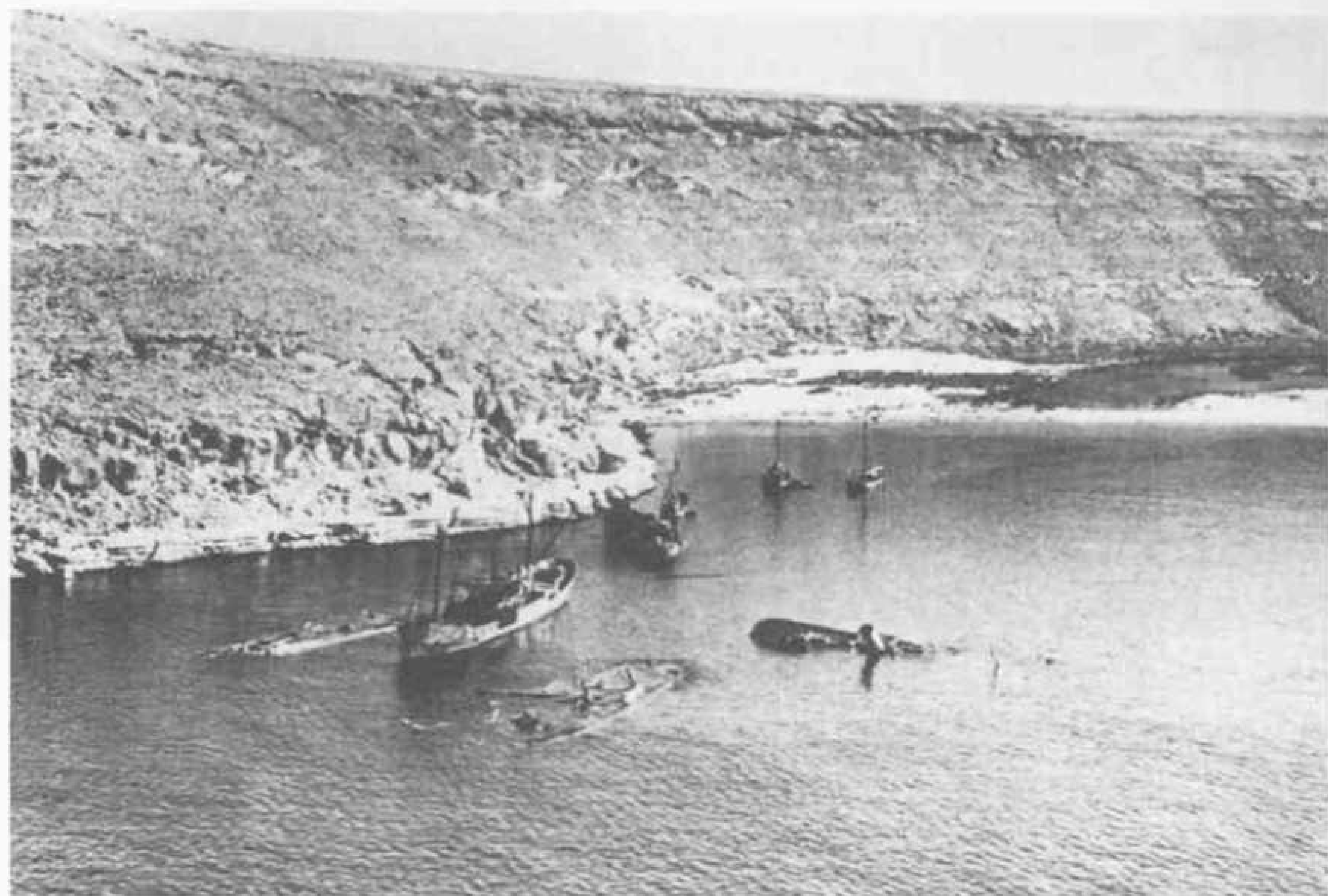
Rommel estaba preocupadísimo por la

Arriba, un submarino británico de la clase O fotografiado desde un avión poco antes de su partida.

En la página contigua, arriba, barcos italianos de carga destruidos en el puerto de Bardia durante el avance inglés en el norte de Africa. Abajo, suministros de gasolina en El Alamein. La falta de carburante fue una de las causas de la derrota del Eje en Africa.

lentitud con que llegaban los suministros, y como todos empezó a sospechar que la singular fortuna inglesa en la caza de convoyes entre Italia y Libia era ayudada por algunos traidores. Las mismas sospechas fueron abrigadas en aquellos días por los soldados alemanes e italianos que, bajo el sol del desierto egipcio, se encontraban enfrentados a los ingleses. Y en Italia el hombre de la calle hablaba abiertamente de traición. No pocas sospechas, comentadas en voz baja, implicaban a los altos cargos de la marina, mientras que por parte política se tendía a arrojar la sombra de la sospecha sobre los antifascistas y todos aquellos que murmuraban de la "guerra fascista".

Rommel llegó al punto de hablar abiertamente de traiciones italianas en el curso de su conversación con Hitler. El comandante en jefe dejó El Alamein el 23 de septiembre. Un mes antes de que Montgomery desencadenase la ofensiva. Rommel estaba convencido de que los ingleses no estarían preparados antes de principios de noviembre y calculaba que tendría tiempo para una cura. Partió en su avión personal e hizo una primera etapa en Roma, donde Mussolini le recibió en el Palacio Venecia.



Rommel sabía con qué ansia esperaba Mussolini el salto a Alejandría (el Duce había incluso escogido un caballo blanco sobre el que pasaría revista a las tropas tras la conquista de la ciudad, desenvainando la "espada del Islam"), pero la conversación se desarrolló en tono amargo y resentido por una parte y por la otra. Mussolini consideraba que no se podía hacer más de lo que estaba haciendo Italia, y Rommel le replicaba que las cosas iban de mal en peor. En cierto momento dijo: *"A menos que sean enviados suministros en la medida pedida por mí, nos veremos obligados a abandonar el norte de Africa".*



Poco después, Rommel solicitó hablar con el Führer. Hitler se encontraba en Vinnica, en Ucrania, uno de los cuarteles generales en el frente ruso, y Rommel fue allí en avión: *"En el curso de la primera semana de septiembre* —dijo a Hitler— *los ingleses han hundido cuatro buques de transporte y tres petroleros. En este estado de cosas hace falta confesar que la situación en el norte de Africa es desesperada".* Fue en esta ocasión cuando declaró claramente a Hitler sus sospechas respecto a los italianos. Añadió: *"Quizá haya alguna fuga en el sistema de seguridad italiano, lo que a efectos del resultado es una misma cosa".*

Hitler quedó afectado por el pesimismo de Rommel y trató de reanimar la moral del general. Le dijo que nuevos convoyes iban a atravesar el Mediterráneo, que nuevos tipos de carros de combate se sumarían a los antiguos, que un nuevo caza mejoraría su aviación y que pronto recibiría "Nebelwerfer", morteros de grueso calibre y tubos múltiples. Le habló incluso de un arma secreta que los científicos alemanes estaban preparando y que tendría una potencia extraordinaria, tal como para *"derribar de la silla a un hombre a tres kilómetros de distancia".* En resumen, dijo Hitler a Rommel, a pesar de las apariencias la situación no era desesperada en Africa. *"No se preocupe. Trato de dar al frente africano todo el apoyo necesario. No tenga miedo. ¡Llegaremos a Alejandría!".*

Rommel se sintió reanimado después de la conversación con Hitler, subió de nuevo a su aparato y marchó a Wiener



A la izquierda, el ministro alemán de armamentos Speer prueba con el ingeniero Porsche (detrás de él) el casco de un nuevo tipo de carro de combate.

En la página siguiente, bombardeo nocturno inglés en el puerto de Tobruk. El objetivo es el convoy italiano recién llegado.

Neustadt, en la periferia de Viena, donde le esperaba su mujer para acompañarlo a la montaña.
En Africa, en aquel momento, Montgomery había establecido ya lanzar el ataque la noche del 23 de octubre. Sin duda, si hubiera sospechado esto, Rommel no habría partido, aunque se sintiera en malas condiciones de salud. Pero no tenía ninguna sospecha sobre los planes del enemigo, por lo que no había motivos para negarse unos días de reposo. Por lo demás, no parece haber tenido motivos de sospecha y un gran mérito de esto debe ser atribuido al activo de cuantos en el ejército inglés trabajaban en el "juego de los engaños". En particular, del coronel Dudley Clarke y del coronel Noel Wild, que tenían sus oficinas en una antigua casa de tolerancia en Kasr-el-Nil, en El Cairo.
Clarke era un experto de la "guerra fuera de las reglas" y era jefe de la "Fuerza A". Su obra maestra fue realizada el día que convenció a Eisenhower de la existencia de dos ejércitos ingleses de reserva, el IX y el X. El general americano se animó tanto con la noticia, que emprendió animosas operaciones, hasta que un buen día pidió que finalmente se enviara al frente al menos uno de los dos ejércitos, y hubo que confesarle que Clarke, el ilusionista, le había hecho creer algo que no era verdad... Un personaje de esta clase no podía por menos que estar rodeado de un *équipe* singular; de él formaban parte un prestidigitador, un pintor, un par de profesores universitarios, un químico, un realizador, algún agente secreto...
Como experta en la materia por haber dado pruebas anteriormente de atrevimiento y fantasía, la banda de Clarke y Wild fue encargada de ayudar a Montgomery a esconder el VIII Ejército británico. Los dos coroneles fueron convocados por el jefe de Estado Mayor de Montgomery, el general Sir Francis de Guingand, que los recibió en un furgón adaptado, en la playa de Burg-el-Arab, y les explicó las exigencias tácticas de la sección de operaciones.
El VIII Ejército tenía un frente de 70 kilómetros entre el mar y la depresión de El Qattara, en una zona desértica enteramente allanada y descubierta. Para Montgomery, que quería romper el despliegue germanoitaliano, sólo había una posibilidad: el ataque frontal sobre el sector norte del frente. A esta conclusión —y los ingleses estaban seguros— había llegado también Rommel, desde el momento en que aquel movimiento tenía el aire de ser el único de cierta lógica táctica, pero esto hacía previsible una encarnizada resistencia del enemigo, que sería acometido en el mismo punto en que esperaba el golpe. De aquí la exigencia de lograr engañar al adversario con algún invento que le hiciese desguarnecer un trecho de frente en el punto de ataque para defender un falso objetivo.
En suma: *"Montgomery atacaría al norte, pero quería enmascarar todos los preparativos y convencer a Rommel de que el ataque sería lanzado en el sur. Pero, dado que una concentración al norte no podía ser enmascarada y disfrazada indefinidamente, quería también minimizar las proporciones aparentes y organizar los preparativos de modo que, cuando todo estuviese verdaderamente preparado para el ataque, Rommel seguiría creyendo que los ingleses no estaban dispuestos y que le quedaría todavía un par de semanas de tiempo".*
Si la zona de El Alamein no se hubiera encontrado en el desierto, los deseos de Montgomery hubieran sido fácilmente atendibles, pero la situación de los dos despliegues era desesperante: ingleses y germanoitalianos se vigilaban con los prismáticos de un lado a otro del despliegue, y el vuelo de un observador era capaz de indicar la posición de un camión o de un carro armado, la diversa disposición de cualquier acampada, o el distinto aparcamiento de una camioneta. La "Fuerza A", la unidad con la que Clarke y Wild debían montar su "juego de engaños", debía disimular en este inmenso territorio allanado y desnudo cosa de un millar de carros de combate, otro millar de piezas de artillería, más de 80 batallones de infantería y algunos millares de vehículos, además de muchos millares de

toneladas de suministros, sin que Rommel se apercibiese de nada.
Con amarga ironía, De Guingand concluyó su exposición con estas palabras dirigidas a Clarke: *"Querido coronel, esto es todo. Resumiendo, usted debe esconder 150.000 hombres con 1.000 cañones y 1.000 carros de combate en una llanura plana como una mesa de billar, y los alemanes no deben enterarse de nada, aunque observen todos sus movimientos, escuchen todos los ruidos y lleven cuenta de todas las huellas dejadas por cada vehículo en la arena. Todos los árabes de la zona le observarán y contarán a los alemanes lo que está haciendo por el precio de un paquete de té. Usted no lo va a conseguir, pero, ¡por Júpiter, tiene que conseguirlo igualmente!"*.
Gran parte del trabajo fue confiado al teniente coronel Geoffrey Barkas, un realizador cinematográfico, pero también se reveló muy útil el comandante Jasper Maskelyne, un ilusionista de cierta fama. Los dos, en la sala de espera de tercera clase de la estación de ferrocarril de El Alamein, ya inutilizada, se pusieron a elaborar un plan en el que tenían gran importancia las sombras y los camuflajes. El resultado fue el deseado. No sólo alemanes e italianos acabaron por convencerse de que, intentando desesperadamente no levantar sospechas, los ingleses preparaban el lanzamiento de su ataque por el sur, sino también se convencieron de que las cosas iban para largo, aunque todo estaba preparado para la fecha fijada por Montgomery.
Hacia la medianoche del 23 de octubre, menos de cuatro horas después del comienzo del ataque inglés, el mariscal de campo Keitel telefoneó a Rommel desde Rastenburg, el cuartel general del Führer en Prusia.
A las 12 del día siguiente, Rommel descendía del avión en Ciampino, Roma, y mientras se procedía a repostar carburante tuvo una conversación con Von Rintelen, el general que tenía el cargo de agregado militar en el Quirinal. El fue quien dio a Rommel las últimas noticias: el ataque inglés estaba aún en marcha, el general Stumme había muerto, y la situación era difícil, porque las tropas estaban especialmente escasas de gasolina. Todos los carros de combate y las camionetas tenían sólo a su disposición tres reservas. Rommel extendió los brazos desesperado. En aquellas condiciones la batalla estaba ya perdida. Pidió a Von Rintelen que hiciera algo, y embarcó de nuevo.
Rintelen hizo intervenir al mariscal Kesselring, el cual se afanó por sacudir a Mussolini de su sopor. Este prometió que un pequeño convoy de cinco barcos saldría en seguida para Libia. Kesselring, satisfecho, volvió a su mando y se alegró de poder anunciar a Rommel en un mensaje cifrado que no debía preocuparse: cinco barcos cargados de municiones y combustible llegarían a Tobruk antes de setenta y dos horas. Pasarían con un poco de suerte. Rommel leyó el mensaje en el mismo instante en que en Londres lo leía también el jefe del grupo de escucha e interceptación "Ultra", Winterbotham. Este telefoneó a Churchill para plantearle una cuestión: ¿había que hundir los barcos italianos que llevaban suministros a El Alamein? Churchill contestó que sí. El otro le hizo observar que de ese modo se podía poner en peligro a "Ultra". ¿Y si los alemanes hubieran cambiado de código, movidos por legítimas dudas? Churchill respondió que en esto pensarían después. Por el momento lo más urgente era acorralar a Rommel.
La mañana del 27 de octubre algunos aviones ingleses aparecieron de entre la niebla cerca de Tobruk y hundieron el "Proserpina", los petroleros "Tripolina" y "Ostia", el "Zara" y el "Brioni". No se salvó ni uno de los cinco barcos. Convencido de que se trataba de otra traición de los italianos, Rommel pidió a Kesselring una severa investigación para descubrir a los espías, aunque preguntó si no valdría la pena comprobar también la seguridad de la clave de las fuerzas armadas alemanas. En Londres, Winterbotham se dio cuenta de que sus más pesimistas previsiones se iban a realizar y que "Ultra" estaba verdaderamente en peligro. Entonces acudió a otro recurso: sugirió que el contraespionaje inglés enviase desde El Cairo —en una clave fácilmente asequible a los alemanes— un mensaje para los inexistentes "agentes" en Italia; había que darles las gracias por haber permitido un golpe tan afortunado, con la promesa de que también recibirían un premio especial.
Como estaba previsto, los alemanes interceptaron y descifraron el mensaje, que confirmaba sus sospechas de una traición italiana. Los terribles "juegos del engaño" habían tenido éxito. Pero, además de favorecer la victoria británica en El Alamein, harán que todavía durante muchos años después de la guerra siguiera pesando sobre los altos mandos de la marina italiana la sombra de la traición. Una sombra que sólo desaparecerá cuando, más de treinta años después, revelen los ingleses por lo menos una parte de su secreto, es decir, la existencia de "Ultra". Muchos detalles de la cuestión quedan sin embargo todavía secretos. Por lo que parece, a ellos va ligada gran parte de la fama de generales y almirantes como Cunningham, Montgomery, Alexander, Patton e incluso Eisenhower...



LOS AMERICANOS DESEMBARCAN EN ORAN

El ambiguo comportamiento de los franceses.
La muerte misteriosa del almirante Darlan.
Los franceses hunden la flota de Vichy en Tolón.

Mientras la batalla rugía en el frente de El Alamein, en la noche entre el 8 y el 9 de noviembre de 1942, una gran flota de 850 barcos procedentes en parte de Inglaterra y en parte directamente de los Estados Unidos, realizaba importantes desembarcos de tropas en las costas atlánticas y mediterráneas del norte de Africa.
Objetivos primarios eran los puertos de Orán y Argel en Argelia, y de Casablanca en Marruecos. La operación, preparada apresuradamente bajo la presión de los soviéticos, que exigían la apertura de un segundo frente capaz de aligerar el ataque alemán contra Rusia, había recibido el nombre de "Torch" (antorcha). Este apresuramiento de concepción y ejecución aparecía bien claro en el conflicto entre objetivos militares y objetivos políticos, y frente a los grandes problemas surgidos del difícil contacto con las autoridades francesas.
En realidad, el desembarco en Africa septentrional venía a sustituir y retrasar, como se ha indicado, al segundo frente en Europa que los rusos invocaban con tanta insistencia, y que los aliados no estaban aún preparados para abrir. Los rusos no dejaron de protestar. Un desembarco en el norte de Africa les parecía una diversión demasiado limitada, mientras que ellos luchaban por la supervivencia entre las ruinas de Stalingrado. Los aliados replicaron que si Rommel fuese cogido en una tenaza entre el VIII Ejército de Montgomery, que avanzaba desde el este, y las fuerzas angloamericanas desembarcadas al oeste, se inferiría un golpe terrible a las tropas y a la moral de los germanoitalianos.
Last but not least (lo último, pero no lo menor), como decían los generales ingleses, era que el control de las costas meridionales del Mediterráneo aseguraría a los aliados un excelente "trampolín" para atacar el "blando vientre" de Europa —la expresión era de Churchill—, lo que habría obligado a los italianos a salir de la guerra pidiendo la paz. Además, la operación aliada podía ser útil para hacer reflexionar a Turquía y España, convenciéndolas de adoptar una actitud más favorable a la causa aliada.
Finalmente —había hecho notar el Almirantazgo inglés— el control del Mediterráneo ahorraría a los convoyes aliados dirigidos al Medio y Extremo Oriente millares de kilómetros de viaje, reduciendo prácticamente a cero sus pérdidas.
La presagiada colaboración del ejército y de las autoridades francesas permitiría a las fuerzas aliadas atravesar rápidamente Marruecos y Argelia. Luego, con la retaguardia y las líneas de comunicación garantizadas, podrían entrar en Tunisia, cortando toda vía de retirada a Rommel, y triturando sus fuerzas en la inmensa tenaza formada por los soldados de Montgomery y los contingentes recién desembarcados.

El general De Gaulle y los "franceses libres"

Si los franceses no hubieran opuesto resistencia, las fuerzas angloamericanas no habrían sido obligadas a combatir contra ellos, y por tanto no habrían sufrido pérdidas, encontrándose prontas a afrontar a los germanoitalianos ya desplegados en Tunisia.
Pero estas condiciones ideales se verificaron sólo parcialmente. En realidad, el "Ejército de Africa" y la administración colonial francesa eran violentamente anglófobos, escasamente impregnados de espíritu democrático, y más o menos "pétainistas" en los diferentes grados jerárquicos. Los industriales fieles a Pétain realizaban negocios muy



Noviembre de 1942: Unidades americanas destinadas al desembarco en Orán esperan el momento de tomar posiciones sobre las lanchas de desembarco que las esperan.

ventajosos con Alemania y con Italia. Los franceses de la media y pequeña burguesía eran favorables en grado máximo a los aliados, pero su peso político y su iniciativa eran casi nulas. Por otra parte, la marina francesa no podía olvidar la agresión de Mers-el-Kebir en 1940. En cuanto a los ingleses, tenían también sus motivos de rencor contra los franceses. En Siria los franceses de Vichy habían opuesto una tenaz resistencia a la ocupación inglesa. El mismo espíritu de resistencia se había manifestado en Madagascar, mientras en Extremo Oriente Francia había sido sustituida por japoneses en Indochina. En cuanto a la flota francesa de Orán, Alejandría y Tolón, se había negado a pasar al otro lado. Por todas estas razones los aliados imprimieron a la "Operación Torch" un tono marcadamente norteamericano. Por ejemplo, como comandante en jefe fue nombrado el general americano Dwight Eisenhower. Los contingentes desembarcados estaban constituidos, por otra parte, por tropas esencialmente americanas. Sin embargo, la posición americana seguía siendo difícil. Ante todo, los americanos no tenían de la política francesa la experiencia inglesa, y se encontraban además en la molesta situación de "agredir" o al menos invadir un país neutral que no les había provocado en lo más mínimo. Todo había resultado más complicado







por la actitud de los americanos y la del gobierno de Vichy en relación con el general Charles de Gaulle. El gobierno de Vichy lo consideraba, junto a sus seguidores, como un traidor porque no había querido aceptar la suspensión de la lucha contra los alemanes y la capitulación firmada por el gobierno legal. Para De Gaulle y sus "franceses libres", los verdaderos traidores eran más bien los hombres de Vichy y los colaboracionistas, y se sabía que tenían intención de hacerles justicia terminada la guerra. Y desde el momento en que las autoridades coloniales del norte de Africa habían sido puestas todas en sus cargos por el gobierno de Vichy, eran profundamente hostiles a De Gaulle y a su "Francia libre". Respecto al

En la página contigua, arriba, soldados americanos se agrupan en el muelle tras haber bajado de los barcos que los llevaron a Casablanca, Marruecos.

Abajo, el general Dwight D. Eisenhower, comandante en jefe del contingente americano desembarcado, y (a la derecha) el general Charles de Gaulle, jefe de las FFL (Fuerzas Francesas Libres).

En la parte inferior, esquema de la "Operación Torch" (Antorcha), realizada por los aliados principalmente para atender las peticiones soviéticas de un desembarco que ocupase a los alemanes, aliviando así la presión sobre el frente oriental.

---

general De Gaulle, la opinión de los americanos era más compleja y bastante menos racional. Los americanos no tenían ninguna confianza en el general a causa de su fracaso en Dakar, que atribuían a filtraciones de noticias ocurridas en su Cuartel General de Londres. El Estado Mayor americano temía también que el ejército de Vichy opusiera mayor resistencia a los desembarcos en los que participaran "gaullistas", como se les llamaba entonces, con un consiguiente aumento de pérdidas aliadas.
El general De Gaulle era también personalmente antipático al presidente Roosevelt, y tampoco encontraba un defensor muy convencido en Churchill. Ambos estaban irritados por sus modales huraños y su altanería, y consideraban que no tenía un verdadero seguimiento en Francia, y por tanto, que no representaba a nadie.
La consecuencia de todo esto fue la decisión de no hacer participar fuerzas gaullistas en la "Operación Torch", sino al contrario buscar asegurarse el apoyo de los dirigentes de Vichy. Los americanos transportaron en submarino al general Giraud, conocido por sus opiniones de extrema derecha y por una afortunada evasión de un campo alemán de prisioneros, pero también por su rivalidad con De Gaulle. Se aseguraba que en torno a él se reunirían los franceses del norte de Africa que no tenían muchas simpatías por el movimiento gaullista, pero que, sin embargo, eran decididamente antialemanes.

El caso del hijo del almirante Darlan

La diplomacia americana hizo todos los esfuerzos para lograr simpatías para la causa aliada. El consejero político Robert Murphy, ayudado por el almirante William D. Leahy, ex embajador de Estados Unidos para el gobierno de Vichy, trató de unir y organizar los elementos favorables a la presencia de los aliados en el norte de Africa. Tres semanas antes del desembarco el general Mark Clark, por su parte, había llegado en submarino al norte de Africa con el fin de convencer a los

Septiembre 1942

22-23 de septiembre

Visita del presidente del Consejo de Ministros rumano, Antonescu, a Hitler.

24 de septiembre

El jefe del Estado Mayor del ejército alemán, general Halder, dimite por sus divergencias de opinión con Hitler. Le sucede el general Zeitzler.

24-27 de septiembre

Se desarrolla un ataque alemán en dirección a Tuapse.

30 de septiembre

Tropas USA ocupan el Congo Belga de acuerdo con las autoridades. Marines USA desembarcan en Port Moresby a fin de lanzar una contraofensiva sobre las tropas japonesas de Nueva Guinea.

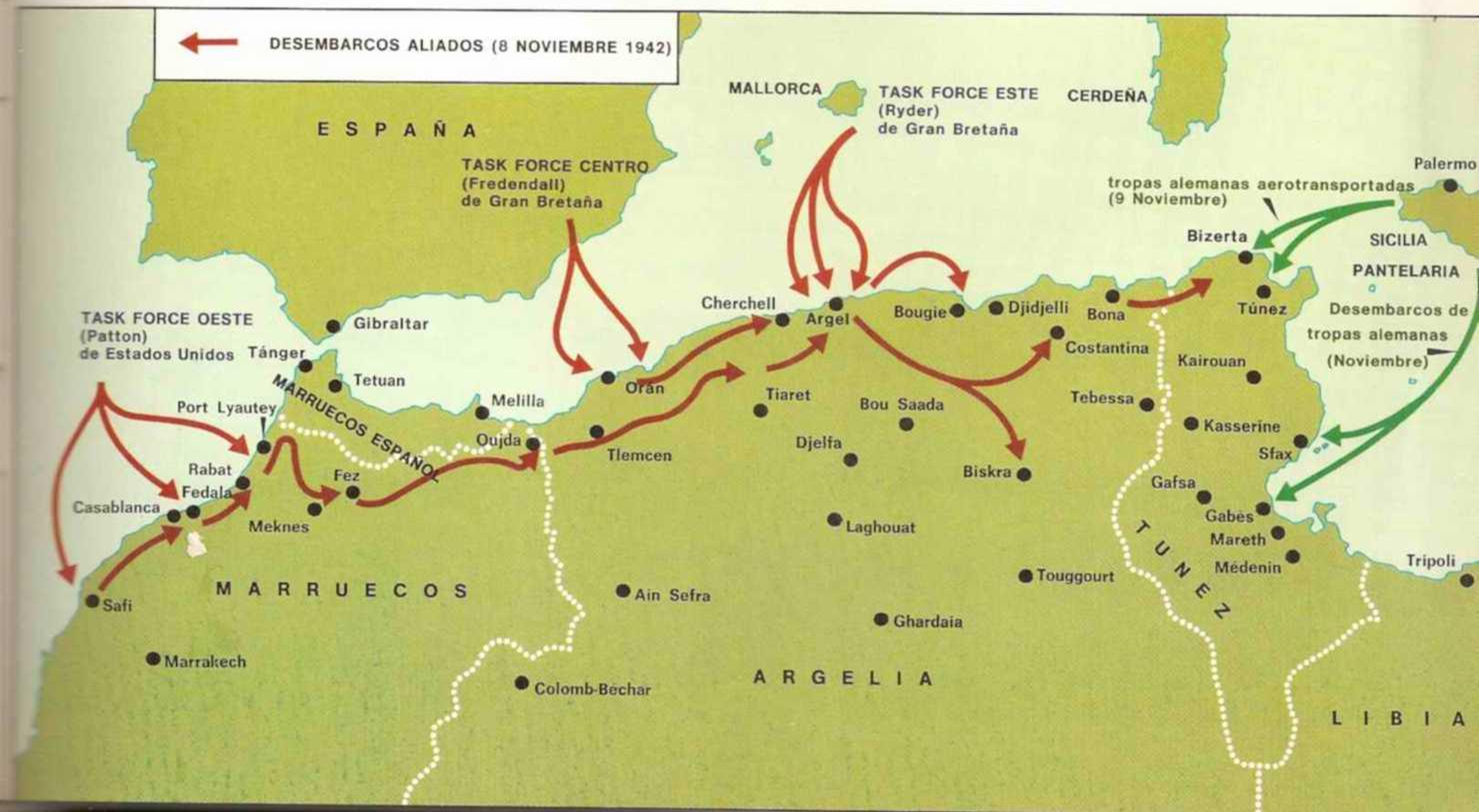
Octubre 1942

1-31 de octubre

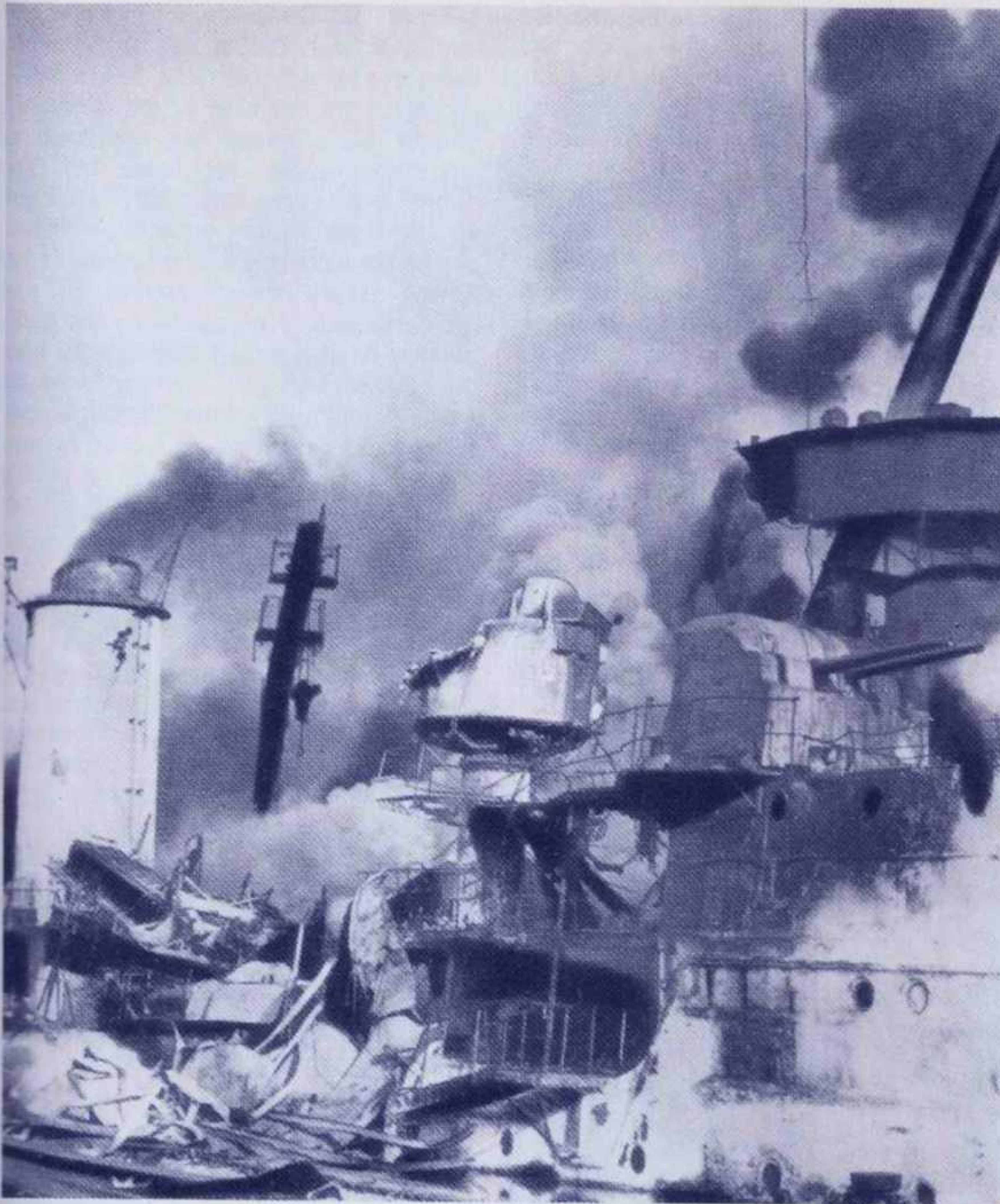
Son hundidos 91 mercantes aliados en el Atlántico y en el océano Indico.

1 de octubre

Alemania se anexiona los territorios de Carintia y Estiria meridionales. El general







franceses de no oponer resistencia al desembarco.
Estos planes se lograron, aunque sólo en parte. Algunas unidades francesas resistieron y hubo combates bastante violentos en Orán y Port Lyautey. En Casablanca la flota francesa, que comprendía el acorazado "Jean Bart", recién terminado de construir, abrió el fuego contra las tropas de desembarco americanas, obligando a la artillería naval y a los bombarderos a intervenir prontamente. En cuanto al general Giraud —que había pretendido el mando de una expedición en la que no participaba ni siquiera un soldado francés— fue acogido fríamente por las autoridades militares y civiles francesas. Un triste caso viene en ayuda de los aliados: el hijo del almirante Darlan, conocido colaborador de los alemanes y probable sucesor de Pétain, es aquejado de un ataque de parálisis y acogido en el hospital de Argel. Su padre se apresuró hacia Argel, donde entró en contacto, inevitablemente, con los americanos. El general Eisenhower se dejó convencer de que Darlan era el único personaje en disposición de impedir el encuentro con el ejército francés y de mantener el orden, así como de imponer la partida de la flota de Tolón para los puertos de Africa. Pero las tergiver-

27 de noviembre de 1942: Los barcos franceses con base en el puerto de Tolón son hundidos por sus tripulantes para que no caigan en manos alemanas.

A la izquierda, el puente medio destrozado del acorazado francés "Strasbourg" como apareció a los americanos en agosto de 1944, cuando ocuparon el puerto de Tolón. Al fondo, fuertemente escorada a la izquierda, una nave de apoyo de hidroaviones.

Octubre 1942

Lorenzo Dalmazzo es nombrado comandante de las tropas italianas destinadas en Albania.

2 de octubre

Entra en funciones el campo de concentración femenino de Ravensbrück.

3 de octubre

Von Braun experimenta con éxito la V-2 en la base secreta de Peenemünde.

6 de octubre

Los alemanes conquistan Malgobek.

6-7 de octubre

Bombardeo inglés sobre Osnabrück.

9 de octubre

En la URSS se suprime el cargo de comisario del Ejército Rojo. Ahora el poder de mando está enteramente en manos de los comandantes de las tropas.

10 de octubre

Ofensiva aérea italoalemana sobre Malta.

11-12 de octubre

Batalla naval entre americanos y japoneses en las cercanías de Cabo Esperanza, cerca de Guadalcanal. Los japoneses pierden un crucero pesado y un destructor.

13-14 de octubre

Incursión aérea inglesa sobre Kiel.

14 de octubre

Se reanuda violentamente la batalla de Stalingrado.

15-16 de octubre

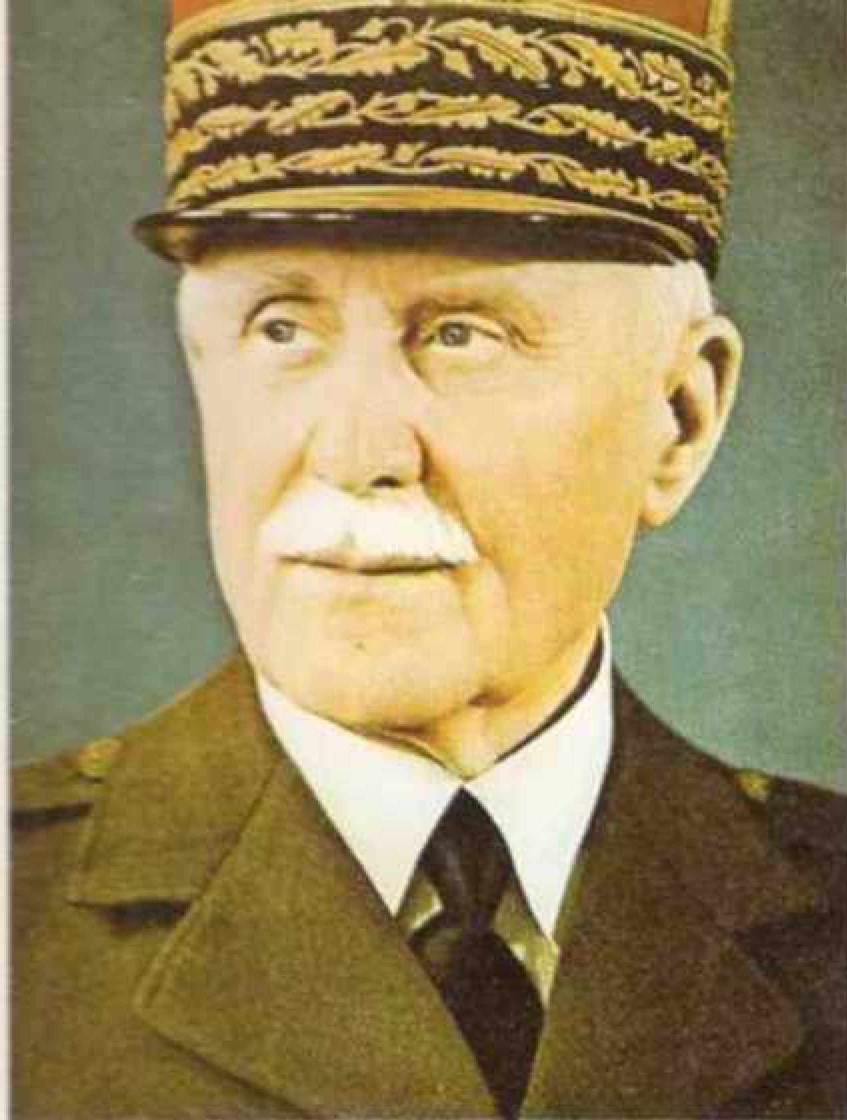
Ataque aéreo inglés sobre Colonia.

16 de octubre

Tropas americanas desembarcan en la isla Andreanof, en las Aleutianas.

18 de octubre

Manifestaciones antibritánicas en varias zonas de la India.





saciones y las indecisiones de Darlan crearon serias complicaciones. Aceptando y rechazando sucesivamente las propuestas aliadas, Darlan acabó por atrincherarse detrás de la autoridad de Pétain —el cual mientras tanto le había desautorizado desde la radio de Vichy— y por pedir un armisticio. Pero mientras tanto las fuerzas francesas, por propia iniciativa, habían pedido ya el cese del fuego sin esperar la orden de Darlan.
El Africa Occidental francesa, con el importante puerto de Dakar, pasó así bajo el control aliado. El gobernador general Boisson, presionado por los gaullistas de un lado y los aliados del otro, terminó prefiriendo Darlan a De Gaulle, seguro de que encontraría mayor comprensión en el primero que en el segundo.
Menos de una semana después del desembarco, los combates se habían ya terminado. En seguida, aprovechando un golpe de mano gaullista en Argel, el I Ejército inglés del general Kenneth Anderson estaba ya en disposición de dirigirse hacia Tunisia a lo largo de la costa. Entre tanto grupos de "commandos" y núcleos de paracaidistas ocupaban Bona, cerca de Tebessa, y se apoderaban de algunas bases avanzadas en la Argelia oriental.
El 25 de noviembre, después que algunas patrullas inglesas habían alcanzado la posición estratégica de Medjez-el-Bab, a 45 kilómetros al sudeste de Túnez, la ocupación de Tunisia parecía un juego de niños.

Demasiadas dudas de los almirantes franceses

Pero también en este caso la colaboración de Darlan resultó ineficaz. Los jefes aliados le creían en disposición de impartir la orden de unirse a él a los hombres de Vichy (el almirante Juan Esteva, residente general, y el almirante Edmond Derrien, comandante de la base de Bizerta). Pero Darlan no se movió y cuando finalmente se decidió a hacerlo, los alemanes y los italianos habían reforzado ya la línea defensiva de Tunisia.
Los alemanes reaccionaron ante la operación "Torch" con total y pronta rapidez. Mientras enviaban tropas a Tunisia, denunciaban el armisticio con Francia ocupando el territorio administrativo de Vichy. Una nueva indecisión de Darlan —la más grave— impidió que la flota de Tolón pasara a los aliados. Cuando el 27 de noviembre los alemanes trataron de apoderarse de ella, los franceses prefirieron barrenar sus naves, como hacía meses que estaban ensayando. Cerca de 73 barcos se fueron a pique en las aguas de Tolón, entre ellos un acorazado, dos cruceros de batalla, siete cruceros ligeros y veintinueve torpederos. Por tanto, al menos desde el punto de vista del refuerzo naval, la operación fue un fracaso. Por lo demás, ni en Dakar ni en Alejandría se había pasado la fota francesa a los aliados.
En cuanto a la flota de Bizerta, siguió fiel a Vichy.
Mientras los franceses de Vichy discutían todavía sobre la mayor o menor oportunidad de resistir a los aliados, permitían en realidad a los alemanes invadir sin disparar un tiro todo el territorio francés que había quedado "libre" y asegurarse el control de Tunisia. Se trató de una indiscutible ventaja. En aquellos días la estación de las lluvias estaba transformando en ríos las carreteras, y en pantanos los aeropuertos de que podían disponer los aliados. Así la Luftwaffe bombardeaba las líneas de comunicaciones enemigas, obteniendo el resultado de frenar la progresión del I Ejército inglés a menos de 20 kilómetros de Túnez (26 de noviembre de 1942). Los ingleses fueron obligados también a retroceder, pero conservaron Medjez-el-Bad a pesar de los violentos y repetidos ataques alemanes.

Dos disparos dejan solo a De Gaulle

En todos los países democráticos fue severamente criticado el acuerdo con Darlan, y el 16 de noviembre también el presidente Roosevelt se vio obligado a tomar posición públicamente. Y dijo: *"El actual acuerdo en el norte de Africa no es más que un recurso, justificado sólo por las necesidades de la guerra".*
Pero su declaración no logró hacer callar a los críticos, ni ciertamente estimuló la cooperación del almirante Darlan. Al contrario, los escasos resultados del recurso permitieron a Darlan mantener en su puesto a los dirigentes de Vichy, combatir a los gaullistas y demócratas, y continuar aplicando las leyes antidemocráticas emanadas del gobierno de Vichy, cada vez más ligado a la voluntad nazi.
En el día de Nochebuena un joven francés de veinte años, desconocido, Fernand Bonnier de la Chapelle, se introdujo en el despacho de Darlan y lo mató de dos disparos de pistola. Apenas veinticuatro horas después un consejo de guerra, formado por elementos fieles al gobierno de Vichy, lo condenó a muerte e hizo cumplirse inmediatamente la sentencia.
Los americanos no desaprovecharon la ocasión de salir de la trampa donde se habían metido tan ingenuamente, y se declararon partidarios de Giraud. Los ingleses —que apoyaban bastante a desgana a De Gaulle— no pudieron hacer otra cosa que unirse a la iniciativa —de nuevo desgraciadamente equivocada— de su potente aliado.

Arriba, el mariscal Pétain, jefe del gobierno de Vichy, que colaboró con los alemanes.

Debajo, el almirante Darlan, que después de haberse unido al gobierno de Vichy pasó al lado de los aliados.

LA EPOPEYA DE STALINGRADO

Seis meses de lucha casa por casa en las ruinas de la ciudad. Hitler ordena al general Paulus resistir. La gran bolsa en el frente del Volga.

La verdadera y propia batalla de Stalingrado empezó el 17 de julio de 1942 cuando las primeras unidades avanzadas del VI Ejército de Paulus llegaron al río Cir. Las fuerzas soviéticas trataban de frenar el avance alemán y conseguir el tiempo necesario para consentir a las tropas de reserva alcanzar la gran ciudad del Volga y apostarse en posiciones defensivas. Además hacía falta tiempo para reorganizar las unidades y las cansadas formaciones que habían participado ya en tantos combates y habían realizado largas marchas de aproximación. Ciertamente era necesario prepararse para un largo asedio. En la orientación operativa número 4 del Estado Mayor del ejército de Timoshenko la situación, a las 20 horas del 21 de julio, era considerada así: *"Unidades del ejército han continuado perfeccionando el cinturón defensivo de Stalingrado entablando encuentros con las vanguardias enemigas. En el curso de la jornada la artillería antiaérea de la 33.ª División de fusileros de la Guardia ha rechazado tres ataques".*

Dos días más tarde, el 23 de julio, el OKW ordenó al general Paulus atacar las concentraciones soviéticas apostadas en la orilla derecha del Don. Maniobrando en tenaza, la Wehrmacht contaba con rodear al 62.º Ejército, apoderándose del vado del Don y llegando de rebote al Volga. Una vez alcanzada la orilla del Volga, el VI Ejército debía proseguir la ofensiva hacia Astrakán y paralizar completamente el movimiento de barcos soviéticos por el río. Aquel mismo día los alemanes empezaron la ofensiva y después de dos días llegaron al Don cerca de Kamensk. Pero cuando el 25 de julio trataron de atravesar el río junto a Kulac, fueron rechazados, logrando sólo hacer replegarse un poco a las tropas del 64.º Ejército.

De tal modo el plan de Paulus de llegar de rebote al Volga falló. Pero la situación del 62.º Ejército soviético seguía siendo difícil, porque las tropas alemanas habían penetrado en profundidad en sus flancos. Para reforzar la línea exterior de defensa, el 1 de agosto fue desplegado el 58.º Ejército del



A la derecha, una unidad de tropas de asalto soviéticas, utilizando como flotadores grandes cámaras de aire, cruzan el Volga para llegar a la asediada Stalingrado.

STALIN ORDENA: "EJECUTAR SOBRE EL TERRENO A LOS VILES Y PUSILANIMES"

En pleno verano de 1942, mientras la durísima acción alemana penetraba profundamente en el corazón de la URSS, apuntando al Sur, hacia Stalingrado —la histórica Zaritzin de la revolución de octubre—, el mariscal Stalin lanzó desde Moscú este llamamiento, hoy conocido como la "Orden N.º 227":

"El enemigo sigue lanzando sobre el frente nuevas fuerzas, avanza y penetra profundamente en el territorio de la Unión Soviética; sin preocuparse de las grandes pérdidas que sufre, ocupa nuevas zonas, destruye y saquea nuestras ciudades y nuestros pueblos, violenta, roba y mata a nuestros civiles. Ahora se producen combates en la zona del Voronez sobre el Don, en el sur y a las puertas del Cáucaso septentrional. Los invasores alemanes avanzan en dirección de Stalingrado hacia el Volga, y quieren a toda costa llegar al Kubán, al Cáucaso septentrional y a las riquezas de petróleo y cereales que allí se encuentran. La población civil, que siempre ha considerado con afecto y simpatía al Ejército Rojo, comienza a desilusionarse, no cree ya en el Ejército Rojo y una parte de ella lo maldice porque abandona a la población en manos de los tiranos germánicos huyendo hacia el Este. En el frente, individuos numerosos y poco agudos se consuelan hablando de la posibilidad de una ulterior retirada hacia el este que permitirían la grandeza del territorio, el gran número de sus habitantes y la disponibilidad de las reservas de grano. Con esto, estas personas quieren justificar su vergonzosa actitud en el frente, pero en realidad esos razonamientos son totalmente engañosos y falsos, y sólo útiles al enemigo. Todos los oficiales y todos los soldados, todos los funcionarios públicos deben darse cuenta de que nuestros medios no son inagotables, que el territorio de la Unión Soviética no es un desierto, sino que representa obreros, campesinos, intelectuales, madres, padres, esposas, hermanos, hijos nuestros. Las zonas de la Unión Soviética que el enemigo ha invadido o intenta invadir representan pan y productos de todo género para la tropa y la retaguardia, metales y combustibles para la industria, talleres, establecimientos y ferrocarriles que proporcionan armas y municiones al Ejército Rojo. Después de haber perdido Ucrania, Rusia Blanca, los territorios bálticos, la cuenca del Donetz y otras zonas, disponemos ahora de un territorio mucho menor, de una población menos numerosa, de menos grano, menos metales, menos establecimientos y talleres. Hemos perdido más de 70 millones de habitantes, millares de toneladas anuales de grano y más de diez millones de toneladas anuales de metal. No tenemos ya la superioridad que teníamos inicialmente sobre los alemanes en reservas humanas y de grano. Seguirse retirando significa marchar hacia nuestra ruina y la de nuestra Patria. Cada palmo de terreno abandonado por nosotros está destinado a hacer al enemigo más fuerte y a debilitarnos a nosotros y a nuestra Patria...

No se puede seguir tolerando que oficiales, comisarios y funcionarios políticos retiren por propia iniciativa de las posiciones a las unidades. No se puede seguir tolerando que elementos presas del pánico decidan la situación en el campo de batalla y arrastren en la retirada a los otros combatientes, abriendo así las puertas de la invasión. Los pusilánimes y viles deben ser fusilados sobre el terreno. Para cada oficial, soldado y funcionario político, la exigencia de no dar un paso atrás sin orden del mando superior debe representar una férrea forma disciplinaria. Los mandos de compañía, batallón, división, y los correspondientes comisarios y funcionarios políticos que se retiren de las posiciones sin órdenes superiores, son traidores de la Patria y como tales deben ser tratados. Esto es lo que pide nuestra Patria. Responder a su llamada significa salvarla provocando el exterminio del odioso enemigo hacia la victoria...

El mando del Ejército Rojo ordena: A los consejos militares de los diversos frentes y, en primer lugar, a los comandantes de los diversos frentes:

a) eliminar absolutamente el estado de ánimo típico de la retirada y cortar con mano de hierro la propaganda según la cual debemos y podemos seguirnos retirando, sin perjuicio, todavía más hacia el este;

b) privar absolutamente del mando y entregar al tribunal militar a los comandantes de ejército que hayan permitido retiradas arbitrarias sin la orden del mando del frente;

c) constituir en la proximidad del frente de una a tres unidades de barrera (según la situación) a las que entregar a los oficiales y correspondientes funcionarios políticos de todas las armas culpables de la acusación de cobardía. Enviarlos a las zonas más peligrosas del frente para darles la posibilidad de redimirse con sangre de sus propias culpas contra la Patria...

La presente orden debe ser leída en todas las compañías, escuadrones, baterías, escuadrillas y mandos".

El comisario del pueblo para la defensa,
(firmado) Stalin
Moscú, 28 de julio de 1942.

Por muy despiadada que pueda parecer hoy, la "Orden N.º 227" salvó a la Unión Soviética y la permitió derrotar a los ejércitos alemanes.

general F. I. Tolbukin, llegado de la reserva. En el mismo período el Gran Cuartel General transfirió al frente de Stalingrado al 51.º Ejército del general T. K. Kolomijts, desplegado a lo largo de los accesos sudorientales de la ciudad.
Paulus, decidido a atravesar el Don, con el proyecto de echar sobre el río cuatro puentes y poner pie en el canal Don-Volga, a 50 kilómetros de Stalingrado, reorganizó las fuerzas y creó dos agrupaciones de asalto: una en la zona de Kalac, compuesta por el grueso del IV Ejército; la otra en la zona de Csimlashaya, constituida por el IV Ejército acorazado. Con repetidos ataques, tanto desde el sur como desde el oeste, el comandante alemán contaba con abrirse camino así hasta las orillas del Volga. El 31 de julio el IV Ejército alemán atacó y las tropas soviéticas empezaron a retirarse.
Un contraataque del grupo operativo del general Chukov (tres divisiones, una brigada de fusileros de marina y una brigada acorazada) no dio resultado. Pero hizo que los combates asumieran carácter prolongado. Mas bien pronto el grueso del IV Ejército acorazado alemán rodeó por la izquierda a las tropas del grupo Chukov. A la mañana siguiente asaltó el flanco izquierdo del 64.º Ejército ruso, pero encontró una encarnizada resistencia. Los soviéticos recibieron en esta ocasión una gran ayuda de la aviación de largo alcance y de la 102 División de caza.

La tenaza de Paulus amenaza al 62.º Ejército

Una situación difícil se creó también en el sector del 62.º Ejército. El 7-9 de agosto el VI Ejército alemán, tratando de llegar al Volga por el oeste, obligó a las unidades del 62.º Ejército a replegarse sobre la orilla izquierda del Don. Cuatro divisiones quedaron cercadas al oeste de Kalac. Los soviéticos se batieron dentro del cerco hasta el 14 de agosto, cuando en pequeños grupos fueron liberándose para unirse al grueso. Sucesivamente llegaron tres divisiones de la Guardia del I Ejército que contraatacaron y detuvieron a las tropas enemigas.

Octubre 1942

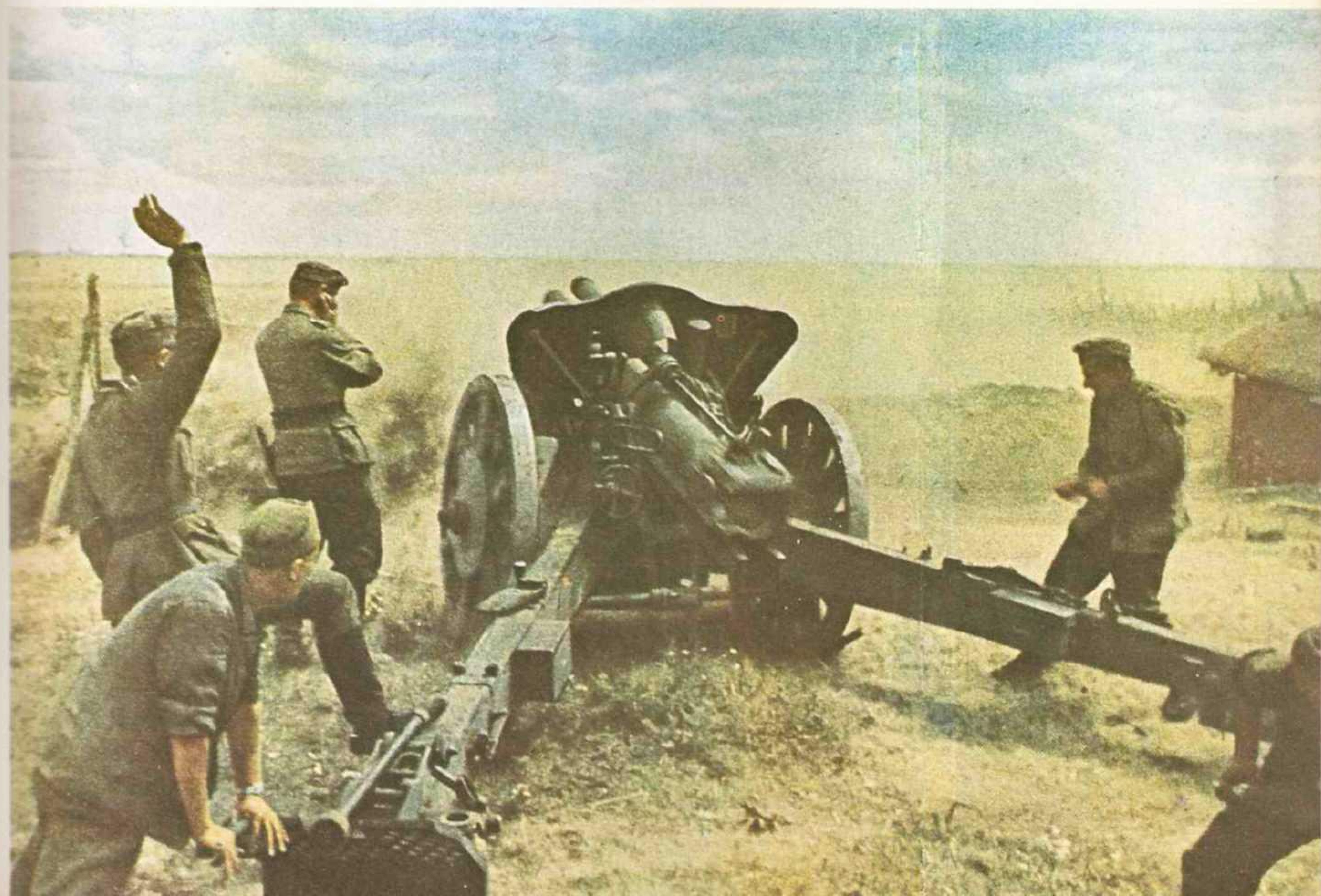
20 de octubre
Batalla aérea en el cielo de El Alamein: 55 aviones ingleses son abatidos, contra 29 germanoitalianos.

21 de octubre
Contraataque soviético al norte de Stalingrado.

22-23 de octubre
Ataque aéreo inglés sobre Génova; graves pérdidas entre los civiles.

23 de octubre
Ofensiva masiva del VIII Ejército inglés del general Montgomery contra el despliegue germanoitaliano de El Alamein.

24 de octubre
Incursión aérea diurna inglesa sobre Milán; graves pérdidas entre la población civil. Cinco fusilamientos tienen lugar cerca de Roma a continuación de una sentencia del Tribunal Especial contra espionaje militar.

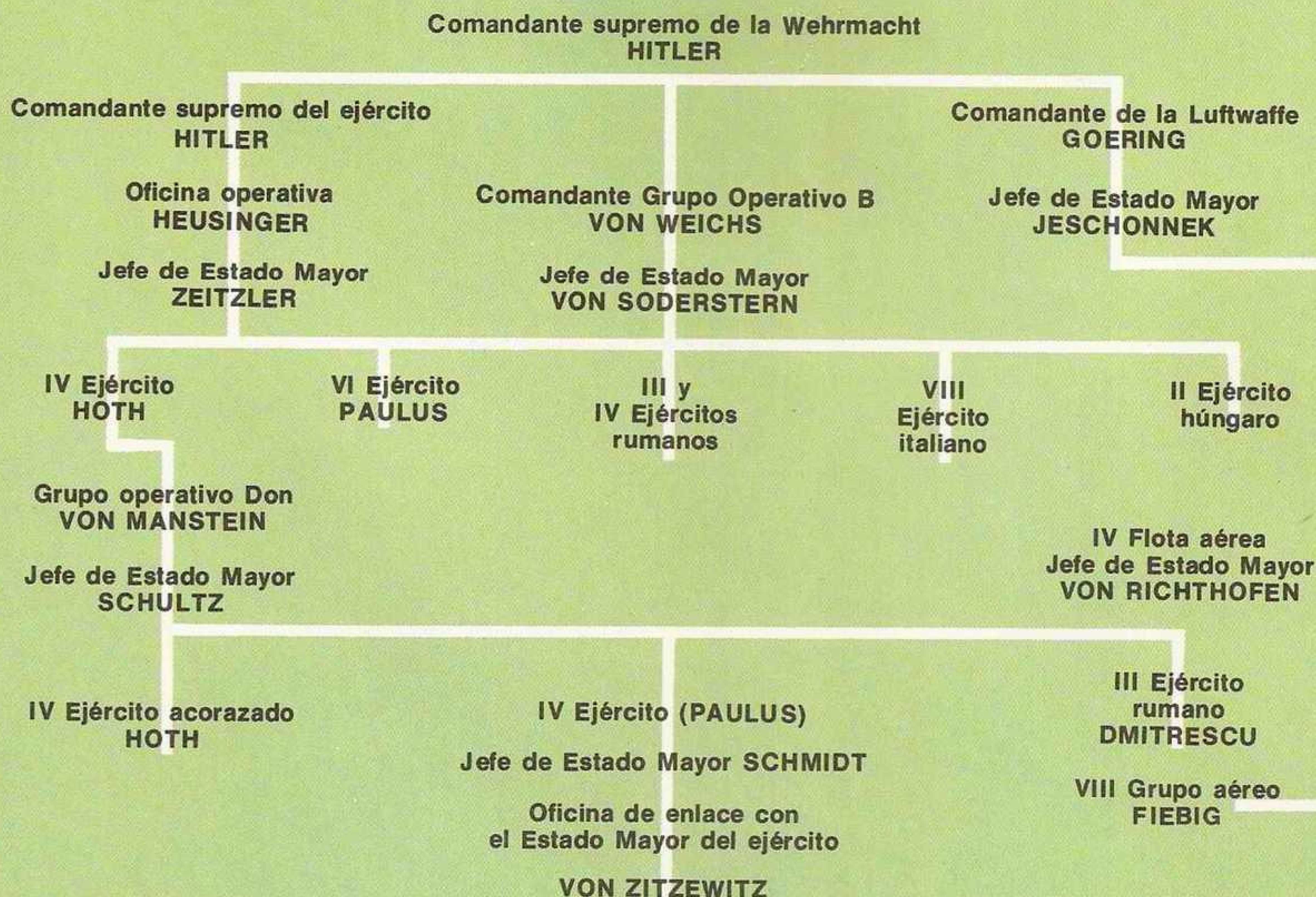


Un obús de 105 mm. mientras bombardea Stalingrado. La resistencia soviética fue inicialmente subestimada por los alemanes.

LAS FUERZAS SOVIETICAS EN EL FRENTE DE STALINGRADO



LAS FUERZAS ALEMANAS EN EL FRENTE DE STALINGRADO





Los numerosos incendios de Stalingrado tras un bombardeo, tal como aparecían a los observadores alemanes.

Pero algo había cambiado en la táctica soviética. Durante esta lucha tan encarnizada como fragmentada, en el campo entre el Don y el Volga, y a pesar de los daños infligidos por Paulus en el amplio recodo del Don, los rusos comenzaron a combatir con más empeño que cuanto habían hecho hasta el momento. El general Chukov, en sus memorias, refiere muchos casos de soldados soviéticos que, atándose a la cintura una "corona" de bombas de mano, se arrojaban bajo los carros de combate adversarios. Muchos de los más jóvenes reemplazos, apenas encuadrados en los ejércitos 62.º y 64.º, estaban *"adquiriendo experiencia todos los días y se iban transformando rápidamente en viejos soldados curtidos".*

Los alemanes avanzan más lentamente

Esta resistencia, tan heroica y desesperada, sirvió para bloquear la maniobra de cerco y ruptura intentada por Paulus. Sin embargo, al precio de duras pérdidas los alemanes lograron igualmente avanzar, aunque en el mes de agosto no recorrieron más de 60-80 kilómetros en total.

La dureza de los combates en la zona entre el Volga y el Don fue aumentando día a día. En la segunda mitad de agosto, Paulus, decidido a hundir la resistencia y derribar el sistema defensivo del Volga, decidió lanzar dos ataques combinados en direcciones convergentes. El IV Ejército recibió la orden de pasar a la ofensiva, de forzar el paso del Don en Viertachi y abrirse paso hasta el Volga. El IV Ejército debía desarrollar el ataque envolvente hacia el norte. En la ofensiva estaba implicado un grupo fuerte, con una veintena de divisiones que contaban 210.000 soldados y oficiales, 2.700 cañones y obuses y más de 600 carros de combate. En esta acción los efectivos alemanes superaban en una mitad a los soviéticos, disponían de un número doble de piezas de artillería y una superioridad aplastante en el terreno de los carros de combate.

El mando soviético, en previsión del ataque, había reforzado sin pausa la defensa de las zonas de acceso al Volga, iniciando un gran trabajo de modificación del despliegue de artillería. Pero fue imposible terminar este trabajo antes de la ofensiva enemiga. A partir del 17 de agosto el 64.º Ejército acorazado y el 62.º Ejército sostuvieron el choque. Fue un encuentro de proporciones épicas, con centenares de miles de soldados dedicados a un fuego continuo día tras día. Pero por la ma-

Octubre 1942

25 de octubre

Los alemanes ocupan Nalcik.

26-27 de octubre

En un encuentro aeronaval cerca de Santa Cruz, al este de las islas Salomón, los japoneses hunden un portaviones americano y averían algunas otras unidades.

31 de octubre

Continúa con violencia la batalla de El Alamein. Bombardeo alemán sobre Canterbury.

Noviembre 1942

1-30 noviembre

Hundidos 118 mercantes aliados en el Atlántico, en el océano Indico, en el Mediterráneo y en el océano Artico.

3 de noviembre

Las tropas del Eje, tras haber perdido un ingente número de carros de combate en el encuentro de El Aqqaqir, comienzan a retirarse.

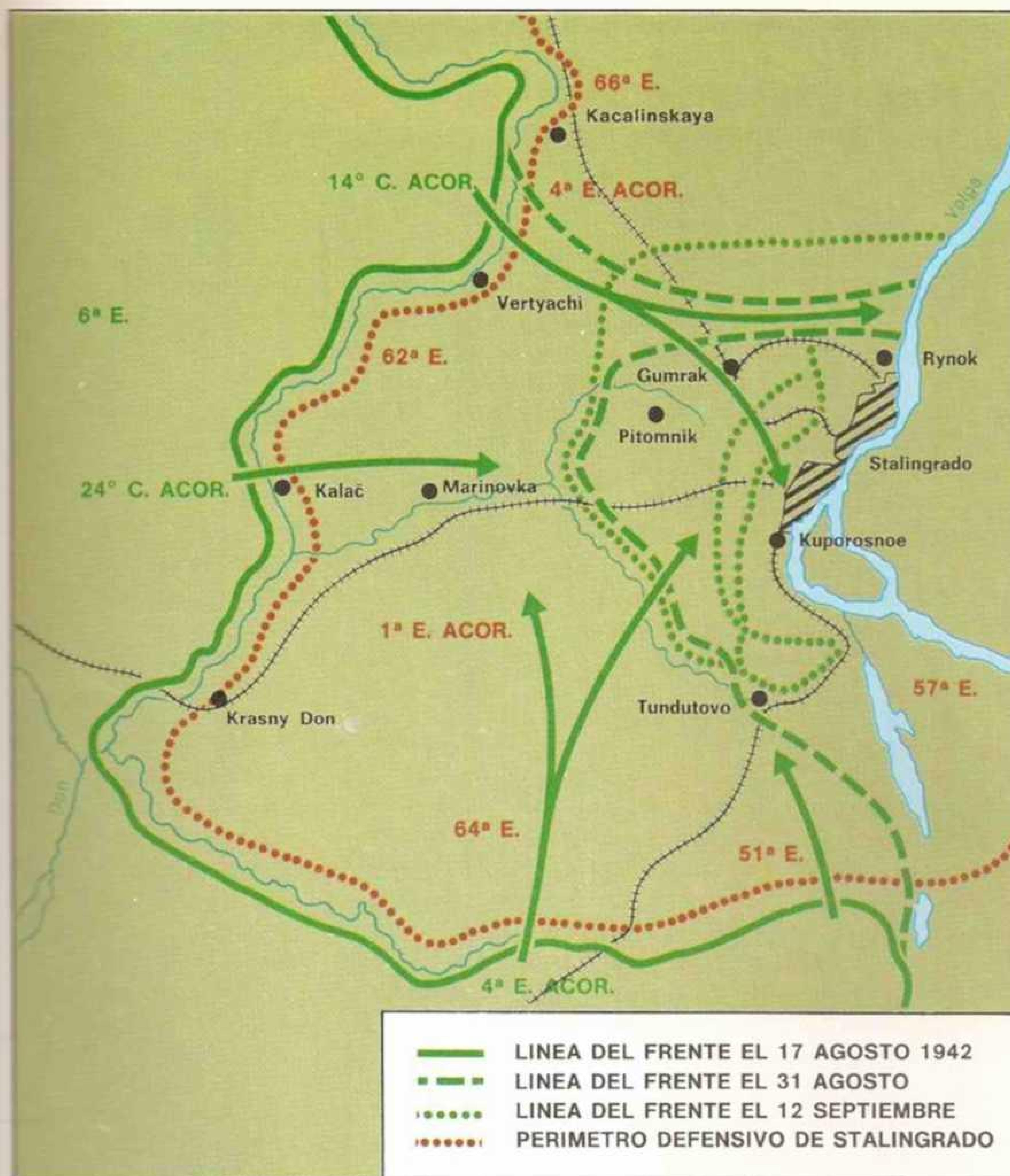
PROPAGANDA "ROJA" SOBRE LAS LINEAS ALEMANAS

En Stalingrado, en el curso de una batalla que duró seis meses, tuvieron también cierto peso las armas psicológicas. Los alemanes creyeron poder inducir a los rusos a rebelarse contra la tiranía bolchevique, y los rusos recurrieron a la propaganda política para sembrar desconcierto y dudas en las filas alemanas. He aquí el texto de un manifiesto lanzado por aviones soviéticos sobre las líneas alemanas:

"Stalin ha dicho: El Ejército Rojo no ha sido constituido para arrebatar tierra extranjera, sino para la defensa de las fronteras de la Unión Soviética. El Ejército Rojo ha respetado el derecho y la independencia de todos los pueblos. No obstante, en junio de 1941 Alemania invadió por sorpresa nuestra tierra, anulando brutal y vilmente el pacto de no agresión. De este modo, el Ejército Rojo se ha visto obligado a salir en campaña para defender su Patria contra los ocupantes alemanes y para expulsarlos de nuestra tierra.
¡Soldados alemanes! El Ejército Rojo no hace la guerra contra el pueblo alemán, sino contra la rapaz camarilla hitleriana. Quien vuelva la espalda a Hitler y arroje las armas será perdonado. Quien dude en arrojar las armas será aniquilado.
¡Rendios a los rusos y salvaréis vuestra vida para Alemania y para vuestras familias! Este volante servirá de salvoconducto para la rendición".

ñana del 23 de agosto los alemanes superaron la resistencia de las tropas soviéticas y hacia la noche llegaron al Volga en la periferia norte de Stalingrado, en la zona de Latoscynka-Rynok, aislando al 62.º Ejército.
Fue el XIV Cuerpo acorazado alemán, mandado por .Von Wietersheim —uno de los ex lugartenientes del mariscal de campo Guderian y principal protagonista del "Blitz" de 1940 en Francia, pero que acabará degradado por Paulus— el que pasó en masa el Don por el puente de Viertachi. El general Hube, a la cabeza de la 16.ª División acorazada, se lanzó al otro lado del río en formación cerrada, destruyendo y aniquilando todos los puntos de resistencia soviéticos que encontró en su recorrido. Como un rayo fueron cubiertos sesenta kilómetros. Nada pudo resistir a aquella velocísima penetración. Pronto las vanguardias llegaron al sector de Kuporosnoe a la vista de Stalingrado, de sus chimeneas, sus depósitos de agua, sus almacenes y, en fin, del Volga. El río corría al pie de una orilla abrupta, de dos kilómetros de larga, cubierta de balsas, de troncos flotantes, de embarcaciones. La otra ribera, baja, era un dédalo de islas e islotes cubiertas de juncos, circundadas de canales grises que se perdían en el infinito.
Por fin el ejército alemán había llegado a Stalingrado, el castigado taller del Volga, cuya pérdida habría significado para los rusos la ruptura del último contacto con el Cáucaso. (Ya Stalingrado había sido un punto de esta





A la izquierda, un conjunto cuádruple ruso de ametralladoras "Maxim" abre el fuego en la noche de Stalingrado.

Arriba, el frente de Stalingrado. El plano se refiere a la situación entre el 12 y el 18 de noviembre, e ilustra la penetración alemana en los barrios de la ciudad.

clase muchos años atrás, en 1918, durante la revolución, cuando se llamaba todavía Zaritzin y Stalin había acudido en misión de Comisario del Pueblo para salvar a Moscú del hambre).

El golpe de cuña que asestó Von Wietersheim produjo en la ciudad una angosta apertura, un corredor de dos o tres kilómetros de largo. Durante una semana la 16.ª División acorazada alemana se aferró al suburbio de Rynok mientras otras dos divisiones, la 3.ª y la 60.ª, ambas motorizadas —mandadas por el general Von Seydlitz-Kurzbach que acababa de desbloquear Demiansk, el trágico "calderón de Demiansk" en la campaña de 1941—, alargaron aquella especie de sendero trazado por Von Wietersheim y Hube. El 31 de agosto, aunque los soviéticos contraatacaron con todos sus medios y en todo momento, un "Schwerpunkt" (grupo de ruptura en un sector restringido) fue constituido al norte de Stalingrado. Otro al sur fue formado por el IV Ejército acorazado conquistando las alturas de Gabrilovska. Stalingrado estaba encerrada en una tenaza mientras la guerra entraba así en el tercer año. Ante el peligro mortal de la caída de la ciudad (Stalin había dicho: *"No tenemos que ceder, ni ahora ni nunca")* el mando soviético reforzó con urgencia la defensa de la zona norte. Fueron enviados a la "Fábrica de tractores" dos divisiones y dos brigadas, además de los alumnos de los cursos político-militares, las unidades antiaéreas, un destacamento de marineros y otras reservas.

Noviembre 1942

Hitler ordena a Rommel que no se retire a ningún precio, pero Rommel persiste en su propósito de evacuar las posiciones de El Alamein.

5 de noviembre

Las tropas francesas fieles al gobierno de Vichy, en Madagascar, cesan la resistencia y se rinden a los ingleses.

6-7 de noviembre

Bombardeo aéreo inglés sobre Génova.

7-8 de noviembre

Comienza la "Operación Torch"; tropas aliadas, a las órdenes del general Eisenhower, desembarcan en Marruecos.

8 de noviembre

Las tropas aliadas entran en Agadir, Bora Zinka, Mogador, Port Lyautey y Sagi Fedhale. En Argel, el comandante de la guarnición francesa ordena la resistencia.

9 de noviembre

El almirante Darlan ordena en Argel a las tropas francesas fieles al gobierno de Vichy que cesen el fuego contra las tropas aliadas. Vichy rompe sus relaciones diplomáticas con los EE. UU. En Munich, Hitler se reúne con el ministro del Exterior italiano, Ciano.

9-10 de noviembre

Incursión aérea inglesa sobre Hamburgo.

10 de noviembre

Las tropas francesas se rinden en Orán. El VIII Ejército inglés ocupa Sidi-el-Barrani.

11 de noviembre

Las tropas francesas en Casablanca se rinden a los aliados, que ocupan la ciudad. Las tropas aliadas ocupan también Rabat. Desembarco de tropas aliadas en Argelia oriental. Tropas italianas desembarcan en Córcega y ocupan Bastia y Ajaccio.

LA RESISTENCIA COMENZO CON UNA LLAMADA TELEFONICA DE STALIN

El 23 de agosto de 1942, las tropas de la agrupación de asalto del VI Ejército alemán, a las órdenes del general Paulus, llegaron al Volga al noroeste de Stalingrado, en el distrito de los pueblos de Rynok y Erzovska, en la periferia de la ciudad.

"Aquella mañana *—recuerda en sus memorias el ex comandante de las tropas del frente de Stalingrado, mariscal de la Unión Soviética A. I. Eremenko—* se me hizo pronto claro que el enemigo acompañaba el choque potente de sus formaciones con una violentísima acción artillera y aérea".
Antes de la noche, docenas de carros de combate del XIV Cuerpo acorazado alemán aparecieron en el barrio de la "Fábrica de tractores" de Stalingrado. En el "pasillo" que habían abierto, Paulus lanzó una división motorizada y diversas divisiones de infantería. De este modo los alemanes lograron hacer penetrar una cuña en el dispositivo de las tropas del frente soviético, dividiéndolo en dos.
Por la tarde de aquel día los alemanes lanzaron la primera incursión aérea masiva sobre la ciudad con fuerzas de la 4.ª Flota aérea. Varios centenares de bombarderos aparecieron sobre Stalingrado realizando más de 2.000 ataques. La ciudad fue envuelta en una oleada de llamas y humo. El fuego ardía por todas partes. Los edificios de madera se consumían como antorchas. Enormes nubes de humo y lenguas de fuego surgían de las fábricas. Se quemaban los muelles. Los depósitos de petróleo parecían volcanes en erupción. Los barrios de la ciudad (600.000 habitantes) se convirtieron en ruinas. Los cristales de las ventanas saltaban con estrépito, los techos se hundían y las paredes se partían y derrumbaban. Centenares de habitantes perecieron bajo las bombas o asfixiados por los incendios. La imprevista incursión los había cogido de sorpresa. En los primeros minutos del bombardeo, mujeres y niños giraban aterrorizados por las calles en la vana búsqueda de salvación. Las bombas cayeron principalmente en los barrios de viviendas; en la ciudad no había tropas, que estaban situadas fuera del casco urbano. Saltaron los conductos de agua, haciendo así difícil la lucha contra el fuego que prendía a la vez en varios sitios. También dejaron de funcionar teléfonos y emisoras de radio. Continuamente, de una parte o de otra, se elevaban al aire penachos de humo y de fuego. Desde la zona de los depósitos de petróleo, enormes columnas de fuego subían al cielo derramando al suelo un mar de llamas y humo acre. Torrentes de petróleo y gasolina en llamas se precipitaban al Volga haciendo arder la superficie del río y los barcos de la rada. El asfalto de calles y aceras ardía produciendo un humo asfixiante. Los postes de telégrafos se prendían fuego instantáneamente, como cerillas. Durante la noche, el mariscal Eremenko envió los primeros informes a Moscú:
"El enemigo ha roto el frente de Stalingrado en el lado izquierdo, en el sector Veriacii-Peskovatka, y con un rápido golpe hacia el este en la región de Latascianka ha llegado al Volga, cortando el frente en dos partes. Las tropas avanzadas han llegado al borde de la periferia septentrional de Stalingrado, donde han sido detenidas, y han empezado a disparar sobre la fábrica de tractores. Están interrumpidas las dos líneas ferroviarias que llevaban a Stalingrado desde el norte y el noroeste. El enemigo ha logrado provocar una seria interrupción de nuestros enlaces, en la vía de comunicación del Volga, por medio de la cual llega el suministro de carburante no sólo al ejército, sino al país, y en las líneas ferroviarias que alimentan ambos frentes".
Así cuenta Eremenko en su diario:
"A medianoche firmamos con el corazón oprimido esta información al Mando Supremo y luego discutimos la situación de Stalingrado. Dado el brusco cambio en los frentes, el secretario del comité regional del partido subrayó la necesidad de trasladar algunas empresas industriales más allá del Volga y destruir otras. Después de un cambio de opiniones, decidimos telefonear a Moscú. Levantando el micrófono del teléfono directo referí exactamente a Stalin lo que sigue: 'En Stalingrado la situación es dura, como ya he dicho. Hemos tomado todas las medidas para defender la ciudad. Pero las autoridades civiles a las que nos hemos dirigido opinan que es necesario evacuar una serie de empresas industriales más allá del Volga y volar otras...'.
Y Stalin me respondió más o menos en estos términos: 'No intento discutir este problema. Hay que darse cuenta de que si se empieza a evacuar y a minar las fábricas, estas acciones serán valoradas como la decisión de abandonar Stalingrado. Por eso el Mando Supremo no permite realizar preparativos dirigidos a volar las empresas industriales, ni que sean evacuadas'. Todos los presentes comprendieron la respuesta de Stalin sin que yo tuviese necesidad de repetírsela".



Carros alemanes MK4 en una calle en la periferia de Stalingrado. Como se puede ver en la foto, las tripulaciones solían aumentar la coraza frontal colocando sobre el carro fragmentos de cadenas.

Las primeras columnas de carros de combate y motocicletas alemanes que se acercaron a los alrededores de la fábrica fueron recibidos con un nutrido fuego. En un solo día de batalla en la zona norte, los destacamentos de las tropas antiaéreas empleados en la defensa destruyeron docenas de aviones y setenta carros de combate. El Comité ciudadano para la defensa envió al lugar numerosas unidades de voluntarios. Fue construido así, en plena batalla, el sector septentrional de combate, cuyas unidades rechazaron los ataques del XIV Cuerpo acorazado enemigo. De otros sectores llegaron a la zona de la fábrica tres brigadas de fusileros. En la mañana del 29 de agosto, todas estas unidades del sector septentrional pasaron al contraataque y el enemigo fue expulsado del centro habitado de Rynok, retrocediendo ocho kilómetros. Duros y sangrientos encuentros hubo en las zonas de Bolsciaya Rossoska y de Samofalovska, donde los generales Kovalenko y Steyner, contraatacando a la desesperada, llegaron hasta la 86.ª División soviética, rodeada en Bolsciaya, cambiando la situación. El grupo acorazado alemán que había llegado al Volga fue aislado del grueso, y hasta el día siguiente, con la llegada de nuevas tropas, no se logró abrir un corredor. En aquellos días combatió esforzadamente una sección anticarro de la 86.ª División soviética. Estaba formada por treinta y tres hombres, mandados por el subteniente Strelkov. La sección ocupaba una altura cerca de Bolsciaya Rossoska; el 24 de agosto, un gran grupo de carros armados alemanes rodeó la altura y atacó a la sección de Strelkov, que se encontró separado del regimiento. Por dos días se prolongó la desigual batalla, aunque el resultado estaba previsto desde el comienzo.

Destruidos veintisiete carros de combate enemigos, los hombres de Strelkov salieron de la bolsa. En los combates por la posesión de la estación de Kotruban, cerca de Samofalovska, se distinguió una compañía de ametralladoras de la 35.ª División de la Guardia, mandada por Rubén Ruiz Ibárruri, hijo de Dolores Ibárruri, la presidente del Comité Central del Partido Comunista Español. En un encuentro con una unidad de carros de combate, Rubén Ruiz fue herido mortalmente.

Por todo el arco defensivo ruso, los ataques alemanes se sucedieron sin aparente interrupción, con frecuentes cam-



El Cuartel General soviético en Stalingrado. De izquierda a derecha, los generales Kryla, Chukov, Gurkov y Rodinzev.

bios de localidad y método, pero con éxitos del todo desproporcionados al precio que los atacantes estaban pagando. A veces los defensores cedían, pero en ninguna ocasión los golpes lograron penetrar con bastante profundidad como para provocar algo más que un simple repliegue local. En la mayor parte de los casos, los ataques fueron rechazados o no lograron conseguir resultados decisivos.

Cuando el 30 de agosto, alargando el corredor abierto por la 14.ª División acorazada alemana, las tropas del VI Ejército lograron llegar a la zona de Gabrilovska, los rusos temieron que, derrotado el 62.º Ejército, los alemanes pudiesen arrojarse en masa contra la ciudad. Entonces se acudió a una iniciativa desesperada. Los defensores, en la noche siguiente, se retiraron en orden sobre el cinturón medio de fortificaciones. Casi a la vez, el general Paulus lanzó un nuevo ataque para conquistar Stalingrado el 1 de septiembre (la fecha fijada por Hitler había sido el 25 de agosto).

El golpe principal asestado por los alemanes fue en dirección de la caseta ferroviaria de Basarghino y la estación de Voroponovo, y en esta última ofensiva emplearon gran cantidad de carros de combate y de artillería autopropulsada. Los rusos, cogidos por sorpresa mientras organizaban su nueva línea defensiva, resistieron con la fuerza de la desesperación.

La Luftwaffe, por los propios cálculos de los rusos, realizó más de treinta mil vuelos al día, y los soviéticos, a duras penas, poco más de trescientos. *"El enemigo poseía la total superioridad aérea, lo que tenía un efecto particularmente deprimente en los soldados"*, escribe Chukov en sus Memorias. *"Buscamos febrilmente encontrar alguna solución... Parte de nuestros antiaéreos había sido completamente destruida, y la mayor parte de los que quedaban fue trasladada a la orilla izquierda del Volga, desde donde los cañones podían disparar contra los aviones alemanes que sobrevolaban el río y una estrecha franja de la orilla derecha. Lo que, por otra parte, no impedía a la Luftwaffe permanecer sobre la ciudad y el Volga desde el alba hasta el ocaso".*

En una situación casi catastrófica, hacía falta una voluntad de hierro y un enorme espíritu de sacrificio para impedir la caída de Stalingrado. Por otra parte, aunque frenada y combatida, la progresión alemana hacia la orilla derecha del Volga parecía irrefrenable.

Frente a la sola fuerza del 62.º Ejército ruso avanzaban las tropas de todo el VI Ejército de Paulus, y unidades sueltas alemanas habían alcanzado la ribera del Volga al norte del arrabal de Rynok y al sur de Stalingrado, cerca de Kuporosnoe. Para decirlo con las palabras de Chukov, en los primeros días de septiembre de 1942, *"nuestro ejército era oprimido con extraordinaria violencia contra el Volga por la poderosa 'herradura' de las fuerzas alemanas".*

La lucha se iba alargando al interior de la aglomeración ciudadana, que se extendía en un frente muy vasto de una cuarentena de kilómetros, sobre la orilla occidental del Volga. Sobre toda la inmensa superficie de Stalingrado y de sus arrabales, la aviación alemana, durante días y días, seguía lanzando toneladas de explosivos, transformando los incendios iniciales —provocados por la masiva incursión del 23 de agosto— en un solo e inmenso brasero. Todo ardía: los depósitos de víveres, de forrajes, de madera, que servían para avituallar al grupo de ejércitos del sur y que habían sido acumulados en el curso del invierno y de la primavera, movilizando millares de vagones de ferrocarril y la entera flota mercante del Volga; las instalaciones para navegación fluvial, que habían costado años y años de trabajo y de enormes gastos; las grandes fábricas bélicas (por ejemplo, las naves de la "Barricada Roja" ocupaban una superficie de 173.000 metros cuadrados), que constituían una de las principales características de la ciudad y el orgullo de los organizadores de los "planes quinquenales" soviéticos. Ahora todos estos edificios aparecían en esqueleto y desiertos, y la ciudad —que en la literatura nacional era llamada de vez en cuando *"reina de la estepa"*, o *"dominadora del Volga"*, o *"puerta del Cáucaso"*— parecía vivir su tremenda hora de agonía. En todo Stalingrado se cernía constantemente una pesada nube de humo y polvo que por la noche se hacía rojiza por el reflejo de las llamas. Muchas veces los mismos observadores de la Luftwaffe eran obligados a volver atrás por imposibilidad de realizar sus misiones de reconocimiento en aquella atmósfera densa y oscura que impedía toda visibilidad. Pero aquel enorme montón de ruinas humeantes debía ofrecer todavía al mundo el espectáculo de una defensa extrema, destinada a representar un verdadero prodigio. De allí, como había dicho Goethe tras la jornada de Walmy, comenzaría para el mundo *"una nueva historia".*

ENTRE LOS GIRASOLES DE ISBUCENSKY, LA ULTIMA CARGA DE LA CABALLERIA ITALIANA

Una página de valor y de gloria que logró una gran victoria táctica con sables desenvainados contra ametralladoras. El general Messe concedió 2 medallas de oro y 54 de plata.

El protagonista de la última carga de la caballería italiana es el regimiento "Saboya de Caballeria", y este glorioso episodio tiene como teatro la estepa rusa, el 24 de agosto de 1942, en las cercanias de Isbucensky, pueblo ucraniano de la cuenca del Don.
La "Enciclopedia Británica" recuerda el episodio con lineas breves, pero muy eficaces: *"Fuerzas en campaña, el regimiento italiano 'Saboya de Caballería' (coronel Bettoni) y dos batallones soviéticos. Durante la primera ofensiva soviética sobre el Don, en verano de 1942, el 'Saboya de Caballería', llegado en la tarde del 23 de agosto a los declives de una colina en la cercanía de Isbucensky, fue hostigado por poderosas fuerzas adversarias. Con furiosas cargas a caballo, en las primeras horas del 24 los italianos cayeron sobre dos batallones soviéticos y los arrollaron".*
Al alba de aquel dia, el coronel Alessandro Bettoni dio orden de sacar de la funda el estandarte del regimiento, y dijo al corneta que se preparara a tocar carga. En todo el entorno, en la llanura, se distinguian los fuegos de la acampada rusa: las lineas enemigas que Bettoni habia decidido atacar. El asalto fue realizado primero con las armas automáticas y el apoyo de la artilleria del grupo, y luego con la intervención del II Escuadrón a caballo.
Al legendario grito de "¡Cargad!" respondieron los sables desenvainados. Como en un ejercicio en la plaza de armas, el escuadrón se alejó al paso, se puso al trote y se lanzó contra el enemigo. Parecia que resonaban los célebres versos de Alfred Tennyson sobre la carga de Balaclava: *"Férrea avalancha ardiente – impávida cohorte – desafían los seiscientos – el valle de la muerte...".*

El segundo escuadrón cayó sobre el flanco izquierdo de los soviéticos, que no se esperaban un gesto tan audaz.

Reviven las gestas épicas de los tiempos de oro de la caballería

"Estábamos ya sobre los rusos —contará un protagonista de aquella épica carga—, *que se arrojaban contra nosotros, unos tratando de herirnos, otros alzando los brazos en señal de rendición, otros corriendo a ciegas en la ilusión de librarse del choque de los caballos".* Pasado el asalto, los soviéticos reanudaron el fuego contra los jinetes, que regresaron arrojando bombas de mano. Le tocó al III Escuadrón realizar una nueva carga. Sorprendido una vez más, el enemigo terminó por desbandarse, dejando en manos de los italianos algunos centenares de prisioneros.

Por resultar como fuera de la época y casi un poco anacronística, la jornada de Isbucensky merece ser recordada entre las más significativas escritas por el ejército italiano en el curso de la segunda guerra mundial. Aquel día, el "Saboya de Caballeria" estaba sin contactos y aislado por más de cincuenta kilómetros a derecha e izquierda, sin ninguna posibilidad de pedir refuerzos en caso de ataque. No fue, pues, una carga suicida la que ordenó el coronel Bettoni, sino la única posibilidad que tenian los jinetes de no ser arrollados. En el curso de una noche de tinieblas, los rusos habian atravesado el recodo del Don llevando ametralladoras y cañones ligeros, y preparándose evidentemente a una acción de cerco que habria permitido destruir el "Saboya" y abrir un hueco anchisimo en el despliegue sobre el Don. Las patrullas de exploración, volviendo al mando, señalaron que al menos cuatro mil rusos estaban desplegados en los asolados



El estandarte del regimiento "Saboya de Caballería", protagonista de la jornada del 24 de agosto de 1942.



campos de girasoles de Isbucensky, preparados para el ataque. Era de noche, y Bettoni no podía moverse en la oscuridad con sus escuadrones. Ordenó que las tropas formaran el cuadro, como se había hecho en 1859 en Villafranca, con los caballos, el mando y el estandarte en el centro, y decidió atacar al alba antes de ser atacado. No tenía órdenes de nadie, estaba completamente aislado en la estepa, y decidió obrar como hubiera obrado un coronel del Risorgimento italiano.
Dio las órdenes para la maniobra de ataque. Primero iría a la carga, con una conversión a la derecha, el segundo escuadrón del capitán De Leone. Poco después, apuntando al centro, el cuarto escuadrón de Alberto Litta Modignani, con el teniente Ragazzi y el teniente Abba, vencedor de una Olimpiada. Y entonces, en el mismo momento, el tercer escuadrón, con el mando.
Al alba, Bettoni se hizo dar por el asistente un par de guantes blancos nuevos, se colocó el monóculo en el ojo y, con el más seguro de sus volteos, saltó a caballo y ordenó la carga. El primer destacamento que fue a galopar contra las ametralladoras y los cañones ligeros enemigos tuvo el setenta por ciento de hombres y caballos fuera de combate entre muertos y heridos. Pero la enérgica irrupción de las tres cargas sucesivas fue tal que los rusos se convencieron evidentemente de tener enfrente no sólo un regimiento, sino por lo menos dos o tres, y las tropas que habían atravesado el Don (su meta era Rostov, a la que tuvieron que renunciar, retrasando la acción hasta varios meses más tarde) volvieron a pasar desordenadamente el río.

Los rusos, derrotados, se retiran

La caballería había escrito su última página de gloria en el estilo de la antigüedad. Muchos de los oficiales más valerosos habían caído muertos entre los girasoles con sus fieles caballos. Pero el "Saboya" había vencido. He aquí la evocación de aquella extraordinaria jornada por un oficial del II Escuadrón de caballería:
"Durante la noche del 23 –escribe el capitán Leone–, *el enemigo trae nuevas fuerzas, y al alba del 24 desencadena otro ataque y se apodera de Tschebotarewski, extendiendo sus vanguardias hasta Kotovoski, mientras el regimiento 'Saboya de Caballería' tiene todavía la loma sur de la cota 191. Es todavía de noche cuando una patrulla del primer escuadrón sale en dirección de Isbucensky. Apenas ha recorrido ochocientos metros cuando un violentísimo fuego de armas automáticas y de morteros se abate sobre ella y sobre el regimiento. '¡Alarma!'. En un momento nos damos cuenta de la peligrosa situación. El teniente coronel Cacciandra y el capitán Aragona, que habían subido al techo del camión para observar, son heridos uno en la pierna, otro en la rodilla. El capote del coronel es incluso atravesado por una bala mientras alrededor estallan granadas, envolviendo todo en una densa nube de polvo acre. Los proyectiles silban de todas partes".*
"Una orden rápida corre por el cuadro: '¡Segundo escuadrón! ¡A caballo!'. En un prodigio de ligereza, el escuadrón está en seguida preparado, mientras el capitán Leone recibe las órdenes del comandante Conforti: 'Atacar con decisión el flanco izquierdo de la línea enemiga'. En la claridad del alba, la línea se distingue netamente por las llamaradas de sus ametralladoras. En pocos segundos, el escuadrón galopa fuera del cuadro y se dirige con amplia conversión hacia el ala izquierda del enemigo. Compacto, alineado, con secciones mutuamente sostenidas; la sección de ametralladoras del subteniente Bruni ha salido también con el escuadrón. Entre tanto, las baterías hostigan al enemigo disparando a cero. Durante el breve trayecto del avance, el capitán De Leone da a grandes voces las órdenes y excita los ánimos. El enemigo está desplegado en dos líneas. A breve distancia se entrevé la segunda. '¡Sable..., mano..., cargad!'. Es el grito que cubre el estruendo de la batalla, los disparos, las ráfagas de ametralladora. El enemigo, muy superior en número y medios y atrincherado en el terreno, queda estupefacto por la osadía. El fuego frena, disminuye. '¡Saboyaaa!'. El caballo del capitán De Leone, el apreciado y va-

---

Arriba, una imagen del "Saboya de Caballería" dispuesto para una parada.

A la derecha, el coronel Alessandro Bettoni Carrago, jefe del regimiento. Bettoni era un jinete de fama internacional, protagonista de las mayores competiciones hípicas.

BIOGRAFIA DE ALESSANDRO BETTONI

El coronel conde Alessandro Bettoni Carrago, jinete de fama internacional y comandante del "Saboya de Caballería" durante la campaña de Rusia, murió a los cincuenta y nueve años en Roma, el 28 de abril de 1951. Aquel día debía participar en el concurso hípico de Piazza di Siena con uno de los caballos de la cuadra de Piero Pirelli. Inesperadamente se sintió mal. "No puedo montar *–susurró a Pirelli–.* Me duele el estómago y me duele la cabeza". *Rogó a Piero D'Inzeo que le sustituyera y se marchó al hotel. Pocos minutos después había muerto. Nacido en Brescia el 17 de noviembre de 1892, subteniente de complemento de caballería en 1912, había entrado pronto "en Saboya" (como era de rigor decir en la lengua particular de la caballería), en aquel "Saboya" cuya fundación se remonta a 1692 cuando, de dos regimientos originarios de dragones de Su Alteza y de dragones de Madama Reale, nacieron los dragones del Genevois, los dragones del Piemonte, el Piemonte Reale y el Saboya, que llevó siempre sobre distintivos negros un entorchado de paño rojo en memoria de la herida de cuello de que murió su primer comandante, conde de Piossasco. Durante la guerra última se indicó a Mussolini que había que desconfiar de Bettoni, el cual se jactaba de ser ante todo monárquico. Mussolini respondió:* "También lo sería yo si fuese Bettoni". *Comandante del regimiento era el hijo de Luigi Cadorna, Raffaele, que debía luego mandar las unidades italianas que participaron en la liberación. Cadorna era conocido por sus críticas abiertas a la escasa preparación del ejército, y cuando llegó para el "Saboya de Caballería" la gran hora de la partida para Rusia (finalmente se volvía a la guerra de movimiento, y se podía hablar nuevamente de guerra a caballo), Raffaele Cadorna fue enviado por ascenso a la escuela de Tor di Quinto. El mando del "Saboya de Caballería" pasó a Bettoni, que partió con sus escuadrones, con su viejo estandarte, con todos los caballos y, por su parte, con su sable, sus guantes blancos y su inseparable monóculo, llevando en el equipaje una buena cantidad de recambios. Las últimas pruebas de jinete en concursos hípicos las había hecho en Inglaterra pocos meses antes de la declaración de guerra, venciendo por tercera vez, frente a jinetes de todos los ejércitos, en la Copa de Inglaterra, la prueba de obstáculos más importante del mundo.*



liente 'Ziguni', cae herido por una ráfaga. Su asistente se detiene para cederle el suyo, pero, al desmontar, el animal escapa. El escuadrón tiene un segundo de vacilación, pero el comandante Manusardi, dominando todo con su voz, acude a recoger en sus sólidas manos el espíritu mismo del escuadrón para descargarlo sobre el enemigo. Es el encuentro. '¡Saboya!'. Los sables caen furibundos sobre los infantes enemigos, los cascos de los caballos pisotean ametralladoras, cintas y cajas; los hombres y las bombas de mano alcanzan a los enemigos que se refugian en las depresiones. Algunos jinetes privados de montura están en tierra y se baten como leones haciendo prisioneros. El capitán y su asistente quedaron solos pie a tierra entre las dos líneas enemigas y van a ser capturados, pero se defienden con un fusil. Al oficial, que dice: '¡Primero gastaremos todas las municiones y luego nos mataremos antes de caer prisioneros!', le contesta el asistente: 'Haremos lo que usted ordene, mi capitán'. Pero he aquí que el escuadrón se ha reorganizado y, con un estruendo de huracán, sables al vien-

Otras dos imágenes del glorioso "Saboya de Caballería": el regimiento lanzado en la loca carrera de la "carga" y, debajo, la maniobra con la cual, después de la "carga", los jinetes retrocedían para organizarse, como en este caso, en las posiciones de partida.

to y 'Saboya' en la garganta, se precipita en una segunda carga de frente dirigida contra la primera línea enemiga.

También ésta, tras un breve y violento fuego de reacción, se desbanda. Muchos levantan las manos, otros son muertos. Bastantes jinetes están en tierra por haber muerto su cabalgadura. La masa del escuadrón está reducida a la mitad. Algún caballo, aterrado, gira en torno herido y manando sangre, relinchando de dolor. Se dan los nombres de algunos compañeros que se han visto caer muertos, fulminados a quemarropa. Los oficiales, el teniente Donadelli, los subtenientes Gotta, Bonavera y Bruci, están allí; sus caballos yacen por el suelo, heridos de muerte. El viejo y valiente blanco 'Palú', el caballo de Massimo Gotta, conocido y querido en todo el regimiento, ha caído en un baño de sangre. Ha galopado hasta el final. En pocos minutos que parecieron una eternidad han sucedido episodios sueltos de inmenso valor frente al estandarte y a todo el regimiento, en un terreno de anfiteatro como en una coreografía. El cabo Valsecchi, al ver caer herido a un suboficial, con el caballo muerto, en medio de los enemigos, baja de la silla, hace montar al suboficial y luego, peleando solo, consigue volver a las líneas del regimiento con varios prisioneros".

El informe prosigue: *"El cabo Dirti, con su caballo caído sobre una posición enemiga y encontrándose con una pierna bajo su peso, desarmado, logró atemorizar a tres soldados enemigos hasta obligarles a liberarlo, después de lo cual los hizo prisioneros. Un detalle conmovedor: entre las tropas enemigas han sido encontradas también mujeres de uniforme, quizá enfermeras o médicos. Una de éstas, capturada por el cabo primero Alessandri, había recibido un sablazo que le había cortado el hombro y el seno. El cabo primero*





BETTONI, DESPUES DEL ARMISTICIO, LLEVO A SUIZA HOMBRES Y CABALLOS

Bettoni no quiso que, ni en las estepas rusas, el "Saboya" perdiese nada de su "estilo". Podía parecer un anacronismo, pero era el mejor modo de recordar a los subalternos la vigencia de una tradición de dos siglos y medio. El "Saboya" debía comportarse, en todos los momentos de su vida regimental, como si de un momento a otro pudiese llegar el rey en persona. Así, por ejemplo, también bajo tiendas de campaña, el mantel de la mesa de oficiales tenía que ser blanquísimo; los cubiertos, de plata; la vajilla, con la insignia regimental grabada; los soldados en servicio, con chaqueta blanca, sin una sola mancha. La fatiga y la responsabilidad de las acciones eran gravísimas. Al regimiento se pedía, como en las antiguas guerras de movimiento, continuos reconocimientos, marchas y exploraciones. Bettoni estaba contento con sus dragones. Le tocó a él llevarlos hasta el Don, donde todos cumplieron su deber escribiendo una página gloriosa. El 9 de septiembre de 1943, Bettoni estaba con su regimiento en Milán, en espera de destino. Los alemanes, tras el anuncio del armisticio firmado por Badoglio, exigían que las tropas italianas quedaran acuarteladas y entregaran las armas. En muchos casos los oficiales aconsejaron a los soldados que se escabulleran. Bettoni ordenó simplemente a los suyos armarse y montar a caballo. "Si los alemanes quieren nuestras armas —dijo—, que vengan a tomarlas". Desfiló con sus escuadrones armados por la ciudad y salió dirigiéndose por el campo hacia Como. Llegó a la frontera llevando a sus escuadrones intactos, en una marcha de 45 kilómetros, hasta Suiza. Por parte alemana no se hizo ninguna tentativa de obstaculizar a las columnas del "Saboya de Caballería" durante su marcha.

tenía consigo a un jinete, uno de los nuestros, gravemente herido. La mujer quiso curarlo, pero el jinete murió en sus brazos. Poco después, la rusa cerró también sus ojos para siempre...
Después de la segunda carga efectuada por el segundo escuadrón, los rusos parecen completamente desbandados y no consiguen disparar ni un solo tiro más. El capitán Abba da orden a su propio escuadrón de echar pie a tierra, después de lo cual se dirige adelante para rastrillar el terreno, pero algunas ametralladoras rusas abren fuego sobre él. Abba avanza entonces a la cabeza de su unidad, con el fusil ametrallador al brazo, sembrando la muerte en las filas enemigas.
El coronel Bettoni, vista la nueva reacción enemiga, ordena al capitán Marchio que cargue con su tercer escuadrón mientras el primero, a las órdenes del capitán Aragona, que está ya a pie, se despliega sobre un ala, neutralizando con sus armas el fuego enemigo. El tercer escuadrón parte como un bólido, las secciones en tropel, en columna, en dirección casi frontal. El comandante Litta ha visto partir sucesivamente sus escuadrones, y ha asistido tenso al inaudito espectáculo de la carga del segundo. No puede más. Se lanza en la silla a galope tendido y se reúne con el tercero. Su asistente, su ayudante mayor, el subteniente Ragazzi y su suboficial de la plana mayor se le unen. Tiene lugar una breve discusión, pues el comandante ordena a los otros regresar, mientras que Ragazzi responde a grandes voces que le seguirá...".
Y después: *"El choque del tercer escuadrón es tremendo y sangriento. El capitán Abba, que está combatiendo a pie ante tan gran espectáculo, saca la cámara fotográfica y se incorpora de rodillas para fotografiar, pero una ráfaga le alcanza en la frente y lo derriba. En ese mismo momento, el comandante Litta cae sobre una ametralladora enemiga dando sablazos, como un gran señor de vieja estirpe, en pleno galope, como verdadero caballero de torneos que era. Gloria a su nombre y a su memoria. A su lado caen igualmente el subteniente Ragazzi, el asistente y el suboficial. El capitán Marchio está gravemente herido en ambos brazos (más tarde le será amputado el brazo derecho). El sargento mayor Fantini es fulminado mientras daba sablazos, el subteniente Bussolera es herido en la ingle, muchos jinetes caen de bruces sable en mano sobre las humeantes ametralladoras conquistadas. El enemigo está ya totalmente aniquilado, aunque a altísimo precio. Dentro de poco, más atrás, en las retaguardias de todas las líneas, entre la infantería atónita, correrá la gran noticia... Ahora se reorganizan las filas en una conmovedora exaltación de ánimo. El número de prisioneros rusos ha subido a trescientos; los muertos son más de un centenar. Material capturado: todo el armamento de tres batallones con numerosos fusiles automáticos, ametralladoras y morteros pesados y ligeros.*
Un botín notable.
Las pérdidas han sido de tres oficiales y treinta y seis entre suboficiales y soldados. Han sido heridos cuatro oficiales, setenta entre suboficiales y tropa, con ciento setenta caballos puestos fuera de combate.
Terminada la batalla, el coronel Bettoni ordena de nuevo: '¡A caballo!', y los jinetes aún indemnes caracolean triunfalmente con los sables rendidos para prestar homenaje a todos los caídos en el terreno de la victoria. Entre los heridos hay un jinete que vuelve echado sobre su caballo que cojea, herido. El jinete tiene el vientre desgarrado. Al llegar al mando del regimiento es descendido y colocado sobre el suelo. Con un hilo de voz, el moribundo pide a su coronel que le acerque el estandarte para poderlo besar. Poco después, mientras los labios exangües se posan sobre la bandera, resuenan en el aire tres toques de corneta que ordenan firmes. Una patrulla desmontada de la caballería alemana está presente en la escena y también rinde honores. Su comandante dice: 'Nuestra caballería ya no sabe hacer estas cosas. Fue magnífico'".
Se concede a Abba y Litta la medalla de oro a título póstumo, mientras que la misma noche, después de la batalla, el general Messe imponía sobre el terreno cincuenta y cuatro medallas de plata.

EN EL HORNO DE STALINGRADO EL MAYOR DESASTRE ALEMAN

Con la capitulación del VI Ejército del general Paulus, la ofensiva alemana es definitivamente bloqueada. Los rusos capturan 90.000 prisioneros.

Otoño de 1942. Bosque petrificado de palacios desventrados, chimeneas tronchadas y ennegrecidas, calles trastornadas, casas quemadas y jardines arados por los impactos de la artillería. Stalingrado es un cráter que hierve. En medio de sus ruinas flamea la bandera con la cruz gamada. Nueve décimas partes de la ciudad están en manos alemanas. La mañana del 30 de septiembre de 1942, hablando en el Reichstag, Hitler ha declarado: *"Tomaremos por asalto Stalingrado y la conquistaremos. Podéis contar con ello... Cuando conquistamos una cosa, ninguno nos desaloja";* y si ahora, a mediados de octubre, los diputados alemanes echan una ojeada al atlas, muestran como siempre confianza en las palabras del Führer.

Stalingrado tiene la vaga forma de una media luna abierta hacia el este. Por la parte interior corre el Volga; por el exterior presionan los sitiadores, los 320.000 hombres del VI Ejército de Paulus. De arriba abajo, en lo que respecta al mapa geográfico, esta media luna está dividida horizontalmente en seis barrios, como otros tantos gajos de terreno que se bañan en el Volga, y todos tienen nombres típicos de la era revolucionaria: "Fábrica de Tractores", "Barricadas", "Octubre Rojo", "Dzerzhinski", "Voroshilovski" y "Kirovski".

Al menos el 90 por 100 de todos los barrios está conquistado ya por los alemanes. A los soviéticos les quedan algunas estrechas fajas de terreno, y no siempre, porque de "Voroshilovski" han sido empujados al río y han tenido que apostarse en la islita de Golodny. La cabeza de puente más amplia la mantienen en la orilla del Volga, en "Octubre Rojo" y "Dzerzhinski". Es una lengua de tierra de ocho kilómetros de larga y de 100 a 800 metros de profundidad, con una veintena de grandes manzanas, tres fábricas, el embarcadero central y la colina de Mamaia. Una *"estrecha cinta de ruinas"* la definió el teniente general de cuarenta y dos años Chukov, jefe de los defensores de la ciudad y futuro mariscal de la URSS.

Y contra estos últimos baluartes, entre el 16 de septiembre (primer día del asedio) y el 19 de noviembre (inicio de la contraofensiva soviética) se arrojan sin pausa las oleadas de asalto de la infantería acorazada de Paulus. En total en nueve semanas de combates hay más de 700 ataques, con una media de 12 al día, y cinco grandes batallas desencadenadas el 22 de septiembre, el 4 y el 15 de octubre y el 1 y el 12 de noviembre. Bajo el choque de los carros, de la artillería y de la aviación, el frente defensivo se fragmenta en pequeñas islas de resistencia li-



mitadas a una calle, a un grupo de casas, a una escuela, a unos grandes almacenes, a un ala de una fábrica.
El ejemplo más trágico es la colina de Mamaia, la "Mamaiev Kurgan", de 102 metros, en la barriada "Dzerzhinski" frente al desembarcadero central. Alternativamente, durante todo el tiempo de la lucha en Stalingrado, la altura pasa de las manos rusas a las alemanas.
La primera batalla en serio comienza en el alba lluviosa del 22 de septiembre. La 76.ª División de infantería alemana, apoyada por 100 carros, avanza por la avenida Moskovskaia, que desciende suavemente de las colinas al río, penetra por la "balka" de Dolghi y se apodera de la plaza Nueve de Enero; el río está apenas a 200 metros. Otras unidades ocupan las calles Kurskaia y Kievskaia, alcanzan la depresión del Zaritza (el río que atraviesa Stalingrado y que en un tiempo había dado nombre a la ciudad), ocupan el desembarcadero central y destruyen el transbordador.
Chukov pide refuerzos, y por la noche llega de la otra orilla del Volga, pasando en balsas improvisadas, una división de infantería a las órdenes de un ex obrero metalúrgico, Nikolai Batiuk. Los refuerzos consiguen rechazar los puestos avanzados de las ametralladoras alemanas llegados a una sola manzana del río. La batalla se concluye con neta ventaja de los alemanes, que el 1 de octubre son ya dueños de la mayor parte del Stalingrado central, del barrio de los negocios, de los barrios "Barricadas" y "Fábrica de Tractores" y de una de las dos estaciones ferroviarias, Stalingrado-I.
El enorme edificio ha sido disputado a los alemanes por dos semanas por los ingenieros del primer batallón del regimiento Elin. En la noche del 30 de septiembre los únicos seis supervivientes, todos heridos y desprovistos de municiones, se arrastran hasta el Volga, se apoderan de una barcaza y se echan al río. Durante tres días se dejan llevar por la corriente hasta que son auxiliados por servidores de una batería antiaérea en Kuporosnoie.

Un obús alemán de 105 mm. bate un nido de resistencia en Stalingrado. Los infantes alrededor realizan fuego de cobertura para impedir a los soldados rusos tomar por blanco a los artilleros. Dentro de poco, de estos palacios no quedarán más que esqueletos ennegrecidos.



De las cinco batallas, la más áspera es la del 14 de noviembre, cuando, durante nueve días, Paulus lanza sus fuerzas contra los tres complejos industriales, "Barricadas", "Tractores" y "Octubre Rojo", que se levantan uno junto al otro en la orilla del Volga y dan nombre a sus respectivos barrios. En un frente de cinco kilómetros los alemanes emplean tres divisiones de infantería y dos acorazadas, conquistan la fábrica de tractores y dividen las fuerzas de Chukov. El ataque de Paulus pierde intensidad en el mismo momento en que los soviéticos, retirándose paso a paso, han sido empujados a 50 metros del río.

El Volga, que en este punto tiene kilómetro y medio de ancho, es el amigo y enemigo de los rusos. Todo lo que necesita la guarnición de Stalingrado —desde víveres a forrajes, pasando por las municiones, el agua y los refuerzos— tiene que ser transportado de una orilla a la otra. Los transbordadores desafían peligros mortales. El adversario tiene una excelente visión del río: con morteros y aviones hace una caza despiadada. Pero el Volga, al mismo tiempo, es uno de los motivos del éxito de los defensores.

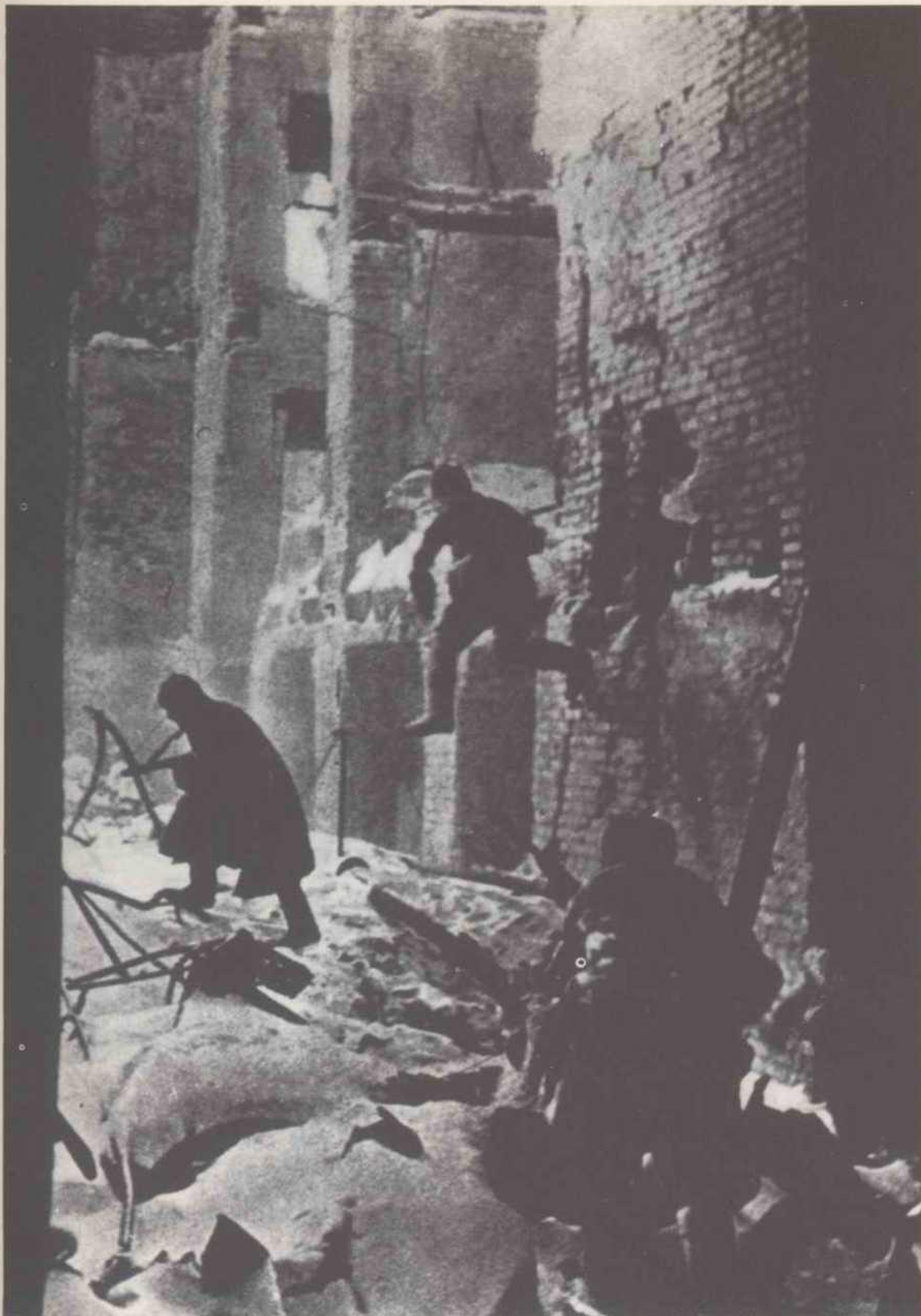
La artillería rusa, con sus temibles "katiuskas", está escondida en la otra orilla y anula cualquier conquista enemiga. *"Hacia finales de octubre* —escribirá uno de los defensores de Mamaia, Viktor Nekrasov, futuro novelista—, *la otra orilla del Volga era un verdadero hormiguero. Allí estaban concentrados todos los servicios, la artillería, la aviación, etcétera. Y fueron ellos los que crearon el infierno para los alemanes".* Añadirá otro escritor ruso, Simonov: *"Seguramente no habríamos podido mantener Stalingrado si no hubiéramos tenido todo ese tiempo el apoyo de la artillería y de las 'katiuskas' sobre la otra orilla".*

Debajo, las fábricas mecánizas Dzerzhinski, en la periferia de Stalingrado, que fueron conquistadas por los alemanes tras larga lucha.

Al lado, en el infierno de Stalingrado se luchaba casa por casa. Con frecuencia las más cruentas batallas surgían por la posesión de pocos metros cuadrados de calle o por el piso de un palacio.

Aunque la prensa angloamericana definió Stalingrado como "El Verdún del este", aquí —a diferencia de cuanto ocurrió sobre el frente francés en 1916— las líneas están a cortísima distancia, sobre los dos lados de una calle, de la entrada





al patio de un establecimiento, de un piso a otro de una casa. Todos los hombres oyen a sus adversarios caminar, arrastrarse, respirar. Algunas veces llegan a hablarse: *"Russ, skoro bul-bul u Volga"*, gritan los alemanes que guarnecen el Voientorg, en la esquina de las calles Solniescnaia y Smolenskaia, a los soviéticos del "bunker" de enfrente: *"Pronto haréis burbujas en el Volga"*.
Habiendo logrado resistir los primeros meses de asedio en medio de las ruinas, los rusos descubren que su ventaja les viene del combate a corta distancia, donde la "tierra de nadie" no supera nunca el alcance de una bomba de mano. Ante todo porque en este género de lucha son más expertos, sea por el empleo de arma blanca, sea en fin por la libertad de elección de hora *("la noche era su elemento"*, escribirá Chukov). En segundo lugar, porque hace inmunes, o casi, a sus primeras líneas del ataque de los aviones alemanes. Pero sobre todo transformando los edificios en puntos de resistencia —como la "casa de Pavlov"— es como los soviéticos logran siempre contener el choque de las aplastantes fuerzas enemigas.
La "casa de Pavlov" se llamaba antes de la guerra "Casa de la Gloria del Soldado", y albergaba oficinas del gobierno. Es un palacete barroco, de cuatro pisos, que se levanta en la plaza del Nueve de Enero y donde sobreviven todavía en los sótanos una veintena de inquilinos. El

Noviembre 1942

12 de noviembre

El VIII Ejército inglés ocupa Bardia y Sollum.
En Fedala, armisticio entre franceses y aliados; las conversaciones son concluidas por el general Noguès, residente general en Marruecos y comandante supremo de las tropas de Vichy en el norte de Africa, y por el general americano Patton.

13 de noviembre

El VIII Ejército inglés ocupa Tobruk.
Acuerdo militar entre Eisenhower y Darlan, por el cual el almirante francés es reconocido como máxima autoridad del estado francés en el norte de Africa.

13-14 de noviembre

Incursión aérea inglesa sobre Génova.

14 de noviembre

Delante de Guadalcanal, la aviación estadounidense hunde ocho vapores japoneses. En la noche del 15 es atacada una escuadra japonesa de escolta: un acorazado japonés resulta tan gravemente dañado que lo hunden sus tripulantes. Gravemente dañado también un acorazado americano.

15 de noviembre

Tropas germanoitalianas mandadas por el general Nehring desembarcan en Tunisia.

16 de noviembre

El mariscal Pétain priva a Darlan de todos sus cargos y designa a Laval como su sucesor.

17 de noviembre

Encuentro entre alemanes y aliados en la cercanía de Bizerta.

18-19 de noviembre

Incursión aérea sobre Turín.

19 de noviembre

Comienza una gran ofensiva soviética sobre el Don.



Un contraataque soviético en Stalingrado; un infante armado de una ametralladora PPSH, conocida como "Parabellum", pasa a la carrera un carro alemán MK4 destruido por el fuego ruso.

sargento I. F. Pavlov —que luego recibirá el título de "héroe de la Unión Soviética"— y los infantes Alexandrov, Gluscenko y Cernologov lo ocupan a mitad de septiembre. Con ayuda de los habitantes fortifican la construcción, construyen galerías y pasadizos para enlazar con otras casas-reducto, crean puntos de fuego, barreras anticarro, campos de minas, alambradas y posiciones para los fusileros (los tiradores selectos y solitarios son una "especialidad" de los rusos; el célebre Zaicev mató él solo a 242 alemanes). La "casa de Pavlov" resiste otros cincuenta días. *"Stalingrado no es ya una ciudad* —anota un diario—. *De día es una enorme nube de humo cegador, un gran horno iluminado por los reflejos de las llamas. Y cuando llega la noche los perros se arrojan al Volga, porque las noches de Stalingrado los aterrorizan..."*.

Sobre la otra orilla del río está Zukov. Con la misma frialdad con que el año anterior había rehusado emplear la reserva siberiana hasta que la batalla de Moscú no estuviera decidida, ahora en Stalingrado limita al mínimo indispensable el envío de refuerzos. Desde principios de septiembre a primeros de noviembre sólo cinco divisiones pasan el Volga, *"apenas suficientes para cubrir las pérdidas"*. Es un cálculo de estratega, pero el OKW lo interpreta como prueba de que los soviéticos están en las últimas y la conquista se encuentra al alcance de la mano.

En realidad, y en el máximo secreto, Zukov está preparando la contraofensiva. En Povorino y en Saratov, en las estepas de la orilla izquierda del Volga, va reuniendo 27 nuevas divisiones de infantería y 17 brigadas acorazadas. También Paulus está convencido de que para los rusos ya no hay salvación. El general Friedrich Whilhelm Ernst Paulus, de cincuenta y dos años, ex jefe de Estado Mayor del feldmariscal Von Reichenau, supone, por cálculo o por convicción, que Stalingrado es la llave crucial de todo el sistema defensivo soviético. Cualquier objeción a esta discutible tesis la considera "derrotismo" y la castiga en consecuencia.

Los generales sufren las duras reacciones de Paulus

En octubre el general carrista Von Wietersheim lamenta que sus "panzer", desgastados en la batalla de la ciudad, pronto no estarán en disposición de cumplir su objetivo previsto, es decir, atraer las fuerzas acorazadas enemigas en batallas de movimiento. Pronto, Von Wietersheim es sustituido y degradado a simple soldado.

Otro carrista, el general Von Schwedler, advierte sobre el peligro de concentrar todas las fuerzas acorazadas en un pun-

to muerto. En otras palabras, las alas del frente son un compás abierto noventa grados, forman un ángulo recto, y en el fondo del ángulo está Stalingrado. ¿Qué sucedería, se pregunta Von Schwedler, si los rusos atacaran en las alas y cerraran de golpe el compás? Pero "los rusos están acabados", ha dicho Hitler el 20 de julio a Halder, y también Von Schwedler es destituido.

En noviembre de 1942 empieza el frío, las nubes bajas, breves tormentas de nieve, el termómetro a −20°. El 6 aparecen sobre el Volga los primeros hielos, desde el 20 el río ya no será navegable y el 16 de diciembre se helará. El 8 de noviembre, hablando en Munich con ocasión del XIX aniversario del "Putsch" de la Bürgerbraukeller, Hitler pronuncia las más desafortunadas palabras de su vida política: *"He querido llegar al Volga por la misma ciudad que lleva el nombre de Stalin"*, dice. *"Y esta ciudad la hemos conquistado a excepción de dos o tres*

FÜHRER, HAY ALGO QUE EMPIEZA A MARCHAR MAL

La ofensiva soviética del 18-20 de noviembre de 1942, que llevó luego, en los dos meses que siguieron, al asedio del VI Ejército en Stalingrado, se dirigió a la ruptura del sector de frente guarnecido, a los lados de la ciudad, por tropas rumanas. Al comienzo de diciembre, el grupo de ejércitos Hoth inició en Kotelnikovski una acción de socorro para los cercados de Stalingrado, según el plan denominado "Wintergewitter", "Borrasca invernal". El día 12, en el Cuartel General de Hitler situado en Vinnitza, Ucrania, se reunieron con el Führer el jefe de Estado Mayor del ejército, Zeitzler; el teniente general Buhle, de la infantería; el general Jodl, jefe de la oficina de mando del OKW, y el vicealmirante Krancke, representante permanente de la marina en el Cuartel General de Hitler. Fin de la reunión, el examen de los primeros despachos sobre el éxito de la operación "Borrasca invernal". He aquí un extracto de las actas taquigráficas de la reunión:

El Führer: *¿Ha ocurrido alguna cosa catastrófica?*
Zeitzler: *No, mi Führer. Manstein ha llegado al sector y ha lanzado una cabeza de puente. Sólo se verifican ataques en el sector de los italianos. El regimiento que se había puesto en estado de alarma en el curso de la noche ha aparecido a las diez en el campo de batalla. Ha sido una ventaja, porque los italianos había echado ya en la lucha todos sus batallones de reserva.*
El Führer: *Me quita más el sueño por las noches este asunto que los hechos del sur. ¡Ya no se sabe lo que está pasando!*
Buhle: *En realidad, sobre esos de allí no hay que contar mucho.*
Zeitzler: *Conviene, pues, hacer alguna cosa lo antes posible, como se hizo ayer por la noche. Si los rusos hubieran aprovechado el éxito inicial, podría haber ocurrido una catástrofe en el curso de la noche. El grupo de ejércitos quería mandar al regimiento sólo en las primeras horas de la mañana, mientras que así lo hemos tenido en su puesto a las diez. En lo que respecta al XVII Ejército, poco hay que decir, Estamos de nuevo inundados de noticias de agentes sobre un presunto desembarco probable en Crimea. Parece que lo quieren intentar en un momento de mal tiempo, durante una nevada o en análogas circunstancias favorables para ellos.*
El Führer: *Es posible. Pero, ¿no puede elegir también nuestra marina un tiempo de esa clase?*
Jodl: *Pero en tales condiciones no se puede desembarcar.*
El Führer: *Pero los rusos lo hacen, y podrían abrirse camino. Y nosotros no podremos desembarcar con la nieve y otras condiciones de esa clase. Lo admito por lo que a nosotros respecta. Y constato que a su vez los rusos lo intentan.*
Krancke: *Siempre que el tiempo no sea demasiado malo. Porque resulta mal cuando hay hielo, cuando todo está helado. Pero si se trata sólo de nieve, con una temperatura en torno a cero grados, entonces se puede intentar.*
El Führer: *Se puede sin más, porque entonces es como con la niebla, y con la niebla se puede desembarcar.*
Zeitzler: *Aquí hemos sido atacados con cierta violencia, con fuerzas de la importancia de batallón. Desde aquí nos anuncian por primera vez casos de muerte por agotamiento: catorce casos en seis días. Pero me he hecho mandar, una vez más, descripciones más precisas de la situación en este recodo para el caso de que se llegue incluso a la decisión de abandonarlo. Si lo hiciéramos, creo que se ahorraría casi una división. En el recodo hay muchos batallones, estrechamente adosados unos a otros. Allá, por lo demás, no podremos pasar al contraataque en las próximas semanas, y por lo que respecta a los abastecimientos, podemos sólo llegar a encontrarnos otra vez en una situación difícil como la actual.*
El Führer: *Para decidir sobre este punto hay que saber si de ese modo se obtiene alguna cosa concreta y si estos batallones podrán luego situarse en una posición definitiva.*
Zeitzler: *Si el tiempo es propicio y si retiramos estas fuerzas, tendríamos a nuestra disposición una división. Más al sur estoy bastante preocupado por el ejército acorazado. Pienso que se debe enviar allí alguna otra unidad, y estos batallones podemos tenerlos pronto a nuestra disposición. Pero el otro, el regimiento de montaña, no podrá estar aquí antes del 20 de este mes, y la Luftwaffe aún más tarde. Ahora hay en realidad bien poco de que poder disponer.*
El Führer: *Temo sólo que, retirando ahora esas fuerzas, se pierda todo el material.*

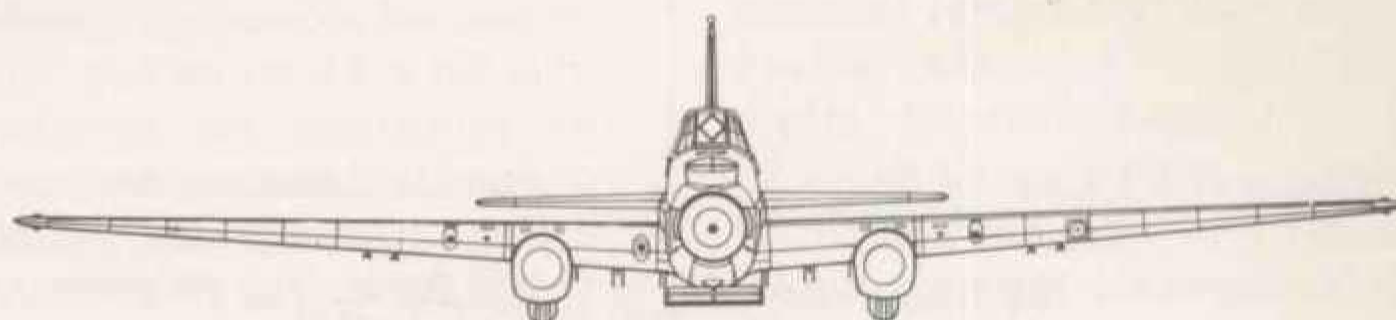
ILYUSHIN-2 "ŠTURMOVIK"

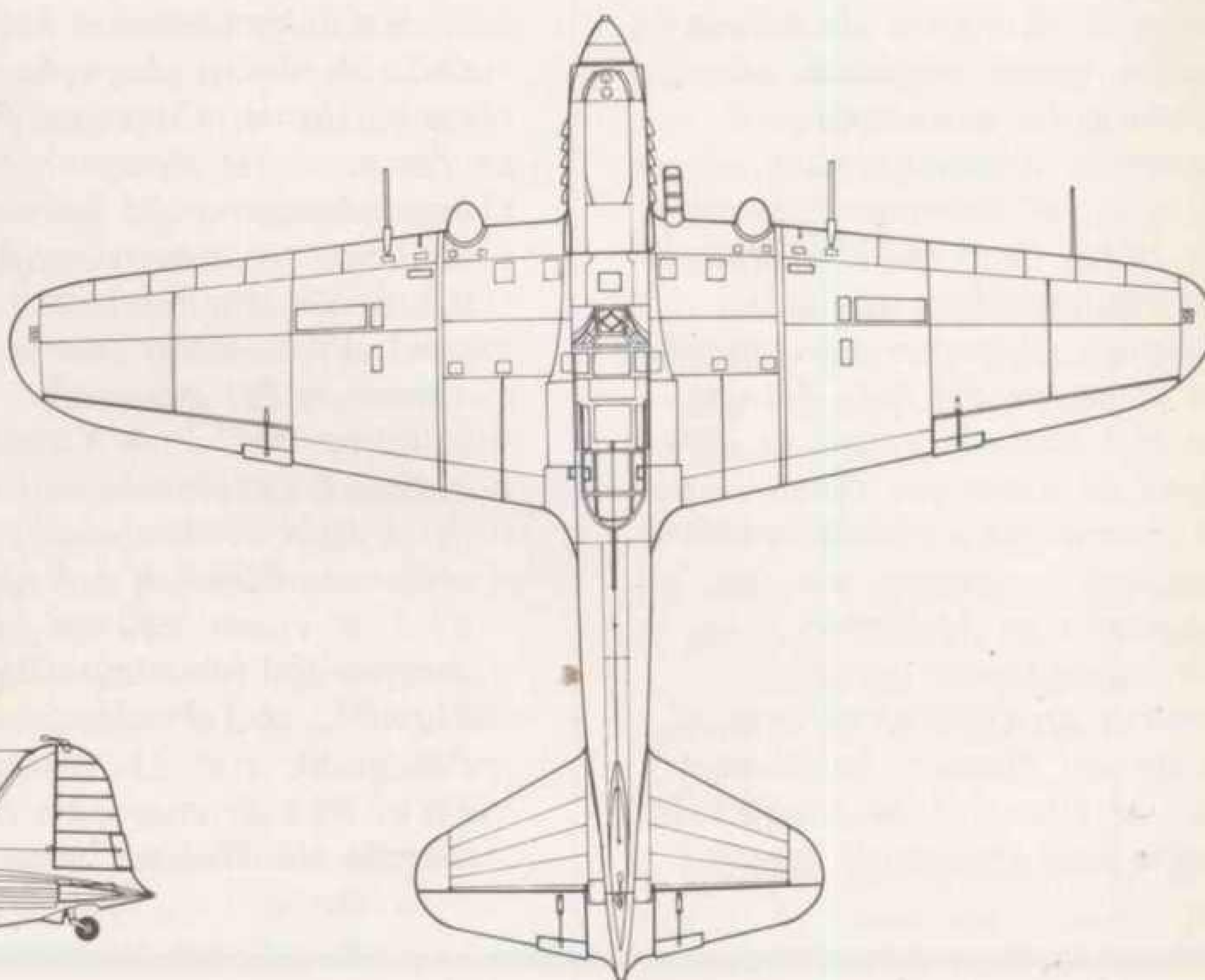


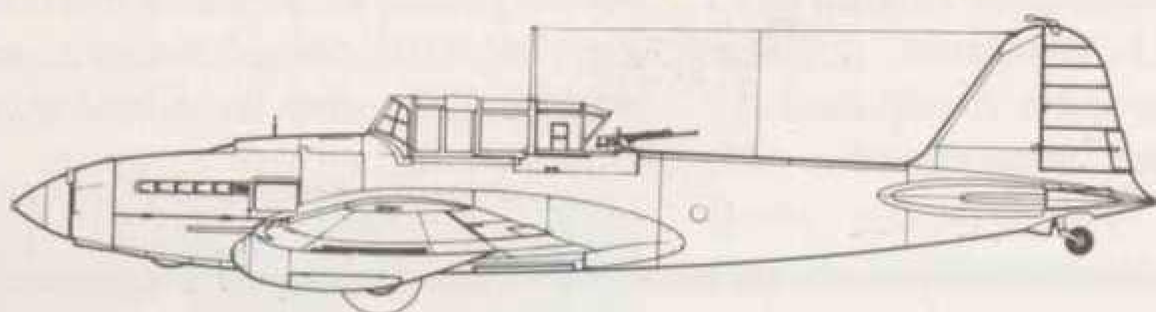
	2	2m3
Proyectista	Ingeniero S. V. Ilyushin	
Primer vuelo	1939	1942
Envergadura	14,60 m.	14,60
Superficie de alas	38,50 m.²	38,50
Longitud	11,65 m.	11,65
Altura	3,40 m.	3,40
Peso a plena carga/vacío	5.300 kg./4.120	5.510/4.220
Carga útil/tripulación	1.180 kg./1	1.290/2
Motor	Mikulin AM-38 de 1.600 HP	Mikulin AM-38F de 1.770 HP
Subida a 5.000 m.	10'6"	12'
Velocidad máx.	451 km./h.	440
Cota de tangencia	7.500 m.	6.500
Armamento defensivo	2 am. ShKas de 7,62 + 2 cañ. de 20,23 ó + 1 am. UB de 12,7	
Armamento de caída	200 kg. de bombas o un torpedo de 53 o ataques con cohetes alares	
Autonomía	600 km.	600

Otoño de 1942. Un campo de aviación alemán en la inmediata retaguardia del frente ruso está sufriendo el ataque de una escuadrilla de asalto soviética. He aquí cómo describe brevemente la escena un testigo destinado a hacerse famoso como destructor de carros rusos, el entonces teniente piloto Hans Ulrich Rudel: *"Se desencadena pronto la Flak, pero vemos que los proyectiles antiaéreos de 20 milímetros rebotan en los blindajes de los atacantes. Sólo una batería ligera, que dispara con granadas anticarro, consigue derribar un par de Ilyushin 2"*. En efecto, en este relato no











hay nada de exagerado. El Ilyushin 2, orgullo de la aviación del Ejército Rojo, es verdaderamente un carro de combate del aire. Nacido como respuesta a los Stukas alemanes, tenía en común con ellos una robustez excepcional. Pero mientras que la robustez de los Stukas se debía a la acertada fórmula estructural del avión, la del Ilyushin se había obtenido simplemente blindando el aparato. O mejor, construyendo directamente la sección anterior en una armazón de acero de espesor variable entre los 4 y los 13 mm. Veamos desde el principio la historia de este interesante avión de combate. Desde los años treinta, el Estado Mayor soviético había sido un defensor del apoyo aéreo a las fuerzas de tierra, pero los proyectistas rusos no habían logrado proporcionar a la industria estatal fórmulas válidas que permitieran, como había sucedido en Alemania con el Stuka, desarrollar esta importantísima técnica de colaboración entre combatientes de tierra y aire. Finalmente, al acabar 1938 el ingeniero Ilyushin elaborará un proyecto para un caza pesado, bien armado y fuertemente blindado, para emplearlo en asalto. El Sturmovik (asaltador, en ruso) se hará, durante la guerra, tristemente famoso entre las tropas alemanas, y especialmente entre las tripulaciones de los panzer. Después de haber volado como prototipo en la primavera de 1939, el Il-2 empezará a ser entregado durante el verano de 1942, justo a tiempo para la guerra. El Sturmovik era un monoplaza con ala baja y tren de aterrizaje retráctil, con estructura inicialmente mixta, y sucesivamente metálica por entero. La sección anterior, incluida la carlinga, era, como hemos dicho, un cascarón de acero en la parte superior en aleación ligera de espesor medio de 5 mm. La parte posterior, a su vez, realizada inicialmente en madera revestida de contrachapado, será construida en metal a partir de 1942. La cubierta de la carlinga era totalmente de vidrio blindado, y el parabrisas tenía 65 mm. de espesor. El Il-2, inicialmente monoplaza, será pronto biplaza con la adición de un telegrafista-ametrallador a espaldas del piloto, con una ametralladora Beresin de 12,7. El motor era un buen Mikulin 38, con 12 cilindros en V refrigerados por líquido, de potencia máxima de 1.600 HP en el primer tipo, que aumentará hasta 2.000 del modelo 42 instalado en los Il-8 y 10. El armamento comprendía, además de la Beresin, dos ametralladoras de 7,62 montadas en las alas más dos cañones de 20, 23 ó 37 mm. Bajo las alas podían encontrar sitio 200 kg. de bombas, 4 u 8 cohetes (según el tipo) o un torpedo de 533 mm. en la versión naval. Construido en muchos millares de ejemplares, el Il-2 participará en toda la guerra. Su última versión, el Il-10, será proporcionada desde 1945 a las fuerzas aéreas de todos los países del bloque comunista. Su último empleo operativo será en 1956, durante la revuelta húngara, por parte de los sublevados, que lo usarán para atacar a los carros rusos.

LA RETIRADA ALEMANA COMIENZA EN EL CAUCASO

Mientras el VI Ejército de Paulus era triturado dentro de Stalingrado, las tropas de Vatutin, partiendo de Serafimovic y del curso medio del Don, se lanzaron adelante, impetuosamente, repitiendo más veces la maniobra de tenaza que se había empleado en Kalach. La avanzada soviética, después de una docena de días, al terminar diciembre de 1942, llegó así a amenazar las retaguardias de los ejércitos alemanes que operaban en el sector del bajo Don y en el Cáucaso, y sólo la espesa capa de nieve que recubría ya la entera región, y la tenaz resistencia opuesta por los alemanes en Millerovo y en correspondencia por otros centros de comunicaciones al norte del Donetz, impidieron que la situación se precipitase hacia una catástrofe general.

Pero la amenaza era tan evidente y su extensión tan probable, que Hitler fue finalmente obligado a darse cuenta de que "un desastre de proporciones aún mayores que el mismo cerco de Paulus en Stalingrado" *se haría inevitable si hubiese insistido en su proyecto de conquistar el Cáucaso. Por otra parte, el frente transcaucásico del general Tiulenev se había puesto a la contraofensiva maniobrando para cercar a las fuerzas alemanas del grupo de ejércitos "A". Von Kleist empezó apresuradamente la retirada del I Ejército acorazado del sector de Mozdok y Nalchik. El 3 de enero, con un furioso ataque, los soviéticos liberaron Mozdok, el 5 Prohladny, el 11 Piatigorsk y el 23 Armavir. En el mes de enero, en total, las fuerzas de Tiulenev avanzaron 600 kilómetros apoderándose de nuevo de la zona de Grossny, del territorio de Stavropol, de la región de Astrakán y parte de la de Krasnodar. A la vez, las tropas soviéticas de los frentes de Leningrado y de Volchov dieron comienzo a la ruptura del bloqueo de Leningrado, mientras las de los frentes de Voronez, Sudoeste y Brianks se ponían en movimiento en dirección a Kursk, Jarkov y el bajo Don. La decisión de Hitler, aunque tomada a su pesar, de replegarse del Cáucaso, permitió a los ejércitos de Von Kleist huir por muy poco al peligro de quedar aislados. Aunque esto significó que la guerra en Rusia se prolongaría, el salvamento "in extremis" reveló al mundo que Alemania estaba ya madura para una derrota en las estepas.*

manzanas insignificantes... Dejo a pequeños elementos de asalto la misión de completar la conquista".
De allí a diez días, Hitler será desmentido clamorosamente. Quizá al Führer se le ha escapado el sentido encubierto en una frase que Stalin ha pronunciado el día anterior en un discurso radiofónico con el que también celebraba un aniversario: el de la revolución soviética. Ampliando considerablemente los éxitos militares ingleses y americanos, Stalin ha sostenido que los alemanes han fracasado hasta ahora en el plan de hacer caer Stalingrado y ha concluido con acento sibilino: *"También será fiesta sobre nuestro frente".*
Pero, sin embargo, el 11 de noviembre los hechos parecen dar la razón a Hitler. Los alemanes lanzan sobre Stalingrado un ataque masivo, con cinco divisiones apoyadas por 150 carros, "Stukas" y unidades especiales de asalto traídas en avión desde Alemania. Es un esfuerzo concentrado por arrojar a todos los defensores al río. Pero los soviéticos están bien atrincherados. Los "panzer" alemanes, hechos para los espacios abiertos y maniobrables, avanzan con extrema dificultad por entre los montones de ruinas y son muy vulnerables. Los rusos los dejan pasar y aíslan a la infantería atacándola separadamente y trastocando así el orden de batalla enemigo.
No obstante, los alemanes, por quinta vez, rompen el perímetro de la cabeza de puente, dividen todavía en dos partes a las fuerzas de Chukov y llegan al Volga en un frente de 500 metros. Con un altísimo tributo de sangre (de 264 hombres del 118.º Regimiento de la Guardia sólo quedan apenas seis supervivientes después de cuatro horas de combate), los soviéticos detienen la ofensiva, y tras tres días de lucha los alemanes deben constatar que, aun habiendo ocupado más terreno, no han conseguido aniquilar la densa red de reductos y fortines entre la colina de Mamaia y la fábrica "Octubre Rojo".
Poco después del alba del jueves 19 de noviembre, entre las 6 y las 7, la hora más silenciosa de la jornada, los soldados rusos agazapados en las trincheras son inesperadamente sorprendidos por un sordo rumor que viene del norte y del sur. Aunque ningún comunicado oficial dará pronto su anuncio ("Pravda" sale con un artículo en primera página dedicado a las sesiones de la Academia de Ciencias de Sverdelovsk), la noticia se propaga por todo el frente: *"Nachalos!", "¡ha empezado!".*
Con una perfecta elección del momento —es decir, entre los primeros hielos que endurecen el terreno y consienten rapidez de movimiento, y las primeras grandes nevadas que impiden prácticamente toda posibilidad de maniobra—, el grupo de ejércitos de Rokossvsky, Vatutin y Eremenko, realizando el plan sometido ya a Stalin en agosto por Zukov y Vasilievsky, se han puesto en movimiento para cerrar la tenaza sobre el Volga. Rokossovsky y Vatutin, desde el Don, arrollan a los rumanos; Eremenko avanza desde el sur de Stalingrado.
En total, las fuerzas frescas lanzadas por los rusos suben a 1.050.000 soldados,

El mariscal Von Manstein (en primer plano) junto con su Estado Mayor. A él fue encomendado el objetivo de liberar al VI Ejército de la tenaza soviética.

900 carros, 13.000 cañones y 1.100 aviones. Aunque no haya gran diferencia con el adversario (igual número de hombres, 700 "panzer", 10.000 cañones, 1.200 aviones), los soviéticos han mejorado además notablemente la calidad de sus medios acorazados y sus "Stormovik", cazas-bombarderos provistos de cohetes, son los más peligrosos adversarios de los carros y de las concentraciones de tropas.
Desde el 19 al 23 de noviembre, la contraofensiva rusa desbarata así 15 divisiones alemanas, de ellas tres acorazadas, hace 60.000 prisioneros y sus puntas más avanzadas de la tenaza se alargan de modo que al quinto día se encuentran a 65 kilómetros al oeste de Stalingrado, en Kalach. Allí, sobre el gran puente que cabalga sobre el río, pasan todos los abastecimientos para Paulus. El puente ha sido minado. La unidad de ingenieros alemanes que monta la guardia tiene orden de hacerlo saltar apenas aparezca el primer soldado ruso. A las 16,30 horas del 23 de noviembre, jornada insólitamente clara, los alemanes de la guarnición de Kalach divisan una larga fila de carros de combate que proceden del norte. ¿Serán amigos o enemigos? Media hora más tarde, a la entrada del puente, aparecen tres semiorugas "Horch" con distintivos de la 22.ª Panzer. Pero de las torretas saltan fuera unos sesenta soviéticos que aniquilan a la guarnición y hacen pasar la vanguardia de Rokossovsky.



El compás previsto por Von Schwedler se cierra, soldando en torno a los alemanes un "anillo" que va de 35 a 60 kilómetros, transforma los asediantes en asediados e imprime un cambio decisivo al curso de la segunda guerra mundial. Paulus, que está en las proximidades de Kalach y evita casualmente la captura, vuelve a entrar en la bolsa y se da cuenta de que el flanco sur está descubierto, que no hay reservas, que falta el carburante y que los víveres apenas bastan para seis días. Como había sido irracional al alargar sus propios ejércitos al "ángulo muerto" de Stalingrado, Hitler es ahora también irracional al no querer soltar la presa. *"No dejaré nunca el Volga"*, dice al general Zeitzler, el nuevo jefe de Estado Mayor que ha sustituido a Halder desde fin de septiembre. *"Stalingrado es una fortaleza* ("die Festung Stalingrad"). *Si es necesario su guarnición sostendrá el asedio todo el invierno y yo la liberaré con una gran ofensiva en primavera".*
Para resistir al asedio el VI Ejército tendría necesidad, cada día, de 750 toneladas de suministros entre municiones, carburante, forraje y víveres (40 toneladas sólo de pan). La aviación de transporte sostiene que un "puente aéreo" puede transportar un máximo de 350 toneladas. Goering, picado, asegura a Hitler que la Luftwaffe está en disposición de suministrar a la bolsa 500 toneladas diarias. Desde el 28 de noviembre los trimotores "Junkers" empiezan a despegar de los aeropuertos de Tazinskaia y Morozovsk, en el recodo del Don, y con vuelos de 200 kilómetros aterrizan dentro de la bolsa, en Gumrak y Pitomnik, volviendo con millares de heridos.
Así el Führer decide llevar socorro directo al ejército prisionero, y encarga a Von Manstein, conquistador de Sebastopol y su mejor estratega, que quiebre el cerco ruso sirviéndose del IV Ejército acorazado de Hoth, y del III y del IV rumanos. El 12 de diciembre, desde el sudoeste, Manstein lanza la ofensiva en un frente de 100 kilómetros entre Tsimla y Kotelnikovski, a caballo del ferrocarril que desde Krasnodar y Voroshilovgrad va a Stalingrado. La cuña de Hoth penetra hasta el Aksai, y el 13 atraviesa el río, el 19 llega al Mischkova en medio de una tremenda tempestad de nieve, y el 21 a Verkhene-Kumskaia; 130 de los 180 kilómetros que lo separan de los asediados han sido cubiertos, y de noche puede ver en el cielo el resplandor de los antiaéreos de Stalingrado.

Noviembre 1942

20 de noviembre

Las tropas soviéticas pasan a la ofensiva también al Sur de Stalingrado. El VIII Ejército inglés conquista Bengasi.

22 de noviembre

Tropas germanoitalianas ocupan Gabes en Tunisia.

23 de noviembre

Las tropas soviéticas encierran en una bolsa al VI Ejército alemán. Rommel intenta formar una línea defensiva entre Marsa Brega y El Agheila.

25 de noviembre

Los alemanes empiezan a avituallar por vía aérea a las tropas cogidas en la bolsa de Stalingrado.

26 de noviembre

En Bihac, Yugoeslavia, se celebra la primera reunión del Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoeslavia.

27 de noviembre

Ocupación germanoitaliana de Tolón. El almirante francés De Laborde ordena que la flota militar francesa en Tolón se hunda a sí misma.

28 de noviembre

Tropas inglesas desembarcan en la isla francesa de la Reunión. Incursión aérea americana sobre Bangkok. Cerca de Roma son fusilados Emilio Zappalà y Antonio Gallo, condenados a muerte por el Tribunal Especial por espionaje en favor del enemigo.

28-29 de noviembre

Incursión aérea inglesa sobre Turín.

29 de noviembre

Incursión de bombarderos americanos sobre Trípoli.

30 de noviembre

Destructores japoneses atacan a una escuadra naval americana delante de Tassafaronga (Guadalcanal). Un crucero americano es hundido. En Turín

Pero la ofensiva termina aquí. El 16 de diciembre, arriba del Don, un ejército soviético ha embestido las líneas guarnecidas por los italianos abriendo un hueco de 50 kilómetros de profundidad mientras en el Cáucaso los rusos se han movido amenazadoramente hacia Rostov.

Un paso más y también Manstein se arriesga a caer en una inmensa trampa. Para el VI Ejercito queda sólo la posibilidad de aprovechar la cuña para salir combatiendo de la bolsa. Paulus duda, teme desobedecer a la orden del Führer que es la de resistir sobre el terreno.

Manstein sufre el mismo temor, y las disposiciones que dicta para una salida están llenas de reservas. En esta perplejidad pasan dos valiosos días. Después Hoth se ve obligado a suspender el avance sobre Stalingrado para enviar una de sus tres divisiones acorazadas en ayuda

LAS ULTIMAS VOCES DE STALINGRADO

Algunos fragmentos de cartas escritas por soldados alemanes durante la batalla de Stalingrado. Estos textos, publicados después de la guerra, habían sido recogidos por la censura militar por considerarlos "derrotistas" y desmoralizadores. Fueron recuperados al final de la contienda.

"No sé si podré hablarte una vez más, por eso bueno que esta carta llegue a tus manos y que lo sepas ya en caso de que un día yo vuelva a aparecer. Las manos se han perdido, ya desde principios de diciembre. En la izquierda me falta el meñique, pero, lo que es peor, en la derecha se me congelaron los tres dedos de enmedio.
Sólo puedo coger el vaso con el pulgar y el meñique.
Me siento muy torpe. Sólo cuando a uno le faltan los dedos se da cuenta de cómo sirven también para las operaciones más pequeñas. Kurt Hahnke —me parece que lo conociste de tiempos del colegio, en el 37—, hace ocho días, en una callejuela lateral de la Plaza Roja, ha tocado la 'Appassionata' en un piano de cola. No sucede todos los días. La casa había sido volada, pero el instrumento, seguramente por compasión, lo habían sacado y colocado en la calle. Todos los soldados que pasaban martilleaban las teclas y yo te pregunto que dónde, en qué otra parte del mundo se encuentran los pianos por las calles".
"Me he asustado cuando he visto los mapas. Estamos completamente aislados, sin ayuda desde fuera. Hitler nos ha dejado. Esta carta saldrá si el aeródromo está todavía en nuestras manos. Estamos al norte de la ciudad. También los hombres de la batería lo sospechan, pero no lo saben tan claramente y de modo tan cierto como yo. Y así es como se espera el fin. Ni Hannes ni yo caeremos prisioneros. Ayer vi cuatro hombres que cayeron prisioneros de los rusos, después de que nuestra infantería recuperara el puesto avanzado. No, no caeremos prisioneros. Cuando caiga Stalingrado, lo oirás y lo leerás, y entonces sabrás que yo no vuelvo".
"La muerte debería ser siempre heroica, emocionante, fascinadora, por un fin grande y convincente. En realidad, ¿qué es? Es reventar, morir de hambre, de hielo, nada más que un hecho biológico como comer y beber. Caen como moscas y nadie piensa en ellos, nadie los entierra. Yacen por todas partes aquí en torno, sin brazos, sin piernas, sin ojos, con el vientre desgarrado. Se debería rodar una película para hacer imposible 'la más bella muerte del mundo'. Es una muerte bestial que luego un día será glorificada en frisos de granito con 'guerreros moribundos', con la cabeza o el brazo vendados".
"... Así ya sabes que no volveré. Dilo con cuidado a nuestros padres. Un tiempo fui confiado y fuerte, ahora soy pequeño y desconfiado. No entenderé mucho de lo que sucede aquí, pero lo poco en lo que tomo parte es ya tan grande que no lo puedo tragar. No me pueden hacer creer que los camaradas mueren con las palabras 'Deutschland' o 'Heil Hitler' en los labios. Se muere, eso sí, no puede negarse. Pero la última palabra es para la madre o para la persona más querida, y acaso es sólo un grito de auxilio. He visto ya caer y morir a centenares, y muchos eran como yo miembros de la Hitlerjugend, pero todos, si aún eran capaces, pedían ayuda o invocaban el nombre de quien ya no podía socorrerlos".
"Tú eres coronel, querido papá, y del Estado Mayor. Tú sabes lo que significa todo esto y me ahorrarás así explicaciones que podrían sonar a sentimentalismo. Es el fin. Pienso que pueda durar aún unos ocho días. Luego el anillo se cierra. No quiero indagar los motivos en pro o en contra de nuestra situación. Estos motivos son perfectamente insignificantes ya, y sin ninguna importancia, pero si pudiera añadir alguna cosa querría decir solamente: no busquéis cerca de nosotros la razón de esta situación sino cerca de vosotros, y cerca de quien es el responsable. ¡Llevad la cabeza alta! Tú, papá, y los que son de tu misma opinión, estad alertas, que no suceda todavía nada peor a nuestra patria. Que el infierno del Volga sirva de advertencia. Por favor, no hagáis que el viento disperse esta enseñanza".



Tres tiradores selectos rusos con ropa para camuflaje de nieve toman las posiciones desde las que, sin ser vistos, hostigarán las líneas alemanas.

del frente del Don, y Hitler se ve obligado a ordenar la retirada en el Cáucaso, amenazado por la pérdida de un millón de hombres. El VI Ejército está condenado. Comienza su agonía, que durará setenta y seis días.
Convertidos a su vez en sitiados, los alemanes repiten el modelo ruso de la resistencia a ultranza: puntos de combate en las casas, fábricas disputadas palmo a palmo, batallas encarnizadas por una calle, una plaza o una altura, como la trágica colina de Mamaia, la "colina de la muerte". La lucha, agravada por la postración física y moral, se convierte en casi insostenible por el invierno ruso. A mitad de diciembre el sol dura poco tras el mediodía, y entre las catorce y las quince horas es noche completa. El "puente aéreo" desembarca una media de 94 toneladas al día, un quinto de las necesidades mínimas, y muchas veces los aviones, además de pan o medicinas, descargan material de propaganda, periódicos, caramelos, especias, alambre de púas, corbatas, cartón. En Berlín el general Hube dice secamente al Führer: *"Usted ha hecho fusilar a generales del ejército. ¿Por qué no hace fusilar al general de aviación que le ha prometido abastecer a Stalingrado?".*
El incierto Paulus reúne las fuerzas constituyendo los "batallones de fortaleza" con hombres de aviación, artilleros y carristas que quedaron sin sus armas, conductores, escribientes, personal de los servicios. La disciplina se relaja, los casos de insubordinación y deserción se multiplican y en la bolsa, en diciembre-enero, son cumplidas 364 condenas a muerte.
El 1 de enero de 1943 trae un frío mortífero (−40°) y la reducción de la ración de pan de 200 a 100 gramos. Tifus, piojos y disentería hacen víctimas. Los

Noviembre 1942

se constituye un Comité para el frente nacional, formado por comunistas, socialistas y democristianos.

Diciembre 1942

1-31 de diciembre
Hundidos 59 mercantes aliados por submarinos alemanes en el Atlántico y el Mediterráneo.

2 de diciembre
El físico italiano Enrico Fermi pone en funcionamiento en Chicago el primer reactor atómico del mundo.

2-3 de diciembre
Bombardeo aéreo inglés sobre Francfort-am-Mein.

4 de diciembre
Incursión aérea americana sobre Nápoles.

LA MAS GRANDE MATANZA DE LA HISTORIA

En seis meses de combates en Stalingrado, el 99 por 100 de la ciudad fue reducido a un montón de ruinas. Más de 41.000 casas, 300 fábricas y 113 hospitales y escuelas fueron destruidos. Pero las pérdidas humanas fueron con mucho las más graves, porque la batalla fue la mayor matanza militar que la historia recuerda: costó la vida a casi dos millones de hombres y mujeres. Los rusos perdieron 750.000 hombres, entre muertos, heridos y desaparecidos. Los alemanes perdieron casi 400.000. Los italianos más de 130.000. Los húngaros y rumanos juntos, cerca de 320.000. En cuanto a los civiles, un rápido censo reveló que de los 500.000 habitantes que poblaban la ciudad el verano anterior sólo quedaban apenas 1.500. La mayor parte había sido muerta en los primeros días o se había dispersado buscando un asilo temporal en Asia. Nadie sabía cuántos civiles habían sido muertos, pero los cálculos eran aterradores. De las fuerzas del Eje, la mayor parte no pereció en combate. Cuando el VI Ejército se rindió, los rusos hicieron más de 500.000 prisioneros entre alemanes, italianos, húngaros y rumanos. De éstos, más de 400.000 morirían en los meses de febrero, marzo y abril de 1943.

enfermos incapaces de moverse son 80.000; sólo la mitad podrá ser evacuada. La mañana del 8 de enero tres parlamentarios rusos precedidos por una bandera blanca se presentan en las líneas alemanas para pedir la rendición del ejército. Paulus lo comunica a Hitler invocando "libertad de acción", pero el Führer se niega. Al terminar el plazo del ultimátum, los rusos reanudan la ofensiva apoyada por el fuego de 5.000 cañones, conquistan Krovzov, Zybenko, Dmitrevka, Karpovka, invaden los cuatro quintos de Stalingrado, oprimen a los alemanes dentro de las ruinas de la ciudad y se apoderan del aeródromo de Pitomnik.

La pérdida de esta base esencial de suministros provoca una nueva reducción de las raciones diarias: 75 gramos de pan, 200 gramos de carne de caballo comprendidos los huesos, 12 gramos de grasas, 11 gramos de azúcar y un cigarrillo. El 20 de enero la intendencia del ejército decide matar a todos los caballos. El 23, una vez más, Hitler prohíbe la rendición y Paulus se muestra de acuerdo con él: *"La pregunta enviada ayer noche por el general Zeitzler de si se podía ya dar al VI Ejército autorización para rendirse* —anota el diario de guerra del OKW— *ha sido rechazada por el Führer. El ejército debe continuar combatiendo hasta el último hombre para ganar tiempo. El general Paulus ha respondido al mensaje del Führer con estas palabras: 'Vuestras órdenes son cumplidas. Viva Alemania'"*. y al mismo tiempo llega el fin.

En la última semana de enero los soviéticos ocupan el único aeródromo que quedaba a los alemanes, el de Gumrak. El mando decide abandonar los 50.000 heridos refugiados en los subterráneos de las dos estaciones ferroviarias, en los "silos" de cereales, en los sótanos del teatro y en la ex sede del mando de guarnición. Los muertos, con el terreno helado y durísimo, no son ya enterrados, ni sus nombres anotados. El 30 de enero, décimo aniversario de la subida al poder por parte de los nazis, Hitler nombra a Paulus feldmariscal y confía a Keitel: *"Nunca se ha rendido un mariscal alemán"*. Doce horas después, un espantoso bombardeo de la artillería rusa se abate sobre el centro de Stalingrado, en la zona del "Univermag", los almacenes generales en cuyos sótanos se encuentra el mando de Paulus. A las 5,45 de la mañana del 1 de febrero la radio del ejército transmite: *"Los rusos están delante del bunker. Destruimos nuestra estación"*. Después un oficial alemán sale del "Univermag" agitando una bandera blanca y hace ademanes hacia el otro lado de la calle, donde están apostados los soviéticos.

El teniente ruso Fedor Mijailovich Elcenko salta fuera de su hoyo y se acerca. *"Nuestro jefe supremo* —le dice el alemán— *quiere hablar a su jefe supremo"*. Elcenko sonríe: *"Es de lamentar* —responde— *que nuestro jefe supremo tenga otras cosas que hacer. Su jefe supremo, si quiere, tendrá que arreglarse conmigo"*. El otro reflexiona un momento, y luego acompaña al teniente ruso al sótano. Paulus, de uniforme, con barba cerrada, pálido, está echado en un catre. *"Bueno, pues ya se ha terminado"*, le dice Elcenko. El feldmariscal alemán le dirige una ojeada y asiente con la cabeza. Después se levanta, toma una bolsa y sale. Un auto soviético lo lleva al mando ruso donde le espera el general Voronov, representante de la "Stavka". La rendición es aceptada. Pero entre las ruinas humeantes todavía hay algunos que no se han rendido. Son los hombres del general Strecker, que constituyen los últimos núcleos de resistencia en el interior de la bolsa norte de Stalingrado. A pesar de que se daba perfecta cuenta del dramatismo de la situación, Strecker, que en un primer momento ha intentado resistir a las órdenes de sus superiores que imponían una matanza inútil, se ha dejado convencer por las directrices procedentes de Berlín: que cada una de sus horas de resistencia permitiría la creación de un nuevo frente de defensa. Pero cuando ve que sus líneas son arrolladas por la infantería rusa, da también la orden de cesar el fuego.

Uno de los últimos enlaces de radio con Berlín, quizá el más significativo sobre la verdadera moral de los combatientes de Stalingrado, llega inesperadamente de estos hombres cuando, en respuesta al enfático elogio leído por Goering, en la radio alemana, transmiten a Berlín un descarnado mensaje: *"Preferible omitir prematuros discursos fúnebres"*. En la madrugada del día 2 todo calla definitivamente.

De los 320.000 alemanes de Stalingrado, 140.000 han muerto por heridas recibidas en combate, hambre, frío, enfermedades; 20.000 desaparecidos, 70.000 heridos y evacuados antes y después de la bolsa. Los 90.000 sobrevivientes dejan en manos de los rusos 750 aviones, 1.550 carros de combate, 480 coches blindados, 8.000 cañones y morteros, 60.000 camiones y 235 depósitos de municiones, y parten para los campos de prisioneros de Siberia. Entre ellos hay 2.500 oficiales, 23 generales y un mariscal de campo. Volverán sólo 5.000, menos del 2 por 100. A las 14,46 horas del 2 de febrero un avión alemán de reconocimiento sobrevuela a gran altura la ciudad y transmite este mensaje: *"En Stalingrado, ningún signo de combate"*.

HITLER QUERIA EL SUICIDIO DE FRIEDRICH PAULUS

El texto original de la conversación mantenida en el Cuartel General de Hitler después de la derrota en el frente oriental.

A las 12 del mediodía del 1 de febrero de 1943, Hitler y sus generales se dedicaron a examinar en la "Wolfschanze" *(la Guarida del Lobo)*, sede del Cuartel General del Führer, la situación creada en el frente oriental después de la capitulación del VI Ejército del mariscal Paulus. En la reunión, además de Hitler, participaba el general Kurt Zeitzler, del Estado Mayor del Ejército; el coronel Gerhard Engel, ayudante del Führer; el general Alfred Jodl, jefe del OKW; el general Hans Jeschonnek, y oficiales del ejército y de la aviación. El texto que sigue es cuanto queda de la transcripción literal de la reunión, destruida en gran parte por el fuego.

Zeitzler: Para los jefes supremos. Parece que sobre el Don el cerco se esté desarrollando hacia el ala septentrional a cargo de una agrupación acorazada con algunos cuerpos acorazados, arriba de esta zona. Manstein está apostando en este punto también la 7.ª División acorazada. Llevará a este punto también la 3.ª y la 11.ª División acorazada. La 3.ª se está moviendo desde Rostov. Aquí arriba la situación podría hacerse muy difícil. Por lo que respecta a este sector, el enemigo golpea aquí también con acciones simultáneas. Naturalmente, puede también tratarse de una vasta acción de conjunto, con una acción de rompimiento articulada en más puntos. La razón por la que he venido antes era el deseo de hablar con usted una vez más de la importantísima cuestión *(la defensa de la cuenca petrolífera del Donetz, que Hitler consideraba de la máxima importancia).*



El general Friedrich Wilhelm Paulus (en el centro) junto con su Estado Mayor. Hitler lo nombró feldmariscal la víspera de la capitulación, convencido de obligarle así al suicidio para no caer vivo en manos enemigas.

El mariscal Paulus se dirige al mando soviético, donde se entregará prisionero. Sobre su rostro son evidentes las señales de la fuerte tensión nerviosa de los últimos días. Probablemente será ésta la que provocaría su hundimiento, haciéndole adoptar un comportamiento extraño.



"El hecho es que nuestros grupos de ataque están en proceso de formación cerca de Jarkov. Una división está casi dispuesta para empleo, la otra lo estará para el día 12. Las hemos preparado con vistas a una acción ofensiva aquí abajo, a fin de afrontar la situación aquí, aligerando la presión enemiga. Puede ocurrir que ahora tengamos que traer aquí también esas dos divisiones o al menos una de ellas. Me parece que eso habría de evitarse por dos razones concretas: ante todo porque el traslado exigiría una enorme cantidad de carburante y luego, si hubiese que llevarlas arriba, se encontraría naturalmente en peligro este arco del frente, pero, en este caso, la situación resultaría más precaria aquí en el centro...

"Esta ha sido siempre para mí una gran preocupación. La 3.ª División acorazada está perfectamente adiestrada y equipada, y todas las fuerzas que puedan ponerse en primera línea son para nosotros de inestimable valor.

El Führer: ¿Cuál es la situación de la 13.ª?

Zeitzler: Abajo parece que los movimientos se realizan de modo totalmente satisfactorio y con relativa rapidez. La 3.ª División debe ahora trasladarse aquí, y la 11.ª la seguirá. La 13.ª llega esta noche a esta zona y podrá así atravesarla en una sola etapa hasta aquí.

El Führer: Hace falta ver si todavía la...

Zeitzler: Sí. En todo caso me parece justo tratar de acercarla más al norte.

El Führer: ¿El se dirige con la 7.ª División acorazada aquí cerca?

Zeitzler: Sí.

El Führer: ¿Y aquí están ahora 16 trenes con la 335.ª División?

Zeitzler: Sí. El traslado de esta División ha sido nuevamente frenado por bombardeos a lo largo del recorrido. Y ahora hay también un problema... de hacer el cambio... cuerpo de caballería. En tal caso tendremos en el sur alguna zona descubierta.

El Führer: Los cambios duran tanto que entre tanto surgen situaciones nuevas.

Zeitzler: ... Pero la mayor tensión sigue en todo caso aquí, y por eso yo querría pedir que no se abandone la cuenca del Donetz, y de ese modo no serían perjudicados el programa económico ni la producción bélica.

El Führer: Lo pensaré, pero puedo decir que en tal caso no será ya posible una conclusión ofensiva de la guerra en el frente oriental. Esto debe estar claro.

Zeitzler: Sí.

El Führer: Porque sin el material necesario no se puede proceder. Los hombres no bastan. Y así tendréis los hombres, pero no el material. El problema es saber lo que se quiere. Ahora tenemos sectores de cinco kilómetros de frente, pero puedo dar a las unidades cañones y municiones. Pero luego tendremos sectores de tres kilómetros de frente pero no tendremos ya cañones ni municiones. Si pensamos que se pueda combatir mejor sin municiones pero en tres kilómetros, que con municiones en cinco kilómetros, entonces las cuentas cambian.

Zeitzler: Sí, es un problema. Por ahora no tiene importancia, pero la tendrá mañana.
El Führer: No. La tendrá mañana, pero la tiene también hoy. Porque implica también a todo el programa de los armamentos. Veríamos caer todo nuestro programa para las nuevas unidades acorazadas... que está basado sobre aceros especiales... a la vez veríamos caer nuestro programa para las nuevas artillerías. Se terminaría produciendo sólo 150 cañones al mes en vez de los 600 previstos. Y caería incluso el vasto programa para las municiones. Todo sería liquidado en un momento. No gradualmente, sino con rapidez fulminante... No aprovecharía nada. Retirándome, perdería el... Todo está irremediablemente concatenado. Y mientras tanto los otros continúan atacando. Y ya sabemos qué es lo que significa retirarse.
Zeitzler: Todo esto lo sé también yo. Pero si no se hubiera realizado la retirada, habría sido todavía peor. Ha habido que replegarse aquí y ahí abajo, donde teníamos el ejército acorazado.
El Führer: Lo he dicho desde el principio, porque pronto se me hizo claro que si este asunto de aquí no puede ser organizado, entonces no quedan más que las dos cabezas de puente. Es obvio. Si se hubiese hecho como pensaba el bueno de Manstein, no habría sido necesario ningún repliegue, pero todo se habría malogrado. Si hubiera ido detrás de las ideas de Manstein, no habría dado la vuelta... él no habría tenido ya el ejército acorazado, ni se hubiera llevado detrás el XVII Ejército, sino que todo habría sido destruido... He temido siempre que se mantuviese demasiado tiempo sobre esas posiciones *(Manstein había propuesto evacuar la boca del Don y parte de la cuenca del Donetz a fin de reforzar el ala occidental del grupo de ejércitos del Don, amenazada de cerco).*
Zeitzler: Y ahora creo que, además de la 4.ª División, deberíamos hacer venir aquí cuanto antes a la 337.ª de Francia y también una parte de la 78.ª, para empezar a constituir aquí al menos un modesto bloqueo. Y habrá que ver cómo será posible hacer avanzar las unidades SS. Si, por ejemplo, llevamos aquí encima la "Reich", naturalmente se restablecería la situación. Pero hace falta tiempo... Me parece que por ahora estamos obligados a emplearla en esa operación al sur.
El Führer: Ya veremos. Todo depende de cómo suceda el traslado de la 4.ª División acorazada. Si ésa está ahora a medio camino...
Zeitzler: Aquí hay quince trenes disponibles. El traslado se realiza lentamente porque han sido repetidamente bombardeados. Siete trenes deben llegar hoy.
El Führer: Si llega la 4.ª División acorazada tenemos aquí una primera unidad. Después llegará la 337.ª, y aquí hay otra unidad. Y luego deberá unirse a ellas la 78.ª. Tendremos así una fuerza suficiente para poder iniciar una barrera. Habrá que ver. Entre tanto los rusos anuncian triunfantes la captura de Paulus, Seydlitz y Schmidt. Seguro que se han rendido según todas las reglas. Porque de otro modo se agrupan y se forma un cuadro, resistiendo hasta el final, y con el último cartucho se suicidan. Si ocurre que una mujer tenga tanto orgullo que sólo por haber oído un par de palabras ofensivas se marcha, se encierra en su casa y se quita la vida, no puedo tener más que desprecio por un soldado que tiene miedo de hacer lo mismo y prefiere terminar en la prisión. Sólo puedo decir que lo comprendo en un caso como el del general Giraud. Nosotros habíamos ocupado la posición, él no lo sabía, llega en coche y cae prisionero. *(El general francés Giraud fue capturado cuando por error se había dirigido a una posición ya capturada por los alemanes.)*
Zeitzler: Tampoco yo logro comprender. Sigo siendo de la opinión de que no haya sido como han anunciado los alemanes, y que quizá Paulus esté gravemente herido.
El Führer: No, es así como digo. Ahora se verán llevados en seguida a Moscú, ante la GPU, y de allí llegarán órdenes para que también los de la bolsa septentrional se rindan. Schmidt firmará todo lo que quieran. Quien no tiene el valor, en un momento semejante, de tomar el camino que un día u otro todo mortal debe comenzar, tampoco tendrá fuerza para oponerse a las presiones. Cae en estado de depresión. Entre nosotros se ha cuidado demasiado la formación intelectual, y poco la del carácter...
Zeitzler: De verdad que no logro explicarme qué ha sucedido.
El Führer: No diga eso. Tengo una carta que ha sido escrita en Below por un oficial destinado en Stalingrado. Puedo enseñársela. Contiene las opiniones que el autor se había hecho sobre esos hombres: "Paulus, un signo de interrogación; Seydlitz, merece ser fusilado; Schmidt, merece ser fusilado".
Zeitzler: De Seydlitz también he oído yo juicios poco favorables.
El Führer: Y todavía dice: "Hube, ése es un hombre". Naturalmente, hubiera sido mejor si se hubiese quedado allí dentro Hube y no se hubieran salido los otros. Pero porque no todos los hombres tienen el mismo valor y porque todavía tendremos necesidad durante toda la du-

Diciembre 1942

6-7 de diciembre
Incursión aérea inglesa sobre Mannheim.

9-10 de diciembre
Incursión aérea inglesa sobre Turín.

11 de diciembre
El VIII Ejército inglés desata una ofensiva contra las posiciones germanoitalianas de Marsa Brega. Las tropas germanoitalianas se retiran sobre Buerat. Fuerzas inglesas ocupan Teherán en sustitución de las tropas soviéticas llamadas a Rusia.

13 de diciembre
Las tropas germanoitalianas abandonan El Agheila.

14 de diciembre
El IV Ejército alemán pasa a la ofensiva a lo largo de la línea ferroviaria de Yutovo-Stalingrado a fin de liberar al VI Ejército.

16 de diciembre
Los soviéticos ocupan la importante base de Tazinskaya, esencial para el avituallamiento de Stalingrado.

17 de diciembre
A continuación de la ruptura soviética de las defensas del Eje entre Kalitva y Bogukar, las tropas italianas tienen que replegarse a Chir.

19 de diciembre
Cerca de Roma son fusilados Giuseppe Giacomazzi y Ettore Vacchi, acusados de espionaje a favor del enemigo.

21 de diciembre
Unidades del IV Ejército alemán consiguen llegar a las cercanías de Stalingrado, pero tienen que detenerse con motivo de la fuerte resistencia opuesta por los soviéticos. Los ingleses bombardean las fábricas Krupp de Essen.

23 de diciembre
Ofensiva soviética contra el frente del Chir, a fin de interrumpir el avance en dirección a Stalingrado.

LA DRAMATICA CORRESPONDENCIA ENTRE HITLER Y EL GENERAL PAULUS

La tragedia del VI Ejército va unida a la voluntad fanática y terca de Hitler, que piensa poder repetir, con una desesperada y absurda resistencia sobre el terreno, el "milagro" del invierno de 1941 delante de Moscú. Así, las dos ofertas de rendición en condiciones honrosas, presentadas por Rokossovsky el 8 y el 24 de enero de 1943, son rechazadas. Cuando Paulus lo comunica al Führer y pide libertad de acción porque "el derrumbamiento es inevitable". *Hitler le responde:* "Prohibo la rendición. El VI Ejército mantendrá las posiciones hasta el último hombre y el último cartucho, y con su heroica resistencia hará una contribución inolvidable a la constitución de un frente de defensa y a la salvación del mundo occidental". *He aquí algunos fragmentos de los principales mensajes que Hitler y Paulus intercambiaron durante el cerco del VI Ejército en Stalingrado*

El general Paulus a Hitler

23 de noviembre de 1942

Mi Führer:
A continuación de la llegada de su telegrama del 22-11 noche, la situación ha sufrido imprevistos cambios. El cierre de la bolsa a los ataques enemigos no se ha logrado en los sectores occidental y sudoccidental. Aparecen síntomas de nuevas tentativas de ruptura por parte del enemigo. Municiones y carburantes están casi agotados. Numerosas baterías y armas anticarro están inutilizables. Es imposible lograr abastecerse de manera adecuada y oportuna. El ejército será condenado a la vuelta de poquísimo tiempo a la destrucción, mientras no se trate de infligir un golpe mortal al enemigo que ataca del sur y del oeste, reuniendo todas las fuerzas disponibles.
Para tal fin es indispensable el inmediato repliegue de todas las divisiones de Stalingrado y la retirada de fuerzas más destacadas del frente norte.
Consecuencia inevitable será la ruptura del cerco enemigo en dirección sudoeste, vista la imposibilidad de mantener, dada la debilidad actual, el frente oriental y el septentrional.
Con eso indudablemente perderemos mucho material, pero se podrán salvar la mayor parte de nuestros valiosos combatientes, además de al menos una parte de ese material.
La responsabilidad de comunicaciones de tal gravedad recae enteramente sobre mí, aunque añado que los generales que mandan las unidades del ejército, Heitz, Strecker, Hube y Janecke, son de mi misma opinión.
Le ruego me conceda libertad de iniciativa en vista de la situación.
¡Heil, mi Führer!

Paulus

Hitler al general Paulus

24 de noviembre de 1942

El VI Ejército está sólo temporalmente cercado por las fuerzas rusas. Trato de concentrar el ejército en el sector Kotluban-Cota 137-Cota 135-Marinovka-Cybenko-Stalingrado sur. El ejército puede estar seguro de que haré todo lo posible para abastecerlo de manera adecuada y librarlo del asedio en tiempo oportuno. Conozco el valor del VI Ejército y de su comandante, y sé que uno y otro cumplirán con su deber.

Adolf Hitler

El general Paulus a Hitler

29 de enero de 1943, mediodía

Al Führer:
En el aniversario de su subida al poder, el VI Ejército saluda a su Führer. La bandera con la cruz gamada flamea todavía sobre Stalingrado. Que nuestra lucha pueda servir de ejemplo a las generaciones actuales y futuras para que no capitulen nunca, aun en la situación más desesperada. Entonces Alemania vencerá.
¡Heil, mi Führer!

Paulus

Hitler al general Paulus

30 de enero de 1943

Mi general Paulus:
El pueblo alemán mira con profunda emoción esa ciudad. Como siempre en la historia humana, tampoco este sacrificio será en vano.
La "confesión" de Clausewitz será cumplida. La nación alemana comprende ahora toda la gravedad de esta lucha y hará los máximos sacrificios.
Recordándole siempre y a sus soldados, suyo.

Adolf Hitler

El general Paulus a Hitler

31 de enero de 1943

Führer:
El VI Ejército, fiel a su juramento y consciente de toda la importancia de su misión, ha mantenido las posiciones hasta el último hombre y la última bala, por el Führer y por la patria, hasta el fin.

Paulus

Hitler al general Paulus

1 de febrero de 1943, 17,25 horas

Por el grupo de ejércitos del Don al XI C. de E. Espero que la bolsa norte de Stalingrado resista hasta el final. Cada día, cada hora que se gane, favorecerán de modo determinante el resto del frente.

Adolf Hitler

La rendición del general Paulus en Stalingrado. Por primera vez un feldmariscal alemán caía prisionero; un claro signo de que los tiempos estaban cambiando.

ración de la guerra de hombres de valor, estoy satisfecho de que Hube haya quedado fuera. Y decir que en Alemania tenemos todos los años, en tiempo de paz, entre 18 y 20.000 personas que se matan, sin necesidad de encontrarse en situación semejante. Aquí en el frente uno puede ver cómo 50 ó 60.000 de sus hombres saben morir después de haberse defendido hasta el final... ¿Cómo puede uno rendirse a los bolcheviques? ¡Ah!, verdaderamente...

Zeitzler: Verdaderamente es algo inconcebible.

El Führer: Pero la primera duda ya la había tenido. Fue cuando me preguntó qué debía hacer cuando los rusos le habían propuesto la rendición. ¿Cómo podía siquiera pensar en hacer una pregunta así? ¿Debemos pensar que en el porvenir, cada vez que una posición sea asediada y el comandante reciba una invitación a la rendición, preguntará qué es lo que debe hacer? ¿Por qué no se ha suicidado? Pensad en Udet. ¡Qué fácil le fue hacerlo! O pensad en Becker, que también se mató. ¡Es tan fácil! La pistola. Se hace pronto. Hace falta ser muy vil para tener miedo. ¡Y hay quien prefiere que lo entierren vivo! Es verdaderamente una situación en la que sabe bien que su muerte es la condición para que la siguiente bolsa resista. Porque cuando se da tal ejemplo no se puede esperar que los otros sigan resistiendo.

Zeitzler: Así es, verdaderamente. Cuando los nervios amenazan con ceder, uno debe antes matarse.

El Führer: Cuando los nervios van a perderse, no queda más que decir: no puedo más... y matarse. Se pueden también recordar los antiguos jefes guerreros, los cuales, cuando veían que todo estaba perdido, se arrojaban sobre la

Diciembre 1942

24 de diciembre

El almirante Darlan es asesinado en Argel. Le sucede el general Giraud.

25 de diciembre

Unidades del VIII Ejército inglés entran en Sirte.

28 de diciembre

Los restos del ejército rumano destacado en el Cáucaso son retirados del frente.

31 de diciembre

Los japoneses deciden abandonar la isla de Guadalcanal.

Enero 1943

1-31 de enero

Hundidos 42 mercantes aliados por submarinos alemanes en el Atlántico, el océano Artico y el Mediterráneo.

1 de enero

Comienza el repliegue de las fuerzas alemanas que operan en el Cáucaso y en la estepa de los Calmucos.

2 de enero

Los americanos ocupan la zona de Buna (Nueva Guinea).

7 de enero

Ataque aéreo aliado sobre Palermo. Graves pérdidas entre la población civil.

8 de enero

Paulus rechaza la propuesta de rendición presentada por los soviéticos a las tropas alemanas atrapadas en Stalingrado.

9-10 de enero

Ataque aéreo inglés sobre Essen.

10 de enero

Comienza la ofensiva soviética para aniquilar a las tropas alemanas en la "bolsa" de Stalingrado.

11 de enero

Los americanos efectúan un bombardeo aéreo sobre Nápoles.



El jefe del VI Ejército alemán en Stalingrado entra en una sala del Cuartel General soviético para ser sometido a interrogatorio.

punta de la espada. Es una cosa obvia. Incluso Varo dijo a su esclavo: "¡Y ahora, mátame!".
Zeitzler: Yo sigo pensando que quizá ellos lo han hecho y que los rusos aseguran falsamente que se han rendido.
El Führer: ¡No!
Engel: Me parece extraño —si me permiten decirlo— que los rusos no hayan admitido que Paulus haya sido hecho prisionero gravemente herido. Así habrían podido decir mañana que había muerto por las heridas recibidas.
El Führer: ¿Se tienen noticias concretas sobre su situación de herido?... Lo más trágico ha ocurrido ahora. Ojalá sirva de advertencia.
Engel: Puede suceder que no todos los nombres comunicados por los rusos correspondan a los de los generales que estaban efectivamente en la bolsa.
El Führer: En el curso de esta guerra nadie más será hecho mariscal. Se hará después de la guerra. No hay que alabar el día antes de que sea de noche *(Paulus había sido nombrado mariscal pocos días antes de la capitulación).*
Zeitzler: Estábamos tan seguros de cómo iría a terminar que se quería con esa última satisfacción...
El Führer: No se podía dudar de que hubiera sido un final heroico.
Zeitzler: No era posible pensar otra cosa.
El Führer: ¿Y cómo se puede actuar de otra manera en este mundo descompuesto? De otro modo, habría que decir que es idiota todo soldado que pone continuamente en peligro su propia vida. Si un pobre infante se sintiera abrumado, lo podría comprender.
Zeitzler: Para un comandante de tropas debe ser bastante más fácil matarse. Todos tienen los ojos puestos en él. Es más difícil para un simple soldado.
El Führer: Si un gusanillo acosado por todas partes se encuentra en situación desesperada y dice... y se entrega prisionero, puedo aún comprenderlo. Pero debo también decir que muchos han sido así de heroicos... no se puede dejar de reconocerlo. Naturalmente, también muchos alemanes... y que no logremos llegar al final, con nuestro cuerpo de jefes de tan alto nivel, con nuestros soldados tan capaces y con nuestras armas que son todavía superiores a las rusas. A pesar de todo, y a excepción de Stalingrado, siempre hemos sido superiores. Cuando esta noche he recibido la noticia, he hecho en seguida conectar la radio para saber si se había ya publicado el anuncio del ascenso a feldmariscal, porque si no hubiera sido dado ya por las estaciones de radio, lo habría impedido. Me apena demasiado pensar que el

LAS GESTIONES DE RENDICION A LA LUZ DE LAS VELAS

Relato de la rendición del general Paulus, tomado de un documento del VII Ejército soviético:

"En la noche anterior al 31 de enero de 1943, el edificio del Univermag fue bloqueado por unidades de la 38.ª brigada de fusileros motorizados y del 329.º batallón de ingenieros. Los cables telefónicos que salían del Estado Mayor del VI Ejército alemán fueron cortados.
A las 6 horas del 31-I-43, durante un tiroteo con el destacamento de protección de Paulus, del sótano del Univermag salió el oficial de órdenes del feldmariscal, coronel Adam, el cual anunció que el mando alemán deseaba hacer gestiones con nuestro mando. Esto fue comunicado inmediatamente al comandante del 64.º Ejército, compañero teniente general M. S. Sciumilov, el cual ordenó fijar el momento de las gestiones de las 8 a las 10 del 31-I-43, y que mientras tanto las tropas del ejército no harían fuego. A las 8, junto con el coronel Adam, llegaron al Estado Mayor del VI Ejército el subjefe de la 38.ª brigada de fusileros motorizados, teniente coronel L. A. Vinokur, y el jefe de la sección operativa del Estado Mayor de la brigada, compañero teniente F. M. Ilcenko. Los primeros representantes por nuestra parte fueron acogidos por el jefe de Estado Mayor del VI Ejército alemán, teniente general Schmidt, y por el comandante del grupo meridional de las tropas alemanas cercadas, mayor general Roske, los cuales declararon que Paulus sólo trataría la capitulación con los representantes del general Rokossovsky o del Estado Mayor del ejército. A las 8,15 llegaron al Estado Mayor del VI Ejército alemán el jefe de la sección operativa del Estado Mayor del 64.º Ejército, coronel G. S. Lukin, y el subjefe de Estado Mayor del ejército para la parte política, teniente coronel B. I. Mutovin... El coronel Adam intentó comprobar los poderes de nuestra delegación para llevar las gestiones de capitulación del VI Ejército. La delegación rechazó categóricamente estas pretensiones. Al llegar nuestra delegación entre los alemanes se produjo gran conmoción. Se pusieron a gritar, a agitarse, y empujándose unos a otros abrieron paso hasta un oscuro sótano y de allí al local del Estado Mayor de Paulus.
En la habitación del jefe de Estado Mayor del VI Ejército se encontraban en aquel momento el jefe de Estado Mayor en persona, teniente general Schmidt; su ayudante; el jefe del grupo meridional y de la 71.ª División de infantería, general Roske; su jefe de Estado Mayor, un intérprete y ayudantes. En total, siete oficiales alemanes.
La estancia estaba someramente iluminada por un cabo de vela y una débil linterna.
Cuando nuestra delegación apareció en el Estado Mayor, todos los oficiales, y los primeros de ellos el teniente general Schmidt y el mayor general Roske, se pusieron en pie confusos, saludaron a la delegación y luego se presentaron. Ante la petición de nuestra delegación de ser inmediatamente llevada a presencia del general feldmariscal Paulus, el intérprete alemán, en nombre del teniente general Schmidt, respondió que Paulus se encontraba en una habitación aparte, que no estaba bien, y que en aquel momento no mandaba ya el ejército a causa del desmembramiento del mismo en grupos de combate separados. Estos grupos estaban mandados por generales nombrados por Paulus: el grupo septentrional, por el comandante del XI Cuerpo de ejército; el meridional, por el comandante de la 71.ª División de infantería. En cuanto a Paulus, ya era una 'persona privada' y las gestiones serían llevadas por su jefe de Estado Mayor, teniente general Schmidt. La delegación presentó a los generales Schmidt y Roske el ultimátum para el inmediato cese de la resistencia y la completa capitulación del grupo alemán meridional. Todas las condiciones de capitulación fueron aceptadas por el mando alemán, pero con las siguientes reservas: en primer lugar, que el feldmariscal Paulus no fuera sometido a ningún interrogatorio, ya que haría declaraciones de carácter militar solamente al coronel general Rokossovsky. En segundo lugar, que se garantizara la absoluta seguridad de Paulus de modo que durante el traslado no pudiera ser atacado y muerto. En tercer lugar, aunque el feldmariscal Paulus fuese una 'persona privada', hasta que no se hubiera alejado no serían desarmados sus soldados, y finalmente, que después de su marcha no debería responder ya de los actos de sus subordinados".
Esta rendición, llevada según cánones poco ortodoxos, al menos según el protocolo militar, pesará no poco sobre la figura del mariscal Paulus. Muchos no le perdonarán el hecho de haberse rendido a los rusos sin preocuparse por las otras unidades que estaban todavia combatiendo.

heroísmo de tantos soldados deba ser oscurecido por la concesión de una sola persona sin carácter. Y es lo que ahora sucederá. Podéis imaginar cómo llegará a Moscú y terminará en aquella cueva de ratas. Allí firmará cualquier cosa. Hará confesiones. Hará llamamientos. Lo veréis. Veréis cómo una vez comenzada la senda de la vileza siempre irá cayendo más bajo. Una mala acción lleva necesariamente otra consigo.
Engel: Un punto. Mañana el comandante Von Zizewitz debe hablar de Stalingrado a los periodistas alemanes y extranjeros. ¿Debemos suspender la rueda de prensa?
El Führer: No...
Engel: Lo pregunto porque ciertamente le serán planteadas preguntas, y entre las otras una pregunta...
El Führer: ... Lo que uno sabe nunca se puede establecer con seguridad, pero para los soldados la primera cosa debe ser siempre la conducta, el carácter, y si no los educamos en esto, si sólo hacemos acróbatas del intelecto, atletas del cerebro, del espíritu, entonces no tendremos una generación a la altura de sus más altos destinos. Este es un factor decisivo.
Zeitzler: Sí, también en el Estado Mayor. Yo he dado por primera vez las insignias de oficial de Estado Mayor a un simple oficial de órdenes que no tenía la instrucción académica prescrita pero que durante el repliegue de su división había actuado excelentemente, con estilo de Estado Mayor. Naturalmente, lleva ya en el curso ocho semanas. Pero para mí su calificación data del momento en que lo vi actuar así y le dije: "Desde hoy tú eres oficial de Estado Mayor".
El Führer: Sí, hace falta escoger oficiales valerosos, audaces, que estén dispuestos a arriesgar la vida como todo verdadero soldado debe saberla arriesgar. ¿Qué es *la vida?* La vida... el pueblo: el individuo puede también morir. Es el pueblo el que continúa viviendo cuando el individuo muere. ¿Cómo puede uno sentirse angustiado ante aquel segundo en que puede uno librarse de las aflicciones, salvo que no exista el deber de mantenerse en este valle de miserias?
Zeitzler: ... Hoy los ataques no se han reanudado. Las informaciones de... Sobre el repliegue es muy cauto. Ha dado también las órdenes relativas con mucha intención. Ha mandado una amplia relación escrita de cómo se desarrolla todo. Ha pensado en cada cosa. No sé si la relación le interesa. Puedo dejarla aquí, si le interesa. Ha subdividido las operaciones en más fases. Ciertamente lo ha hecho bien. Y ha previsto también las justas medidas para tomar inmediatamente; que aquí haya la necesaria cobertura, que allí afluyan las necesarias municiones.
El Führer: No sé cómo nos deberíamos comportar en el caso de Paulus. Al comandante de las tropas en la bolsa septentrional habría que darle disposiciones concretas para que mantenga a toda costa las posiciones. Debe ser defendida hasta lo último...
Zeitzler: ¿Está, pues, de acuerdo en que me organice de este modo?
El Führer: Sí. Pero ahora me dan vueltas en la cabeza algunos pensamientos. El general rumano Lascar ha caído junto con sus soldados. Estoy contento de haberle concedido las "hojas de roble". ¡Pero Paulus! ¿Cómo pudo ocurrir algo así? Cuando lo supe esta noche, a las dos y media —hacía rato que me había ido a descansar—, me he hecho traer en seguida el receptor de radio para oír si ya se había dado la noticia, porque los rusos comunicaban: ha sido hecho prisionero el mariscal Paulus con todo su Estado Mayor. Todo el Estado Mayor se ha rendido. Ahora los rusos...
Zeitzler: Y yo que me imaginaba que habría sido arrastrado como carroña el cadáver de Paulus..., mientras que ahora es peor.
El Führer: Apenas hable por radio, ya veréis. También Seydlitz y Schmidt hablarán por la radio. Los encerrarán en la cueva de las ratas y en un par de días los habrán hecho trizas, los harán hablar. Una bella señora —era una belleza verdaderamente excepcional— se siente ofendida con una sola palabra y dice por una pequeñez: "Ahora ya me puedo ir; ya no soy necesaria"... responde. "Pues vete". Y la señora se marcha, escribe cartas de despedida y se dispara un tiro *(Hitler se refiere a una secretaria de Goering que se mató después de que éste le hubiera hecho una proposición obscena. Como reconocimiento a su valor, la joven tuvo un funeral oficial por orden del Führer)...* ¿Paulus había sido herido antes o después de que Von Jaenecke dejase Stalingrado?
Zeitzler: Me informaré. Llamaré a Jaenecke. El debería saber si ya había sido herido o no.
El Führer: Hace falta asegurarse. Entonces se podría al menos pensar que también los mandos han combatido hasta el final y que han sido dominados y que han caído prisioneros sólo después que los altos oficiales habían sido heridos y reducidos a la impotencia.
Zeitzler: Ha sido verdaderamente así para la mayor parte de ellos.
El Führer: Hace falta de todos modos decir que no han capitulado, sino que han sido dominados.
Zeitzler: Y se puede añadir que los rusos lo presentan de otro modo. Convendría que la noticia llegara a la prensa mundial primero de nuestra parte.
El Führer: Comunicando que ya hacía meses que estaban sin asistencia médica y que por eso consiguieron los rusos dominar a algunos.
Zeitzler: Pienso también que esta es la mejor solución.
El Führer: Pero no es más que el principio. Yo calculo que al máximo en ocho días...
Jodl: ... Por lo que respecta al comunicado ruso, tratamos de encontrar si no hay algún error. Porque bastaría un solo error, por ejemplo el nombre de un general que no pudiera estar allí, para demostrar que todo lo que han anunciado ha sido inventado a base de una lista de la que pueden haberse apoderado en algún sitio.
El Führer: Su comunicado dice que han hecho prisioneros a Paulus, Schmidt y Seydlitz.
Jodl: De Seydlitz no sé nada. No es seguro que no se encuentre en la bolsa septentrional. Sabremos en breve por comunicación telegráfica qué generales están en la bolsa septentrional.
El Führer: No, él estaba verdaderamente con Paulus. Pero no entiendo a un hombre como Paulus, que no prefiera darse la muerte. El heroísmo de tantas decenas de millares de soldados, oficiales y generales viene oscurecido por un hombre así que no tiene bastante carácter para cumplir —y es cosa de un momento— lo que ha cumplido hasta una mujer débil.
El Führer: Ahora se verán arrojados en la Lubianka, con los ratones. No entiendo que se pueda ser tan cobarde.
Jodl: Y sin embargo, tengo dudas todavía.
El Führer: Yo, por desgracia, no tengo ninguna duda. Ya no creo ni que Paulus haya sido herido; tampoco esto se sostiene. Porque ellos deberían calcular que... ¿Qué queda por hacer? Personalmente me molesta sobre todo que haya decidido nombrarle mariscal. Quería darle esta última alegría. Ha sido el último feldmariscal que he nombrado en esta guerra. Se puede alabar al día sólo por la noche. No comprendo nada de lo que ha sucedido. Cuando se ven morir tantos combatientes, ¿cómo se puede así tan fácilmente...? y no han pensado en nada más. Es incluso grotesco. Cuando mueren tantos soldados, y luego te llega un individuo así y en el último momento enfanga el heroísmo de tantos otros. Podría librarse de todas sus penas y entrar en la eternidad, en la inmortalidad de la gloria nacional, y ha preferido irse... ¡a



Un soldado soviético agita la bandera roja en señal de alegría desde lo alto de un edificio de Stalingrado. La batalla ha terminado, y con ella, el VI Ejército alemán. El sueño de Hitler ha sido roto.

Moscú! ¿Cómo puede concebirse una elección así? Es una locura.
Jodl: ¡Por esto tengo todavía dudas!...
El Führer: ... lo mismo que si yo hoy quisiera dar una fortaleza al general Förster. Podréis estar seguros de que sería el primero en arriar la bandera. Pero también hay otros que no lo harían jamás. Es trágico que de un golpe el heroísmo sea enfangado tan vergonzosamente.
Jeschonnek: Yo pienso todavía que los rusos han tratado de engañar con un comunicado de esa clase. Su propaganda es muy refinada.
El Führer: Ellos hablarán dentro de ocho días por la radio. Los oiréis.
Jeschonnek: Los rusos son muy capaces de hacer hablar a otro en su lugar.
El Führer: No. Serán ellos mismos los que hablen por la radio. Los oiréis bien pronto. Lo harán todos personalmente. Ante todo invitarán a los de la bolsa septentrional a rendirse y dirán las cosas más banales contra nuestra Wehrmacht. Podéis estar seguros. Ahora son llevados a Moscú a la Lubianka y son sometidos a "tratamiento". Cuando un hombre no tiene el valor, en un momento así... He dicho ya a Zeitzler que debe dar a Heitz órdenes taxativas de resistir a ultranza en la bolsa septentrional.
Keitel: El estaba en la bolsa meridional, y no ha sido mencionado en el comunicado ruso.
El Führer: Si es así, es que Heitz está muerto.
Jodl: Sí, y por esto hace falta investigar y saber quién está ahora en la bolsa septentrional. Si aquí hay nombres de oficiales que estaban en la bolsa septentrional, entonces se trata de una lista que han encontrado en alguna parte y que han usado para su comunicado. Por otra parte, se ha comprobado ya que no han dado el nombre de uno que estaba en la bolsa meridional y que seguramente ha caído, Hartmann.
Keitel: Ha caído hace cuatro días
Jodl: Así es.
El Führer: Si Heitz está en la bolsa meridional y no ha sido nombrado, puede servir para desmentir a los rusos, pero estoy completamente convencido de que todo el mando de Stalingrado se ha rendido cobardemente a los bolcheviques.

UNA TRAGEDIA ITALIANA: LA RETIRADA DE RUSIA

Desde otoño de 1942 hasta mayo de 1943 se consuma el calvario de los italianos en Rusia. La larga marcha en la nieve.

El calvario de la "Armata Italiana in Russia" (ARMIR) comenzó en los últimos días del gélido noviembre de 1942 y fue la consecuencia directa de la derrota sufrida por el IV Ejército alemán y el III Ejército rumano.

Con una serie de potentes embestidas, los rusos habían logrado arrollar el despliegue de los dos ejércitos —era el 19 de noviembre— y habían cerrado las fauces de una terrible y gigantesca tenaza encerrando en la bolsa también al VI Ejército de Stalingrado.

Esta brillante operación estratégica puso en crisis todo el frente del Don, sobre el que estaban apostados también los italianos.

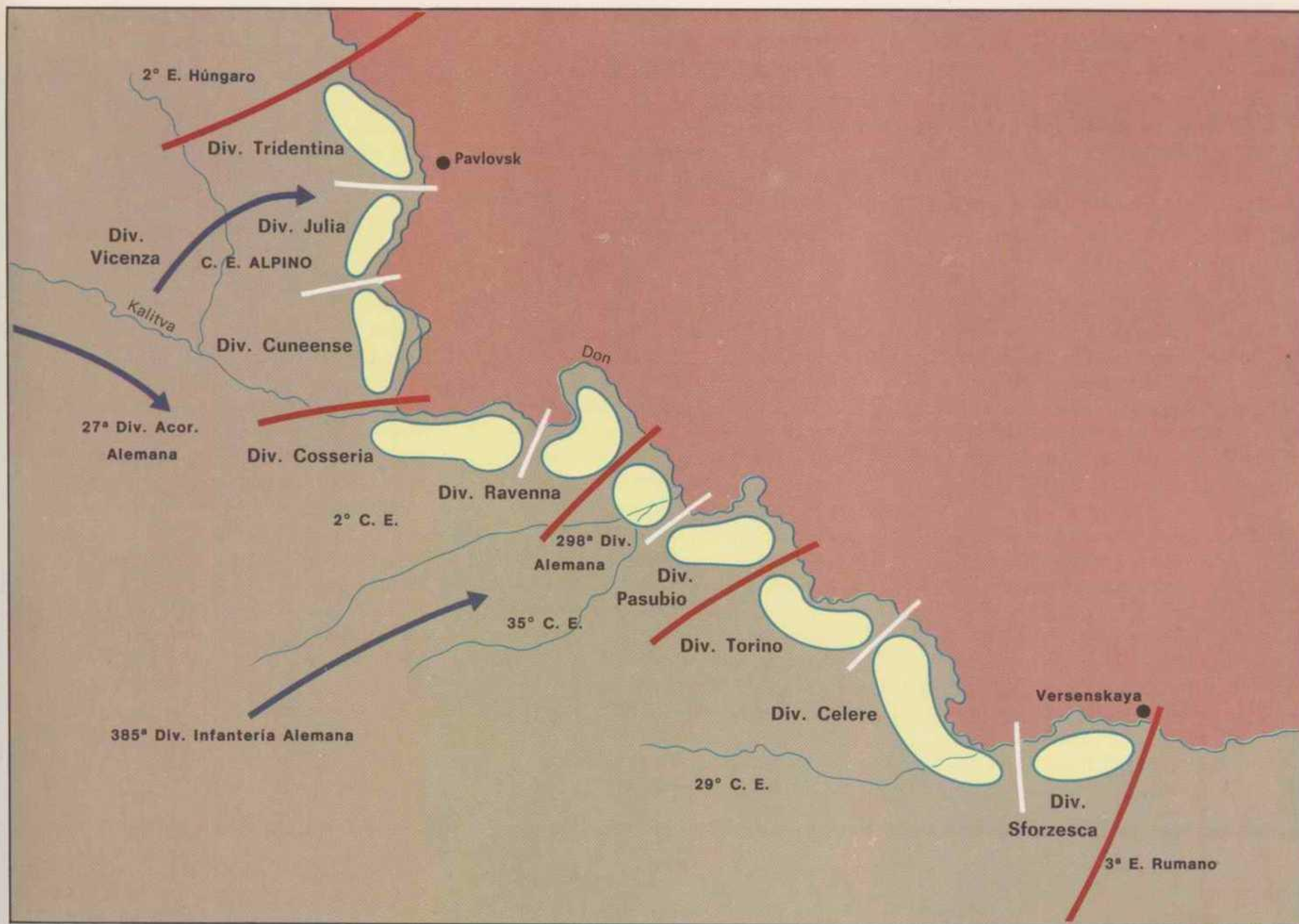
Entre el VIII Ejército italiano, o sea, el ARMIR, y el grupo armado del Cáucaso se ha abierto ahora un hueco pavoroso; veintidós divisiones alemanas y dos rumanas están cercadas. Para llenar este hueco, para devolver una continuidad al frente, los alemanes lanzan adelante todas las unidades de reserva y los restos de las divisiones deshechas. Pero ignoran que otra potente ofensiva está en el aire, que otros golpes de ariete seguirán con ritmo inexorable.

El 10 de diciembre el VIII Ejército italiano está en la víspera de su turno. Del norte al sur, con un despliegue filiforme, guardan 300 kilómetros de frente el Cuerpo de ejército alpino (divisiones *Tridentina, Julia, Cuneense)*, el II Cuerpo de ejército *(Cosseria* y *Ravenna)*, el 95.º Cuerpo de ejército (298.ª División alemana y la *Pasubio)* y el XIX Cuerpo de ejército *(Torino, Celere, Sforzesca)*.

El ala siniestra del ARMIR está bien firme, anclada en el II Ejército húngaro; el ala derecha se apoya a su vez en el III rumano, un ejército ya en desmoronamiento y próximo a la total aniquilación.

A lo largo del Don hay un infante cada





A la izquierda, tropas alpinas italianas avanzan en el frente del Don para ocupar posiciones. En contra de la costumbre según la cual eran destinadas a sectores montañosos, fueron asignadas a uno llano.

Arriba, la disposición del ARMIR en el frente del Don en los primeros momentos de la gran batalla.

siete metros. Esta es la densidad en línea de las fuerzas del ARMIR. El armamento individual consiste en el fusil '91. El armamento de unidad consiste en armas automáticas perfectamente bruñidas, casi elegantes, pero que se encasquillan con el frío. Las bombas de mano de que disponen los italianos son del tipo ofensivo y hacen un gran ruido, pero poco daño, y muchas veces no estallan en la nieve.

Sobre todo el frente del ARMIR no hay un solo carro de combate italiano. Una treintena de "carros L", latas de tres toneladas, más ligeras que un camión, no sirven para nada. ¡Hasta temen las carabinas rusas anticarro de 14,5! Y no sólo no hay carros de combate, tampoco armas contra carro. Los 47/32 con los famosos proyectiles E. P. (explosivos y perforantes) no consiguen perforar las pesadas corazas de los carros soviéticos. La artillería es casi toda vieja y superada. Sin piezas autotransportadas; con escasos antiaéreos. Las divisiones alpinas asientan también a lo largo del Don las piezas móviles de montaña, los 75/13 de la Gran Guerra.

Un enfrentamiento entre este armamento y el soviético no tiene sentido. El mismo asunto de las armas vale para los enlaces. Las pocas radios son anticuadas y sin calidad. El parque automovilístico escaso, gastado, inadaptado, que a duras penas sirve a las tropas en línea. Ni un vehículo con cadenas.

Después, la desorganización logística. No pocas unidades viven sustrayendo grano y patatas a los alemanes para matar el hambre. Italia está espantosamente lejana. El largo viaje de los convoyes, en líneas atascadas, avanza lentísimo, a plazos. Las columnas alemanas de víveres tienen precedencia absoluta. Disponen los italianos de escaso carburante, y las unidades motorizadas viven al día. Existen en la retaguardia unos pocos almacenes de material y vestuario, pero la desorganización es tal que los materiales nunca llegarán al frente. Las tropas de línea se ven obligadas a contar los disparos, a economizar municiones.

Viven mal los italianos. El equipo es pobrísimo. Los uniformes no están forrados, sino que son de imitación lana. El 90 por 100 de los soldados se defiende del frío con ropas civiles enviadas desde casa. Las bandas de las piernas, que oprimen las pantorrillas, parecen estudiadas expresamente para favorecer el congelamiento. Las botas merecen mención aparte. Son las mismas de la guerra contra Francia, del frente greco-albanés, del primer Cuerpo Expedicionario en Rusia (CSIR) y recuerdan millares de miembros congelados, de miembros amputados. Las mismas botas en Rusia, las mismas botas en el norte de Africa, son la fórmula standard del ejército italiano.

Pero los alemanes llevan las "válenqui", el calzado del campesino ruso, una bur-

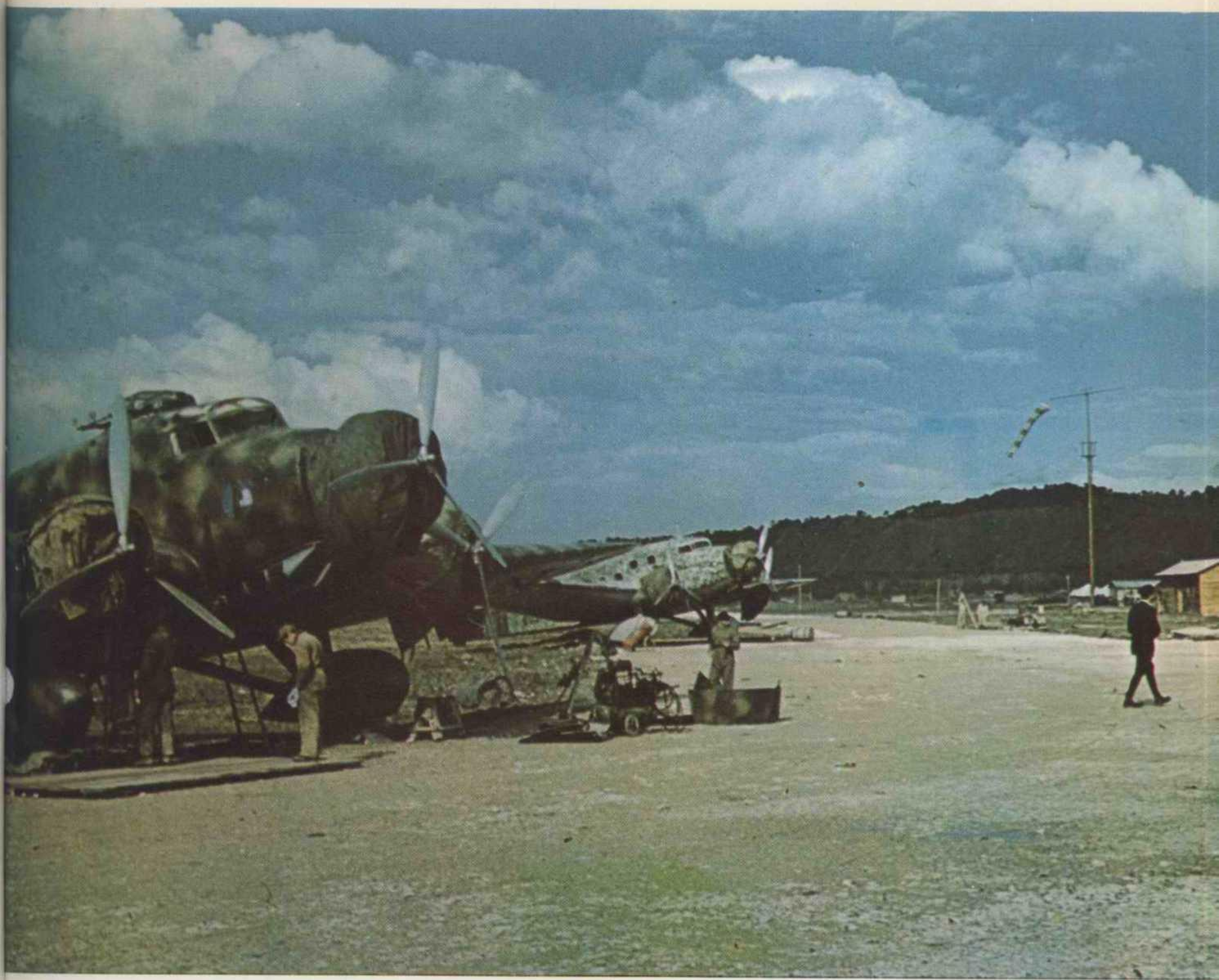
LA ORGANIZACION DEL "ARMIR"

La palabra ARMIR era abreviatura de "Armata Italiana in Russia", o sea, la denominación oficial del cuerpo expedicionario enviado al frente ruso. En julio de 1942 el ARMIR, que sustituyó al CSIR, comprendía el VIII Ejército con tres Cuerpos de ejército: el 24.º Cuerpo de ejército (prácticamente era el ex CSIR), mandado por el general Giovanni Messe, sustituido después por el general Francesco Zingales; el 2.º Cuerpo de ejército (divisiones Ravenna, Cosseria y Sforzesca), mandado por el general Zanghieri, y el Cuerpo de ejército alpino (divisiones Tridentina, Julia y Cuneense), mandado por el general Nasci. El mando del ARMIR, cuyas fuerzas subían en total a 7.000 oficiales y 220.000 hombres, fue confiado al general Italo Gariboldi, y después, al general Giovanni Messe.
Desplegado a lo largo de la cuenca del Don donde, por evolución de la guerra, se había estabilizado ya definitivamente la línea del frente ruso, el ARMIR fue obligado a mantener difíciles batallas defensivas. En diciembre de 1942, a pesar del sacrificio de los soldados italianos, una gran ofensiva soviética logró romper el sur del sector guarnecido por el ARMIR. Los rusos supieron inmediatamente aprovechar el éxito y todo el sector fue progresivamente acometido por el poderoso ataque del Ejército Rojo.
En el durísimo invierno 1942-1943, el ARMIR se encontró así teniendo que replegarse en condiciones de increíble inadecuación de medios, armas y vestuario. Se registraron pérdidas gravísimas (también porque los mandos alemanes habían ordenado a los del ARMIR resistir en las posiciones hasta el final), en gran parte debidas al agotamiento físico y al frío. La masa de prisioneros italianos, que las unidades soviéticas lanzadas en seguimiento de los alemanes y ocupadas con sus propios problemas militares y logísticos no estaban en disposición de atender, sufrió una espantosa hecatombe a pesar de las ayudas ofrecidas generosamente por parte de la población.
El ARMIR cesó prácticamente de existir en febrero de 1943. Sus pérdidas sumaron 84.830 entre caídos y desaparecidos y 29.000 congelados. Los últimos supervivientes de la trágica retirada llegaron a Italia en mayo de 1943.



da bota de fieltro amplia y cálida. También el soldado italiano, después de la dolorosa experiencia invernal del CSIR, debería haberse puesto las "válenqui". La producción industrial de este calzado habría sido oportuna y facilísima, particularmente adecuada a una economía autárquica como la italiana, pero las complicaciones burocráticas la hacen difícil, y así sólo unas pocas unidades recibirán con cuentagotas las tan suspiradas "válenqui".
En el frente el soldado no sufre sólo frío, sino también sufre hambre. En millares de paquetes que salen de Italia, que las familias envían a sus parientes del frente ruso, los soldados no encuentran sólo ropa, sino también castañas e higos secos, harina, pan. En las cercanías del frente ruge el "estraperlo". Son demasiados los que roban las ya escasas raciones del soldado combatiente. Y parece que demasiados los que mandan a Italia paquetes de azúcar, café y cigarrillos.

Un tren militar italiano transporta camiones para el ARMIR. A pesar de esta aparente eficacia y modernización, el ejército italiano no estaba preparado para una campaña como la de Rusia.



Algunos especialistas de la Regia Aeronáutica Italiana, en un campo de aviación de Ucrania, revisan el motor derecho de un SM 81 de bombardeo, asignado al ARMIR.

El frío no es todavía intenso, la temperatura está por encima de los 10 grados bajo cero, pero pronto bajará a 20, a 30 grados bajo cero. Haría falta ropa de abrigo, alimentos ricos en grasas y proteínas. Los soldados están como hinchados, llenos de pan tostado y patatas cocidas.

A pesar de esta situación, la moral de las tropas funciona bien. En el frente de las divisiones "Pasubio", "Célere" y "Torino", los veteranos del CSIR que no han gozado de la rotación ni de la repatriación no se rebelan. La resignación es lo que prevalece. Se espera que la guerra termine pronto, y tal vez venciendo.

No falta el trabajo en primera línea. Quien no está de centinela o en las posiciones, trabaja cavando pasadizos y trincheras, o repartiendo obstáculos y fosos anticarro. Unos blasfeman; otros rezan.

En la inmediata retaguardia las tropas viven en las isbas, y conviven con la población civil. Entonces el campesino siciliano, el montañés piamontés, descubren finalmente ciertos valores humanos, se descongelan, se reflejan en la realidad campesina soviética. Los diálogos son simples, esenciales. Incluso se comprenden por gestos. El campesino ruso maldice la guerra, habla de las deportaciones alemanas, del hijo en el frente o desaparecido, de las crueles represalias, del hambre. El campesino siciliano, el montañés piamontés, maldicen la guerra, hablan con nostalgia de la familia en Italia, quiere compensar ofreciendo un trozo de pan o una galleta. A veces los diálogos se hacen incluso vivos, se terminan con discusiones polémicas, pero benignas, de ataque y respuesta: "Mussolini kaputt", "Stalin kaputt". A pesar de la guerra, el odio no envenena los ánimos.

El comandante del ARMIR, general Gariboldi, es prisionero de la situación. Sufre los acontecimientos. No dispone de ninguna unidad válida de reserva. La división "Vicenza", destacada en Rossos, no es una unidad combatiente sino un conjunto de reservistas apenas adecuados para misiones de guarnición. Y el batallón de esquiadores





Arriba, la sede de un puesto de mando en el sector italiano del frente. Ha caído en la estepa la primera nieve del fatal invierno 1942-43.

Están lejos ya los días del suave verano ucraniano, cuando para los soldados italianos no era tan dura la vida en los pueblos (ilustración a la izquierda).

Monte Cervino es sólo un pequeño destacamento de alpinos escogidos. ¡Pero los alpinos no son carros de combate! Los alemanes, dueños absolutos del frente, y aun conociendo la extrema fragilidad del ejército italiano, continúan tranquilizando al mando del ARMIR. Subestiman al enemigo; opinan que después de la agotadora campaña estival los soviéticos estarán exhaustos y sin capacidad de lanzar ofensivas de gran estilo. Prometen a Gariboldi eventuales intervenciones oportunas de fuerzas acorazadas de reserva, colorean de rosa la trágica situación de Stalingrado, e imponen al VIII Ejército una resistencia rígida, insensata. Para retirar un solo batallón, Gariboldi debe obtener autorización del mando supremo alemán.

Al alba del 11 de diciembre comienza la batalla de desgaste contra el II Cuerpo de ejército italiano. Los soviéticos quieren ampliar la cabeza de puente de Verchny Mamon, quieren constituir otra más al sur y echar puentes sobre el río. A las acciones de patrulla seguirán bien pronto los ataques de la infantería. A lo largo del despliegue italiano cunde el pánico, y el terror a los carros de combate condiciona a los mandos y a las tropas. Las órdenes que imponen una defensa rígida, hasta el último cartucho, están ya superadas por los hechos. Las tropas se repliegan, las unidades se desbandan.

El día 16 comienza la batalla de ruptura. Entran en juego los carros de combate y la aviación. La maniobra soviética es de amplio radio: dos golpes de ariete contra las pilastras laterales, la "Ravenna" y la inestable ala derecha del III Ejército rumano. Si los dos brazos acorazados lanzados adelante llegaran a unirse, todas las divisiones italianas desplegadas entre Novo Kalitva y Vechenskaia quedarían cercadas. Ataques secundarios están en marcha en el frente de las divisiones "Pasubio", "Torino" y "Célere". Acude la 385.ª División de infantería alemana, en el intento de desgajar a la "Cosseria", que a su vez debe apostarse al sur como refuerzo de la "Ravenna". La 298.ª División alemana, desplegada entre la "Ravenna" y la "Pasubio", advierte que el frente se está derrumbando y se repliega hacia el oeste sin advertir a los mandos italianos.

Con el desastre que se está madurando, el flanco derecho del cuerpo de ejército alpino queda al descubierto, apoyado en el aire. En la llanura de Kalitva, el general Nasci, comandante de la unidad alpina, no dispone de una sola arma contracarro autotransportada. Todos los escasos medios móviles alemanes están ya en el frente del II Cuerpo de ejército. Así, la división "Julia" debe llegar a la carrera al frente sur para desplegarse a lo largo del Kalitva. El batallón de esquiadores Monte Cervino sigue la misma suerte. En el hueco dejado por la "Julia", entre la "Tridentina" y la "Cuneense", entrará la división "Vicenza".

El día 19, cuñas acorazadas soviéticas alcanzan ya las lejanísimas retaguardias italianas, ocupan Kantemirovka, com-



Frente del Don: las primeras unidades italianas comienzan a desbandarse, pero se intenta una última y desesperada resistencia.

En la página contigua, hombres de la "Ravenna", "Pasubio" y "Torino" en retirada.

baten en Chertkovo. En los días 20 y 21 se concluye el proyecto soviético; los dos brazos acorazados que había roto el frente de la "Ravenna" y del III Ejército rumano se unen en Diogtevo.
La 27.ª División acorazada alemana, situada al sur de Bogucar, tras tres horas de combate ha perdido casi todos sus cincuenta carros blindados. De treinta carros de combate ligeros italianos, sólo quedan dos. Faltando el carburante, las unidades italianas han abandonado de salida mucha artillería y casi todos los camiones. Son dos las columnas en movimiento hacia el sudeste. El bloque norte comprende fuerzas de la "Ravenna", "Pasubio", 298.ª alemana y "Torino". El bloque sur, fuerzas de la "Pasubio", "Celere" y "Sforzesca".
La retirada es dramática. Los soviéticos, que continúan abanzando, controlan las pistas y los puntos más importantes, y casi perfilan un nuevo frente móvil a cien kilómetros del Don. Entre este nuevo frente y el Don, decenas de millares de italianos vagan por la estepa como fantasmas buscando una apertura, un camino de salvación. La temperatura ha caído a 30 grados bajo cero. Los alemanes, en parte motorizados y con piezas anticarro, miran a los italianos y rumanos con desprecio, como se mira a una masa de prisioneros. Son a veces inhumanos estos alemanes. Los italianos agotados que se aferran a sus camiones son alejados a bayonetazos.
Se camina, se corre, se combate, se huye. Las pistas están plagadas de muertos, de agotados que morirán congelados. Millares de soldados han arrojado las botas y las bandas de las piernas: van descalzos. Basta la sombra de un carro de combate para crear el pánico. Las columnas italianas son lentas, desordenadas, indefensas. Las patrullas acorazadas soviéticas aprovechan la sorpresa, cortan las columnas, las hostigan. Tampoco la noche concede respiro. Patrullas volantes y núcleos de partisanos rastrillan las viviendas, sorprenden a las tropas que descansan, capturan grupos de desbandados. En esta atmósfera alucinante sólo la población campesina es increiblemente huma-

na, socorre a los heridos italianos, los alimenta.
En la noche del 24, la columna del bloque norte, cerrada en el valle de Arbusovka, rompe finalmente el cerco y reemprende la marcha. El 26, los restos de las divisiones "Pasubio", "Torino" y la 298.ª alemana quedan cercados en Chertkovo. La columna del bloque sur no llega a las líneas amigas hasta la noche del 28, pasada Skassirkaia.
Se cierra así la primera página del desastre del ARMIR con millares de muertos, heridos, congelados para la amputación, vencidos en camino hacia la prisión. Y se abre una nueva página igualmente dramática con el cuerpo de ejército alpino aún aferrado al Don, con la "Julia" y algunos grupos tácticos alemanes que se baten a lo largo del Kalitva para impedir el cerco de la unidad alpina desde el sur.
El Don está helado y transitable hasta para los carros de combate soviéticos. Los alpinos, que habían esperado poder combatir en las montañas del Cáucaso, miran, pues, con tristeza las cuerdas de escalada y los piolets que tan mal se adaptan a la estepa rusa.
"Radio macuto" habla cada vez con mayor insistencia de cerco, de bolsas. La llegada del correo es irregular. Desde la inmediata retaguardia, con víveres cada vez más escasos, llegan sólo noticias pesimistas, llenas de pánico. Se continúa cavando en el terreno helado, profundizando las fosas anticarro, extendiendo alambradas. Se continúa creyendo en fortificaciones inexpugnables.
En los puestos, en las avanzadas de centinela los soldados se defienden mal del frío. Todos los alpinos han recibido un capote con pelliza, una prenda irracional, cortísima y embarazosa, pero bastante cálida. El problema más grave son las botas rotas y quemadas por el hielo. También las armas sufren el frío, falta el aceite necesario y con el frío no disparan, se encasquillan. Junto a las armas se improvisan rudimentarios braseros, se envuelven las armas en mantas y trapos, pero permanece la duda: *"¡Quién sabe si disparará en el momento adecuado!"*.

Enero 1943

11-13 de enero

Ataques aéreos ingleses sobre Essen.

12 de enero

Da comienzo la ofensiva soviética sobre el Don contra el II Ejército húngaro y el VIII Ejército italiano.

13 de enero

Hitler decreta la primera "movilización total" para defensa del territorio del Reich.

15 de enero

Da comienzo en Casablanca la conferencia entre Roosevelt y Churchill, que terminará el 25 de enero.



MESSE EN CONVERSACION CON EL DUCE

Giovanni Messe, nacido en Mesagne, provincia de Brindisi, el 10 de diciembre de 1883, participó en 1910 en la guerra italoturca como subteniente de Bersaglieri, y en las sucesivas operaciones contra los rebeldes. Desde 1916 participó en la primera guerra mundial y mandó el famoso 9.º destacamento de asalto, que se cubrió de gloria en Grappa. Ascendido a teniente coronel por méritos de guerra, fue ayudante de campo del rey desde 1923 a 1927. Mandó por ocho años el 9.º de Bersaglieri; ascendido a general de brigada en 1936, fue subjefe de la división "Cosseria" en Etiopía y luego jefe de la 3.ª División "Célere". Fue subjefe de la expedición a Albania (abril de 1939) y luego comandante del cuerpo de ejército especial durante la guerra italogriega. En julio de 1941, Messe fue nombrado jefe del Cuerpo Expedicionario en Rusia. Al año siguiente se afanó en vano para que Mussolini no enviara más tropas a Rusia. Ascendido a general de ejército por méritos de guerra, asumió en febrero de 1943 el mando del I Ejército en Túnez. En Tunicia, Messe dio pruebas de gran calidad de mando en las diversas batallas, y sólo entregó las armas cuando todos los jefes y las tropas alemanas se habían rendido ya, quedando el último en defensa del honor de Italia. Fue jefe de Estado Mayor desde 1943 a 1945, y en 1947 fue pasado a la reserva. Después fue senador y diputado. Así recuerda en sus memorias Messe el coloquio que tuvo con Mussolini y cómo trató de evitar que después del CSIR un nuevo ejército italiano fuese enviado al frente ruso:

"Era la primera vez que hablaba a solas con él, en su despacho de trabajo (...). 'Me permito repetirle —le dije— lo que he dicho ya al jefe del Estado Mayor General. Es un grave error mandar un ejército entero al frente ruso. Si se me hubiera preguntado, lo habría desaconsejado, como ya el año pasado desaconsejé el envío de un segundo cuerpo de ejército'. Mussolini me miró un poco sorprendido, y con mucha calma contestó: 'No podemos ser menos que los eslovacos y que otros estados menores. Yo debo estar al lado del Führer en Rusia, como el Führer estuvo a mi lado en la guerra contra Grecia y como lo está ahora en Africa. El destino de Italia está íntimamente ligado al de Alemania'. 'Estoy convencido —repliqué— de que un ejército de más de doscientos mil hombres será muy inadecuado para Rusia... Nuestro escaso y anticuado armamento, la falta absoluta de medios acorazados idóneos, la gran insuficiencia de vehículos, los graves problemas de transporte y suministro, hechos más difíciles por la incomprensión y el egoísmo de los alemanes, crearán al ejército problemas verdaderamente insolubles'. 'Querido Messe, en la mesa de la paz pesarán bastante más los doscientos mil. hombres del ejército que los sesenta mil del CSIR...'".

En la inmediata retaguardia se organizan a toda prisa extraños cursillos de adiestramiento para "cazadores de carros" a base de "alpinos, botellas de gasolina y bombas de mano". Es el turno italiano de adoptar este arma contra los carros de combate.

El 5 de enero de 1943, el general Nasci señala al mando del ARMIR la grave situación del cuerpo de ejército alpino y pide la sustitución de la "Julia", *"que necesita también reorganizarse y reconstituirse con la adición de complementos llegados de Italia"*.

En realidad, al sur del Kalitva la "Julia" continúa desangrándose en el generoso intento de proteger el flanco derecho del cuerpo de ejército alpino. Las unidades viven entre el hielo, al descubierto, y los congelados son centenares. El batallón Aquila ha desaparecido casi, en la lucha desesperada.

Entre tanto, los soviéticos continúan concentrando ingentes fuerzas motorizadas y acorazadas al otro lado del Don, en correspondencia con el II Ejército húngaro y el XXIV Cuerpo de ejército alemán, con la precisa intención de atacar por la espalda al cuerpo de ejército alpino.

La presión contra el II Ejército húngaro desplegado al norte de la "Tridentina" comienza el día 13. Al día siguiente los soviéticos rompen por el sur, arrollan el XXIV Cuerpo de ejército alemán en el sector Mitrofanovka-Kantemirovka y se dirigen decididos a Rovenki.

A las 5.30 del día 15, una veintena de carros de combate procedentes de Kantemirovka irrumpe ya sobre Rossos, sede del mando del cuerpo de ejército alpino. El general Nasci, para no verse separado de su unidad, es obligado a moverse hacia el este, hacia Podgornoye.

Con el alba del 17 de enero, el cuerpo de ejército alpino está irremediablemente cercado. Carros de combate soviéticos corretean a lo largo y a lo ancho de las lejanísimas retaguardias italianas, están más allá de Rovenki y apuntan hacia Nikolayevka. El II Ejército húngaro está ya en fase de retirada. A las 6 horas llega del mando del ARMIR a Nasci este fonograma: *"Dejar las líneas del Don sin orden concreta del ejército está absolutamente prohibido. Le hago personalmente responsable del cumplimiento"*. A las 10 horas la contraorden: Gariboldi indica que el cuerpo de ejército alpino se repliegue en estrecho acuerdo con los húngaros. Por la noche, la "Tridentina" y la "Vicenza" se separan del Don apuntando hacia Podgornoye. También la "Julia" y la "Cuneense" avanzan hacia el este, pero deben entablar duros combates de retaguardia. La temperatura es muy

Frente del Don, diciembre de 1942. Un alpino en el estrecho corredor de una trinchera excavada en la nieve. En esta época las temperaturas bajaron a valores extremadamente bajos.





Durante la retirada, al no haber ningún enlace entre las diversas unidades, hasta para alimentarse los soldados tenían que confiar exclusivamente en sus recursos.

extremada, 30 grados bajo cero. Después de pocas horas de marcha, los congelados se cuentan ya por centenares, y no pocos soldados están ya descalzos. Muchas camionetas y muchos camiones van siendo abandonados por falta de combustible. Los materiales abandonados siembran las pistas de la retirada.

Podgornoye, importante base logística del cuerpo de ejército alpino, se transforma a la vuelta de pocas horas en una ciudad de desesperados. Todas las unidades, conforme van llegando a Podgornoye, se disgregan, se dispersan por las isbas. Confluyen columnas alemanas e italianas, columnas de camiones, mulos, trineos.

El XXIV Cuerpo de ejército acorazado alemán, una unidad casi destruida, que dispone todavía de cuatro carros de combate, dos autopropulsados y poca artillería, pasa a depender del general Nasci. Si las divisiones 385.ª y 387.ª del general Eibl, completamente disgregadas, no llevan más que desorden, los cuatro carros armados y los dos autopropulsados constituyen una fuerza y una protección excepcional para la "Tridentina".

El 18 de enero la situación se agrava, e incluso parece sin camino de salida. Al sur, la "Julia" y la "Cuneense", en marcha hacia Popovka, son amenazadas por una fuerte columna acorazada procedente de Rossos. Residuos del XXIV Cuerpo de ejército alemán y destacamentos complementarios alpinos recién llegados de Italia son adelantados al sur de Popovka. Olichovotka y Postoiali están en manos rusas. También Opit está amenazada. El II Ejército húngaro se desbanda hacia el oeste. La "Tridentina" y la "Vicenza", que están en Podgornoye, esperan órdenes. Reorganizar y controlar las unidades es tarea dificilísima; muchos vínculos disciplinarios se han roto definitivamente, la vieja jerarquía casi ha desaparecido, sólo cuentan los oficiales más generosos y fuertes.

Podgornoye es una ciudad de pesadilla, un infierno. Continúan afluyendo columna tras columna que irremediablemente se disuelven, se deshacen. La ciudad está envuelta en una pesada nube de humo; son muchos los incendios. Todas las isbas están repletas de hombres. Las calles, abarrotadas de mulos, trineos, carruajes, artillería, camiones, son una confusión impresionante. Almacenes en llamas, depósitos de municiones que saltan por el aire, tiroteos desordenados. Con los asaltos a los almacenes, los borrachos de coñac son centenares. La temperatura sigue siendo 30 grados bajo cero. Una embestida acorazada soviética sobre Podgornoye significaría el fin de 30.000 hombres.

Por la noche llega a las unidades la orden de abandonar las armas de posición, de destruir los archivos y de ponerse a salvo. Con el alba del 19 se intenta recomponer las unidades, reconstruir los batallones de la "Tridenti-

na". Los destacamentos no tienen más de 340 hombres, han quedado al menos en la mitad. Las unidades tienen los trineos llenos totalmente de congelados y enfermos. Salir del infierno de Podgornoye significa echarse a una estrecha pista de ligera pendiente donde ruge la locura. Los alemanes bloquean las columnas italianas, aúllan, amenazan. Las unidades se desmenuzan, los trineos chocan, los mulos enloquecen. Cuando un camión estorba la marcha es inmediatamente agarrado, apartado, volcado.

La "Tridentina" avanza en dos columnas. Abren la marcha los llamados destacamentos orgánicos, y después viene la gran masa en desbandada. Millares de húngaros, todos desarmados, obstruyen las pistas con su marcha desordenada. El 6.º de alpinos combate en Postoiali, el 5.º de alpinos ocupa Scororib. Entre tanto, la "Julia" y la "Cuneense", que no disponen de protección anticarro alguna, se arrastran combatiendo hacia Kopani y Popovka. El batallón Borgo San Dalmazzo, del 2.º regimiento de alpinos, desaparece en la lucha.

El general Nasci anota en su diario: *"Del mando del ejército se me renueva la orden de que el grupo de combate Eibl, reforzado por unidades alpinas, debe apuntar hacia Rovenki, mientras que mi cuerpo de ejército debe seguir el repliegue previsto. De acuerdo con el general Eibl y con el general alemán de enlace Schlemmer, respondo que la orden no es viable, ya que el XXIV Cuerpo acorazado es casi inexistente. El mando del ejército aprueba por radio esta decisión mía y ordena acelerar el movimiento dirigido hacia Valuiki. Otra vez pido la intervención de aviones con fines de suministro. Por desgracia es una petición que nunca podrá ser atendida. Ordeno a la 'Julia' y a la 'Cuneense' que crucen lo antes posible el surco de Olichovatka, al que supongo afluirán fácilmente fuerzas motorizadas; y para ello, lejos de mí y con trabajoso enlace, concreto los movimientos que se han de efectuar mañana y el 21".*

20 de enero. La "Tridentina" ocupa Postoiali, luego larga pausa de la inmensa columna a espera de órdenes.

DIARIO DE RUSIA DE MARIO RIGONI STERN

"La tempestad, en aquel enero de 1943, rugía por toda la tierra. A una treintena de kilómetros de la orilla derecha del Don, entre Podgornoye y Postoiali, habían llegado o intentaban llegar millares de sombras que la nieve, la tormenta y el hielo querían detener. Son los hombres del cuerpo de ejército alpino abandonados en las riberas del río, desde Karabut a Novokalitva, cuando en torno todo se derrumbaba. Locuras de gobierno y de mando habían querido aquel absurdo moral y estratégico, y ahora era como si de todos los valles alpinos, desde los Marítimos a la Julia, los hombres de veinte años convergieran aquí, en esta estepa mortal, a sufrir lo insoportable por la humanidad ofendida.

En la tempestad, en los incendios, en las explosiones, se oían todos los dialectos de nuestros pueblos y los nombres queridos de las aldeas gritados en la noche. Quien tiene todavía nervios y razón sólidos trata de mantener firmes a las unidades para afrontar juntos la trampa que aquí se está cerrando. La casa está a 3.000 kilómetros de la nieve, y partimos desesperados para romper el primer cerco. En esta estepa, cuando reaparezca el sol, habrá pistas quemadas, y entre la nieve aflorarán muchos puntos grises e inmóviles; no sólo mulos, cajas, trineos, armas, sino tantos a quienes esperan todavía las madres que quedan.

Era octubre de muchos años después, y llegué allí un día. En silencio y con estupor melancólico miraba pasar los pueblos, las lagunas, los bosques de abedules color oro, los campos pardos, el vuelo de centenares de cuervos. A medida que me aproximaba al Don se hacían cada vez más raros los poblados, cada vez más inculta la tierra. A los lotes cultivados de los koljoses habían sucedido las estepas y las marismas. Lejos pacían muchos rebaños dispersos de ovejas y manadas de caballos, y eran rarísimas las figuras humanas dentro del vasto horizonte que se teñía de los colores del otoño.

Hice parar el automóvil allí donde la hierba cubría incluso la pista. Allá, lejanísima, esa línea oscura debe ser el bosque entre Opit y Postoiali. Hacia el Don las colinas están casi desnudas, blancas por el yeso que aflora y cubiertas a trechos de hierba seca y amarilla. En el cielo vuelan altas bandadas de pájaros migratorios, pero el silencio es concreto y tangible, denso; nuestras voces susurradas parecen salir de las vísceras más que de la garganta, y también las de Clarissa y Boris. Les ruego que me dejen caminar un poco solo.

Camino hacia un verdor más oscuro, cercano a un estanque. La hierba se dobla a mis pisadas y es como si se sofocara en la nieve alta. La brisa de octubre me mueve los cabellos, pero es como si la tormenta me sacudiese. Pero no estoy sólo, porque al lado oigo a Giuanin y todos los demás. Veo los arbustos, los cerezos silvestres entre ortigas y bardanas. Están allí todavía los restos de los hornos de ladrillos de las isbas, el esqueleto de una máquina de coser, los cuadrados de tierra batida, las señales de los huertos, el pozo hundido y nada más. Aquí se ha congelado el sufrimiento del hombre. Es como los pueblos abandonados en los Alpes: las antiguas casas de piedra que el tiempo y la nieve hacen caer porque en esta estepa se han acabado los hombres que debían transmitirlas.

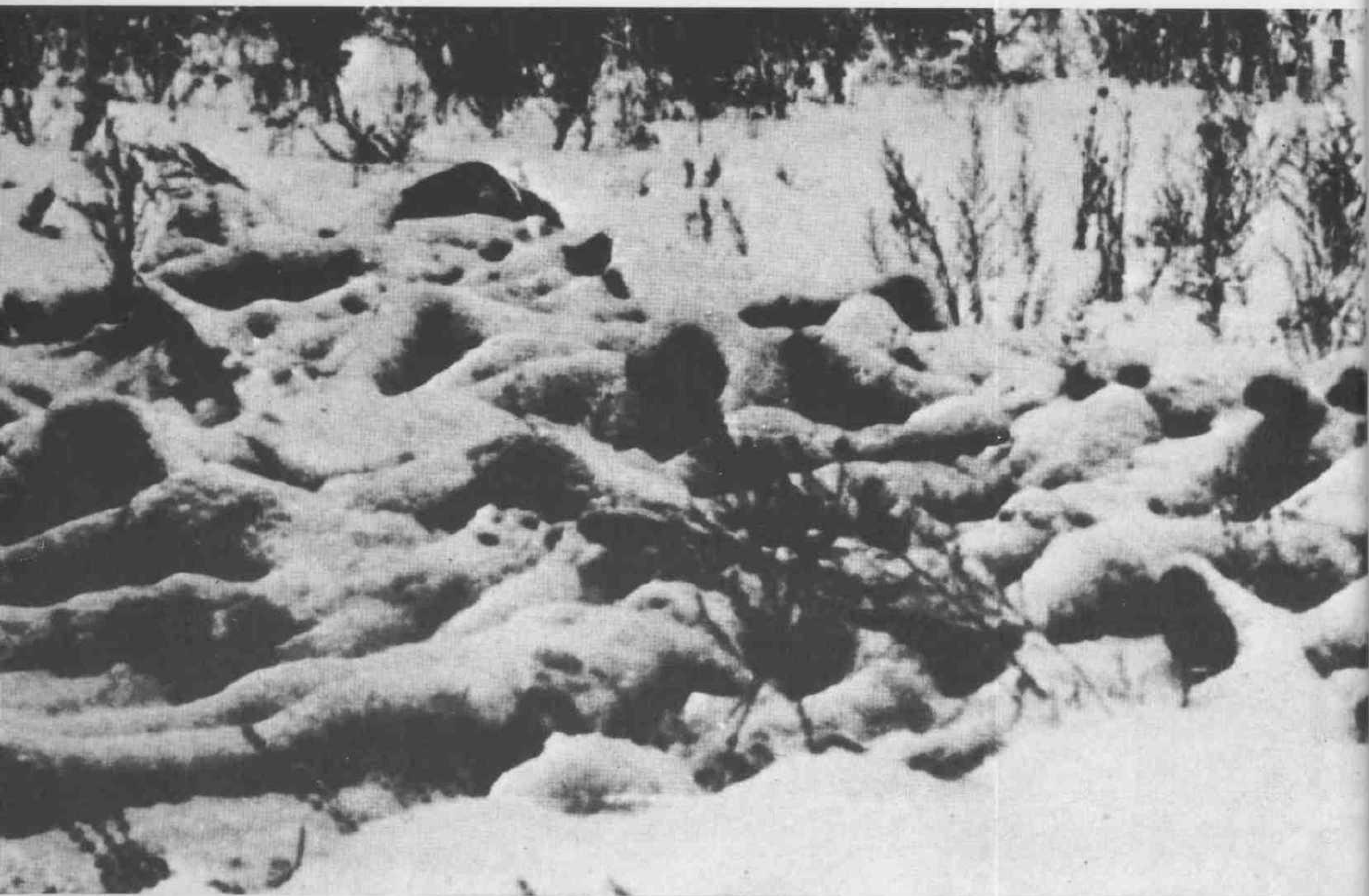
Pero ahora hay tanta paz. Quizá ha servido sólo para esto: para sensibilizar a la paz también al que no quiere entender".

(Del diario inédito del escritor Mario Rigoni Stern)

Un avión soviético ametralla desde baja altura. El frío es intensísimo, treinta, cuarenta grados bajo cero. Muchos hombres tiran las botas y se envuelven los pies en líos de paja, en trozos de manta. Se encienden fuegos de acampada. Se grita, se llora, o se calla por el temor.
La "Julia" y la "Cuneense", mientras tanto, se desangran en Kopani y Novo Postoialovka. Los batallones Ceva y Mondovi, con los grupos Mondovi y Val Po, apoyan la acción del VIII de alpinos. Los batallones Dronero y Saluzzo están ocupados en combates de retaguardia. También los heridos, también los congelados graves combaten. Es una lucha desesperada intentando abrir un hueco. Los 75/13 de montaña, con el alza a cero, dejan que los carros de combate se aproximen, que lleguen a cien metros; luego abren fuego y alcanzan a los carros, aunque no siempre los detienen. Los carros acaban arrollando las piezas. Caen los comandantes de los batallones Ceva y Mondovi, son centenares los muertos y heridos, y casi toda la artillería se ha perdido. El sacrificio de la "Julia" y "Cuneense" ha aligerado una vez más la presión soviética sobre la "Tridentina", que por la noche puede llegar hasta Novo Charkovka. Nasci anota en su diario: *"Al fin de esta jornada las fuerzas a mi disposición han perdido buena parte de su eficacia. Agobiados y reducidos los batallones de la 'Julia' a menos de 150 hombres cada uno; con sólo pocas piezas, escasamente municionadas, del grupo Conegliano. Duramente castigados tres de los cinco batallones de la 'Cuneense', privados ya de artillería. La división 'Vicenza', aunque reforzada por el batallón Pieve di Teco, no es por naturaleza una unidad adecuada a operar en las gravísimas circunstancias del momento. Me queda más próxima y sólida la división 'Tridentina', reforzada por pocos pero preciosos carros de combate y autopropulsados alemanes".*
Con el 21 de enero, los restos de la "Julia" y la "Cuneense", que siguen considerando válido el punto de salida de Valuiki, están en marcha hacia Novo Charkovka. A las 18,15 un radiograma señala a Nasci que Valuiki está ya en manos rusas, y que el nuevo punto de salida del ejército alpino es Nilolaievka. La "Julia" y la "Cuneense", abandonadas a sí mismas, nunca se enterarán de esta nueva indicación. La inmensa columna de la "Tridentina", en Kravzovka, vive una noche trágica, quizá la más trágica de su retirada. El frío llega a los 40 grados bajo cero, y en el pequeño pueblo todas las isbas están repletas, abarrotadas. Millares de desesperados, como sonámbulos, giran y giran buscando una fogata, un refugio. Después, vencidos, se tienden en la nieve. Son muchos los que pierden la razón.
El 22 es una jornada como las otras, dramática y llena de desesperación. La "Julia" ha desaparecido de la lucha.

Cadáveres de soldados italianos recubiertos de nieve. Los hombres de la "Julia" y de la "Cuneense" sufrieron terribles pérdidas.

El mapa de la derecha muestra el itinerario recorrido por los hombres del ARMIR durante la retirada.





La "Cuneense", que pisa los talones a la "Tridentina", está en marcha hacia Dmitrovka. La "Tridentina" combate cerca de Sceliakino.

Ya los soviéticos imponen el combate donde y cuando quieren. Imponen también las noches al raso. Como la observación aérea señala nuestras columnas, unidades acorazadas y motorizadas enemigas llegan a los puntos de paso obligado, ocupan los pueblos, organizan puntos de resistencia. Entre tanto, otros núcleos, con la ayuda de partisanos, atacan las columnas de flanco para separarlas y aniquilarlas.

La marcha de la desesperación continúa; la resistencia física del hombre es extraordinaria. Son miles los agotados que piden ayuda, están de rodillas a lo largo de las pistas y lloran y extienden las manos como si pidiesen limosna. Pero las columnas pasan, corren, escapan. El rugido de las columnas es bestial. La esperanza de encontrar de hora en hora las nuevas líneas alemanas hacen caminar también a los restos humanos, los heridos graves, los congelados con gangrena en los pies. Algunos se arrastran por la nieve como si la salvación estuviese al alcance de la mano, a pocos metros. La esperanza de abrir un hueco, de volver a casa, hace combatir a los llamados destacamentos orgánicos, al resto de las unidades, a los cien hombres supervivientes de un batallón. Al frío, a la fatiga, se añade el hambre. Los cadáveres de los mulos son ya la mejor subsistencia. Nasci escribe en su diario: *"En la jornada, graves pérdidas de la 'Tridentina' (unos 1.000 hombres); más graves aún las de la 'Julia', que puede considerarse aniquilada. No valorables las de las otras divisiones. La zona de Sceliakino, al anochecer del 22, asume un aspecto babélico; unas decenas de miles de hombres, muchísimos alemanes y húngaros con toda suerte de impedimenta e innumerables trineos, paran a la entrada del poblado, atravesable en pequeños grupos porque está en llamas y alcanzado por la artillería de los carros adversarios apostados en las cercanías. La marea humana, alimentada de continuo, crea confusiones indescriptibles en las que es imposible mantener los vínculos orgánicos. Es la acostumbrada masa inerte, indisciplinada, obstructora, que no es posible contener a pesar de los enérgicos y repetidos intentos efectuados, y que influirá negativamente en lo material y moral sobre la actividad operativa de las unidades combatientes. Como ya se ha señalado, la noche del 22 todas las tropas del cuerpo de ejército están encauzadas en un único itinerario, el de la 'Tridentina'"*.

Con el 25 de enero desaparecen definitivamente de la lucha la "Cuneense" y la "Vicenza". La "Tridentina", que ha llegado a Nikitovka, según la orden del ARMIR, deberá superar dos barreras, en Arnautovo y Nikolaievka, para apuntar hacia un nuevo objetivo de salida previsto al sudeste de Novi Oskol.

26 de enero. Al alba, el batallón Tirano avanza hacia Arnautovo, hacia los alpinos de Val Chiese y los artilleros del grupo Bérgamo caídos en la noche. Los rusos esperan al acecho. Se combate a la desesperada, se rompe la barrera soviética. Ahora la inmensa columna de los desbandados, como siempre, reanuda la marcha adelante

Enero 1943

16 de enero

Fusilamiento, en las cercanías de Roma, de Laura d'Oriano, acusada de espionaje.
El gobierno iraquí declara la guerra a las potencias del Eje.

16-18 de enero

Ataques aéreos ingleses sobre Berlín.

17-18 de enero

Bombardeo alemán sobre Londres.

18 de enero

Los soviéticos logran romper el asedio en torno a Leningrado.

21-22 de enero

Bombardeo inglés sobre Essen.

23 de enero

Las tropas germanoitalianas abandonan Trípoli.

25 de enero

Los alemanes abandonan Armavir y Voronez.
Continúa la ofensiva soviética contra la "bolsa" de Stalingrado.

27 de enero

Bombardeo aéreo americano sobre Wilhelmshaven.



En el rostro de estos dos soldados heridos, que han tenido la suerte de volver a las líneas, está impreso todo el horror de la retirada del frente del Don. Ahora, un tren hospital los está llevando hacia Italia.

sin dignarse echar una mirada a los muertos y heridos que han abierto el camino. Los que han combatido partirán luego con los pocos trineos sobrecargados de heridos y congelados, y se afanarán en la nieve para reunirse con el grueso de la columna, y quizá deberán pasar otra noche al raso en los poblados abarrotados de desbandados.
A las 12 horas comienza la batalla de Nicolaievka. Combaten los batallones Vestone y Val Chiese, apoyados por una batería del grupo Bergamo. A la espalda, sobre la llanura, treinta mil hombres miran y esperan. Avanza al ataque también el batallón Edolo, pero la barrera soviética a lo largo del trincherón de la vía no cede. Dos aviones rusos, a baja altura, ametrallan y despedazan. La inmensa masa negra de las columnas oscila. Por la noche, el frío baja a los acostumbrados 30 grados. Se debe irrumpir a toda costa, mañana sería tarde...
El general Nasci decide arrojar a la lucha todo el peso de la enorme masa de los desbandados. El general Reverberi, comandante de la "Tridentina", y el general Martinat, jefe de Estado Mayor del cuerpo de ejército alpino, guían la carrera de la desesperación. Millares de hombres se precipitan hacia Nikolaievka; es un enredo espantoso de mulos, hombres y trineos. Cae de los primeros el general Martinat.
En Nikolaievka, la desesperación continúa. Parte de las isbas están ocupadas por italianos, alemanes, húngaros; parte están ocupadas por rusos. Disparos, ráfagas, explosiones. Muchas isbas están en llamas. Después, inesperadamente, un grito corre de una isba a la otra: la columna parte de nuevo. Los heridos, los congelados, se cuentan por millares. Los más graves deben ser abandonados.
Nuevas marchas continuas, nuevos combates en un frío polar, en la tormenta. La "Tridentina" guía una columna ininterrumpida de desbandados que se alarga por la estepa con una profundidad de casi treinta kilómetros.
El 27 de enero, los infortunados restos de la "Cuneense", irremediablemente cercados, caen prisioneros con el general Battisti en Valuiki. El 31 de enero, la vanguardia de la "Tridentina" enla-

¿POR QUE NO VOLVIERON DE LAS ESTEPAS DE LA URSS?

"Alpinos, alpinos del 'Tirano', segados por las armas automáticas, los carros, la artilleria *—escribía en su diario del 26 de febrero de 1943 Nuto Revelli durante la retirada de Nikolaievka—*, con nuestras armas que no disparan, con nuestras bombas que no estallan. Hundidos en la nieve hasta las rodillas, los alpinos caían y no habia quien los reemplazase. Las municiones faltaban y ninguno pensaba en suministrarlas. Aquella mañana, después de dos o tres horas de combate, un grupo de alemanes preguntó al mayor Maccagno por qué los alpinos estaban tendidos en la nieve sin saltar adelante, sin atacar al enemigo, sin perseguirlo. Estaban muertos, alpinos muertos, caidos a tresbolillo, agujereados de balas, destrozados a tiros de anticarro y de artillería. *Alles kaputt,* respondió Maccagno, y los alemanes siguieron impasibles". *¿Cuál fue la suerte de los supervivientes de esta tremenda retirada, irremediablemente encerrados en las "bolsas" de los ejércitos soviéticos? Capturados por unidades regulares del ejército ruso y por patrullas de partisanos, concentrados desordenadamente en los puntos de recogida, los prisioneros del ARMIR no fueron nunca identificados. Entre ellos había muchos restos humanos: congelados, enfermos, hambrientos, con el uniforme a tiras, con los pies descalzos o envueltos en líos de paja y trozos de manta. La impreparación de los soviéticos para la recuperación de las masas de prisioneros italianos, alemanes, húngaros y rumanos creó pronto una situación dramática. En realidad, si por una parte muchas fueron las muertes imputables a malos tratos, hay que reconocer que el aparato logístico del Ejército Rojo no estaba en disposición de ofrecer ni reservas de víveres ni de medicinas a esta multitud de espectros de uniforme.*

Bastantes, muchos, fueron los muertos aun antes de que se iniciase la catastrófica "marcha del davai" (en ruso "davai" significa "adelante") hacia los campos de concentración. Los transportes ferroviarios se revelaron con frecuencia más trágicos que las marchas a pie en la estepa. Todo sonaba a locura, dominaba lo irracional. El tifus petequial, las pulmonías y las diarreas abundaban. Eran numerosos los extenuados que se desplomaban de improviso sin un gemido. Los muertos eran amontonados en los vagones finales de los trenes militares o diseminados a lo largo de las vías a campo abierto. En las marchas a pie, los extenuados tenían casi siempre la suerte echada; la temperatura llegaba a cuarenta grados bajo cero y no perdonaba. No pocos prisioneros se lo jugaban todo escapando de la escolta armada. Abandonada la columna, buscaban refugio y piedad en las aldeas, en las isbas.

Los primeros meses de prisión en los campos de concentración diseminados entre el Don y los Urales acentuaron la trágica selección. Las epidemias continuaban imperando. Los muertos italianos, alemanes, húngaros y rumanos eran sepultados en fosas comunes y nadie llevaba listas. Finalmente, el trato se hizo más humano. Millares de prisioneros fueron trasladados al Asia central, hacia un clima menos despiadado. Alimentos y curas sanitarias mejoraron. Pero ya era demasiado tarde.

Con ocasión de una visita oficial a Moscú, el ministro italiano del Exterior Antonio Segni, para mantener una promesa hecha a una delegación de la "Asociación de prisioneros y desaparecidos en Rusia", pidió a Jruschef que se aclarara el misterio de los millares de italianos de los que nunca se ha sabido nada más. Segni trató de llevar la conversación sobre el delicado tema de la manera menos oficial posible, para no ofender la susceptibilidad de los soviéticos. Lo hizo, por ello, no en la mesa de las conversaciones políticas sino en el curso de una recepción en el Kremlin. Pero Jruschef se molestó y levantó la voz. Llegó al punto de poner una mano sobre la chaqueta del presidente Segni gritándole que callara. "¡No tiene sentido que nos acuséis de haber matado o maltratado a vuestros prisioneros! No tenéis derecho a pensar así de nosotros. ¡Vosotros fuisteis los agresores!". *Una sensación helada se extendió por los presentes y la gran sala del Kremlin cayó en un silencio embarazoso. Alguien llegó para llamar a Nikita Jruschef y le permitió serenarse en una habitación contigua. Otros entablaron conversaciones más banales, pero la recepción resultó ya estropeado de la manera más desastrosa.*

El presidente del consejo italiano, Fanfani, temía también que las conversaciones políticas quedaran perjudicadas por el incidente, y poco después trató de amansar a Jruschef. Los dos se apartaron a un rincón de la sala y charlaron casi por un cuarto de hora, con el rostro sombrío pero serenamente. Fanfani aclaró al premier soviético el punto de vista de los estadistas italianos. Explicó que la responsabilidad de la guerra era de los fascistas y no de los demócratas y dijo que continuamente los familiares de los desaparecidos en la URSS presionaban sobre el gobierno para que tratase de conseguir algo concreto, desde el momento que habían circulado tantos rumores en la posguerra. Jruschef respondió que no había ya nada que aclarar, y que se daba cuenta del dolor de las madres que continuaban esperando. "Nosotros hemos tenido veinte millones de muertos *—dijo—* y un hijo mío murió en Ucrania. Comprendo, y todos nosotros comprendemos, el dolor de las madres".

LA PROCLAMA DEL DUCE A LOS SOLDADOS DEL ARMIR

En la imposibilidad de ocultar la verdad sobre el enorme desastre que habia sufrido el ARMIR, Mussolini dirigió a los supervivientes del ejército una proclama. Leyendo entre líneas era posible intuir la enorme tragedia. He aquí el texto: *"Oficiales, suboficiales, clases y soldados del VIII Ejército. En la dura lucha sostenida al lado de los ejércitos alemanes y aliados en el frente ruso, habéis dado innumerables y decisivas pruebas de vuestra tenacidad y de vuestro valor. Contra las fuerzas preponderantes del enemigo os habéis batido hasta el límite de lo posible y habéis consagrado con la sangre las banderas de vuestras divisiones. Desde la 'Julia', que ha detenido muchos días las primeras oleadas del ataque bolchevique, hasta la 'Tridentina', que, cercada, se abrió camino a través de once combates sucesivos, a la 'Cuneense', que ha mantenido firme, hasta el último segundo, la tradición de los alpinos de Italia, todas las divisiones merecen figurar en el orden del día de la nación. Así os habéis prodigado hasta el sacrificio, vosotros, combatientes de la división 'Ravenna' la 'Coseria', la 'Pasubio', la 'Vicenza', la 'Sforzesca', la 'Célere', la 'Torino', cuya resistencia en Chertkovo es una página de gloria, y vosotros, Camisas Negras de las agrupaciones 28 de Marzo y 3 de Enero, que habéis emulado a vuestros camaradas de otras unidades. Privaciones, sufrimientos, interminables marchas han puesto a prueba excepcional vuestra resistencia física y moral. Sólo con un alto sentido del deber y con la imagen omnipresente de la Patria podían ser superados. No menos graves han sido las pérdidas que la batalla contra el bolchevismo os ha impuesto, pero se trataba y se trata de defender contra la barbarie moscovita la milenaria civilización europea. Oficiales, suboficiales, clases y soldados. Habéis sentido indudablemente con qué emoción y con qué firme fe en la victoria final el pueblo italiano ha seguido las fases de la gigantesca batalla y qué orgulloso está de vosotros. ¡Saludo al Rey! Mussolini."* Para quien pudo librarse, para quien pudo volver a su casa, no eran éstas más que palabras vacías y retóricas. Quien había tenido la experiencia de Rusia no podía engañarse sobre la "victoria final". Los regresados de Rusia lo hicieron ver apenas pudieron poner el pie en Italia. En los trenes que los jerarcas fascistas hicieron salir a la frontera sucedieron episodios sobre los que la censura extendió un velo.

za por fin con las avanzadas móviles alemanas. En un pueblo la columna pasa entre dos filas de espectadores: en un lado, los alemanes de la retaguardia que ríen, que fotografían, que insultan a los italianos; al otro, la población rusa, mujeres y viejos, que miran con piedad, que lloran.
En Scebekino, encorvados, cubiertos de harapos, los alpinos pasan ante el general Gariboldi. Los heridos más graves son más afortunados. Son cargados en unos pocos camiones italianos y evacuados a Jarkov.
Se calcula que salieron de la bolsa unos veinte mil italianos y unos dieciséis mi alemanes y húngaros. La retirada ha terminado, pero el calvario continúa. Los alemanes, dueños absolutos de la situación, consideran a los italianos un peso inútil, un estorbo, casi una masa de prisioneros. Los alemanes cargan en los trenes militares sus trineos y sus caballos; rechazan con dureza y escarnio a los heridos y congelados graves italianos. Al final conceden algunos vagones de ganado que se llenan de espectros humanos. No pocos heridos y congelados, para apresurarse hacia Italia, viajan también sobre plataformas descubiertas, usadas para transportar coches.
Las columnas de la "Tridentina" deben reemprender una larga marcha, interminable, hacia el Oeste. El frente está en movimiento y los supervivientes del ARMIR corren el peligro de ser rodeados de nuevo. También los heridos, también los congelados se afanan en la nieve como en los días de la retirada. Todavía se muere. Faltan los víveres. También mueren los mulos. Para vivir, para matar el hambre, los italianos siguen pidiendo ayuda a la población ucraniana.
Setecientos kilómetros, y luego los restos de la "Tridentina" llegan finalmente al punto de concentración, Slobin. Con los días del deshielo se reconstruyen sobre el papel las unidades, se cuentan los muertos y desaparecidos de la retirada. La burocracia reclama en seguida su parte, hay que recontar los materiales, revisar las mantas, los escasos fusiles, las todavía más escasas cartucheras, hasta las "fundas de cuero para cuchillo-bayoneta" y los "botones gemelos intermedios de hierro". Todavía sigue haciendo estragos el hambre Una eventual reconstrucción de las unidades es totalmente impensable. Quien ha vivido la retirada no es ya un soldado: es un campesino, un montañés, un artesano que sólo quiere volver a casa. Si en 1942 se habían necesitado doscientos trenes militares para llevar al cuerpo de ejército alpino al frente ruso, ahora bastan diecisiete para traer a Italia los supervivientes.
Quedan en Gomel veinte mil italianos encuadrados en las divisiones "Ravenna" y "Cosseria". Los jefes políticos y militares querrían reconstruir un nuevo cuerpo de ejército, un nuevo CSIR. Pero las dificultades son insuperables. Hasta el fin de mayo no vuelven también a Italia los veinte mil hombres de la "Cosseria" y la "Ravenna". Cuando vuelven a la patria, los supervivientes de la retirada de Rusia son tan mal recibidos que las autoridades prefieren esconderlos a la vista de los civiles. Pero al primer contacto con las autoridades políticas surgen choques. Los soldados del ARMIR han vuelto llenos de rencor contra los responsables de la muerte de tantos de sus compañeros.

1943: EL AÑO DE LA TRANSICION

Al comienzo del año, Alemania, Italia y Japón parecen todavía capaces de ganar una guerra que en diciembre ya habrán claramente perdido.

Según una encuesta desarrollada en 1976, sólo tres italianos sobre diez tenían recuerdos directos de los acontecimientos militares y políticos que tuvieron lugar en 1943.
Y de estos acontecimientos, los que volvían en seguida a la memoria de los entrevistados eran, respecto a Italia, la caída del fascismo, el armisticio y el comienzo de la guerra de liberación. En efecto, puede decirse que 1943 fue un año decisivo, no sólo para Italia, sino para el mundo entero. Fue una encrucijada de finales y de citas históricas que señalaron el fin de una época y el comienzo de una nueva era: la que todavía vivimos hoy. En el transcurso de doce meses, en el centro de una guerra que duró seis años, se registra la gran transición de la historia del mundo. Pero al comienzo de aquel año, todo podía suceder aún. Al menos sobre el mapa, la situación era favorable a las potencias del Eje: Alemania, Italia y Japón.
Por todas partes, para usar una frase deportiva, se combate fuera de casa... y salvo los reveses italianos en Africa (que para los alemanes es un frente secundario) las tropas del Eje no han sufrido aún derrotas decisivas. Nunca un imperio ha sido tan grande como el Tercer Reich al terminar 1942. Sus confines van del Atlántico a los Urales, de Noruega al Mediterráneo, y sus habitantes son cerca de 200 millones. En Extremo Oriente la situación es análoga. Los japoneses controlan gran parte de Asia y amenazan de cerca la India y Australia.
El frente interno de estos dos grandes imperios surgidos en pocos años es bastante sólido. En Europa, la Gestapo, las SS y los fascistas aseguran el orden con sus métodos. La resistencia, excepto en Yugoslavia y algunas zonas de la Unión Soviética, no se ha organizado todavía; por tanto, no molesta mucho. En Alemania, la producción bélica no ha disminuido la marcha a pesar de los bombardeos de saturación, y ahora está incluso aumentando. Un arquitecto de treinta y seis años, Albert Speer, nombrado por Hitler ministro de Armamentos, ha logrado resultados impensables aprovechando el trabajo forzado de millones de prisioneros. En aquel año los diagramas de la producción germana suben. En Alemania, en 1943, se construyen más submarinos, más aviones, más carros de combate que en 1939. Mientras tanto, en los laboratorios docenas de científicos están dedicados a encontrar nuevos medios de destrucción, las llamadas "armas secretas" que llevarán la ciencia-ficción sobre los campos de batalla.
Hoy, con la visión retrospectiva, podemos distinguir en aquel periodo histórico los signos de un mundo que termina. Pero en realidad a principios de 1943, antes de que terminase con la derrota de los alemanes la decisiva batalla de Stalingrado, antes de la caída del fascismo en Italia, antes de la victoria aliada en el Atlántico, Hitler tenía todavía muchas *chances,* si no para vencer en la guerra, al menos para obtener una solución diferente del conflicto.
Todo era todavía posible. Podía suceder, por ejemplo, que el empleo masivo de las "armas secretas" eliminase del juego a la Gran Bretaña, o que los aliados se cansaran por la gran prolongación de la guerra, o que la Unión Soviética, duramente castigada, se retirase del conflicto como había hecho en 1917, o que, finalmente, el pueblo americano, en las elecciones de 1944, no reeligiese al *belicoso* Roosevelt como presidente...
Todas eran ilusiones, como sabemos, pero treinta años atrás tenían un amplio margen de credibilidad.
Por tanto, vamos a interrumpir un momento el curso lógico de esta obra histórica para permitirnos una pausa reflexiva. Aun sabiendo perfectamente que en la historia son los resultados los que cuentan y que el viejo dicho de que "con el *si* y el *pero* no se escribe la historia" es de una validez indiscutible, hemos querido romper la rigurosa reconstrucción de los hechos para intentar una encuesta histórica basada precisamente en el *si* y el *pero.* Para desarrollarla, nos hemos dirigido a historiadores famosos y a los mismos protagonistas, todavía vivos, que siguieron o provocaron los acontecimientos de aquel año clave en la historia del mundo que fue 1943. Después de esta "pausa reflexiva" recobraremos el curso regular de la narración, pero estamos seguros de que los *si* y *pero* a los que se ha tratado de dar respuesta serán útiles al lector para comprender mejor el verdadero desarrollo de los acontecimientos. Los temas que trataremos serán las armas secretas, la batalla de Stalingrado, la resistencia, las relaciones entre los Tres Grandes, la disidencia en Alemania y el Tercer Mundo.
En la encuesta han colaborado los historiadores Arnold Toynbee, A. J. P. Taylor, Robert Conquest (Gran Bretaña), William L. Shirer (EE. UU.), Vassily Timofeevich Fomin (URSS), Toshiro Takagi (Japón), Joseph Schroeder (Alemania) y los protagonistas Albert Speer (arquitecto, ex ministro de Armamentos del Tercer Reich), Averell Harriman (consejero de cuatro presidentes americanos, Roosevelt, Truman, Kennedy y Johnson, ex gobernador de Nueva York, embajador en Moscú durante la guerra), Emilio Gino Segré (Premio Nobel de Física, uno de los "padres" de la bomba atómica), Milovan Djilas (historiador yugoslavo, lugarteniente de Tito en la guerra partisana) y Habib Burghiba (presidente de Tunicia). El 43, en suma, puede considerarse el año clave del conflicto, el año en que todas las bazas fueron jugadas, todas las batallas ganadas o perdidas, el año en que se decidió el éxito de la guerra. Por esto hemos creído oportuno dedicar más atención a este año decisivo. Aclarando los acontecimientos de 1943 se puede entender mejor por qué la guerra fue de aquel modo y por qué el mundo de hoy es así.

LA CARRERA DE LAS ARMAS SECRETAS

Los científicos buscan el arma que resuelva el conflicto.

Peenemünde, base secreta del ejército alemán. Acabada la cuenta atrás, un proyectil se eleva de la base de lanzamiento. Dotado de un motor de combustible líquido, el enorme proyectil, alto como una casa de cuatro pisos y con 25 toneladas de peso, se alza hacia el cielo a velocidad de 1.400 metros por segundo. Alcanzará una altura de 88.000 metros y luego bajará para caer con exactitud sobre el blanco, a 257 kilómetros de distancia.
Es el 4 de mayo de 1943, fecha que marcará la primera etapa para la conquista de la Luna. Pero en la península báltica de Peenemünde acaso únicamente el constructor del misil, un joven de veintiocho años, llamado Werner von Braun, sueña en la conquista del espacio. Los otros, Hitler y sus generales, llegados expresamente para asistir a la prueba del ingenio, tienen otros proyectos en el ánimo. El misil "A4", como lo ha bautizado Von Braun, o el "V2" como lo llamarán los aliados, representa para Hitler el "arma secreta", o más bien una de las "armas secretas" con las que espera resolver la marcha de la guerra. Años de trabajo y de fracasos han precedido a este éxito, pero ahora el arma está dispuesta y pronto podrá ser comenzada su producción en serie. En Peenemünde y en otras bases secretas los científicos alemanes han puesto a punto muchos otros proyectos de armas futuristas. Está preparada la "FI.103", más conocida como "V1"; el cohete tierra-aire Wasserfall, realizado por Von Braun y capaz de llevar 300 kilos de explosivos a 15.000 metros de altura, entre las formaciones de bombarderos enemigos. Von Braun ha preparado también un plan para la construcción de un misil de varios elementos, de técnica revolucionaria..., pero lo realizará más tarde, y en Norteamérica.
Con estas armas secretas a disposición de los alemanes, ¿pensaban verdaderamente poder ganar la guerra? Albert Speer, entonces ministro de Armamentos, responde que no.
"Nosotros —dice— *no poseíamos en 1943 armas secretas capaces de poner fin a la guerra. Pero la eficacia de los cohetes proyectados por el profesor Von Braun habría podido determinar un cambio concreto. Hitler tenía intención de fabricar 5.000 de estos misiles, y 5.000 misiles empleados contra Lon-*

Un grupo de oficiales del Estado Mayor alemán asiste al lanzamiento experimental de una bomba volante "V1" en mayo de 1943. En el centro, de paisano, Von Braun. Con las "V1" lanzadas contra Londres (foto a la derecha), los alemanes se imaginaron poder cambiar la suerte del conflicto.





dres habrían asestado sin duda un duro golpe a Inglaterra...".

Hemos hecho la misma pregunta al historiador británico A. J. P. Taylor, que durante la guerra fue jefe del servicio de prensa del VIII Ejército de Montgomery.

He aquí su respuesta:

"Absolutamente, no. Pero hay que decir lo siguiente: si las 'V1' y 'V2' hubieran sido puestas a punto en amplia escala y si hubieran conseguido destruir Londres, Inglaterra hubiera quedado fuera del conflicto. Pero pienso que esto no hubiera modificado la situación, ya que los misiles de Hitler no estaban en disposición de alcanzar Moscú ni Washington ni Nueva York. Y ya en 1943 todos los combates estaban en manos de rusos y americanos, ya no de los ingleses. Los ingleses eran ciertamente auxiliares valerosos, pero creo que su ausencia no habría quitado ni un día al curso de la guerra. Afortunadamente para nosotros, de todos modos, los misiles alemanes eran tan primitivos que causaban pocos daños".

Además de las "V1" y "V2", otros científicos alemanes, dirigidos por los profesores Hahn y Heisenberg, habían intensificado en aquel verano de 1943 sus estudios, empezados hacía tiempo, sobre el agua pesada y la fisión del átomo. Sostenían que eran capaces de realizar un arma fantástica, de potencia



incalculable... la bomba atómica. Pero, ¿tenían verdaderamente posibilidad de llegar antes que los americanos? Entre tanto, a millares de kilómetros de Peenemünde, en Los Alamos, en el desierto de Nuevo Méjico, otros científicos tratan de resolver los mismos problemas que sus colegas alemanes.

Desde que Albert Einstein, con su famosa carta al presidente Roosevelt, anunció la posibilidad de que Alemania pudiera fabricar una bomba de enorme potencia, los ambientes militares en los Estados Unidos estaban alarmados. Pero hasta 1943 no reunió el gobierno en los laboratorios de Los Alamos a los más ilustres científicos, como Enrico Fermi, Compton, Lawrence, Robert Oppenheimer, Emilio Segré y otros, para que realizaran antes que los alemanes el arma considerada decisiva. Ahora los científicos americanos y los científicos alemanes trabajan, como en compartimientos estancos, por la conquista del mismo objetivo. Unos no conocen los resultados logrados por otros. Es una competición a ciegas, en la que aún no se puede prever quién vencerá. Todos conocemos los resultados de esta competición, pero en el verano de 1943 no debía ser fácil hacer predicciones. El profesor Segré estaba en Los Alamos aquellos días con Enrico Fermi, Oppenheimer y otros científicos. Le hemos preguntado: *"¿Cuál era su estado de ánimo?". "Había diversas opiniones* —responde el profesor Segré—, *y unos temían seriamente que los alemanes pudieran llegar antes. Otros eran más escépticos, y otros, conociendo la potencia industrial alemana y también la situación interna de Alemania, eran menos pesimistas. Pero era un riesgo enormemente grande; un riesgo, digamos mortal. No era algo en lo que se pudiera transigir. Había que llegar antes a cualquier precio. Esto estaba muy claro para el gobierno americano".*

Pregunta: *"¿Qué espíritu animaba a su grupo? ¿Les movía un objetivo político, es decir, vencer a los alemanes, o sólo el amor por la ciencia?".*

Emile Segré: *"En un grupo de tantos centenares de personas la gente tenía diversos motivos, pero ciertamente la idea política era muy importante, y prueba de esto es el hecho de que era posible hacer venir a Los Alamos a cualquiera que fuera útil. Se le telefoneaba y se le decía 'ven, es un proyecto así y asá, muy importante para la guerra', y él plantaba todo y llegaba. Donde no había tanta* priority *era en la paga en Los Angeles. Los científicos éramos pagados muy modestamente".*

Pregunta: *"¿De verdad?".*

Emilio Segré: *"Sí. Ninguno nos hicimos ricos, además que todos habíamos perdido algo estando en Los Angeles. Habríamos reunido más enseñando en la Universidad".*

Pregunta: *"¿Por qué se decía jocosamente en Los Angeles que Hitler era su director?".*

Emilio Segré: *"Esto es algo que algunas veces he dicho yo. Con esto quería decir que el odio contra el nazismo, los sentimientos que tenían los participantes en el proyecto eran tales que permitían exigir a todos el máximo esfuerzo, hacer también sacrificios personales... En suma, era una causa profundamente compartida. Estas condiciones surgieron precisamente por causa de Hit*

El proyecto para la preparación de la bomba atómica, prácticamente comenzado en Chicago, donde Fermi realiza, el 2 de diciembre de 1942, la primera pila atómica, es luego trasladado a los laboratorios de Los Alamos y se termina con la primera explosión atómica de Alamogordo, que tiene lugar el 16 de julio de 1945 en el desierto de Nuevo Méjico. Las dos bombas siguientes serán lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki a principios de agosto. En aquella fecha los Estados Unidos no tenían más que dos bombas. Pero fueron los americanos los que ganaron la carrera atómica. Sin embargo, sobre la bomba alemana ha habido muchas leyendas. Se ha dicho, por ejemplo, que si los bombarderos aliados no hubiesen destruido las instalaciones, los científicos alemanes habrían llegado primero. Por otra parte, es sabido que la misma esperanza de empleo de esta arma decisiva consiguió alimentar la fanática resistencia alemana.

Pero, ¿qué era verdad en estos rumores? Escuchemos un testimonio decisivo, el de Albert Speer, entonces responsable directo de la producción de "armas secretas".

"Fue precisamente en 1943 cuando decidimos iniciar la realización de la bomba atómica. Antes de aquel año no nos habíamos ocupado nunca seriamente del problema, aunque dispusiéramos de los mejores científicos. Luego nuestros expertos, Hann y Heisenberg, nos dijeron que no serían capaces de poner a punto el proyecto antes de cinco o seis años, y nosotros no podíamos esperar tanto. Indudablemente, estábamos muy retrasados en los estudios respecto a los Estados Unidos. Dos o tres años de atraso. Pienso que nunca habríamos podido tener la bomba atómica antes de 1946, aun en el caso de que hubieran cesado los bombardeos aéreos".

A la izquierda, una "V2" parte del polígono de Peenemünde. A diferencia de la "V1", que era impulsada por pulsorreactores, las "V2" tenían un verdadero motor de cohete.

A la derecha, la explosión experimental de una de las primeras bombas atómicas americanas. No pasará mucho tiempo sin que este experimento de ciencia-ficción se traduzca en una atroz realidad.



EL SIGNIFICADO DE STALINGRADO

Juicio sobre una batalla de cuya importancia siguen discutiendo los historiadores.

¿Significó verdaderamente la batalla de Stalingrado el cambio decisivo en el curso de la guerra? No todos están de acuerdo. Aunque la mayoría de los historiadores dan respuesta afirmativa, otros son de distinta opinión. El mariscal soviético Georgy Zukov, por ejemplo, sostiene que la batalla decisiva de toda la guerra fue la librada en Moscú en diciembre de 1941, cuando el Ejército alemán llegó a pocos kilómetros de la capital soviética y, por primera vez, fue vencido y obligado a retroceder. Churchill, por su parte, sostiene que también las batallas de El Alamein y Guadalcanal pueden parangonarse a la de Stalingrado. La cuestión es todavía objeto de polémica entre los historiadores de ambas partes y no se ha decidido quién tiene razón. He aquí algunos pareceres autorizados.

Robert Conquest (Gran Bretaña): *"Stalingrado fue una gran victoria. Pero hace falta recordar que Rusia era ya una gran potencia militar en 1937, cuando Stalin destruyó su propio Ejército haciendo fusilar a todos sus mejores oficiales. Por esta razón, en los dos primeros años del conflicto los soviéticos sufrieron graves derrotas por parte de un Ejército más pequeño pero mejor mandado.*

Por eso Stalingrado significaba la vuelta de la Unión Soviética a aquella posición de potencia militar que había podido detentar en 1937. Esto significaba, en último análisis, que Rusia volvía a escena como una de las más grandes potencias del mundo, una de las grandes protagonistas, como en tiempos del Zar. De hecho, después de la revolución bolchevique y prácticamente hasta la batalla de Stalingrado, Rusia había perdido ese rango. Era en todo caso una gran potencia ideológica, pero no militar. Por tanto, Stalingrado significa, a mi parecer, el regreso de Rusia entre los grandes del mundo y predice la división del mundo mismo en dos bloques. Ya en 1939 había habido por parte soviética un intento de volver a la escena mundial, pero aquella vez al lado de Hitler. En tal ocasión, los rusos habían manifestado ya sus reivindicaciones hacia Occidente. Después, la cuestión no continuó, como sabemos, por ruptura entre Hitler y Stalin. Estoy, pues, de acuerdo con los que sostienen que la batalla de Stalingrado señala el surgir de la Unión Soviética como una de las más grandes potencias del mundo y también la división del mundo en bloques contrapuestos, como sucederá en seguida después de la guerra".

William L. Shirer (EE. UU.): *"Si nos fijamos en 1943, podemos afirmar que fue el año que señaló el comienzo del declinar de Hitler. A este declinar contribuyó grandemente la victoria soviética de Stalingrado. Este éxito soviético, además, obligó a los alemanes a retirarse cuando casi habían alcanzado los valiosos pozos petrolíferos del Cáucaso. Y todos sabemos la importancia que tenía el petróleo para Alemania, que carecía de él.*

Pero, aparte de Stalingrado, el 1943 registró otros trascendentales acontecimientos militares, como la definitiva derrota de Rommel en Africa, el comienzo de la retirada japonesa, etcétera. Pero vale la pena recordar que la suerte de la guerra no se decidió sólo en la tierra, sino también en el aire. Me refiero a los bombardeos aéreos sobre Alemania, que provocaron más daños a los alemanes que una batalla perdida. Luego, en mayo de 1943, fue la rendición del Ejército germanoitaliano en Africa. En Tunicia, por ejemplo, se rindieron más alemanes e italianos que en Stalingrado.

Quisiera recordar también, además de la batalla de El Alamein, que decidió la suerte del Norte de Africa, la batalla de Guadalcanal, terminada en febrero de 1943, que trastornó la situación estratégica del Pacífico".

Vassily Timofeevich Fomin (URSS): *"Algunos historiadores occidentales han hecho intentos de parangonar algunas batallas secundarias de la segunda guerra mundial con la de Stalingrado. Pero todos se equivocan.*

La sola comparación de las fuerzas que tomaron parte en las batallas de El Alamein y Stalingrado nos demuestra cuán equivocada es la similitud. En El Alamein participaron ocho divisiones italianas y cuatro alemanas. En los combates de Stalingrado fueron destruidas hasta 32 divisiones nazis, mientras que en El Alamein las tropas germanoitalianas fueron obligadas a retroceder, pero no fueron aniquiladas".

La guerra continúa, los hombres mueren en el frente, pero el retorno a su pobre isba hace renacer una gran esperanza en el corazón de esta sencilla mujer rusa.



NACE LA RESISTENCIA EUROPEA

Una entrevista con Milovan Djilas.

En 1943, Europa es una gran prisión. Su geografía ha sido trastornada. Ahora está dividida en territorios ocupados, sometidos al control militar, en *protectorados,* como el de Bohemia y Moravia, donde todo está en manos de los *Gauleiter* nazis, y finalmente en estados marioneta, gobernados por jefes colaboracionistas llamados comúnmente "Quislings". Se trata de hombres totalmente sometidos a Alemania, de la que han aceptado las teorías nazis. En estos países quienes efectivamente mandan son las SS, que tienen derecho de vida o muerte sobre la población. Los gobiernos Quisling no protestan nunca contra sus acciones criminales. Incluso colaboran activamente en la caza de judíos y en el reclutamiento de mano de obra para enviar a Alemania.
Pero no todos aceptan la violencia nazi sin reaccionar. En Varsovia los judíos, que representan el treinta por ciento de la población, se rebelan en abril. Encerrados en el ghetto, después de días de encarnizada lucha sin esperanza, son dominados y exterminados por los nazis.
En otros territorios ocupados, aunque está muy difundido el espíritu de resistencia, la lucha armada contra el invasor representa todavía una excepción. La lucha armada se organiza generalmente más tarde.
Por otra parte, la guerrilla, este modo irregular de hacer la guerra que hoy muestra más que nunca su validez, no es todavía ni siquiera materia de estudio en las academias militares.
Hecha salvedad de Yugoeslavia, lo mismo en Francia que en los Balcanes las poblaciones esperan pasivamente que sean los ejércitos regulares los que decidan la suerte del conflicto. Así es como siempre había sido en el pasado. Pero he aquí, sobre este tema, una entrevista con Milovan Djilas que dirigió, al lado de Tito, la lucha partisana en Yugoeslavia.
Milovan Djilas: *"En 1943 no teníamos en Europa auténticas guerrillas. Hasta aquel momento la guerra partisana se combate sólo en Yugoeslavia, y en menor medida, por cuanto parece, en la Unión Soviética. Después de 1943 el movimiento partisano se desarrollará sobre todo en Italia, y en 1944 también en Francia. Ya desde el comienzo de la guerra existía en Europa un movimiento de resistencia político que tenía su importancia. Pero sólo en Yugoeslavia ocupaban los partisanos a grandes fuerzas alemanas e italianas y su lucha tiene el mérito de haber actuado como factor de inspiración para la resistencia europea, incluso la soviética".*
Pregunta: *"¿Cómo explica el éxito del movimiento partisano en Yugoeslavia y en otros países?".*
Djilas: *"Pienso que la condición fundamental está en la voluntad popular, en la participación del pueblo en la lucha. Es muy importante también la ideología y la existencia de una dirección política. Pero para que la guerrilla pueda vencer es necesario el apoyo de fuerzas externas, y también que el grueso de las fuerzas enemigas esté ocupado en otro sitio, en otro frente. Vietnam, por ejemplo, gozaba de la ayuda de todos los países socialistas, por lo que tenía una retaguardia muy fuerte. Era como si fuera una guerra general,*



Durante la diaria ceremonia de izar la bandera, un piquete de las Waffen SS presenta armas a la entrada del castillo Hradcany en Praga, sede del Reichsprotektor de Bohemia y Moravia.



Arriba, Josip Broz (en el centro), conocido por el nombre de guerra de "Tito", jefe de los partisanos yugoeslavos, fotografiados con su Estado Mayor.

Abajo, una unidad italiana de la MVSN (Milicia Voluntaria para Seguridad Nacional) durante una batido en Yugoeslavia.

y así los Estados Unidos no podían mandar a Vietnam todas sus fuerzas. En Grecia, poco después de la guerra, la situación era al contrario. Mientras los países socialistas apoyaron a los partisanos, éstos se mantuvieron; cuando llegó a faltar el apoyo, fueron liquidados. Así que todos estos factores son indispensables, pero cuenta sobre todo el apoyo de la población. Esto explica por qué "Che" Guevara, héroe de la guerrilla cubana, no tuvo la misma fortuna en Bolivia. Guevara no encontró en Bolivia el apoyo entre los campesinos, y cayó. Es decir, que no siempre estos métodos de lucha van bien para todos los países. Recuerdo, por ejemplo, que en los Balcanes sólo nosotros, los albaneses y los griegos, habíamos hecho guerrillas. En Hungría, en Bulgaria, en Rumania no hubo absolutamente ninguna hasta el final de la guerra". .

A comienzos del 43, Italia es el único país europeo formalmente aliado de Alemania. Allí las SS no tienen todavía derecho a intervenir, pero la situación general no es muy diferente a la de Europa. No hay muertes por hambre, como sucede todos los días en Ucrania o en Grecia, pero la búsqueda de alimento se ha convertido en la actividad primaria. Comienza también a manifestarse abiertamente la protesta popular contra el régimen que ha llevado el país a la ruina.

El 20 de febrero, en la Fiat Mirafiori, el obrero Leo Lanfranchi organiza una huelga política. Es el primer acto de la resistencia.

Le siguen otros, en la Pirelli, la Falk... *"Saco vacío no queda en pie"* es la consigna. Pero los trabajadores tienen concretos objetivos políticos: echar al fascismo y poner fin a la guerra. Son huelgas valientes, o mejor, temerarias. Pero habrá huelgas también más tarde, cuando en el norte de Italia se constituya la República Social gobernada por Benito Mussolini.

En aquellos días escribiría el *New York Times:*

"En cuanto a manifestaciones masivas no ha sucedido nada semejante en la Europa ocupada que pueda asemejarse a la revuelta de los trabajadores italianos. Es una prueba impresionante de que los italianos, sometidos como están a una doble esclavitud, saben combatir con valor cuando tienen una causa por la que combatir...".

El 1943 es, pues, el año en que la resistencia armada se va convirtiendo en un fenómeno de primordial importancia que pone muchas veces en crisis al Estado Mayor alemán. En esta resistencia europea contra el nazismo participará también Italia después del armisticio del 8 de septiembre. La contribución proporcionada por los partisanos italianos a esta lucha es en verdad muy importante.

Pero al comienzo de este dramático año la situación es todavía muy delicada. Los aliados discuten todavía la conveniencia y el lugar del desembarco en Europa. Mientras tanto, en Rusia y el Extremo Oriente la lucha es todavía incierta.



LOS JAPONESES CONFIAN EN LOS "KAMIKAZES"

El desesperado heroísmo de los pilotos suicidas no salvará al Imperio nipón.

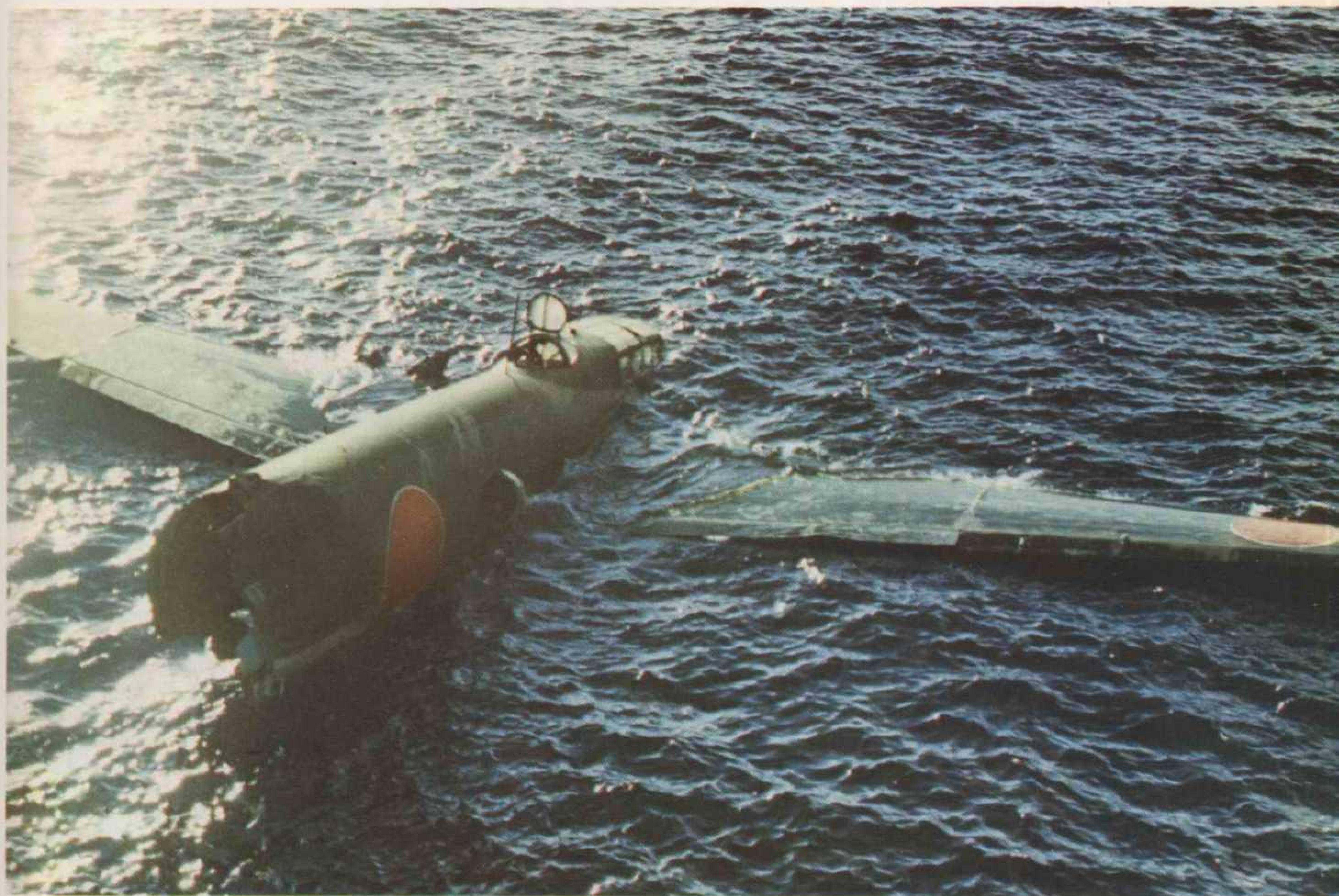
El Japón controla todavía todos los territorios asiáticos conquistados desde el comienzo de su guerra con China en 1937, y luego con los Estados Unidos en diciembre del 41. Es un imperio inmenso, pero hace tiempo que ha asumido el aspecto de una fortaleza asediada. Sólo sus fronteras septentrionales están relativamente tranquilas, porque la Unión Soviética no parece decidida a intervenir en el conflicto asiático. Todas sus fuerzas están ocupadas en el corazón de Europa. El 1943 marca también para los japoneses el inicio de la oleada de reflujo. Eliminada por la batalla del mar del Coral y la de Midway toda amenaza contra Australia, las fuerzas niponas se han encerrado en su perímetro como las alemanas tras la Muralla Atlántica. Ahora se combate isla por isla con una violencia sin límites. Sin embargo, el espíritu de resistencia de los japoneses no revela la menor concesión. Obstinados y decididos, los soldados del Mikado continúan combatiendo con un fanatismo que no encuentra paralelo ni en Alemania. Hemos preguntado cómo se explica su comportamiento al historiador japonés Toshiro Takagi.

Toshiro Takagi: *"En el siglo catorce, los mongoles atacaron al Japón. Nuestro país estaba completamente dominado por la flota mongola, y la derrota parecía ya segura. Pero inesperadamente se levantó un viento violentísimo y todas las naves enemigas se hundieron, y el Japón ganó la guerra. Entonces los japoneses llamaron a ese viento 'kamikaze', o sea, viento divino, y desde entonces nació la convicción de que, cuando todo pareciera estar perdido, llegaría un viento divino a destruir al enemigo. También durante la última guerra todos los japoneses estaban convencidos de que, antes o después, llegaría el viento 'kamikaze' a destruir al enemigo. Es necesario tener en cuenta esta convicción para comprender el espíritu de resistencia nipón".*

Pregunta: *"¿Pero también los jefes militares japoneses creían esta leyenda? ¿Esperaban verdaderamente poder derrotar a los Estados Unidos?".*

Toshiro Takagi: *"Es increíble, pero en cierto sentido lo esperaban. Ellos, en realidad, contaban sobre todo con los alemanes. Tenían una fe ciega en los alemanes y pensaban que si ellos hubieran ganado la guerra en Europa, también los japoneses habrían ganado en Asia. Confiaron en esta victoria incluso después de Stalingrado. Parece increíble decirlo, pero es así. Como ven, estas convicciones no eran realísticas, sino fanáticas".*

Un bombardero bimotor "Mitsubishi" G 4 M, al que el fuego de un caza ha segado la cola, ha logrado realizar un amaraje de urgencia.



VA SURGIENDO EL TERCER MUNDO

Nacen los primeros movimientos de liberación nacional.

Mientras ruge la guerra en los bordes del gran imperio nipón, en el interior, en los países ocupados, surgen nuevos estados dirigidos por gobiernos marioneta controlados desde Tokio. También aquí, como en Europa, surgen, pues, estados satélites gobernados por los llamados "Quislings", pero existe una diferencia de fondo. Los "Quislings" europeos son ciegos instrumentos del nazismo, despreciados y odiados por la población. Pero en Asia se trata generalmente de líderes nacionalistas que tratan de aprovechar el apoyo japonés para liberarse definitivamente del colonialismo.

¿Cómo pueden ser juzgados hoy estos colaboracionistas de los invasores japoneses? He aquí la respuesta del historiador británico Arnold J. Toynbee.

Arnold J. Toynbee: *"Ciertamente no pienso que puedan definirse como traidores. Recuerdo que hubo dos hermanos italianos que se llamaban Bandiera y militaban en la marina austríaca, y trataron de organizar una revuelta. ¿Eran éstos traidores? Desde el punto de vista austríaco, indudablemente, pero desde el italiano eran héroes de la libertad. También Napoleón cuando conquistó Europa lo hizo exclusivamente por sed de dominio, pero sus soldados llevaron consigo por Europa 'ideas francesas' que eran ideas revolucionarias. El Risorgimento italiano, como el alemán, fue una consecuencia de la invasión napoleónica. Pienso que puede decirse esto mismo sobre el Japón. Los soldados japoneses llevaron consigo, sin darse cuenta de ello, 'ideas asiáticas'. Demostraron que los blancos no eran invencibles y que podían ser derrotados. No creo, por ejemplo, que los vietnamitas se hubiesen atrevido a resistir a los franceses cuando volvieron después de la guerra, y a combatir más tarde a los americanos, si no hubiesen aprendido de los japoneses que también los blancos podían perder".*

El 1943, gracias también a la política decididamente anticolonialista del presidente Roosevelt, marca también una fecha importante en el desarrollo de los movimientos nacionalistas que, más tarde, transformarán las colonias en estados independientes. Está naciendo lo que llamaremos el "Tercer Mundo". Ahora, muchas unidades de tropas coloniales operan en los frentes europeos al lado de los aliados. Tunecinos, senegaleses, indios, malayos, argelinos y pakistaníes combaten lealmente por sus antiguos dominadores. Pero, ¿cómo se portarán estos soldados terminada la guerra? ¿Aceptarán volver a sufrir pasivamente la dominación colonialista? Muy difícil es también la posición de los líderes nacionalistas. Sukarno en Indonesia, como Nasser y Sadat en Egipto, se encuentran naturalmente alineados en el lado de las fuerzas del Eje por la simple razón de que estas fuerzas combaten a las mismas potencias colonialistas que ellos combaten. Pero, ¿puede el patriotismo justificar su elección? ¿Es justo ayudar a regímenes como el nazi y el fascista que no hacían ningún misterio de sus proyectos totalitarios contra las libertades? Esta pregunta se la hacían muchos líderes de los movimientos anticolonialistas, y se la hacía también un patriota tunecino llamado Habib Burghiba que, liberado por los alemanes, fue enviado a Roma para poder ser utilizado para reforzar la posición del Eje en Tunicia. He aquí ahora el autorizado testimonio del presidente de la República tunecina, un hombre que decidió dedicar toda su vida a la lucha por la independencia de su país y que en 1943 supo realizar la elección justa a pesar de las enormes dificultades.

Habib Burghiba: *"Hice mi elección por motivos de principio. Hacía tiempo que, mientras estaba encarcelado en Francia, acusado de un delito que llevaba consigo la pena de muerte, no creía en la victoria del Eje. Hacia fines de 1942, cuando fui liberado por algunos oficiales de las SS —estaba entonces encerrado en un fuerte cerca de Lyon—, seguía repitiendo a cuantos venían a verme que el tiempo no trabajaba en favor del Eje. Después los alemanes, en vez de llevarme a Berlín como me parecía natural, me trasladaron a Roma, donde llegué el 9 de enero de 1943. Este hecho me convenció de que la Italia fascista intentaba, en caso de victoria, quedarse con Tunicia. En mí, sin embargo, prevalecía un sentimiento fundamental. No podía de ningún modo actuar en favor de un régimen fascista enemigo de la democracia y de toda libertad humana. Además me daba cuenta de que, como jefe del partido nacionalista tunecino, no tenía ningún interés en encontrarme al final de la guerra en uno de los países vencidos. Está claro que en tal caso los colonialistas franceses habrían podido destruir nuestro movimiento. Por eso escribí una carta clandestina a mis compañeros y éstos se sorprendieron mucho cuando supieron que me había decidido en favor de Francia. Pero concreté en seguida que no había una sola Francia. Estaba la Francia de Pétain, pero también la Francia de la resistencia, y nosotros debíamos hacer lo posible por colaborar con los resistentes franceses. Para estar en su lado, y no en el lado de los vencidos, al fin de la guerra. Estaba, pues, claro que los alemanes se habían acordado de mí, de un cierto Burghiba, jefe de un influyente partido, cuando habían decidido ocupar Tunicia. Pero no antes, ya que me habían dejado en la cárcel hasta finales del 42. Entonces fue cuando hice mi elección. No la hice sólo por válidos motivos de principio, es decir, entre democracia o nazismo, sino también porque estaba claro que el Eje perdería la guerra.*

Cuando volví a mi país me encontraba muy comprometido. Había sido liberado por los alemanes, Mussolini me había recibido como a un rey... y me decía a mí mismo que moriría a manos francesas, ya que los franceses querían mi cabeza como jefe del partido nacionalista. El que me salvó fue el cónsul americano, que conocía mi posición a favor de los aliados. Él fue al mariscal Juin y le dijo: 'Burghiba es el único líder árabe que se ha declarado en favor de los aliados'. Luego confirmaron también los servicios secretos franceses que ya en 1940 estaba yo a favor de los aliados. Y así cayeron las acusaciones contra mí y pude reanudar mi actividad política en mi país".



El presidente de la república tunecina Habib Burghiba.

TENTATIVAS ALEMANAS DE UNA PAZ SEPARADA

En los altos mandos del ejército alemán se preguntan si no será preferible una solución negociada del conflicto.

En la primavera de 1943 empiezan a propagarse entre los altos mandos de la Wehrmacht los primeros vientos de rebelión. La sensación de que la guerra está ya perdida se difunde sobre todo entre los oficiales que operan en el frente ruso. Con una visión realista de la renovada potencia del Ejército Rojo, consideran que es ya absurda toda esperanza de victoria.
Después de Stalingrado, la moral del soldado soviético está mucho más alta. Dotados de armas más modernas, apoyados por carros tipo "T 34", capaces de batir a los potentes "Tigre", y con la cobertura de las mortíferas "Katiuskas", los *frontovik* (como son llamadas las tropas de primera línea) se sienten finalmente superiores a los alemanes. *"No somos todavía tan eficaces como querríamos* —confía Stalin a Churchill—, *pero estamos mejorando. De aquí a poco seremos un ejército de primer orden"*. Entre los oficiales alemanes que advierten el cambio de la situación maduran incluso proyectos de un *putsch*. Un grupo de ellos, dirigido por el general Treschkov, trata concretamente de eliminar a Hitler, el 13 de marzo de 1943, durante una de sus visitas al frente ruso.
En el Cuartel General de Hitler, aunque nadie piensa en la eliminación física del dictador, muchos son de la opinión de que es necesario encontrar al menos un acuerdo con alguna de las potencias adversarias. Nace así el proyecto de aprovechar la presunta discordia que divide, al menos políticamente, a los americanos y a los soviéticos. Sobre este tema, los historiadores tienen todavía juicios muy dispares. Muchos niegan que hubiera contactos entre alemanes y rusos y entre alemanes y aliados en este sentido. Escuchemos la opinión de algunos testigos:
Albert Speer (ministro de Armamentos): *"En 1943, Hitler tenía, efectivamente, la débil esperanza de que la alianza entre rusos y occidentales pudiese romperse. Recuerdo, por ejemplo, que por Berlín se había difundido el rumor —pero no puedo confirmar su veracidad— de que incluso en 1943 había llegado a Estocolmo un emisario soviético para iniciar gestiones de paz. Pero en especial, eran sobre todo Himmler, Goering y Goebbels los que se engañaban con la idea de poder aprovechar eventuales discordias entre rusos y occidentales. Pero, repito, no sé cuánto había allí de verdad"*.
Joseph Schroeder (historiador alemán): *"He aquí la respuesta a esta pregunta. Hoy está históricamente demostrado que Stalin, en el momento culminante de la batalla de Stalingrado, y precisamente el 14 de diciembre de 1942, tanteó el terreno en Estocolmo para tratar de llegar a una solución de la guerra con Alemania. Dos enviados de Stalin propusieron a los alemanes la paz al cabo de una semana sobre la base del regreso a las fronteras establecidas por el pacto Stalin-Ribbentrop. Un encuentro posterior, pero menos detallado, tuvo lugar en junio del 43, en vísperas de la última ofensiva alemana, que luego fracasaría en las cercanías de Kursk. Un tercer y último encuentro entre alemanes y soviéticos tuvo lugar el 3 de septiembre de 1943, o sea, el día mismo en que el general Castellano firmaba en Cassibile la capitulación de Italia"*.
Así que los alemanes, que acusarán a los italianos de traición por haber entablado gestiones secretas con los aliados, se comportan del mismo modo a espaldas de los fascistas.
Ellos basaban todas sus esperanzas en una eventual discordia entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Pero, ¿era verdaderamente posible una ruptura entre los aliados?
A. J. P. Taylor (Gran Bretaña): *"Por lo que respecta a la discordia este-oeste, creo de verdad que los alemanes no podían abrigar ninguna esperanza. Stalin estaba tan decidido como Churchill y Roosevelt a obtener la rendición incondicional de Alemania. Es cierto que los alemanes confiaban en sus diferencias —las que fueren—, pero no fueron tan importantes como para romper la alianza. Discutieron, por ejemplo, por Polonia, que para los soviéticos era muy importante, mientras que para los Estados Unidos era sólo una cuestión de principio. Discutieron sobre Italia por motivos exactamente opuestos porque a los rusos no les importaba mucho, pero a los americanos sí, dado que llegaría a ser una potencia mediterránea. Pequeñas discusiones, en suma. Por otra parte, estamos seguros de que Stalin estaba decidido a evitar una victoria comunista en Francia o Italia. Y luego, ¿qué interés podíamos tener en dejar sobrevivir a Alemania como gran potencia? Seguramente que esta última habría tratado pronto de ponerlos uno contra otro. No, el problema alemán sólo podía resolverse con la división de Alemania. Stalin y Roosevelt estaban sustancialmente de acuerdo sobre todo esto. Y ya los que contaban eran ellos dos; no Churchill"*.

Albert Speer, el arquitecto de confianza de Hitler, ministro de Armamentos y de la Producción Bélica desde 1942 a 1945, fue condenado a veinte años en Nuremberg por utilización de mano de obra extranjera.



NACE LA AMISTAD ROOSELVELT-STALIN

La curiosa relación entre el presidente americano y el dictador soviético.

Winston Churchill, protagonista de la primera parte de la guerra por haber dirigido la obstinada resistencia de Inglaterra contra Alemania, en 1943 es un personaje de segundo plano.
Después de la llegada de los americanos a Africa, y después de la recuperación del Ejército Rojo, los protagonistas de la guerra son el presidente americano Roosevelt y el mariscal Stalin, o sea, los jefes de las más grandes potencias. Ya se comprende en esos días el embrión del bipolarismo que dividirá al mundo.
Stalin y Roosevelt no se conocían. Se encontraron por primera vez en Teherán en diciembre de 1943. Pero entre los dos, mediante el embajador americano en Moscú, Averell Harriman, se cruzaba desde hacía tiempo un denso intercambio de opiniones.
A pesar de las tentativas realizadas por Churchill en la conferencia de Casablanca, en enero, para introducirse en el naciente diálogo entre el presidente americano y el jefe soviético, Roosevelt ya ha hecho su elección. No oculta su genuina simpatía por la Unión Soviética, y hace todos los esfuerzos por eliminar todos los obstáculos que pueden perturbar sus relaciones con Stalin. Se obstina, por ejemplo, en atacar la política imperialista en el Tercer Mundo. El comportamiento de Roosevelt respecto a Stalin fue criticado en su tiempo. Aún hoy es tema de discusiones. He aquí la opinión del historiador británico Arnold J. Toynbee:
"Roosevelt tenía su teoría muy particular sobre el imperialismo. Pensaba que si una nación se amplía conquistando territorios vecinos por tierra, eso no es imperialismo. Por ejemplo, los americanos se expandieron desde el Atlántico al Pacífico exterminando a los indios, pero esto para Roosevelt no era imperialismo. Aunque los indios no lo pensaran así. Lo mismo opinaba de Rusia, que se había extendido desde los Urales al Pacífico sometiendo otros pueblos. Por el contrario, la Gran Bretaña, que siendo una isla había tenido que llevar forzosamente una política de expansión hacia ultramar, era para Roosevelt una potencia imperialista.
Naturalmente, esta distinción es absurda. Pero cuando Roosevelt se encontró con Stalin, trató de buscar un acuerdo con él sobre la base de este concepto, o sea, que la Gran Bretaña era una siniestra imperialista, mientras que Rusia y América eran inocentes antiimperialistas".
Aquí tenemos ahora la opinión de otro historiador británico:
Robert Conquest: *"Yo creo que Roosevelt no entendió nunca a Stalin. También pienso que Roosevelt nunca había*

Los "tres grandes" fotografiados en Teherán el 1 de diciembre de 1943; de izquierda a derecha, el mariscal Stalin, el presidente Roosevelt y el primer ministro Churchill.



comprendido bien la política exterior. Comprendió que había que defender al mundo frente a Hitler, pero no se dio cuenta de que podían existir otras potencias peligrosas.
Pienso, además, que se había dejado engañar por la idea de que Stalin era un progresista y un anticolonialista. La idea del anticolonialismo está muy enraizada en el pensamiento americano. Lo hemos visto con Roosevelt, y más tarde con Eisenhower. Pienso, pues, que Roosevelt se engañó, aunque no en la medida que la gente suele creer".
Estas son, más o menos, las opiniones que corren sobre Roosevelt entre muchos historiadores occidentales. Se le acusa de haber sido demasiado ingenuo, de haberse dejado sugestionar por la falsa benevolencia que Stalin le mostraba y de haber cedido finalmente a Rusia gran parte de la Europa oriental. Pero Roosevelt, el hombre del New Deal, uno de los más populares presidentes americanos, ¿era de verdad tan ingenuo? Hemos preguntado a un hombre que le estuvo próximo: Averell Harriman, financiero, diplomático, ex gobernador de Nueva York. Harriman era entonces embajador en Moscú.
Averell Harriman: *"La acusación no responde a la verdad. También para la creación de la ONU Roosevelt consiguió obtener en condiciones aceptables la adhesión de Stalin. En lo que respecta a los otros temas, Roosevelt intentó por todos los medios asegurar el derecho de autodeterminación a los pueblos de Europa oriental, es decir, a la zona que, como se preveía, sería ocupada por el Ejército Rojo. La tentativa se logró sólo en parte, porque desgraciadamente los países de Europa oriental fueron dominados por los respectivos partidos comunistas contra su voluntad. Pero también es verdad que Stalin concedió libres elecciones en Hungría, donde venció un partido campesino que instauró un gobierno independiente. Pero luego fue eliminado por el partido comunista, y lo mismo sucedió más tarde en Checoslovaquia. Por eso no es totalmente verdadero que Roosevelt entregara Europa oriental a Stalin, como algunos sostienen neciamente. Esto que sucedió fue una tragedia gravísima, pero no fue resultado de una concesión de Roosevelt. Fue la intervención del Ejército Rojo la decisiva. Y cualquier erudito sabe que al menos tres cuartos de aquellas poblaciones eran contrarias al comunismo".*
Pregunta: *"Señor Harriman, en aquellos primeros contactos entre Stalin y Roosevelt, es decir, entre Estados Unidos y la Unión Soviética, ¿era ya previsible la división del mundo en dos bloques contrapuestos y el inicio de la llamada guerra fría?".*
Averell Harriman: *"Había quien lo temía. Yo, por ejemplo, y muchos otros. Pero había aún esperanzas de evitar tal escisión. Ni Roosevelt ni Churchill cedieron nunca en esta idea. Mire, yo he sido un decidido y fiel servidor del presidente Roosevelt, pero estoy plenamente de acuerdo con el hecho de que no trató de conjurar tal peligro. Yo hice lo posible, en mis numerosas conversaciones con Stalin, para inducirle a aceptar condiciones que permitieran una futura colaboración. Recuerdo haber discutido la independencia de Polonia más que cualquier otro problema. Pero Stalin no aceptó nunca la idea de un gobierno que pudiera garantizar a los occidentales la independencia de Polonia. Stalin quería que Polonia fuera amiga de Rusia. Sólo que a Stalin le resultaba extremadamente difícil considerar amigo a un gobierno que no estuviese dominado por Moscú".*
Sobre las relaciones Roosevelt-Stalin, he aquí también la opinión del historiador británico, profesor A. J. P. Taylor.
"Roosevelt tenía colaboradores a los que prestaba mucho oído, pero generalmente decidía por sí solo. En sus contactos con Stalin, por ejemplo, actuó generalmente por propia iniciativa. Sin embargo, no diré que cometiera grandes errores. Roosevelt era, sobre todo, un hombre práctico y pensaba que, siendo ya evidente que el mundo estaba dominado por dos potencias, era indispensable que estuviesen de acuerdo. He aquí por qué buscó la amistad de Stalin, y Stalin, en mi opinión, respondió a esta actitud con una política conciliadora y con concesiones sin precedentes.
Desgraciadamente, Roosevelt murió demasiado pronto, en la primavera del 45, y llegaron al gobierno del país los hombres que siempre habían odiado su política de apertura hacia los rusos. Fueron éstos los que provocaron la llamada 'guerra fría' para excluir a Rusia de Europa. Si preguntamos cuál fue la causa de la 'guerra fría' hay que responder: la muerte de Roosevelt. El hecho es que durante veinte años la política americana ha sido conducida por personas que temían a Rusia y querían, si no destruirla, al menos aislarla. Pero esta política fracasó. Tanto es así que hoy ha sido necesario volver a la política rooseveltiana para restablecer relaciones de amistad con los rusos".

Enero 1943

30 de enero

Ataque aéreo inglés sobre Berlín.

30-31 de enero

Bambardeo aéreo inglés sobre Hamburgo.

31 de enero

El almirante Doenitz sustituye a Raeder en el mando supremo de la Marina alemana. El general Ambrosio es nombrado jefe de Estado Mayor del Ejército italiano.

Febrero 1943

1-28 de febrero

Hundidos 68 mercantes aliados por submarinos alemanes en el Atlántico, en el océano Artico y en el océano Indico.

1-8 de febrero

Las tropas japonesas abandonan la isla de Guadalcanal.

2 de febrero

En Stalingrado el VI Ejército alemán se rinde a los soviéticos. Casi 91.000 soldados alemanes caen prisioneros. Es la primera gran derrota del Ejército alemán. Tropas japonesas desembarcan en la parte meridional de Nueva Guinea.

2-3 de febrero

Ataque aéreo inglés sobre Colonia.

3-4 de febrero

Ataque aéreo inglés sobre Hamburgo.

4-5 de febrero

Los ingleses bombardean Turín.

5 de febrero

Ciano es nombrado embajador en la Santa Sede. El cargo de ministro del Exterior es asumido directamente por Mussolini.

8 de febrero

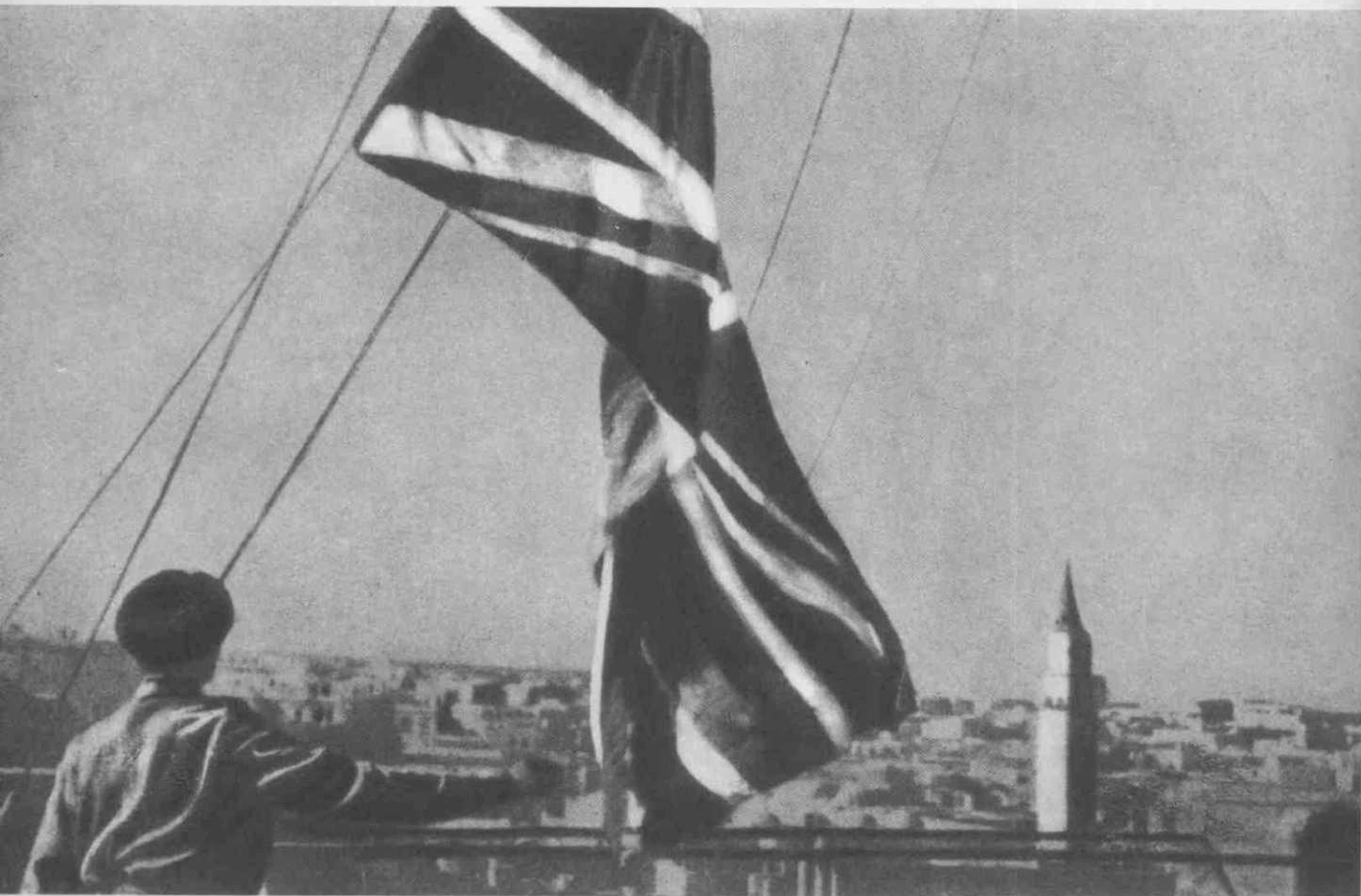
Los soviéticos reconquistan Kursk.

LA BATALLA DE TUNEZ

La última resistencia germanoitaliana sobre la línea del Mareth. Los aliados miran ya hacia Italia.

En seguida de la derrota de El Alamein, el general Erwin Rommel, que ya los dibujantes anglosajones presentaban como el "ex zorro del desierto", hizo saber a Berlín y a Roma que la cosa más prudente sería abandonar Africa a su destino y salvar lo salvable en hombres y material para concentrarse en Europa. *"Habiendo disminuido la posibilidad de actuar en plan estratégico* —dijo Rommel—, *hubiera sido estúpido continuar la pelea retrocediendo con la intención de defender posiciones sin importancia"*. Pero Mussolini y Hitler no habían querido escucharlo. Mussolini había ordenado: *"Mantener la Tripolitania a cualquier precio"*. Hitler, reacio a abandonar su sueño de un avance hasta Oriente Medio y al encuentro de las tropas alemanas que deberían haberse abierto desde el Cáucaso, le había hecho eco: *"Resistir, resistir, resistir"*. Rommel ha tenido, pues, que renunciar a la petición de embarcar pronto los restos de su "Africa Korps" y de las divisiones italianas. Da así comienzo a su retirada combativa hacia el oeste, seguido sin mucha prisa por los ingleses de Montgomery. La aviación aliada no le molesta excesivamente, anclada en tierra por el mal tiempo. Ignorando las órdenes de Mussolini y de Hitler, Rommel abandona también Trípoli, donde, el 23 de enero de 1943, entran los primeros carros "Valentine", del VIII Ejército inglés. El 3 de febrero, la colonia italiana ha sido ya abandonada. No queda ni un trozo de las viejas colonias de Africa por las que generaciones de italianos han combatido. El estribillo "Trípoli, bello sol de amor" es un recuerdo con sabor de nostalgia de toda la epopeya colonial de Italia.

En la frontera con Tunicia, las fuerzas indígenas que han combatido generosamente con los italianos son "licenciadas". El 5 de febrero se disuelve el Mando Supremo de Libia, ocupado primero por el general Gariboldi, y luego por el mariscal Bastico. Por orden de





Kesselring, cuya jurisdicción es ampliada a todas las fuerzas alemanas que operan en Africa septentrional, el intento de extrema resistencia será efectuado en Tunicia, a las órdenes de Rommel. Pero este último y Kesselring se odian, y acaso Kesselring quiere que Tunicia se convierta en una especie de trampa para el colega más famoso y celebrado. Sabe bien que la posibilidad de resistir largo tiempo no existe.
Lo sabe también el mariscal Messe, llegado del frente ruso donde ha estado a la cabeza del ARMIR, y al que Mussolini nombra nueva autoridad suprema italiana en Túnez el mismo día de la caída de Trípoli. Mussolini le dice: *"Ante todo hace falta tener en jaque a las fuerzas adversarias que desde el oeste y el sur tratan de triturar en una tenaza nuestra ocupación tunecina. En verano se recobrará la iniciativa de las operaciones con un gran impulso hacia Argelia y Marruecos y para la reconquista de Libia".*
Messe, que es un hombre preparado y sincero, le ha respondido: *"Como máximo se podrá pretender que se resista hasta el extremo".*
Mussolini, que no es un necio, sabe que en Africa todo está irremisiblemente perdido, y pronto concede: *"Es necesario resistir a toda costa, resistir hasta el extremo, para retrasar el ataque directo contra Italia que seguirá fatalmente a la caída de nuestras posiciones africanas".*
A Messe corresponde el encargo de reorganizar las fuerzas procedentes de El Alamein después de una marcha de 2.500 kilómetros por el desierto. Mandará también las fuerzas alemanas; será el único caso de este género. Pero podrá asumir el mando efectivo sólo

A la izquierda, en el cielo de Trípoli, flamea la "Union Jack", la bandera inglesa. Alemanes e italianos organizaron una línea de defensa en el Mareth, pero el ímpetu del VIII Ejército fue irresistible.

Arriba, el general Messe (en primer plano, con prismáticos) con su Estado Mayor en el Mareth.

Febrero 1943

9 de febrero

Los soviéticos acupan Belforod. Comandos anglonoruegos se lanzan en paracaídas en Verkork, Noruega, y averían las instalaciones alemanas para producción de agua pesada.

11-12 de febrero

Bombardeo aéreo inglés sobre Wilhelmshaven.

12 de febrero

Las tropas soviéticas reconquistan Krasnodar. Los medios de asalto de la X Mas abandonan las bases del mar Negro y vuelven a Italia.

14 de febrero

Los alemanes abandonan Rostov y Voroshilovgrado.

14-15 de febrero

Bombardeo aéreo inglés sobre Colonia. Aviones ingleses bombardean Milán.

15 de febrero

Los alemanes bombardean Palermo, causando pérdidas en la población civil.

16 de febrero

Los alemanes abandonan Jarkov. Tropas japonesas desembarcan en el Kuang-Tung.

17 de febrero

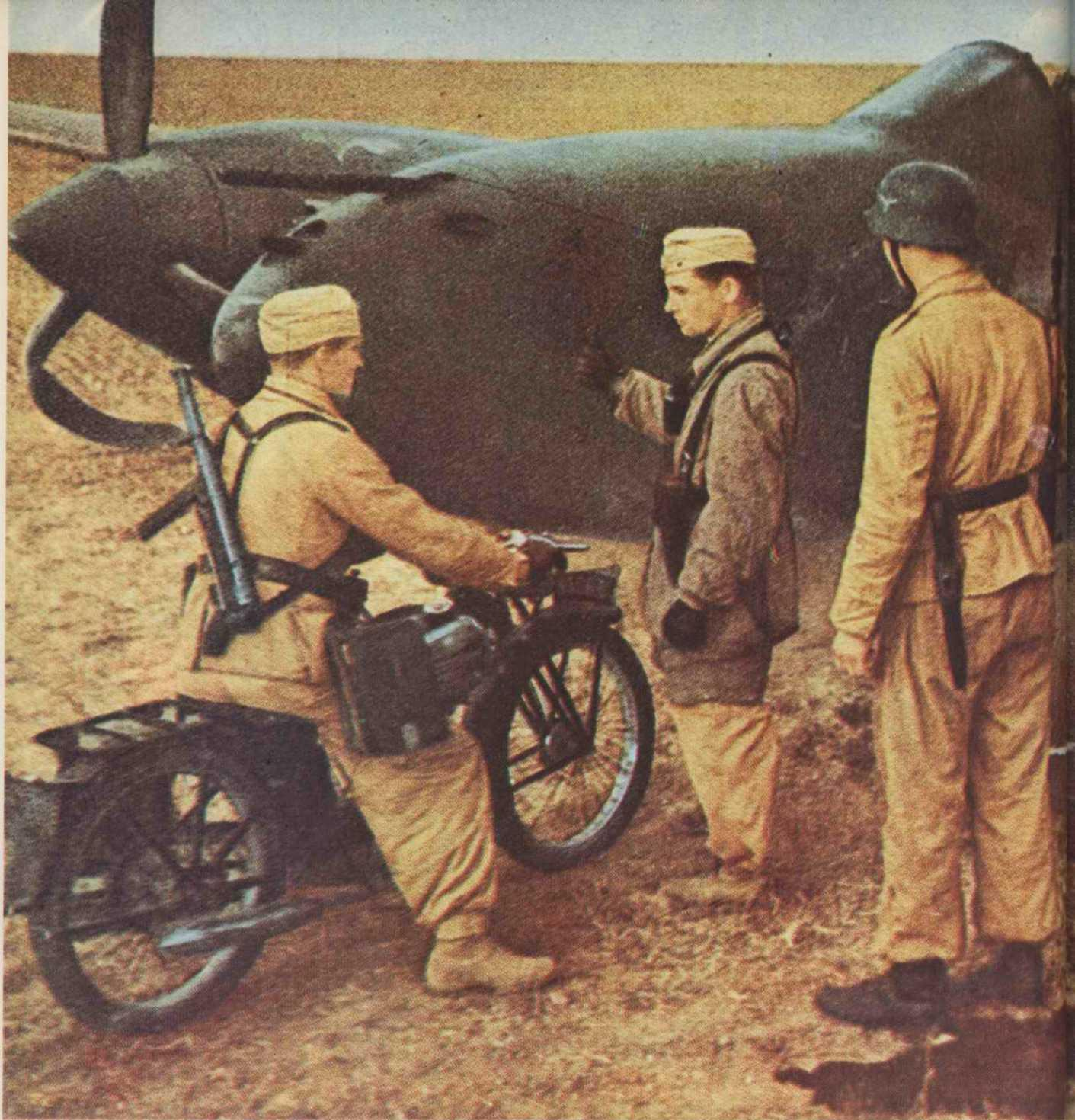
Bombardeo aéreo aliado sobre Cagliari.

18 de febrero

En Italia es llamada a las armas la quinta de 1925. El general Wilson es nombrado comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Oriente Medio. Goebbels declara en un discurso que Alemania está empeñada en una "guerra total".

18-19 de febrero

Bombardeo aéreo inglés sobre Wilhelmshaven.



cuando Rommel haya desplegado todo el ACIT (Ejército Acorazado Germanoitaliano) sobre la línea establecida. Esta línea es la del Mareth, la "pequeña Maginot africana", construida por los franceses en previsión de un ataque italiano desde Libia. No agrada ni a Messe ni a Rommel, porque ambos la consideran débil y fácilmente rodeable por el sur.

El ACIT deberá sostener el choque que antes o después le lanzará el VIII Ejército inglés, que ha continuado avanzando a lo largo de la costa de Africa septentrional. Messe dispone de estas fuerzas: 4 divisiones italianas de infantería (la "Trieste", la "Pistoia", la "Spezia" y la "Giovani Fascisti"); 2 divisiones de infantería alemana (la casi legendaria 90.ª ligera y la 164.ª); la 15.ª División acorazada alemana, el grupo sahariano, destacamentos exploradores, destacamentos de ingenieros y artillería; y de allí a poco, también la división italiana "Centauro".

Todas estas fuerzas forman el I Ejército. Más al norte, a las órdenes de Von Arnim, está desplegado el V Ejército alemán, en el que está encuadrado el XXX Cuerpo de Ejército italiano, a las órdenes del general Sogno, y que comprende la división "Superga", la 50.ª Brigada Especial y otras unidades menores. Estas fuerzas, en dirección a Argelia, se enfrentan con el I Ejército inglés, que comprende también el XIX Cuerpo de Ejército francés y el II Cuerpo de Ejército americano del general Fredendall.

Entre tanto, Rommel, demostrando no haber perdido ni la antigua audacia ni el espíritu de iniciativa, antes de que



Un P.38 "Lightning" americano derribado por los alemanes en Tunicia. Fue en el frente tunecino donde los americanos se enfrentaron por primera vez a alemanes e italianos.

Montgomery esté en disposición de atacar sus posiciones, lanza un golpe de sorpresa contra el sector americano en dirección oeste. Sabe bien que los americanos, aunque muy ricos en medios, carecen de experiencia de combate. La sorpresa táctica es completa. Los alemanes rompen por el Paso de Kasserine y persiguen a los americanos en fuga. Pero el prudente Von Arnim impide a Rommel continuar a fondo la persecución. Los alemanes se atrincheran y deben esperar el inevitable contraataque americano, que puntualmente se realiza en febrero y lleva a la reconquista de todas las posiciones perdidas. Las pérdidas americanas son, en verdad, relativamente graves: 192 muertos, 1.024 heridos, 2.450 prisioneros, centenares de carros de combate y de otros vehículos destruidos. En la desesperada batalla se han cubierto de honor los Bersaglieri del 7.º Regimiento, que han perdido también a su jefe, el coronel Bonfatti. Los americanos no perdonan a Fredendall haberse dejado sorprender tan incautamente, y lo sustituyen por un general que pronto se hará famoso, el emprendedor George Patton.

Pero también los germanoitalianos han sentido una necesidad: la de unificar el mando, y así Rommel es nombrado jefe del grupo de Ejércitos (V alemán y I italiano).

Entre tanto, el VIII Ejército inglés ha llegado a las proximidades de la línea de Mareth y se prepara a atacar. Una vez más, Rommel precede al enemigo. Con la "Operación Capri" trata de aniquilar a las fuerzas enemigas entre Medenine y la línea del Mareth, pero sabe bien que se trata de una tentativa. La operación comienza el 6 de marzo, pero al día siguiente parece ya claro que la posibilidad de éxito es nula esta vez. El ataque es suspendido, y el 19, Rommel vuelve a Alemania "con urgente necesidad de tratamiento". Le sucede Von Arnim, pero el cambio de guardia es mantenido secreto por razones psicológicas: Montgomery no lo sabrá hasta el final de la batalla de Tunisia. El 16 de marzo, a las 20,30, atacan a su vez los angloamericanos. Para los germanoitalianos es el principio del fin, distribuido en algunas grandes batallas.

Batalla de Mareth-El Hamma-El Guettar

El encargo de desarrollar la acción principal es confiado al VIII Ejército inglés. Montgomery trata de romper frontalmente por el sector del Guad Zigzau, pero falla, sobre todo por la dificultad del terreno. Otra tentativa es realizada para rodear al ejército de Messe y separarlo del V Ejército alemán, presionando sobre El Hamma con fuerzas mixtas (neozelandesas, francesas y americanas). La amenaza es repelida, pero con pérdidas muy graves. La posesión del sistema defensivo del Mareth no pasa a los aliados hasta que Von Arnim, el 26 de marzo, ordena a Messe replegarse sobre la línea del Guad Akarit, a unos quince kilómetros al norte de Gabés.

Las pérdidas de las fuerzas germanoitalianas son muy graves (cerca de 60 carros de combate, 16 batallones, 30

Para este grupo de comandos ingleses capturados por los alemanes en Tunicia y enviados hacia el centro de recogida, la guerra ha terminado por el momento.

baterías) y falta la posibilidad de reemplazos, porque ya la aviación aliada es dueña irrebatible del cielo y hunde gran parte de los suministros que atraviesan el Mediterráneo, además de bombardear y ametrallar las tropas en el frente y la retaguardia. Por un ametrallamiento aliado resulta muerto también el general Pizzolato, que mandaba la división "Spezia".

Batalla de Akarit

A las 23 horas del 6 de abril, 450 cañones de Montgomery abren el fuego a la vez. Montgomery dispone también de 500 carros, contra apenas 16 que quedan a la 15.ª División Acorazada alemana. El combate dura un solo día, pero es violentísimo y salvaje, como escribirá en sus memorias Montgomery. Los italianos, aun sufriendo nuevamente pérdidas muy graves, logran una vez más retrasar la fecha de la inevitable rendición. Pero se ven obligados a retroceder hasta 250 kilómetros, al sector que toma nombre por el punto fortificado de Enfidaville. Aquí —deciden— tendrá lugar la última batalla.

Los refuerzos recibidos por los italianos son absolutamente irrelevantes. Mucha mayor consistencia tienen los conseguidos por los alemanes. Su aviación de transporte consigue trasladar al sector del V Ejército a la división acorazada "Hermann Goering".

La batalla de Enfidaville tiene comienzo poco después de la de Akarit: el 19 de abril. También esta vez el mayor esfuerzo aliado se dirige contra las posiciones italianas, que, sin embargo, resisten tenazmente en torno al macizo de Garci y al punto de apoyo de Takruna. Pero las fuerzas atacantes aumentan de hora en hora.

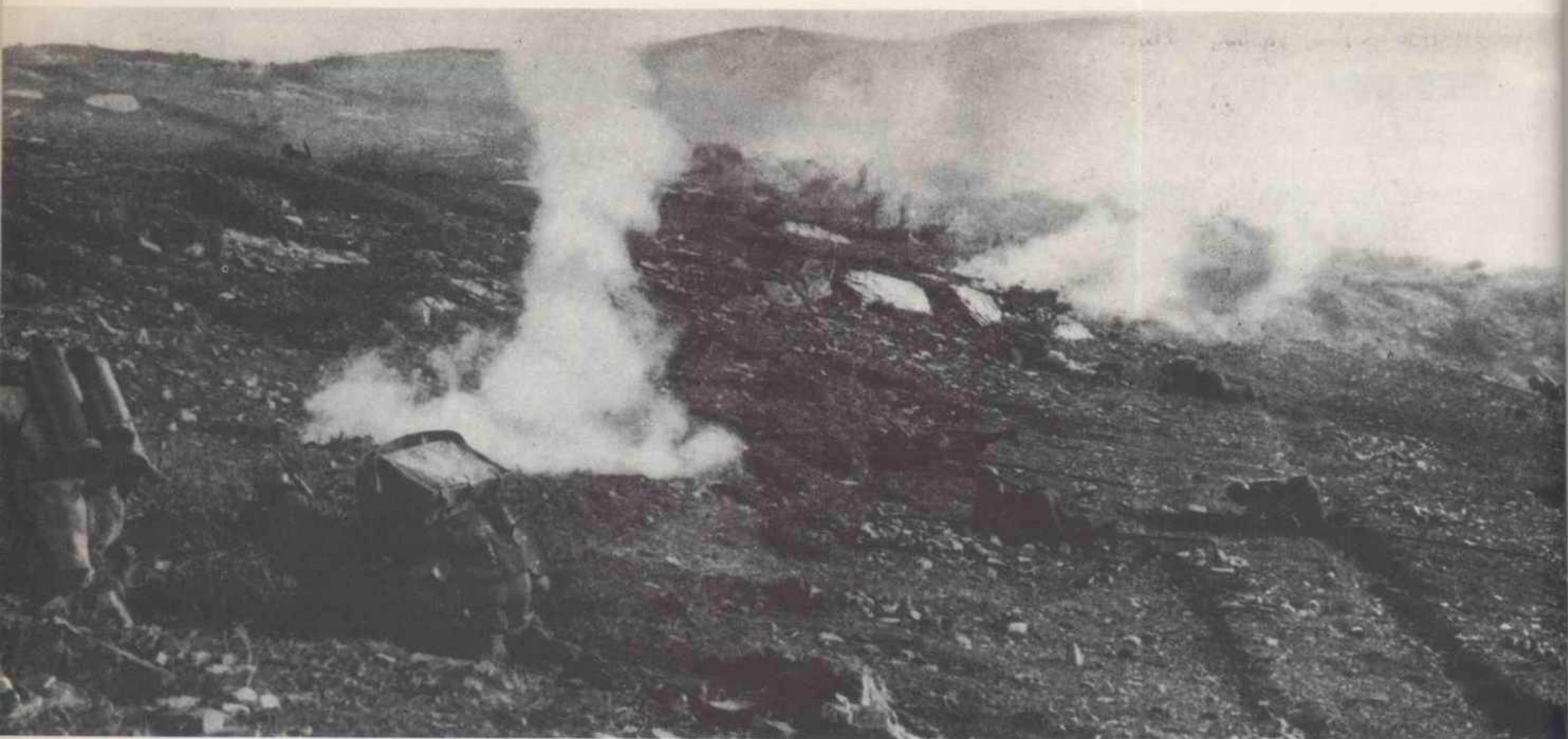


JEEP WILLYS



El ejército americano, en los años de la segunda guerra mundial, podía definirse seguramente como el ejército menos ortodoxo que existía. Esto era al menos por los cánones, ciertamente algo estrechos, con que los europeos, sin exclusión, se habían habituado a juzgar una organización militar. Los uniformes de aspecto ligeramente descuidado, la gran variedad, muchas veces cambiada en heterogeneidad, de los medios disponibles, el singular sentido de la camaradería que con frecuencia parecía saltarse los límites impuestos por la graduación militar; creaban en torno a este ejército, joven en comparación con otros, una innegable aura de interés. Pero pronto este interés era casi siempre seguido de temor por parte de todos aquellos, y eran mayoría, que finalmente se daban cuenta del posible potencial industrial del país que algunos habían creído poder aplastar con ciertas victorias iniciales. Este ejército, en su marcha a través de Europa, hizo conocer a la población con la que entró en contacto hábitos y modas de origen americano que en parte llevaba consigo: Coca-cola, "chewing-gum", "boogie-woogie". Pero no todos los productos americanos tenían un fin tan básicamente consumista. La industria mecánica, por ejemplo, volviéndose a las necesidades militares, había producido en gran número un pequeño vehículo para todo uso (General Purpose) que pronto sería el símbolo universalmente conocido de este ejército moderno y completamente mecanizado. Por la pronunciación de las iniciales G. P. el coche fue pronto llamado familiarmente Jeep. Se trataba de un vehículo adaptado a marchar sobre cualquier tipo de terreno, con todas las ruedas motrices, y peso poco superior a la tonelada. El motor, con cuatro cilindros en línea y de gasolina, lograba con 2.199 c. c. una potencia máxima de 54 HP. y era capaz de superar pendientes del 60 por 100. Su forma cuadrada, una vez que el parabrisas se abatía hacia adelante, le daba forma de una simpática caja sobre ruedas. Las marchas eran cuatro (tres más la marcha atrás, dotada de bloque de reducción). Privado de blindaje, el Jeep fue aprovechado inteligentemente utilizando en pleno sus dotes principales: agilidad, velocidad y autonomía. Así fue sucesivamente vehículo de reconocimiento, de transporte, ambulancia, puesto volante de mando y, en versiones especialmente adaptadas, elemento antiaéreo o anticarro, dando excelentes resultados en todos los frentes, del desierto a Rusia y al Pacífico. Adoptado por todos los servicios del ejército americano, y sucesivamente por todos los ejércitos aliados, el Jeep fue construido principalmente por la Willys Overland Motors Co. a partir de diciembre de 1941. Al final de la guerra habían sido fabricados más de 640.000 ejemplares. En contra de lo que sucedió con vehículos construidos exclusivamente para fines bélicos, la vida del Jeep no terminó con la guerra. Tuvo así una nueva existencia, sin duda mejor. Construido para la guerra, desde el 45 este vehículo fue, y sigue siendo todavía, utilizado en casi todo el mundo como medio corriente y pacífico de transporte.

longitud	3,36 m.
anchura	1,58 m.
altura	1,77 m. (con capota)
peso	1.377 kg.
motor	4 cil. en línea; 2.199 c. c. con 54 HP.
vel. máx.	105 km/h.
autonomía en carretera	483 km.
máx. pendiente superable	60°
vado	45 cm.



Las posiciones italianas detienen durante dos días a una división enemiga, contribuyendo al fracaso del plan de Montgomery para obtener la ruptura por Enfidaville.

El 30 de abril, Alexander indica a Montgomery que suspenda los ataques y traslada dos divisiones del VIII Ejército al I Ejército. Por consiguiente, la ofensiva viene confiada a este último. En realidad, Alexander ha decidido adoptar el criterio de la Blitzkrieg alemana volviéndolo contra sus creadores. En la noche del 6 de mayo comienza un gigantesco esfuerzo aliado sobre un frente de apenas tres kilómetros de largo en la región de Medjez-el-Bab. Primero 400 cañones destrozan las posiciones enemigas, y luego cuatro divisiones aliadas pasan al ataque: son la 4.ª División de infantería inglesa, la 4.ª india, y dos divisiones acorazadas. Tienen orden de romper el frente y abrir un paso para los carros de combate, sin preocuparse por liquidar las even-

Arriba, lucha en el Guad Akarit. Mientras se agota el asalto inglés, la infantería italiana se prepara a lanzar el contraataque.

A la derecha, algunos "Spitfire" ingleses, en una pista improvisada en el norte de Africa, se disponen a despegar para ametrallar a los alemanes e italianos atrapados en el cabo Bon.

tuales bolsas de resistencia. La aviación colabora con 2.500 vuelos de bombardeo y ametrallamiento. Frente a este infierno de fuego las fuerzas del Eje ceden, y el frente se quiebra. Por el hueco de Massicault irrumpen los carros y los coches blindados de la 7.ª División, que a las 16,30 del 7 de mayo ocupan Túnez. Casi a la misma hora las vanguardias americanas penetran en Bizerta.
Los italianos se han batido con valor en todas partes, mientras que no siempre los alemanes, especialmente los altos mandos, han estado a la altura de las tradiciones de Rommel y del "Afrika Korps". El general Shnarrenberg, responsable de la plaza de Túnez, por ejemplo, se ha "alejado" sin dejar disposiciones para la defensa. El general Gause, jefe de Estado Mayor de Von Arnim, marcha a Roma para discutir los planes de la defensa final y no regresa a Africa. Otro general, el famoso Bayerlein, aquejado súbitamente por un ataque de reumatismo, se ha embarcado pocos días antes de la batalla final.
Son síntomas elocuentes de una escasa voluntad de resistencia. Por lo demás, se sabe desde algún tiempo que los alemanes están concentrando en las costas de la península del Cabo Bon todas las embarcaciones disponibles en Tunisia. Esperan escapar en ellas a la gigantesca trampa. Muy pocos lo lograrán: menos de 700. Los otros se quedarán a la espera de la prisión o serán muertos por los bombardeos y los ametrallamientos de la "Operación Retribution" (Castigo) ordenada el 7 de mayo por el almirante Cunningham, jefe inglés del Mediterráneo.
Una vez caído el sector del V Ejército alemán, el I Ejército italiano de Messe está ya cercado. Pero continúa su resistencia hasta el límite, convencido de que cada día ganado retrasará la invasión de la patria. El I Ejército, hostigado ya también desde el este por las fuerzas de Montgomery, se encierra en un reducto sin trincheras, en una fortaleza sin fortificaciones, y resiste con su sola fuerza de voluntad. Messe hace saber a los ingleses que los italianos se rendirán sólo si les son concedidos honores militares. En la práctica rechaza la rendición incondicional. Pero llega una orden de Mussolini en persona: *"Cesad el combate. Es nombrado mariscal de Italia. Honor a usted y a sus valientes. Mussolini"*.
A las 12,30 del día siguiente, Messe anuncia, en un último mensaje, que ha cesado toda resistencia. El mismo día rinde también las armas Von Arnim. La campaña de Africa ha terminado. En conjunto ha costado a las fuerzas del Eje un millón de hombres entre muertos, heridos y prisioneros, 8.000 aviones, 6.200 cañones de diversos calibres y tipos, 2.500 carros de combate, 70.000 camiones y casi 2.500.000 toneladas de barcos de transporte. En la sola inútil batalla por Tunisia han sido derrochados 300.000 hombres, mientras que los aliados apenas han perdido 50.000.



DE WASHINGTON, URGENTE: «MATAD A YAMAMOTO»

La increíble historia de la muerte del jefe de la flota japonesa, cuyo avión fue derribado sobre la jungla de Bougainville, en las Salomón. Una acción montada en pocas horas de frenéticos preparativos.

Abril 17, 1943. Hora: 6,36.

En la base de Dutch Arbor, en las Aleutianas, un teletipo del "Centro de escucha del tráfico radiotelegráfico japonés" pulsa frenéticamente un despacho cifrado. El oficial de servicio echa un vistazo aburrido a la hoja y reconoce la contraseña del superacorazado "Yamato", buque insignia de la flota. Aunque esté cansado y piense ante todo en el inminente relevo, el oficial intuye que aquel despacho puede contener alguna cosa interesante. Todo lo que es transmitido desde el navío del almirante Yamamoto —comandante en jefe de la flota japonesa— reviste particular interés. Apenas calla el teletipo, el oficial arranca el mensaje y ordena retransmitirlo con prioridad absoluta al ministro de Marina en Washington y al mando del Pacífico en Pearl Harbor. El oficial ordena al operador: *"Escribe al comienzo esta advertencia: Préstese mucha atención al contenido de este mensaje".* Más tarde alguien preguntará al oficial qué le impulsó a obrar así, pero él contestará que no lo sabía. *"Fue algo... una sospecha... no sabría decir".*

Hora: 7,00.

En la base de Pearl Harbor un teletipo recoge el mensaje cifrado japonés y un operador lo entrega al comandante Edward Layton. Intrigado por la advertencia procedente de las Aleutianas, Layton ordena descifrar el texto. El comandante Edward Layton es el hombre que ha permitido al almirante Nimitz prepararse con tiempo a la batalla de Midway. Probablemente nadie mejor que él podría decir lo importante que es el conocimiento de la clave cifrada japonesa por parte de los americanos.

Sin demora, el texto del despacho es pasado a la Blackbox, la caja negra, un dispositivo preparado por la IBM para descifrar el código japonés, y luego es llevado a los traductores. Estos lo devuelven al comandante Layton. Este le da un rápido vistazo y luego lo mete en una carpeta. Después pide una entrevista urgente con el almirante. Efectivamente, ahora que ha sido aclarado, el mensaje procedente del "Yamato" ha resultado más que interesante. He aquí el texto:

"El viaje de inspección del comandante en jefe de la flota a Ballale, Shortland y Buin el 18 de abril tendrá este programa:

— a las 6,00 horas, salida de Rabaul en un bombardero medio con seis cazas de escolta;

— a las 8,00 horas, llegada a Ballale; salida inmediata hacia Shortland, para lo cual la base de Ballale deberá preparar una embarcación. A las 8,40 horas, llegada a Shortland;

— a las 9,45 horas, salida de Shortland hacia Ballale en un cazasubmarinos. Llegada a Ballale a las 10,30 horas. La base de Shortland deberá preparar el cazasubmarinos;

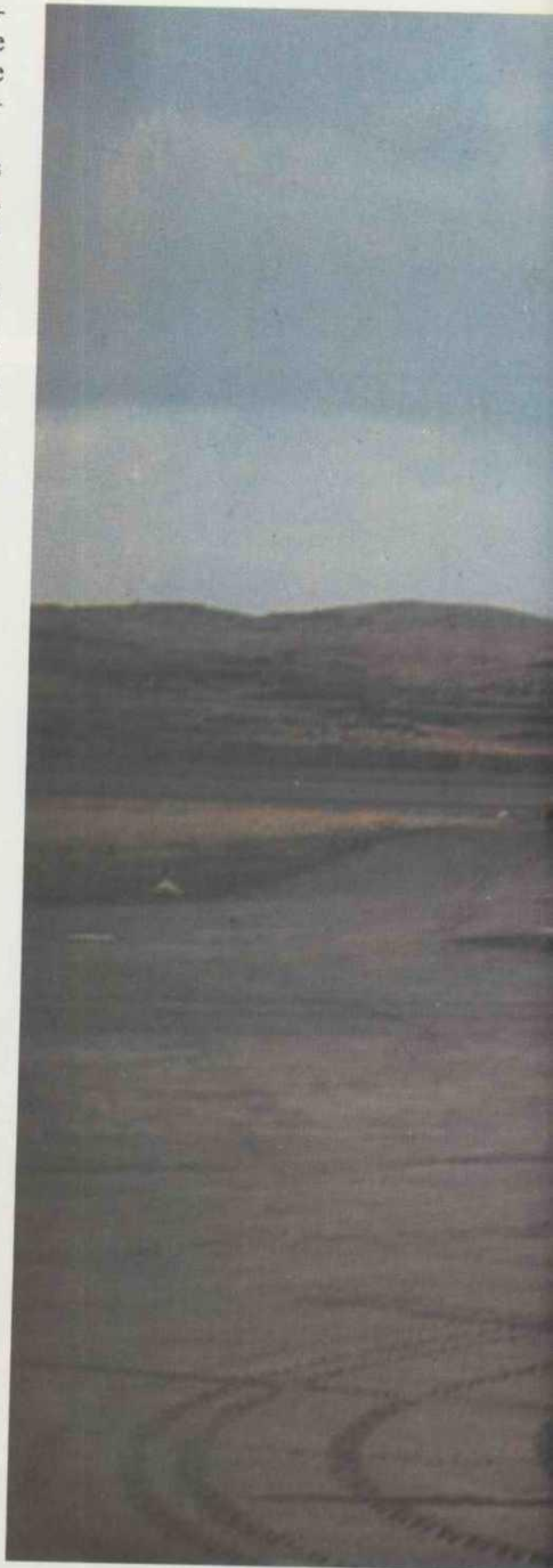
— a las 11,00 horas, salida de Ballale en un bombardero medio. Llegada a Buin a las 11,10 horas. Comida en el cuartel general de la base. Estarán presentes los oficiales veteranos de la escuadrilla 26;

— a las 14,00 horas, salida de Buin en bombardero medio. Vuelta a Ballale a las 15,40 horas;

— en caso de mal tiempo el viaje será retrasado un día".

Hora: 8,00.

El comandante Layton entrega al almirante Nimitz una carpeta que contiene el mensaje del "Yamato": *"Noticias de*



A la derecha, pista de aterrizaje de la base aérea americana de Dutch Harbor, en las islas Aleutianas, donde se encontraba el centro de escucha que captó el mensaje del superacorazado "Yamato".

nuestro viejo amigo Yamamoto, almirante". Nimitz lee atentamente el mensaje y luego mira a Layton: *"¿Qué me dice, Ed? ¿Vamos a por él?".* Layton contesta: *"No he tenido mucho tiempo para pensarlo, pero no hay duda de que Yamamoto tiene gran importancia para las fuerzas armadas niponas. Ya conocemos bien a los japoneses. Apostaría a que la muerte de Yamamoto les dejaría bastante deprimidos".*
El almirante Nimitz convoca una reunión urgente de su Estado Mayor. Hora: 8,30.

No habrá contraorden

En el superacorazado japonés "Yamato" el vicealmirante Matome Ugaki anuncia a Yamamoto que todas las instrucciones han sido cursadas. Si no hay contraorden, el almirante podrá realizar al día siguiente la inspección prevista. Yamamoto mira por la portilla de su camarote hacia la rada de la base de Rabaul. Potentes naves de guerra brillan bajo el sol. Pregunta: *"¿Cuáles son las previsiones de tiempo?".* Ugaki tranquiliza al comandante en jefe: *"Tiempo excelente sobre las Salomón, señor". "No habrá contraorden".*
Ugaki expresamente no había tenido dudas. Yamamoto estaba decidido a realizar el viaje de inspección y nada ni nadie le habría detenido. Varias veces el Estado Mayor del comandante en jefe ha tratado de hacer modificar el plan, pero en vano. Yamamoto concede una importancia fundamental a su inspección.



UN LIBRO DE POLITICA-FICCION LE SUGIRIO EL ATAQUE A PEARL HARBOR

Para los americanos el primer responsable del ataque a Pearl Harbor había sido Isoroku Yamamoto, al que correspondía el principal mérito de haber dotado al Japón de una flota moderna y de haber realizado el plan. En realidad Yamamoto era el único gran estratega del que disponía el Japón, y quienes decidieron atacar por sorpresa su avión a fin de eliminarlo, acertaron en el blanco. Los sucesores de Yamamoto, en realidad, no dieron prueba alguna de originalidad estratégica. En cuanto a originalidad, sin embargo, mucha de la fama de Yamamoto parece al menos usurpada en parte, porque la primera idea de lanzarse a una guerra contra los Estados Unidos con un ataque improvisado e imprevisto contra la base de Pearl Harbor la tomó de un libro de política-ficción... Naturalmente esto resta poco a la estatura militar de este almirante que logró mantener la lucidez y la frialdad de juicio aun en los momentos más excitantes, cuando nadie en su país parecía tenerlas. Había nacido en 1884 y había llegado a tiempo para participar como oficial en la mayor victoria de la moderna marina nipona, la de Tsushima —en 1905—, en el curso de la cual los japoneses mandados por el almirante Togo hundieron toda la flota rusa del Báltico a las órdenes del desventurado almirante Rozestvensky. Como sucedió con todos los que participaron en la gran batalla, Yamamoto no olvidó nunca aquel día y vivió pensando en el momento en que otras batallas como aquella darían al Japón el dominio sobre el Extremo Oriente. Poco después de la Gran Guerra, Isoroku Yamamoto fue nombrado agregado naval en Washington, donde permaneció cinco años. Profundo conocedor del país, en el que ya había estado antes como estudiante de la Universidad de Harvard, Yamamoto aprovechó aquel período de incubación, del que volvió con la profunda convicción de que los japoneses no conseguirían nunca vencer la potencia americana. Al volver a la patria apoyó la modernización de la flota y la construcción de portaviones, así como un más eficaz entrenamiento de los hombres. Para llegar más fácilmente a sus fines, aceptó también cargos políticos, como el de subsecretario de Marina. Aunque el Japón construyera rápidamente poderosos portaviones y gigantescos superacorazados, y aunque sus hombres fueran gradualmente adiestrados como los de la marina inglesa y americana, Yamamoto siguió siendo escéptico sobre la real posibilidad de victoria del Japón. Y no dudó en decirlo abiertamente varias veces, a fin de volver a los belicistas a la realidad. En parte fue para salvarle la vida por lo que en 1940 Konoye le nombró comandante en jefe de las flotas reunidas y le hizo embarcarse. Habían llegado varias noticias de que los belicistas querían matarle. Ni siquiera el nuevo cargo le hizo rectificar sus ideas, y cuando el primer ministro le preguntó qué posibilidades de victoria tendría el Japón si atacara a los Estados Unidos, Yamamoto respondió: "En un primer momento tendremos grandes éxitos. Este periodo podría durar un año o incluso más. Pero no estoy nada seguro de cómo acabarán las cosas". *A esa primera fase victoriosa cooperó con el plan de Pearl Harbor, un plan que le había sido inspirado por un libro. En 1925, mientras era agregado naval en Washington, la "New York Times Book Review" reseñó en primera página un volumen de política-ficción escrito por un periodista inglés, Hector C. Bywater, titulado "The Great Pacific War" (La gran guerra del Pacífico). En el libro se escribía un imaginario conflicto entre americanos y japoneses que comenzaba con un ataque aeronaval contra Pearl Harbor y con una serie de desembarcos en las Filipinas, en Guam y así. El artículo de la revista literaria de Nueva York tenía este título:* "Estalla la guerra en el Pacifico". *Yamamoto lo leyó por deber profesional, y no sólo leyó después el libro, sino que recomendó su lectura a todos los oficiales de Marina de su país. Su consejo fue seguido a la letra. El libro fue traducido y distribuido entre los oficiales de marina, y la Academia Naval japonesa lo adaptó como texto. Corresponde a Yamamoto, evidentemente, el mérito de haber llevado a la práctica la brillante intuición del periodista inglés, así como es justo señalar la "distracción" de la marina americana al no haber comprendido la lección. Por otra parte, Yamamoto no quedó satisfecho por el resultado del ataque, porque comprendió en seguida que no haber hundido a los portaviones disminuía notablemente la importancia del golpe asestado a los americanos.*
Esto le indujo a provocar la batalla de Midway, cuyo resultado le fue desfavorable. Cuando murió tenía casi sesenta años, la edad de su padre cuando él vino al mundo. Por esta razón le habían puesto un nombre tan singular como fatal: "Isoroku", que en japonés significa precisamente sesenta.

El hecho es que Yamamoto intenta lanzar una gran ofensiva en todo el Pacífico-Sur a fin de impedir que tomen la iniciativa los americanos, más atrevidos desde la conquista de Guadalcanal. Precisamente en el momento en que autorizaba el abandono de Guadalcanal, Isoroku Yamamoto había elaborado un plan de la que había sido designada con el nombre convencional de "Operación A": una gigantesca ofensiva aérea que, en el curso de un par de semanas, habría puesto en dificultades las bases aéreas y navales americanas en Nueva Guinea y en las Salomón. No había sido fácil para el alto mando japonés hacer convergir en la zona del Pacífico-Sur algunos centenares de aviones destinados a la "Operación A". Pero Yamamoto se había mantenido firme. No sólo había destinado todos los aviones disponibles, sino que había lanzado a la ofensiva también los aparatos de los portaviones.

Al almirante Ozawa, que ha tratado de oponerse, el comandante en jefe ha explicado secamente que los pilotos de los portaviones tienen un entrenamiento mejor que el de los aviones con base en tierra. Por otra parte, Yamamoto está convencido de que, sólo mostrándose decididamente agresivos, los japoneses pueden esperar convencer a los americanos de que mantengan una estrategia más prudente.

Meticuloso hasta el exceso, preciso, prudente, Yamamoto sabe que no puede fiarse de la facilonería de los mandos subalternos, y por esto ha decidido realizar una rapidísima inspección por las tres bases aéreas de las islas Salomón: Ballale, Shortland y Buin. Su visita dará a las tripulaciones el necesario entusiasmo, y hará comprender a los comandantes la importancia de la "Operación A".

Desgraciadamente, como siempre acontece con los militares, es impensable que una inspección pueda hacerse en secreto y sin aviso previo. Así que el Estado Mayor de Yamamoto considera indispensable organizar minuciosamente la visita para que el jefe pueda ser recibido como se debe. Por ejemplo, cerca del muelle de Ballale, empotrado a medias en la arena, se encontraba el fuselaje de un hidroavión japonés. Entonces se dio en seguida la orden de quitar los restos del avión de la vista del almirante, que pasaría rápidamente por el muelle. Una serie de disposiciones de este género fueron cursadas, y al final, como se ha indicado, se creyó incluso indispensable concretar en un mensaje final el programa de la inspección. Era lógico que uno de los despachos llamara la atención de los americanos.

Ugaki sabe bien que todo intento de convencer al almirante de que renuncie a la inspección está destinado al fracaso, pero hace una última prueba, porque teme que el viaje en avión sea demasiado peligroso. *"En todo caso* —dice—, *hay un barco dispuesto a partir si el almirante lo prefiere"*. Yamamoto sigue mirando por la portilla y prefiere no responder.

Hora: 10,00.

En Pearl Harbor, Nimitz presenta a su Estado Mayor una consulta: ¿Vale la pena hacer la tentativa de derribar el avión que mañana llevará a Yamamoto a algunas bases de las islas Salomón? No falta quien se declare escéptico sobre la posibilidad de interceptar un avión en una cita imposible e hipotética, pero Nimitz pone el acento sobre el problema de fondo: ¿Es verdaderamente tan importante Yamamoto para el enemigo? Todos los presentes responden que sí. El almirante insiste: ¿Y si para sustituir a Yamamoto los japoneses encontraran un estratega mejor que él? Todos excluyen unánimemente una tal posibilidad; tan grande es el respeto por el genio militar del jefe del campo enemigo. Al final de la reunión, Nimitz concluye: *"Si existe un modo de derribar ese avión, Bill Halsey lo encontrará. Avisadle que prepare un plan. Apenas se pueda, le haremos saber algo más"*.

William Halsey, uno de los protagonistas de la batalla de Midway, es el comandante de la flota americana en el Pacífico-Sur. Si se ha de llevar a cabo el ataque, tendrá la responsabilidad de la operación. Sin embargo, Nimitz sabe bien que el permiso para una acción como ésta debe venir de mucho más arriba.

Hora: 11,00.

Discusión en el Pentágono

En el Pentágono, en Washington, el coronel de Marines Alva B. Lasswell acaba de terminar de copiar personalmente a máquina la traducción descifrada del mensaje procedente del "Yamato" y retransmitido por el centro de interceptación de las Aleutianas. Lasswell es un veterano que ha vivido muchos años en Tokio. Se ha dado cuenta de la gravedad del mensaje y no se lo ha dado a leer a nadie. No es la primera vez que se encuentra ante secretos delicados. Por sus manos pasan

Febrero 1943

20 de febrero

Intenso bombardeo aéreo aliado sobre Nápoles. Numerosas víctimas entre la población civil.

25-26 de febrero

Bombardeo de Nuremberg.

26 de febrero

Incursión aérea aliada sobre Cagliari.

26-27 de febrero

Bombardeo de Colonia.

28 de febrero

Nueva incursión aérea sobre Cagliari. Graves pérdidas entre la población civil.

Marzo 1943

1-31 de marzo

Hundidos 105 mercantes aliados por submarinos alemanes en el Atlántico, el océano Artico, el océano Indico y el Mediterráneo.

1 de marzo

Entra en vigor en Italia la ordenación sobre el trabajo obligatorio de las mujeres.

1-2 de marzo

Intenso bombardeo aéreo inglés sobre Berlín. Numerosos muertos entre la población civil.

2 de marzo

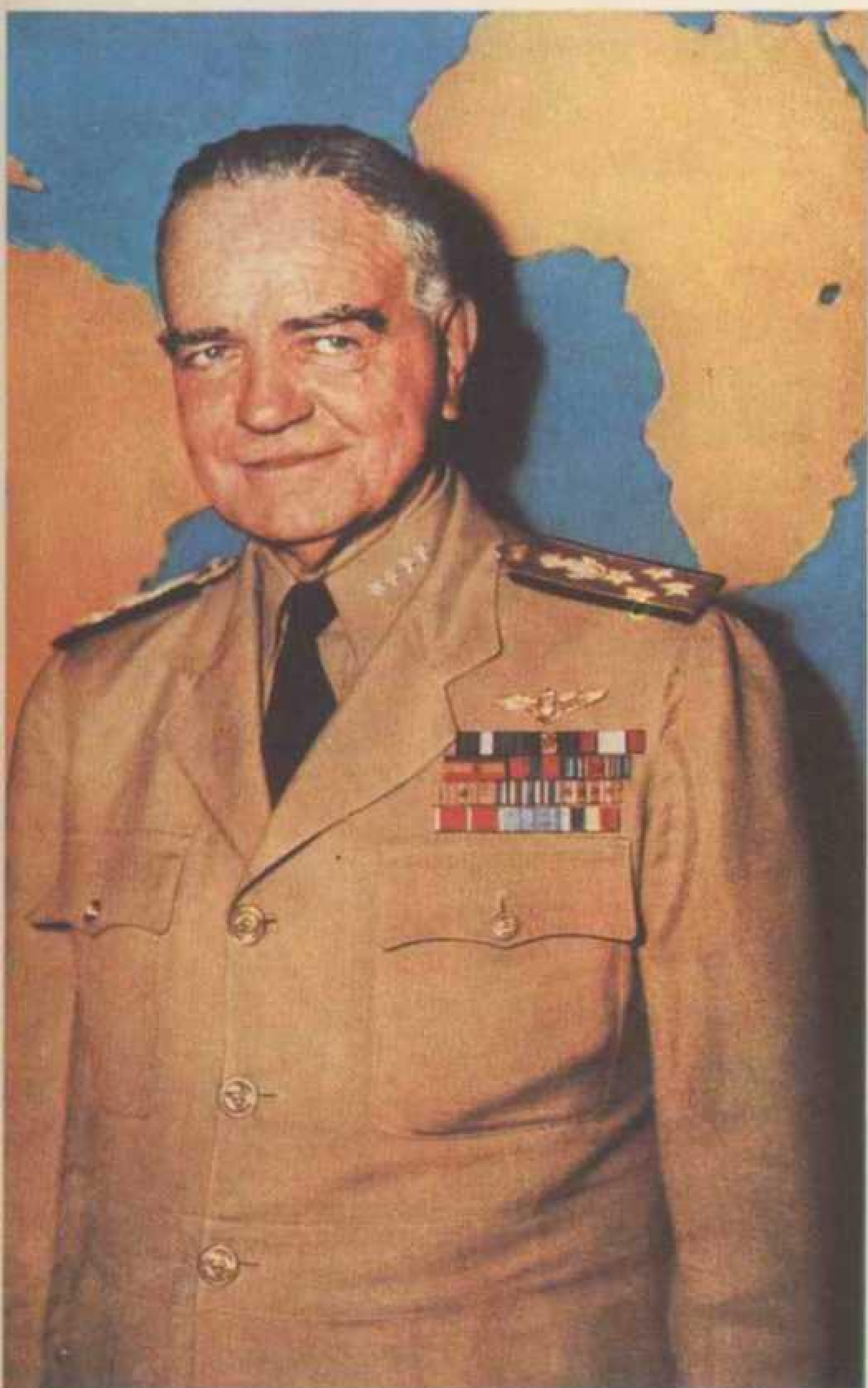
Las tropas alemanas intentan una contraofensiva y conquistan Slaviansk y Bogorodichno.

3 de marzo

Cerca del archipiélago de las Bismarck, la flota americana aniquila un convoy japonés dirigido a Nueva Guinea.

3-4 de marzo

Ataque aéreo inglés sobre Hamburgo. Los bombarderos alemanes atacan Londres.



El almirante americano William F. Halsey, que recibió de Nimitz la orden de derribar el avión de Yamamoto.

En la página siguiente, el almirante Isoroku Yamamoto, considerado con razón el estratega más brillante del Japón, era en realidad opuesto a la guerra con los Estados Unidos.

siempre los mensajes cifrados japoneses.
El coronel no está muy satisfecho con su trabajo de mecanografía, pero prefiere no perder el tiempo copiándolo de nuevo. Mete el folio en una carpeta sobre la cual hay estampado un vistoso "Top Secret", y la pone sobre la mesa del ministro de Marina, Frank Knox.
Pocos minutos después, Knox lee el despacho y convoca a sus más próximos colaboradores, entre los cuales está el vencedor del Atlántico, Charles Lindbergh. Se enciende una apasionada discusión de carácter técnico. ¿Es capaz la aviación americana de realizar un vuelo tan largo para salir al encuentro de Yamamoto? Lindbergh sostiene que el P.38 "Lightning", de la Lockheed, posee bastante autonomía para poder efectuar la incursión; otros opinan que no. Se piden informaciones directamente a los expertos de la Lockheed para no alarmar a nadie en el Ministerio. La respuesta es ésta: es posible acoplar bajo las alas del P.38 depósitos suplementarios de combustible para aumentar notablemente su autonomía.
Nadie parece plantearse el problema moral que preocupa al ministro Knox: ¿Entra verdaderamente en las crueles leyes de guerra el asesinato de un hombre concreto? Ninguno de los presentes parece dar peso a este problema, y Knox autoriza la preparación del plan, reservándose dar permiso a la operación hasta que haya consultado con el presidente Roosevelt.
Hora: 13,00.
Nimitz, en Pearl Harbor, recibe el O. K. de Knox desde Washington y lo retransmite a Halsey. Este hace enviar dos fonogramas con prioridad absoluta: uno al jefe de la aviación americana en Australia, general Kenney, y el otro al jefe de la base aérea de Guadalcanal, comandante Mitchell. Kenney recibe orden de enviar en seguida a Guadalcanal un cierto número de depósitos suplementarios; Mitchell es encargado de derribar, al día siguiente por la mañana, el avión de Yamamoto. Se trata probablemente de la acción militar más rápidamente decidida de toda la guerra, considerando la notable complejidad con que se presentó a Mitchell y a sus pilotos.
Hora: 17,00.
Base aérea Henderson Field, de Guadalcanal. El comandante Mitchell acaba de leer a sus pilotos de caza las órdenes recibidas: se les pide que alcancen un punto indeterminado del cielo en la isla de Bougainville a las 9,30 de la siguiente mañana y que derriben el bombardero medio japonés que verán pasar escoltado por seis "Zeros". Tanto el comandante como sus hombres han sido informados sobre el carácter de la misión que se les ha confiado y sobre el pasajero que viajará en el bombardero. Lo que deja perplejos a los hombres es la posibilidad de éxito. Casi todos los pilotos mueven la cabeza ante el optimismo de Mitchell, que suponen forzado. ¿Cómo puede ser razonablemente posible llegar puntuales a una cita que no ha sido acordada, en un punto del cielo que no ha sido fijado con exactitud? Mitchell corta rápido: el avión enemigo partirá de Rabaul para llegar a Ballale a determinada hora; no es difícil establecer a qué velocidad volará y dónde se encontrará, en la ruta más lógica, a determinada hora. De una cosa sí está cierto: Yamamoto es puntualísimo. Se despliega sobre la mesa un gran mapa en el que destacan Nueva Irlanda, Nueva Bretaña, Nueva Georgia, las Salomón y el mar del Coral. Los pilotos conocen el mapa como la palma de la mano. Desde hace unos meses, desde que la base de Henderson Field ha entrado en servicio, han sobrevolado la espesa jungla de las islas esparcidas por aquel remoto rincón del océano Pacífico: Malaita, Santa Isabel, Choiseul, Shortland, Bougainville... Se trazan líneas, se miden rutas, se consultan reglas de cálculo, se ajusta el goniómetro... No será fácil derribar el aparato, pero si es posible hacerlo lo harán los hombres de Mitchell.
Sobre el umbral del barracón, el comandante Mitchell vuelve a convocar a sus hombres, que retroceden y se le acercan:
"Recordad, muchachos. Está prohibido hablar con quien sea de esta misión. Lo mismo si sale bien que si sale mal, guardároslo dentro. Es una orden que viene de arriba".

La opinión del presidente

Hora: 19,00.
En Washington, el secretario de Marina Frank Knox es pasado al Salón Oval de la Casa Blanca, donde trabaja el presidente Franklin Delano Roosevelt. El presidente está visiblemente cansado, pero saluda cordialmente al ministro, del que es amigo de hace tiempo. Knox se sienta frente a la mesa, en la cómoda butaca libre junto al diván, y hace un gesto de saludo con la cabeza hacia Hopkins, asesor presidencial. *"Hola, Harry. Siento haberos interrumpido"*. Contesta Roosevelt: *"Parece que hay algo urgente y que no te fías del teléfono... Debe de ser algo gordo"*.
Knox explica que desde la mañana le está atormentando un escrúpulo. Los Estados Unidos tienen la posibilidad de matar al almirante Yamamoto, el genio japonés de la guerra. Tal posibilidad les ha sido ofrecida por el conocimiento de la clave cifrada del enemigo. A la mañana siguiente una escuadrilla de aviones de caza podría tender una emboscada al aparato del comandante en jefe nipón y derribarlo con un poco de suerte. Han sido cursadas todas las órdenes y sólo falta el permiso definitivo. Nimitz, Halsey y los otros parecen favorables al golpe, pero se precisa una

decisión política. Acaso se trate de asesinato, probablemente hay riesgo de hacer dudar a los japoneses de la seguridad de sus claves, quizá hay peligro de que Yamamoto sea sustituido por otro más eficiente que él... ¿Qué hacer?

Roosevelt no parece especialmente impresionado por la revelación de Knox, y se limita a plantear algunas preguntas aclaratorias. ¿Hace cuánto tiempo que se ha sabido el vuelo de Yamamoto? ¿De dónde saldrán los cazas destinados a derribarlo? Otras preguntas hace también Hopkins. Evidentemente la originalidad de la operación excita la fantasía de los dos hombres. Knox explica que no quiere verse solo llevando el peso de tal decisión, pero el presidente no comparte su aprensión. En año y medio de guerra se ha visto obligado a asumir responsabilidades bastante más graves que ésta...

Lo mejor que se puede hacer, dice el presidente, es considerar esta misión lo mismo que otras mil que todos los días se realizan en todos los frentes, desde el Pacífico hasta Africa del Norte, desde el ruso al europeo.

Hora: 20,00.

Del Pentágono parte un mensaje cifrado para el almirante Nimitz, en Pearl Harbor. La misión está confirmada. El mensaje termina con estas palabras: "*¡Buena suerte y buena caza!*" En seguida es informado Halsey, y poco después un lacónico mensaje —una sola palabra convenida— confirma al comandante Mitchell, en Guadalcanal, que a la mañana siguiente deberá llevar a sus hombres al cielo de Bougainville para tender una emboscada a un bombardero nipón escoltado por seis cazas tipo "Zero".

Dos poesías autógrafas

Hora: 21,00.

Cuatro bombarderos B.24 "Liberator" aterrizan en la pista de Henderson Field, en la isla de Guadalcanal. Han realizado un vuelo de dos horas y media y proceden del aeródromo de Milne Bay, en Nueva Guinea. Por orden concreta del general Kenney llevan grandes depósitos suplementarios para acoplarlos bajo las alas de los P.38 "Lightning".

El comandante Mitchell echa una mirada al material y ordena a los técnicos de la base que se pongan al trabajo. *"Que alguno avise al cocinero que prepare mucho café. Esta noche muy pocos podrán dormir".* Mientras los mecánicos empiezan su tarea, Mitchell echa sus cuentas: hay suficiente material para equipar dieciocho cazas, y esto le permite destinar seis aparatos al ataque concreto y otros doce a la escolta.

Abril 18, 1943. Hora: 5,00.

Los mecánicos de la base de Guadalcanal terminan su trabajo y empiezan a llenar de combustible los depósitos recién montados. Los dieciocho cazas están alineados en la pista mientras los pilotos siguen todavía reunidos en el barracón de mando junto con el comandante Mitchell para las últimas consignas. A pesar de la impasibilidad que aparentan, los hombres están muy emocionados. Se preparan a realizar el vuelo más largo que jamás han efectuado.

Hora: 6,00.

La madrugada del 18 de abril es límpida, aunque un poco húmeda, en la base japonesa de Rabaul. Puntual como una guía de ferrocarriles, el almirante Yamamoto baja del coche y se acerca a uno de los dos "Mitsubishi" preparados sobre la pista. El comandante en jefe viste uniforme verde de campaña, porque ha seguido el consejo de su ayudante. Personalmente habría preferido ir de uniforme blanco, pero la prudencia ha sugerido escoger éste, menos vistoso. La partida del almirante sucede sin ceremonia, aunque no care-



Marzo 1943

5 de marzo

Los obreros de la FIAT de Turín entran en huelga. Rommel deja Tunisia y es sustituido por el general Von Arnim.

5-6 de marzo

Intensísimo ataque aéreo inglés sobre Essen.

7 de marzo

En el frente ruso las tropas alemanas pasan a la ofensiva, avanzando a la conquista de Jarkov y de Belgorod.

7 de marzo

El Soviet Supremo nombra a Stalin "Mariscal de la Unión Soviética".

8-9 de marzo

Bombardeo aéreo inglés sobre Nuremberg.

9-10 de marzo

Bombardeo de Munich.

11-12 de marzo

El bombardeo de Stuttgart causa numerosas víctimas entre la población civil.

12 de marzo

Las tropas alemanas abandonan Viasma. Bombardeo de Cagliari.

12-13 de marzo

Incursión aérea inglesa sobre Essen.

13 de marzo

Fracasa un atentado contra Hitler preparado por el general Treschkow.

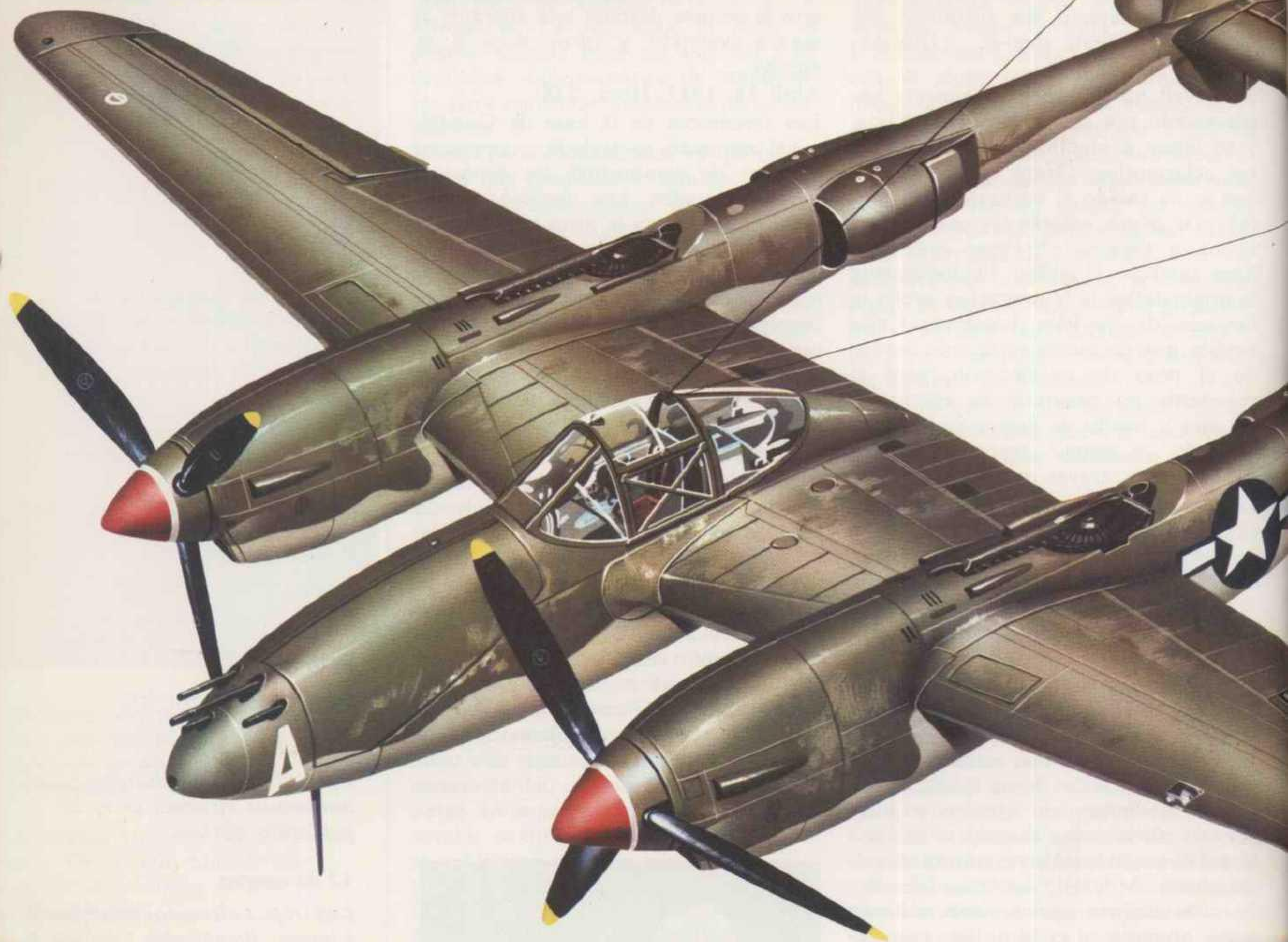
16 de marzo

En el norte de Africa el VIII Ejército británico pasa a la ofensiva contra la línea del Mareth, ocupada por el I Ejército italiano del general Messe.

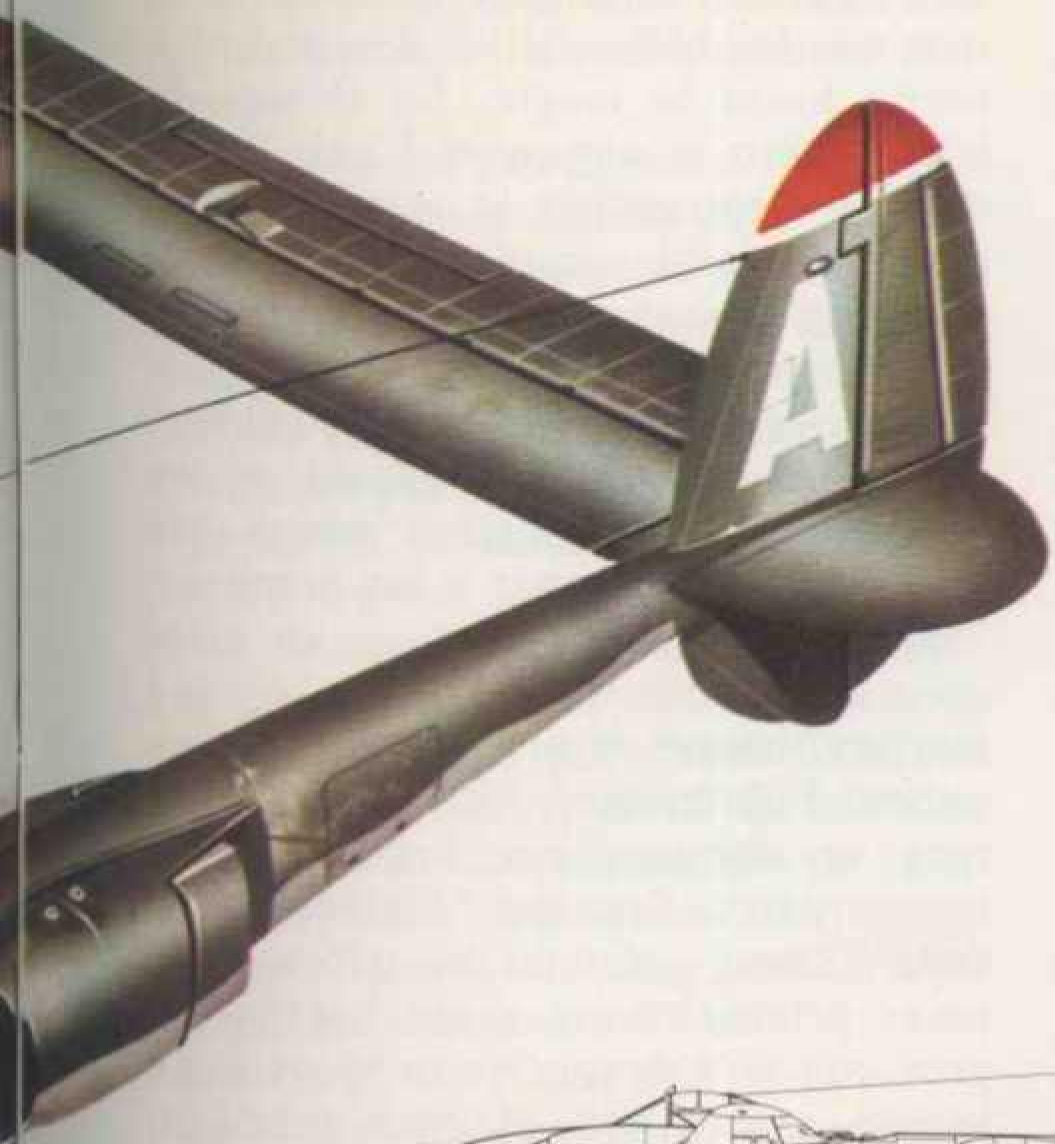
21 de marzo

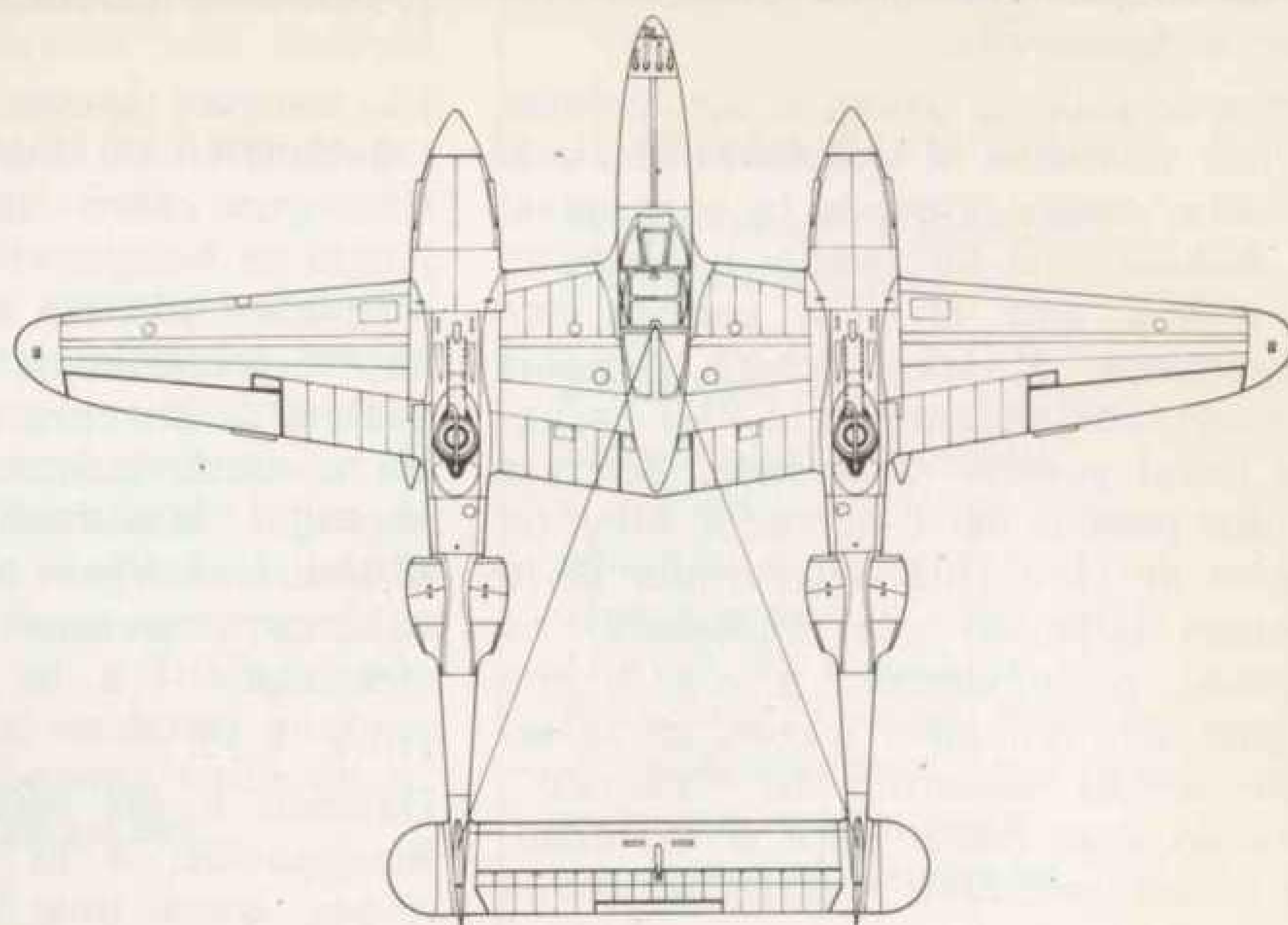
Las tropas alemanas pasan a la ofensiva en el frente de Kursk y reconquistan Belgorod.

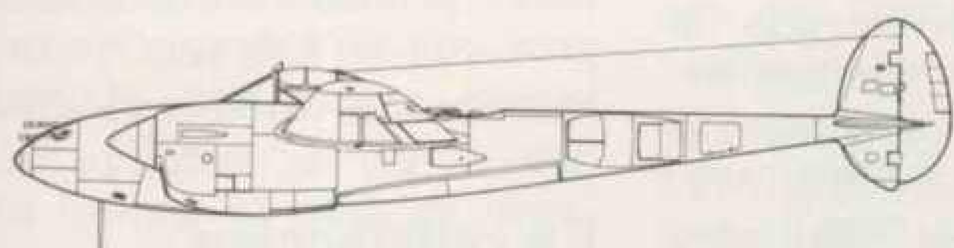
LOCKHEED P-38 "LIGHTNING"

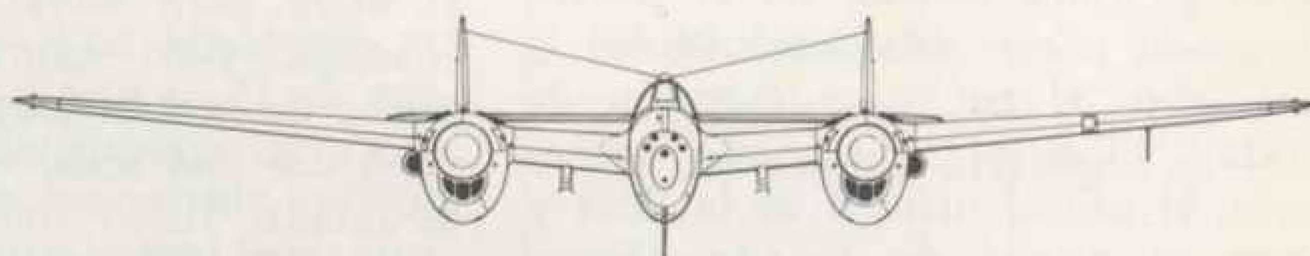


	XP-38	P-38 F	P-38 H
Proyectista	Equipo técnico dirigido por H. L. Hibbard y C. L. Johnson		
Primer vuelo	27 de enero 1939		
Envergadura	15,85 m.	15,85 m.	15,85 m.
Superficie de planos	30,43 m²	30,43 m²	30,43 m²
Longitud	11,53 m.	11,53 m.	11,53 m.
Altura	3,91 m.	3,00 m.	3,00 m.
Peso a plena carga/vacío	6.993 kg./5.220	8.165/5.563	9.028/5.615
Carga útil/Tripulación	1.773 kg./1	2.602/1	3.593/1
Motores	Allison V-1710-11 de 1.150 HP. cada uno	Allison V-1710-49 de 1.325 HP. cada uno	Allison V-1710-89 de 1.425 HP. cada uno
Tiempo de subida a 6.096 m.	6' 30"	8' 48"	8' 30"
Velocidad máx.	665 km/h.	636	647
Gota de tangencia	11.582 m.	11.887 m.	11.887 m.
Armamento defensivo	4 am. de 12,7 1 cañ. de 23 mm.	4 am. de 12,7 1 cañ. de 20 mm.	4 am. de 12,7 1 cañ. de 20 mm.
Armamento de caída	–	908 kg. de bombas	1.816 kg. de bombas
Autonomía normal/con depósitos suplementarios	–	684 km./3.098 km.	483/3.862











Los dos motores del bombardero "Mitsubishi" G4M2 zumbaban regularmente aquella mañana de abril de 1943. A los mandos un experto veterano pilotaba el avión con particular atención. Sabía que tenía a bordo un pasajero de excepción, el almirante Yamamoto, que se dirigía a realizar un viaje de inspección por algunas bases. Hasta aquel momento el vuelo había sido tranquilo. La escolta de Zeros parecía garantizar la seguridad del ilustre pasajero contra cualquier peligro, cuando inesperadamente seis extrañas siluetas se destacaron netamente en el cielo. No sabemos si el piloto de Yamamoto tuvo tiempo de verlas, pero si lo logró comprendió inmediatamente a qué correspondían, por ser tan características. Los cazas de escolta se lanzaron inmediatamente contra los agresores, pero ni el excelente "Zero" podía mucho contra los P-38 "Lightning" (relámpago) que los estaban atacando. Maniobrando desesperadamente lograron derribar uno, pero esto no impidió a los demás llevar a cabo su misión: matar al más famoso estratega del Japón. Pero, ¿cuál era este avión y por qué había sido precisamente elegido para esta particular misión de ejecutor? La historia del P-38 comienza en 1936, cuando el US Army Air Corps, la aviación del ejército americano, había pedido a la industria aeronáutica un caza de prestaciones extraordinarias. Entre éstas, por ejemplo, una velocidad máxima no inferior a 580 km./h. Si se piensa que las del "Spitfire" y del "Me" 109, los dos mejores cazas del momento, eran, respectivamente, de 571 y 550 km./h., era como para desanimarse, y así hicieron todas las empresas solicitadas excepto la Lockheed, que comenzó a examinar todas las posibilidades, aun las menos ortodoxas, para poder resolver el problema. Entre tanto, para empezar se decidió dotar al avión de dos grupos propulsores, dos enormes "Allison" V-1710 de 1.150 HP. cada uno. Naturalmente, surgió el problema constructivo del fuselaje, que se resolvió renunciando a él y prolongando detrás de los motores una doble cola que luego era unida por un largo estabilizador horizontal, rematando el conjunto. El piloto se situaba, junto con la rueda delantera de aterrizaje y el armamento, en una celda fuertemente acorazada situada en el centro del ala. El armamento comprendía cuatro ametralladoras de 12,7 y un cañón ligero, inicialmente de 23 y luego de 20, instalado todo sobre el morro. Por consiguiente, la concentración de fuego era impresionante. Sin embargo, aunque el avión era fruto de los conceptos más avanzados y de una refinada técnica aeronáutica, no se puede decir que fuera un aparato perfecto. Estaba dotado indudablemente de alta velocidad, gran autonomía y gran robustez, pero la maniobrabilidad, respecto a los cazas monomotores, era más bien escasa. Este y otros inconvenientes hicieron a este avión adorado y temido a la vez por los pilotos. Por ejemplo, en la maniobra recomendada en caso de abandonar el aparato, se debía realizar una inversión de modo que el piloto, una vez abierta la carlinga, se dejase "caer abajo" para evitar el peligro de ser cortado en dos por el largo plano de cola. A pesar de todo, el P-38 fue el avión que en el Pacífico derribó más aparatos japoneses que cualquier otro. Entrado en servicio en julio de 1941, el "Lightning" se reveló como un excelente caza polivalente, combatiendo en todos los frentes hasta los últimos días de la guerra. Fueron fabricados en total casi 7.000 ejemplares.

ce de solemnidad, como cuanto se refiere a Yamamoto.

Antes de subir al avión, el comandante en jefe se vuelve al vicealmirante Jiniki Kusaka, responsable de la base naval de Rabaul, que ha venido a saludarle; se inclina ante él y le entrega dos pergaminos. Kusaka deberá dárselos al nuevo comandante de la VIII Escuadra naval cuando se presente. Se trata de dos poesias del Emperador Meiji (el abuelo de Hiro Hito, restaurador de la dinastia imperial) que Yamamoto ha copiado personalmente a mano, con elegantes y refinados trazos, en el secreto de su camarote del "Yamato". Será un gran honor para el destinatario recibir este don. Kusaka se inclina profundamente, a su vez, para demostrar que ha comprendido.

Yamamoto sube ahora a bordo con agilidad y toma asiento en el puesto del segundo piloto. Mientras alguien le ajusta sobre el pecho el cinturón de seguridad, suben al "Mitsubishi" su secretario, el oficial médico de la flota y también el oficial de Estado Mayor encargado del enlace entre aviación y marina. Mientras el bombardero comienza a rodar, el jefe de Estado Mayor Ugaki y los oficiales del séquito se embarcan en el segundo "Mitsubishi". Los "Zeros" de la escolta están ya en la altura y esperan a los dos aparatos.

Hora: 6,20.

En la pista de la base Henderson Field los motores Allison de los dieciocho P.38 "Lightning" de la Lockheed son revolucionados gradualmente al máximo. También en Guadalcanal la madrugada es limpida y la jornada se anuncia cálida, como corresponde a los trópicos. El comandante Mitchell controla la hora en su reloj de pulsera, luego echa un vistazo a la pista, y finalmente levanta el brazo fuera de la carlinga y hace señas de comenzar el despegue. Su aparato es el primero que toma el vuelo tras una breve carrera. A medida que despegan los otros aparatos, los pilotos van ocupando sus puestos en la formación, trazando un largo vuelo circular sobre el mar del "Iron Bottom Sound" (el Estrecho de Fondo de Hierro, como han bautizado los americanos al mar entre Guadalcanal y Tulagi, un verdadero cementerio de navios) y la jungla de la isla. En pocos minutos se termina la operación de despegue, y Mitchell, a la cabeza del grupo, apunta decididamente hacia el norte. El silencio es absoluto porque las radios van calladas. La misión ha comenzado.

Hora: 8,34.

¡Aviones enemigos a la vista!

Los aviones japoneses han sido provistos también de depósitos suplementarios, que ahora dejan caer sobre la jungla de Bougainville. Yamamoto contempla en silencio la maniobra y apenas vuelve los ojos para mirar los depósitos de un caza que descienden hacia el verde intenso del follaje. En el segundo "Mitsubishi" el piloto explica al almirante Ugaki que dentro de pocos minutos comenzará la maniobra de aterrizaje.

Hora: 9,35.

Dejando a sus espaldas el litoral de Bougainville, a lo largo del cual la resaca traza una vistosa franja, los P.38 americanos emprenden una maniobra que les hace ganar altura. Hasta este momento han volado pegados al agua para evitar la interceptación enemiga, pero ahora han llegado al punto de la emboscada y Mitchell ordena dar una señal visual para realizar la subida. Junto con el altímetro, Mitchell no pierde de vista el reloj para controlar el horario de marcha, que es perfecto. Son las 9,35 australianas, correspondientes a las 8,35 japonesas. De un momento a otro podria descubrirse el avión de Yamamoto, probablemente un "Mitsubishi". Ahora, desde una altura de dos mil metros, son visibles pequeñas nubes transparentes sobre la jungla.

De pronto la radio lanza una frase rápida, rompiendo el silencio. Uno de los pilotos ha localizado el blanco: *"Look out! Bogeys ten o'clock high!"* ("¡Cuidado! ¡Aviones enemigos arriba a las diez!"). Como todos sus hombres, Mitchell mira en la dirección indicada y cuenta los aviones contrarios, bien visibles a la luz del sol. Son ocho en lugar de los siete que se les habian anunciado. Una ojeada más atenta permite identificar seis cazas "Zero" y dos bombarderos "Mitsubishi" en lugar de uno.

El comandante del grupo encargado de derribar los bombarderos, capitán Thomas G. Lanphier, se dirige directamente contra el enemigo. Es un excelente combatiente y sabe lo que se espera de él y sus otros cinco aviones, aunque la imprevista presencia del segundo "Mitsubishi" hace menos agradable la cosa. Los japoneses parecen intuir el peligro que viene de los seis aparatos y los "Zero" se lanzan contra ellos. Lanphier parece dudar un instante, pero el comandante Mitchell, intuyendo lo que podia suceder, interviene inmediatamente: *"Deja estar los 'Zeros', Tom. Ve a atacar los bombarderos. ¡Olvídate del resto y piensa en los bombarderos!"*. Los "Zeros" se lanzan sobre los P.38 mientras los "Mitsubishi" descienden virando hacia la jungla. En el segundo bombardero el almirante Ugaki, tomado por sorpresa por la maniobra, pregunta qué está sucediendo. El comandante del aparato está en aquel momento recorriendo el pasillo y sólo con esfuerzo logra mantener el equilibrio. Se da cuenta de que Ugaki no ha descubierto al enemigo y piensa que será mejor no alarmar a los pasajeros: *"Me temo que se trate de un error operativo"*, contesta.

No hay tiempo de prolongar la conversación. Fulminantes, los encuentros aéreos se disputan por encima de los bombarderos. Son dos "Lightning" por cada "Zero" y aunque los pilotos japoneses pelean bien y saben hacer milagros con su extraordinario aparato, no logran resistir los ataques enemigos.

La satisfaccion de Halsey

Yamamoto no tiene tiempo de darse cuenta de lo que sucede. Contra su "Mitsubishi" se lanzan los cazas del capitán Lanphier y del teniente Rex T. Barber, y un instante después el bombardero se precipita en llamas sobre la jungla. Más tarde Lanphier y Barber reivindicarán el mérito de este derribo; quizá sus disparos fueron fatales en igual medida.

También el segundo "Mitsubishi" es atacado y se precipita hacia el mar. El piloto logra conservar unos momentos el control de aparato para que el impacto con el agua sea como un aterrizaje forzoso, pero se rompe un ala del avión. Hay dos supervivientes, y uno es el almirante Ugaki, que logra zafarse de los restos y trata de llegar a la costa, que está a 200 metros, nadando a braza. Ugaki recorre pocos metros, porque se da cuenta de que tiene un brazo fracturado, pero surge a poca distancia un cajón flotante, evidentemente salido del interior del avión caido. Lo alcanza y consigue sujetarse a él. A sus espaldas se hunde el "Mitsubishi".

Hora: 11,00.

Los primeros "Lightning" que vuelven al Henderson Field anuncian el éxito de la misión balanceando las alas. Efectivamente, las cosas han salido de la mejor manera. No ha habido ningún percance y la operación ha tenido pleno éxito. En pocos instantes cinco apa-

ratos japoneses han sido derribados. El comandante Mitchell redacta su reglamentario informe, pero mientras tanto se envía desde la base de Guadalcanal un mensaje para el almirante Halsey:
"El gusano horadó la nuez. P.38 mandados por el comandante John W. Mitchell USA visitaron zona Kahili hacia 0930. Derribados dos bombarderos escoltados por 'Zeros' en estrecha formación de vuelo. Se supone uno de los derribados fue usado para diversión. Tres 'Zeros' añadidos al total de puntos. No regresó un P.38. Se diría que el 18 de abril es nuestro día grande".
Las últimas palabras se refieren a la empresa realizada por James Doolittle justo un año antes, el 18 de abril de 1942, cuando una escuadrilla de bombarderos B.25 despegaron del portaaviones "Hornet" y lograron arrojar algunas bombas sobre Tokio.
Abril 19, 1943. Hora: 9,00.
El almirante Halsey abre la acostumbrada reunión matutina de su Estado Mayor dando lectura al mensaje llegado de Guadalcanal. Anuncia que ha avisado ya a Nimitz que las órdenes han sido cumplidas. Teniendo en cuenta que Yamamoto ha sido siempre un hombre preciso y puntual, dice, se puede afirmar que el almirante estaba a bordo del avión derribado.
Un aplauso surge de la reunión, algunos oficiales alborotan dando puñetazos en la mesa y otros se levantan excitados. El almirante Turner lanza un grito de *"¡Hurra!"*. Halsey sonríe y luego invita a Turner a calmarse. *"¿Qué hay para entusiarmarse tanto? ¡Había confiado* —dice— *en pasear a ese bribón por la avenida de Pennsylvania cargado de cadenas y con todos vosotros dándole puntapiés donde se merecía!"*.
Estruendosas risas ahogan las palabras de Halsey, y éste es el saludo americano a la memoria del almirante del que surgió la idea y la realización del golpe de mano contra Pearl Harbor.
Pasando y volviendo a pasar a baja altura sobre la jungla de Bougainville, un aparato japonés de reconocimiento ha logrado finalmente descubrir los restos del "Mitsubishi" en el que ha perecido Yamamoto. En seguida sale de la base de Ballale una expedición encargada de recuperar los restos. Los hombres se abren camino con machetes y llegan a los residuos del bombardero. El cuerpo del almirante está todavía sujeto al asiento por el cinturón de seguridad, dentro de la carlinga despedazada. Yamamoto aferra la espada con su mano derecha.
Los restos del gran almirante son cremados y las cenizas colocadas por el almirante Watanabe —que ha colaborado muchos años con el comandante en jefe— en una urna forrada de hojas de papaya y llevada a Rabaul. A bordo de un acorazado serán transportadas luego a Truk y de allí a Tokio, donde al cabo de un mes recibirán honores solemnes. Por el momento nadie anuncia la muerte de Yamamoto.

El sucesor

El 21 de abril, Mineiki Koga es nombrado comandante en jefe. Es el sucesor de Yamamoto. Los japoneses no recibirán la noticia hasta el 21 de mayo, cuando la radio anunciará, por la voz quebrada de un conmovido locutor, que el gran almirante había *"encontrado una muerte valerosa a bordo de un avión militar"*.
Los funerales oficiales tuvieron lugar el 5 de junio. Un millón de ciudadanos de Tokio, casi todos llorando, dieron el último adiós a las cenizas de Yamamoto, colocadas sobre un armón de artillería.
Fue anunciado al mismo tiempo que Koga había ocupado su puesto. El almirante estaba ya en Truk, enfrentado con una situación que se hacía cada vez más difícil. La "Operación A" podía considerarse ya fracasada, y los americanos tenían la iniciativa sólidamente en su mano. En aquel mismo momento se libraba una sangrienta batalla por la reconquista de la isla de Attu, en las Aleutianas. Koga dijo que había que considerar ya pasado el momento de las conquistas fáciles y las victorias frecuentes. La oficina de censura se alarmó ante estas palabras y un alto oficial se apresuró a explicar a los corresponsales de guerra el exacto significado de la frase del almirante. Aclaró que Koga había querido decir que sólo había habido un Yamamoto y que nadie era capaz de sustituirlo. Por parte americana se limitaron a referir que la radio de Tokio había anunciado la muerte de Yamamoto. Los que sabían más guardaron el secreto.

Marzo 1943

22 de marzo
Bombardeo americano de Wilhelmshaven.

27 de marzo
Bajo la ofensiva inglesa el I Ejército italiano se ve obligado a replegarse, abandonando la línea del Mareth. Se constituye en Francia el "Consejo Nacional de la Resistencia", que aúna todos los movimientos de resistencia franceses.

27-28 de marzo
Bombardeo de Berlín.

29-30 de marzo
Berlín es nuevamente atacado por los aviones ingleses.

31 de marzo
Los americanos realizan incursiones aéreas sobre Rotterdam y Cagliari.

Abril 1943

1-30 de abril
Hundidos 48 mercantes aliados por submarinos alemanes en el Atlántico y en el Mediterráneo.

1 de abril
El primer ministro húngaro Von Kallay, visitando Roma, trata de convencer a Mussolini de que firme una paz separada.

3-4 de abril
Los ingleses bombardean de nuevo Essen, dañando gravemente las industrias Krupp.

4 de abril
Bombardeo sobre las fábricas Renault de Billancourt. Blum, Daladier y el general Gamelin son trasladados desde Francia, donde estaban detenidos, a un campo de concentración alemán. Ataque aéreo sobre Nápoles; numerosos muertos entre la población civil.

ITALIA

ACTUALIZACION DE MEDIOS MILITARES EN 1943

De esta actualización se han excluido los datos relativos a Estados Unidos y Japón, como beligerantes sólo desde diciembre de 1941.

EJERCITO

ARMAS INDIVIDUALES	**Pistolas**	Sosso mod. 41 cal. 9 largo.
	Fusiles	Fusil 91/41 cal. 6,5.
	Bombas de mano	Breda 42 (a), OTO 42 (b).
ARMAS AUTOMATICAS		MAB 38/42 cal. 9 largo.
ARMAS ANTICARRO		De 47/32 sobre casco L6 de 6,5 t., de 75/18 sobre casco M 13, M 14, M 15 de 14 t., de 75/34 sobre M 43 (c), de 15,7 t.
CAÑONES		Cañón de 47/40 (d), 75/34 (d), 105/25 (e), 155/25, obús de 149/19 mod. 41.
BLINDADOS		Carro ligero L6/40 de 6,7, carros medios M 13/40 de 14 t., M 14/41 de 14,5 t., M 15/42 de 15,5 t., carro pesado P/40 de 26 t. (f).
ARMAS QUIMICAS Lanzallamas		Mod. 41,41 de asalto y 42 para ruedas.

NOTA. Como para las demás naciones, no se han tomado en cuenta los elementos procedentes de botín de guerra, ni los adquiridos a Alemania, como los carros MK IV de la división M, aparte de los 9 submarinos, clase S.

(a) Rompedora anticarro.

(b) Incendiaria anticarro.

(c) El casco M 43 era un casco de M 15/42 ampliado.

(d) Anticarro para autopropulsados.

(e) Autopropulsado sobre casco M 43 de 15,7 t.

(f) Fabricados sólo 24 ejemplares antes del 8 de septiembre.

MARINA

PORTAVIONES



Aquila y Sparviero de 28.000 t. (a).

ACORAZADOS



Roma de 35.000 t.

CRUCEROS



Attilio Regolo, Scipione Africano y Pompeo Magno de 5.420 t.

DESTRUCTORES



5 clase "Soldati" de 1.620 t.

TORPEDEROS



15 clase Aliseo de 1.652 t., 11 clase Spica de unas 800 t. (b).

CORBETAS



29 unidades de unas 750 t. (c).

SUBMARINOS OCEANICOS



4 clase Saint Bon, 2 clase R, 9 clase S (d).

SUBMARINOS COSTEROS



9 clase Tritone, 13 clase Platino, 7 clase FR, 20 clase CB (e).

NOTA. No han sido tenidas en cuenta las unidades incorporadas a la Regla Marina, como botín de guerra, de las marinas francesa y yugoslava.

(a) No entrados en servicio por la llegada del armisticio. El 8 de septiembre el armamento del Aquila estaba terminado en un 90 por 100.

(b) De estos 11, uno solo botado y armado, el Ariete, tuvo tiempo de participar en las operaciones antes del 8 de septiembre.

(c) Otras 31 unidades se encontraban en astilleros, en avanzado estado de armamento.

(d) La clase S estaba compuesto de submarinos alemanes modificados.

(e) De bolsillo.

AVIACION



AVIONES DE CAZA

Reggiane 2000 y 2005, Macchi 202 y 205, Fiat G-55, Imam Ro-57, SAI-207.

AVIONES DE RECONOCIMIENTO

Fiat RS-14 (b).



AVIONES DE BOMBARDEO

Reggiane 2001 (a) y 2002 (a), SM 84, Piaggio 108, Cant. Z 1018.



AVIONES DE TRANSPORTE

Fiat G-12.



(a) De asalto. (b) Hidroavión.

GRAN BRETAÑA

EJERCITO

ARMAS AUTOMATICAS 	**Rifles automáticos**	Lanchester MK 1 y Sten, ambos cal. 9.	
	Ametralladoras	Besa cal. 7,92 (a) y Besa MK 1 cal. 15 (b).	
ARMAS ANTICARRO 	**De cohetes**	PIAT cal. 87.	
	Cañones	De 40, 57, 76 y 88 mm.	
	Autopropulsados Archer de 75 mm.		

CAÑONES



De 40 (c), 75 (c), 94 (d), 114 (c), obuses de 94,95 y 180, cañones de 105, 140, 88 (e) y 95 (e).

BLINDADOS



Carros Cruiser de 15 t., Crusader de 19 t., Valentine entre las 17,7 y 18,5 t., Churchill de 37,88 t., Cavalier (f) y Centaur (f).

ARMAS QUIMICAS



Lanzallamas — Dos modelos de lanzallamas fueron probados en acción en 1943, en pequeños números de ejemplares, pero fueron inmediatamente retirados para modificarlos.

(a) Para elementos acorazados.
(b) Para blindados.
(c) Antiaéreo.
(d) Antiaéreo producido en dos versiones, la MK 1 y la MK 6.
(e) Autopropulsados.
(f) Producidos en número escaso y poco empleados en la zona de operaciones.

NOTA.–No se ha tomado en cuenta el material americano obtenido con la Ley de "Préstamo y Arriendo".

MARINA

PORTAVIONES



Illustrious, Victorious y Formidable de 23.000 t., Indomitable de 29.730 t., Implacable e Indefaticable de 32.100 t.

ACORAZADOS



Duke of York, Anson y Howe de 35.000 t.

CRUCEROS



3 clase Superb de 8.000 t., 1 clase Newfoundland de 8.718 t., 2 clase Fiji de 8.000 t., 2 clase Diadem de 7.400 t., 3 clase Dido de 5.450 t.

DESTRUCTORES



1 clase Venus, 2 clase Ulster, 2 clase Troubridge, todos de 1.710 t., 2 clase Rotherham de 1.705 t., 7 clase Britain de 1.450 t., 5 clase Milne de 1.902 t., 5 clase Napier de 1.760 t.

SUBMARINOS



7 unidades clase T de 1.090/1.575, 3 unidades clase S de 715/1.000 t.

AVIACION



AVIONES DE CAZA
Westland Whirlwind (a),
Blackburn Rock,
Fairey Fulmar (b),
Bristol Beaufighter (c),
Hawker Typhoon (a).



AVIONES DE RECONOCIMIENTO
De Havilland Mosquito (e),
De Havilland Dominie (f),
Miles Master (f).



AVIONES DE BOMBARDEO
Bristol Beaufort (d),
Fairey Albacore (d),
Fairey Barracuda (d),
Avro Lancaster,
Short Stirling,
Handley Page Halifax.



AVIONES DE TRANSPORTE
Bristol Bombay (g),
Armstrong,
Whitworth,
Albemarle.

(a) caza-bombardeo, (b) caza naval, (c) caza pesado y nocturno, (d) torpedero, (e) de reconocimiento y caza-bombardeo, (f) de adiestramiento, (g) transporte-bombardeo.

DECISION EN CASABLANCA: DESEMBARCO INMEDIATO EN SICILIA

El tema discutido entre Roosevelt y Churchill fue el relativo a las condiciones para la paz: los aliados pretendían la "rendición incondicional".

A fines de 1942, el primer ministro inglés Churchill y el presidente americano Roosevelt descubrieron, no sin cierto estupor, que no tenían planes estratégicos a largo plazo, ya que hasta aquel momento se habían dedicado a la gran empresa de contener al enemigo, ya en Europa o en el Pacífico. También la primera intervención del ejército americano había tenido este objetivo, tanto en la isla de Guadalcanal como en el norte de Africa. Se había tratado de operaciones privadas de perspectiva a largo plazo, como si los americanos no tuvieran demasiada confianza en el peso de su intervención en los primeros meses después de Pearl Harbor.

En efecto, había habido consecuencias, y muy notables. En el Pacífico, la flota japonesa había sido reducida, y el avance enemigo había sido bloqueado en Port Moresby y en las Salomón. El ejército nipón sabía ya que el potencial militar e industrial americano era capaz de disputar al imperio japonés su recentísima zona de conquista. Algo análogo había sucedido en el norte de Africa con la "Operación Torch" (el desembarco en Marruecos y Argelia de las tropas americanas), que Churchill había apoyado tan fervientemente a fin de establecer con claridad la prioridad del teatro de operaciones europeo sobre el asiático. Aunque sustancialmente apoyadas por tropas británicas e incluso francesas, las fuerzas americanas podían con razón arrogarse gran parte del mérito de la conquista de Tunisia, ya prácticamente segura.

Pero Roosevelt y Churchill se preguntaban ahora qué harían las tropas victoriosas del norte de Africa una vez desalojados de Túnez los germanoitalianos. En el fondo de su conciencia, naturalmente, los dos estadistas sabían que la operación primaria para la que se habían comprometido solemnemente, y en varias ocasiones, era la apertura del segundo frente, pero con audaz restricción mental uno y otro se habían convencido de que, a la espera de desembarcar en la costa francesa del canal, podía abrirse un segundo frente en el sur de Europa.

De esto estaba también enterado Stalin, que atribuía escasa importancia al desembarco en Europa meridional en cuanto podría influir sobre el frente ruso. Y ésta fue la razón por la cual, cuando Roosevelt y Churchill lo invitaron a un encuentro en la cumbre que tendría lugar en Islandia o en Africa, prefirió responder que no podía ausentarse ni siquiera un día de Moscú, lo que era un modo de dar a entender que no tenía tiempo que perder en cháchara.

A pesar de esta decepcionante respuesta, Churchill y Roosevelt siguieron mostrándose deferentes con relación a Stalin, respecto al cual, teniendo todo en cuenta, se sentían como en deuda. Pero éste tampoco les convenció de aceptar su propuesta para una reunión a nivel de jefes de Estado Mayor. Como explicó un poco brutalmente Churchill al presidente Roosevelt, habría sido inútil mandar generales a tratar con los rusos, desde el momento en que ningún general soviético tendría autoridad para decidir cualquier detalle sin autorización concreta de Stalin. Por otra parte, añadía Churchill, que poseía ya una experiencia lograda algunos meses antes en Moscú, no se podría esperar nada constructivo porque los soviéticos se sentarían y preguntarían: "¿Cuándo y con cuántas divisiones desembarcaréis al otro lado del canal?". Así que se celebró la "cumbre", pero entre dos, Churchill y Roosevelt. La localidad elegida fue Casablanca. La fecha, la primera semana de febrero de 1943. Los dos estadistas tenían la moral por las nubes, pues tras tantos meses de tensiones y de malas noticias las cosas empezaban a marchar decididamente mejor. Entre las dos potencias no había dificultades de especial gravedad, e incluso los éxitos militares favorecían sus relaciones cordiales. Los americanos estaban agradecidos a los ingleses por haber permitido que su general Eisenhower asumiera el mando de las tropas aliadas en el norte de Africa, aunque los americanos fueran todavía pocos. Algún tiempo después, el general Marshall, jefe de las Fuerzas Armadas USA, confiaría al premier inglés que durante mucho tiempo esperó varias veces que los ingleses reclamaran el puesto en favor del general Alexander, pero Churchill tenía otras ideas. Sabía lo que hacer para llevarse bien con los americanos e inducirles a hacer lo que él deseaba que hicieran.

Churchill llegó a Casablanca el 12 de enero de 1943 y fue conducido al distrito de Anfa, donde un gran hotel había sido requisado totalmente para ambas delegaciones. Casablanca parecía al primer ministro un absurdo oasis de paz fuera del mundo, pero al mismo tiempo le daba una extraña sensación, porque se trataba de una ciudad africana bajo la soberanía francesa (gobierno de Vichy, naturalmente), pero que había sido liberada por las tropas aliadas... También a Roosevelt le hizo este efecto. Por otra parte, la había escogido como sede del encuentro precisamente por eso, ya que los ciudadanos americanos se sentirían ciertamente orgullosos por el hecho de que su presidente pudiera atravesar el Atlántico e instalarse en Casablanca bajo la protección de las Fuerzas Armadas de su país.

En esta foto, el general Giraud, el presidente Roosevelt, el general De Gaulle y el primer ministro Churchill (de izquierda a derecha) posan para los fotógrafos. Fue necesaria mucha diplomacia para inducir a los dos generales franceses a reunirse.

Las conversaciones empezaron el 15 de enero y transcurrieron pronto en una vía de general concordia. El único motivo de perturbación en aquella atmósfera idílica fue la pugna que oponía a los dos líderes de las fuerzas francesas de liberación, los generales Giraud y De Gaulle. Los estadistas aliados habrían asociado con gusto a la cumbre a la Francia anticolaboracionista, pero los dos generales se enfrentaban ferozmente y De Gaulle, tan orgulloso como de costumbre, había hecho saber claramente que ni siquiera llegaría a Casablanca hasta que Giraud no se hubiese marchado. Dándose cuenta de la importancia que la presencia de los dos jefes de la resistencia tendría sobre la Francia de Vichy, Roosevelt y Churchill aguantaron buscando convencer a De Gaulle a que fuera a Casablanca a pesar de la presencia de Giraud. Fueron necesarios mensajes, emisarios y llamadas telefónicas. Sólo después de mucha insistencia llegó De Gaulle.

Cuando el 22 de enero bajó del avión, le llevaron directamente al chalet que le había sido reservado, y que estaba muy cerca del de Giraud. Churchill se apresuró a visitarle con intención de convencerle de que se reuniera con Giraud y le estrechara la mano. De Gaulle sostenía que Giraud era un colaboracionista y que sólo por oportunismo se había puesto en el último momento de parte de los aliados, mientras que él siempre había sido intransigente. En su interior Churchill daba la razón a De Gaulle, pero no podía permitir que el otro general fuera excluido, porque esto habría hecho el juego de los colaboracionistas de Vichy, los cuales habrían humillado a Giraud echándole en cara la "traición" sin siquiera los treinta denarios de Judas.

La reunión entre Churchill y De Gaulle se convirtió rápidamente en un encuentro. El primer ministro británico, finalmente, cortó las dilaciones a punto de perder la paciencia, y dijo secamente a De Gaulle que si continuaba rehusando estrechar la mano a su colega y seguía siendo un obstáculo, los aliados no dudarían en romper con él. En ese momento el general De Gaulle, ofendido, se levantó. *"El general fue extremadamente correcto* —escribió Churchill—. *Salió del chalet y bajó al pequeño jardín siempre con la cabeza alta. Al final se logró convencerlo de que se reuniera con Giraud. La conversación, que duró dos o tres horas, debió de ser muy satisfactoria para*



ambos". Al día siguiente, De Gaulle fue presentado a Roosevelt. Más asequibles fueron las otras reuniones, aunque no faltaron discusiones. Una trató de la elección entre Cerdeña y Sicilia para el siguiente desembarco. Todos se declararon de acuerdo en que, una vez acabadas las operaciones en Africa, había que atacar la fortaleza europea. Los militares habrían preferido desembarcar en Cerdeña, pero Churchill y Roosevelt se inclinaban por Sicilia. La razón de esta disputa era de carácter táctico. El desembarco en Cerdeña, más fácil, podía ser intentado —decían los generales— en breve plazo. Pero el desembarco en Sicilia necesitaba mucho más tiempo. Churchill discutió y venció, explicando que hacía falta desembarcar pronto en Sicilia por la simple razón de que un desembarco en Cerdeña habría sido inútil desde el punto de vista estratégico.
La conclusión sobre este punto fue, pues, que el desembarco debía ser preparado sin demora, pues se le atribuía notable importancia política, ya que era previsible que conmovería el régimen fascista hasta sus cimientos, y quizá convencería a los italianos de que abandonaran la guerra.
El segundo tema de las discusiones políticas tendió a establecer las maneras de considerar eventuales intentos de rendición por parte de uno de los países enemigos. Era la primera vez que se trataba un tema de este género, y el hecho de que lo hiciesen demostraba que los aliados se sentían bastante fuertes para poderlo hacer. Naturalmente, el tema se mantuvo muy en secreto y se hizo de modo que nada se filtrase al exterior, al menos hasta que no se llegara a una orientación unánime, a la cual debía dar su consentimiento, evidentemente, la URSS. Al parecer, las dos delegaciones dejaron pronto en claro que sólo aceptarían una "rendición incondicional", pero por parte americana, y especialmente de Roosevelt, que contaba entre sus electores a millones de italoamericanos, se planteó la hipótesis de que quizá sería mejor no extender la humillante cláusula a Italia. La propuesta fue formulada de manera diplomáticamente más aceptable, naturalmente, pero su significado era éste.
Churchill se declaró contrario y pidió a sus colegas de Londres que le ayudaran a sostener esta posición. Antes de la llegada de De Gaulle, Churchill escribió a Londres: *"Nos proponemos redactar una declaración de la conferencia para darla a la prensa en el momento oportuno. Me alegrará saber qué piensa el Gabinete de guerra de la*

La delegación americana que participó en la conferencia de Casablanca. De pie, por la izquierda, Hopkins, los generales Arnold y Somerwell, Harriman; sentados, el general Marshall, el presidente Roosevelt y el almirante King.



"En aquellos días —*escribe Winston Churchill*— Eden y yo nos preparábamos para volver a Londres después de haber conferenciado en el norte de Africa (más precisamente en Argel) con Eisenhower a propósito del desembarco en Italia y del sucesivo desembarco en Normandía. Había sido señalada mi presencia y todos los servicios de espionaje alemanes habían dispuesto un servicio de vigilancia. Este debía ser el origen de un drama que sentí profundamente. El 1 de junio de 1943, en el aeropuerto de Lisboa, el avión regular de línea estaba a punto de despegar para Londres cuando un hombre corpulento, con un puro en la boca, apareció en el aeropuerto y fue visto embarcando. Inmediatamente fue enviado un caza que atacó en vuelo al indefenso avión. Murieron trece pasajeros y cuatro tripulantes, entre ellos el conocido actor inglés Leslie Howard, del que aún podemos admirar la elegancia y el talento en los muchos deliciosos films en que tomó parte. La brutalidad de los alemanes sólo fue igualada por la estupidez de sus agentes".
A pesar del tono extrañamente moralizante, esta página del primer ministro inglés contiene tales inexactitudes que puede verdaderamente sospecharse que es engañosa. En realidad las cosas no sucedieron así en aquella oscura tragedia que costó la vida al más famoso actor cinematográfico inglés de la época. En efecto, a bordo de aquel "Dakota" en servicio en la línea Lisboa-Londres iba un "hombre corpulento" con un grueso puro en la boca. Pero ni éste trató de hacerse pasar por

EL MISTERIOSO FINAL DE LESLIE HOWARD

Churchill ni los servicios secretos alemanes le tomaron por el primer ministro británico. Aun queriendo dudar de la inteligencia de los espías alemanes, no se puede llegar hasta considerarlos estúpidos. El hombre tenía su propia identidad y nunca la había ocultado. Se llamaba Alfred Chenhalls y era empresario de Leslie Howard. Junto con él —al que unía gran amistad— el actor había recorrido a lo largo y a lo ancho España y Portugal. Pero en el hecho de que Mr. Chenhalls estuviese presente aquel día en el aeropuerto de Lisboa para embarcarse junto con Howard en el vuelo 777 no tenía nada de secreto ni nada de extraño ni singular. Mucha gente sabía que Howard y su empresario volvían a Inglaterra. Como muchos de sus colegas ingleses y americanos, Leslie Howard estaba trabajando para su país. Movilizado, digamos, por el gobierno, había celebrado un ciclo de conferencias en España y Portugal para difundir la causa aliada en los dos países neutrales. La singular gira había tenido un extraordinario éxito porque Howard gozaba de gran popularidad, especialmente entre el público femenino.

Por lo que parece, Howard estaba cansado, o quizá tenía prisa por volver a la patria por motivos personales. La realidad es que en el curso de una recepción organizada en su honor en el hotel Aviz, de Lisboa, el 31 de mayo, había rogado a las más influyentes personalidades presentes que le lograran dos plazas en el vuelo 777 que salía al día siguiente de vuelta a Londres. El vuelo estaba completo y habría sido necesario esperar otra semana para poder partir, y Howard, popularísimo divo del cine, no estaba acostumbrado a esperar. Pero su insistencia tuvo éxito, y alguien llamó la mañana del 1 anunciando que habían sido encontradas las dos plazas. Sin duda dos viajeros habían sido obligados a quedarse en tierra en el último minuto, y a esto debieron la vida.

El vuelo 777 no llegó nunca a Londres, porque la caza alemana lo derribó mientras volaba a la altura de 3.000 metros sobre el golfo de Vizcaya. ¿Por qué? De aquí se desprende la poca verdad de la versión de los hechos originada por el primer ministro británico. Los servicios secretos alemanes habían sabido que Churchill, salido de Inglaterra pocos días antes para algunos encuentros políticos (en realidad, aunque los alemanes no lo supieran, se había encontrado en Argel con el general Eisenhower y durante la reunión se había decidido invadir Italia inmediatamente después de la conquista de Sicilia), volvería a Londres en avión el 1 de junio. La noticia era inexacta, porque aquel día la conferencia de Argel seguía en marcha, y Churchill no partió hasta el 4 hacia Iglaterra. Sin embargo, el "soplo" provocó la movilización de la caza alemana basada en la Francia ocupada. Se dio la orden de derribar todo avión dirigido a Inglaterra cualesquiera que fuesen sus distintivos. El "Dakota" del vuelo 777 no fue ni el primero ni el último de los aviones de línea derribados durante la segunda guerra mundial. El que volaba en aquella época lo hacía a su propio riesgo y peligro, sabiendo bien que las protestas diplomáticas no tenían resultado alguno. Si la desaparición de aquel avión tuvo cierto eco fue porque llevaba a bordo un pasajero de excepción, un actor del que estaban enamoradas muchas mujeres inglesas. Junto con Howard murieron otras dieciséis personas, incluidos los cuatro miembros de la tripulación. La tragedia se consumó en tres minutos, hacia las 12,45, cuando una patrulla de caza alemana descubrió el avión y lo tuvo en observación un tiempo, acaso para descubrir una posible escolta.

Inesperadamente uno de los cazas se destacó del grupo y se puso a la cola del "Dakota", lanzándole algunas ráfagas de ametralladora. No hubo supervivientes. Es de presumir que Leslie Howard quedara sujeto a su asiento por el cinturón de seguridad, en la butaca número 13.

Entre los pasajeros del trágico vuelo estaba también Annette Sutherland, esposa del actor americano Raymond Burr, que algunos años después sería famoso en el papel de Perry Mason. La circunstancia más dramática de la tragedia está en el hecho de que podía haberse salvado el avión, porque las órdenes de ataque habían sido descifradas por el servicio secreto británico. Pero no se pudo aprovechar tal circunstancia, porque habría significado confesar a los alemanes que su clave era conocida. Por tanto, razones de seguridad nacional contribuyeron al fin de Howard, romántico héroe de "La pimpinela escarlata", "El bosque petrificado" y "Lo que el viento se llevó".

inclusión en tal comunicado de una frase que atestigüe la firme intención de los Estados Unidos y del Imperio británico de continuar la guerra hasta que obtengamos la 'rendición incondicional' de Alemania y del Japón. La omisión de Italia serviría para alentar en ese país la tendencia favorable a una paz separada. El presidente aprueba esta idea, que serviría de estímulo a nuestros amigos en todos los países".
En Londres se dedicaron algunas horas a la discusión de este punto. Los ministros ingleses trataron cada aspecto militar, político y psicológico de la propuesta y, al final, se decidieron por el no, dando la razón a Churchill, al que telegrafiaron a la mañana siguiente: *"El viceprimer ministro y el ministro del Exterior al primer ministro. El Gabinete, evaluados todos los pros y contras, ha sido unánime en considerar que no es oportuna la exclusión de Italia, ya que daría lugar inevitablemente a preocupación en Turquía, los Balcanes y otras regiones. Tampoco estamos convencidos de que la exclusión provocara reacciones favorables en Italia. Es mucho más probable obtener el efecto deseado haciendo conocer a los italianos todos la tragedia con la que están a punto de encontrarse".*
Es bastante singular la circunstancia que indujo a Churchill, en este punto de sus memorias, a dar tanto espacio a la decisión del Gabinete de guerra, tan olvidado en tantas otras ocasiones y cuya importancia nunca sobrevaloró. El hecho es que la fórmula de la "rendición incondicional" *(unconditional surrender)* será considerada una de las más polémicas, e incluso equivocadas de toda la guerra, y como a Churchill se le achacó la principal culpa, él invocó la responsabilidad colegiada.
En todo caso, quizá se hubiese podido meditar más tiempo sobre la controvertida decisión si Roosevelt, tomando por sorpresa al mismo Churchill, no hubiera aludido a ella ante los periodistas en la rueda de prensa final. Tomando la palabra inmediatamente después que Roosevelt, Churchill no pudo hacer más que confirmar la noticia.
La explicación que Roosevelt dio a su consejero Harry Hopkins sobre este episodio es, ante todo, singular. El presidente afirmó haberse visto enredado en la dificultad de poner de acuerdo a los dos generales franceses y haber pensado que también habría sido difícil combinar un encuentro entre Grant y Lee, los dos antagonistas de la guerra de Secesión. Y dado que el principal motivo de divergencia entre el jefe de los nordistas y de los sudistas era el hecho de que por aquella parte se exigiera la "rendición incondicional", estas palabras se le escaparon al presidente durante la rueda de prensa. La circunstancia es relatada por el mismo Hopkins y quizá debe tomarse en lo que vale, es decir, como un intento de justificar a Roosevelt. En efecto, el presidente americano estaba demasiado habituado a los encuentros con periodistas para poderlo considerar capaz de cometer un error tan grave. La verdad es que Roosevelt quisó lanzar a propósito el "globo de ensayo" de la rendición incondicional para ver qué efecto tendría en el plano psicológico o quizá en el intento de suprimir toda discusión. Quizá pensaba poder aclarar mejor el pensamiento del gobierno en algún documento oficial.
El avispero de comentarios, generalmente desfavorables, a la línea de conducta de la rendición incondicional, se elevó casi inmediatamente por parte de la oposición parlamentaria, e incluso de muchos exponentes de la mayoría, así como de los comentaristas de los diarios. Esta fórmula parecía hecha precisamente para proseguir la lucha hasta la última sangre, y presuponía la culpabilidad de los pueblos.
El 30 de junio de 1943, Churchill se ve obligado a precisar ante la Cámara: *"Nosotros, Naciones Unidas, pedimos la rendición incondicional de las tiranías nazi, fascista y nipona. Con ello tratamos de que su voluntad de resistencia quede completamente destruida y que deban someterse enteramente a nuestro sentimiento de justicia y a nuestra misericordia. Esto significa, además, que debemos tomar todas aquellas medidas previsoras que sirvan para impedir que el mundo sea nuevamente trastornado, destruido y oscurecido por sus maquinaciones y por sus agresiones".*
El hecho de que Churchill sintiera la necesidad de añadir a estas duras palabras una aclaración, demuestra que las objeciones puestas a la fórmula habían dado en el blanco.
Igualmente, sabedor de que las aclaraciones de este tipo —aunque procedieran también del presidente y de sus portavoces— no podían tranquilizar a nadie ni ser útiles en el caso de que grupos internos de oposición de los países del Eje intentaran contactos secretos con los representantes de los aliados (éste sería pronto, por ejemplo, el caso de Italia), Churchill trató por todos los medios posibles de atenuar el impacto negativo que la fórmula había provocado en el plano diplomático. En su libro escribe:
"Me opuse constantemente, a pesar de muchas presiones, a formular condiciones de paz en términos precisos, sobre todo por el hecho de que una precisión de las condiciones efectivas sobre las que insistirían los tres grandes aliados —y serían obligados a insistir en ellas bajo la presión de la opinión pública— habría producido sobre cualquier movimiento pacifista alemán un efecto bastante más grave que la expresión genérica 'rendición incondicional'. Recuerdo que se hicieron muchos intentos de redactar condiciones de paz que satisficieran el furor de los vencedores en la lucha con Alemania. Pero una vez puestas sobre el papel estas condiciones, parecieron tan terribles, y tanto más graves de lo que, en realidad, fue hecho, que su publicación habría tenido el solo efecto de reavivar la resistencia alemana. En realidad, tales condiciones fueron escritas sólo para ser inmediatamente desechadas".
Pero esto tiene una importancia sólo relativa. La verdad es que la fórmula de la rendición incondicional puso a los pacifistas de los países del Eje en una posición extremadamente difícil, como demuestra la experiencia de los demócratas italianos, obligados a asumir la responsabilidad de los fascistas y a pagar sus deudas aun demostrando su buena voluntad de combatir al lado de los aliados.
Nunca ha sido evaluado en su justa luz lo que pesó la fórmula de la rendición incondicional, por ejemplo, sobre la obstinación del Japón de no querer rendir sus armas ni siquiera ante la tragedia del bombardeo atómico. El Consejo de la Corona nipón celebró largas reuniones sin llegar a decidirse por la rendición, porque no se sabía el fin que los aliados reservaban al Emperador.
Después de diez días de discusiones por lo general amistosas, la conferencia de Casablanca llegó a su final. La última sesión fue dedicada a la aprobación de un informe de conclusiones titulado "La conducta de la guerra en 1943", en el que se establecían las directivas supremas de los ejércitos inglés y americano.
Entre las operaciones más urgentes figuraba la ocupación de Sicilia *"a fin de hacer más segura la línea de comunicación a través del Mediterráneo, frenar la presión alemana sobre el frente ruso e intensificar la presión sobre Italia".*
Se volvía a prometer *"intensificar el envío de ayudas estratégicas a la URSS, intensificar el bombardeo aéreo de la estructura bélica alemana y reu-*

nir un cuerpo expedicionario para volver a poner el pie en el continente apenas la resistencia alemana se hubiera debilitado en la medida necesaria".
El último párrafo del informe estaba dedicado a las operaciones en el Pacífico, y se repetía allí que por el momento se trataba *"de mantener a los nipones bajo presión con vistas a la ofensiva de gran estilo que se lanzaría contra el Japón apenas Alemania fuera derrotada".*

La mañana del 24 fue dedicada a las relaciones públicas. Churchill y Roosevelt se sentaron en sendas sillas, hicieron sentarse a su lado a De Gaulle y Giraud y les obligaron a sonreírse y a darse la mano delante de los fotógrafos. *"Cedieron a nuestras presiones* –dice Churchill–, *y las fotografías de aquel suceso no pueden ser vistas de nuevo, aun en medio de las dificultades de aquellos trágicos tiempos, sin echarse a reír".*

Además, las fotografías suscitaron no poco asombro en Inglaterra y Norteamérica, porque el viaje de los dos estadistas se había mantenido secreto. La ausencia de Churchill y Roosevelt se había ocultado por una quincena de días.

Antes de separarse, Churchill y Roosevelt realizaron una excursión al oasis de Marrakech *"para admirar la puesta de sol sobre las cimas nevadas del Atlas".* Millares de soldados fueron destinados a cubrir los 250 kilómetros de carretera para proteger a los dos personajes que llegaron en coche a la ciudad, conversando agradablemente como dos viejos amigos.

Después de cinco horas de carretera llegaron a la que era llamada "París del Sahara" y fueron hospedados en el magnífico chalet cedido por el vicecónsul americano. Roosevelt, incapaz de moverse por sí mismo, fue transportado en una silla hasta arriba de la torre y pudo admirar con calma la magnífica y celebrada puesta de sol. Después bajaron todos y hubo una cena, al final de la cual todos (eran unos quince) empezaron a cantar, comprendidos Churchill y Roosevelt.

El presidente partió al alba del 25 de enero y Churchill, aun habiéndose despedido ya la noche anterior, quiso darle por última vez la mano, de modo que saltó de la cama, se endosó un mono con cierre de cremallera, se puso unas zapatillas y *"de esta guisa tan poco diplomática"* lo acompañó en coche hasta el aeropuerto. Quiso incluso subir al aparato para un último adiós. Roosevelt, que como todos los inválidos era especialmente sensible a ciertas delicadezas, partió bastante conmovido, pero Churchill estaba aún más conmovido, porque consideraba al presidente el hombre más generoso que había nunca encontrado en su ya larga vida. El primer ministro volvió a Marrakech, y con la resignación del Gabinete de guerra que lo esperaba en Londres, decidió quedarse otros dos días en el chalet del vicecónsul. Tuvo así oportunidad de volver a subir a la torre no sólo para volver a ver la puesta de sol, sino también para pintar un cuadro, el único que logró comenzar durante la guerra.



Una reunión de expertos militares con Churchill en Casablanca. Por la izquierda, el ministro del Exterior Eden, el general Brooke, Churchill, el almirante Cunningham, el general Alexander, Marshall, Eisenhower y el general Montgomery.

La Conferencia de Argel

Si para Roosevelt el viaje de vuelta a casa fue bastante largo (el avión recorrió una ruta interminable: Lagos, Dakar, Brasil, Estados Unidos), para Churchill el viaje volvió a recomenzar, porque volvió a El Cairo y de allí voló a Turquía para encontrarse con el primer ministro Inonu. Algunos indicios hacían ver que Turquía estaría dispuesta a entrar en guerra junto a las fuerzas aliadas si se proporcionaban ropas y armas a su ejército. El país estaba ligado por tratados de amistad con la URSS, con la Gran Bretaña y con Alemania. Hasta entonces había quedado fuera del conflicto, pero los aliados y los rusos temían un golpe de mano alemán para llegar a los pozos petrolíferos del sur del Cáucaso.

Pero los turcos se mostraron poco entusiasmados por entrar en el conflicto, y alargaron tanto las cosas que terminaron quedándose fuera. Y esto era lo único que, en el fondo, habían siempre deseado.

Los viajes de Churchill a Africa no habían terminado. El primer ministro inglés volvió a Africa del Norte a final de mayo para discutir con el general Eisenhower la estrategia a seguir tras la conquista de Sicilia. El encuentro tuvo lugar en Argel y allí se tomaron los últimos acuerdos: Eisenhower y Churchill establecieron el desembarco en Calabria y la conquista de la península empezando por la punta de la bota. Se decidió también pensar en un desembarco fuerte para conquistar un puerto grande, y finalmente acentuar la presión con bombardeos aéreos, de modo que se obligara a Italia a rendirse.

LA CRISIS DEL FASCISMO MADURA EN ITALIA

Los reveses militares privan de credibilidad al régimen. La extraña y cansada apatía del país. Atmósfera de Italia en los primeros meses del 1943.

La crisis del fascismo será precipitada por el desembarco aliado en Sicilia, pero la fase de disgregación del régimen habia ya comenzado hacia tiempo. La derrota de El Alamein, la trágica retirada del ARMIR de la Unión Soviética y finalmente la rendición de las unidades germanoitalianas en el norte de Africa, habian minado seriamente la credibilidad del régimen. Los italianos consideraban ya al fascismo como el único responsable de la guerra y de la patente imprevisión con la que habia sido afrontado el conflicto. La sensación que tenian todos los italianos al inicio de 1943 —tanto si tenian el valor de susurrarla como si se callaban delante de los demás— equivalia a la de aquel amigo que al principio del año confió al periodista Paolo Monelli que consideraba que ya se habian cometido todos los errores.



En contra de cuanto habia sucedido en 1917, cuando el desastre de Caporetto habia tenido como efecto la movilización espiritual de todo el pais, que habia estrechado sus vinculos con el ejército, las catástrofes de los últimos meses —como la pérdida de Libia— no parecian haber sacudido la apatia de los italianos. La gente parecia considerar la guerra como una iniciativa particular del fascismo.

Si la atmósfera general se componia de apatia y de cansancio, en Roma esta sensación se unió a otra, cada vez más evidente y palpable, de que algo iba a ocurrir. Nadie, naturalmente, era capaz de decir de qué podria tratarse, pero especialmente en ciertos ambientes se nota que los jerarcas —o al menos ciertos jerarcas— murmuran un poco demasiado explicitamente.

A la izquierda, la crisis del fascismo como fue prevista por un humorista ruso del grupo Kukrynisky después de la derrota germanoitaliana en Tunisia.

A la derecha, una imagen de los pórticos de Turín, casi destruidos por las bombas. La presión aérea aliada se intensificó a la vez que la ofensiva contra Italia.



Los menos jóvenes, especialmente entre los periodistas que en Roma se reúnen en el café Aragno (que todavía conservaba cierto aire dieciochesco) podrían haber tratado de hablar de crisis inminente si no supieran que ciertas cosas hacía veinte años que no se usaban. Los periódicos, severamente controlados, escribían cosas que la gente ya no estaba dispuesta a creer. "La Domenica del Corriere", el semanario más difundido del país (no había barbero que no pusiese un ejemplar a disposición del cliente), comenzó el año con dos dibujos de Walter Molino: en el primero los japoneses bayoneteaban a una patrulla de soldados americanos en la jungla de Nueva Guinea, y en la segunda la tripulación de un submarino italiano oía devotamente la Misa celebrada por un capellán en un altar montado junto a un periscopio. Pero poco después los dibujos, las fotos y los artículos se ocupaban de Rusia y de Africa, que eran las pesadillas de todos los italianos. Tanto para los diarios como para la radio, la guerra parecía ser un acontecimiento remoto.

Hasta ahora las ciudades italianas no habían conocido los horrores de los bombardeos de saturación, pero hasta este momento el conflicto ha estado alejado de Italia y los soldados han combatido en frentes lejanos, cuyos ecos han llegado en cierto modo atenuados y prudentemente regulados por la censura, tan preocupada, como se ha visto, por suprimir efectos negativos. Pero, ¿qué credibilidad podía tener una documentación que presentaba la guerra de Africa con la fotografía de un cañón capturado en Tunisia cuando se sabía que Libia se había ya perdido?

Mientras Stalingrado estaba para caer y el frente sobre el Don era desbaratado por el Ejército Rojo, los periódicos repetían lugares comunes. Un artículo explicaba que después de tanto sol y tanto polvo, en las estepas rusas había *finalmente* llegado el frío: *"... llegó la primera nieve y el alpino se sintió en su puesto. No eran montañas, pero la nieve era la misma en su tierra que sobre el Don. Y los alpinos de capas blancas con sus esquís se hicieron una sola cosa con la nieve y respondieron al martilleo de las ametralladoras que los buscaban afanosamente; respondieron al furioso aullido de la 'Katiuska', un complejo mortero que disparaba muchos obuses a la vez y se movía velozmente a bordo de un camión. 'Si Katiuska no se calla, le daremos una lección'. Y se puede jurar que los alpinos del Don han dado muchas lecciones a las 'Katiuskas' rusas..."*.

El 25 de enero, el día más negro de la retirada de Rusia, un semanario dedicó una página a los soldados del frente oriental para explicar que en Italia se estaban todavía preparando para ellos capotes de lana. Se trataba de mantener los relatos en un tono desprendido, aunque también se introducía un estilo épico: el intento era dar constantemente un panorama homogéneo de serenidad de espíritu y también de certeza inconmovible en la victoria. En Roma todos saben ya que la suerte de la guerra está comprometida. El mismo Mussolini lo sabe, y no deja de ver que si la gente murmura, alguno intenta hacer algo más. En torno al Rey se señala un singular movimiento de altos personajes. El Duce licencia a los jerarcas más agitados, Ciano, Grandi y Bottai, y éstos empiezan a conspirar. Serán los tres los que lleven a término la "conjura" del Gran Consejo, imaginándose montar simplemente una controversia política como si en régimen de dictadura eso fuese posible. También el Rey conspira con todos, y habla de la necesidad de salvar la dinastía de Saboya, que él identifica ya con Italia. Mussolini se da cuenta de que la partida está irremisiblemente perdida en Rusia y trata de salvar lo salvable al menos en Africa, para mantener la guerra alejada de Italia. *"Me pregunto* —escribe a Hitler— *si no sea arriesgar demasiado repetir la lucha contra el espacio infinito y prácticamente inasequible e inabarcable de Rusia, mientras en el oeste aumenta el peligro anglosajón..."*. Propone intentar una paz separada con los rusos y una marcha sobre Gibraltar para apoderarse del Estrecho y cerrar a los ingleses el Mediterráneo a fin de desembarcar en Marruecos y sorprender a los angloamericanos por la espalda. Claramente el Duce desvaría, y Hitler ni siquiera le contesta.

En la "Illustrazione Italiana" el más conocido entre los comentadores políticos, Mario Appelius, advierte que si las cosas van mal la culpa es de Stalin. *"La potencia militar bolchevique* —escribe— *es una realidad innegable. Cerrar los ojos para no ver es un truco de niños. La realidad debe ser mirada de frente, cualquiera que sea. Hace diez o quizá quince años que el Kremlin amontonaba armas, y maquinaria para hacer armas. A través del truco de los planes quinquenales los bolcheviques habían preparado una inmensa máquina de guerra, esparcida por toda la inmensidad del territorio ruso. '¡Fabricamos tractores para la mecanización de la agricultura!', decían los rusos. En realidad fabricaban carros de combate..."*.

Es cierto, explicaba Appelius, que no todo estaba perdido. El Eje tendrá razón al final a pesar de las perfidias de Stalin. Mientras tanto, los italianos inauguran en Berlín la nueva sede de su embajada, un palacio de hormigón armado y mármol, con enormes salones y una capilla tan grande como una catedral.

RUSIA

EJERCITO

ARMAS INDIVIDUALES	**Bombas de mano**	RG 1941 (a), RTD 1942 (a), RPG 1943 (b)
ARMAS AUTOMAT.	**Rifles automáticos**	PPSH 1943 cal. 7,62
	Ametralladoras	SG 1943 cal. 7,62
MORTEROS		M 1943 de 82 y de 160
ARMAS ANTICARRO	**Cañones**	Modelo 42 de 45 y modelo 43 de 57.
	Autotrans–portados	SU 76 y 76 M de 76,2, SU 761 de 76,2 (c), SU 152 de 152.
CAÑONES		Dos modelos de 76, obuses de 152
BLINDADOS		Carros ligeros T-40 de 4,99 t. (d), T-50 de 12,54 t.,T-60 de 5,21 t., T-70 de 8,21 t.; carros medios T-34/76 en las versiones C, D, E, todas de 31 t., T-43 de 28,11 t.; carros pesados KV-1B de 47,5-48 t. (e), KV-1S de 38,55 t., KV-85 de 41, 72 t.
ARMAS QUIMICAS	**Lanzallamas**	ATO 41 y ATO 42

(a) Ofensiva y defensiva.

(b) Anticarro.

(c) Obtenido rearmando con el cañón anticarro de 76,2 los cascos de los cañones de asalto Stu. G. III capturados a los alemanes.

(d) Anfibio.

(e) Según sean del tipo con torreta remachada o de fundición.

NOTA. No se han tomado en cuenta los materiales americanos obtenidos con la Ley de "Préstamo y Arriendo".

MARINA

CRUCEROS



Voroshilov de 11.500 t., Molotov, Kalinin y Kaganovich de 2.972 t. (a).

DESTRUCTORES



1 clase Ognyevoi de 2.650 t., 16 clase Storozhevoi de 2.446 t., 11 clase Bodry de 2.039 t., 1 clase Opitny de 1.870 t. (b).

CAÑONEROS



6 unidades obtenidas por la conversión de unidades mercantiles, y unas 100 motoras-cañoneras de varios tipos y diversa construcción.

SUBMARINOS



5 unidades clase L serie XIII bis de 1.108/1.400 t., 21 clase M (19 serie XII bis de 205,5/256 t., y 2 serie XV de 281/351 t.), 9 clase S (3 serie IX y 6 serie IX bis, todos de 840/1.070 t.), 6 clase Shch serie X bis de 590/705 t., 2 clase K serie XIV de 840/1.070 t. (c).

(a) No se han considerado unidades como la clase Frunze que, habiendo sido puestas en astillero en 38-40, no fueron acabadas antes del 49-50.

(b) No han sido consideradas las 13 unidades ex americanas obtenidas como ayudas de guerra.

(c) No han sido considerados los 4 submarinos cedidos por los aliados, de los que no se puede asegurar con precisión que entraran en servicio antes del 8 de septiembre de 1943. Esos barcos serán incluidos en los cuadros de armamento al final de la obra.

AVIACION

AVIONES DE CAZA
Yak-1, Mig-5, La-5, Yak-9, La-7.



AVIONES DE BOMBARDEO
Il-2 (a), Tu-2.



(a) De asalto.

ALEMANIA

EJERCITO

ARMAS INDIVIDUALES	**Pistolas**	Walther P 38 cal. 9 y Mauser HSc cal. 7,65
	Fusiles	Mod. 33/40,40 K y 98/40, todos cal. 7,92
ARMAS AUTOMATICAS	**Pistolas ametralladoras**	MP40, MP40/II, MP41, todas cal. 9
	Ametralladoras	Madsen cal. 8, MG 34, MG 34/S, MG 34/41, MG 42, todas cal. 7,92
Fusiles semiautom. y autom.		G 41 Mauser y Walther cal. 7,92 (a), G 43 Walther cal. 7,92 (a); FG 42, MKb 42 Haenel, MKb 42 Walther, todos cal. 7,92 (b).
MORTEROS		Granatenwerfer 42 de 80 mm. y sucesivamente un modelo de 120 mm.
ARMAS ANTICARRO	**De cohetes**	Panzerfaust 30 (c), Panzerbüchse 54 (d), Raketenwerfer 43 cal. 88 (e).
	Ligeras	Panzerbüchse 39 de 7,92, 41 de 28 mm., Granatbüchse 39 de 7,92
	Cañones	Mod. 35/36 cal. 37, 38 cal. 50,40 cal. 75, 41 cal. 42 y 75, 43 cal. 88, 50 cal. 75 (f)
	Autotransp.	SdKfz 250/11 de 28 mm. (g), 221 de 28 (h), 251/10 de 28 (g), 251/10 de 37 (g), 101 de 47 (i), 139 de 76,2 (i), 138 de 75 (i), 131 de 75 (i), 138 de 75 (i), 135 de 75 (i), RSO de 75 (i), 132 de 76,2 (i), 6 de 76,2 (g), 164 de 88 (i), 184 de 88 (i).
CAÑONES		Modelos K 18 de 170 mm. y 39 de 210 mm.; obuses de 600 y 540 mm. (m).
BLINDADOS		Pzkfw V de 44,8 t. "Panther", Pzkfw VI de 56 t. "Tiger", Sturmgeschutz III de 23,9 t.
ARMAS QUIMICAS	**Lanzallamas**	Mod. 41 y 42.

(a) Semiautomático.
(b) Los tres con posibilidad de tiro selectivo (semiaut. o autom.); entre las armas portátiles no se han considerado los MAB 38 y 38/42 de fabricación italiana, adquiridos en buen número por la Wehrmacht.
(c) Individual.
(d) Servido por dos hombres.
(e) Carabina anticarro adaptada para lanzar proyectiles-cohete.
(f) No se han contado los excelentes anticarros Pak 97/38 cal. 75 Pak 36 cal. 7,62, respectivamente, de origen francés y ruso.
(g) Semioruga.
(h) Sobre blindado de ruedas.
(i) Sobre casco de carro de combate.
(j) Derivado del precedente Sdkiíz 138, sobre casco modificado.
(m) Autopropulsado de asedio.

NOTA. En este cuadro de actualización sólo se ha tenido en cuenta el material de fabricación alemana, aparte de dos excepciones para el MAE y los Pak mencionados por su importancia. Para las cuatro naciones indicadas, la actualización se refiere al material entrado en servicio operativo hasta el 8 de septiembre de 1943, armisticio italiano.

MARINA

DESTRUCTORES



1 tipo 36 de 3.415 t., 8 tipo 36A de 3.605 t. (a), 7 tipo 36A (b), 4 tipo 36B de 3.507 t.

TORPEDEROS



3 tipo 37 de 1.098 t., 11 tipo 39 de 1.754 t.

SUBMARINOS



708 unidades de los siguientes tipos: 2 tipo IIB (279/329), 2 tipo IIC (291/341), 16 tipo IID (314/364), 26 tipo VIIB (753/857), 329 tipo VIIC (768/871), 6 tipo VIID (965/1.080), 4 tipo VIIF (1.084/1.181), 40 tipo IXB (1.051/1.178), 60 tipo IXC (1.120/1.232), 42 tipo IXC (1.144/1.274), 2 tipo IXD^1 (1.610/1.799), 34 tipo IXD$_2$ (1.616/1.804), 7 tipo IXB (1.736/2.177), 138 tipo XIV (1.688/1.932) (c).

(a) Excepto dos unidades, Z-29 y -30, de 3.597 t.
(b) Se trata del tipo 36A modificado de 3.597 t.
(c) Por motivos prácticos no figura siempre la referencia t. junto a desplazamiento. Tampoco han sido considerados los barcos cuya fecha de entrada en servicio no era con seguridad anterior al 8 de septiembre de 1943. Estos barcos serán considerados en las tablas de armamento a final de la obra.

AVIACION



AVIONES DE CAZA
Focke Wulf 190,
Heinkel 219 (a),
Dornier 217J (a)
y 217 N (a),
Messerschmitt
410 (b).



AVIONES DE BOMBARDEO
Focke Wulf 200 (c),
Dornier 217,
Heinkel 177,
Henschel 129 (d).



AVIONES DE RECONOCIMIENTO
Focke Wulf 189,
Arado 240,
Blohm und Voss 141,
Arado 231 (e),
Blohm und Voss 138 (e).



AVIONES DE TRANSPORTE
Dornier 24 (f),
Arado 232,
Junkers 290 (g),
Messerschmitt 323,
Blohm und Voss 222 (h).

(a) Caza pesado nocturno. (b) Caza-bombardero. (c) De gran autonomía usado para la caza antisubm. (d) De asalto. (e) Hidroavión. (f) Hidroavión de socorro. (g) Transporte-reconocimiento. (h) Hidroavión de transporte-reconocimiento.

HISTORIA SECRETA DEL AÑO MAS DRAMATICO DE ITALIA

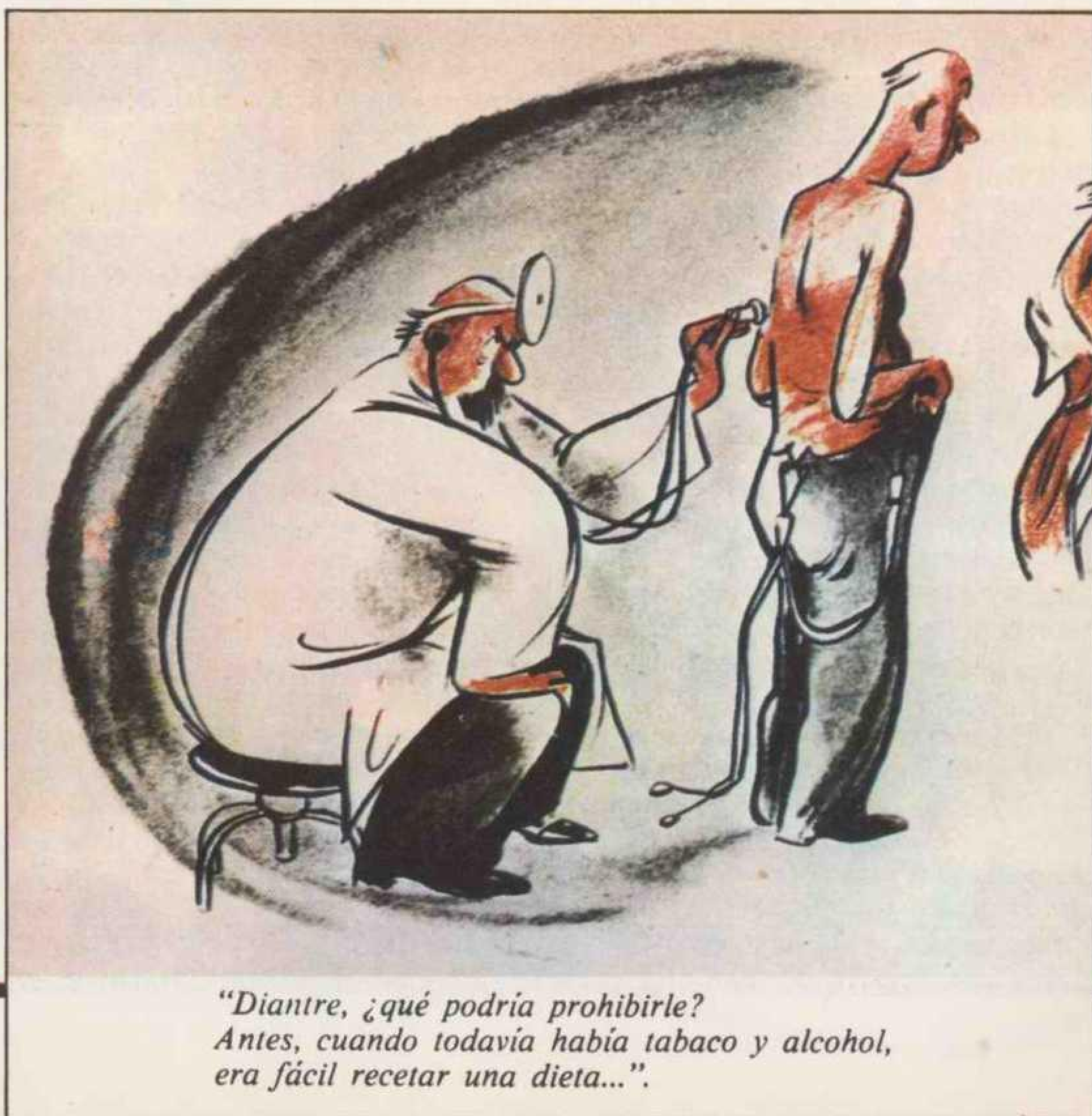
¿Cuál es el retrato de Italia que se descubre hojeando los periódicos de la época? Lo que aparece es sin duda aproximado. Los testigos dicen que la vida era más dura de lo que se deduce de los diarios y los semanarios, todos rigurosamente vigilados por el Ministerio de la Cultura Popular (MINCULPOP, como se decía en siglas). El espacio que había que dedicar a las diferentes noticias, el número de las columnas y la colocación de las noticias de mayor relieve: todo esto venía decidido desde Roma. La Italia que surge de estas páginas parece por eso un poco imaginaria y preocupada por problemas vagamente abstractos, alejados de la realidad contingente y tan dramática. En una convención de Turín se discute sobre la posibilidad de transformar los carros de combate en tractores cuando la guerra haya terminado. En Milán se trata de la oportunidad de una mejor colocación de las flechas de los refugios antiaéreos para regular el flujo y reflujo de los ciudadanos. En Bolonia el marqués Ridolfi, responsable de la Federación de Fútbol, "convoca" para anunciar los criterios que se seguirán en la lista de transferencias de jugadores y para comunicar que todas las sociedades de serie A, B y C serán sometidas al control administrativo de la Federación. Los economistas aluden sólo de pasada a la tremenda situación del balance estatal, en el que la guerra ha abierto fisuras irremediables, y prefieren disertar no sin sarcasmo sobre el fenómeno del absentismo obrero, una nueva plaga que está afligiendo ahora la potencia industrial americana, y no dejan de observar que Italia no corre riesgos de esta clase.
Desde Savona se indica que alguien ha soñado con su hijo combatiente y ha ganado 12.000 liras con una triple en la Lotería. Los sucesos del "frente interno" tienen en la prensa colocación menos vistosa, aunque se trate de un bombardeo que provocó miles de víctimas. La crónica negra sigue siendo inexistente, y precisamente por eso las escasas noticias toman un sabor más concreto. En Bérgamo un comerciante ha sido arrestado porque vendía yeso en vez de harina a más de 15 liras el kilo; en Florencia, un Tribunal condena a un tal Emo Nerucci a seis meses y diez días de reclusión por haber escuchado Radio Londres. En Venecia la policía ha arrestado a un "cazador de gatos errantes" que luego vendía como carne de conejo; noticias sobre distribución de géneros racionados: carbón, azúcar, pasta, cigarrillos, jabón...; prohibiciones varias, como la venta de municiones de caza.
Aunque nadie habla del mercado negro, todos saben que no hay manera de comprar ciertas cosas de otro modo. En los periódicos aparecen las relaciones de precios oficiales de los artículos, que sólo sirven hasta que los artículos se agotan. En Milán: patatas, 1,75 liras; calabacines, 1,80; cerezas, 5,70; jamón crudo, 43,20 el kilo; mortadela, 2,10 los cien gramos.
En Roma los precios van más detallados: las judías con hebra cuestan de 4,75 a 4,90; sin hebra, de 6,10 a 6,30; las calabazas selectas, 8,25; los melocotones son de tres calidades: los mejores cuestan 4,60, y los peores, 3,70.
El domingo 4 de julio el "Messagero" publica en tercera página el anuncio de la encíclica del Papa Pío XII en el XXV aniversario de su consagración episcopal, y debajo, con idéntico relieve tipográfico, el de la distribución de pollos y conejos. Las raciones alimenticias, por otra parte, eran insuficientes: todos tenían derecho a 20 gramos de carne y 150 gramos

En esta página y en la siguiente, dos viñetas humorísticas de 1943. ("Signal", dibujos de V. Malachowski.)



Orgullo de propietarios: "¡Esa tiene todavía una barra de labios!".

de pan, por lo general mezclado con harina de maíz o con centeno o con patata.
El editor Salani ha publicado un volumen de recetas de cocina escrito por una gastrónoma de buena voluntad, Lunella de Seta: "La cocina del tiempo de guerra". *La autora sabe que intenta una empresa desesperada y exhorta a sus lectoras a combatir su* "modesta batalla, la de los hornillos", *ya que así se puede participar también* "activamente en la resistencia interna de la nación, y aun estando en casa luchamos también nosotras para conseguir la victoria". *En la introducción, la autora aconseja remediar con* "exactitud estética, elegancia de la mesa, señorío en el modo de tratar y presentar las cosas" *esas* "particulares dificultades de suministro" *que llevan a las amas de casa a* "presentar comidas tan modestas que rozan la pobreza". *Pero sugiere abolir el mantel y usar* "platos y tazas de madera. ¡Buena madre madera venida directamente de la tierra!". *En cuanto a las recetas, es imposible preferir un ejemplo a otro; todos demuestran* "la sana frugalidad de los pueblos fuertes". *Se aconseja sustituir el queso sobre los tallarines por pasta de anchoa, y la mantequilla de los macarrones por requesón y un poco de agua caliente, mezclando aceite de oliva con semillas de linaza y mucha agua (mezclar en frío con una cucharada de vinagre, una pizca de sal y una punta de azafrán, hervir media hora y luego colar) para la ensalada; se sugieren menestras de copos de avena en caldo de extracto, y sopas de hierbas al azafrán; las castañas secas* ("las virtudes nutritivas de la castaña, tanto fresca como seca *—asegura Lunella de Seta—* son bien conocidas por todos. Y también se sabe que el caldo de castañas es un estupendo emoliente de las vías respiratorias, de aquí que se use por las noches, según las prescripciones de los buenos tiempos...). *Finalmente consuela a los* "golosos de café": "¡Cuántas quejas! Pero no hay que exagerar. Además, dramatizar una cosa como ésta en los históricos momentos que vivimos significa no tener firme conciencia patriótica".
Y en conciencia nadie puede negar la razón a la autora cuando observa que "hay muchas otras cosas en que pensar seriamente aparte del aroma de una humeante taza de café", *por lo demás muy bien sustituible —asegura— por vino caliente o tisanas. Después de todo, el café* "puede excitar los nervios" *y en realidad es preferible no tomarlo.*
La única cosa que parece abundar son los comentarios a las cosas del día, de Mario Appelius. Periodista del "Popolo d'Italia" —diario oficial del fascismo—, Appelius está entre los comentaristas de la emisión radiofónica de las 20,20, dedicada a "cosas del día" y rigurosamente conforme a las directivas de propaganda del régimen. Appelius, inventor de la frase "que Dios requetemaldiga a los ingleses", suscita ya la hilaridad de la gente cuando pretende dar la impresión de que los peores reveses militares son a su modo victorias, o llegarán a serlo. Trata también de mostrarse ingenioso cuando al final, antes de acabar su emisión, desea "malas noches" a los tan odiados ingleses...



"Diantre, ¿qué podría prohibirle? Antes, cuando todavía había tabaco y alcohol, era fácil recetar una dieta...".

El relato de la caida de Stalingrado fue confiado a Amedeo Tosti, uno de los más expertos divulgadores de temas militares, autor de una monumental historia de la Gran Guerra. *"... En la jornada del 3 de febrero el mando supremo de las Fuerzas Armadas, en un comunicado conmovido y orgulloso, daba a la nación alemana el anuncio del glorioso final de la batalla de Stalingrado, presentando a la admiración y al reconocimiento de la patria a los protagonistas de la épica defensa: el VI Ejército alemán, una división de artillería antiaérea alemana, dos divisiones rumanas y un regimiento croata. 'Ellos han muerto', acababa el comunicado, 'para que Alemania viva'. Y no solamente Alemania, podemos añadir nosotros, sino Europa entera, con su milenaria civilización".*

Habría sido muy difícil mostrar más habilidad. Además, Tosti había encontrado el modo de hacer comprender que en la catástrofe de Stalingrado los italianos no habían tenido ninguna responsabilidad ni siquiera indirecta, y que los alemanes habían hecho todo por sí solos. Pocos días después el profesor Tosti era nombrado *"Inspector del Ministerio de Cultura Popular para Radio y Televisión"*. Era un nombramiento merecido.

Los alemanes parecían dedicados sólo a investigaciones de carácter militar, y el dictador rumano Antonescu confiaba a Mussolini que los científicos alemanes estaban poniendo a punto un cañón eléctrico de potencia inaudita. Se preguntaban si no sería ésta la famosa arma secreta de Hitler. En espera de las nuevas armas había que tener firmeza y paciencia. Los enviados especiales se debían limitar todo lo más a relatos pintorescos. Mientras se consuma la tragedia del ARMIR, desde el frente ruso el enviado Luigi Cucco cuenta la dedicación de los médicos *de uniforme azul*. En el "Corriere" narra la heroica historia de un telegrafista con el vientre desgarrado que *"resistiendo al dolor que le nubla los ojos y le corta el aliento"* continúa transmitiendo y finalmente comunica *"como si leyese una nota o una orden recibida del comandante 'herido grave a bordo, aparato en ruta de regreso'"*. Pero no se puede ir más lejos de esto, y los italianos tendrán que esperar al final de la guerra para enterarse de los detalles de la trágica retirada de Rusia. Cesco Tomaselli, otro enviado del "Corriere della Sera" en el frente oriental, trata de hacer comprender a los lectores más atentos y sin alarmar a la censura, que está sucediendo algo terrible. *"... Hacía un frío de muerte, eran por lo menos 35 los grados bajo cero; los motores no querían empezar a funcionar; en un abrir y cerrar de ojos los caballos estaban blancos de escarcha por el aliento que caía en forma de sutilísima nieve sobre sus lomos. Había que salvar a los caballos. Para un soldado de caballería salvar a su animal es un imperativo de honor. Sobre las pistas cubiertas de nieve suelta los soldados libraban de su peso a los caballos y marchaban a pie hundiéndose hasta las rodillas. Es la hora más cruda de la noche, cuando las últimas reservas de calor salían del cuerpo y sólo expresivos ojos hablaban de tanto sufrimiento, parecía que los caballos dijeran: 'Salvadnos, llevadnos fuera de este hielo maldito, haced todavía un esfuerzo por nosotros y os lo devolveremos, galoparemos con vosotros...'".* Cuando el articulo apareció en la tercera página del mayor diario italiano, caballos no había ya en Rusia, y lanceros quedaban pocos. El resto del ARMIR se estaba repatriando. En el Brénnero, los soldados bajaron del tren y besaron la tierra *"con los labios todavía agrietados por el hielo de la estepa"*, como cuenta Giulio Bedeschi. Les hicieron subir rápidamente a los vagones y les ordenaron cerrar las ventanillas. *"'La población no debe veros; es una orden', les gritaron, y ellos respondieron que no tenían la peste y que eran los alpinos que regresaban de Rusia. 'Qué alpinos ni alpinos! ¿No os veis? Por Cristo, ¿es que no os dais cuenta de que dais asco?'"*. Es decir, que se prefirió tenerlos alejados de la población civil para que nadie supiese lo que había sucedido.

Pero los responsables habían sido avisados, incluso Mussolini. Al final del invierno, el comandante del tercer batallón del 38º Regimiento de la "Ravenna" escribió una carta al subsecretario Bastianini para que la mostrase al Duce y le hiciese conocer la verdad. *"La tropa está orgánicamente destrozada, cansada y desconfiada. Lleva meses refugiándose de localidad en localidad, y en su mayor parte son soldados que han recorrido a pie por la nieve entre 400 y 800 kilómetros, combatiendo duramente, sin poder nunca reposar un tiempo conveniente. Ahora duerme en el suelo, amontonada en locales inadecuados, como un rebaño, sin paja y sin haberse podido despiojar del todo. El tifus petequial, o dermotifus, como se le quiere llamar ahora, ha hecho ya su aparición, y no se ha logrado eliminarlo por las condiciones en que se vive. Si tú, querido Bastianini, entrases en uno cualquiera de estos dormitorios, tendrías la visión viva y palpitante de un lazareto manzoniano... Ninguno, y repito, ninguno está en condiciones físicas de soportar todavía un invierno ruso en las trincheras... Y en los oficiales, tanto altos como bajos, predomina generalmente una sensación de rencor y desconfianza respecto a un régimen que es culpado de todos los errores. Late y se extiende un peligroso espíritu antifascista..."*. La carta fue mostrada a Mussolini, porque sobre el documento figura el sello "Visto por el Duce".

Pero las cosas habían llegado a un punto en que nadie podía hacer nada, probablemente, para cambiarlas. En una conversación con Giuseppe Bottai, el filósofo Giovanni Gentile, el ideólogo del fascismo, declaraba que creía "grave pero no desesperada" la situación, solamente porque a su juicio la alianza entre angloamericanos y rusos no duraría mucho. El mismo Mussolini siente el vacío extenderse en su torno. El 14 de abril alardea con uno de sus numerosos visitantes: *"Se dice que estoy acabado, agobiado, destrozado. ¡Ya lo veremos! ¡El sábado próximo comienza la tercera oleada!"*.

El 18 de abril, Mussolini, que ha reajustado el gobierno, ordena el cambio de la guardia hasta en la cumbre del partido. Liquida a Aldo Vidussoni —generalmente considerado una nulidad— y nombra secretario a Carlo Scorza. Del primero, Ciano había escrito en su diario: *"Tiene la medalla de oro, cuarenta y seis años, es licenciado en Leyes, y no sabría contar nada más de él"*, confirmando la impresión general de que era un incapaz. De Scorza todos saben muchas cosas. Ha sido escuadrista y apaleador de clara fama; su empresa más memorable fue la paliza a Giovanni Amendola en Montecatini. Los periódicos lo saludan como a un "puro" y subrayan que es un duro, el hombre adecuado para movilizar todas las energías del partido. Su primera iniciativa será la organización de escuadras punitivas a las que se encarga la misión de obligar a los fascistas

Uno de los carteles repartidos por el Ministerio de Propaganda cuando los bombardeos sobre las ciudades italianas empezaron a hacerse más intensos. Son los últimos intentos de levantar los ánimos con una propaganda belicista.

GLORIA DELL'AVIAZIONE ITALIANA



MEDAGLIE D'ORO AL VALOR MILITARE
CONCESSE AI COMBATTENTI DELL'AVIAZIONE ITALIANA

Nella prima guerra mondiale, 1915-1918 . . . . . n. 23

Nella guerra coloniale libica e nelle operazioni di polizia coloniale, 1923-1929 . . . n. 4

Nella guerra per la conquista dell'Impero e nelle operazioni di polizia coloniale, 1935-1937 . . . . n. 27

Nella guerra di Spagna, 1937-1939 . . . . n. 56

Nell'attuale guerra, dal 10 giugno 1940 all'aprile 1943 n. 90

COMO SE DIVERTIAN LOS ITALIANOS AL BORDE DEL ABISMO

Desde el 4 de julio de 1943 una disposición que los ciudadanos encontraron bastante molesta revolucionó la acostumbrada rutina del cálido verano romano: para marchar a la playa de Ostia era necesario hacerse con un permiso especial. Este fue probablemente el más evidente signo de los tiempos. Se había perdido ya Africa y Sicilia iba a ser invadida. Era necesario decir un cierto adiós al tan celebrado Mare Nostrum. El servicio municipal romano aprovechó la disposición para disminuir el número de autobuses y trolebuses de los domingos, lo que consentiría ahorrar mucho en el irremediable gasto de los neumáticos. Esta es una noticia que por sí sola da la medida del año increíble que fue 1943, sin duda el más dramático de la historia de Italia.

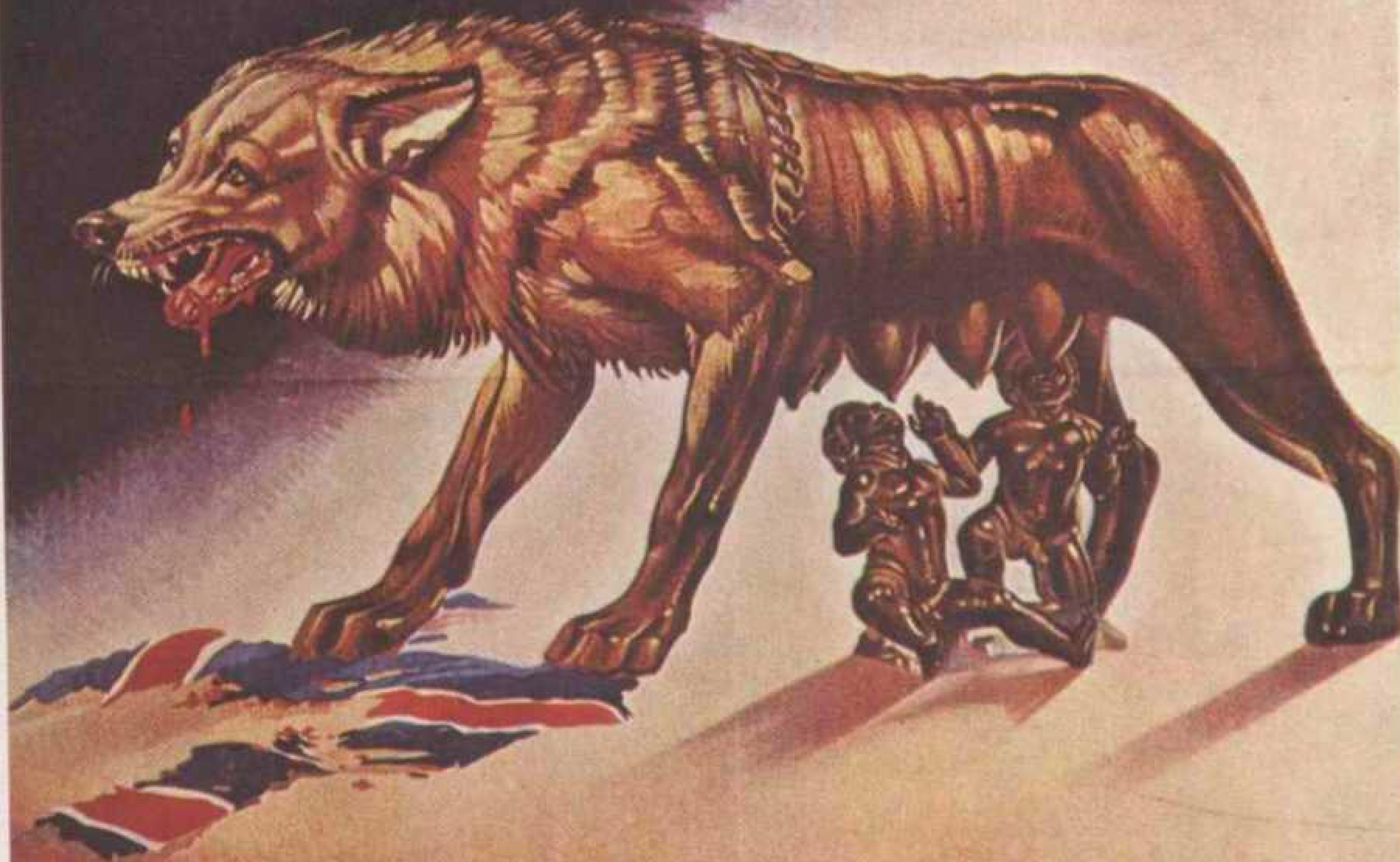
Las noticias menos deprimentes de los periódicos son las de los espectáculos y el deporte. ¿Y cómo se divertían los italianos al borde del abismo? En aquel verano incipiente, el "Fútbol ilustrado" dedica la cubierta a Valentino Mazzola, que con un espléndido gol de cabeza conseguido en el campo de Bari en el minuto 87 gana el partido a un Turín que todavía no se había convertido en "el gran Turín". Segundo clasificado, el Livorno. Nadie piensa suspender el campeonato de fútbol como se hizo en el 1916-17 y 18.

En enero los locales de Milán proyectan "Celos", con Luisa Ferida, en el Odeón; el último episodio de "Los Miserables", con Charles Vanel, en el Supercinema; "Pastor Angelicus", en el Diana, y "Adiós Kira", en el Meravigli; "Sangre vienesa", en el Filodrammatici; "Tren de lujo", en el Giardini. Hay hasta un film de Ingrid Bergman, la actriz sueca que precisamente aquellos días está rodando en Hollywood "Por quién doblan las campanas" y acaba de interpretar "Casablanca"; se proyecta en el Ambasciatori y es un film alemán de 1939: "Sólo una noche". En el Corso se pondrá en febrero un film musical de producción alemana, "Annuscka", y un crítico susceptible no dejará de observar que "mejor podría haberse traducido este título por 'Annetta'". *Pero el éxito de la temporada es el film más reciente "Esta noche no hay nada nuevo", de Mario Mattoli, con Alida Valli y Carlo Ninchi; es proyectado a la vez en cuatro cines milaneses. Aparece esos días "Los dos Fóscari", con Rossano Brazzi, Carlo Ninchi, Regina Bianchi y Memo Benassi; la crítica observa que el argumento* "valía quizá la pena de ser enfocado con una mirada más franca y sin prejuicios". *En esos mismos días Luchino Visconti está terminando de rodar "Obsesión", con Clara Calamai, que será el film más libre y nuevo de la cinematografía italiana, ya que inaugurará la era del neorrealismo y acaso por eso, cuando se presenta en primavera, se hace derivar rápidamente hacia las salas de reestreno. Por el contrario, a fines de febrero será un gran éxito "Mater dolorosa", un film patriótico de la época del "Risorgimento", con Claudio Gora y Mariella Loti. Hay una gran invasión de películas de argumento militar. En mayo llega a las pantallas "Los trescientos de la 7.ª", que narra* "la heroica epopeya de nuestros alpinos, ilustrada a través de los episodios de la guerra en Grecia, y que ha sido interpretada por oficiales y soldados de la primera y segunda división Cuneense". *El film no será un éxito. Acaso la gente hubiera aplaudido más a los intérpretes si hubiera sabido que ya las estepas rusas se los habían tragado a casi todos. Otro film de este tipo es "Gente del aire", con Paolo Stoppa de uniforme de oficial de aviación. Se trabaja en dos películas en cierto modo excepcionales: el dibujo animado titulado "El fin de John Bull" y "Piazza San Sepolcro", de Gioacchino Forzano. En Piazza San Sepolcro bautizó Mussolini al fascismo, y Forzano, que es una especie de profeta del Duce, dice a los periodistas que trata de explicar las raíces históricas del fascismo y de la aversión inglesa al régimen. El suyo será un film de época que contará la lucha de Inglaterra contra las ideas de la Revolución francesa. El film comenzará en 1794, pero podría empezar aún antes, pues como indica Forzano a un periodista,* "los ingleses no pueden desmentir su origen" *por cuanto* "descendientes de los cartagineses y fenicios, vendían pieles de animales y esclavos; este pueblo no ha cambiado su comercio...". *Forzano, que ha escrito el argumento y el guión de este engendro, está ahora dirigiendo a los intérpretes en los estudios de Tirrenia y ha reconstruido en el plató la sala de la Convención, poniendo*

también algunas fasces lictorias. Los actores del film, que nunca verá la luz, son Rossano Brazzi, Osvaldo Valenti (Napoleón), Ermete Zacconi, Vivi Gioi y Gualterio Tumiati.
Parece que el oscurecimiento, obligando a los italianos a quedarse en casa por la noche, haría aumentar la tirada de los libros, pero es difícil comprobar si esto es cierto. Pero sí es verdad que en el invierno del 43 el editor Mondadori lanza una colección de poesía todavía viva y vital, "El espejo". Salen "La alegría" y "Sentimiento del tiempo", de Giuseppe Ungaretti, y en abril será el turno de "Y de pronto es de noche", de Salvatore Quasimodo; salen "Con la muestra del tramposo", un libro de relatos de Leonida Repaci (Ceschina), y una novela de Armando Meoni, "Pobres mujeres" (Vallecchi).
También es interesante la actividad teatral. En Milán y Roma triunfa Macario con "El grillo en el castillo", y Rascel trata de hacerle la competencia con "Todo es posible". En el Nuovo, de Milán, se dará luego "El barón de Gragnano", de Vincenzo Tieri, con Ruggero Ruggeri, y en el Lírico, Nino Taranto presenta "Nosotros los ricos". En Roma, Paola Borboni tiene en primavera un gran éxito personal con "Amiga de las mujeres", de Pirandello, mientras Sarah Ferrati y Tino Carraro llevan al éxito "La profesion de la señora Warren" de Shaw, el más ilustre comediógrafo inglés, pero "su nacimiento irlandés le permite ser representado en Italia.

a llevar el distintivo del partido en el ojal.
La secretaría de Vidussoni había naufragado también por una increíble e inquietante novedad: una oleada de huelgas en Turín, Milán y Génova. Motivadas inicialmente por razones económicas —se pedían 192 horas pagadas al mes, indemnización por carestía de vida, aumento de las raciones alimenticias—, las huelgas asumieron pronto un significado político, y no se le ocultó a nadie que son el resultado de un paciente trabajo clandestino y de una irrefrenable rabia de la clase obrera. El primer paro debía empezar a las diez del 5 de mayo en la Fiat Mirafiori. La señal sería dada por la sirena que a aquella hora hacía la diaria prueba de alarma aérea. Un espía había puesto sobre aviso a la dirección y aquella mañana la sirena no sonó, pero al cabo de pocos minutos el trabajo se detuvo igualmente. La acción se propagó como una mancha de aceite, aunque la policía irrumpiera en las fábricas y practicara muchas detenciones. A

La loba romana desgarra la "Union Jack", la bandera inglesa. Es un cartel. del Banco de Roma para un empréstito destinado a sostener la economía de guerra.



final de mes toda la industria bélica nacional resultó paralizada. El gobierno trató de minimizar el suceso (en los periódicos no salieron noticias de las huelgas) y Mussolini empleó incluso una ironía un poco amarga, pero los alemanes se alarmaron. Era la primera huelga italiana en veinte años y era también la primera huelga dentro de las potencias del Eje.

Mientras la ofensiva aérea del enemigo seguía haciéndose más intensa, los periódicos ilustraban el método para afrontar los incendios: hay que cubrir las terrazas con cinco centímetros de arena, conviene sacar de los desvanes los muebles viejos y otros objetos inflamables, "ignifugar" los cobertizos de madera y cubrir con sacos terreros las aberturas externas. Para defenderse de las ondas de aire es bueno también abrir las ventanas al aviso de la alarma aérea. En un semanario, en la sección "Cómo se dice", se ilustra el significado de palabras como "Alerta", "Antiaéreo", "Colaboración".

También la publicidad económica refleja en cierto modo la situación general.

La "Julia" desfila por las calles de Sulmona al llegar del frente ruso. A pesar de todos los intentos, el régimen no pudo disimular la derrota sufrida en Rusia por las fuerzas del Eje.

En Roma una empresa municipal se ofrece para adaptar "urgentemente" los sótanos y convertirlos en refugios. En Milán y Roma hay quien busca ropa usada y la paga a buen precio. Son muy buscados los trajes masculinos de lana de antes de la guerra. Un previsor universitario romano anuncia que se ha licenciado con una tesis sobre "Resarcimiento de los daños de guerra".

El primer domingo de julio, Alejandro Pavolini escribe en el "Messaggero", del que es director, que si trataran de intentar un desembarco, los angloamericanos se acordarían pronto de que *"las costas de Italia no son las del África francesa"*.

El 11 de julio —en la víspera del desembarco en Sicilia—, el periódico intenta todavía tranquilizar a los lectores destacando algunas palabras que el Duce ha dictado por teléfono al director Pavolini: *"Hay que distinguir entre desembarco, penetración e invasión. Es muy claro que si esta tentativa falla, como es mi convicción, el enemigo no tendrá más cartas para derrotar al Tripartito. Es preciso que apenas el enemigo intente desembarcar, sea clavado en esa línea de la arena que los marineros llaman 'bagnasciuga', donde termina el agua y empieza la tierra. Si por ventura pudiesen penetrar, hace falta que las fuerzas de reserva se precipiten sobre los desembarcados para aniquilarlos hasta el último. De modo que se pueda decir que han ocupado una orilla de nuestra patria, pero la han ocupado quedando para siempre en posición horizontal, no vertical"*.

Desde el café Aragno, escritores y periodistas comentan amargamente aquella noche el último despropósito lingüístico de Mussolini, el uso impropio de la palabra "bagnasciuga", a la que los marineros han atribuido siempre otro significado, es decir, la faja del casco de un buque entre las líneas de flotación en carga y en lastre. Realmente se hacen algunos comentarios bromistas sobre el error y se habla más bien del desembarco aliado, que ya se considera inminente y que todos parecen esperar con el fatalismo con que se esperaría el inevitable fin del mundo. Las noticias dejan entrever una impotencia que da temor. Hace pocas semanas las palabras rimbombantes tendían a alimentar absurdas esperanzas, y ahora se abre camino la más cruda verdad. Italia ha perdido irremediablemente la guerra y toda la culpa es del régimen.

El Rey, los generales que cuentan, y los industriales están buscando el modo de quitarse de encima a Mussolini, el "Duce del fascismo", el hombre que es ciertamente el mayor responsable de todo. Piensan —o al menos esperan— que quitándole de en medio todo será más fácil frente al enemigo y frente a los italianos. Las cosas resultarán muy distintas.



EL GHETTO EN LLAMAS

En la primavera del 43, los judíos de Varsovia, obligados a vivir en condiciones inhumanas, se rebelaron. Una "batalla" sin esperanza que acabó en exterminio.

En la primavera del 43, los polacos de Varsovia, obligados a vivir en condiciones miserables bajo la ocupación alemana, podían consolarse amargamente pensando que había gente que estaba peor que ellos. Eran los judíos, que los alemanes habían confinado en diversos ghettos ciudadanos, verdaderas prisiones, condenándoles a morir lentamente de inanición.

El ghetto más populoso de Polonia era el de Varsovia, y todavía hoy algunas calles y plazas de la capital polaca recuerdan viejos nombres de la zona del ghetto a la que va unida una historia de lágrimas y de sangre: calle Pawia, en el Ghetto Grande, donde se levantaban las horrendas prisiones en que fueron encerrados quinientos niños menores de doce años; calle Zamenhofa y calle Mila, nido de la resistencia judía; calle Kozla y calle Swientojerska, donde de noche se realizaba el contrabando del pan; la larga y recta calle Niska, sede del Consejo Judío y su caótico "centro de prófugos"; la plaza Tlomackje, dominada por la sina-

En el lugar donde se encontraba el corazón del barrio judío en Varsovia, ahora sólo hay un amplio espacio abierto en el que se alza el monumento dedicado a los mártires del ghetto.



goga y reino de bandas de asaltadores; la calle Leszno y el cuartel de la "Trece", la torva policía de abastos que trabajaba de acuerdo con la Gestapo. Dos manzanas más allá estaba la calle Chlodna con el "puente maldito" que cruzaba por encima. Era un puente de madera, alto como dos pisos de una casa, y allí montaba la guardia un SS al que los judíos habían apellidado "Frankenstein" porque todos los días mataba a alguno de los transeúntes. Por allí se entraba en el Ghetto Pequeño: la calle Twarda y el hospital, las calles Wielka y Sienna que representaban los "barrios altos" habitados por la aristocracia hebrea y por los judíos bautizados, y donde se veían *"damas elegantes, maquilladas, caminando tranquilamente con el perrito de la correa, como si la guerra no existiese".* Pero cerca del cementerio, a la salida de la calle Stawki, estaba la *Umschlagplatz* o "plaza de trasbordo", la estación Norte de Varsovia de la que partían los trenes de deportados en dirección a los campos de liquidación de Treblinka y de Majdanek (340.000 judíos de 500.000 desaparecieron en aquellos campos de exterminio).

LINEA DE TRANVIAS
PUNTOS DE ENTRADA



Pero la nueva Varsovia conserva solamente los nombres más significativos del viejo ghetto. De aquellos edificios no ha quedado en realidad piedra sobre piedra, y han tenido que recordarlos con una lápida.
El ghetto de Varsovia había sido creado por los alemanes en el verano de 1940 aduciendo el pretexto de que hacía falta un campo de cuarentena, de modo que tanto los judíos como los arios que quisiesen trasladarse a la capital polaca serían obligados inicialmente a residir en esta zona. Era un rectángulo de cuatro kilómetros de largo y dos y medio de ancho que, además del antiguo ghetto medieval, comprendía las calles del barrio industrial, vecino al distrito gubernativo, y con una esquina rozaba el Vístula. La autopista hacia Posen y Berlín la cruzaba por la mitad. En una primera etapa la separación fue realizada con empalizadas y alambre de espino, y los alemanes se cuidaron mucho de excluir del ghetto los jardines públicos, los prados e incluso las avenidas de árboles, de modo que —como atestigua el historiador Leon Poliakov— *"el aire puro se convertía en una verdadera mercancía preciosa, y los propietarios de los escasos árboles exigían un precio especial por el derecho a sentarse bajo ellos".*
El 2 de noviembre de 1940 el gobernador de Varsovia, Fisher, ordenó la creación de un ghetto para *"evitar el peligro de una epidemia".* La misma ordenanza evacuó de la zona a los 90.000 habitantes polacos y trasladó allí a los judíos de Varsovia. La noche del 15 de noviembre, sin aviso previo, los alemanes bloquearon todas las salidas del ghetto, y de buenas a primeras más de 100.000 judíos que hasta aquel momento habían trabajado normalmente en el resto de la ciudad *(la Otra Parte,* como la llamaban los cronistas del ghetto) se encontraron sin ocupación y tuvieron que buscarse un empleo en el interior de aquel recinto. La densidad de su población subió de golpe a 5-6 personas por habitación.
Es difícil precisar cuántos habitantes tuviese el ghetto. Según el censo de octubre de 1939, por aquel entonces figuraban como habitantes de Varsovia 359.827 judíos. Después de la institución del ghetto, y cuando con el nuevo año la zona fue delimitada con un muro de piedra y ladrillo de cuatro metros de alto y dieciocho kilómetros de largo, haciendo prácticamente imposible la evasión, otros 150.000 judíos llegaron de provincias. Se puede calcular, pues, que entre 1941 y 1942 el ghetto alojó casi 500.000 personas. Esta cifra representaba casi la mitad de la población de Varsovia, mientras que la zona delimitada no era más de la vigésima parte de todo el territorio metropolitano.

En la página izquierda aparece un plano parcial de la ciudad de Varsovia en el que se delimita la parte ocupada por el ghetto.

Arriba, el puente de madera que permitía a los recluidos atravesar la calle Chlodna sin salir de la zona que les estaba reservada.



Varios meses más tarde, también este exiguo espacio —que encerraba mil quinientos edificios, tres iglesias y un hospital— fue nuevamente modificado. Sus habitantes podían salir de allí solamente para el trabajo, en columnas y bajo la escolta de guardias polacos o ucranianos. En los catorce accesos los centinelas disparaban sin previo aviso contra los judíos que se aproximaban demasiado. Las comunicaciones postales estaban prohibidas; muchas veces faltaban el gas y la luz durante semanas y semanas, salvo en el horario de 10 de la noche a 7 de la mañana; las líneas telefónicas y de tranvías estaban interrumpidas. Por dentro del ghetto estaba permitida sólo una línea especial de tranvías de caballos, que llevaba la estrella de David y estaba administrada por la empresa Kon y Heller, dos socios traficantes y confidentes de la Gestapo.

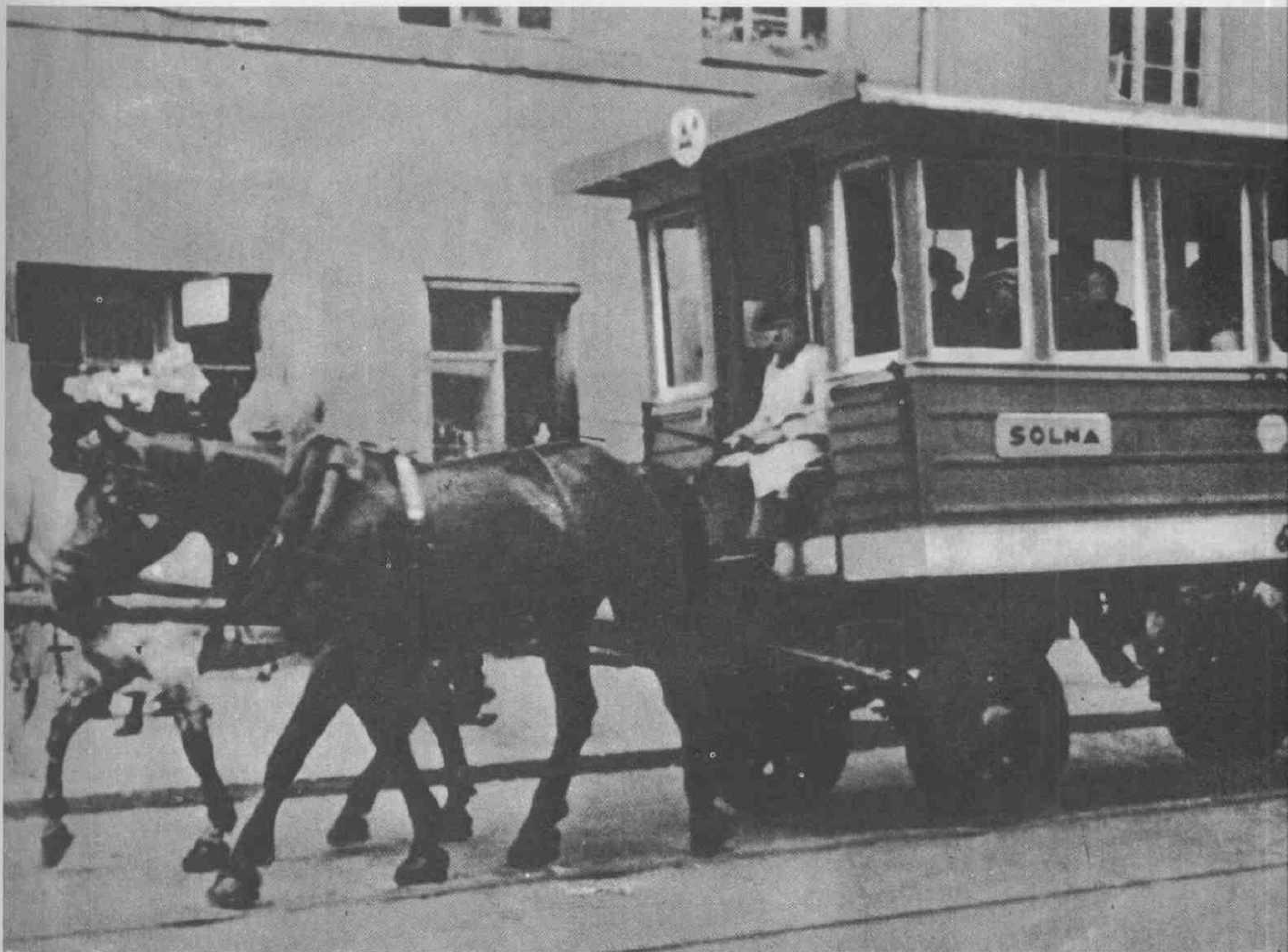
Ya que los muros de ladrillos eran

A la izquierda, algunos operarios judíos levantan el trozo de muro que cercaba el ghetto cortando la calle Krzyska.

Debajo, un vehículo de la línea especial de tranvías de caballos que funcionaba en el interior del barrio, administrada por la empresa Kon y Heller.

movibles —y atravesaban también pa tios, cortaban calles y a veces separaban una manzana de otra—, los límites del ghetto fueron progresivamente restringidos por los alemanes, que evacuaron los judíos a su interior. En la calle Sienna, situada en el extremo este, se hallaban dos filas de casas bastante confortables, y allí habitaban entre 5.000 y 6.000 judíos ricos que habían logrado evitar la amenaza de un traslado forzoso, en octubre de 1940, pagando a las SS cuatro kilos de oro por persona.

En otoño del año siguiente, en el curso de pocos días, tuvieron que abandonarlo todo y mudarse. Posteriormente el ghetto fue cortado en dos —Ghetto Grande y Ghetto Pequeño—, y aún más tarde fue transformado en una serie de islotes siempre rodeados por el muro. Así, en la primavera de 1942 el amontonamiento alcanzó la densidad de catorce personas por habitación. El primer efecto de esto fue un claro aumento de la mortalidad. El 9 de septiembre de 1941 el gobernador general nazi, Hans Frank, el "verdugo de Polonia" que terminaría ahorcado en Nuremberg, dijo a los miembros de su gabinete que en el ghetto de Varsovia había 2.405 casos de tifus, de modo que había que aplicar la pena de muerte al que intentase salir de allí, y añadió que había recibido *"con alivio"* la ordenanza de policía que permitía disparar sobre los judíos que se descubriera por las calles. De todas las epidemias que estallaron en el ghetto, la del tifus exantemático provocó 15.749 víctimas. Las muertes de judíos, en Varsovia, habían sido 344 en junio de 1939 (vísperas de la guerra), pero subieron a 1.094 en abril de 1940, a 4.290 en junio de 1941 y a 5.700 en septiembre del mismo año. Las enfermedades estaban causadas sobre todo por la desnutrición. Los abastecimientos habían sido reducidos de tal modo al mínimo —con la exclusión de los alimentos indispensables: carne, pescado, verdura fresca y fruta— que a tal ritmo, calculaban los médicos judíos, la población del ghetto sería liquidada por hambre a la vuelta de cinco años. Según las disposiciones oficiales en materia de alimentación —comunicadas por Alberto Nirenstajn—, a los alemanes de Varsovia correspondían diariamente 2.310 calorías, a los extranjeros 1.790, a los polacos 634, y a los judíos 184. Por el contrario, era proporcionalmente inverso el precio en dinero que cada una de estas categorías pagaba de media por sus calorías: los alemanes, 0,3 *zloty*, los extranjeros



LA PUERTA DE LA VIDA SE HA CERRADO

Del diario del profesor Ludwig Hirszfeld, de la Universidad de Varsovia, internado en el ghetto:

"... La puerta de la vida se ha cerrado detrás de nosotros. Tenemos la impresión de haber pasado de un lugar aireado a una prisión fétida y superpoblada. Ya no somos hombres, sino sólo parte de una masa repugnante. Cualquiera puede golpearnos. En la parte 'aria' de Varsovia una hectárea tiene diez veces menos habitantes que en la parte 'no aria'. Allí se quiere anular solamente la inteligencia; aquí, la misma vida física. Allí al menos se puede vegetar como esclavos; aquí, cada uno de nosotros está destinado a una muerte miserable. Las calles están tan llenas de gente que a duras penas se puede caminar. Todos vestimos de harapos. Muchas veces no se posee ni una camisa. Por todas partes hay rumores y gritos. Voces agudas y penosas de niños dominan el rumor. Gritan: '¡Vendo helados, cigarrillos, caramelos!'. Nunca podremos olvidar estas voces. Sobre las aceras se amontonan los excrementos y desechos. Con frecuencia un niño arrebata a un transeúnte el paquete que lleva en las manos y, huyendo, se arroja famélico sobre su contenido si es comestible. Naturalmente, la gente persigue al niño. Pero aunque lo capturen y le peguen, el niño continúa devorando lo que ha encontrado. La sensación de estar encerrados en prisión viene reforzada por el hecho de que en todas partes hay muros y alambradas. Las autoridades han pensado aislar de este modo a los portadores de bacilos peligrosos. Ante todas las puertas del ghetto está el servicio de guardia. Lo componen un par de alemanes que miran a todos con desprecio, agentes polacos y miembros del 'servicio de orden' judío, que son abofeteados si no siguen exactamente las órdenes recibidas. En el interior del ghetto los niños son siempre innumerables. Por parte 'aria', grupos de curiosos miran el espectáculo miserable de estas hordas humanas vestidas de harapos. Pero estos niños son los verdaderos sostenedores del ghetto. Apenas un alemán mira un segundo para otro lado, corren rápidos a la parte 'aria'. Esconden el pan allí comprado, las patatas y otros artículos alimenticios bajo sus harapos, y luego esperan, para volver adentro, a que el centinela alemán se distraiga un momento".



0,80, los polacos 2,6 y los judíos 5,9. Sin embargo, sólo 27.000 judíos del ghetto tenían permiso para trabajar. El obrero judío especializado, prestando su trabajo a los alemanes, recibía entre dos y cinco *zloty* al día; pero un kilo de pan negro costaba en el mercado libre entre 10 y 12 *zloty*, el pan blanco 20-25, y el tocino 250. Las raciones para los habitantes del ghetto fueron todavía reducidas en septiembre de 1941. Mientras la población polaca re-

A la izquierda, dos miembros del cuerpo de policía colocado teóricamente a las órdenes del Consejo Judío. A pesar de esta aparente forma de autogobierno, los judíos del ghetto estaban en todo y para todo bajo control alemán. A veces era posible evitarlo, al menos materialmente, como lograban hacer a diario los niños (arriba, a la derecha), que desarrollaban una utilísima actividad de contrabando.



cibia 1.250 gramos de pan a la semana, los judíos sólo obtenían 920, aparte de 295 gramos de azúcar al mes, 103 gramos de mermelada y 60 gramos de grasas. El gobernador Frank dijo, sin embargo, que se darían al ghetto distribuciones especiales. La primera —anotada por Mary Berg— tuvo lugar al principio de diciembre y consistió en un cargamento de patatas de desecho, que se habían helado y que originariamente estaban destinadas a los soldados del frente ruso. Un periódico clandestino judío, en verano de 1942, hablaba en estos términos del hambre del ghetto: *"... El 50 por ciento de la población se muere literalmente de hambre, el 30 por ciento sufre el hambre de 'modo normal', y el 15 por ciento no come lo suficiente"*. Ninguno se libraba de la muerte por hambre: *"... Docenas de desgraciados morían por las calles, y los transeúntes recubrían rápidamente los cadáveres con periódicos en espera de que el coche de las pompas fúnebres viniese a recogerlos"*. Uno de los cronistas del ghetto, Emmanuel Ringelblum —que sería fusilado por las SS el 7 de marzo de 1944 junto a su mujer y a su hijo—, cuenta en sus apuntes de diciembre de 1941: *"... Una impresión terrible, simple-*

Abril de 1943

5 de abril

Intensa incursión aérea americana sobre Amberes.

6 de abril

El VIII Ejército inglés ataca a las tropas italianas cerca de Guad Akarit.

7 de abril

El I Ejército italiano se retira hacia el norte después del ataque inglés en Guad Akarit.

8-9 de abril

Encuentro entre Hitler y Mussolini en Klessheim. Las tropas inglesas ocupan Sfax.

10-11 de abril

Bombardeo sobre Francfort del Mein.

13 de abril

La radio alemana anuncia el descubrimiento de las "fosas de Katyn". En las fosas comunes de Katyn, cerca de Esmolensko, yacen los cuerpos de casi 10.000 oficiales polacos, muertos por los soviéticos en 1940-41.

13-14 de abril

Los ingleses bombardean La Spezia.

14 de abril

Encuentro en Washington entre Roosevelt y Eden. Se establece que, concluida la guerra, Prusia oriental será anexionada a Polonia.

14-15 de abril

Intenso bombardeo aéreo inglés sobre Stuttgart.

15 de abril

Incursiones aéreas aliadas sobre Catania, Messina, Nápoles y Palermo.

16-17 de abril

Incursión aérea alemana sobre Londres. Encuentro en Klessheim entre Hitler y Horthy.



Entrada a la jefatura de la policía judía, único órgano ejecutivo y administrativo reconocido por los alemanes y autorizado a actuar en el ghetto.

---

mente monstruosa, causan los niños que piden limosna... De noche, en la esquina de las calles Lezno y Karmelicka, se oye llorar a los niños desesperadamente. Aunque oiga todas las noches este llanto, no me he habituado y tardo mucho en coger el sueño...". Y en otro lugar: *"... De estas escenas horrendas me ha sido contada una, sucedida a la altura del 24 de calle Muranowska, donde un pequeño mendigo de seis años ha estado agonizando toda la noche, demasiado débil para volverse de lado y coger un trozo de pan que le habían echado desde un balcón".*

En verano de 1942, a los fallecidos por desnutrición, que llegaban a la increíble cota de 140 anuales por cada mil habitantes, se añadieron las deportaciones. En julio fueron deportados 66.701 judíos, en agosto 142.523 y en septiembre 54.069, mientras que la media de ejecuciones en el ghetto fue de 1.952 fusilados al día entre el 1 y el 30 de septiembre de 1942.

En el ghetto, antesala del campo de concentración y del exterminio, los ale-

LOS NIÑOS CONTRABANDISTAS

Del diario del profesor Ludwig Hirszfeld, de la Universidad de Varsovia:

"Los guardias alemanes se comportan de diversos modos, aunque sólo raramente sucede que un alemán sonría a un niño y lo anime prudentemente a deslizarse fuera. En tal caso, el hombre es ciertamente un padre de familia, y los pequeños judíos le recuerdan a sus hijos. No todos los guardias alemanes son asesinos ni carniceros, pero por desgracia muchos toman las armas demasiado pronto y disparan sobre los niños. No se querría creer, pero todos los días son llevados al hospital niños heridos por arma de fuego. Todos los judíos deben llevar el brazalete con la estrella de David. Se exceptúan sólo los niños. Por eso, éstos tienen más fácil el contrabando de alimentos. Muchas veces, desde el tranvía que recorre la calle "aria" paralela al muro, los niños arrojan paquetes en el ghetto. Luego saltan del vehículo y penetran velozmente. Los niños escalan también los muros, pero esto debe hacerse muy aprisa antes de que el centinela se vuelva. Si descubre un niño que trepa al muro, dispara en seguida. '¡Orden de guerra del Führer!'. Si un día se debiera levantar un monumento a los muertos, debería tener esta dedicatoria: 'A los desconocidos niños contrabandistas'. Millares de mendigos cubiertos de harapos recuerdan a la India hambrienta. Se ven espectáculos horribles. Una madre casi inane intenta nutrir a su hijo con su pecho agotado. Cerca de ellos yace el que quizá es otro hijo suyo, muerto, de más edad. En medio de la calle se ven moribundos con los brazos abiertos y las piernas hinchadas, con frecuencia congeladas. Los rostros están deformados por el dolor. Por lo que he oído decir, a los niños-mendigos les amputan con frecuencia dedos congelados".

manes no ejercían directamente la autoridad. Dentro del recinto no había oficinas administrativas nazis, ni unidades de las SS o de la Wehrmacht. El ghetto estaba dirigido por un Consejo Judío, nombrado por los alemanes después de la ocupación de Varsovia, y presidido por el ingeniero Adam Scerniakov. El Consejo tenía a su disposición un cuerpo de policía (judía) compuesto por más de dos mil hombres, desarrollaba las funciones administrativas usuales —como imponer tasas, reclutar mano de obra, organizar la beneficencia, administrar la justicia y proveer a la enseñanza— y podía montar fábricas y laboratorios donde, con las materias primas suministradas por los alemanes, se trabajaba para la Wehrmacht.

El movimiento económico oficial, en el ghetto, venía dado por la entrada de los géneros alimenticios y por los procedentes de las fábricas. A este estado de negocios, más bien modesto, se añadían los beneficios del mercado negro (no era difícil, ha dejado escrito Ringelblum, ver a un hombre morir de hambre sobre la acera a pocos pasos de un café donde se servían dulces, pasteles y bebidas), y las compras realizadas fuera de mercado por los judíos con joyas y dinero salvados de las batidas alemanas. El contrabando era una de las mayores actividades, y hubo un momento en que el pan del mercado negro costaba más en Varsovia que en el ghetto. Las mercancías más buscadas eran la harina y las patatas. Los grandes traficantes obtenían la complicidad de los guardias alemanes y ucranianos. Los otros se servían de niños judíos que salían ocultamente del ghetto introduciéndose por huecos del muro o incluso a través de las alcantarillas. Aunque las muertes eran continuas (un tal Wilner, vecino de la calle Mila, 11, fue arrojado por la ventana con todos sus muebles, y le dispararon mientras caía), los contrabandistas se libraban, generalmente, con una tanda de latigazos, porque la Gestapo y las mismas "incorruptibles" SS estaban interesadas en el contrabando. Considerando al Consejo Judío incapaz de impedir el problema, los alemanes formaron una comisión especial —independiente del Consejo— con encargo de combatir el mercado negro. Esta comisión fue conocida por la *Trzynastja*, es decir, la "Trece", por su dirección en la calle Leszno, y llevaba brazaletes verdes como fuerza de policía. Dirigida por Abraham Gancwajach, fue misteriosamente disuelta meses después, y algunos supervivientes del ghetto la acusaron de ser una banda de chantajistas. Parecidas acusaciones de corrupción y codicia fueron hechas, después de la guerra, a los Consejos Judíos de todos los ghettos polacos, pero se trata de una materia difícil de aclarar. El ejemplo más desconcertante es el del "rey" Chaim Rumkowski, presidente del Consejo Judío del ghetto de Lodz, que fue un dictador omnipotente que asumía apariencias de un jefe de estado (y se jactaba, efectivamente, de crear un "Estado judío libre"), emitía sellos, acuñaba moneda y se arrogaba el derecho de arrestar y conceder gracia.

A los alemanes, naturalmente, les servía sólo como jefe de los judíos de Lodz, como ejecutor celoso de sus órdenes, aunque en el momento de la evacuación del ghetto, en agosto de 1944, Rumkowski *"fue subido por las SS a uno de los últimos vagones que partían, exactamente como el más anónimo de sus súbditos de poco antes"*.

En el ghetto de Varsovia el ingeniero Scerniakov no fue nunca un dictador, aunque los alemanes le dieron derecho a tener un automóvil y de llevar *"un tono de vida casi real"*. En julio de 1942, antes de dejarse comprometer a la operación de "traslado al este" de sus judíos, se suicidó.

En aquel tiempo de persecución y aniquilamiento, la comunidad judía del ghetto de Varsovia tuvo una intensa vida política (polémicas entre los partidos, debates ideológicos, relaciones con el gobierno polaco en el exilio, con Moscú y con Palestina), y vio un florecimiento inesperado de los sentimientos religiosos, un impulso genuino de solidaridad, y un renovado y profundo interés por las artes y las ciencias especulativas. Muchos teatros prosperaron, se escribieron comedias y poesías; pintores, músicos y conferenciantes eran disputados por los varios círculos de cultura y obtuvieron ayudas —no del todo desinteresadas— incluso de figuras ambiguas como el jefe de la "Trece" y los "magnates del ghetto" Kon y Heller. Las escuelas para niños

NO QUERIA QUITARME EL SOMBRERO

Del diario del profesor Ludwig Hirszfeld, de la Universidad de Varsovia:

"Marchando al trabajo hay que descubrirse ante el centinela. Si alguno no se quita el sombrero, el guardia dispara sobre la columna en marcha. No quería quitarme el sombrero cuando pasara la primera vez con mi mujer y mi hija delante del centinela. Después de todo, pensaba que alguno debería conservar la dignidad. Pero detrás de mí sonó una voz: 'Eh, usted, no nos comprometa a todos'. Y así también yo tuve que obedecer. Al principio los judíos fueron obligados a saludar a todos los alemanes. Después se dio la orden de no saludar a los alemanes. Por consiguiente, los judíos empezaron a recibir bastonazos, porque habían saludado o porque no habían saludado. Por esta razón muchos ya no llevábamos sombrero.

De vez en cuando algunos autobuses atravesaban el ghetto. Se veían por las ventanillas rostros curiosos. Los autobuses eran de la organización Kraft durch Freude. *Para esta gente era como un paseo por un jardín zoológico. Probablemente Goebbels quiere demostrar lo que significa la potencia y cómo se deben despreciar los hombres de raza extranjera.*

Veo una muchachita que trata de salir fuera del ghetto. El centinela la llama. El hombre se echa lentamente el fusil a la cara. La niña se aferra a sus botas y pide gracia. El guardia dice riendo: 'No morirás, pero no harás más contrabando'. Luego dispara sobre los pies de la niña, que luego le tendrán que ser amputados.

Una vez pregunté a una muchacha: 'Dime, ¿qué te gustaría ser?'. Ella me respondió: 'Un perro, porque los centinelas quieren a los perros'".



estaban prohibidas, pero de escondidas siguieron impartiendo lecciones. Los niños tenían sus exámenes y recibían diplomas.
Funcionaban también los orfelinatos, y el dirigido por el médico Janus Korczak, en la calle Sienna, 16, acogía más de doscientos niños. Cuando las SS entraron en el orfelinato para deportar a sus pequeños asilados hacia Treblinka —cuenta el escritor judío Josué Perle, más tarde asesinado en Auschwitz—, el doctor Korczak preparó a los niños para el viaje hacia la muerte. Dio a cada uno de ellos un saquito de pan y una botella de agua: *"... los doscientos niños no gritaban, no lloraban. Ninguno se escapó, ninguno se escondió. Sólo se agolpaban, como otros tantos pollitos, en torno a su maestro. El mismo se puso delante de todos y los ocultaba, con su cuerpo delgado y encorvado... Las piedras del pavimento lloraban viendo este cortejo..."*.
El tradicional "humor" judío no se acalló tampoco frente a la tragedia. Después de la victoria soviética en Rostov, en noviembre de 1941, en el ghetto se empezó a llamar a aquella ciudad *Rosh-tov*, que en *yiddish* significa "buen comienzo". Los vendedores de periódicos gritaban el título del único diario permitido por los ocupantes, *Noticias generales alemanas*, convirtiendo la primera palabra en "mentiras". La palabra *"Jude"*, judío, era interpretada como la sigla de *"Italiens und Deustschland Ende"*, "fin de Italia y Alemania". Las bromas y los chistes —no todos comprensibles para los demás porque se basaban en gran parte en palabras alemanas, polacas y *yiddish*— estaban a la orden del día. *"¿Cuándo terminará la guerra?"*, preguntan a un soldado alemán, que responde: *"Cuando nosotros comamos una vez al día y vosotros, judíos, una vez a la semana"*. Y también: *"Al comienzo de la campaña de Rusia Napoleón se puso una camisa roja para ocultar la sangre en caso de que fuera herido; y Hitler, a su vez, se ha endosado un par de calzoncillos marrones"*. Y además: *"Churchill pide consejo a un rabino sobre cómo derrotar a Hitler, y el rabino responde: 'Hay dos sistemas, uno posible con medios naturales y otro con medios sobrenaturales. La solución natural es que un millón de ángeles armados de espadas de fuego descienda sobre Alemania y la destruya. El medio sobrenatural es el desembarco de un millón de soldados ingleses'"*.
La primera reducción del ghetto fue realizada por el hambre, y la segunda por las enfermedades. No había medicinas; las inyecciones, de cualquier tipo, costaban tan caras que ninguno podía permitírselas. Los piojos difundían las enfermedades con espantosa rapidez. Las tentativas de defenderse del contagio eran inútiles. Dado el abarrotamiento de las casas, la gente —especialmente en los meses cálidos— vivía en la calle, allí dormía y allí comía: *"Quien tenga que pasar por la calle Karmelicka o por el mercado de calle Leszno, 40, o por la calle Walicow, pronto o tarde está destinado a contagiarse"*.
La mortalidad era tal que ya no bastaba el espacio en el cementerio. Los cadáveres eran sepultados de noche, entre la una y las cinco, desnudos, envueltos en papeles, uno al lado de otro y en fosas colectivas. La mayoría de los cadáveres llevados al cementerio no se sabía de quién fuesen, especialmente los que eran encontrados por la calle desprovistos de documentación: *"... sucede muy raramente que comparezca un familiar, y cuando comparece, es para llevarse la camisa del muerto"*.
En fecha del 30 de agosto de 1941, Ringelblum escribía: *"En algunos edifi-*

A la izquierda, aunque estos deportados no saben con seguridad lo que les espera, el horror de su drama puede percibirse en los ojos aterrorizados del niño en primer plano.

Abajo, durante una redada, todas las personas que pasaban en aquel momento por la calle son colocadas cara al muro para ser posteriormente encaminadas a un centro de reunión.

cios del barrio pobre, como en la calle Wolynska, mueren familias enteras... Una madre ha ocultado a su pequeño muerto para aprovechar la cartilla de racionamiento el mayor tiempo posible... En el número 7 de calle Wolynska hay diez cuartos vacíos; han muerto todos los inquilinos".

El número de huérfanos aumentó. Los adultos morían más de prisa, fuera de hambre o de enfermedad, pero ya no había niños por debajo de los dos años porque había desaparecido la leche, lo mismo la materna que la artificial. Así que, cuando llegó el fin, al final del verano de 1942, el ghetto había perdido los cinco sextos de su población. Según lo que escribió el general de las SS Stroop con fecha 3 de octubre de 1942, habían sido deportados de Varsovia 310.322 judíos y enviados a Treblinka, mencionada en los documentos oficiales como "T.2".

"Las SS —narra Poliakov— *pidieron al Consejo Judío del ghetto un contingente diario de cinco mil judíos para la evacuación, seleccionados entre los que no trabajaban, y confiaron a la policía judía el encargo de la selección. Algunos días después el contingente fue subido a siete mil... Un sistema de premios en especie (siete libras de pan, dos de mermelada) fue introducido para los candidatos voluntarios para la 'evacuación'. Durante dos o tres días el aflujo de estos voluntarios, larvas hambrientas y desesperadas, superó al contingente pedido, que había sido subido a diez mil. Después fue disminuyendo. La policía judía ya no era suficiente...".*

En el ghetto comenzó la caza del hombre y las SS realizaron selecciones sistemáticas en las fábricas deportando a los obreros demasiado viejos o de escaso rendimiento, los cuales acudían a diversos subterfugios para salvarse, se teñían el pelo o falsificaban sus certificados de nacimiento: *"Ha habido también redadas en los 'centros de prófugos'* —anotaba Ringelblum—, *a donde han sido llevados los hombres que morían de hambre... Por las calles, sólo mujeres. Mujeres llorando que rodean a los capturados. Llorando, un niño de tres años ha implorado a un policía que no se lleve a su padre".*

Entonces fue cuando el ghetto se sublevó y se opuso a los nazis con las armas después de haber hecho callar al Consejo Judío y su policía. No se sabe si hubo un jefe de la revuelta, y hay quien atribuye este papel al legendario Mordechai Tenenbaum-Tamarov, o a Mordechai Anielewicz, de veintitrés años, miembro del *Hechalutz* sionista y que morirá combatiendo entre las ruinas del ghetto, pero es justo suponer, con Reitlinger, que *"los judíos combatieran en grupos independientes, como en tiempos de Josefo".*

Poseían pocas armas: pistolas, ametralladoras, fusiles, revólveres. Con dos mil litros de gasolina y una carga de clorato de potasio fabricaron cierta cantidad de rudimentarias bombas de mano. Los combatientes fueron divididos en veintidós grupos (catorce eran sionistas, cuatro socialistas y cuatro comunistas). Cada uno estaba formado por una treintena de hombres y mujeres y debía vigilar un sector del ghetto o un bloque determinado de viviendas. Un arma formidable de resistencia, si no de ofensa, fue el intrincado trazado de las alcantarillas, de los canales y de los conductos subterráneos, así como refugios hábilmente disimulados. Algunos podían acoger incluso a familias enteras, tenían respiraderos e instalaciones higiénicas, y estaban dotados de depósitos de víveres, de agua y de



Abajo, la obra de destrucción del ghetto ya se ha iniciado. Estos tres soldados vigilan con su ametralladora para que ningún judío pueda huir por este acceso, mientras en el interior se multiplican las deportaciones. En la página derecha, este trágico cuadro de B. W. Linke, titulado "El Molè rachim", sintetiza, remontándose a antiguos motivos culturales y religiosos, los sufrimientos de los judíos en Varsovia.

municiones, de modo que sus ocupantes pudieran hacer frente a un largo asedio.

A mitad de enero de 1943, en el ghetto quedaban unos 70.000 judíos, de los cuales más de la mitad trabajaban en las industrias judías unidas a los alemanes, como la firma "Walter Többens". El 18, después de una visita de Himmler a Varsovia y (al parecer) al ghetto, las SS decidieron "trasladar al este" a 8.000 trabajadores judíos. Por la noche una columna de deportados recorría la calle Niska en dirección a la *Umschlagplatz* cuando, en el cruce con la calle Zamenhofa, inesperadamente, los judíos sacaron las armas y abrieron fuego contra los alemanes y ucranianos de escolta.

Era el comienzo de la primera lucha armada de los hebreos desde la época del dominio romano. Las SS se retiraron precipitadamente, abandonando sobre el terreno algunos muertos. Durante dos meses no fue posible otra "selección" en el ghetto. El Consejo Judío declaró a los ocupantes que *"su poder había pasado a otras manos"* y que desde ahora debían proveer los alemanes. Incluso la ambigua policía judía, que, por tanto tiempo fue instrumento dócil del nazismo, ya no movió un dedo, totalmente segura de que habría causado el fin de sus componentes. El 17 de abril llegó a Varsovia, desde los Balcanes, el *Brigadeführer-SS* (general de brigada) Jurgen Stroop, que tomó en sus manos la operación de *"aniquilar a los judíos y a los bandidos del barrio hebreo"*. La batalla empezó el 19, cuando dos coches blindados de Stroop entraron en el ghetto por el acceso de la calle Smocza, seguidos por un carro de combate francés, de botín de guerra, dos cañones antiaéreos y un cañón ligero. Duró cinco semanas, costó a los nazis 16 muertos y 90 heridos, y terminó con el exterminio de los 56.000 judíos y de otros miles sepultados bajo las viviendas, dentro de los "bunkers" subterráneos, en los refugios secretos (una chica de quince años no fue sacada hasta seis meses después, el 13 de diciembre) o ahogados en las alcantarillas de la ciudad.



Stroop tenía a su disposición 2.090 hombres, de los cuales casi la mitad eran SS y *Panzergranadieren.* En su informe final a Himmler —un cuaderno de 75 páginas de papel a mano, elegantemente encuadernado en cuero, titulado *El ghetto de Varsovia ya no existe,* y que le valdrá, en 1951, ser ahorcado sobre las ruinas de la sinagoga de plaza Tlomackje—, Stroop fue obligado a admitir que los dos primeros días de batalla no habían dado ningún resultado positivo. Sus previsiones de *"limpiar en tres días todo el barrio"* se habían demostrado equivocadas. Hasta el 21 de abril, empleando artillería y lanzallamas, no logró desalojar dos bloques de viviendas y *"evacuar"* cinco mil judíos desarmados. Los nidos de resistencia, las emboscadas, los disparos desde tejados y ventanas, y el lanzamiento de cócteles Molotov y botellas de vitriolo por parte de los defensores judíos, indujeron a Stroop a frenar la presión.

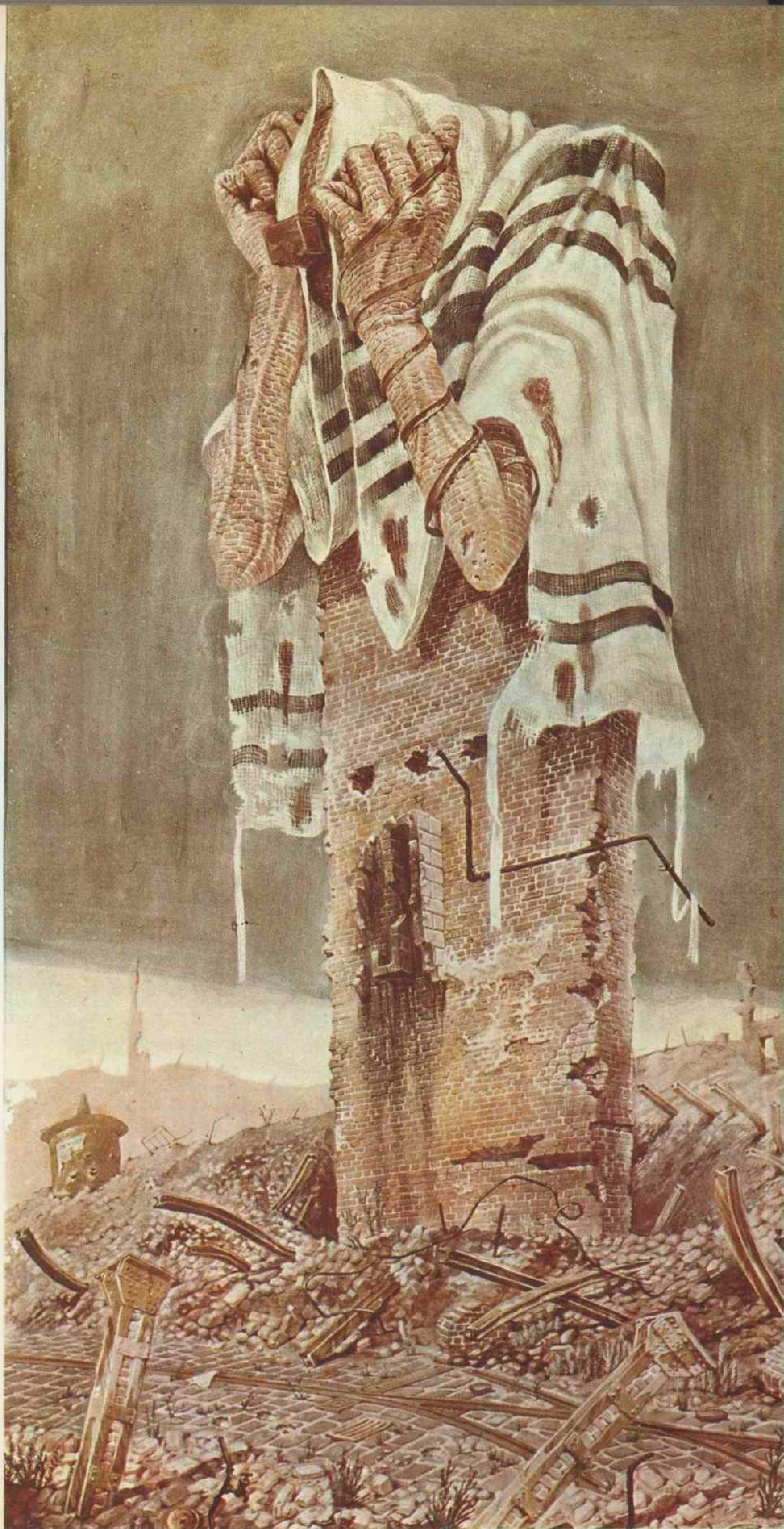
Asperamente reprendido por Himmler, que desde el 16 de febrero había ordenado arrasar hasta el suelo el ghetto, el general se decidió a emplear los explosivos también contra las fábricas y los laboratorios del ejército. Escuadras de zapadores, protegidos por fuego de cobertura, hicieron saltar edificios enteros, arrojando gases asfixiantes en los sótanos, inundando las alcantarillas y azuzando perros policías entre las ruinas. Tres días más tarde, a Himmler, que le recomendaba registrar el ghetto *"del modo más duro e inexorable"*, respondía Stroop anunciando la captura de 25.500 judíos, todos muertos al momento o enviados a Treblinka: *"En Varsovia no queda ni uno solo de los*

judíos capturados". El 4 de mayo unidades de Stroop asaltaron otras dos fábricas, la "Schulz" y la "Többens", donde los obreros judíos se habían atrincherado en el refugio antiaéreo, pero sólo 456 de ellos *"fueron capturados y transferidos"*. Para otra fábrica, las SS emplearon los cañones y lanzallamas pesados del ejército, que alternaban con las salvas sus chorros inflamados: *"El único y mejor sistema para liquidar a los hebreos es el fuego"*, escribió Stroop el 7 de mayo.

Al día siguiente, día 8, fueron capturados otros 4.000 judíos y se tomó por asalto el gran refugio subterráneo donde se encontraba el centro de la organización hebrea de resistencia. Los defensores vendieron su vida a un precio carísimo. Stroop tuvo que contar que las mujeres judías escondían bombas de mano en sus faldas, y cuando eran detenidas, las arrojaban a los soldados. Eichmann, el siniestro "contable" nazi del exterminio de los judíos, clasificó a estas mujeres entre el *"material biológico de valor"*, y Goebbels, el 1 de mayo, escribió que *"los judíos sublevados han logrado hacer del ghetto una especie de posición fortificada"*.

El 15 de mayo fueron muertos 87 judíos y otros 67 fueron capturados. La mañana del 16 los alemanes minaron y lanzaron por el aire la sinagoga de plaza Tlomackje. Stroop declaró terminadas las "grandes operaciones" del ghetto. Sin embargo, el único grupo organizado de los defensores resistió en la zona de la plaza Muranowska —donde sobre un palacio se habían izado la bandera polaca, blanca y roja, y la israelita, blanca y azul—, hasta las 20,15 del 23 de mayo. Acciones esporádicas de resistencia prosiguieron hasta el otoño. Todavía en julio y agosto los alemanes capturaron algunos judíos escondidos en los canales subterráneos del ghetto.

La insurrección no fue un éxito estratégico para los judíos ni representó un episodio de guerra partisana. Los defensores no supieron darse un mando único y eficaz. La revuelta se encendió en el corazón de una ciudad que era por lo menos indiferente a la feroz política nazi de exterminio racial. Pero, aun cuando pueda parecer increíble, la revuelta no fue inútil. Privados de ayuda, sin ninguna vía de escape en caso de derrota (las líneas rusas estaban todavía a un millar de kilómetros), los judíos de Varsovia demostraron que el deseo de liberación es insuprimible. Este fue y sigue siendo el significado principal de la desesperada epopeya judía en Varsovia.



LA MATANZA DE KATYN

El 13 de abril de 1943, Radio Berlín anuncia que se han encontrado los cadáveres de 10.000 oficiales polacos muertos por los rusos. ¿Quién ordenó el holocausto? ¿Y por qué?

Tras la agresión alemana del 21 de junio de 1941, la Unión Soviética se había encontrado automáticamente aliada con aquella Polonia que, apenas dos años antes, ella se había repartido con Alemania. El gobierno polaco, en exilio en Londres, aprovechó para obtener la devolución de los prisioneros de guerra todavía retenidos en Rusia, a fin de poder constituir un cuerpo de voluntarios utilizable en la lucha común contra los alemanes. Stalin accedió a la petición, concedió una amnistía general a todos los ciudadanos polacos detenidos todavía en Rusia e invitó a una comisión del gobierno de Polonia libre a marchar a Rusia para reclutar voluntarios entre los ex prisioneros de guerra.

La comisión, dirigida por Joseph Czapski, tuvo así ocasión de establecer que, echadas las cuentas, faltaban en la lista cerca de diez mil oficiales polacos capturados por los rusos, con otros millares de soldados, en otoño de 1939. Se trataba exactamente de 12 generales, 130 coroneles y 9.227 oficiales subalternos. ¿Cuál había sido su suerte? La comisión Czapski comprobó que los oficiales habían sido internados por los rusos en los campos de Kozielsk, Starobielsk y Ostashkov y que luego habían sido transferidos "hacia un destino desconocido" en abril de 1940. Desde entonces estos prisioneros no habían mandado más noticias a sus familias.



Sobre la base de este informe, redactado por Joseph Czapski, el 6 de octubre de 1941 el embajador polaco, profesor Jan Kot, pidió una entrevista con el ministro del Exterior soviético, Andrei Vichinsky, para tratar de la desaparición del grupo de oficiales polacos. Jan Kot ha conservado el siguiente relato de su encuentro con Vichinsky.

Kot: *"Señor ministro, le someto algunas cifras. El número de oficiales polacos hechos prisioneros por el Ejército Rojo y deportados a diversas partes de Rusia es, por lo menos, de 9.500. Hasta hoy no hemos encontrado más que doscientos. ¿Qué ha sido de los otros? Sabemos que más de cuatro mil oficiales fueron internados en Starobielsk y en Kozielsk y desde allí trasladados a campos desconocidos. Ayúdenos a encontrarlos".*

Vichinsky: *"Hace falta que tenga en cuenta las circunstancias, señor embajador. De 1939 a hoy han sucedido enormes cambios en la Unión Soviética. Poblaciones enteras han dejado sus regiones para trasladarse a otros lados. ¡Figúrese los individuos aislados!... Nosotros liberamos gran número de sus soldados; algunos encontraron trabajo en la Unión Soviética, otros volvieron directamente a Polonia...".*

Kot: *"Si uno solo de los oficiales que he indicado hubiese sido puesto verdaderamente en libertad, se habría puesto en seguida en contacto con nosotros. No se trata de niños, ni de criminales obligados a esconderse. No es posible no imaginar que se encuentren todavía en Rusia".*

Jan Kot, despedido por Vichinsky, no se rindió. Un mes después, en noviembre de 1941, obtuvo una entrevista con Stalin. También redactó Kot un informe sobre esta conversación.

Kot: *"Señor presidente. Usted concedió amnistía a todos los ciudadanos polacos habitantes de la Unión Soviética. ¿Quiere insistir a los dirigentes del gobierno ruso a fin de que su noble gesto sea real y enteramente aplicado?".*

Stalin: *"¿Quiere decir que aquí, entre nosotros, hay aún polacos prisioneros?".*

Kot: *"Al menos en lo que respecta al campo de Starobielsk, cerrado en 1940, no hemos logrado encontrar a un solo soldado".*

Stalin: *"Ordenaré una investigación, se lo prometo...".*

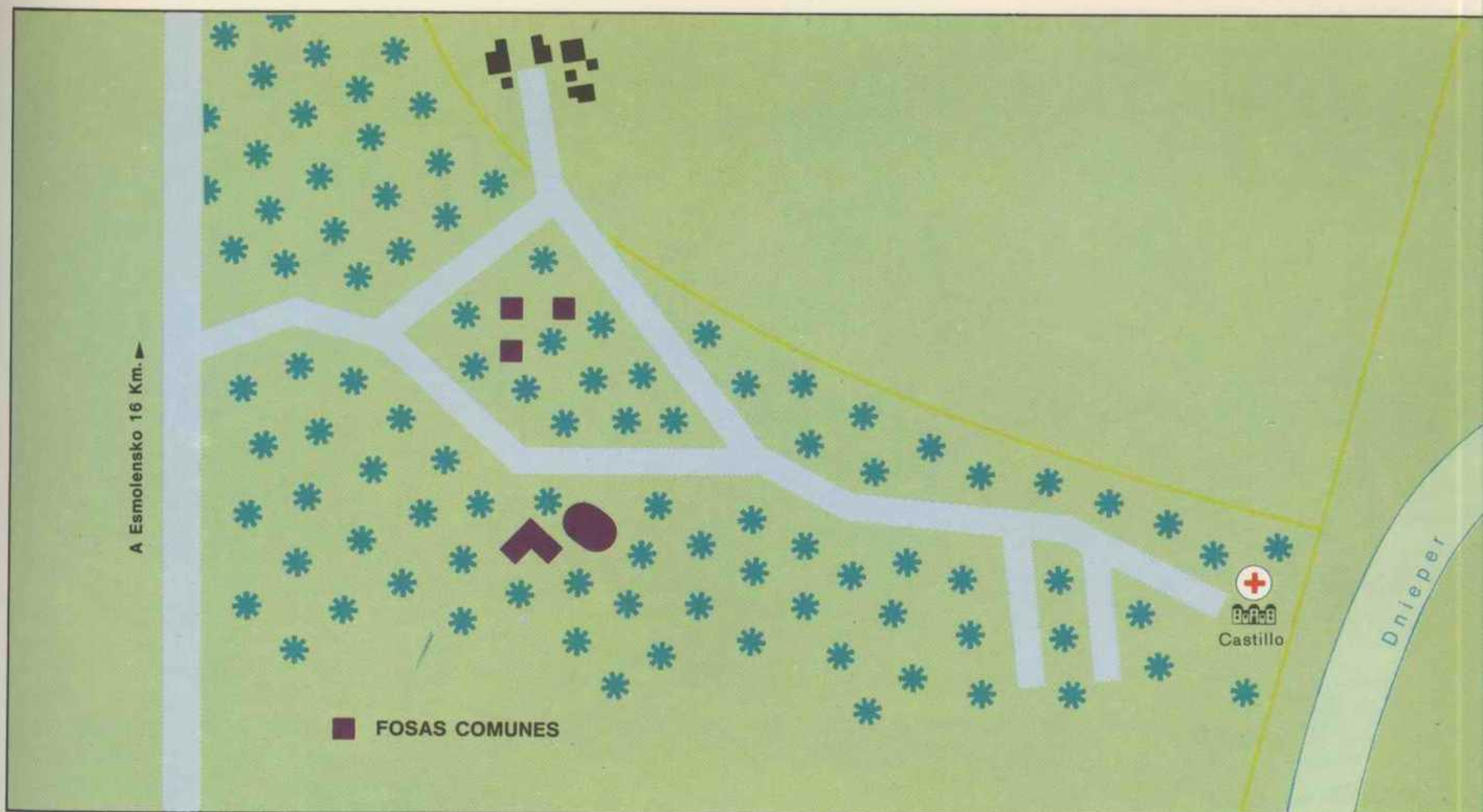
Kot: *"Señor presidente, permítame insistir sobre la liberación de nuestros oficiales. Los necesitamos para preparar nuestro nuevo ejército. Los documentos que tenemos establecen las fechas en que fueron llevados a los diversos campos...".*

Stalin: *"¿Tiene las listas detalladas?".*

Kot: *"Todos los nombres están señalados, en orden alfabético, por los comandantes rusos de los campos. Con estas listas realizaban todos los días el control de los prisioneros. Además, la policía soviética había abierto una carpeta individual para cada oficial. Si se toma, por ejemplo, el ejército del general Anders, se encuentra que ninguno de los oficiales de su Estado Mayor ha sido hallado".*

Stalin movió la cabeza, tomó el teléfono y llamó al jefe de la policía: *"Soy Stalin. ¿Quiere confirmarme si todos los prisioneros de guerra polacos han sido liberados? Llámeme luego".*

Después el dictador comenzó a hablar de otras cosas hasta que sonó el teléfono y Stalin, sin decir una sola palabra, escuchó una larga explicación por parte del jefe de la policía. Finalmente,



A la izquierda, el general Wladislaw Sikorski, jefe del gobierno polaco en exilio en Londres.

El plano indicado arriba reconstruye la zona de Katyn, en la que fueron casualmente descubiertas las pruebas de la matanza.

vuelto al embajador polaco, reanudó la conversación con él sin mencionar más la desaparición de los prisioneros.
Desde aquel momento, el gobierno polaco de Londres envió a la Unión Soviética 49 notas diplomáticas pidiendo noticias sobre los oficiales ausentes. Ninguna respuesta. En diciembre de 1942, el jefe del gobierno libre polaco —el general Wladislav Sikorski, un galitziano duro y autoritario de sesenta y dos años— decidió, de acuerdo con el presidente de la república, Ràczkievic, discutir el problema personalmente con Stalin. Acompañado por el general Ladislas Anders, que dirigía la organización del nuevo ejército, marchó a Moscú. El dictador ruso estuvo evasivo. Dijo que en el territorio de la Unión Soviética no existía un solo polaco prisionero: *"Quizá han huido a alguna parte cuando hemos proclamado la amnistía". "Pero, ¿adónde?"*, intervino Anders. *"¿Quién sabe? Probablemente a Manchuria"*, replicó impasible Stalin.
Pero al mediodía del 13 de abril de 1943, Radio Berlín avisó que "una importante noticia" iba a ser difundida. En las tres horas que siguieron a este anuncio la emisora alemana realizó un resumen rápido y cautamente optimista de la situación política y bélica en Europa, Africa y Asia. En realidad, el balance de los primeros cuatro meses del año era negativo: perdido Stalingrado el último día de enero, los alemanes combatían duramente en el Kubán; en el Pacífico, la ofensiva japonesa se estaba agotando en Guadalcanal.
Terminada la lectura del noticiario (eran las 15,15 de aquel 13 de abril de 1943), el locutor de Radio Berlín hizo una larga pausa, y después dijo: *"Hemos sido informados desde Esmolensko que la población local ha indicado a las autoridades alemanas un lugar en el que los bolcheviques perpetraron secretamente ejecuciones en masa y donde la GPU ejecutó a diez mil oficiales polacos. Las autoridades alemanas han inspeccionado el lugar, llamado Kosogory, en el bosque de Katyn, zona de reposo veraniego, y han hecho el más terrible de los hallazgos. Ha sido encontrada una gran fosa, de 28 metros de larga y 16 de ancha, llena con doce capas de cadáveres de oficiales polacos con un total de casi tres mil hombres. Todos visten uniforme militar y muchos de ellos tienen las manos atadas. Todos presentan heridas en la nuca causadas por disparos de pistola. La identificación de los restos no presentará grandes dificultades a causa de la propiedad momificadora del suelo y porque los bolcheviques han dejado en los cuerpos de las víctimas los documentos de identidad.*
Ha sido ya comprobado que entre los muertos está el general Smorawinski, de Lublin. Estos oficiales habían estado anteriormente en Kozielsk, cerca de Orel, de donde —en vagones de ganado— habían sido llevados a Esmolensko en febrero y marzo de 1940, y a continuación llevados en camiones al bosque de Katyn, donde fueron exterminados. Está en curso la búsqueda y apertura de otras fosas comunes. Bajo las capas excavadas hay nuevas capas. La cifra total de los oficiales muertos se calcula en diez mil, cifra que correspondería más o menos al número total de los oficiales polacos capturados por los bolcheviques como prisioneros de guerra. Periodistas de la prensa noruega, que han acudido para examinar el lugar y poder darse cuenta de la verdad con sus propios ojos, han informado de este terrible crimen en los periódicos de Oslo".
El anuncio de Radio Berlín, transmitido a la vez en francés, inglés, polaco, ruso e italiano, llegó a todos los rincones del mundo. La misma tarde, a las



17,15, la emisora alemana añadía algunos detalles a la primera noticia: *"Los oficiales asesinados habían sido sepultados en el bosque de Katyn, a la derecha de la bifurcación que, desde la carretera principal a Esmolensko, lleva a la casa de descanso veraniego de la NKVD (antes GPU). Las víctimas eran bajadas en la estación ferroviaria de Gniezdovo, a cuatro kilómetros, y llevadas al lugar de la ejecución a bordo de camiones cerrados".* Hasta el día siguiente, 14 de abril de 1943, no rompió la Unión Soviética su silencio sobre el tema con una nota de la Tass bien diferente de las afirmaciones de Stalin al gobierno polaco. Decía: *"Los prisioneros polacos en cuestión fueron internados en campos especiales en torno a Esmolensko y empleados en la construcción de carreteras. En el momento del avance de las tropas alemanas (julio de 1941) no fue posible transportarlos a otro lugar y, por consiguiente, cayeron en sus manos. Por tanto, si han sido encontrados muertos, esto quiere decir que fueron muertos por los alemanes, los cuales, por razones propagandistas, hacen declaraciones falsas".*

Por parte del general Sikorski, en nombre del gobierno polaco, fue a su vez publicada la siguiente nota: *"Consideramos el asunto de Katyn de tal gravedad que exige una rigurosísima investigación por partes absolutamente imparciales como es la Cruz Roja Internacional".*

Transcurrieron diez días de absoluto silencio en campo aliado mientras Radio Berlín añadía, noticiario tras noticiario, otros espantosos detalles sobre las fosas comunes descubiertas en Katyn. La mañana del 25 de abril, en Moscú, Molotov convocó al nuevo embajador polaco, Romer, y le entregó una brevísima nota de respuesta a la sugerencia de una investigación sobre Katyn. Decía la nota: *"Ya que el gobierno polaco repite las infames calumnias nazis y se hace cómplice de la pandilla hitleriana, la Unión Soviética ha decidido romper las relaciones diplomáticas con el gobierno polaco".*

Churchill y Roosevelt intervienen en la discusión; esta grieta en el frente aliado puede ser extremadamente peligrosa. Los polacos tienen inmediatamente noticia del movimiento americano. El mismo día de la ruptura de relaciones diplomáticas con Rusia, el embajador polaco en Washington, Ciecanosky, habla con Sumner Welles, subsecretario del Exterior. *"No alcanzo a comprender,* le dice fríamente Welles, *cómo su gobierno se ha dirigido a la Cruz Roja Internacional para el asunto Katyn. Está claro que se trata de un crimen 'montado' por la propaganda de Goebbels".*

Ciecanosky escucha en silencio. En el momento de despedirse, dice brevemente: *"Pienso que el gobierno de los Estados Unidos sería mucho menos optimista ante la matanza de millares de oficiales americanos".*

En las fotos de arriba y a la derecha, dos espantosas imágenes de las fosas comunes de Katyn. El hallazgo de los cadáveres de los oficiales polacos creó gravísimas dificultades al gobierno ruso, que fue considerado culpable del crimen por muchísimos polacos, a pesar de sus protestas.

La muerte misteriosa del general Sikorski

Al día siguiente el general Sikorski anuncia (en una rapidísima conferencia de prensa donde sus declaraciones son leídas por un agregado diplomático y él se niega a responder a cualquier pregunta posterior) que el gobierno polaco en el exilio ha renunciado a una investigación en Katyn por parte de la Cruz Roja. Las relaciones ruso-polacas son reanudadas. La mañana del 4 de julio de 1943, domingo, el avión que lleva a Gran Bretaña al general Sikorski después de una inspección de las tropas polacas del Oriente Medio, se hunde misteriosamente en el Mediterráneo cerca de Gibraltar. La hipótesis es la de sabotaje. Durante todo abril de 1943 la radio y prensa alemanas continúan las revelaciones de la matanza. Parece que Goebbels, en una conversación con Hitler, había puesto las bases para un aprovechamiento —en el plano político, ideológico y propagandístico— del descubrimiento de Katyn. En el Reich la lectura de los periódicos neutrales y la escucha de las radios extranjeras están castigadas con la muerte, pero los jefes nazis saben ciertamente que, desde hace dos años, los crímenes que han realizado contra las minorías políticas y raciales, las guerras de agresión y los delitos contra judíos, poblaciones civiles y rehenes inocentes, son objeto de una investigación internacional. Esta amenaza que pesa sobre sus cabezas anima a los dirigentes nazis a dar la máxima publicidad a la matanza de Katyn, como para compensar —en la opinión pública interna y extranjera— los ecos de las barbaridades cometidas por los alemanes en Polonia y Rusia, la ejecución indiscriminada de comisarios políticos soviéticos, la deportación al este de los hebreos, de los gitanos, de los mestizos, y los campos de concentración y de exterminio. A mediados de mes los nazis convocan una comisión de encuesta presidida por el teniente general de las SS Leonard Conti (un profesor de cuarenta y dos años, originario de Lugano pero ciudadano alemán, jefe de la rama de los médicos, que se suicidará en octubre de 1945 en un campo de internamiento americano por estar complicado en la "Operación Eutanasia"). Forman parte de la comisión científicos y médicos que representan a Italia, Bélgica, Dinamarca, Bulgaria, Yugoslavia, Hungría, Checoslovaquia, Holanda, Rumanía, Suiza y Finlandia. La comisión, que incluye a un periodista polaco, sale para la Unión Soviética a fines de abril a bor-



Abril de 1943

17 de abril
Carlo Scorza es nombrado secretario del Partido Nacional Fascista.

18-19 de abril
Nueva incursión aérea sobre La Spezia.

19 de abril
Comienza en Varsovia la insurrección de los judíos del ghetto contra los nazis.

20-21 de abril
Bombardeo de Stettin.

26 de abril
La noticia del descubrimiento de las "fosas de Katyn" determina la ruptura de relaciones diplomáticas entre la URSS y el gobierno polaco en exilio en Londres. Intenso bombardeo aéreo de Grosseto.

26-27 de abril
Bombardeo de Duisburg.

27 de abril
Las tropas japonesas atacan las defensas inglesas del Arakan.

28 de abril
El mariscal Vasilievsky es nombrado jefe del Estado Mayor general soviético.

30 de abril-1 de mayo
Nueva incursión aérea sobre Essen.

Mayo de 1943

1-31 de mayo
Hundidos 44 mercantes aliados por submarinos alemanes en el Atlántico y en el Mediterráneo.

4-5 de mayo
Ataque aéreo inglés sobre Dortmund.

7 de mayo
Las tropas inglesas ocupan Bizerta y Túnez.

9 de mayo
Ataque aéreo americano sobre Palermo; numerosas víctimas entre la población civil.



La identificación de los cadáveres representó en realidad un duro trabajo para la comisión encargada, a causa del tiempo transcurrido entre la matanza y el encuentro de las sepulturas. Vemos a la izquierda un grupo de los oficiales aliados prisioneros que hicieron función de observadores; a la derecha, se prosigue el trabajo de identificación.

do de aviones de transporte alemanes "Ju-52".
El lugar de la matanza está a lo largo de la carretera Esmolensko-Vitebsk. Llueve por toda la región. A pesar de la primavera, el termómetro marca 5º sobre cero. A quince kilómetros de Esmolensko, la carretera tiene una bifurcación, y un largo sendero se abre a la derecha y llega a un plácido recodo del río Dnieper. Sobre esta parte, que tiene una superficie de cuatro kilómetros cuadrados, se extiende el espeso bosque de Katyn. Junto al río se levanta una dacha. En el centro del bosque hay una altura llamada Kosogory o "Colina de las Cabras". Allí, bajo los abetos rojos, han sido descubiertas ocho fosas comunes, todas de una longitud de 25-26 metros, y dieciséis de ancho, que contienen doce capas de cadáveres. Siete están juntas, una al lado de otra. La octava está aislada, hacia el río.
"Los alemanes supervisan la marcha general de los trabajos", cuenta el periodista polaco Manckiewicz, *"pero el verdadero y propio trabajo está dirigido por miembros de la Cruz Roja polaca, a su cabeza el doctor Wodzinski de Cracovia, que tiene a su disposición trabajadores voluntarios de los pueblos vecinos y un grupo de prisioneros de guerra rusos. Los cadáveres son extraídos de las fosas y colocados en fila, unos al lado de otros. Después son examinados y registrados minuciosamente. Los uniformes están todavía en excelente estado y se puede notar la tela con que han sido hechos, a excepción del color, que aparece desvaído. Todos los objetos de cuero, comprendidas las botas, a primera vista dan la impresión de que sean de goma. Como todas las cosas están empapadas y pegadas con un líquido cadavérico repelente y viscoso, es imposible desabrochar los bolsillos y sacar las botas. Por eso, para poder encontrar los objetos personales hay que cortar las ropas con los cuchillos.*
Todas las víctimas han sido muertas con un tiro de revólver en la nuca. En algunos casos el proyectil ha atravesado el cuello de la camisa. Los cadáveres de dos generales de brigada polacos, Smorawinski y Bohatyrewicz, presentan también heridas de bayoneta de hoja cuadrangular, de dotación en el ejército ruso. Las manos de todos los ajusticiados están atadas con cuerdas de fabricación soviética, sujetas con un nudo especial usado sólo en Rusia".
"Todas las cosas encontradas", prosigue Manckiewicz, *"son examinadas, y todo lo que puede servir de testimonio, documentos, cartillas militares, agendas, cartas, fotografías, medallas religiosas, libros de oraciones, cigarrillos, anillos, encendedores, etcétera, son recogidos en sobres expresamente preparados, y marcados con números progresivos. El mismo número es aplicado al cadáver...".*
Sobre casi todos los cadáveres se encuentran recortes de periódicos, perfectamente conservados (el "Glos Radzichi", "La Voz de la Unión", y el "Rabocij Puth", Camino Obrero), impresos por los rusos en lengua polaca, pero ninguna de estas hojas tiene fecha posterior a marzo o abril de 1940. En los bolsillos de los uniformes son halladas en total 3.300 cartas o postales, casi todas recibidas de Polonia; ni una sola tiene matasellos o fecha posterior a abril de 1940. Se encuentran también diarios o cuadernos de notas: acabados todos en abril de 1940. El diario del comandante polaco Adam Solski dice en la última anotación: *"Abril 9; son las 5 de la mañana. Somos bajados*

del tren y nos hacen subir en camiones. Llegamos a un bosque. Nos hacen entregar los anillos de boda. La jornada empieza mal".

La comisión de encuesta revela también que, cuando las fosas fueron abiertas, los abetos rojos plantados encima de ellas tenían cinco años de edad. De los exámenes microscópicos resultaba que el trasplante de los árboles había sido hecho a la edad de dos años, y por ello los tres años transcurridos desde el trasplante hasta la apertura de las fosas correspondía exactamente al tiempo que va de abril de 1940 a abril de 1943. Además, muchos habitantes de la zona prestaron testimonio sobre cómo y dónde ocurrieron las matanzas. El obrero Ivan Krivozhertzov, vecino de Nove Baticki, en la casa número 119, muy cercana a la estación de Gniezdovo, dijo: *"En Kosogory la GPU, desde los años inmediatamente siguientes a la revolución, mataba a los detenidos políticos. El lugar fue después cercado. En primavera de 1940 me mandaron a trabajar en la estación de Gniezdovo. A primeros de marzo, diariamente, vi llegar trenes de prisioneros que, en camiones cerrados, eran llevados hacia el bosque de Katyn. A aquellos camiones los llamábamos 'ciòrnyj woròn', los 'cuervos negros'. Eran precedidos y seguidos de autos civiles. Las llegadas duraron todo marzo y abril. Los prisioneros eran polacos y procedían de Kozielsk".*

Los trabajos de la comisión de encuesta se terminaron en los primeros días de mayo de 1943 con la declaración unánime, firmada por todos los médicos, según la cual *"está probada la responsabilidad soviética en la matanza"*. Si sobre la culpabilidad rusa no parece haber duda, es difícil establecer el móvil. Entre las hipótesis que se presentan, la más probable puede ser la de una equivocación trágica. Stalin,



Mayo de 1943

11 de mayo

Bombardeo aéreo americano sobre Catania. En Washington tiene comienzo la conferencia llamada "Trident" entre Roosevelt y Churchill; la conferencia concluirá el 27 de mayo. Tropas americanas desembarcan en la isla Attu de las Aleutianas.

12-13 de mayo

Capitulación de gran parte de las tropas germanoitalianas del norte de Africa. Bombardeo aéreo inglés sobre Duisburg.

14 de mayo

Tropas japonesas entran en Bengala. Ataque aéreo americano sobre Kiel.

15 de mayo

La URSS anuncia oficialmente la disolución de la Internacional Comunista.

23 de mayo

Bombardeo alemán sobre Boarnemouth. Incursiones aéreas italianas sobre bases inglesas en Africa oriental.

24 de mayo

Doenitz decide la suspensión de las acciones de guerra contra los convoyes en el Atlántico septentrional.

25-26 de mayo

Bombardeo de Düsseldorf.

27-28 de mayo

Bombardeo de Essen.

29 de mayo

En la Herzegovina se termina una acción de limpieza antipartisana efectuada por tropas italianas, alemanas y croatas.

29-30 de mayo

Intenso bombardeo inglés sobre Wuppertal. Enormes pérdidas entre la población civil.



Otras dos imágenes de Katyn: a la izquierda, la exhumación de un cadáver; a la derecha, objetos personales pertenecientes a los muertos. El gobierno alemán invitó también a una comisión de la Cruz Roja a seguir las operaciones que se desarrollaron en el bosque polaco.

decidido a eliminar cualquier posible oposición en Polonia, donde trataba de instaurar un régimen comunista, ordenaría desmantelar los campos y deportar los prisioneros a Asia. En esta ocasión, hablando con el jefe de la policía, usaría la expresión *"liquidad los campos"*, que sería interpretada en el sentido del exterminio físico de los prisioneros.

Fueron muertos con balas alemanas

Desde aquel momento nadie habló más de Katyn. La guerra duró todavía dos años, pero la matanza no fue olvidada por los parientes de las víctimas. En otoño de 1945 el gobierno polaco, por decisión del ministro de Justicia Swiatlovsky, abre una investigación sobre el holocausto de Katyn confiándola al procurador general de Cracovia, el abogado Roman Martini. El magistrado descubre la relación de oficiales rusos que dirigían los campos de Kozielsk y Starobielsk, y de los empleados en Katyn, y descubre un detalle desconcertante. En las fosas comunes habían sido encontradas por los alemanes grandes cantidades de cartuchos de proyectiles. Las balas eran todas de fabricación de la firma Gustav Genschow y Cía, una empresa de Durlach cerca de Karlsruhe (Alemania). En algunos cartuchos estaba grabada la marca de fábrica: "GECO 7,65 D". "*¿Era posible*", se preguntaba el abogado Martini, *"que si los nazis querían atribuir a los soviéticos la matanza hubieran empleado proyectiles alemanes en vez de utilizar municiones rusas, de las que tenían abundante provisión después de la derrota del Ejército Rojo?"*. Una investigación estableció que, después del tratado de Rapallo en 1924, la casa Genschow había sido autorizada a exportar importantes cantidades de municiones a la Unión Soviética. Igualmente, envíos de la misma munición habían sido adquiridos por los estados del Báltico, y Polonia la había adoptado para su propio ejército. La encuesta de Martini se concluyó en febrero de 1946. El magistrado volvió a Polonia y envió un memorial al ministro de Justicia. Prudentemente depositó antes una copia en Suecia, confiándola a un notario. Estaba dentro de un sobre en el que Martini había escrito a pluma: *"Abrir sólo en caso de muerte o desaparición"*.

La noche del 12 al 13 de marzo dos jóvenes novios, ambos pertenecientes al "Comité para la amistad ruso-polaca", llamaron a la puerta de la vivienda del abogado Martini en Cracovia. Eran Stanislav Wroblevsky, de diecinueve años, y Jolanda Maklakiewicz, de diecisiete, hija del director de la orquesta filarmónica de Varsovia. El magistrado abrió, y apenas apareció en el umbral los dos jóvenes dispararon una ráfaga de metralleta, matándolo, y luego se alejaron. Al día siguiente fueron detenidos y encerrados en la cárcel de Cracovia, la "San Miguel", una de las más rígidamente vigiladas. Tres días después los novios "se fugan" de la prisión de noche. Oficialmente no volverá a encontrarse huella de ellos. Ningún eco llega al exterior de lo que ha descubierto el abogado Martini ni de lo que le ha ocurrido. En el proceso de Nuremberg, la acusación soviética sostiene que la responsabilidad de la matanza recae sólo en los alemanes. Los dos representantes rusos, el coro-

nel Pokrovsky y el juez Smirnov, afirman que una comisión especial organizada por la URSS, y de la que formaban parte entre otros el metropolita Nicola, el escritor Alexis Tolstoi, el académico Burdenko y la hija del embajador americano en Moscú Averell Harriman, ha presenciado en septiembre de 1943 —inmediatamente después de la liberación de Esmolensko— la exhumación de los cadáveres en Katyn y ha escuchado el testimonio de los habitantes de la zona.

La comisión ha llegado a estas conclusiones: 1) los prisioneros de guerra polacos, recluidos por los rusos en tres campos al oeste de Esmolensko y empleados en la construcción de vías ferroviarias, siguieron detenidos allí después incluso de la ocupación alemana de Esmolensko en julio de 1941; 2) en otoño de 1941 los nazis exterminaron en masa a los prisioneros; 3) los fusilamientos fueron realizados por unidades alemanas especialmente seleccionadas para aquella misión y ocultas bajo el nombre convencional de "Comando 537, Batallón de ingenierós", a las órdenes del teniente Arnes con los subtenientes Rochts y Hotte; 4) en 1943 los alemanes trataron de atribuir el delito a los soviéticos y se procuraron, con torturas y amenazas, algunos testimonios falsos entre la población rusa de Esmolensko. El coronel Pokrovsky llama a deponer al profesor Boris Bazilewsky, que en el momento de la invasión alemana había sido nombrado alcalde de Esmolensko.

"En los alrededores de la ciudad, dijo éste, *había muchos prisioneros polacos. En septiembre de 1941 supe que los nazis habían decidido exterminarlos. Un intérprete me confió que el comandante militar alemán, Von Schwetz, le había comunicado: 'Serán fusilados. Su suerte está ya decidida'".* Otro testigo de la acusación rusa es uno de los médicos que tomaron parte en la encuesta alemana, el profesor Marko Antonov Markov, de la Universidad de Sofía. Este afirmó que la investigación en Katyn fue brevísima, desde el 28 de abril al 1 de mayo; que todas las fosas habían ya sido abiertas; que la autopsia fue realizada sólo en ocho cadáveres y que a los miembros de la comisión no se les permitió examinar los documentos encontrados en los cadáveres. Pero he aquí un fragmento del acta del proceso:

Smirnov: *"¿Los exámenes médico-legales confirmaron el hecho de que los cadáveres habían sido sepultados hacía tres años?".*

Markov: *"No puedo responder más que sobre la base de las comprobaciones hechas en el único cadáver que pude examinar. El cuerpo estaba muy lejos de la descomposición. Según mi opinión, se había enterrado hacía un año, o año y medio. Además, no pudimos interrogar a los testigos ni a la población local. Los alemanes nos mostraron sólo las declaraciones escritas en ruso".*

Smirnov: *"¿Cómo es que entonces usted firmó el acta definitiva?".*

Markov: *"El acta era falsa. El documento no nos fue sometido ni en Esmolensko ni en Berlín, sino en el viaje de regreso, durante una pausa en un aeródromo aislado donde estábamos rodeados de soldados alemanes. En aquellas circunstancias, para mí amenazadoras, no pude dejar de firmarlo... Sin embargo, apenas llegué a Bulgaria hice presentes mis dudas y protesté con mi gobierno. El asunto no tuvo continuación".*



El tribunal internacional de Nuremberg, en la sentencia del 1 de octubre de 1946, absolvió a los veintidós jefes nazis de la acusación por la matanza de Katyn. Tres años después un periodista americano, Julius Epstein, entrevistó a los miembros de la comisión alemana de 1943, y por uno de ellos, el suizo Naville, supo de la existencia en Estocolmo del "dossier" del abogado Martini. El documento, recuperado del notario, fue entregado a la prensa sueca y publicado. Sobre esta base, en 1952 una comisión del Congreso de los Estados Unidos, presidida por el senador Ray J. Madden, de Indiana, investigó por última vez la matanza. Las sesiones tuvieron lugar en Alemania, en Francfort. Los gobiernos de Moscú y Varsovia, invitados a participar en los trabajos, no se presentaron. Fueron interrogados algunos exiliados polacos, los médicos, los observadores y algunos prisioneros aliados que formaron parte de la comisión de 1943. El coronel americano Van Vliet declaró: *"Odiaba a los nazis. No quería creer en sus afirmaciones. Sólo con gran repugnancia tuve que reconocer que habían sido los rusos los autores de la matanza".* El teniente coronel Stuart, americano, dijo: *"Dejé Katyn convencido de que los soviéticos habían matado a aquellos hombres. La matanza no podía ser una falsificación ni un montaje de los nazis".* Todos los médicos de la comisión (a excepción del profesor Markov) sostuvieron no haber cambiado la opinión expresada nueve años antes ni haber recibido presiones por parte de los alemanes para firmar el acta definitiva. El suizo Naville comentó: *"Quizá la actitud del profesor Markov fue debida a la amenaza. Pero hace falta aclarar si esta amenaza fue realizada por las bayonetas alemanas en 1943 o por las soviéticas en 1946".*

10 DE JULIO DE 1943: EL DESEMBARCO EN LAS COSTAS DE SICILIA

Pantelaria cae sin combatir y la base de Augusta se rinde aun antes de la llegada del enemigo.

La primera víctima aliada de la "Operación Husky" (éste es el nombre convencional del desembarco en Sicilia) fue un soldado inglés, que murió de mareo el día 9 de julio de 1943. Durante toda la jornada sopló un fuerte viento, que atacaba lateralmente las escuadras aliadas dirigidas a las costas de Sicilia, haciendo cabecear las naves con efectos desastrosos para la condición de los hombres. Hasta el último momento, como sucedió con ocasión de las operaciones de desembarco en Normandía en 1944, el general americano Eisenhower estuvo en la duda de hacer suspender y retrasar la acción a causa de la agitación del mar. Hacia la noche las condiciones del tiempo mejoraron un poco y se decidió seguir la operación como estaba prevista, porque un retraso habría significado la vuelta a la base de partida de centenares de navíos y medios de desembarco, con consecuencias obviamente negativas para la operación y para toda la marcha de la guerra.

La "Operación Husky" (entendida en un primer momento como simple continuación de los combates en el norte de Africa) había sido decidida desde la conferencia de Casablanca y señalada para la primera decena de julio, días en que las condiciones atmosféricas se preveían buenas y la luna estaría en el último cuarto, lo que favorecía el lanzamiento de paracaidistas.

Respecto a la operación, los pareceres eran contrarios lo mismo en campo aliado que en campo germanoitaliano. Los americanos (y especialmente el general George Marshall, su jefe de Estado Mayor General) se habían mostrado pronto contrarios, porque opinaban que un desembarco en Sicilia habría desplazado fuerzas pronto necesarias para el esfuerzo principal sobre las costas francesas, y que los ingleses, al defenderlo con calor, tenían ambiciones imperialistas, lo que no era del todo equivocado.

Tampoco sobre la elección del teatro de desembarco se habían puesto de acuerdo. Para los americanos, Cerdeña y Córcega habrían sido estratégicamente preferibles (estaban más cercanas a las costas de la Francia meridional, donde se pensaba efectuar un desembarco diversivo, y a las de la Italia septentrional), pero debían descartarse porque se encontraban fuera del radio de acción de los cazas con base en Malta. Lo mismo podía decirse de los Balcanes —preferidos por los ingleses—, cuyo terreno estaba aún más accidentado que el italiano, pero una vez superadas las primeras cadenas montañosas, se habrían encontrado con las llanuras que conducían directamente al corazón de Alemania. Presentaban además la ventaja (que estimaba mucho Churchill) de permitir preceder a los rusos en la carrera hacia Europa central. Pero fueron también descartados, ya por estar demasiado alejados de Malta, ya por las dificultades que oponían a un desembarco las costas generalmente ásperas y escarpadas.

Como se ha dicho, los americanos eran contrarios a la continuación de las operaciones en el Mediterráneo y favorables en cambio a un desembarco casi inmediato en las costas francesas, cosa que los ingleses, fundadamente, no consideraban posible para el año en curso. En la discusión prevaleció el punto de vista inglés, sustancialmente porque un desembarco en Sicilia pondría en crisis al régimen fascista y acaso induciría a Italia a salirse de la guerra.

También entre los altos mandos del Eje existían muchas dudas sobre el lugar en que sería realizado el previsible desembarco. En líneas generales, los italianos —y Mussolini el primero— no tenían dudas: el desembarco tendría lugar en Sicilia. Del mismo parecer eran el general Ambrosio, jefe del Estado Mayor italiano, y el general Alfredo Guzzoni, comandante de las fuerzas en Sicilia. Pero los alemanes, siguiendo el parecer de Hitler, no creían en un desembarco en Sicilia, y opinaban más bien que los aliados elegirían Cerdeña o Córcega.

Esta convicción de Hitler y del Estado Mayor alemán impedirá la llegada a la isla de las divisiones alemanas situadas en Calabria, que habrían podido dar la vuelta a la situación y convertir la "Operación Husky" en un desastre aliado. Por otra parte, hay que decir que Hitler estaba perfectamente enterado de la precaria situación de las defensas costeras sicilianas, y temía que así hubiera sido imposible conservar la isla contra fuerzas aliadas potentes y bien organizadas, y que sus divisiones quedarían allí atrapadas. Hitler, además, empezaba a desconfiar de sus aliados italianos, y especialmente después de la caída de Mussolini, el 25 de julio, prefirió tener sus divisiones dispuestas de modo que, en caso de necesidad, estuvieran prontas a intervenir donde se hubiera presentado el mayor peligro, tanto de parte aliada como de parte italiana.

El plan de desembarco

El secreto del éxito de la operación de desembarco preparada para Sicilia exigía que en pocas horas, o al máximo en un día o dos, cayeran en manos aliadas uno o dos puertos importantes. Esto era necesario por la conveniencia de hacer afluir rápidamente a las cabezas de desembarco los materiales pesados y los suministros previstos contra la previsible contraofensiva enemiga, que obviamente se desarrollaría lo antes posible. El plan inicial preveía un

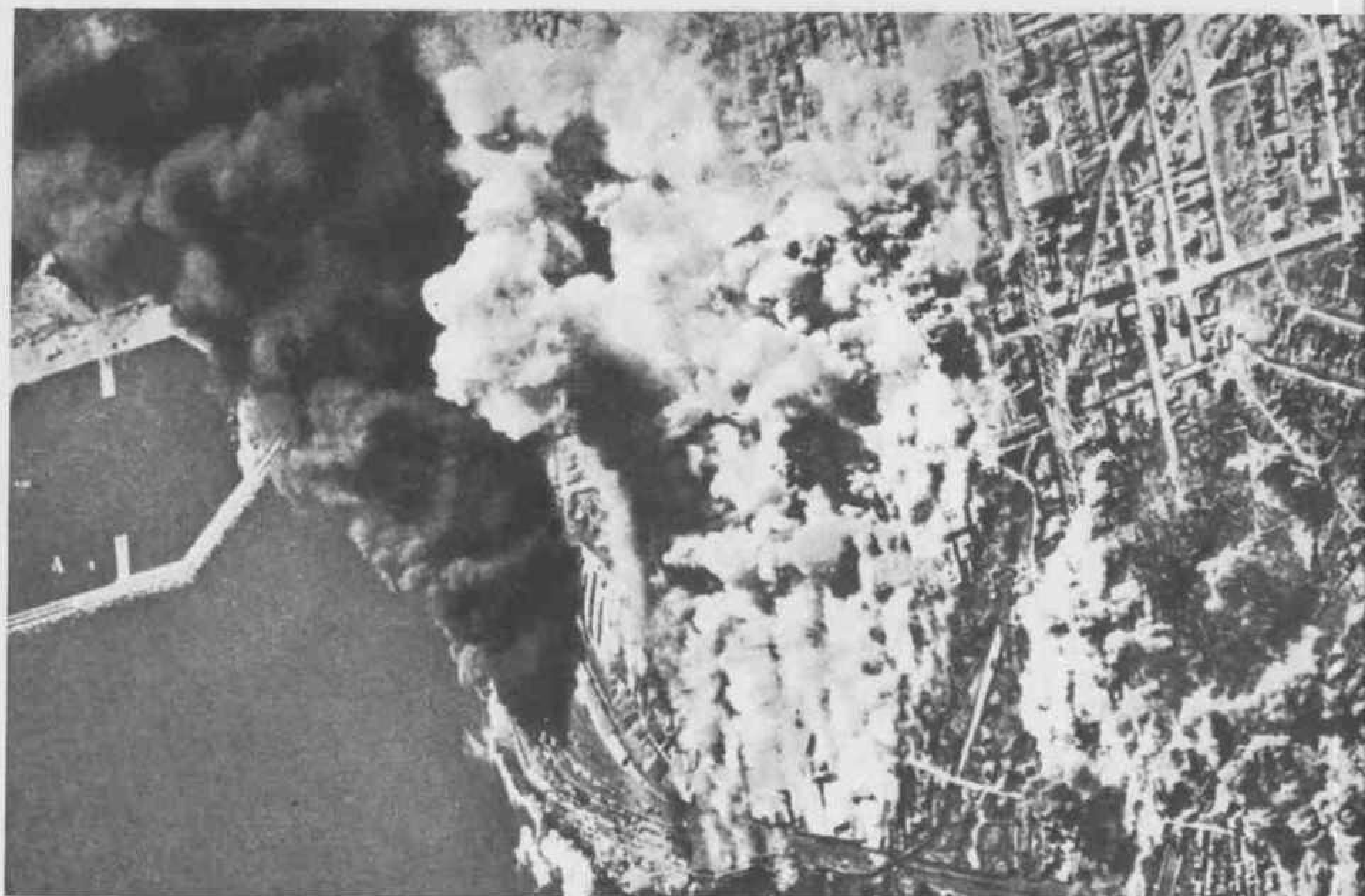
Se ultiman los preparativos para el previsto desembarco aliado en Italia: un camión sube hacia atrás la rampa de carga de una unidad de desembarco americana. Apenas ésta llegue a la playa, se abrirá el portalón y los vehículos contenidos en el interior podrán salir inmediatamente.



LA OPERACION "CARNE PICADA"

La "Operation Mincemeat" (Carne Picada), organizada por el teniente de navío Ewen Montague de la Royal Navy, fue uno de los más grandes golpes de los servicios secretos aliados. Se trataba de engañar a los altos mandos del Eje sobre la localización del desembarco que dos meses después atacaría las costas de Sicilia.
Montague pensó "entregar" al enemigo una serie de documentos que probaban la intención aliada de desembarcar en Cerdeña y sobre las costas del Mediterráneo oriental, en el Peloponeso, reservando a los desembarcos en Sicilia solamente una misión diversiva.
El problema era cómo hacer llegar estas informaciones falsas al enemigo sin levantar sospechas. Montague tuvo una idea brillante (aunque un poco macabra): hacer aparecer en las playas españolas el cadáver de un hombre con falsa identidad y provisto de una cartera de documentos, el más importante de los cuales sería una carta dirigida a Alexander por sir Archibald Nye, subjefe del Estado Mayor imperial, en la que se aludía a Cerdeña como zona de desembarco.
Primero hacía falta un cadáver que pudiese pasar por el de un ahogado. Se encontró el de un hombre sin parientes, muerto de pulmonía. Su identidad sería la de William Martin, oficial de enlace en el Cuartel General de Operaciones Combinadas. El trabajo más difícil y complejo fue el de "crear" la vida anterior del oficial difunto, para engañar y tranquilizar a los servicios de contraespionaje alemán e italiano, que ciertamente entrarían en sospechas. Fueron así "inventados" los padres del muerto, John Glyndwyr y la difunta Antonia Martin de Cardiff, en Gales, y hasta su prometida, una cierta Pamela.
El cadáver fue transportado cerca de las costas españolas por el submarino inglés "Seraph" el 19 de abril. Había sido puesto en una especial celda frigorífica que había impedido la descomposición, haciendo las condiciones del cuerpo absolutamente indistinguibles de las de un verdadero ahogado. El cadáver del oficial que nunca existió, el comandante William Martin, fue encontrado en el golfo de Cádiz por un pescador español el 30 de abril de 1945, e inmediatamente transportado al depósito de Huelva. Los ingleses esperaban, como efectivamente sucedió, que los servicios secretos españoles dieran a conocer a los alemanes el contenido de la cartera del comandante Martin, y que los últimos cayeran en la trampa tan acertadamente preparada.
Informados del hallazgo el 4 de mayo, los ingleses pidieron telegráficamente a su representante en Huelva, el vicecónsul Francis Haselden, ciertos documentos secretísimos y de fundamental importancia que se suponía llevaba el comandante consigo. Se le respondió que los documentos habían sido retirados por los servicios secretos de la marina española y que llegarían a Madrid a través del canal del Estado Mayor español de Cádiz. El 13 de mayo fueron devueltos al agregado militar inglés. Pero entre tanto, como había previsto Montague, también el Estado Mayor alemán había sido informado y había recibido copia de todos los documentos contenidos en la cartera del comandante Martin. Un solo error se había cometido, indispensable, ya que el cadáver tenía que ser abandonado en el mar: el de asegurar la cartera a la cintura con una cadena que pasaba a través de la manga del capote. Este detalle habría podido comprometer todo si los alemanes hubieran recordado que en general casi ninguno de los oficiales ingleses empleaba tal sistema.
¿Hasta qué punto esta macabra farsa tuvo éxito, es decir, hasta qué punto los servicios de información alemanes e italianos se dejaron engañar? La cuestión es discutida. Según algunos historiadores, los alemanes —con Hitler a la cabeza— cayeron en la trampa y cambiaron sus disposiciones defensivas, dejando de fortificar las costas de Sicilia. Según otros, el Estado Mayor alemán "engulló la carne picada" con mucha desconfianza.
Estos subrayan al respecto que no cambiaron mucho las disposiciones defensivas o el despliegue de las tropas, y es cierto que los aliados encontraron a Sicilia relativamente defendida, mientras que luego desembarcaron prácticamente sin encontrar oposición en Cerdeña y en Córcega.
Acaso la verdad esté en medio. Los alemanes creyeron la historia del comandante Martin, pero se dieron cuenta también de que los ingleses no podían dejar de imaginar que los documentos de la cartera llegarían de algún modo a manos del enemigo y que así se verían obligados a cambiar sus planes.
La "Operación Carne Picada" fue, pues, una excelente historia de espionaje (inspiró al menos dos películas), pero en el plano práctico tuvo resultados muy dudosos.

desembarco con tres objetivos: la costa jónica, la costa meridional y las playas en torno a Trapani y Palermo.
La intervención inglesa redujo progresivamente esta zona, juzgada demasiado amplia y dispersiva, a la punta sudoriental de la isla (cabo Pachino) y a las playas entre Licata y Gela. El objetivo de la primera cabeza de desembarco (confiada a las fuerzas del general Montgomery, es decir, al VIII Ejército inglés) eran obviamente los puertos de Siracusa y Augusta. Objetivo de la segunda era el interior de Sicilia, para cortar en dos las fuerzas enemigas y llegar sucesivamente a Palermo. Esta misión fue confiada al VII Ejército americano a las órdenes del general Patton. Era evidente que el éxito del desembarco dependería en gran parte –en un primer momento– de la neutralización de las defensas del enemigo y –sucesivamente– del bloqueo de su sistema de comunicaciones y transportes, así como de acertadas informaciones sobre la geografía de la isla y el despliegue de las fuerzas enemigas. El primer objetivo fue resuelto por los bombardeos pesados de la "North-West African Strategic Air Force" y de los bombarderos y cazas de la "Desert Air Force", que durante meses –de febrero a julio– sometieron Sicilia, sus puertos y aeropuertos, sus vías de comunicación y sus defensas, a una presión continua y en constante aumento, que hizo la vida en la isla extremadamente difícil para las tropas del Eje y la población civil, que sufrió pérdidas impresionantes. Al mismo tiempo esos bombarderos atacaban también Cerdeña, Córcega y centros más importantes de los Balcanes para confundir al enemigo sobre el verdadero objetivo del desembarco.
El segundo objetivo fue confiado en primer lugar al reconocimiento aéreo y a la aerofotografía (que en vísperas del desembarco había proporcionado a los mandos aliados millares de fotos que cubrían prácticamente toda la superficie de la isla), y en segundo lugar a grupos de "commandos" y de "rangers" que, desembarcando de noche en las costas sicilianas, deberían informar sobre la situación y organización de las defensas costeras del Eje. Estas misiones "especiales" rara vez regresaron, y a la larga se revelaron malogradas. También se ha sobrevalorado mucho, al parecer, la contribución dada por elementos locales, ligados a la mafia, en favor de los servicios de información aliados. Su ayuda se limitó a la hospitalidad ofrecida a los agentes secretos angloamericanos, y a una cierta labor de desmoralización de las tropas italianas de origen siciliano situadas en la isla, especialmente una vez realizados los desembarcos.



El bombardeo que los aliados lanzaron sobre Catania antes de su llegada, visto por el observador de un avión americano de reconocimiento.

Las fuerzas en campaña

Según la reconstrucción histórica del general Faldella, Sicilia estaba defendida por cuatro divisiones "móviles" italianas ("Aosta", "Assietta", "Livorno" y "Napoli") y por dos alemanas (la 15.ª y la Hermann Goering), de las que una, la primera, estaba dividida en tres grupos de combate (grupo "Enns", grupo "Fullriede" y grupo "Schmalz"). A su vez, las costas estaban guarnecidas por seis divisiones italianas "estáticas" (208.ª, 230.ª, 202.ª, 207.ª, 206.ª y 213.ª) y algunos regimientos y brigadas independientes apostados en las colinas septentrionales. En total, las fuerzas italianas disponibles para defensa de la isla sumaban 170.000 hombres con 100 carros de combate, y 28.000 alemanes con 165 carros de combate. Las fuerzas no disponibles (personal de los depósitos, de las baterías antiáreas, de los servicios territoriales, de los aeródromos) eran casi 100.000 italianos y 15.000 alemanes. La superioridad aérea de los aliados era absoluta. Las fuerzas aéreas italoalemanas apenas constaban de 238 aviones, de los cuales apenas la tercera parte estaban preparados en el momento del desembarco.
La marina italiana –que había podido infligir graves pérdidas al enemigo interviniendo en masa contra las naves y las cabezas de desembarco aliadas– disponía de seis acorazados, siete cruceros, treinta y dos destructores, cuarenta y ocho submarinos, dieciséis torpederos, veintisiete naves de escolta y ciento quince lanchas rápidas, pero no podían moverse, y siguió refugiada en los puertos de Tarento y La Spezia. Esta sorprendente inactividad sólo es atribuible a la escasez de combustible, aunque según ciertos observadores no había que excluir un cierto complejo de inferioridad creado en los comandantes y las tripulaciones frente a la marina inglesa, vencedora en demasiados de los encuentros que habían tenido lugar hasta ese momento. Además, en el Mediterráneo había en aquellos días dieciocho submarinos alemanes. Según la relación oficial de la marina americana, por parte aliada fueron empleados mil trescientos setenta barcos de guerra y de transporte y mil ciento veinticuatro lanchas de desembarco de diversos tipos. Los aviones utilizados fueron más de cuatro mil. Para el desembarco en tierra se previó el empleo de siete divisiones de infantería, una brigada autónoma, dos divisiones acorazadas y dos aerotransportadas (paracaidistas y planeadores); otras tres divisiones estaban prontas a intervenir partiendo de Tunisia y de Libia. Según Churchill, para la ocupación de las primeras cabezas de desembarco fueron

empleados ciento sesenta mil hombres, seiscientos carros de combate, mil ochocientos cañones y catorce mil vehículos de toda especie. La superioridad aliada en material fue aplastante desde las primeras horas. Contra Sicilia se iba a lanzar una fuerza inmensa, embarcada en una flota cuyo igual jamás había visto el Mediterráneo en su milenaria historia.

Pantelaria

Necesario preludio al desembarco (pero también revelador del verdadero objetivo de los aliados) fue considerada la ocupación de Pantelaria, que la opinión pública italiana consideraba una especie de Malta nacional, o sea, una plaza fuerte casi inexpugnable. Pero no era así. Pantelaria es más pequeña que Malta y no tenía puertos ni recursos de ningún género.

Según el historiador Sandro Attanasio, tenía la función de aeródromo de tránsito en el centro del canal de Sicilia, y de puesto de observación de ese brazo de mar. *"Pero tenía armas y hombres suficientes para oponer una honrosa resistencia a un eventual desembarco aliado"*, escribe Attanasio.

Los trabajos de fortificación, empezados durante la guerra de Etiopía bajo dirección de la aviación —que hizo construir un aeródromo y un gran hangar de roca y cemento—, pasaron luego a la marina, que debería preparar asentamientos para grandes piezas de artillería. Pero este trabajo no fue nunca terminado. Durante 1943, la población de la isla —normalmente de casi dieciséis mil habitantes— se había reducido a seis o siete mil. Los otros se habían evacuado a Sicilia.

La guarnición de la isla estaba formada por once mil soldados italianos con cuatrocientos veinte oficiales. Las armas eran setenta y cinco cañones antiaéreos de 76 mm., ocho de 152 mm., ocho de 120 mm., dieciocho cañones rápidos de 20 mm. y quinientas ametralladoras de 8 mm. Había también unos doscientos alemanes encuadrados

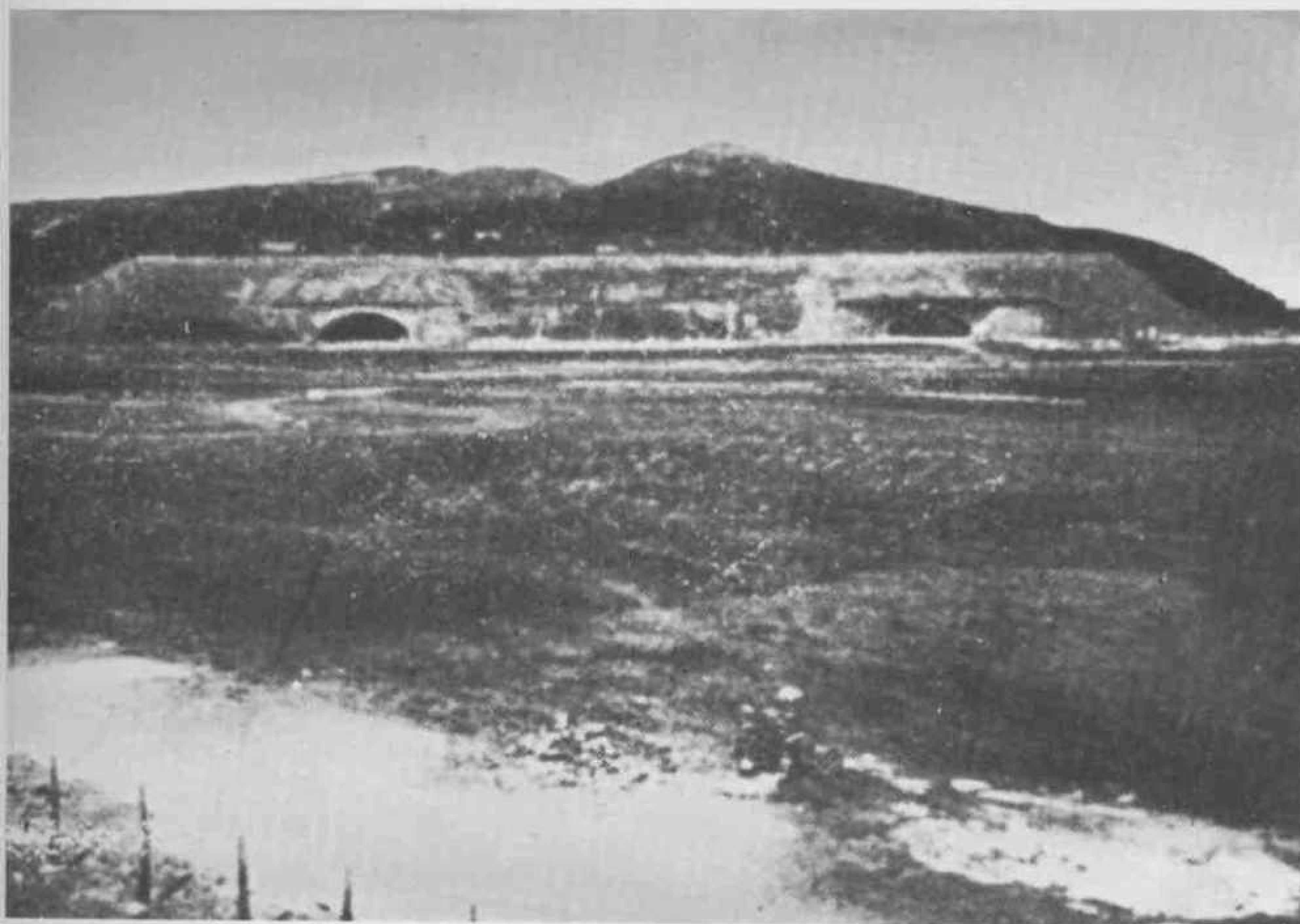
A la izquierda, el mapa indica las playas donde se consolidaron las cabezas de puente del desembarco aliado en Sicilia. En previsión de esta acción, primera gran operación anfibia de la guerra, las tropas aliadas fueron sometidas a duros entrenamientos. En la foto inferior, un desembarco simulado en Florida.

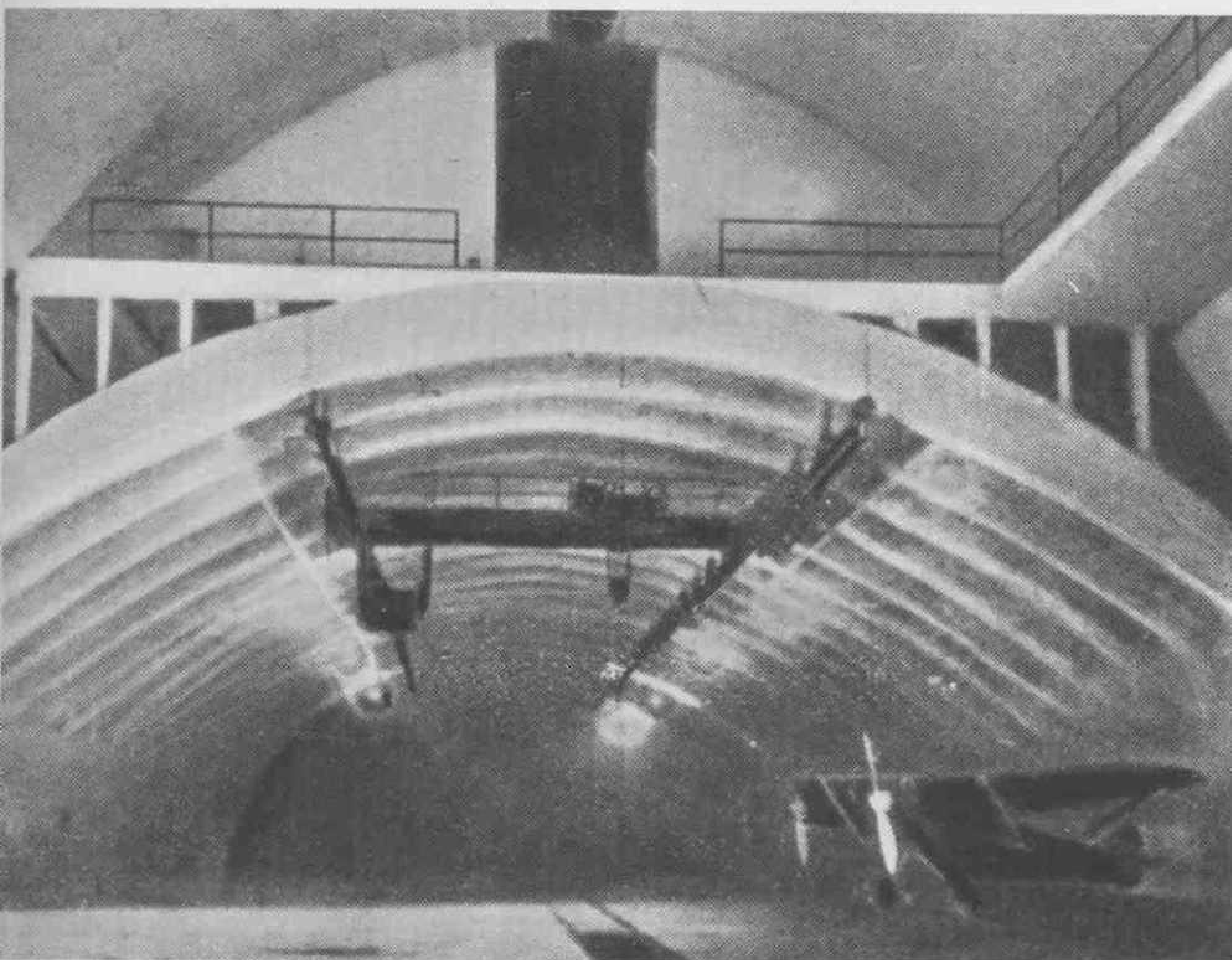
en la estación radiotelegráfica y en el servicio de localización aérea. Todas las fuerzas de la isla estaban a las órdenes del almirante Pavesi.

La acción contra Pantelaria tuvo comienzo el 9 de mayo con un intenso bombardeo aéreo, seguido, el 13 de mayo, por el inicio del cañoneo naval. Los esfuerzos finales fueron llevados a término entre el 6 y el 10 de junio con un bombardeo ininterrumpido que culminó con el lanzamiento de 1.500 toneladas de bombas aéreas en la sola jornada del 10 de junio. Estas incursiones destruyeron la cabecera del distrito y otros centros pequeños, pero causaron un número muy reducido de víctimas (no más de cuarenta, según la investigación llevada por el almirante Jachino) y pocos daños en las instalaciones defensivas y en las baterías, a causa de los errores de puntería de los bombarderos de altura. Los bombarderos rasantes y los cazas-bombarderos fueron empleados limitadamente, por la eficacia del fuego antiáreo. También la situación de suministros era segura. La crónica escasez de agua de los últimos tiempos se había paliado en parte con el aprovisionamiento por medio de submarinos y barcos-cisterna. Pocos días antes del desembarco aliado la isla había sido abastecida por el buque-cisterna "Arno". En definitiva, lo que faltaba a Pantelaria, a diferencia de Malta, era la voluntad de resistir. A finales de mayo el personal alemán abandonó la isla casi por completo, previendo evidentemente que caería en manos aliadas en el curso de pocos días.

El 8 de junio cuatro cruceros y cuatro destructores descargaron sus baterías contra la isla. La acción fue seguida personalmente por Eisenhower y el almirante Cunnigham, embarcados en el crucero "Dawn". El mismo día los aviones lanzaron millares de volantes que invitaban a la guarnición a rendirse. Pocas horas después de un nuevo bombardeo realizado el 10 de junio, el reconocimiento aéreo del Eje descubrió







La isla de Pantelaria, que habría podido cumplir para Italia la misma función que Malta cumplió para los ingleses, nunca fue suficientemente aprovechada, a pesar de sus enormes posibilidades. En estas imágenes vemos, arriba, la entrada y, abajo, el interior de dos grandes hangares excavados en la roca. En la página siguiente, la isla durante el primer bombardeo aéreo.

que desde el puerto tunecino de Susa estaban partiendo lanchas de desembarco con hombres y carros de combate. Se puso la isla en estado de alerta, mientras que a los defensores se aseguraba que su misión sería ayudada por un cierto número de cazas, y se les invitaba a ahorrar las municiones para el momento del desembarco. En las horas siguientes el ritmo de la acción se fue acelerando. A las 18,20, Supermarina (el Estado Mayor naval), suponiendo que la isla podría resistir al menos algunos días, propuso al mando supremo que la defensa fuera prolongada —verdaderamente, sin utilidad alguna— mientras la guarnición tuviese *"agua para beber y municiones para disparar"*. Pero ya media hora después el almirante Pavesi hacía saber al mando supremo que, a causa de las condiciones de la isla, tenía *"el triste deber de declarar que todas las posibilidades materiales de resistencia estaban agotadas"*.

El texto del telegrama de Pavesi no fue descifrado hasta las 5,00 horas del día 11, y a las 9,00 el mismo Mussolini, amargado, autorizó la rendición de la isla. A las 11,30 del día 11, los aliados desembarcaban en Pantelaria sin encontrar resistencia. Al día siguiente se rindió también la guarnición de Lampedusa.

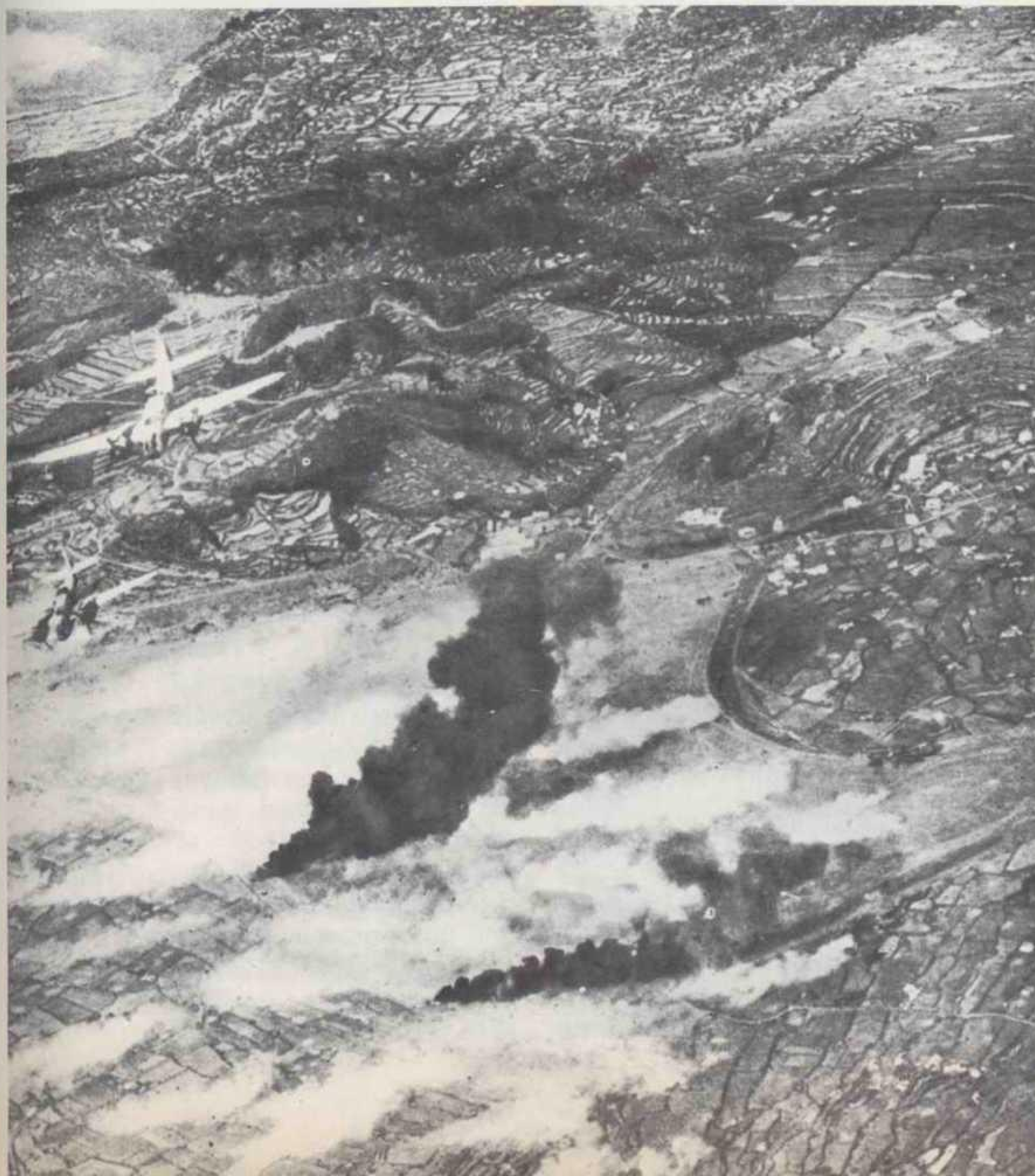
Sin embargo, el episodio de Pantelaria queda bastante oscuro. La isla tenía agua y municiones para resistir bastante más de lo que hizo, y de una encuesta judicial organizada en la posguerra (el proceso Trizzino) resultó que la isla se rindió apenas se divisaron los primeros barcos aliados. En suma, que ni siquiera se intentó la defensa.

Preparativos para el desembarco

El ataque a Pantelaria y a Lampedusa reveló, ya sin sombra de duda, que el siguiente objetivo de los aliados sería Sicilia. La localización de los desembarcos seguía, sin embargo, desconocida. Los alemanes, es decir, Kesselring, pensaban en Sicilia occidental; los italianos (con razón, como se vería bien pronto) consideraban mucho más probable un desembarco en Sicilia oriental, en la zona donde efectivamente tuvo lugar.

Este problema tenía gran importancia para el despliegue de las divisiones "móviles". Considerando que ambos comandantes del Eje (Kesselring y Guzzoni) opinaban que el enemigo debía ser contraatacado en las primeras horas después del desembarco, ¿había que enviar las divisiones "móviles" a la Sicilia occidental o a la oriental?

Fue adoptada una solución de compromiso (que se revelaría ineficaz y finalmente desastrosa), dejando dos divisiones italianas ("Livorno" y "Napoli"), una alemana (la "Hermann Goering") y dos grupos de combate ("Fullriede" y "Schmalz") en Sicilia oriental, y enviando a la división "Aosta", la "Assietta" y el grupo "Enns" de la 15.ª División alemana a Sicilia occidental.
Entre tanto, los aliados se habían repartido las zonas de desembarco y habían establecido los contingentes de empleo. Según los planes, el XV Grupo de ejércitos (del que hacía cabeza el general Alexander) atacaría la punta sudoriental de la isla, con el VIII Ejército inglés (general Montgomery) desde Cabo Ognina (un poco al sur de Siracusa) a Punta Castellazzo (península de Pachino) sobre 76 kilómetros de playa, mientras que el VII Ejército americano (general Patton) desembarcaría en la costa meridional, de Punta Bracetto a Torre di Gaffe, en 80 kilómetros. Ambos desembarcos serían precedidos por el lanzamiento de tropas aerotransportadas.
Los objetivos inmediatos del VIII Ejército inglés eran los puertos de Siracusa y de Augusta, y los aeródromos de la llanura de Catania, mientras que los americanos debían apoderarse de las ciudades de Licata y Gela. En conjunto, el frente de desembarco debería comprender 210 kilómetros de litoral, pero el enlace inmediato entre las fuerzas inglesas y las americanas se consideraba indispensable.
Las divisiones asignadas a Bernard L. Montgomery eran, yendo de oeste a este, la 1.ª División canadiense, la 51.ª, la 50.ª y la 5.ª inglesas; además, Montgomery podría disponer de la "Brigada Malta" y de algunos grupos de "commandos" para los desembarcos preliminares al oeste de la Península de Pachino y en Cabo Ognina. Por su parte, George Patton tenía, yendo siempre de este a oeste, la 3.ª División, un grupo de "rangers", la 1.ª División y la 45.ª División, todas americanas. Para confundir al enemigo, junto con los paracaidistas se lanzarían (como efectivamente se hizo) centenares de maniquíes.
A las 18 horas del 9 de julio (la víspera del "D-Day"), se verificó una gran incursión aérea sobre Caltanisetta, Catania, Siracusa y Palazzolo Acreide, que los mandos del Eje consideraron justamente como el preludio a la invasión. Una hora después, los aviones de reconocimiento localizan los convoyes



Mayo de 1943

31 de mayo

Bombardeo aéreo sobre Nápoles. El general Guzzoni asume el mando de las tropas germanoitalianas en Sicilia.

Junio de 1943

1 de junio

El general Roatta es nombrado nuevo jefe de Estado Mayor del ejército.

3-5 de junio

Aviones alemanes atacan la fábrica soviética Molotov, en Gorki-Avtosavod.

5 de junio

Bombardeo aéreo americano sobre La Spezia.

9-10 de junio

Bombardeo aéreo alemán contra las industrias químicas de Yaroslav.

11 de junio

Capitulación de la guarnición italiana de Pantelaria, compuesta de casi 11.000 hombres.

11-12 de junio

Bombardeo inglés sobre Düsseldorf.

12 de junio

Se rinde también la guarnición italiana de Lampedusa, compuesta de unos 4.000 hombres.

13 de junio

Bombardeos aéreos americanos sobre Kiel y Bremen.

13-14 de junio

Ataque aéreo inglés sobre Grimsby.

14-15 de junio

Ataque aéreo inglés sobre Oberhausen.

16-17 de junio

Bombardeo de Colonia.

dirigidos a Sicilia y, por consiguiente, las fuerzas de defensa de la isla se ponen en estado de alerta.
La "Operación Husky" comienza con un fracaso parcial de los aliados. La acción preliminar de las fuerzas aerotransportadas es un desastre. De los ciento cuarenta y cuatro planeadores ingleses partidos de los aeródromos de Tunisia, sólo doce toman tierra en la zona prevista. Otros cincuenta y cuatro aterrizan donde pueden e incluso sesenta y uno caen en el mar con la pérdida casi total de las tropas que transportaban. Responsables de este fallo parecen ser la inexperiencia y el miedo de los pilotos de los aviones y de los planeadores, la escasa luz lunar y el viento.
También el lanzamiento por parte de la 82.ª División paracaidista americana se realiza bastante mal. Los paracaidistas toman tierra dispersándose en una zona vastísima, no logran recobrar el contacto entre ellos, y atacan aisladamente algunos puntos de resistencia, pero son rechazados y hechos prisioneros a centenares. Sólo consiguen provocar algunos daños en los tendidos telefónicos. Un solo planeador inglés ha aterrizado junto al puente Grande, sobre el Anapo, que domina el camino hacia Siracusa. Los hombres transportados se apoderan del puente y lo defienden, en condiciones de neta inferioridad, contra todos los contraataques. Resistirán heróicamente hasta la llegada de la 5.ª División, cuyos carros podrán pasar el rio sobre el puente intacto.

El desembarco

El desembarco en Sicilia –considerado a veces como un episodio de importancia secundaria en el desarrollo total del conflicto– representó en realidad el primer ataque a aquella "Fortaleza Europa", que Hitler pensaba haber hecho inexpugnable, determinando la caída del régimen fascista y la salida de Italia de la guerra. Fue también la primera operación anfibia en gran escala realizada por los aliados en Europa, y como tal fue una especie de ensayo general de la "Operación Overlord", el desembarco en Normandia. Los problemas de organización planteados al Estado Mayor aliado fueron lógicamente inmensos y absolutamente nuevos. Se trataba, por ejemplo, de coordinar los movimientos de una inmensa flota y de ésta con las fuerzas aéreas, de modo que no hubiese interferencias ni errores (cosa que no siempre fue lograda, con resultados desastrosos al menos en algunos casos),





A la izquierda, la isla de Lampedusa, que se rindió a los aliados poco después de la caída de Pantelaria, sin intentar siquiera una defensa simbólica.

Arriba, uno de los planeadores a disposición de las tropas aerotransportadas inglesas, que fueron protagonistas del primer trágico intento de desembarco desde el aire.

de estibar toneladas de material en el orden preciso (que en la práctica significa prever la necesidad de su empleo), de abastecer oportunamente a las tropas desembarcadas, de estar listos para reembarcarlas en caso de necesidad, y todo esto bajo la previsible reacción aérea y costera del enemigo.
Al alba del "D-Day" (10 de julio), de los centenares de barcos inmóviles a lo largo de la costa siciliana se destacaron enjambres de lanchas de desembarco dirigidos a tierra. Desde la costa la operación fue contrarrestada con el fuego de las baterías costeras, por otra parte bastante débil, impreciso y pronto acallado por las piezas de las naves de guerra. Así que desde el principio la defensa de la isla se reveló bastante ineficaz, discorde y poco decidida, al menos por parte italiana, y netamente inferior a las previsiones aliadas.
A pesar de todo, es bien cierto que un buen número de lanchas de desembarco fue alcanzado por la artillería y las posiciones costeras de ametralladoras, pero también es verdad que las mayores dificultades superadas por los aliados fueron los escollos y los bancos de arena, sobre los que fueron a encallar muchas lanchas de desembarco.
Todo esto se concreta para deshacer una leyenda y su reverso; es decir, que las defensas de la isla no reaccionaron como debían a causa de la deserción en masa de los hombres encargados de guarnecerlas, y, al contrario, que resistieron hasta el extremo, dejándose superar sólo por la neta superioridad aliada. Las dos versiones son parciales y dictadas por intereses de parte. Hubo, sin duda, algunos episodios de abandono de puesto totalmente injustificado, sobre todo por parte de los mandos, pero en conjunto las tropas italianas se batieron valerosamente al límite de los medios a su disposición. Con esto queremos decir que la superioridad aliada, clarísima en los campos aéreo y naval, era muy relativa en el campo terrestre, por la conocida relación, estudiada y sostenida hasta finales del siglo pasado, que debe existir entre el atacante y el defensor, es decir, de 3 a 1.
La superioridad naval, por ejemplo, pesó de modo determinante en la batalla por Gela, conquistada y defendida por los "rangers" americanos en la noche del 10, gracias al fuego de las piezas navales, que primero desmantelaron las defensas en un radio de varios kilómetros de las playas y de la población, y luego bloquearon el contraataque germanoitaliano lanzado con extrema decisión.
La superioridad aérea tuvo allí una importancia bastante decisiva al bloquear y dificultar la marcha de refuerzos germanoitalianos, que afluían hacia el frente.
Pero procedamos con orden. A propósito del momento del desembarco, escribe el historiador inglés G. H. Shepperd, autor de "La campaña de Italia": *"La hora del desembarco eran las 2,45 del 10 de julio. Un momento fijo en la mente de millares de soldados aliados. Representaba la cumbre de meses de adiestramiento; para muchos significaba el inesperado crujido de la lancha de asalto que encallaba; para muchos otros, que seguían a bordo de las embarcaciones más grandes con los cañones, los carros de combate y los vehículos, era un momento de tensión espasmódica mientras esperaban llegar a la orilla. En las naves de guerra que cruzaban al largo, las tripulaciones artilleras estaban preparadas para abrir el fuego sobre las baterías costeras. Los grupos de caza esperaban iniciar sus vuelos de patrulla; los cazas-bombarderos estaban listos para despegar cada treinta minutos, para atacar los accesos a las playas. En la oscuridad, millares de hombres esperaban. Era un momento de silencio casi increíble".*
El desembarco de las divisiones del VIII Ejército sucedió exactamente en el momento previsto, aunque las condiciones agitadas del mar provocaron algunos leves retardos. Sigue escribiendo Shepperd: *"La sorpresa táctica triunfó por todas partes, y la escasa resistencia opuesta por algunas unidades costeras fue rápidamente superada. Algunas baterías y unidades de artillería de campaña se pusieron a disparar contra las playas, pero pronto fueron reducidas al silencio por el fuego de los barcos".*
El desembarco americano (y especialmente el de la 45.ª División) sufrió mayores retrasos y las tres unidades de asalto tomaron tierra más bien desorganizadas. La "Western Task Force" (Fuerza Operativa Occidental) había sido embestida de lleno por el viento que soplaba del oeste, y había tenido mucha dificultad en bajar al mar sus medios de asalto. En efecto, la pérdida de contacto con una nave de referencia obligó a las lanchas de desembarco a recorrer un trozo de mar más amplio del previsto. Así que hasta las 4,30 no tomó tierra la primera oleada, en la extrema izquierda más allá de Licata, es decir, con el sol ya en el horizonte al menos durante un cuarto de hora. Dos horas después, mientras la infantería avanzaba protegida por el fuego de

Junio de 1943

19 de junio

El ministerio italiano de las Corporaciones establece que sean llamados al servicio del trabajo los hombres declarados inhábiles para el servicio militar de las quintas entre 1907 y 1925, y las mujeres desde 1919 a 1925. Los judíos de las quintas de 1907 a 1925 son citados para el trabajo obligatorio.

21 de junio

Bombardeo aéreo americano sobre Nápoles.

23 de junio

El general Auchinleck asume el mando de las fuerzas británicas en la India. El general Wavell asume el cargo de Virrey de la India.

24-25 de junio

Bombardeo de Elberfeld.

25-26 de junio

Bombardeo de Gelsenkirchen.

28-29 de junio

Bombardeo de Colonia.

Julio de 1943

1-31 de julio

Hundidos 46 mercantes aliados por submarinos alemanes en el Atlántico, el Océano Indico y el Mediterráneo.

1 de julio

Conversaciones en Roma entre Mussolini y el presidente del Consejo de Ministros rumano Antonescu. En Italia comienza el trabajo obligatorio.

3-4 de julio

Ataque aéreo inglés sobre Colonia.

4 de julio

El general Wladislaw Sikorski, presidente del Consejo del gobierno polaco en el exilio,

En la "Operación Husky" tomaron parte centenares de barcos de todos los tipos, usados para transporte y defensa, y más tarde, con los potentes cañones navales, también para apoyo de las tropas del contingente de desembarco.

los barcos de guerra, fue finalmente posible comenzar el desembarco de los carros de combate y de los cañones. En el centro del despliegue americano, la 1.ª División desembarcó bastante antes del alba, pero el regimiento de la derecha no pudo superar la playa hasta que el fuego de un crucero y de un destructor acalló los morteros y cañones italianos. Los dos regimientos desembarcados cerca de Gela fueron pronto apoyados por la artilleria naval y lograron hacer mayores progresos. La primera oleada de la 45.ª División desembarcó aún más tarde, a las 4,40, y algunas lanchas de desembarco tomaron tierra a notable distancia de la playa asignada en el plan. Por fortuna, la resistencia en esta área no fue demasiado fuerte, y los desembarcos pudieron ser realizados sin gran oposición, aunque algunas lanchas encallaron en bancos de arena a poca distancia de la playa.

Así que a las 10 de la mañana, según Shepperd, la situación era la siguiente: a la extrema derecha del área de desembarco, la pequeña fuerza de tropas aerotransportadas inglesas seguían defendiendo el puente Grande, y continuaría la defensa por otras dieciocho horas. La 5.ª y la 50.ª divisiones, aunque con retraso a causa del cañoneo de las playas por parte de la defensa italiana, ocupaban Cassibile y Casanuova e iban a entrar en Avola y en Noto. El resto de las fuerzas inglesas habia completado la ocupación de las playas asignadas a las 5,45, y a las 7,30 había podido empezar a poner en funcionamiento el aeródromo de Pachino, que estaba dispuesto para el uso apenas cinco horas después. En el área americana, después de las dificultades iniciales, proseguia el avance, y grupos de la 45.ª División habian llegado a Santa Croce Camerina, una localidad a siete kilómetros de Vittoria, asi como la puente Dirillo. En el centro, la 1.ª División ocupaba el nudo viario de Piano Lupo, y la ciudad y el aeródromo de Gela. A la izquierda, en la zona asignada a la 3.ª División, se estaba rastrillando Licata, mientras el primer batallón se habia lanzado ya a 15 kilómetros por la costa y a 10 kilómetros por el interior.

Entre tanto, desde las primeras horas del desembarco, el general Alfredo Guzzoni habia hecho llamar a la Sicilia occidental el grupo "Enns" y parte de la división "Assietta", enviándolos a Canicatti. Habia procedido también a ordenar contraataques inmediatos al grupo "Schmalz" y a la división "Napoli" en dirección a Siracusa, a las divisiones "Livorno" y "Goering" en dirección a Gela, y al grupo "Fullriede" y a las tropas de la división "Assietta" en dirección a Licata.




410

En la página anterior, una unidad de desembarco americana se aleja de la nave de apoyo para acercarse a la playa.

Abajo, en el litoral de Licata, los primeros elementos blindados americanos se aventuran a desembarcar en tierra firme.

Todas estas fuerzas que afluían hacia el frente sufrieron el ininterrumpido ataque de los aviones aliados, que retrasaron sus movimientos y en algunos casos las detuvieron; en suma, dañándolas gravemente y reduciendo su eficacia. Así que ninguno de estos contraataques tuvo éxito, salvo contra Gela, realizado desde las primeras horas del día 11 por la división "Livorno" y la "Goering", reforzadas también por algunos tanques "Tigre".

Según el plan de Guzzoni, la división "Goering" debería extenderse en tres columnas hacia Gela desde el este, mientras que la "Livorno" debería atacar a los americanos desde el oeste. Una orden análoga se había cursado a la "Goering" por Kesselring, convencido de que solamente los alemanes podían oponerse eficazmente al desembarco. El general Conrath, comandante de la "Goering", recibió también de Kesselring la orden de moverse en dirección a Palazzolo y Comiso, apenas su ataque contra Gela hubiera dado señales de triunfo. Este movimiento eliminaría la amenaza representada por la cabeza de desembarco de la 45.ª División americana en Scoglitti, y permitiría al grupo "Schmalz" reunirse a la división. Una vez reunidas, las divisiones germanoitalianas debían volverse contra los ingleses, que desde la tarde del 10 habían ocupado Siracusa. Entre tanto, la división "Livorno", con ayuda de la 15.ª División alemana, liquidaría a los americanos en la zona de Licata.

Las cosas pasaron de otro modo. Por la noche, la 1.ª División americana precedió el ataque contra Gela con una penetración hacia el aeródromo de Ponte Olivo en Niscemi. Después, aun no logrando detener los carros de Conrath, la división estuvo en disposición de someter a un fuego muy intenso a las columnas italianas, que fueron detenidas en la periferia de Gela. En ese momento, el crucero americano "Savannah" abrió fuego, y más de quinientas granadas de 152 mm. cayeron sobre la infantería italiana. Esto marcó el fin de la división "Livorno" como unidad eficiente.

Mucho más peligroso se revelaría el ataque alemán. La columna acorazada central de la "Goering" había roto las defensas americanas, obligando al adversario a retirarse al borde de la escarpada de Piano Lupo. Los americanos, provistos sólo de armas ligeras y de "bazookas", se encontraron en una situación delicada. En ese momento crítico los cañones anticarro, que por fin empezaban a llegar de la playa, fueron llevados delante y abrieron fuego directo contra las fuerzas de Conrath, que fueron detenidas. La tercera punta del ataque alemán estaba constituida por la infantería que avanzaba hacia el Puente Dirillo sobre el río Acate, pero fue atacada por paracaidistas procedentes a marchas forzadas de Vittoria. Este contraataque desvió la



L.C.M.



Al inicio del segundo conflicto mundial, las potencias beligerantes, a pesar de haber desarrollado en muchos casos una tecnología y una técnica militar de alto nivel, no habían tomado aún en consideración, en su justa medida, el problema de eventuales desembarcos en territorio enemigo. Así, cuando las victoriosas fuerzas alemanas, después de haber arrojado de Dunkerque a las tropas anglofrancesas, parecían tener que lanzar de un momento a otro la temida "Operación Seelöwe", las industrias bélicas tuvieron que dedicarse inmediatamente a colmar la grave laguna de la carencia de elementos de desembarco. Ya en 1915, en Gallípoli (Turquía), se habían desarrollado operaciones militares donde, por primera vez, se había tratado de resolver el problema del desembarco de tropas de un modo que, conceptualmente, será adoptado por los ejércitos de todo el mundo a veinticinco años de distancia. En Gallípoli, de hecho, además de hacer acercarse las tropas a tierra sobre normales embarcaciones de transporte o salvamento, se había procedido también a modificar un viejo barco carbonero, el "River Clyde", a fin de que, tras haberse aproximado lo más posible a la playa, pudiese abrir un portalón desde el cual, pasando sobre un pontón, dos mil fusileros podrían desembarcar creando sucesivamente una cabeza de puente. La operación marchó mal y perdieron la vida mil seiscientos soldados, pero la lección técnica no fue olvidada. Los americanos aprovecharán bien este experimento. Cuando en 1940 la Wehrmacht tuvo necesidad de elementos que le permitieran hacer desembarcar a sus soldados en playas muy cercanas al territorio nacional, pues sólo tenían que realizar la travesía del canal de la Mancha, calculó que podía arreglarse con medios de urgencia. Pero la U. S. Army, que debía proveer al transporte de sus hombres a teatros de guerra a distancias de miles de kilómetros, se vio obligada a proyectar elementos adaptados a sus necesidades partiendo de exigencias que no tenían antecedentes en la anterior historia militar. De allí nació la idea de construir dos tipos de unidades: las naves de desembarco (Landing Ships) y las lanchas de desembarco (Landing Craft). Las primeras deberían transportar, bajo la escolta de una escuadra naval, el grueso de la fuerza de desembarco, comprendidas las varias L. C., hasta las cercanías del objetivo. En ese punto, las L. C. serían echadas al mar y comenzarían a ir y venir desde las fondeadas L. S. hasta las playas de desembarco. Con el tiempo se llegaron a construir también L. C. bastante grandes para poder efectuar travesías relativamente limitadas y desembarcos de manera autónoma, sin tener que recurrir al apoyo de las L. S. En seguida nacieron las distinciones según el empleo específico al que estaban destinadas las unidades: L. S. Personnel and Vehicles (naves de desembarco para personas y vehículos), L. S. Tank (para carros de combate), L. C. Infantry (lanchas de desembarco para infantería), L. C. Mechanized (para medios mecanizados), L. C. Assault (de asalto), etc. Estas embarcaciones serán construidas en gran número y servirán en todos los frentes, desde el Pacífico –donde, a partir de 1943, su empleo estará casi a la orden del día– al europeo, donde permitirán a los aliados realizar grandes operaciones anfibias en los sectores italiano y francés que serán decisivas para la victoria. Uno de los medios más difundidos fue el pequeño L. C. M. III, utilizado tanto por los americanos como por los ingleses, que fue construido en muchos centenares de ejemplares. Operativo desde finales de 1942, fue ideado para llevar con las primeras oleadas de desembarco elementos motorizados, tan importantes para la infantería. En cada viaje podía transportar algunos vehículos ligeros del tipo Bren Carrier o un carro Sherman, más un cierto número de infantes aparte de la tripulación de los vehículos.

Longitud	15,24 m.
Anchura	5,47 m.
Inmersión máx.	1,00 m.
Desplazamiento	52 t.
Motores	2 Diesel de 450 HP. en dos hélices
Velocidad máx.	12 nudos
Tripulación	3

A la izquierda, arriba, ingenieros americanos preparan pistas practicables para vehículos extendiendo sobre la arena elementos metálicos perforados. Abajo, artillería pesada británica bate los centros de resistencia germanoitalianos.

En esta página, abajo, una columna de infantes americanos en marcha hacia el interior de Sicilia.

---

atención de Conrath de la batalla que se desarrollaba en la llanura de Gela. Allí el ataque principal alemán había llegado en algunos puntos a menos de dos kilómetros de las playas, y los carros habían abierto fuego sobre los depósitos y las lanchas de desembarco. Conrath comunicó a Guzzoni, dando por descontado su éxito, que *"la presencia de la división 'Hermann Goering' había obligado al enemigo a reembarcarse".*

En realidad, Conrath había vendido la piel del oso antes de haberlo matado. Los americanos no se habían reembarcado ni lo harían nunca. La situación fue cambiando rápidamente. La artillería de campaña, apenas desembarcada, abrió fuego contra los carros alemanes. Algunos carros americanos, atascados en la arena, consiguieron librarse e intervinieron en seguida en la batalla. La artillería naval empezó a bombardear la zona inmediatamente posterior a las playas. A las 14 horas, con un tercio de sus fuerzas acorazadas destruidas o puestas fuera de combate, Conrath decidió suspender el ataque y se retiró al sur de Niscemi. Guzzoni ordenó entonces retirar la división "Goering", teniéndola preparada para arrojarla en la zona de Vizzini, al día siguiente, contra los ingleses. A anular esta orden del comandante italiano llegó otra de Von Senger, superior directo de Conrath, que imponía a la división "Goering" llevar adelante el plan original, es decir, cortar el camino a la 45.ª División americana.

Pero Conrath prefirió seguir la orden de Guzzoni, porque mientras tanto se había enterado de las gravísimas pérdidas sufridas por su infantería, que a las 19 horas estaba todavía enfrascada en intensos combates, y se retiró a Caltagirone.

La jornada del 11 se concluyó con una tragedia en el campo americano. En las primeras horas de la jornada, el general Patton había decidido reforzar su cabeza de puente en Gela haciendo lanzarse en paracaídas por la noche a la 504.ª escuadra de combate, formada por dos batallones de paracaidistas, más artillería aerotransportada y elementos de ingenieros. La zona de los desembarcos aéreos debía ser el aeródromo de Gela-Farello, y la ruta la de dos noches antes. Así que, por la noche, ciento cuarenta y cuatro C-47 (Dakota), que transportaban dos mil paracaidistas americanos, sobrevolaron a baja altura (250 metros) los convoyes aliados y las playas de desembarco. Pero la marina no había sido avisada, o había habido equivocaciones, porque la artillería antiárea de los convoyes abrió fuego contra los aviones amigos, derribando veintitrés Dakotas y dispersando a los otros. Sólo cuatrocientos paracaidistas lograron tomar tierra en la zona prevista. ¡Una desgracia terrible!

El 12 de julio ("D-Day" + 2) los ingleses que avanzaban sobre Augusta fueron duramente atacados por el grupo "Schmalz". Pero también en este caso la intervención de los cañones



Julio 1943

muere en accidente aéreo en Gibraltar. Le sucede Stanislaw Mikolaiczyk.

5-6 de julio

Bombarderos alemanes atacan Bizerta.

8-9 de julio

Incursión aérea inglesa sobre Colonia.

9-10 de julio

Ataque aéreo inglés sobre Gelsenkirchen.

10 de julio

Tiene comienzo la operación "Husky", es decir, el ataque aliado a Sicilia. Tropas aliadas bajo el mando del general Eisenhower desembarcan en la costa sudoriental de Sicilia.

12 de julio

Augusta y Siracusa se rinden a los aliados.

12-13 de julio

Ataque aéreo sobre Turín.

13-14 de julio

Ataque aéreo sobre Aquisgrán.

17 de julio

Bombardeo aéreo de Nápoles.

19 de julio

Hitler y Mussolini se encuentran en Villa Gaggia (Feltre) para examinar la grave situación. Primer bombardeo aéreo de Roma.

22 de julio

Tropas americanas entran en Palermo.

24 de julio

Se reúne en el Palazzo Venezia el último Gran Consejo del fascismo.

25 de julio

Mussolini es detenido. Víctor Manuel III nombra al mariscal Badoglio nuevo presidente del Consejo.



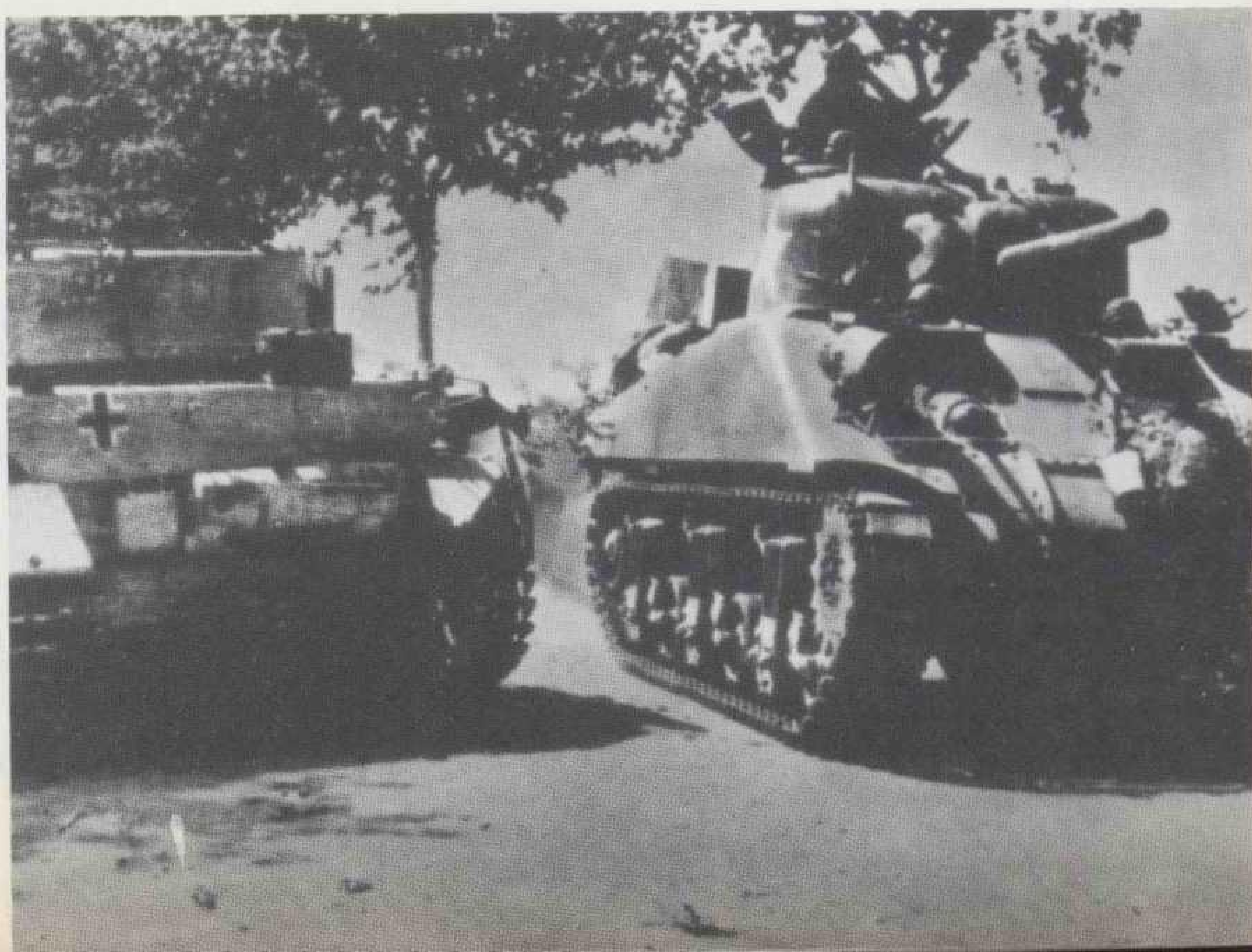
navales y de los aviones fueron elementos resolutorios. Los contraataques alemanes fueron bloqueados, y prosiguió el avance inglés. Entre tanto las divisiones inglesas habían llegado a Palazzolo, recibiendo orden de avanzar al día siguiente según el eje Vizzini-Caltagirone. El esfuerzo inglés principal debía estar constituido por un ataque lanzado el 13-14 de julio desde la zona de Lentini para extenderse a la llanura y ocupar Catania (la plaza fuerte de Augusta se había rendido la noche del 12 de julio, como veremos más adelante). En la zona americana la situación continuaba mejorando. En Gela se habían lanzado algunos ataques decididos y el 13 de julio habían caído los aeródromos de Comiso, Biscari y Ponte Olivo. La 3.ª División había llegado a Canicattí. Para ofrecer a estas fuerzas el espacio necesario a su maniobra envolvente hacia Caltagirone y Valguarnera, evitando interferirse con el avance de la 45.ª División, el general Alexander asignó este eje viario a los canadienses de la 1.ª División, mientras preveía que la misión principal del VII Ejército americano debía ser impedir la llegada de fuerzas enemigas hacia el este sobre el flanco del VIII Ejército de Montgomery. Comprensiblemente, esta orden desagradó a Patton, porque asignaba a los americanos (cuyas avanzadas estaban ya a 25 kilómetros de Agrigento y en excelente posición para avanzar hacia el centro de la isla) una misión netamente secundaria.

La rendición de Augusta

Se ha aludido ya a la conquista de Augusta por parte del VIII Ejército inglés. El episodio fue uno de los más desconcertantes en que tomaron parte las fuerzas italianas en toda la historia de la segunda guerra mundial. Augusta estaba unánimemente considerada una de las plazas fuertes más resistentes de la isla, y en realidad disponía de potentes baterías costeras y adecuadas fuerzas defensivas. Con todo, se rindió antes de haber disparado un solo tiro, apenas fueron avistadas las naves aliadas destinadas al desembarco, como si un ataque de locura hubiese trastornado las mentes de los defensores o el miedo al enemigo los hubiese literalmente anulado. Los responsables de esta rendición, inexplicable de otro modo, fueron, según el historiador Sandro Attanasio, el almirante Priamo Leonardi, comandante de la plaza Augusta-Siracusa; su jefe de Estado Mayor, capitán de fragata Gasparini, y el comandante de la base naval, capitán de fragata Turchi.

Estos son los hechos. La noche del 9 de julio la plaza fue puesta, como toda la isla, en estado de alarma. El comandante Gasparini cursó entonces la orden de *"preparar la destrucción de las baterías"*, y esto aun antes de que las operaciones de desembarco fueran efectivamente iniciadas por los aliados. En cuanto al almirante Leonardi, en vez de permanecer en la plaza fuerte que debería defender, ya por la noche del día 10 trasladó su mando a Melilli, y en los días sucesivos vagó sin rumbo por los pueblos del interior, buscando en vano ponerse en contacto telefónico con las fuerzas que le habían sido confiadas. El comandante Turchi, a la primera noticia de los desembarcos aliados, partió con todos sus marineros hacia Catania, desde donde, citando el texto del proceso realizado en Milán en la posguerra, *"fue reconducido a Augusta, por orden del mando marítimo de Messina, y ya puede suponerse con cuánta edificación para su decoro militar"*. Los planes para la destrucción de las instalaciones defensivas llegaron a las posiciones entre el 5 y el 6 de julio, transmitidos con cierta perplejidad por el cónsul de la milicia fascista De Pasquale.

Al alba del mismo día los 400 alemanes de servicio en los cuarteles MAS hicieron volar sus instalaciones y los depósitos de torpedos, y se retiraron usando las lanchas torpederas y los camiones a su disposición. Las tropas italianas, marineros, aviadores e infantes, los siguieron precipitadamente, sin haber recibido ninguna orden al respecto. La mayor parte de las destrucciones sucedieron en la tarde del 10, pero ya en el curso de la mañana las unida-



Arriba, una patrulla británica recorre lentamente la calle principal de Augusta, la base naval poderosamente defendida que inexplicablemente se rindió sin haber disparado un tiro contra el enemigo.

Al lado, un Sherman americano pasa junto a los restos de un MK IV alemán.

AUTOPROPULSADO DE 90/53



Como se sabe, los elementos blindados italianos durante el último conflicto se encontraron con frecuencia en condiciones de neta inferioridad cuando tuvieron ocasión de enfrentarse con los aliados. El resultado de estos encuentros, lógicamente desfavorables a los italianos, con frecuencia y error fue generalizado, con esa punta de masoquismo que se emplea como escudo cuando se habla de empresas desafortunadas o equivocadas. En realidad, la industria pesada italiana se había encontrado al comienzo de la guerra vinculada por conceptos mal interpretados, como en el caso del buen carro de reconocimiento L 3, producido en gran número por su fácil construcción y bajo coste, pero usado como carro de batalla. Cuando surgió la idea de que hubiera sido mejor impulsar los estudios para resolver las carencias y los problemas, había enfrente una industria más bien "rígida" y de potencial limitado. A pesar de esto, numerosos prototipos fueron construidos por diversas firmas. Por ejemplo, la Ansaldo presentó un modelo de carro para el frente africano con 13,5 t. de peso, provisto de un cañón de 75 mm. y capaz de llegar a los 60 km./h. Desgraciadamente, aunque hubiese sido aprobado, no habría sido posible distribuirlo a tiempo a las tropas, así que el proyecto fue archivado. En otros casos, como el excelente P 40, de 26 t., llegó el armisticio mientras se iniciaban los trabajos, interrumpiéndose así la producción. Cuando fue reanudada, los carros fueron entregados al ejército alemán. Pero la realización más interesante no trata de un carro de combate, sino de un cañón autopropulsado, destinado como anticarro: el 90/53. Desde los primeros días de la campaña de Rusia, la aparición de los carros T-34 soviéticos causó gran preocupación. Los italianos no tenían armas capaces de perforar la "piel" de estos paquidermos, de modo que se pensó en una nueva arma que pudiese suplir esa falta. Como ya habían hecho los alemanes con el cañón de 88, se acudió aquí a una pieza estudiada para uso antiaéreo: la alta velocidad inicial que tales cañones confieren a los proyectiles los hacen ideales para el uso anticarro. Por ello se escogió la excelente pieza Ansaldo de 90/53, de rendimiento igual si no mejor al 88, y se montó en un casco de M 14/41 oportunamente modificado. La pieza fue colocada en posición muy retrasada, obteniendo la ventaja de no hacer salir del casco al largo tubo y concediendo a los sirvientes espacio suficiente para efectuar cómodamente las operaciones de tiro, que se hacían sólo a carro parado. Un inconveniente venía dado por la escasez del espacio existente a bordo, lo que permitía llevar en el casco sólo al piloto, el cabo de pieza y apenas seis proyectiles. Los sirvientes y una reserva de 86 proyectiles eran llevados a un carro L6/40 oportunamente modificado. Nacido para combatir en las llanuras rusas, el autotransportado de 90/53 tuvo más bien otro empleo: los 30 ejemplares construidos en 1942 fueron organizados en dos baterías y destinados inmediatamente a Sicilia en previsión de un desembarco aliado. Utilizados por la Agrupación Bedogni, los 90/53 lograron obtener excelentes resultados contra los angloamericanos, pero sucumbieron, y su existencia, tanto por causa de problemas de construcción como por la inminente crisis político-militar, no tuvo continuación.

Año	1942	Autonomía	150 km.
Peso	15,7 t.	Tripulación	4
Longitud	5,08 m.	Armamento	1 × 90/53
Anchura	2,28 m.	Munición	6 (+ 86 en portamuniciones)
Altura	2,30 m.	Máx. trinchera superable	2,10 m.
Luz Libre	30 cm.	Máx. escalón superable	0,80 m.
Protección (coraza máx.)	30 mm.	Máx. pendiente superable	30°
Motor	SPA 15 T de 145 HP	Vado	100 cm.
Vel. máxima	25 km/h.		



des italianas habian comenzado a disolverse.
Una masa enorme de personas, civiles y militares, comenzaron a moverse por la carretera hacia Catania, donde se habian establecido algunos puestos de control que fueron incapaces de detener aquella multitud empavorecida y aullante, y ellos también huyeron. A lo largo del dia 11 fueron hechas saltar las últimas baterias, y el 12, a las 10,35, el destructor inglés "Exmoor" y el griego "Kanaris" entraron tranquilamente en la bahia de Augusta, recibidos sólo por algunos cañonazos disparados por las baterias del Monte Tauro. El oficial que estaba al mando de las dos naves aliadas, el almirante Troubridge, ordenó inmediatamente la retirada, sobrevalorando las posiciones de defensa de la plaza.
La entrada en masa de los navios ingleses en la rada ocurrió, pues, al dia siguiente, 13 de julio. Montgomery, arrebatado de entusiasmo por la relativa facilidad con la que hasta aquel dia habia superado las defensas italianas, anunció que a la noche del dia siguiente pensaba estar en Catania. En seguida los historiadores de la marina y las declaraciones de varios almirantes a la prensa periódica trataron de justificar lo que puede ser definido como el "suicidio" de Augusta, contradiciéndose entre ellos y resultando así bastante poco convincentes. Por ejemplo, el almirante Bernotti escribió: *"La plaza podía sostener un ataque frontal por el mar, pero no estaba preparada para un desembarco desde el aire o un ataque envolvente desde tierra"*. Ahora, aunque nos preguntamos cómo es que (después de los éxitos de los paracaidistas alemanes en los primeros años de la guerra) la plaza de Augusta no estaba defendida contra un desembarco desde el aire más que probable, y un ataque desde tierra, todavia más probable, queda la realidad de que Augusta cayó propiamente por un ataque desde el mar, y además llevado a cabo por fuerzas exiguas. El historiador

Arriba, la posición abandonada de un cañón alemán de 88, a media ladera de una áspera altura siciliana.

Al lado, una de las últimas tentativas de la Federación de los fascios de Palermo para estimular a la población a la resistencia contra un invasor que ya es prácticamente dueño de toda Sicilia.

Marc'Antonio Bragadin contradice las afirmaciones del almirante Bernotti afirmando que *"las defensas eran del todo inadecuadas contra los ataques por mar"*, y añadiendo que la base naval no se rindió, sino que *"cayó después de toda resistencia posible, por envolvimiento desde tierra"*. Quizá para cubrir una página poco gloriosa de la reciente historia italiana Bragadin olvida precisar que Augusta como base militar no *"cayó después de toda resistencia posible"*, sino que sencillamente se disolvió antes incluso de ser atacada, ante la simple amenaza de la invasión aliada.

La batalla por Catania

Ante los éxitos aliados, y ya plenamente consciente de que la batalla de las playas estaba perdida, el general Guzzoni, en la noche entre el 11 y el 12 de julio, ordenó a todas las tropas móviles, comprendidas las enviadas a Sicilia occidental, que se situaran en una línea defensiva que iba desde Santo Stefano di Camastra a la llanura de Catania, pasando por Nicosia y Leonforte. Kesselring, llegado a Enna el 12 de julio, aprobó la orden.

Para las fuerzas del Eje el problema defensivo era de retirarse ordenada y lentamente, conectando con el enemigo sólo en acciones de retardamiento, de modo que se evitaran pérdidas inútiles para llegar casi intactos a la nueva línea defensiva. Las prudentes decisiones tomadas al respecto por Guzzoni y Kesselring fueron trastornadas por una orden de Hitler (que tenía la costumbre de saltarse los mandos superiores para dirigirse directamente a los oficiales de las tropas que se enfrentaban con el enemigo), que impuso a los alemanes no ceder ni un paso, a no ser obligados por el adversario y después de haber resistido a ultranza. Esta disposición causó graves pérdidas a la 15.ª División, que se enzarzó duramente con una división americana, mientras otras pérdidas fueron infligidas a las fuerzas germanoitalianas por las continuas incursiones aéreas aliadas que de día bombardeaban y ametrallaban todas las carreteras transitables de la isla. Las fuerzas del Eje que llegaron a la llanura de Catania eran todavía relativamente numerosas. Comprendían la división "Goering", la división "Livorno", lo que quedaba de la división "Napoli" y unidades costeras italianas de la defensa del puerto de Catania. Estos hombres detuvieron el avance aliado hasta el 4 de agosto, retrasando así muchos días la realización de los deseos de Montgomery.



La batalla por Catania se concentró pronto en torno al puente de Primosele en el río Simeto, unos 12 kilómetros al sur de la ciudad. También el puente de Lentini, sobre el mismo río, era considerado importante, pero cayó en manos de los comandos ingleses la tarde del 13 de julio. Los comandos quitaron las cargas explosivas colocadas bajo el puente y lo conquistaron, pero fueron rechazados después de un violento contraataque alemán.

La misión de la conquista del puente de Primosele fue confiada a la 1.ª brigada paracaidista del general Lathbury, que debía ser transportada a la zona de lanzamiento por 126 aviones Dakota y 19 planeadores remolcados por aviones Halifax y Albemarle. Pero aquí ocurrió un incidente que ya no era nuevo; los aviones sobrevolaron los convoyes aliados y fueron recibidos otra vez por un intenso fuego de artillería antiaérea (las naves estaban en estado de alarma, porque poco antes los convoyes habían sido atacados por la Luftwaffe), que derribó diez Dakota, un Halifax y tres Albemarle.

Escribe el historiador inglés A. Bryant: *"Otros 27 aviones más perdieron la orientación, y 19 volvieron a las bases de Tunisia sin haber efectuado el lanzamiento previsto"*. Sólo 39 aviones lograron lanzar las tropas aerotransportadas en un radio de 2 a 3 kilómetros del puente. Otros grupos de paracaidis-

Julio 1943

25-26 de julio

Bombardeo aéreo de Essen.

26 de julio

Nuevas tropas alemanas son enviadas a Italia.

28 de julio

Los americanos desembarcan en la isla de Kiska, en las Aleutianas, anteriormente abandonadas por los japoneses. En Reggia Emilia, los soldados en servicio de orden disparan contra los manifestantes que piden el fin de la guerra, causando nueve muertos.

30 de julio

Se concluyen una serie de intensas incursiones aéreas aliadas sobre Hamburgo que han causado un enorme número de víctimas entre la población y provocado gravísimos daños a las instalaciones industriales y militares. De Gaulle constituye un Gobierno en Argel.

31 de julio

Bombardeo aéreo de Düsseldorf. En Sicilia nace el Movimiento Independentista, dirigido por Finocchiaro Aprile.

Agosto 1943

2-3 de agosto

Bombardeo aéreo inglés sobre Hamburgo.

3 de agosto

Las tropas soviéticas pasan a la ofensiva en el sector de Bielgorod.

5 de agosto

Los soviéticos conquistan Bielgorod. Tiene comienzo una ofensiva soviética contra los ejércitos alemanes del Centro.

7 de agosto

La DC, el PCI, el PSI, el Partido de Acción, el Grupo Liberal y el Movimiento por la República Socialista firman un manifiesto en el que piden el fin de la guerra y la vuelta de las libertades civiles.



Durante el avance angloamericano, especialmente en los centros principales, la población civil acogió con frecuentes manifestaciones de júbilo la llegada de los aliados.

tas terminaron hasta en las laderas del Etna.

Poco después de las 2,15 del 14 de julio, finalmente, una cincuentena de hombres con un oficial lograron tomar el puente sin excesiva dificultad. Al alba, el general Lathbury, aunque herido, se preparó a resistir el esperado e inevitable contraataque alemán. Para defender un puente disponía de apenas 250 hombres y tres cañones anticarro. Otros 250 hombres estaban desplegados en defensa de las colinas al sur del puente. Pero, como relata Shepperd en su libro, *"desgraciadamente los alemanes habían decidido también lanzar en la noche del 13 al 14 de julio al temible 4.º regimiento paracaidista para reforzar el sector de Catania. Algunas secciones de aquella unidad fueron lanzadas en las mismas zonas escogidas por los ingleses. Por consiguiente, el primer contraataque provino del sur en vez del norte, como se esperaba. Durante todo el día los alemanes atacaron cada vez con mayor vehemencia tanto del norte como del sur, y por la noche los defensores supervivientes fueron empujados hasta el extremo meridional del puente, prácticamente privados de municiones".*

Por consiguiente, Lathbury dio orden a sus hombres de retirarse, apenas hubiese caído la noche, por las colinas al sur del puente que ya habían sido atacadas duramente por tres lados. Entre tanto, como esperaban los defensores, la 50.ª División y la 4.ª brigada acorazada combatían desesperadamente para alcanzarlos, pero encontraban una tenaz resistencia por parte de los alemanes, del 372.º batallón costero y del 2.º batallón de "arditi" italianos. En las primeras horas del 15 de julio las vanguardias de la 50.ª División, con el apoyo de algunos carros, lograron reunirse con los supervivientes de la 1.ª brigada paracaidista y se unieron a ellos en la defensa de una posición que dominaba la extremidad meridional del puente. La misma noche la infantería pudo atravesar el río y al alba del 16 ocupó el puente. Pero hasta el día siguiente no se llegó a consolidar una estrecha cabeza de puente sobre la ribera septentrional del río.

La violencia de los contraataques alemanes revelaba que éstos habían comprendido la necesidad de retrasar a toda costa el avance del VIII Ejército inglés a fin de tener tiempo para reforzar la línea defensiva del Etna. Entre tanto el VIII Ejército avanzó en un amplio frente, pero encontró por parte alemana una resistencia cada vez más encarnizada. En el centro la 51.ª División llegó a la ribera meridional del Dittaino, y la 231.ª brigada se encontró al norte de Ragusa con los restos de la división "Livorno". Los canadienses ocuparon Piazza Armerina y avanzaron combatiendo hacia Enna, mantenida sólidamente por la 15.ª División alemana.

El 15 de julio Patton creó, para actuar por la izquierda, un cuerpo provisional constituido por la 3.ª División de infantería, la 82.ª División aerotransportada y el 4.º tabor de "Goum" (infantería indígena). Con el resto de sus fuerzas apuntó hacia Enna y Santa Caterina, esperando bloquear la llegada de refuerzos alemanes que fluían a través del frente del VII Ejército. Entre tanto había llegado a Sicilia el Cuartel General del XV Cuerpo acorazado alemán, revelando la intención de mantener Messina con una defensa en la línea del Etna. La operación impediría a los aliados servirse de los campos de aviación en torno a Catania. Apenas intuida la maniobra alemana, el 16 de julio, el general Alexander ordenó al VIII Ejército rodear el monte según dos directrices, la de Leonforte a Adrano y la de Leonforte a Troina y Randazzo. A la vez Montgomery debía lanzar un potente ataque directamente en dirección a Catania.

Pero las defensas alemanas se habían reforzado notablemente. La división "Goering" había sido integrada con no menos de seis batallones de paracaidistas y con dos batallones estáticos (de fortaleza) traídos aprisa desde Calabria. Por consiguiente, los ataques ingleses (50.ª División) más allá del Simeto, entre el 17 y el 18 de julio, fracasaron. El 19 de julio, Montgomery lanzó su máximo esfuerzo en dirección de Misterbianco, pero la 5.ª División no logró alcanzar los objetivos indicados. El 20 de julio, la 51.ª División atacó al otro lado del río Dittaino, pero fue rechazada al día siguiente. Entre tanto, la división canadiense había logrado algunos progresos, pero estaba claro que *"el VIII Ejército no tenía fuerza para rodear el Etna por ambos lados".* Así que la división canadiense recibió orden de avanzar hasta Leonforte y luego replegarse hacia Adrano. Entre tanto, se hacía llegar del Africa septentrional a la 78.ª División.

Pero para desbloquear realmente la situación era necesaria la intervención de las fuerzas americanas. Patton tuvo orden de continuar el avance después de la ocupación de Petralia, a fin de cortar la carretera costera septentrional y limpiar completamente la entera parte occidental de la isla. Con el arrojo que le era característico, el general tejano realizó perfectamente la amplia maniobra, y el 22 de julio llegó a Palermo y cortó la carretera septentrional a Termini Imerese. El puerto de Palermo (que había constituido uno de los objetivos de primera fila en los planes de invasión de Sicilia) fue rápidamente reactivado, y Patton, para mantener la presión sobre la carretera costera, pidió y obtuvo el envío de la 9.ª División (mantenida en reserva), que pudo desembarcar rápidamente en Palermo. Los dos ejércitos aliados, según la intención de Alexander, deberían iniciar a la vez el avance final sobre Messina el 1 de agosto.

OPERACION CIUDADELA

En Kursk, los alemanes juegan su última carta desencadenando la mayor batalla de carros de combate de toda la guerra.

Después de la decisiva victoria soviética de Stalingrado, sobre el frente ruso se ha registrado un largo periodo de relativa tranquilidad. Duramente probados por el esfuerzo gigantesco sostenido durante el invierno, los dos ejércitos restañan sus heridas al amparo de las respectivas líneas defensivas. Una calma casi absoluta reina sobre toda la línea del frente durante la entera primavera de 1943. Sólo en el norte, donde Leningrado continúa resistiendo desesperadamente a un asedio que ya dura años, son rechazados por los alemanes algunos intentos del Ejército Rojo por liberar la ciudad. En otros sitios, los soldados de ambas partes deben combatir sólo contra el fango que empantana las orugas de los vehículos y hace extremadamente difícil el tránsito de camiones y carros militares.

El frente se despierta imprevistamente a principios de julio por iniciativa de los alemanes, cuyo objetivo es un vasto segmento de casi 200 kilómetros entre Orel y Bielgorod.

Esta zona, que constituye el punto de unión entre los sectores central y meridional del inmenso frente del este, es considerada por todos los técnicos militares como el gozne del entero sistema estratégico de Europa oriental. Está caracterizada por dos profundos salientes: al norte el del Orel, con el que los alemanes amenazan el despliegue soviético, y al sur el de Kursk, que penetra peligrosamente dentro del despliegue alemán.

La "Operación Ciudadela" (este es el nombre cifrado del plan ofensivo alemán) busca eliminar el saliente de Kursk y frustrar los planes operativos del mando soviético, que según informaciones recogidas por los alemanes, está a punto de desencadenar una gran

En la primavera de 1943, en la época del deshielo, volvió a hacerse sentir en el frente ruso, como se ve en esta imagen, el obstáculo del fango. Las operaciones sufrieron por ello un momentáneo retraso.





¿OFERTAS ALEMANAS DE PAZ SEPARADA?

Antes de la prueba decisiva de Kursk, se hicieron muy frecuentes los rumores de ofertas alemanas de paz separada, dirigidas unas veces a Stalin y otras a los gobiernos occidentales. Tales noticias provocaron muchas inquietudes. Stalin no se fiaba mucho de sus aliados "capitalistas" y ciertamente tal actitud puede parecer comprensible. Por su parte, tampoco Roosevelt y Churchill estaban dispuestos a jurar sobre la fidelidad absoluta de los soviéticos. Sin embargo, los tres "Grandes" hacían gala en aquel período de intercambiarse agradecimientos y seguridades, y es razonable suponer que estas afirmaciones de estima estaban dictadas por una recíproca desconfianza y por el temor de que se realizase una ruptura de la alianza a causa de un posible regateo de Alemania con los rusos o con los occidentales.
El 1 de mayo de 1943 el mismo Stalin se refirió a ciertos sondeos de paz en su discurso, y manifestó luego tanta cordialidad hacia los aliados occidentales como para hacer pensar a los observadores políticos que esta ostentación de amistad era debida al temor a ser dejado solo luchando contra los alemanes. Análogas sospechas había en la otra parte, pues se sabe que a los soldados aliados en el Mediterráneo se les decía que había que proseguir la guerra en aquel sector con el mayor vigor posible, "en el caso de que Rusia cediera". Sin embargo, nunca ha habido confirmación de sondeos oficiales por parte alemana hacia los rusos o hacia los occidentales.
Como se verá a continuación, fueron los italianos los que intentaron, de modo bastante torpe, los primeros pasos en esta delicada iniciativa.

ofensiva de verano. Con gran secreto los alemanes se preparan así con abundancia de medios para la nueva empresa que deberá —es al menos lo que esperan— hacer olvidar la dura derrota del invierno anterior.
Hitler, que ha consentido en principio la batalla con objetivo limitado, ha superado de golpe el trauma de Stalingrado y vuelve ahora a confiar en una victoria decisiva. Sigue repitiendo a sus generales que el Ejército Rojo se ha desangrado, que ha perdido más de diez millones de combatientes, y que si resiste lo hace solamente por fanatismo.
La "Operación Ciudadela", imagina Hitler en su *Guarida del Lobo,* podría ser el golpe capaz de hacer hundirse el gigante soviético. El plan alemán prevé el empleo del grupo de ejércitos de Von Kluge y del grupo Manstein. Juntos, los dos grupos disponen de 900.000 hombres y de casi tres mil carros, entre los que hay 200 "Panther", de 44,8 toneladas, armados con un cañón de 75 mm. de caña larga, y 90 "Tiger", de 56 toneladas, armados con la famosa pieza de "88". Con éstos entran también en escena por primera vez algunos ejemplares del "Ferdinand", un gigantesco cazacarros de 68 toneladas, pero que se revelerá lento y mal armado para la defensa próxima, hasta el punto de que deberá ser retirado casi en seguida de la primera línea.

Apenas el terreno comenzó a consolidarse, sobre el suelo de la campiña rusa volvió a aparecer de nuevo la alucinante tela de araña formada por los surcos dejados en los campos por las cadenas de los carros de combate.

Los veteranos no tienen ilusiones

Durante los últimos días de espera, mientras el cálido sol estival iba secando el barro y haciendo al terreno apto para el empleo de los carros, los carristas alemanes, tumbados a la sombra de sus Panzer, los granaderos de asalto y todos los otros componentes de la fuerza de ataque, estaban bien conscientes de lo que iban a afrontar. Veteranos todos de la campaña de Rusia, aquellos soldados hacía tiempo que habían perdido toda ilusión respecto a su supuesta superioridad sobre el soldado soviético. Sabían que la batalla sería dura y que los rusos defenderían el saliente hasta el último hombre.
El sistema defensivo del Ejército Rojo, se susurraba entre los militares alemanes, tenía otros cincuenta kilómetros de profundidad, y en la práctica el saliente era como un único y gigantesco reducto. Ciertamente, en aquel laberinto de trincheras y de posiciones fortificadas muchos alemanes perderían la vida en las cercanas horas.
Si por una parte el mando alemán tenía ideas bien claras sobre la modalidad del ataque que iba a lanzar, por otra el soviético estaba al corriente de muchas cosas sobre el momento inicial de la batalla, las directrices del avance enemigo y las fuerzas adversarias que participarían. Así que les había sido posible difundir entre sus tropas un aviso concreto: el ataque era esperado para algún día entre el 3 y el 6 de julio. En posesión de precisas informaciones proporcionadas por los desertores checoslovacos y húngaros, los soviéticos no se equivocaban en sus previsiones y esperaban el ataque para contraatacar a su vez. Así se encuentra que lo que en los planes alemanes debería haber sido una batalla de ruptura, se convertiría realmente en una batalla defensiva, preludio de la gran ofensiva soviética de verano para la reconquista de Jarkov.
Pero a principios de julio esto no podía preverse. En los planes del OKW, la "Operación Ciudadela" se había ampliado progresivamente. Ya no se miraba sólo a Kursk, sino que ya se estudiaban sucesivamente operaciones en dirección a Moscú, el Volga y el Cáucaso. La convicción de Hitler de que todo no estaba todavía perdido y que el Ejército Rojo podía ser todavía aniquilado, había contagiado a los generales. Elemento decisivo en la batalla que iba a comenzar serían las unidades acorazadas y las baterías anticarro. Los soviéticos, naturalmente, estando a la defensiva, tenían la ventaja de disponer de un sistema de puntos fuertes fijos que se integraban en la acción de sus carros y autopropulsados con una línea de casi seis mil piezas anticarro de 76,2 mm.

STALIN DISUELVE EL KOMINTERN

El "Komintern", la organización de que formaban parte todos los partidos comunistas del mundo, había sido creado en su momento para coordinar la actividad del movimiento comunista internacional, pero era en realidad un instrumento del que Stalin se servía para controlar los "partidos hermanos" y favorecer la política exterior del Estado soviético. Organo internacional obediente a la voluntad de Moscú (donde tenía su sede), el "Komintern" se había hecho en los años treinta el símbolo de la futura revolución mundial, y un fantasma para los países democráticos, que veían en sus respectivos partidos comunistas —y no sin razón— una quinta columna al servicio de la URSS. En su política dirigida a conquistarse la completa confianza de los aliados occidentales, Stalin decidió disolver el "Komintern", para demostrar así que desde aquel momento los diversos partidos comunistas nacionales estaban libres de todo compromiso con Moscú y dispuestos a luchar junto a las demás fuerzas democráticas contra el común enemigo nazifascista. La decisión de disolución fue tomada el 22 de mayo de 1943 por el Presidium del Comité ejecutivo de la Internacional Comunista, con una resolución que declaraba "anticuada" toda la organización, que "estaba siendo un obstáculo en el camino del posterior robustecimiento de los partidos nacionales obreros". *La moción explicaba así que la guerra había resultado un hecho importantísimo:* "Mientras en los países del Eje es importante para la clase obrera dedicarse a derrocar el gobierno, en los países de las Naciones Unidas, al contrario, es deber de la clase obrera apoyar el esfuerzo bélico del gobierno". *El extraño documento terminaba así:* "El Comité ejecutivo invita a sus partidarios a concentrarse en la derrota del fascismo alemán y de sus vasallos". *El documento estaba firmado por los siguientes miembros del Presidium: Gottwald, Dimitrov, Zdanov, Kolarov, Koplenig, Kuusinen, Manuilsky, Pieck, Thorez, Florin, Ercoli (o sea, Togliatti), además de los siguientes representantes de las secciones: Biano (Italia), D. Ibárruri (España), Lechtinen (Finlandia), Anna Pauker (Rumania) y M. Rakosi (Hungría).*
Pocos días después, en una declaración a Harold King de la "Reuter", Stalin afirmaba que la disolución era "justa y oportuna" *y que* "desenmascaraba la mentira nazi de que 'Moscú' tratase de inmiscuirse en la vida de otros estados, e incluso 'bolchevizarlos'... Facilitaba también la obra de todos los patriotas para unir todas las fuerzas progresistas, independientemente de los vínculos de partido y de las opiniones políticas... Era especialmente oportuno, cuando la fiera fascista estaba agotando sus últimas reservas de energía, que las naciones amantes de la paz organizaran contra ella un asalto común, salvando así a todas las naciones del yugo fascista...".
La disolución del "Komintern" quiso ser un gesto distensivo de Stalin frente a los aliados occidentales. Por lo demás, se había convertido en un instrumento inútil, ya que la inminente victoria daría a la URSS un liderazgo bastante superior y más eficaz.

El despliegue alemán era imponente, pero siempre inferior cuantitativamente al soviético. Contra los 10.000 cañones alemanes, los soviéticos desplegaban 20.000, así como oponían 3.600 carros a los 2.700 de los alemanes, y 2.400 aviones a los 2.000 alemanes. También la relación en el número de combatientes estaba a favor de los soviéticos: un millón trescientos mil hombres del Ejército Rojo, y novecientos mil de la Wehrmacht. Además los soviéticos habían creado, en el interior del saliente, una serie de posiciones y líneas de defensa que en determinados puntos llegaban a 290 kilómetros de profundidad, comprendiendo hasta ocho cinturones defensivos.

La mayor batalla de carros de combate

A esto se debe añadir todavía que los soviéticos, con el empleo de millares de paisanos, en gran parte mujeres, habían hecho excavar centenares de trincheras con una longitud total de cinco mil kilómetros, y que habían montado millares de campos de minas y toda suerte de obstáculos anticarro.
Considerado el sistema defensivo soviético, es fácil comprender lo desesperado que era el intento de la Wehrmacht. Pero los jefes alemanes, además de contar con el factor sorpresa, basaban sus esperanzas en el empleo de nuevos elementos blindados cuya potencia, suponían, sería suficiente para desquiciar el sistema defensivo adversario.
La que sería la mayor batalla de carros de combate de toda la guerra tuvo comienzo la noche entre el 4 y el 5 de julio. El fuego de la artillería, con el empleo de millares de piezas, empieza casi a la vez por ambas partes de modo que la orden de avance, por

En previsión de futuros combates, los carristas cuidan escrupulosamente el mantenimiento de las armas a las que han de confiar su propia vida. En la foto, se revisa el motor de un Panzer IV.





parte del mando alemán, tiene un retraso de varias horas porque temen haber sido tomados a contrapié por una ofensiva soviética. Sólo cuando la acción de los rusos se debilita, se pone en movimiento el frente alemán. A las 5,30 de la mañana docenas de "Panther" y de "Tiger", seguidos por los lentos "Ferdinand", se ponen en camino por la vasta llanura. Las grandes máquinas abren vastos surcos en los campos de grano sin segar, avanzando hacia el este. Un río de acero y de fuego inunda de golpe las avanzadas rusas. Las fuerzas acorazadas de Von Kluge y de Manstein atacan con fuerza, pero por la otra parte el mariscal Rokossovsky, jefe del frente central, está preparado para el contraataque. Durante días las fuerzas acorazadas se encuentran con extrema violencia y la batalla se desgaja en combates de grupo, y en duelos de dos en los que el "Tiger" alemán y el "T 34" soviético tienen siempre el papel de protagonistas.

Dos días después del comienzo de la batalla la situación es todavía muy incierta. Al norte del saliente de Kursk, los Panzer del 41.º, 46.º y 47.º cuerpos acorazados son obligados a detenerse, pero en el sur los Panzer de Manstein obtienen éxitos, particularmente en dirección de Oboian, donde el cuerpo acorazado "SS" rompe la línea de defensa y se dirige decididamente hacia esa ciudad. Manstein entrevé en la apertura de esta brecha la única posibilidad de modificar en su favor la suerte de la batalla, pero necesita más fuerzas y pide insistentemente a Hitler permiso para utilizar las tropas frescas del 24.º cuerpo acorazado desplegado en defensa del Donetz.

Hitler responde a la petición con una negativa seca y Manstein, que ha avanzado 50 kilómetros hacia Kursk y que dista sólo otros 50 kilómetros de su objetivo, tiene que detenerse. El 11 de julio los rusos contraatacan y la batalla degenera en un torneo de carros con gravísimas pérdidas por ambas partes.

Al día siguiente, 12 de julio, Manstein y Von Kluge son convocados a la *Guarida del Lobo* de Rastenburg. Hitler les anuncia que dos días antes los angloamericanos han desembarcado en Sicilia y que los italianos prácticamente han cesado de combatir. Ello comporta, continúa el Führer, la necesidad de tomar tropas del frente ruso para obstaculizar el avance aliado en Italia. La "Operación Ciudadela" debe ser interrumpida.

Manstein protesta vivamente, pero Von Kluge, que es su superior directo, se resigna. Su IX Ejército, dice, es incapaz de proseguir la ofensiva, y es mejor volver a las posiciones de partida haciendo que el saliente de Orel, ocupado por las fuerzas alemanas, no sea

Arriba, una columna de carros Panther modelo D se dirige a la zona de combate en Kursk.

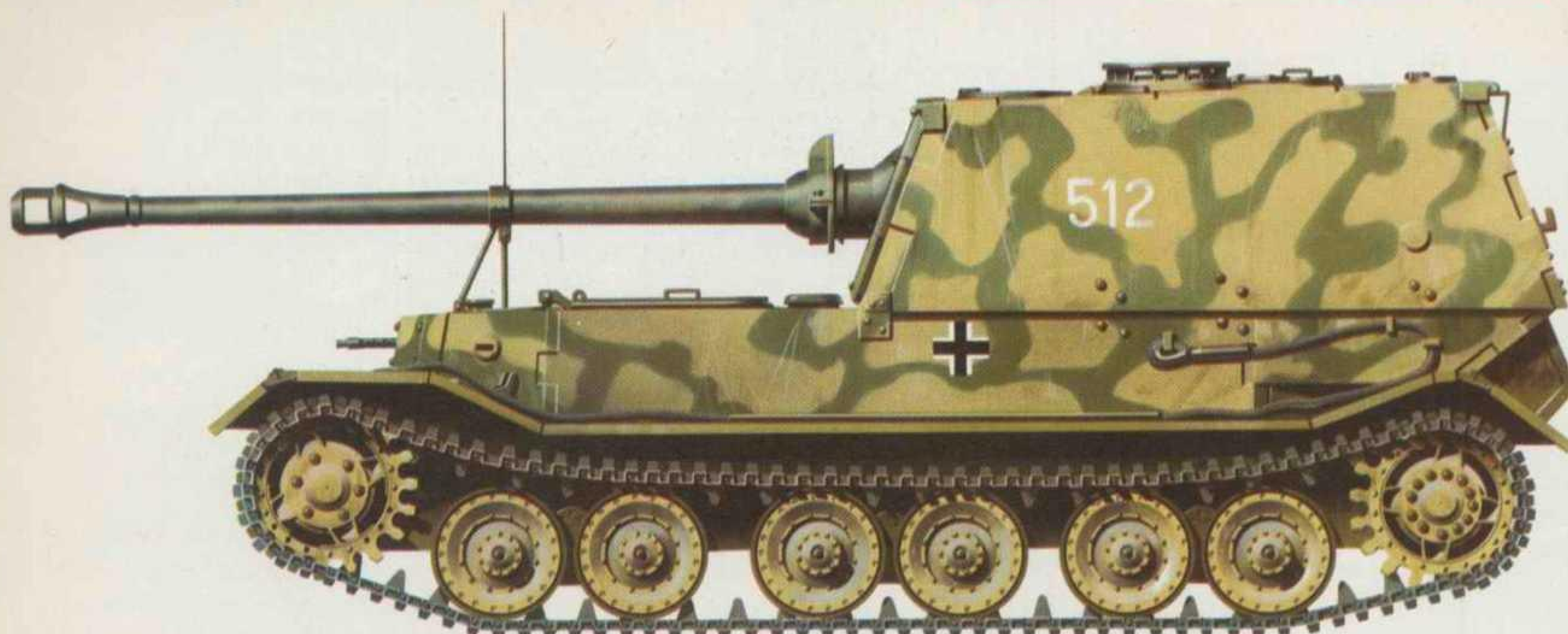
A la derecha, un carro avanza en exploración hacia las líneas enemigas. La bandera desplegada sobre la torreta sirve para la pronta identificación por parte de los aviones.

LOS ECOS EN MOSCU DE LA BATALLA DE KURSK

Cuando tuvo comienzo la ofensiva alemana en el sector de Kursk, en Moscú se produjo mucha tensión y también sentimientos de miedo. La noticia del ataque estaba contenida en un largo artículo de "Estrella Roja" retumbante de retórica y nacionalismo: "Nuestros padres y nuestros antepasados hicieron todos los sacrificios para salvar su Rusia, su patria. Nuestro pueblo no olvidará jamás a Minin y Pozarsky, Suvurov y Kutuzov y los partisanos de 1812. Estamos orgullosos de pensar que la sangre de nuestros gloriosos antepasados corre por nuestras venas, y seremos dignos de ellos...".
La que se combatía en el mismo corazón de Rusia, en las tierras de Turguenev, era una batalla de cuyo éxito dependían muchas cosas. Desde el primer día destacaron claramente dos puntos: los alemanes habían implicado fuerzas enormes en la batalla, y estaban sufriendo proporcionalmente pérdidas sin precedentes, sin lograr gran cosa a cambio. El comunicado sobre los combates del primer día decía: "Desde por la mañana nuestras tropas sostienen obstinados combates contra las grandes fuerzas enemigas de infantería y carros que avanzan en los sectores de Orel, Kursk y Bielgorod. Las fuerzas enemigas están apoyadas por grandes cantidades de aviones.
Todos los ataques han sido rechazados con graves pérdidas para el enemigo, y sólo en algún punto, pequeñas unidades alemanas han logrado penetrar levemente en nuestras líneas de defensa. Los primeros informes indican que nuestras tropas... han inmovilizado y destruido 586 carros enemigos... 203 aviones enemigos han sido derribados. Los combates continúan".
Fueron aquellos 586 carros los que impresionaron la imaginación. Nunca se había visto nada semejante en una sola jornada. La impresión producida por esta cifra fue semejante al anuncio, en el punto culminante de la batalla de Inglaterra, de que 280 aviones alemanes habían sido derribados en un solo día.



JAGDPANZER "ELEFANT"



Zona de Kursk, verano de 1943. Dos ejércitos, el ruso y el alemán, se están enfrentando en la que será considerada la mayor batalla de elementos acorazados de la segunda guerra mundial. Carros de combates y cazacarros autopropulsados se baten recurriendo a todos los "trucos del oficio" que conocen las tripulaciones; verdaderamente es una lucha de gigantes. Inesperadamente, los carros rusos se encuentran delante una pieza nunca vista antes de ahora. Enorme, cuadrada, pero con superficies bastante inclinadas como para poder desviar eficazmente los tiros de los anticarros. Estos parecen no tener efecto sobre el recién llegado. Lento, pero constante, continúa avanzando, y su cañón, un 88 con el tubo más largo de lo normal, golpea inexorablemente a los carros rusos. Pero durante un contraataque varios infantes logran colocarse bajo el monstruoso ingenio, y algunos de ellos quedan expuestos a su sector frontal, inmovilizados de terror. La sangre se hiela en las venas. Es el fin. Una breve ráfaga de ametralladora concluirá bien pronto estos momentos alucinantes. Pero el carro, como un paquidermo indeciso que se da cuenta de la presencia de la presa pero no la considera digna de atención, continúa avanzando con el estruendo de su motor. Los rusos se miran asombrados, y luego se dan cuenta de lo que ha pasado. El monstruo no tiene armas para la defensa próxima. El tremendo destructor de carros no es frente al hombre más que una estúpida bestia relativamente peligrosa. Este descubrimiento sentencia al Jagdpanzer (cazacarros) Sdkfz 184, el arma con que Hitler había esperado aplastar a los blindados del Ejército Rojo. En poco tiempo, los infantes rusos aprendieron a conocer sus puntos débiles y ángulos muertos, de modo que casi en seguida el "Elefant" –éste era el nombre de la nueva arma– tuvo que ser retirado de la línea de combate. Nacido por transformación de un carro pesado, el "Ferdinand" –así llamado inicialmente en honor de su proyectista, el ingeniero Ferdinand Porsche– se reveló desde el principio como un extraño elemento. Rehusado por el ejército a causa de su mecánica demasiado compleja, se pensó convertirlo en cazacarros, privándolo de la torreta y potenciando el blindaje y el armamento. Este comprendía el último modelo de cañón de 88, de 71 calibres de largo, mientras que haciendo uso de planchas adicionales, la coraza había sido aumentada a un espesor de 20 centímetros. Pero no se tuvo en cuenta el hecho de que para lograr el cazacarros más potente, más fuerte y más acorazado, al hacerlo más pesado se había reducido notablemente su velocidad (de un máximo de 35 a 20 km/h.) y se le había privado de la defensa próxima ofrecida por la ametralladora frontal. Cuando este hecho se hizo bien claro, un gran número de "Elefant" –como había sido rebautizado el "Ferdinand" por su aspecto– ya había sido destruido. Retirado inmediatamente del frente, será reequipado dotándole nuevamente de una ametralladora delantera (como en el caso de la ilustración), pero nunca llegará a ser el arma que el ingeniero Porsche había soñado. Empleado en Italia para detener el avance aliado, obtendrá, sin embargo, buenos resultados contra los carros americanos, en una guerra esta vez no de maniobra, sino formada de emboscadas y acciones de sorpresa.

Año	1943	Vel. máx.	20 km./h.
Peso	68 t.	Autonomía	150 km.
Longitud	8,14 m.	Tripulación	6
Anchura	3,43 m.	Armamento	1 × 88 (+ después 1 × 7,92)
Altura	2,97 m.		
Luz libre	47 cm.	Máx. trinchera superable	2,5 m.
Protección (coraza máx.)	200 mm.	Máx. escalón superable	0,79 m.
Motor	2 mot. HL 120 TR de 320 HP	Máx. pendiente superable	35°
		Vado	120 cm.

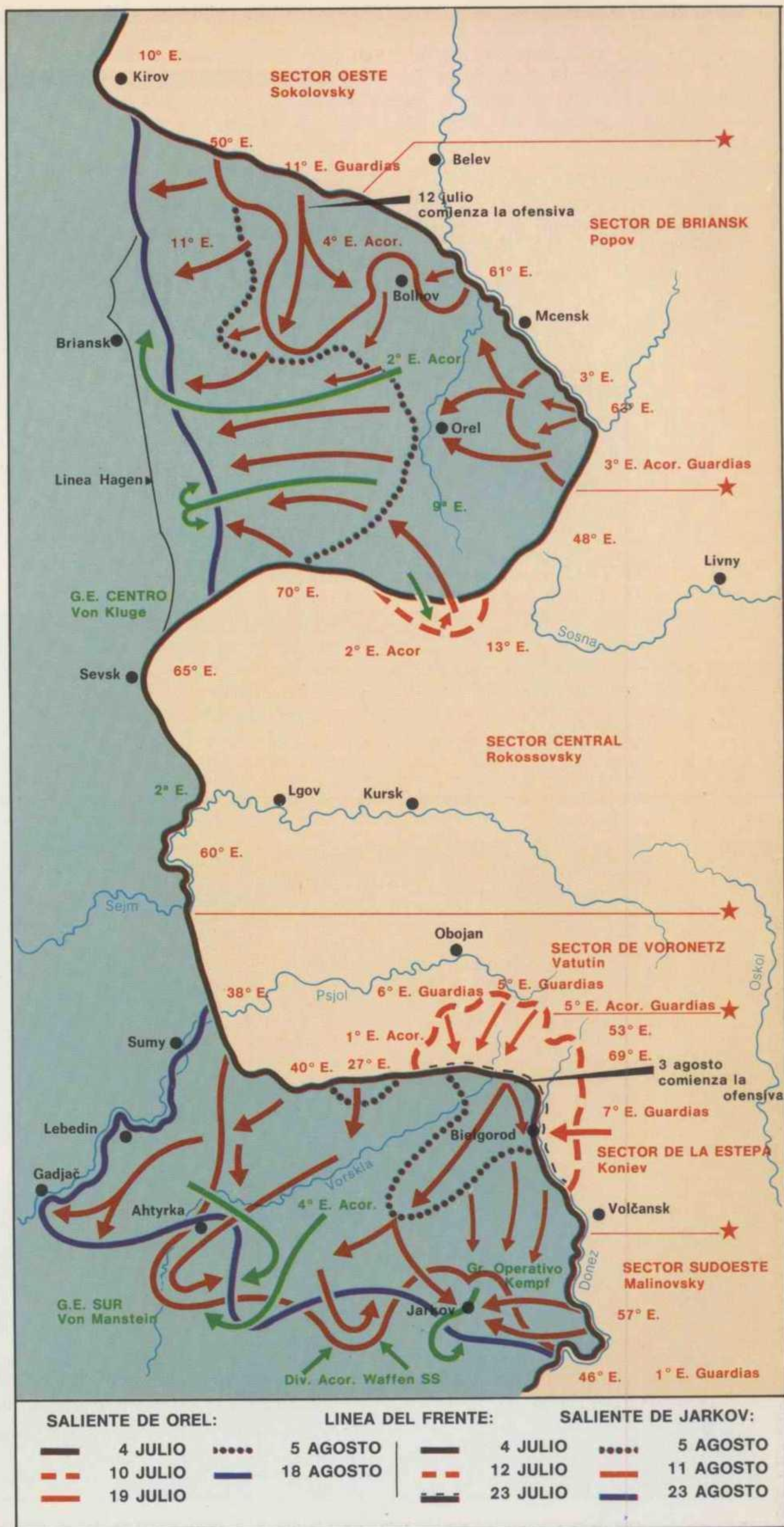
cortado por el Ejército Rojo. La situación es así invertida. Abandonado el intento de ocupar el saliente de Kursk, los alemanes deberán defender ahora el saliente de Orel. El centro de la batalla se traslada en aquella dirección. Veintidós meses de ocupación han permitido a los alemanes construir una vasta línea de fortificaciones, pero los sectores son muy largos y la densidad de las tropas insuficiente.

Cuando los rusos atacan, los alemanes tratan desesperadamente de poner dique a la inundación del avance enemigo. La historia de aquellos terribles combates continuará en los meses siguientes, con los alemanes decididos a defender palmo a palmo sus posiciones, y los rusos decididos a romper el frente y reconquistar Orel. Pero lo que sucede en estos días de lucha registra un definitivo cambio en el curso de la guerra sobre el frente oriental. Aunque menos vistosa que las otras, la batalla de Kursk es quizá más importante que las de Moscú o Stalingrado. Esta subraya la confirmación de la pérdida total de toda iniciativa por parte de Alemania. Desde este momento comienza para la Wehrmacht una desesperada guerra defensiva que sólo terminará, después de un enorme sacrificio de vidas humanas, entre las ruinas humeantes de la Cancillería de Berlín.

La ofensiva de verano

Precisamente en estos días, mientras llegan de todos los frentes noticias alarmantes, los jefes nazis empiezan a sentir el escalofrío de la incertidumbre y el miedo.

El mismo Goebbels, el frenético ministro de Propaganda, en un momento de desaliento confía al general Guderian que quizá ha llegado la hora de pensar seriamente en la llegada de los rusos a Berlín, así como en *"envenenar a nuestras esposas y a nuestros hijos"*. La Unión Soviética aparece ya a los alemanes como un monstruo de muchas vidas. Supuestamente derrotado varias veces, el Ejército Rojo ha revelado, a su vez, una ilimitada capacidad de reconstrucción. Frente a las 29 divisiones de infantería y las 13 divisiones



En el mapa se identifican los movimientos de tropas que hubo durante la batalla de Kursk, cuando la Wehrmacht intentó sin éxito eliminar el peligroso saliente que el Ejército Rojo mantenía en su despliegue.

LA ESCUADRILLA "NORMANDIE"

En verano de 1943 entró en acción en el frente de Kursk una escuadrilla formada por pilotos franceses y mandada por el comandante Tulasne. El grupo era muy diverso, e iba del obrero comunista parisino al vizconde de La Poype, un aristócrata muy joven de cabellos rojos. Los soviéticos estaban muy asombrados de que un noble hubiese ido a Rusia a combatir al lado de los bolcheviques, pero como La Poype combatía bien no encontraron nada que objetar. La escuadrilla "Normandie" había sido formada en Siria en 1942, y por motivos políticos De Gaulle había decidido enviar a Rusia aquella unidad. Allí se encontraba desde finales del 42, había ya combatido y en junio había derribado quince aviones alemanes, perdiendo tres. Ahora aquellos aviadores se preparaban a las grandes batallas donde tantos de ellos perderían la vida. Se entendían bien con los mecánicos rusos, y se divertían mucho con las chicas del pueblo vecino. Volaban los "Yak-1". Los franceses comían alimentos rusos, y se habían habituado a la kasa *y a la menestra de berzas. Era raro que hubiera carne fresca y solían comer carne de lata y fiambres americanos. Los llegados al final encontraban algo primitivas las condiciones de vida, pero por lo demás estaban contentos. Además, las chicas del pueblo se mostraban "muy amigas". La historia de la escuadrilla "Normandie" estaba destinada a convertirse en una de las más orgullosas empresas bélicas francesas en la segunda guerra mundial, y una de las más trágicas. En los encuentros del sector Orel-Kursk del verano del 43 perdieron la vida casi dos tercios de los primeros llegados, entre ellos Lefevre y Tulasne. Más tarde llegaron otros a sustituirles, y combatieron las últimas batallas en la Prusia oriental, donde, provistos de los mejores cazas rusos, los "Yak-3", sembraron el desastre en una Luftwaffe ya vacilante, derribando casi cien aparatos en tres días. El vizconde de La Poype recibió con otros tres el título de "Héroe de la Unión Soviética" y terminó regresando sano y salvo a Francia; pero Tulasne era el más recordado de los veteranos de la escuadrilla "Normandie". Las espantosas pérdidas de esta cuadrilla sirven para dar una idea de las sufridas en general por la aviación rusa en los duros encuentros con la Luftwaffe.*



acorazadas de su grupo de ejército, Manstein identifica en julio 109 divisiones y 9 brigadas de tiradores, 7 cuerpos de caballería, 7 cuerpos mecanizados, 10 cuerpos, 20 brigadas y 16 regimientos autónomos de carros de combate. Aunque elevada, la estimación coincide con el cuadro general del ejército soviético: 513 divisiones o brigadas de infantería, 41 divisiones de caballería y 290 brigadas mecanizadas o acorazadas. Orgánicamente, las formaciones rusas son menos robustas que las correspondientes unidades alemanas, pero entre estas últimas hay huecos muy notables. El grupo Sur, por ejemplo, pierde en julio-agosto 133.000

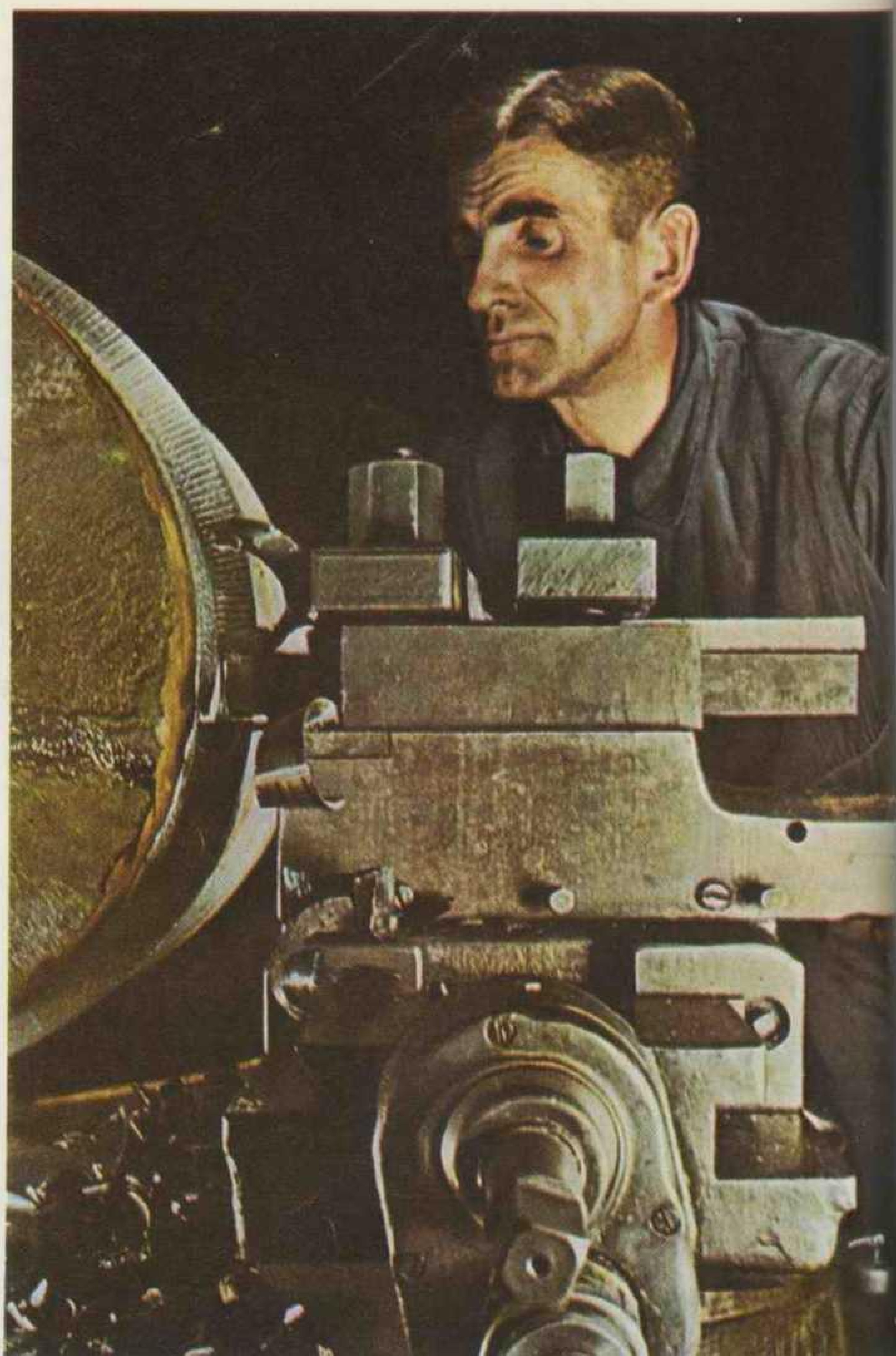
A la izquierda, el general Von Manstein, uno de los más brillantes estrategas de la guerra de movimiento.

A la derecha, un T-34 soviético, el único carro capaz de igualar en potencia y movilidad a los blindados alemanes. Inteligentemente utilizado, el T-34 llegó a infligir penosas pérdidas a los blindados de la Panzerwaffe.

hombres, que son reemplazados sólo por 33.000. Rusia ha sido terriblemente desangrada, pero dispone de un potencial humano cuatro veces superior al alemán. Además, Rusia combate contra un solo enemigo.
En el terreno del material, Alemania ha conseguido realizar una magnífica mejora. Al ministro de Armamento Todt, muerto el 8 de febrero del 42 en un accidente aéreo, ha dado Hitler como sucesor a su arquitecto, Albert Speer.
La jugada es arriesgada, pero Speer es un genio. Se ve encargado a los pocos meses de toda la producción bélica, y el ejército cosmopolita del trabajo puesto a sus órdenes pasa pronto de los 2.600.000 a los 14 millones de hombres. Los bombardeos aliados destruyen las ciudades alemanas y los centros industriales, pero la producción bélica alemana aumenta dos, tres, cuatro veces respecto a 1939. Speer revigoriza también la aviación. De 1940 a 1942, el número de aviones construidos en Alemania había subido solamente de 10.247 a 15.409. Speer lo llevará a 24.807 en 1943 y a 40.593 en 1944. Alemania consigue sacar más fuerzas de un imperio que se reduce, de un territorio despojado, de recursos decrecientes, que en la época de su mayor expansión. Pero los rusos van todavia mejor. La producción y puesta en servicio de los carros de combate llegan a los 2.000 ejemplares al mes, lo que es el doble de la producción alemana. El arma rusa favorita, el cañón, conoce un desarrollo aún más rápido: 30.000 piezas de calibre superior a 100 mm. en 1943. Esto permite constituir divisiones y cuerpos de artillería que recuperan para la guerra el *Trommelfeuer* (fuego tamboreante) de 1916-1918. En los sectores ofensivos la densidad de piezas llega normalmente a 300 por kilómetro, y el ataque a Bielgorod ha sido apoyado por no menos de 6.000 bocas de fuego.
A pesar de esto, la ofensiva alemana en el sector de Kursk no da señales de agotarse. Es evidente el objetivo a que se dirige el plan del mariscal Von Kluge: comprometer, mediante la eliminación del saliente entero, la suerte de todo el despliegue central soviético. Es entonces cuando el mando ruso ordena a Timoshenko una contraofensiva de amplio radio en el sector vecino de Orel, centro logistico y táctico de gran importancia para los alemanes.
Iniciado a mitad de julio con importantes fuerzas, este intento de diversión produce el efecto esperado: los alemanes se ven obligados a aligerar la presión en el sector de Kursk para correr al norte en ayuda de Orel. El centro de la lucha se traslada en aquella dirección. Es una lucha muy dura, al término de la cual los rusos no consiguen liberal Orel, pero obtienen el resultado







de arrebatar al enemigo la capacidad de proseguir la ofensiva.
Sin embargo, los rusos siguen decididos a reconquistar Orel, porque están convencidos de que tal operación tendrá efectos importantes sobre todo el frente septentrional. Por eso continúan presionando en este sector, empleando reservas de hombres y material muy superiores a las alemanas. En vano tratan éstos de equilibrar con su consumada habilidad de maniobra la superioridad enemiga. Los rusos no se detienen. Finalmente, el 5 de agosto cae Orel y la guarnición alemana consigue salvarse de milagro. El 18 de agosto, el saliente de Orel, que había sido una verdadera pesadilla para el mando soviético, ha sido enteramente eliminado. Pero los rusos no se contentan con el éxito obtenido. Están firmemente decididos a no dar respiro al enemigo. Mientras las fuerzas alemanas huidas de Orel se apostan en nuevas posiciones al oeste de la ciudad, el mando soviético lanza una nueva acción ofensiva al sur de Kursk, en el sector de Bielgorod. También allí hay un saliente alemán que protege el gran centro ucraniano de Jarkov, reconquistado a los rusos en marzo. Eliminar esta protuberancia significa para los rusos volver a poner los pies en la tan disputada ciudad. Así que Bielgorod es atacada pocos días después de la toma de Orel, y en breve cae también ella. El mando alemán trata de disminuir la importancia de esta nueva pérdida sosteniendo que aplica un método de defensa elástica gracias al cual es posible ahorrar muchas vidas humanas y evitar el peligro de que sean cercadas considerables fuerzas. En realidad, la toma de Bielgorod constituye el comienzo del desquiciamiento del frente.
A través del hueco abierto, los rusos se apresuran hacia Jarkov, en tres cuerpos distintos, realizando una vasta maniobra de envolvimiento. El 11 de agosto llegó al mando alemán una de las acostumbradas órdenes perentorias de Hitler: *"Jarkov debe ser mantenida a costa de cualquier sacrificio"*. Para el Führer la ciudad tenía un valor no sólo estratégico, sino también simbólico. Ella constituía, con Moscú y Le-

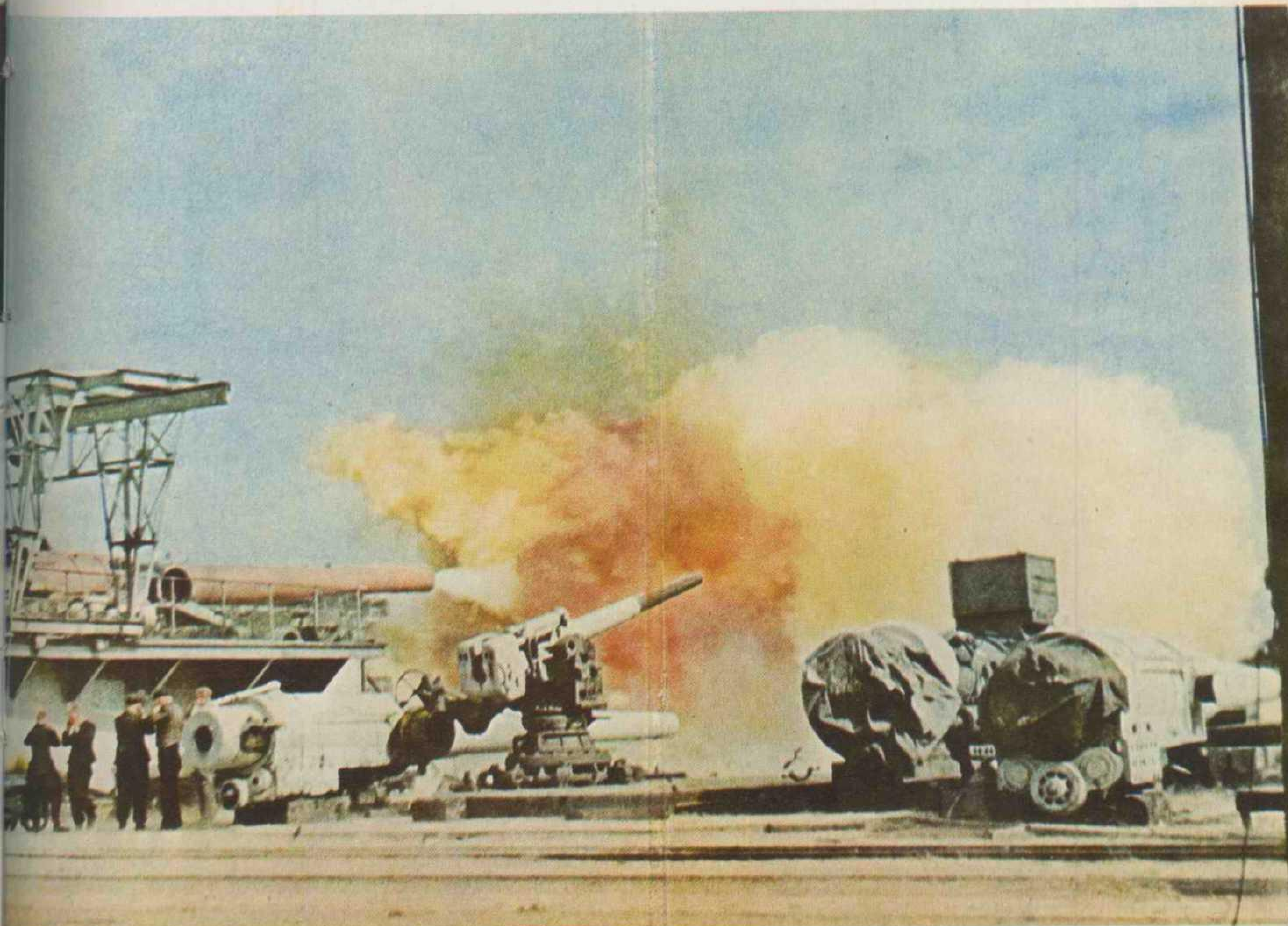
Arriba, a la izquierda, en un polígono de tiro alemán se prueban granadas dotadas de espoletas de proximidad. A la derecha, la febril actividad de la cadena de producción no conoce pausas.

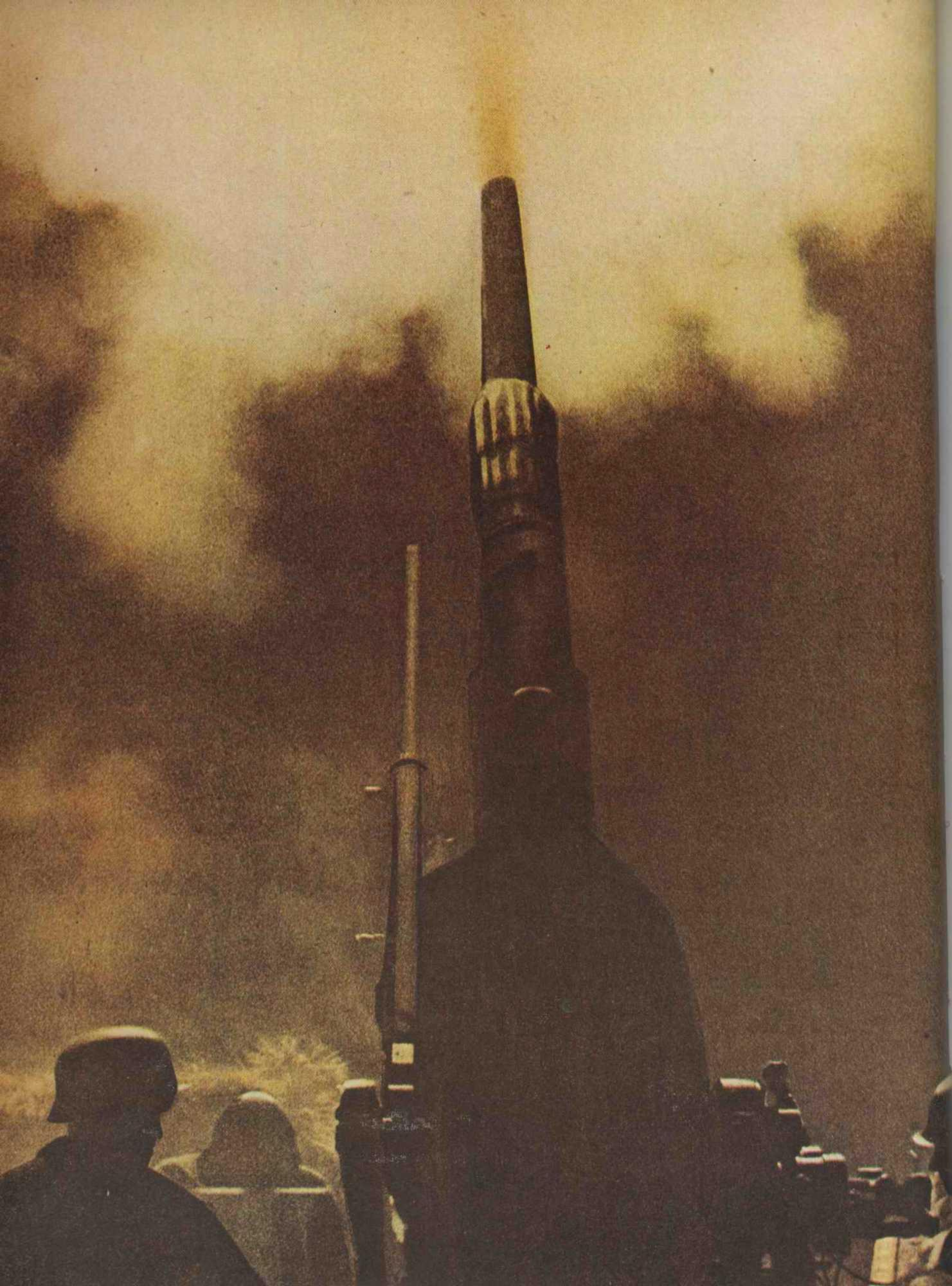
En la página contigua, se procede a la prueba de una pieza de artillería naval de largo alcance. El esfuerzo de la industria bélica alemana se intensificó hasta el punto de que, aun cuando parezca extraño, la producción era enormemente mayor que al comienzo, a pesar de los daños debidos a los bombardeos.

ningrado, el triángulo ideológico e industrial del bolchevismo.
Por tanto, la resistencia alemana es muy tenaz. Durante diez días, los ocupantes de la ciudad tratan desesperadamente de impedir el cerco, pero es un esfuerzo inútil.
El 23 de agosto, Jarkov es liberada por el Ejército Rojo. El 27 de agosto, Hitler marcha por un día a su antiguo Cuartel General de Vinnica para estudiar la situación con Manstein. El mariscal pide el abandono del río, al que no puede defender. Hitler responde que hay que resistir en todas partes *"hasta el momento en que el enemigo se convenza de la inutilidad de sus ataques"*. Cediendo a la insistencia de Zeitzler y venciendo su repugnancia por todo lo que podía aparecer como una idea de retirada, el Führer ordena al fin montar una nueva línea de defensa, llamada Panther, que partiendo de Narva, en el Báltico, llegará al Dnieper a través de Vitebsk y Gomel, seguirá el curso del río hasta Zaporozye y continuará a través de Melitopol hasta el mar de Azov. La retirada, si fuese necesaria, deberá llevarse a cabo lentamente y con método, salvando el material y fatigando al enemigo con acciones de retaguardia. Durante la espera, Manstein tiene que batirse enérgicamente en las líneas actuales. Hitler le promete más refuerzos que serán tomados de los grupos de ejércitos Sur y Centro.

Los partisanos rusos, en acción

Al día siguiente, el mariscal Von Kluge se precipita hacia Rastenburg. Dice que no puede ceder ni una sola división. Los rusos atacan violentamente por Esmolensko y Yelnia. Según el cálculo del OKH, aquellos disponen todavía de 134 divisiones y 187 brigadas de carros sin entrar en batalla. *"¿Cómo puedo despojarme yo*—pregunta Kluge— *para reforzar a Manstein si tales masas pueden caerme encima de un momento a otro?"*.
La lucha continúa en estas condiciones. Todo es insoluble, todo es contradictorio.
Con el verano se ha intensificado incluso la actividad de los partisanos. En las solas jornadas del 2 y del 3, coincidiendo con el lanzamiento de la ofensiva soviética, ha habido 8.422 interrupciones de las vías férreas y 1.478 emboscadas. Los movimientos de las tropas son necesariamente más lentos y la inseguridad reina en la retaguardia, pero harían falta docenas de divisiones para limpiar los bosques, y también faltan divisiones en los sectores más cálidos del frente. Hitler quiere conservar todo, inmoviliza tropas en las orillas del Ártico, a las puertas de Leningrado, en los puestos avanzados del Cáucaso y en las islas del Egeo, pero en los detalles todo se le escapa.
Entre tanto ha tenido comienzo una ofensiva más amplia. Los rusos atacan al norte, cerca del lago Ladoga; por el





AQUI, RADIO MOSCU

La que fue llamada en la Unión Soviética la era de los saludos a la victoria, empezó el 5 de agosto de 1943, después de la especial proclama de Stalin que anunciaba la liberación de Orel y Bielgorod. La voz profunda de Levitan, el primer locutor de la radio de Moscú, pronunció ahora por primera vez frases destinadas a hacerse en los dos años siguientes una agradable música familiar:
"Orden del supremo comandante en jefe al coronel Popov, al coronel general Sokolovsky, al general de ejército Rokossovsky, al general de ejército Vatutin, al coronel general Koniev... Hoy, 5 de agosto, las tropas del frente de Briansk, en colaboración con las tropas de los frentes occidental y central, han conquistado después de áspera lucha la ciudad de Orel. Hoy también las tropas de los frentes de la Estepa y del Voronetz han roto la resistencia enemiga y conquistado la ciudad de Bielgorod". *Después de dar el nombre de las unidades entradas las primeras en la ciudad, y después de haber dicho que desde ahora serían denominadas "regimientos de Orel" y "regimientos de Bielgorod", he aquí que por primera vez fue pronunciado un anuncio de esta especie:* "Esta noche, a las 24,00 horas del 5 de agosto, la capital de nuestra patria, Moscú, saludará a las valerosas tropas que han liberado Orel y Bielgorod con doce salvas de artillería disparadas por 120 cañones. Expreso todo mi agradecimiento a todas las tropas que han tomado parte en la ofensiva... Gloria eterna a los héroes que cayeron en la lucha por la libertad de nuestra patria. Muerte a los alemanes invasores. El supremo comandante en jefe, mariscal de la Unión Soviética,
Stalin".
Con apenas leves variantes, esta fue la fórmula destinada a convertirse en el texto consagrado que Rusia escuchó por radio más de trescientas veces, antes de la victoria final sobre Alemania y sobre el Japón.

centro, entre Viasma y Esmolensko, y más al sur, en dirección a Poltava. La ofensiva se extiende al Donetz medio en las cercanías de Voroshilovgrado y llega por el sur a las orillas del mar de Azov, donde también entran en acción los barcos de la flota rusa. Por todas partes avanzan los soviéticos siguiendo una táctica análoga a la empleada por los alemanes en 1940 durante la invasión de Francia. Primero lanzan contra las líneas enemigas masas de carros y de caballería, y luego, si han logrado trastornar las comunicaciones alemanas, lanzan al ataque la infantería, que cae sobre posiciones adversarias aisladas unas de otras.
Esta táctica se revela eficacísima. En la segunda quincena de septiembre, en poco más de diez días, es ocupada Esmolensko; más al sur, Briansk, en la región de Orel; todavía más al sur,

La sugestiva imagen de un cañón antiaéreo alemán que abre fuego de noche contra un grupo de bombarderos rusos.



En las filas del Ejército Rojo lucharon junto a los hombres numerosas mujeres. En la foto de la derecha, Ludmila Pavlichenka, una famosa tiradora de élite.



Poltava, en Ucrania; Mariupol, en el mar de Azov, y Novorosiysk, en el mar Negro. A finales de septiembre es liberada toda la región caucásica del Kubán y poco después los ejércitos rusos del centro llegan al curso del Dnieper y se apoderan de la ciudad de Kremenciug.

"¡A Berlín!... ¡A Berlín!"

Una serie tan larga de éxitos difunde por el ejército ruso un profundo sentido de euforia que una hábil obra de propaganda contribuye a exaltar. Aquí y allá por el frente los soldados rusos gritan: *"¡A Berlín!... ¡A Berlín!"*. Al contrario, el estupor y el descorazonamiento se propagan por las tropas alemanas. El estado de ánimo de los soldados se contagia a la población civil. El gobierno del Reich emite muchos comunicados oficiales con los que trata de hacer creer que el retroceso no es efecto de una aplastante embestida enemiga, sino una espontánea retirada que, acortando un frente un poco largo, trata de reforzar las defensas. Los comunicados alemanes se preocupan también de subrayar que las ciudades rusas, y entre ellas Esmolensko, han sido reducidas a un montón de ruinas antes de ser abandonadas por las tropas alemanas. Un nombre, el Dnieper, obsesiona a los fatigados generales alemanes. Al otro lado del río esperan poder recobrar aliento, reorganizar las divisiones, establecer una línea de defensa, y reconstruir y mover sus reservas. El 8 de septiembre, viajando una vez más, Hitler había llegado a Zaporozye, el Cuartel General de Manstein, donde, después de haber escuchado las argumentaciones del mariscal en favor de una retirada al otro lado del río, le responde que consideraciones económicas y razones de prestigio le impiden aprobar esta maniobra. El 14, Manstein lanza un nuevo grito de alarma. Hitler lo convoca una vez más en Rastenburg y trata de convencerlo de que pronto la situación militar cambiará por la entrada en servicio de un nuevo cañón de asalto. Manstein responde con sus mapas y con los informes de sus oficiales. Hitler acaba por ceder. La masa del grupo Sur volverá a pasar el Dnieper, el grupo de ejércitos Centro se prolongará al Soz, afluente del gran río, y de allí, a través de Vitebsk, se unirá al grupo de ejércitos Norte, que permanece en sus posiciones. Hitler no ha querido sacrificar Carelia y los puestos avanzados de

Arriba, una columna de autotransportados soviéticos pasa, en la periferia de Jarkov, junto a los restos de un carro alemán.

En la página contigua, arriba, prisioneros alemanes en un centro de reunión, en espera de ser dirigidos hacia la retaguardia. Abajo, las tropas soviéticas avanzan en la zona de Briansk, hostigadas por las retaguardias alemanas.



Leningrado por temor a repercusiones políticas en Finlandia. También se ha negado a sacrificar Crimea, cuya pérdida podría inquietar a Rumania. Destacado del grupo Manstein y unido al grupo Kleist, el VI Ejército tiene la misión de interceptar la estepa de los nogais, en un frente de 150 kilómetros, y cerrar el acceso al istmo de Perekop. La gran retirada comienza. Pesados vehículos levantan en Ucrania enormes masas de polvo. Cruzan las solas cuatro líneas ferroviarias procesiones de trenes transformados en fortines móviles para la defensa contra los partisanos. Se teme en el último momento la pérdida del IV Ejército acorazado, aco-



A la izquierda, dos extenuados enlaces alemanes tratan de descansar al menos por cinco minutos, pero siguiendo a caballo de sus máquinas, prontos a partir a la primera orden.

En el mapa de la derecha se muestra el avance de las tropas soviéticas entre agosto y diciembre de 1943.

sado desde el frente de Voronez. Logra salvarse en último extremo, atravesando los puentes de Kiev y de Cerkassy. El 25 de septiembre, las vanguardias rusas llegan al Dnieper entre Zaporozye y Dniepropetrovsk. Momento emocionante. Dos años antes los alemanes también se habian emocionado cuando pudieron abarcar con la vista la inmensidad del rio, y más allá del curso sembrado de islotes, la desolada llanura. Los soldados rusos vuelven a encontrar al gigante que habian atravesado con un deprimente sentimiento de derrota. Pero su empuje no se detiene aqui. Una brigada de paracaidistas establece una cabeza de puente en las cercanias de Kremenciug. Una unidad de infanteria pone el pie en el cinturón de Pereyaslav, al sur de Kiev.
Al norte de la ciudad, los partisanos favorecen la infiltración de las tropas soviéticas en la zona pantanosa cerca de la desembocadura del Pripet. La barrera del Dnieper ya no está intacta. Al contrario, según la orden categórica de Hitler, son mantenidas cabezas de puente alemanas en la orilla izquierda, delante de Zaporozye, Dniepropetrovsk, Kremenciug y Kiev, aunque el mando local objeta que eso exige muchas tropas y debilita la defensa del llano fluvial.

La liberación de Kiev

En el centro, el frente de Kalinin ha recuperado Esmolensko. Liberación simbólica, es el primer acontecimiento saludado en Moscú por los cañones de la victoria. La caida de Esmolensko en el 41 habia sembrado de fúnebres tañidos la capital. Su reconquista significa que Moscú está fuera de peligro. La grande y moderna ciudad industrial de Dniepropetrovsk, orgullo de la URSS, es liberada el 25 de octubre. Crimea queda aislada. Una nueva batalla se enciende en la proximidad de Kiev. Los alemanes se baten salvajemente, pero el 6 de noviembre deben



abandonarla. Los rusos no se contentan con ocupar de nuevo Kiev, sino que continúan adelante, en dirección a la frontera polaca, conquistando Korostern y Zitomir. Al mismo tiempo amenazan Kerson, acercándose a Odessa, su principal puerto sobre el mar Negro. Esta vez Berlín no se atreverá a hablar de voluntario acortamiento del frente. Hitler toma drásticas medidas. Después ordena a sus generales resistir a ultranza en Crimea, y finalmente organiza un nuevo ejército potente al mando de Von Manstein, al que encarga la misión de reconquistar la línea del Dnieper y todos los territorios ucranianos perdidos.

La maniobra de Von Manstein, bloqueada por los rusos

Las unidades acorazadas de Von Manstein entran en acción en la segunda mitad de noviembre y obtienen algunos éxitos al oeste de Kiev, pero pronto tienen que replegarse. La lucha continúa sin pausa también en diciembre, a pesar del frío intenso, y se concluye con nuevos éxitos de los soviéticos. Estos rompen el frente enemigo en la zona de Zitomir, no lejos de la frontera polaca.
A fines del 43, la situación general en el frente del este se presenta así: los alemanes han tenido que evacuar casi

ISU-152





Durante la batalla de Kursk, que, como ya se ha dicho, vio el más amplio empleo de blindados en todo el segundo conflicto mundial, los dos potentes antagonistas, Alemania y Rusia, tuvieron la idea de hacer al mismo tiempo el mismo intento: presentar el arma acorazada que debería decir la palabra definitiva en el campo de los carros armados, asegurando a su poseedor la superioridad en el campo de batalla. Las esperanzas alemanas se dirigían al cazacarros "Elefant", que se reveló, como hemos visto, lento y vulnerable, mientras que a su vez los rusos se apoyaban en el nuevo autopropulsado ISU-152. Esta arma, que dará tan buenas pruebas que después de la guerra sería distribuida a las fuerzas armadas de todos los países adheridos al Pacto de Varsovia y que seguirá en servicio hasta la segunda mitad de los años cincuenta, tuvo verdaderamente una "gestación" más bien breve. Era tal en aquel momento la necesidad de detener los carros pesados alemanes armados del mortífero cañón de 88, que Stalin en persona realizó presiones sobre el grupo de estudio que trabajaba en Cheliabinsk bajo la dirección del ingeniero Kotin. El arma en estudio era un cazacarros de fórmula nueva, al menos para el Ejército Rojo, es decir, un cañón instalado sobre armazón de un carro de combate y protegido por una casamata de techo cerrado. Entre el comienzo de los estudios y la presentación del prototipo pasó, como se ha dicho, un tiempo verdaderamente record: veinticinco días. El ISU, iniciales de las palabras Istrebitelnij Samochodnia Ustanovka, es decir, medio autopropulsado cazacarros, demostró inmediatamente ser un temible adversario para los carristas alemanes. En la práctica era el resultado obtenido por la fusión de dos armas ya existentes: el cañón obús de 152 mm. y el casco del carro KV-1S, pero por otra parte la presión de los acontecimientos no permitía ciertamente el lujo de largos tiempos de estudio para realizar un arma de características originales. El cañón, el excelente modelo 1937 de 152 milímetros, era capaz de lanzar una granada de alto explosivo con peso de J 43 kg. a una distancia de 17.300 metros, con una velocidad inicial de 570 metros por segundo. Naturalmente, este alcance no era nunca utilizado, ya que en el combate entre carros se utilizaba exclusivamente el tiro directo con puntería óptica. El casco, del KV-1S, fue sustituido en los últimos modelos por el del carro "Josef Stalin", de 46 toneladas. Excelente anticarro, el ISU-152 tenía, sin embargo, un defecto: el municionamiento, dado el calibre bastante elevado del cañón, no era de pieza única, sino separada, es decir, proyectil y vaina. Naturalmente esto daba origen a problemas de espacio para el estibado de la reserva de municiones, que estaba limitada a 20 disparos, y excepcionalmente a 28. Para la defensa antiaérea, y raramente para la próxima, se montaba sobre el techo de la casamata una ametralladora DSHK de 12,7 milímetros. Sin embargo, examinando ventajas y defectos, se puede decir que el ISU-152 fue un excelente blindado y que mereció el sobrenombre con que gustaban designarlo sus tripulaciones: "Zvereboi", es decir, "la bestia que golpea".

Año	1943	Vel. máx.	37 km/h.
Peso	47 t.	Autonomía	220 km.
Longitud	9,05 m.	Tripulación	6
Altura	2,48 m.	Armamento	1×152+1×12,7
Anchura	3,07 m.	Máx. trinchera superable	2,81 m.
Luz libre	36 cm.	Máx. escalón superable	0,91 m.
Protección (cor. máx.)	100 mm.	Máx. pendiente superable	36°
Motor	de 520 HP	Vado	122 cm.

200.000 kilómetros cuadrados de territorio: han sufrido pérdidas enormes, que en sólo cuatro meses han subido a casi un millón de hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Sin duda han logrado evitar la completa ruptura de su frente aferrándose al curso inferior del Dnieper, al sur de Kiev, pero no han podido organizar una nueva línea defensiva válida. El futuro se presenta con pésimos augurios para las fuerzas alemanas en el frente oriental.



A la derecha, soldados alemanes tratan fatigosamente de abrirse camino por un bosque inundado.

Abajo, las últimas retaguardias alemanas abandonan la ciudad de Kiev después de haber inutilizado las instalaciones civiles y destruido los objetivos militares.

LA CAIDA DEL FASCISMO

El 25 de julio de 1943, después de la reunión del Gran Consejo fascista, el Rey ordena la detención del Duce. Bombardeo de Roma.

Según uno de los más autorizados exponentes del régimen fascista, Giuseppe Bottai (ex ministro de las Corporaciones y de Educación Nacional, fundador y director de la revista "Critica Fascista"), todo comenzó a la vez que el desembarco aliado en Sicilia. Aquel día dio la medida de la inadecuación del régimen frente a la situación. En Roma ni siquiera se había logrado un flujo en cierto modo regular y creíble de noticias, aunque ya se supiese con certeza que el enemigo había desembarcado en las costas de Sicilia meridional.

El 12 de julio, Bottai escribía en su diario: *"Alternos estados de ánimo. Durante la mañana, un murmullo simultáneo de un extremo a otro de la ciudad, de barrio en barrio, de casa en casa, de oficina en oficina, de boca en boca: el enemigo está detenido en las costas, hostigado por nuestras reservas llegadas, clavado por la eficacia de nuestro fuego de barrera; y en algunos puntos ya cede, e incluso se embarca de nuevo. Augusta, perdida en un primer momento, es reconquistada; en Siracusa se combate en las calles, ciudadanos y soldados codo con codo. Insurrección de pueblo orgulloso. Ya se sabe, guiñan los más enterados; es el pueblo de las Vísperas. Husmeo el viento engañoso, no tanto en estas reminiscencias forzadas... como en la técnica de la murmuración, fonográfica y monocorde. Sin embargo, salgo a pasarme por la sede del partido, para convencerme. Ninguna noticia oficial allí; más bien un extraño silencio. Todo puede ser, me dicen, como si hasta aquí hubiera llegado el abandono al destino y que las mismas posibles buenas noticias se fueran a recibir con resignación.*

Pero poco a poco se repliega la oleada de optimismo. Interminable tarde. Por la noche, rectificaciones de desembarcos en curso en Trapani y Palermo".

Esta página ilustra de manera bastante evidente el estado apático de los ambientes políticos romanos en la mitad de aquel julio del 43.

"La jornada de ayer —escribe Bottai bajo la fecha del 13 de julio— *ha atormentado los nervios de todos. Falsos los rumores, falsas las rectificaciones. Ni Trapani ni Palermo aún atacadas, pero bajo el fuego del bombardeo del mar. Donde ha desembarcado, el enemigo mantiene el terreno, se refuerza, amplía sus bases, lanza columnas hacia el interior. ¿Nuestras reservas? Ninguno está en disposición de saber si han entrado en acción. Casi se querría que no, y que estos primeros progresos enemigos correspondieran a un plan de la defensa. Pero en vano se trata de establecer contacto por teléfono o radio con el comandante de nuestras fuerzas en la isla o con el alto comisario político".*

"Reúno estas informaciones —continúa Bottai— *desde casa, donde paso la mañana. Oigo por teléfono voces bajas, no ya por temor a las escuchas, sino por sí, por el sonido mismo, por el acento mismo de la verdad".*

Aumenta la incertidumbre

Otras veces, en momentos de peligro, las autoridades se dedicaban a desaparecer, y otra vez, bastante pronto, se repetirá este fenómeno. Había sucedido, por ejemplo, en otoño de 1917, en el frente, durante la jornada de Caporetto. Todos buscaban desesperadamente al general Badoglio, comandante del parque de artillería que podía haber liquidado las columnas enemigas que estaban avanzando, pero ninguno logró encontrarle. Ahora, algo semejante pasaba en Roma a causa de los acontecimientos de Sicilia. No se podían sacar más que dolorosos presagios de estos indicios.

Si al nivel de Bottai el desconcierto es el que se trasluce de las confidencias del diario, es posible imaginar el estado de ánimo de los italianos ante el anuncio del desembarco angloamericano y ante las lacónicas noticias sobre la marcha de la lucha que se estaba combatiendo en Sicilia. Este desconcierto no podía ocultarse evidentemente a la cumbre del partido, pues si faltaban las informaciones de Sicilia, las del resto del país continuaban llegando regularmente a Palazzo Venezia y al Viminale, Ministerio del Exterior.

Mussolini, que no era un estratega, pero sí un excelente periodista, comprendió que la gente quería saber, que necesitaba ser tranquilizada. Pensó así buscar remedio enviando a diestro y siniestro a los mayores exponentes del partido a fin de que hablasen al público y suscitasen esa movilización de los espíritus que parecía más necesaria que nunca.

El secretario del partido, Carlo Scorza, es el primero en recibir órdenes al respecto, y él convoca a los jerarcas movilizados para la ocasión. Bottai obedece con la usual prontitud y es introducido en la sala del secretario. *"llena de gente preocupada y con el rostro marcado por el insomnio. Rostros congestionados de prefectos y federales que vienen del sur".*

Scorza se acerca a Bottai y se lo explica, mientras de su despacho llegan los ecos de una viva discusión. Deteniéndose en la puerta, le dice *"que de la docena de oradores designada por él para hablar el jueves siguiente en la capital de las regiones, Grandi rehúsa tomar la palabra en Bolonia, donde se encuentra ahora".* Bottai es invitado a partir para Bolonia a fin de intentar la labor de convencimiento: *"Iré* —responde Bottai—, *pero esto no basta. Yo mismo estoy bastante dudoso. Hace falta que me permitas decir a Grandi cuáles son las orientaciones que hay que dar a los dicursos".*

En la página contigua, infantes americanos recién desembarcados en una playa siciliana. La cabeza de puente está ya consolidada, y los soldados abandonan con toda tranquilidad las unidades de desembarco.



Pocos días antes, Mussolini decía que el enemigo nunca pondría pie en suelo italiano. La gente tiene buena memoria. ¿Cuáles son vuestras instrucciones para justificar el trágico trastorno de la situación? Y, en definitiva, ¿cuál es esta situación? Al menos que nosotros, que tenemos que explicarla, la conozcamos en sus verdaderos términos".

En realidad, las noticias —todavía secretas para todos los italianos, ya que la censura militar, ayudada por la del régimen, amordazaba la radio y los periódicos— son bastante más dramáticas de lo que se esperaban hasta los jerarcas mejor informados. *"Augusta, abandonada sin que hubiera otras explosiones que las cargas con que se han hecho saltar precipitadamente fortificaciones y cañones; el puerto de Siracusa, caído pronto en manos del enemigo y nunca recuperado por nosotros; en Gela, las tropas desembarcadas ocupan sólidamente la costa; las columnas de invasión marchan hacia el interior en perfecto enlace entre sí, y en Catania, multitud de prófugos y soldados desbandados. Una división alemana acorazada ha pasado el estrecho esta noche con todo el material. Aviones a centenares acuden de la península. Informes escasos, incompletos, no reducibles a un cuadro preciso de la situación".*

Nunca antes de ahora un jerarca ha osado desobedecer tan abiertamente como está haciendo Grandi, y nunca como ahora parecen los demás jerarcas dispuestos a secundar la sedición. Las cosas están así: antes de hablar a la gente, los jerarcas quieren saber, y para saber piden ver a Mussolini. Si hay que asumir su parte de responsabilidad, bien; que el Duce los comprometa. Pero el Duce no desea explicarse, y prefiere devolver los "informes"...

Efectivamente es éste el primer pronunciamiento de palacio que, a mitad de aquel julio fatal, denuncia la crisis profunda que ataca al régimen. Pero Bottai no está bien informado, y tiende a destacar solamente los episodios en los que tiene una parte de algún modo directa. La crisis es más profunda y se remonta a algunas semanas atrás. No incluye sólo al régimen fascista, sino a toda la cúspide del Estado: de la monarquía al mando supremo de las fuerzas armadas. Hace tiempo que se ha conocido que el mito de que *"Mussolini siempre tiene razón"* es una gran impostura. Hace tiempo que se ha comprendido que la guerra está irremediablemente perdida, y que la sola esperanza que queda de evitar las peores desgracias consiste en salir lo antes posible del conflicto, abandonando los alemanes a su destino. Para hacer esto —para abandonar a los alemanes y "engancharse" a los angloamericanos— se hace necesaria en primer lugar la liquidación política de Mussolini.

El rey está profundamente convencido de todo esto; sabe bien que tiene una gravísima responsabilidad personal por



haber infligido al país veinte años de dictadura fascista y haber roto las garantías estatutarias, y ahora trata de salvar el honor y el porvenir creándose méritos al despedir al Duce.
Bottai no sabe todo esto, pero lo sabe bastante bien Dino Grandi, el "amotinado" de Bolonia, que desde hace tiempo teje peligrosas conjuras con los ambientes de la casa real.
Por lo demás, Mussolini no ignora que el descontento se propaga en torno suyo, y que el viento de la conjura sopla engañosamente entre las grietas del tambaleante edificio del régimen. *"La nave del Estado* —escribe Michele La Torre— *amenazaba naufragar en una oleada de irrefrenable descontento del país, y Mussolini creía acudir en su socorro llamando al gobierno a los que en aquel momento le parecían los fascistas más fieles, puros y resueltos".*
Esto se remontaba al febrero de 1943, cuando el Duce había decidido un clamoroso "cambio de la guardia" (así, en la marcial terminología fascista, se llamaban las crisis y los reajustes de gobierno). El mismo Víctor Manuel III, en el curso de una audiencia, había puesto en guardia al jefe del gobierno sobre algunas conjuras que los fascistas parecían tramar a sus espaldas, y también por esta referencia había confirmado el Duce los sentimientos de amistad que el rey tenía a su respecto.
El 5 de febrero de 1943 Mussolini procedió a liquidar aquellos de los que ya no se fiaba. A las 4,30 de la tarde convoca sin más al ministro del Exterior, Galeazzo Ciano, que es su yerno, y le despide como a un ujier. *"¿Qué intentas hacer ahora?"*, le pregunta retóricamente, entre rudo y confidencial. Le confía que ha cambiado todo el gobierno y que no tiene más remedio que sustituirle también a él. En cambio, le concede la Embajada en la Santa Sede, *"un puesto de todo descanso, pero que puede dar paso a muchas posibilidades para el porvenir"*, comenta Ciano en una de las últimas página de su diario.
Más brusca es la despedida de Bottai que se lamenta especialmente del estil adoptado, que es el del *"anuncio a lo periódicos"*. Bottai escribe: *"Despedida de golpe. Todos los subsecretarios menos uno, el del Africa italiana. Baile de rumores. ¿Qué ha querido hace Mussolini? Primero, pienso, obtene precisamente esto: distraer a la gent*

Arriba, Galeazzo Ciano (segundo por la izquierda) con uniforme de embajador, junto con el Cuerpo Diplomático del gobierno italiano acreditado en la Santa Sede.

A la derecha, el general Vittorio Ambrosio, jefe del Estado Mayor General. En 1943, cuando ocupó este cargo, tenía ya sesenta y cuatro años.

de los grandes interrogantes del momento con estos enigmas sensacionalistas. Después, mostrar su fuerza sobre los hombres...". Se llega al fondo del abismo. Otros cambios de la guardia suceden en las semanas siguientes, en el intento de restituir al partido un cierto impulso y al gobierno una cierta autoridad. En marzo, como un rayo en el cielo sereno, llega a Roma la noticia de una oleada de huelgas que sacude literalmente el triángulo industrial, y especialmente el mundo del trabajo y de la producción en Milán y Turín. Grandes fábricas, como la Fiat y la Breda, son paralizadas por las manifestaciones de protesta de los trabajadores, los cuales piden aumentos salariales y mayores raciones alimenticias. Las autoridades fascistas están alarmadas, pero deben ceder ante los obreros para no retrasar la producción industrial. Es un síntoma bastante grave del grado de deterioro a que ha llegado el régimen.

La oposición... Desde que ha comenzado la guerra los antifascistas se han hecho más activos, y a medida que la guerra se manifiesta como es, o sea, una tragedia deliberadamente provocada por el fascismo, en torno a las formaciones políticas antifascistas se van agregando cada vez más numerosos los disidentes. Sin duda, los más vivaces son los comunistas, que en la clandestinidad se mueven dando vida a células de resistencia con vistas a lo que podrá suceder mañana. Los comunistas saben que el día del desquite vendrá y que la guerra arrastrará a Italia a la derrota, pero también al fascismo a la ruina, y se preparan a operar para "después". Amplio seguimiento entre los intelectuales parece tener un nuevo partido que no quiere tener nada que ver con las formaciones políticas prefascistas, a las cuales achaca no haber sabido impedir la llegada del fascismo. Se llama Partido de Acción, y se le adhieren profesores y estudiantes, funcionarios de Banca y dirigentes del mundo industrial. Propugnan un futuro republicano y de democracia parlamentaria para la Italia del mañana.



Menos organizados, pero igualmente vitales, son los socialistas. La llegada del fascismo los sorprendió divididos, pero veinte años de persecuciones y de clandestinidad parecen haber cancelado malentendidos y disputas. Si bien sus máximos dirigentes siguen aún en el exilio o en la cárcel (como Nenni), aquí y allá numerosos núcleos de socialistas operan subterráneamente contra el régimen.

También los católicos se agitan. Son los que más molestos se sienten, podría decirse. El Partido Popular se opone al fascismo de manera decidida, pero las laceraciones internas hicieron más fatigoso el último período del partido, también por la ambigua actitud de la Santa Sede. Esta, para terminar la larga disputa que la oponía al Estado italiano, no ha dudado en echar a la calle al Partido Popular y firmar los Pactos Lateranenses con Mussolini. Esta decisión ha suscitado la preocupación de los niveles populares más dedicados al antifascismo. Ahora sus representantes más conspicuos toman los primeros contactos para reanudar cierta actividad política, pero rehúsan ligarse explícitamente al Partido Popular y dan vida a un nuevo partido, la Democracia Cristiana.

A excepción del Partido Comunista y del Partido Socialista, las formaciones antifascistas tienen poco que ver con el movimiento reivindicativo que paraliza las industrias del norte por una semana entera, aunque el acontecimiento hace comprender a los hombres de los diversos partidos que se reunían secretamente, que el fascismo no tenía ningún seguimiento entre la gente. Mussolini reaccionó del único modo en que podía reaccionar, sustituyendo funcionarios y oficiales de policía, representantes del partido, etc. La sustitución más significativa había ocurrido a principios de febrero: el jefe de Estado Mayor General, mariscal Ugo Cavallero, había sido sustituido por el general Vittorio Ambrosio, de sesenta y tres años, un poco arisco, de escasas palabras, nada bri-

Agosto 1943

9 de agosto

Con un decreto ley son devueltos al estado los bienes que los jerarcas fascistas han adquirido ilícitamente.

10-11 de agosto

Bombardeo aéreo de Nuremberg.

13 de agosto

El gobierno italiano declara a Roma "ciudad abierta".

14-24 de agosto

Conferencia aliada en Quebec.

17 de agosto

Las tropas germanoitalianas abandonan Messina. La ocupación de Sicilia por parte aliada es ya completa.

17-18 de agosto

Incursión aérea inglesa sobre la base secreta de Peenemünde.

18 de agosto

Se suicida el jefe de la aviación alemana, general Jeschonnek. Le sucede el general Korten.

23 de agosto

Los soviéticos conquistan Jarkov.

23-24 de agosto

Bombardeo aéreo sobre Berlín.

24 de agosto

Himmler es nombrado ministro del Interior.

28 de agosto

Muere el rey Boris de Bulgaria. Le sucede su hijo Simeón II.

29 de agosto

El mariscal Rommel es nombrado jefe de las tropas alemanas en la Alta Italia.

30 de agosto

Los soviéticos ocupan Taganrog.

31 de agosto

Bombardeo aéreo inglés sobre Berlín.

llante, conocido en su ambiente como un "mariscal de logis", y que representaba una nulidad sólo buena para el papeleo. En realidad, Ambrosio se revelará como un personaje de primer plano en el juego que está jugando el soberano y que tiene como objetivo la paz separada para Italia. El despedido mariscal Cavallero había sido fanáticamente germanófilo, y Ambrosio, a su vez, aun siendo sinceramente monárquico, opinaba que los alemanes eran una calamidad para Italia. Por esto, probablemente, había tenido siempre muchos enemigos. Roberto Farinacci dijo una vez de él: *"Ese piamontés no es ni siquiera un latino. Le falta cierta fantasía, y se encierra como un erizo en su mutismo. Tienen razón los alemanes al odiarlo".*

Por lo que parece, este odio era recíproco. Cuando Mussolini habló con él después del nombramiento, le dijo: *"Bien. El ciclo Cavallero se ha cerrado. ¿Qué piensa hacer?". "Trato de dirigir el pie contra los alemanes". "Estupendo. Le ayudaré".* En realidad, Mussolini encontrará muy difícil ayudar en esto los esfuerzos de Ambrosio. Dejando el Palazzo Venezia, el nuevo jefe de Estado Mayor General marchó al Quirinal para recibir, como si dijéramos, la bendición del rey. Víctor Manuel le escuchó en silencio, estudiándolo atentamente, sin descubrirse demasiado. Quería saber si se podía fiar de verdad de aquel general que le había sido recomendado. Cuando lo hubo despedido, el rey dijo a su ayudante de campo, general Pontoni: *"Ese Ambrosio me agrada. Es un caballero que no tiene pelos en la lengua...".*

Como había pensado Ambrosio, la cuestión se hizo evidente a primeros de marzo, cuando llegó a Roma Hermann Goering para pedir a Mussolini el envío de 50.000 soldados italianos a Alemania. Los últimos meses de guerra habían desangrado a la Wehrmacht, y Hitler esperaba que sus aliados le echarían una mano. Mussolini, naturalmente, dijo enseguida que sí, y luego habló con Ambrosio. Este le objetó: *"Nosotros los italianos no debemos ser mercenarios de nadie, y menos de los alemanes. Dígaselo a Goering".* Mussolini puso cara de confusión. *"Quizá será mejor que le hable usted. No le faltarán motivos técnicos para justificar la negativa".* Ambrosio habló con Goering y ningún soldado italiano salió para Alemania. A fines de marzo el general Ambrosio entregó al Duce un memorial que *"ponía al desnudo la gravedad de la situación".* A su parecer, Tunisia estaba perdida, y el próximo objetivo de los angloamericanos sería Italia. *"Y nosotros* —explicaba Ambrosio—, *con nuestras fuerzas carecemos de material acorazado y de aeroplanos, y la marina está reducida al 75 por 100; no nos hagamos ilusiones. Conviene que Alemania nos ayude pronto y eficazmente, con entrega de material más que con el envío de grandes unidades, dejando libres nuestras divisiones implicadas en Grecia y en Croacia, y con el traslado a Italia de un notable número de aeroplanos...".*

El proyecto de Ambrosio, sugerido por su ayudante, el general Giuseppe Castellano, era bastante lineal: reclamar las unidades italianas en el exterior y obligar a Mussolini a separarse de los alemanes para pedir inmediatamente después una paz separada. Pero esto no era más que una parte del proyecto. Había otra, que se refería al rey. Ambrosio opinaba que el rey debía estar dispuesto a sustituir a Mussolini con un nuevo jefe de gobierno si el Duce se negaba a volver la espalda a Hitler. En suma, lo esencial para el general Ambrosio era sacar al país de la guerra. Si era posible, ello se haría con Mussolini, pero si fuese necesario





se haría sin él, e incluso contra él. Ambrosio confió en convencer al Duce de que hablara claro al Führer durante las reuniones que tendrían los dos en Salzburgo desde el 7 al 10 de abril. El general había preparado detalladamente al Duce, pero éste, una vez sentado ante Hitler, pareció haber enmudecido. Según su costumbre, el dictador nazi se lanzó a una de sus acostumbradas y un poco alucinadas peroratas, y Mussolini apenas conseguía, de tanto en tanto, decir que sí. En honor de la verdad, intentó también tomar la palabra para decir lo que Ambrosio le había sugerido que expusiera —se trataba de peticiones tan extremadas y exorbitantes de materiales y armas, que Hitler se vería obligado a responder que no, dejando así a los italianos la libertad de desprenderse de los compromisos de la alianza—, pero no fue posible hacerlo, porque Hitler no le dio nunca tiempo. Esta vez no pudo tener a un ministro del Exterior que le echara una mano, porque Mussolini, que había despedido a Ciano, se había nombrado ministro del Exterior de su gobierno. Después de dos días de verborrea, el Duce volvió a Salzburgo habiendo logrado sólo la promesa de algunos carros de combate y de unos setenta aviones para finales de julio. Ambrosio relató al rey, cada vez más decidido a abandonar a los alemanes, que en Salzburgo *"no hemos obtenido nada y no tendremos nada más".*
El fracaso de Mussolini en Salzburgo impulsó al rey y Ambrosio a acelerar el golpe de Estado. Víctor Manuel III comienza a recibir a algunos representantes de la clase política prefascista. Habla con Ivanoe Bonomi, con Vittorio Emmanuele Orlando y con Marcello Soleri, pero saca una impresión negativa. *"I' sun de' revenants"*, dice. Son supervivientes. Recibe también a jerarcas fascistas en controversia con Mussolini, como el decrépito Thaon de Revel y como el presidente de la Cámara Dino Grandi. Tampoco a ellos da el soberano mucho crédito, sin embargo Grandi, que es presidente de la Cámara de los Fascios y de las Corporaciones, el Parlamento fascista, parece capaz de asegurar al formalista soberano el pretexto para despedir al Duce. Grandi asegura estar en disposición de inducir a un discreto número de representantes del régimen para que expresen desconfianza respecto a Mussolini. Sin embargo, el rey no dice nada. Hace preguntas y se limita a escuchar. A veces asiente con la cabeza, y la mayor parte de las veces calla sin definirse. Es su manera de afirmar la su-

---

A la izquierda, en Salzburgo Mussolini trató en vano de obtener ayudas de Alemania, iniciando a la vez una cauta acción de alejamiento de su aliado.

Arriba, encuentro entre Mussolini y Hitler en Feltre, donde se discutiría del ya precario equilibrio de la situación italiana.

DESDE EL MES DE ABRIL SE PENSABA DETENERLE

Parece que el Estado Mayor italiano había examinado la posibilidad de detener a Mussolini aun antes de que se decidiese la reunión-proceso del Gran Consejo. El general Vittorio Ambrosio había encargado al general Giuseppe Castellano preparar los planes para deponer al Duce y ocultarlo en una localidad segura, a fin de hacer posible el nombramiento de otro jefe de gobierno. La primera confirmación oficial de esta noticia, que se había filtrado hacía tiempo desde varias fuentes, vino del general Castellano –conocido especialmente por haber firmado el armisticio en Cassibile, en septiembre de 1943– en el curso de una entrevista a un semanario. Hasta entonces se había preferido mantener cierta reserva sobre el episodio. Según Castellano, la reunión del Gran Consejo y el voto sobre las conclusiones de Grandi fueron coincidencias de las que el soberano se apresuró a aprovecharse. También según Castellano, no todas las intrigas de aquel extraño suceso eran conocidas aún.

"El soberano quedó tan agradecido a Grandi, que quería a toda costa que fuera nombrado ministro del Exterior del nuevo gobierno de Pietro Badoglio. Si no lo consiguió fue por la decidida oposición de los aliados, que no querían más fascistas en el gobierno".

A propósito de la detención del Duce, el general explicaba por qué se trató de una coincidencia:

"El plan definitivo para la captura del Duce estaba ya preparado desde primeros de julio. Lo hice por orden del general Vittorio Ambrosio, jefe del Estado Mayor General. El permiso para pasar a la acción lo tuve el día 19, cuando el ministro de la Casa Real Pietro Acquarone me comunicó secretamente que el rey había decidido lanzar la operación para la detención de Mussolini el lunes 26, cuando el jefe del gobierno fuera a su audiencia. En aquel momento ni Acquarone ni yo podíamos saber que el 24 se reuniría el Gran Consejo del fascismo".

Según la versión de los hechos proporcionada por Castellano, fue el rey en persona quien tuvo la primera idea de la detención.

"Ambrosio y yo comenzamos a comentarlo a principios de 1943. En realidad Ambrosio ponía todas sus cartas en la ruptura con los alemanes y esperó hasta lo último que fuera el mismo Mussolini el que tomara la iniciativa. Apenas fue jefe del Estado Mayor General, Ambrosio puso al día abiertamente y sin velos al rey y a Mussolini sobre la gravedad de la situación. Gran parte de los memoriales la redacté personalmente yo. Algunos, reservadamente, se lo hicieron ver también a Galeazzo Ciano, ya en desgracia y destituido del cargo de ministro del Exterior".

La orden de preparar un plan para la detención del jefe del gobierno fascista la recibió, pues, Castellano de Ambrosio desde abril de 1943.

"La elaboré en el máximo secreto. La única persona que fue puesta al corriente fue un oficial fidelísimo de Estado Mayor, el teniente coronel Renato De Francesco, que materialmente pasó a máquina el proyecto. Sabíamos que nos rodeaban los espías, por lo que actuamos siempre con la máxima cautela. Cuando el plan para el arresto de Mussolini estuvo listo, Ambrosio lo tomó, lo dobló dos veces y se lo metió en el bolsillo. Me lo devolvió veinticuatro horas después, diciéndome que por el momento no se haría nada. Había visto a Acquarone en el despacho de éste, vía XX Settembre, ante el Quirinal, y probablemente se había visto también con el rey. Evidentemente, pensé, el soberano no cree aún maduro el momento para la expulsión de Mussolini.
Por propia iniciativa y sin hablar con nadie hice ver el proyecto a Ciano (en aquel momento pensábamos que la influencia de los jerarcas disidentes nos habría podido ser de ayuda). Ciano me lo devolvió diciéndome con aire preocupado: 'Esto es dinamita. Yo no lo he leído'. Poco después destruí el documento quemándolo".

Pero a primeros de julio, Castellano recibió la orden de rehacer el plan. "Respecto a abril, la situación se había hecho más peligrosa. Sabíamos que el nuevo secretario del partido, Carlo Scorza, había resucitado las escuadras de acción, que las organizaciones regionales del partido disponían de verdaderos arsenales de armas, y que en Sutri, al norte de Roma, estaba organizada la división acorazada M de la milicia fascista.
Su posible intervención habría podido convertir Roma en un campo de batalla. Con el concreto deseo de evitar derramamiento de sangre, descarté la hipótesis de detener al Duce en Villa Torlonia; allí su guardia personal le habría defendido con las armas.
No quedaba más solución que detenerle en el Quirinal o al final de unas maniobras militares.
El general Ambrosio me había informado que podía contar con la fidelidad incondicional de la policía y los Carabinieri".

El rey se decidió a la detención el 19 de julio. Aquel día, Castellano fue llamado por

Acquarone, el cual le dio vía libre: "Su Majestad ha decidido sustituir a Mussolini por el mariscal Badoglio. La audiencia está fijada para el 26 de julio". *En ese momento la propuesta de proceder al arresto al término de la audiencia había sido tomada ya, pero con una variante. En el plan de Castellano el rey habría recibido a Mussolini en el Quirinal, y la detención se habría realizado en los jardines del palacio. En el último momento, como se sabe, Mussolini pidió anticipar la audiencia al domingo por la tarde, y el rey le recibió en Villa Savoia. Los planes tuvieron que cambiarse, y el general Cerica puso dificultades, porque exigió a Acquarone una orden escrita.*

perioridad de la Corona. Ni siquiera se sincera con el mariscal Badoglio, al que recibe dos veces y que evidentemente se le presenta como el instrumento más válido para su proyecto.
Entre tanto el tiempo pasa, lenta e inexorablemente. Los angloamericanos se apoderan de Lampedusa y cada vez se acercan más a Sicilia. El Estado Mayor, bajo el general Castellano, monta un plan para apoderarse del Duce en Nettuno durante unas maniobras, pero Ambrosio se opone. Continúa esperando llevar a término su proyecto.
Vienen después el desembarco en Sicilia y la traumática crisis en la cumbre del régimen, con la declaración de los altos jerarcas de que ya se ha hablado. Después de que el secretario del partido hubo dicho al Duce que, antes de marchar a las provincias, los jerarcas querían consultar con él, Mussolini pareció resignarse y aceptó convocar el Gran Consejo del fascismo. Era la tarde del 13 de julio. La fecha no fue fijada por el momento. Mussolini tenía otro compromiso urgente: un encuentro con Hitler en Feltre para examinar la situación a continuación del desembarco en Sicilia.

Ambrosio volvió a confiar en que Mussolini conseguiría hablar claro con el Führer, pero también fueron mal las cosas en Feltre. Hitler y Mussolini estuvieron reunidos tres horas en un salón del castillo del senador Gaggia, desde las 10 a las 13, y de nuevo se lanzó el Führer a su acostumbrado monólogo. Según él, nada se había perdido aún con tal de que los italianos tuvieran buen juicio y se dejaran guiar —mejor si también se dejaran mandar— por los alemanes. Hubo una interrupción para el almuerzo, y Ambrosio tomó aparte al Duce para instarle a que hablara. Lo hizo incluso de manera bastante brusca y con voz alterada, y Mussolini le preguntó: *"¿Piensa acaso que tengo miedo por mi pellejo?"*. Pero Ambrosio le hizo enmudecer inmediatamente, respondiendo: *"Aquí se trata de algo más que de pellejo. Aquí*

Poco después del bombardeo de San Lorenzo, en Roma, la multitud se agolpa en torno al Papa Pío XII. Era la primera vez que Roma era bombardeada, y esto hizo precipitar la crisis del régimen.



está en juego Italia, aquí hablamos de la piel de cuarenta millones de italianos". Mussolini, resentido, se levantó de golpe y cortó la conversación, pero con Hitler se calló. El viaje de regreso fue un funeral. Las noticias de Sicilia eran funestas, y todavía más dramáticas las de Roma. Durante la conversación del Duce con el Führer alguien entró de improviso en la sala de la reunión; había traído la noticia de que los aviones enemigos estaban bombardeando Roma. Ahora las informaciones confirmaban el dramatismo de la situación y hablaban de todo un barrio reventado, millares de gente sin hogar, de muertos y de heridos.

Entre tanto los jerarcas se preparaban a la reunión del Gran Consejo. O más bien, el único que se preparaba concienzudamente era Dino Grandi, el cual había redactado ya unas conclusiones con las que parácticamente se pedía al rey asumir en persona el mando supremo de las fuerzas armadas, a fin de movilizar espiritualmente al país. Grandi presentaba el texto de las conclusiones a los amigos y parecía andar en busca de consejo; en realidad buscaba adhesiones. Casi todos comprendieron que el documento trataba de quitar a Mussolini la responsabilidad de la dirección de la guerra y que esto equivalía a quitarle el sillón de debajo, pero no faltaron los que consideraban justo inducir a la monarquía a asumir la carga de la impopularidad que hasta ahora había pesado sobre el régimen y sobre el Duce.

La mañana del 22 de julio el rey recibió a Mussolini e intentó hacerle comprender que sería mejor para él presentar la dimisión porque su persona estaba ya obstaculizando la *"definición neta de nuestra situación militar"*, pero el Duce no entendió o pareció no entender. *"Fue como si hubiese hablado al viento"*, confió el rey al general Puntoni. Esta fue la gota que hizo rebosar el vaso y convenció a Víctor Manuel III de que debía actuar.

Por lo demás ya estaba casi todo preparado. Grandi había dado los últimos retoques a sus conclusiones e incluso las había enseñado al mismo Mussolini, explicándole su significado. El rey había autorizado al ministro de la casa real, Acquerone, a anunciar a Badoglio la intención de confiarle el cargo de jefe del gobierno. Orlando había escrito ya la proclama con la que se anunciaria a los italianos que *"la guerra continúa"*.

El Gran Consejo del fascismo se reunió a las 17 horas del 24 de julio. Era sábado, una tarde bochornosa y sin un soplo de viento. Los coches de los jerarcas entraban silenciosamente en el Palazzo Venezia sin causar el más mínimo interés a los transeúntes. Nadie —a excepción de los usuales "privilegiados", como los periodistas, los altos burócratas, etc.— estaba al corriente de la reunión ni podía imaginar lo que sucedería. Por otra parte, ni siquiera Mussolini, al parecer, logró imaginárselo, aunque estaba entre los más informados, porque según se ha indicado, Grandi le había explicado lo que diría y las conclusiones que presentaría.

El único verdaderamente enterado de todo parecía ser precisamente él, Grandi, que llegó a la reunión con algunas bombas de mano en el bolsillo. Antes de la reunión los congregados hablaron entre ellos, tratando de mostrarse recíprocamente desenvueltos. En realidad estaban bastante preocupados e incómodos, pero no tanto por lo que iba a suceder como por la última noticia del frente, recién conocida: Palermo había sido ocupada por los americanos.

Dada la hora, la reunión comenzó con la exposición del Duce, que habló sobre la marcha de la guerra con el tono de un contable al que no salen las cuentas sin que sea capaz de hallar el error. Mussolini arroja un poco de culpa y de fango sobre todos: sobre los italianos que son apáticos, sobre los generales que no entienden nada, sobre los soldados que no resisten al enemigo. De vez en cuando lanza una frase socarrona y bromista *("Pantelaria la he inventado yo. Hasta 1935 no la conocía más que la policía")*, pero el humorismo demasiado fácil requiere auditorios serviles, mientras que en la sala del Gran Consejo nadie se anima a descubrirse pronto. El Duce expone una detallada síntesis de la marcha de la guerra para concluir que si las cosas han llegado al punto en que están, la culpa no es ciertamente suya. *"Sólo Stalin y el Mikado —dice— pueden dar la orden de resistir hasta el último hombre".* Después revela que Pantelaria se ha rendido después de que el mando de la isla había anunciado que toda defensa se había hecho imposible. Apenas había habido 38 muertos, mientras que otros 11.000 soldados se habían dejado tomar prisioneros. La autodefensa del Duce es pedante y mezquina. El proceso está abierto para todos. Badoglio se ha revelado como un derrotista, Rommel había cometido un montón de errores, se había preferido no intentar la ocupación de Gibraltar, el Estado Mayor había cometido una sarta de equivocaciones. *"La exposición* —confía Bottai a su diario— *deja en mí y no sólo en mí un sentimiento de imprecisión, de equívoco querido, de falsificación más o menos consciente, de incapacidad de aferrar toda una realidad tan compleja y mudable".* La última parte del informe es más política. El problema es: paz o guerra. *"Declaro netamente que Inglaterra no hace la guerra al fascismo, sino a Italia. Inglaterra quiere un siglo ante sí para asegurarse sus cinco comidas. Quiere ocupar Italia y mantenerla ocupada. Y además estamos ligados por pactos.* Pacta sunt servanda".



El final tiene efecto, pero los presentes conocen los trucos del oficio. El que ha hablado no es ni un conductor de masas ni un estratega ni un gran estadista, sino un periodista capaz de efectos fáciles.

El segundo en tomar la palabra fue un viejo "quadrumviro", el mariscal Emilio De Bono, para poner algunos puntos sobre las íes. El Ejército —dijo— no tiene toda la culpa. Sobre el mismo tema toma también brevemente la palabra De Vecchi di Val Cismon, otro "quadrumviro" que alude a las frustraciones de los "cuadros del ejército".

Arriba, el mariscal De Bono, en una fotografía perteneciente a la época de la conquista de Etiopía.

A la derecha, el conde Dino Grandi en uniforme de gala de embajador, en una recepción en compañía de su esposa.

En la práctica el debate se está alejando de los temas principales, que son enfocados directamente por la tercera intervención, que es la de Bottai. El enemigo, dice, está invadiendo el país, e Italia se muestra técnicamente indefendible. El mismo informe del Duce confirma este estado de cosas y constituye *"un mazazo bien fuerte sobre nuestras últimas ilusiones y esperanzas"*. Por otra parte, está claro que entre la dirección política y la militar del país *"no hay conexión orgánica, no hay acuerdo, no hay armonía"*, y es evidente que *"la parte política del mando no tiene sobre la parte técnica el ascendente necesario para imponer sus decisiones"*.

Bottai, que siempre ha sido considerado un poco el ideólogo del fascismo junto con su conciencia crítica, habla con calma, mirando directamente a los ojos al hombre en quien ha creído ciegamente por tanto tiempo y que ahora considera fracasado. Concluye diciendo que al ataque enemigo contra la península, Italia opone *"un aparato de mando ineficaz"*.

Esta es la primera andanada seria contra el Duce. Mussolini ha pretendido



Septiembre 1943

2 de septiembre

Ataque aéreo aliado sobre Trento.

3 de septiembre

En Cassibile se concluye un armisticio secreto entre Italia y los aliados. Tropas inglesas desembarcan en la costa calabresa.

3-4 de septiembre

Bombardeo aéreo sobre Berlín.

6-7 de septiembre

Incursión aérea sobre Munich.

8 de septiembre

La radio aliada comunica la conclusión del armisticio separado, estipulado entre Italia y los aliados. Hacia las 22 horas tienen comienzo en Roma encuentros entre las tropas italianas y alemanas.

9 de septiembre

El rey, el gobierno y el Estado Mayor huyen de Roma. En Dalmacia capitula el II Ejército italiano. Tropas americanas desembarcan cerca de Salerno. Tropas inglesas desembarcan en Tarento. La flota de guerra italiana abandona sus bases en el alto Tirreno para constituirse prisionera en Malta. Irán declara la guerra a Alemania.

10 de septiembre

La guarnición italiana de Zara se rinde a los alemanes. Las tropas alemanas en Albania ocupan Durazzo y Valona.

11 de septiembre

Radiomensajes desde Brindis de Víctor Manuel III y del mariscal Badoglio con los que justifican lo realizado y exhortan a los italianos a continuar la lucha contra los alemanes invasores. Publicado el texto del

el mando supremo de las fuerzas armadas para dirigir la guerra con criterios personales. Los jerarcas le consideran ahora personalmente responsable de la situación. Toma la palabra Dino Grandi. Ex embajador en Londres, goza de un particular prestigio personal porque también está investido con el "collar de la Annunziata", que le hace "primo" del rey y le da derecho a pedir audiencia al soberano. Todos le miran con cierto respeto porque se piensa que tiene en la capital inglesa amigos influyentes, que podrían resultar preciosos en caso de necesidad... Grandi comienza dando lectura a sus conclusiones, que todos conocen, empezando por el Duce. En la práctica el documento invita al Duce a suplicar al rey que *"asuma con el efectivo mando de las fuerzas armadas... según el artículo 5 del Estatuto, aquella suprema iniciativa de decisión que nuestras instituciones le atribuyen..."*. Inmediatamente después Grandi explica el documento. Tú mismo, dice a Mussolini, has admitido la inevitabilidad de la derrota. Tanto da que intentemos el todo por el todo. Además, dice, está claro que la responsabilidad de cuanto ha sucedido es tuya. Tú eres el que has impuesto la fórmula restringida e imbécil de la "guerra fascista", que ha impedido la movilización total de los espíritus. Por lo demás, una dictadura personal que ha durado tanto tiempo no podía dejar de tener consecuencias perjudiciales. Ahora ha llegado el momento de echarse a un lado por el bien del país.

En este punto el debate ya no tiene historia, aunque Ciano añade algunas consideraciones suyas a las de Grandi, manifestándose entre los oponentes de su suegro y partidario del abandono de la alianza con los alemanes. En este punto Farinacci presenta sus conclusiones, en las que remacha la necesidad de ser fieles a los pactos con el aliado, pero el Duce parece cansado y propone retrasar el debate hasta el día siguiente. Grandi salta en pie y protesta. La sesión, dice, debe continuar hasta que el debate se concluya. Mussolini asiente. Su jugada había sido incluso pueril.

Hacia medianoche se decide suspender por algunos minutos la sesión, a fin de permitir al Duce enterarse de los informes del frente, que mientras tanto se han ido acumulando sobre su escritorio. Grandi aprovecha la pausa para presentar las conclusiones a sus colegas, invitando a quien aún no lo haya hecho a poner la firma al pie. La mayoría se ha inclinado ya por el documento, pero muchos piensan que servirá como medio de presión sobre el Duce y que no se llegará a ponerlo a votación. ¿Por qué iba a someter a votación Mussolini unas conclusiones en las que resultaría derrotado?

En la reanudación del debate Mussolini parece más pálido y cansado. Se diría que, con la ayuda de sus consejeros más fieles, ha evaluado la gravedad de su situación. Cuando a la clausura del debate toma nuevamente la palabra, lo hace de manera desdichada y desagradable, sin un mínimo de *fair play*. El hombre está acostumbrado a tener "siempre razón" y no soporta las críticas. Un dictador no puede admitir que se le someta a discusión. ¿Qué creen los jerarcas? ¿Que el rey le echará a la calle? Durante veinte años le ha servido lealmente y ha recibido recientemente pruebas indudables de su amistad. *"Y además* —concluye misteriosamente— *tengo en la mano una llave para resolver la situación bélica. Pero no os diré cuál"*. La afirmación resulta increíble a todos. El artificio ha sido descubierto y nadie acepta la humillación. Scorza va diciendo los nombres, pues, increíblemente, las conclusiones de Grandi se someten a votación. Los que las aprueban son muchos, la mayoría: Acerbo, Albini, Alfieri, Balella, Bastianini, Bignardi, Bottai, Cianetti, Ciano, De Bono, De Marsico, De Stefani, De Vecchi, Federzoni, Gottardi, Grandi, Marinelli, Pareschi, Rossoni. Responden que no Biggini, Buffarini, Guidi, Frattari, Galbiati, Polverelli, Scorza, Tringali. Farinacci vota por sus propias conclusiones. Suardo se abstiene.

Son las 2,30 cuando se levanta la sesión. Recogiendo sus papeles, Mussolini gruñe que esta votación ha herido al régimen en el corazón, y luego hace seña al secretario del partido para que no lance el acostumbrado "saludo al Duce".

Ciano se marchó a casa pero prefirió no acostarse. *"Me hará detener dentro de poco. Pero el rey me librará"*, dijo. Poco después, por el horizonte, el cielo comenzó a clarearse con las primeras luces del alba. El alba del 25 de julio Ciano se quedó viendo amanecer mientras rumiaba los acontecimientos de la noche. Había estado entre los 19 jerarcas que habían aprobado las conclusiones de Grandi y había querido votar aunque Grandi insistió en que se abstuviese, dado los lazos de parentesco que le ligaban al Duce. Si se hubiera abstenido, como Suardo, presidente del Senado, quizá no habría pasado por "traidor", pero en resumidas cuentas Ciano se sentía satisfecho de la decisión tomada. Era la primera vez que se manifestaba públicamente en un cierto desacuerdo respecto al dictador, y esto quería ya decir algo. En cuanto al futuro, habría que esperar. Todo hacía pensar que la estrella de Mussolini iba hacia el ocaso.

El Duce se entretuvo un poco en su escritorio, en la gran sala del Mapa Mundi. Un rato le hicieron compañía Scorza, Buffarini, Tringali-Casanova (presidente del tribunal especial), Biggini y Galbiati (comandante de la milicia). Cada uno buscó a su manera consolar al Duce por la derrota. Galbiati preguntó si debía mandar a sus hombres arrestar a Grandi y a los sediciosos, pero Scorza dijo que el voto era consultivo solamente, y por tanto no tenía ningún peso constitucional. Pasó un poco de tiempo. Mussolini escuchaba con aire ausente y parecía seguir otros pensamientos, con la misma apatía que había manifestado en el curso de la reunión. En cierto momento tomó el teléfono y llamó al prefecto de Bolonia para tener noticias del bombardeo, y luego despidió a todos con un gesto. Scorza fue invitado a esperar en la antesala. Cuando quedó solo Mussolini marcó el número de Claretta Petacci. Su amante estaba esperando la llamada, y estaba inquieta porque la reunión se había ido alargando. El Duce le dijo que se había llegado ya *"al epílogo, al más grande cambio de la historia"*. Ella se alarmó. *"Pero, ¿qué tienes, Benito? No te entiendo"*. *"La estrella se ha oscurecido"*, explicó él con tono enigmático. *"No me atormentes y explícame"*, pidió Claretta. El insistió: *"Se ha acabado. Todo"*. Pero no creía lo que decía. Estaba seguro de que el rey se pondría de su parte, y que le sería imposible sustituirlo.

Pero el rey se había ido a la cama a su hora normal. A los setenta y dos años Víctor Manuel no cambiaba fácilmente de hábitos. Además, había quien velaba por él; el duque Acquarone, ministro de la Real Casa. Conforme a lo acordado, éste tuvo una conversa-

---

A la derecha y en las dos páginas siguientes se reproducen las conclusiones presentadas al Gran Consejo del fascismo por Dino Grandi en la sesión de la noche entre el 24 y el 25 de julio de 1943. El histórico documento está conservado actualmente en el Archivo Central del Estado, en Roma.

IL GRAN CONSIGLIO DEL FASCISMO

riunendosi in questi giorni di supremo cimento, volge innanzi tutto il suo pensiero agli eroici combattenti d'ogni arma che, fianco a fianco con la fiera gente di Sicilia in cui più alta risplende l'univoca fede del popolo italiano, rinnovano le nobili tradizioni di strenuo valore e d'indomito spirito di sacrificio delle nostre gloriose Forze Armate.

Esaminata la situazione interna e internazionale e la condotta politica e militare della guerra :

proclama

il dovere sacro per tutti gli italiani di difendere ad ogni costo l'unità, l'indipendenza, la libertà della Patria, i frutti dei sacrifici e degli sforzi di quattro generazioni dal Risorgimento ad oggi, la vita e l'avvenire del popolo italiano;

afferma

la necessità dell'unione morale e materiale di

./.

tutti gli italiani in quest'ora grave e decisiva per i destini della Nazione;

dichiara

che a tale scopo è necessario l'immediato ripristino di tutte le funzioni statali, attribuendo alla Corona, al Gran Consiglio, al Governo, al Parlamento, alle Corporazioni i compiti e le responsabilità stabilite dalle nostre leggi statutarie e costituzionali;

invita

il Governo a pregare la Maestà del Re, verso il quale si rivolge fedele e fiducioso il cuore di tutta la Nazione, affinchè Egli voglia per l'onore e per la salvezza della Patria assumere con l'effettivo comando delle forze armate di terra, di mare e dell'aria, secondo l'articolo 5 dello Statuto del Regno, quella suprema iniziativa di decisione che le nostre istituzioni a Lui attribuiscono e che sono sempre state in tutta la nostra storia nazionale il retaggio glorioso della nostra Augusta Dinastia di Savoia.

Roma 24 luglio 943

Dino Grandi

Presidente della Camera

Quadrumviro Maresc.llo d'Italia
Emilio De Bono

Quadrumviro Cesare M. De Vecchi di Val Cismon

Alberto De Stefani   Gottardi

Giacomo Suardo Presidente del Senato   [illegible]

Giovanni Marinelli

Giacomo Acerbo - M.° Finanze

Annio Bignardi . Pres. Conf. Lav. Agricoltura

Luigi Federzoni, presidente dell'Accademia d'Italia

Galeazzo Ciano   Alfieri   [illegible]

Alfredo De Marsico Ministro di Grazia e Giustizia

Tullio Cianetti

Carlo Pareschi - Ministro Agricoltura e Foreste

[illegible]   Rossoni

Giovanni Balella

"EXCELENCIA, QUEDA USTED DETENIDO"

Cuando fue puesto al corriente de la "conjura" para arrestar al Duce, el general Cerica estaba a la cabeza de los Carabinieri Reali desde hacía apenas tres días. Su predecesor, el general Hazon, había sido muerto en un bombardeo. Para los conjurados la muerte de Hazon constituyó un pequeño drama, porque el general había sido ya puesto al corriente de todos los secretos y no se sabía cómo reaccionaría el nuevo comandante, aunque elegido expresamente. Cerica fue informado de todas las cosas misteriosas en el último momento, precisamente a las 13 horas del 25 de julio. Ambrosio prefirió actuar expeditamente con él y le ordenó preparar la detención del jefe del gobierno para las 17 horas en Villa Savoia.
El general parpadeó dos o tres veces asombrado. Era un señor distinguido y tranquilo al que el uniforme no lograba conferir un porte marcial. Había crecido en el mito del lema "Fiel por siglos" y de obedecer sin discutir, pero aquella era la orden más increíble de toda su vida. Sin embargo, se limitó a preguntar: "¿Estamos en el campo constitucional?". *Ambrosio respondió con voz firme:* "Sí, la orden viene del rey". *Cerica se alejó a toda prisa porque no podía perder ni un minuto si quería "acuartelar" a los Carabinieri, como era necesario, antes de que salieran todos de paseo en la tarde dominical. El coche llegó a toda velocidad a la unidad cuando las cancelas y portones iban a ser abiertos. Una llamada telefónica retuvo en el cuartel a unos 8.000 Carabinieri, que se preguntaban sin hallar respuesta qué estaría sucediendo en aquella cálida tarde romana de mediados del verano. Los únicos que conocían la causa de todo ese trastorno eran el capitán Paolo Vigneri y el capitán Raffaelle Aversa, del grupo interno de Roma. Cerica los llamó personalmente y les dijo:*
"Les señalo una misión para la que apelo a su juramento de fidelidad al rey, prestado por ustedes solemnemente cuando recibieron el nombramiento de oficiales. Dentro de algunas horas, por orden de Su Majestad el rey, deberán proceder a la detención en Villa Savoia de Mussolini, que derrotado en la votación de anoche en el Gran Consejo, será sustituido a la cabeza del gobierno por el mariscal Badoglio".
Algunos años después, en el curso de una entrevista, uno de los dos oficiales recordó haber dado un taconazo y haberse precipitado a dar las órdenes oportunas. Una unidad de Carabinieri fue situada en el parque de la residencia real. Los Carabinieri fueron colocados al lado septentrional de la villa, prontos a acudir a la primera llamada. Los dos capitanes, tres vicebrigadieres y tres agentes armados de metralletas se apostaron frente a la entrada. Fue adelantada la ambulancia y se situó de modo que Mussolini pudiese ser introducido fácilmente. El vehículo fue detenido a algunos metros de la esquina del edificio. Un camarero de la residencia real fue colocado en la esquina con orden de alejarse apenas Mussolini apareciese en la escalinata de la entrada. Esa sería la señal para realizar la detención.
Al otro lado de la villa estaba el coche que había conducido al Duce a la audiencia real; dentro había quedado el conductor, Boratto. Otro sirviente de Villa Savoia fue enviado a llamar al conductor y convencerle de que pasara a la cocina a beber algo. Boratto fue sorprendido por tan inusitada cortesía, dio las gracias y dejó el coche solo. Pocos minutos después se encontró encerrado en un cuarto con la compañía de un vaso de vino. Tres Carabinieri fueron colocados detrás del coche, preparados incluso a disparar si hubiera hecho falta. El auto no fue apartado hasta el final de la operación, y se usó luego para llevarse a Badoglio al dejar al rey.
Correspondió a Vigneri detener al Duce: "Excelencia, en nombre de Su Majestad el rey le rogamos nos siga para sustraerlo a eventuales violencias de la multitud".
Según la versión de Vigneri, Mussolini dijo: "Pero si no hace falta". *Vigneri había replicado a su vez:* "Duce, tengo que cumplir mis órdenes".
Mussolini se dio cuenta de la puntualización e inclinó la cabeza, dirigiéndose a su auto. Vigneri se le puso rápidamente delante, no sin cierta confusión: "No, Duce. Debe venir en mi coche". *Y escoltó al "prisionero" hasta la ambulancia, que tenía las puertas posteriores abiertas. En su relato, Vigneri escribió que el aspecto de Mussolini era* "el de un hombre moralmente acabado", *de coloración enferma. Le pareció incluso* "más bajo de estatura".
Los Carabinieri ni siquiera mencionaron que a la vez que el Duce había sido detenido su secretario, De Cesare.
La ambulancia atravesó rápidamente la ciudad inmersa

en el calor estival. Mussolini y De Cesare iban sentados uno al lado del otro, entre dos Carabinieri. Ante ellos iban otros cuatro agentes armados hasta los dientes. De Cesare se volvió a Mussolini y le susurró: "Duce, ¡pero esto es una verdadera detención!". *Mussolini continuaba engañándose:* "No lo es. El rey es amigo mío y me ha dado seguridades concretas. Tranquilícese, De Cesare". *El largo recorrido acabó en la vía della Lungara, ante la Tenencia de Carabinieri. Allí hubo un nervioso diálogo entre el oficial que acompañaba a la ambulancia y el oficial de guardia. Se hicieron algunas llamadas telefónicas, pero no se aclaró nada, porque contestaron que no había órdenes. De Cesare fue llevado a Regina Coeli y encerrado en una celda. Al parecer, pronto se olvidaron de él, que no fue liberado hasta septiembre, después que Mussolini pudo ser rescatado. En el momento en que fue separado de Mussolini y le pusieron las esposas, el secretario tenía en la mano la cartera con documentos que el Duce le había confiado. Nadie llegó a pensar que la cartera podía contener algo interesante, y durante meses estuvo en un estante de Regina Coeli. De Cesare recuperó su posesión después del 8 de septiembre, cuando le pusieron en libertad. La ambulancia volvió a arrancar y llegó a vía Legnano. Allí, finalmente, hicieron bajar a Mussolini y rápidamente fue encerrado en una habitación. Poco después, una vez aclaradas las órdenes, se consideró oportuno llevar al prisionero a un lugar más seguro, el cuartel de Piazza del Popolo.*

ción con Grandi en seguida de la reunión del Gran Consejo. Acquarone esperó hasta las tres de la mañana en su coche en la plaza Montecitorio, a la espera de que su comunicante volviera a casa (como presidente de la Cámara, Grandi habitaba el apartamento del palacio Montecitorio), pero no se fiaron de quedarse allí. Grandi subió al coche de Acquarone que llegó a vía Giulia, donde estaba el domicilio del abogado Zamboni, su común amigo. Allí pudieron hablar con toda tranquilidad y Acquarone recibió de Grandi el texto de las conclusiones con las firmas. Aquel era el pretexto "constitucional" esperado por el rey para despedir a Mussolini, y Grandi estaba satisfecho de habérselo proporcionado. Los dos hombres hablaron largamente de lo que sucedería ahora. El rey despediría a Mussolini y nombraría un nuevo jefe de gobierno. Según Grandi, debería poner al mariscal Caviglia, que era el menos comprometido de todos, a la cabeza de un gobierno de coalición compuesto de fascistas, antifascistas y técnicos: Alberto Pirelli en Exteriores, Delcroix, Paratore, De Gasperi, Soleri, etc... Acquarone callaba y escuchaba. Para sí mismo Grandi proponía un salvoconducto a Madrid, donde podría hacer valer su antigua amistad con el embajador inglés Samuel Hoare en el caso de que se quisiesen comenzar conversaciones de paz. No sabía Grandi que el rey ya había decidido todo por su cuenta.

Aquella noche Acquarone no volvió a su casa. Habiendo dejado a Grandi ante Montecitorio cuando ya iba clareando, el ministro de la Real Casa llegó al cuartel general del mando supremo, donde el general Ambrosio le estaba esperando. A aquella hora también el rey fue puesto rápidamente al corriente por Acquarone. Víctor Manuel III tomó nota de lo sucedido y volvió a asegurar que cumpliría su parte al día siguiente, con motivo de la acostumbrada audiencia al jefe del gobierno. Ambrosio prometió actuar de modo que todo estuviese preparado. A las 7, a la hora en que Acquarone y Ambrosio se sientan ante las tazas de café, Mussolini se levanta del lecho. Parece que para él nada ha cambiado. Después de arreglarse rápidamente y tomar un breve bocado, el Duce sube al coche y se hace llevar al Palazzo Venezia por la vía Nomentana y la vía XX Settembre. Roma se estaba apenas despertando, saboreando perezosamente el fresco de la mañana antes del sofoco de la tarde. Mussolini miraba por las ventanillas a los escasos tran-

Septiembre 1943

"Armisticio corto". Brindis y Salerno liberadas por las tropas angloamericanas. La guarnición italiana de Rodas se rinde a los alemanes.

12 de septiembre

Paracaidistas alemanes liberan a Mussolini, prisionero en Campo Imperatore, en el Gran Sasso.

13 de septiembre

Mussolini abraza a su mujer y a sus hijos en Munich. Suicidio del mariscal Cavallero. Mussolini se reúne con Hitler en Rastenburg.

14 de septiembre

Tropas gaullistas desembarcan en Córcega.

15 de septiembre

Bari es liberada. Los últimos destacamentos alemanes abandonan Cerdeña, acosados por los italianos. Mussolini recupera la dirección del fascismo en la Italia ocupada. El partido se llamará desde ahora "Partido Fascista Republicano". Se reorganiza la Milizia Volontaria Sicurezza Nazionale.

16 de septiembre

Tropas inglesas ocupan la isla de Samos en el Egeo.

17 de septiembre

Los soviéticos conquistan Briansk. Mussolini deja Rastenburg y vuelve a Munich.

18 de septiembre

Conversaciones de Mussolini con Ciano, Farinacci y Anfuso. Mensaje a los italianos desde Radio Munich.

19 de septiembre

Acción alemana contra los partisanos reunidos en el valle de Boves (Cuneo). Los italianos resisten bien. Como represalia, los alemanes incendian muchas casas del pueblo y fusilan a 32 paisanos.

EL ANUNCIO POR LA RADIO BAJO LA MIRADA DE LOS CENTINELAS

Para la generación italiana de los cincuenta años, el recuerdo de la voz de la radio anunciando la dimisión del caballero Benito Mussolini y leyendo la proclama del rey y la de Badoglio ("La guerra continúa"), es probablemente inolvidable.
La voz que leyó el histórico documento fue la de Giovanni Battista Arista, locutor (en aquella época nadie se habría atrevido a llamarle speaker) *al que, desde el comienzo de la guerra, se había confiado la misión de leer el comunicado del Cuartel General.*
Hoy Arista está jubilado y vive en Roma.
"El boletín del mando supremo *—dice—* permanecía secreto para todos hasta el momento de la lectura ante el micrófono. Ni siquiera yo logré leerlo nunca antes de entrar en la sala de emisión. Me lo entregaba pocos momentos antes el director del Diario Radiofónico, el cual lo recibía a su vez en sobre cerrado. Creo que estas cautelas eran para permitir al alto mando la posibilidad de correcciones hasta el último momento".
En 1943 Giovanni Battista era uno de los más conocidos locutores de radio, y estaba justamente orgulloso por el privilegio de leer diariamente el boletín de guerra con el que se abría desde hacía ya cuatro años el noticiario radiofónico. Posteriormente alguno lo mezclaría con las "voces lictorias", pero él cree que al menos en parte sería por efecto de la lectura sin preparación previa, buscando medir exactamente cada palabra para tener tiempo de leer sin errores. El boletín tenía una importancia fundamental para los italianos —para los de retaguardia y para los del frente— y todos lo escuchaban. "El sobre *—añade Arista—* llegaba todos los días directamente del Palazzo Venezia y lo llevaba siempre un militar en moto. A veces el boletín presentaba correcciones a mano, hechas evidentemente en el último minuto, sin que hubiese habido tiempo de mecanografiar de nuevo el documento. Casi siempre la letra de las correcciones era la del Duce".
La voz de Arista fue, pues, un poco la trompeta que subrayó esos momentos fundamentales de la historia italiana en aquellos años. En 1943 anunció el fin de la dictadura, el retorno de la libertad, la firma del armisticio. El 11 de julio, cuando leyó la noticia del desembarco en Sicilia, Arista comenzó a llorar ante el micrófono. La noticia le había cogido de sorpresa. Tenía a sus padres y a todos sus parientes en la isla.
"Fue la primera vez que, emigrado a Roma desde Sicilia, me sentí verdadera y desesperadamente siciliano".
Lo sustituyeron en seguida. El 25 de julio era domingo y Arista había esperado trabajar sólo para el Diario Radiofónico de la una, como todos los días de fiesta, cuando el boletín del mando supremo era leído por primera vez en el curso de la jornada. Pero a primera hora de la tarde, un funcionario del EIAR —en aquella época era ésta la sigla del "Ente Italiano Audizioni Radiofoniche" que en la posguerra se cambió a RAI— le llamó al estudio a tiempo para el diario hablado de las 20 horas.
Arista llegó temprano a la vía del Babuino. No había necesidad de él pero le pidieron igual que esperara. Comprendió que algo gordo iba a pasar porque el palacio de la radio (como el "centro de producción" de vía Asiago) estaba ocupado por Carabinieri.
Pero ninguna sospecha rozó a los redactores del diario hasta las 22, cuando la primera noticia oficiosa se filtró desde alguna parte y llegó por teléfono al director. En aquel momento, una llamada análoga había llegado al director de la Agencia "Stefani", Morgagni, un viejo fascista romañol, y éste no había superado la impresión y había decidido al momento suicidarse (fue el único "harakiri" que siguió a la caída del régimen).
A pocas decenas de metros, en el cuartel de Piazza del Popolo, el secretario del partido, Scorza, buscaba comprar su libertad prometiendo a los Carabinieri su colaboración para tener tranquilos a los fascistas de toda Italia. A las 22,15 un motorista procedente del mando supremo de Palazzo Vidoni llegó a vía del Babuino y entregó un sobre sellado al director. Este hizo llamar a Arista y lo acompañó al sótano, a la sala de emisión. En los rellanos de la escalera había soldados con la bayoneta calada. Dos centinelas fueron puestos a la puerta de la sala mientras el director rompía los sellos y, tras dar un breve vistazo al contenido, pasaba las hojas a Arista. Como de costumbre, éste comenzó a leer sin haber tenido tiempo de saber lo que leería. Y supo que el caballero Benito Mussolini no era ya el Duce en el mismo momento en que lo hacía saber a millones de italianos atónitos.

seúntes. Tenía una cita con el embajador japonés Hidaka y no quería faltar porque contaba con el Japón para presionar sobre Alemania a fin de que Hitler llegara a una rápida paz separada con la URSS. En tal caso los alemanes se dedicarían más a Italia y esto resolvería todas las crisis... Razonamientos como éste eran los que inducían a Mussolini a infravalorar lo sucedido. ¿Quién, entre sus opositores, estaría en situación de reemplazarlo? Ninguno. El rey no tenía elección. Y además, ¿acaso no era su amigo?

Poco después de las 12, Mussolini ordenó a su secretario que pidiera audiencia al rey para aquella tarde. Fue una decisión ponderada por la mañana, para no tener que esperar al día siguiente. Desde Villa Savoia, la residencia privada del rey, se hizo saber que Mussolini era esperado a las 17 horas. El Duce dio algunas instrucciones al secretario De Cesare y luego se hizo llevar a Villa Torlonia. En Villa Savoia el general Puntoni se puso a su vez a buscar a Acquarone y luego a Ambrosio para dar la alarma. Todo se adelantaba un día.

Aun cuando tomado de improviso, el mando supremo corrió a la brecha. El general Cerica —jefe de los Carabinieri— fue llamado al Palazzo Vidoni, y hacia las 3 supo que de allí a dos o tres horas habría que arrestar al Duce.

LAS PROCLAMAS DEL REY Y DE BADOGLIO

Italianos, asumo desde
hoy el mando de todas
las Fuerzas Armadas.
En la hora solemne que se cierne
sobre los destinos de la Patria,
que cada uno ocupe su puesto
de deber, de fe, de combate.
Ninguna desviación debe ser
tolerada, ninguna recriminación
puede ser consentida.
Que todo italiano se incline
delante de las graves heridas
que han lacerado el sacrosanto
suelo de la Patria.
Italia, por el valor de sus
Fuerzas Armadas, por la
decidida voluntad de todos los
ciudadanos, recuperará el camino
de la salvación en el respeto
a las Instituciones que siempre
han confortado su ascenso.
Italianos, hoy más que nunca
estoy indisolublemente unido a
vosotros por la inquebrantable fe
en la inmortalidad de la Patria.
VICTOR MANUEL

Italianos, por orden de
Su Majestad el Rey y
Emperador, asumo el gobierno
militar del país con plenos
poderes. La guerra continúa.
Italia, duramente herida en sus
provincias invadidas, en sus
ciudades destruidas, mantiene
fidelidad a su palabra dada,
guardiana celosa de sus
tradiciones milenarias.
Las filas se cierran en torno
a Su Majestad el Rey y
Emperador, imagen viviente de
la Patria, ejemplo para todos.
La consigna recibida
es clara y precisa.
Será escrupulosamente
seguida, y quien se imagine
poder obstaculizar su normal
desarrollo, o intente perturbar
el orden público, será
inexorablemente castigado.
Viva Italia. Viva el Rey.
PIETRO BADOGLIO,
Mariscal de Italia.

Puntoni recibió también una orden personal del rey: *"No sabiendo cómo reaccionará el Duce, le ruego que permanezca junto a la puerta del salón donde nos retiraremos a hablar. En caso de necesidad, intervenga".*

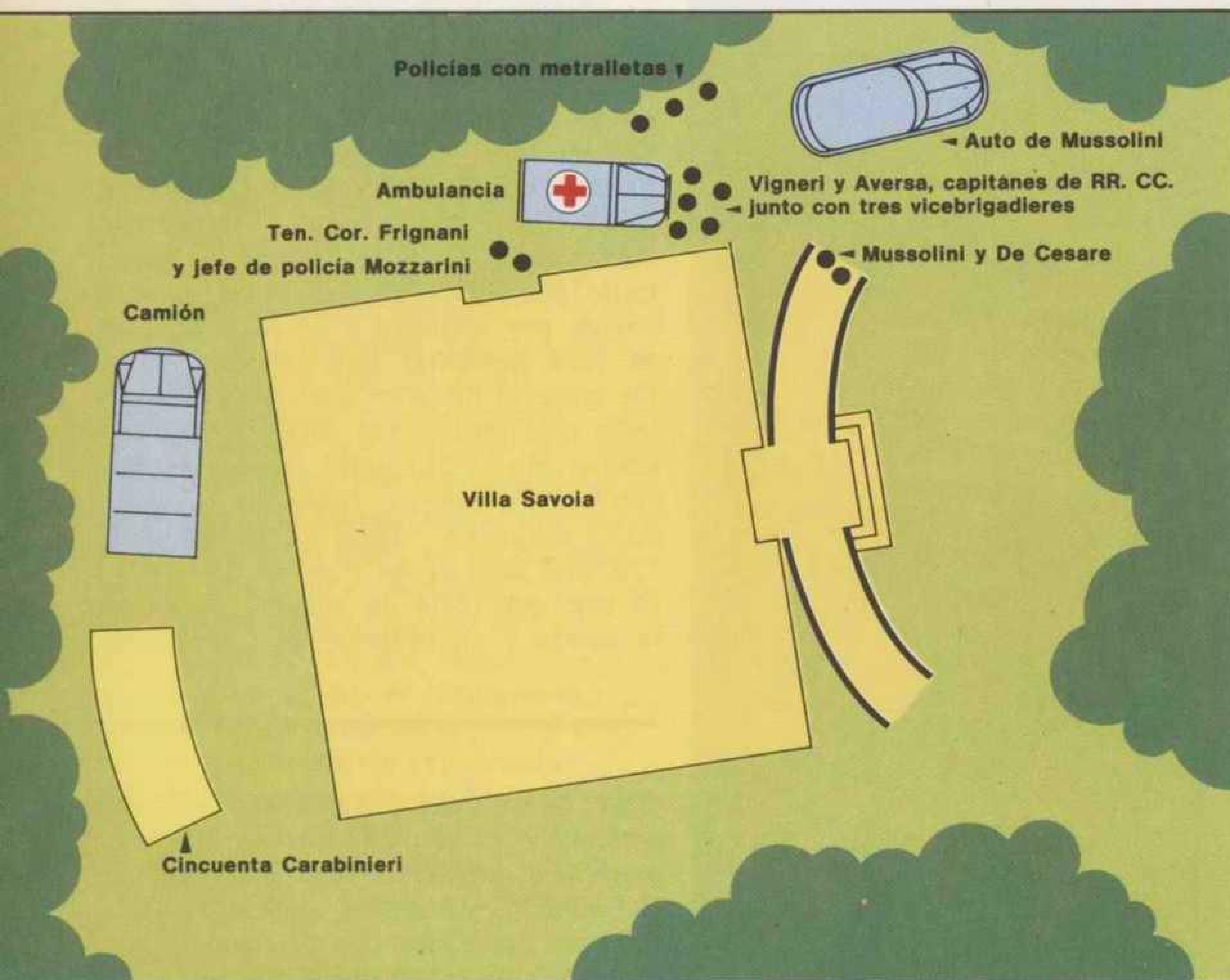
En realidad, no hubo necesidad de ninguna intervención. Víctor Manuel III comunicó al Duce la decisión de sustituirlo por Badoglio, y el Duce pareció cogido por sorpresa y no tuvo ni fuerza para presentar una objeción seria. De golpe el dictador que había proyectado una civilización milenaria se encontró como cualquier presidente del consejo. *"Entonces, ¿todo ha terminado?"*, preguntó. *"Todo ha terminado". "¿Y qué será de mí y de mi familia?".* El rey, que tenía un general detrás de la puerta y un centenar de Carabinieri



Villa Savoia, actualmente sede de una embajada, era en 1943 la residencia privada de la familia real. En su jardín fue detenido Mussolini, que había sido llamado por el rey con pretexto de una audiencia privada.

en el jardín, tranquilizó a Mussolini respecto a su inmunidad. Luego se levantó y le acompañó a la salida. *"¿Dónde está el coche del Duce?"*, preguntó.
De fuera de la puerta llegaba una gran claridad. Era el sol de las 7,20. De la neta franja de sombra se adelantó un oficial de Carabinieri, que se puso firmes delante de Mussolini. *"Duce, tengo orden de Su Majestad de acompañarle para protegerle".* Mussolini se volvió y vio que el rey había desaparecido. Dio algunos pasos al exterior, a pleno sol, y se encontró delante de una ambulancia abierta.
Todo fue despachado con gran rapidez, y a los pocos minutos Carabinieri y guardias de seguridad pública salieron del parque de Villa Savoia. Mientras la cancela se cerraba a sus espaldas, alguien comunicó lo sucedido a la reina Elena. La anciana señora se mostró asombrada de que el rey hubiera tenido parte alguna en aquella historia. Tenía un concepto diferente de la hospitalidad. *"Podían haberlo detenido en otra parte"*, dijo.
En Villa Torlonia la mujer de Mussolini, Rachele, esperó en vano el regreso de su marido. También Scorza, en la sede central del partido, esperó largo tiempo alguna noticia, pero parecía que el Duce no salía de Villa Savoia. Sólo a última hora de la tarde se enteraría por la radio de que *"el caballero Benito Mussolini"* había presentado la dimisión y que los veinte años de fascismo habían terminado. Lo supo a la vez que millones de italianos, que se echaron a la calle para manifestar su alegría, aunque Badoglio anunció que la guerra continuaría. Parecía que todos tenían una confianza ilimitada en el rey. Fue una de las ilusiones de aquel verano italiano.

En el gráfico, reconstrucción de la detención de Mussolini en Villa Savoia. La mayoría de los miembros del Gran Consejo y el mismo rey habían pensado poder cerrar con este simple gesto todas las responsabilidades acumuladas durante veinte años, volcándolas sobre Mussolini. Los primeros contactos con los aliados harán caer, sin embargo, estas ingenuas esperanzas rápidamente.



En Ventotene, la isla donde eran más numerosos los antifascistas condenados al destierro, la noticia de la detención de Mussolini no llegó hasta la mañana siguiente. Uno de los más autorizados exponentes del antifascismo, el socialista Sandro Pertini, que por muchos años fue presidente de la Cámara de Diputados, recuerda así aquel día:
"La mañana del 26 de julio de 1943 estaba paseando con el amigo Fundo junto a los barracones de los confinados cuando notamos que los milicianos de camisa negra, en vez de vigilarme como solían hacer, hablaban excitadamente entre ellos. Parecían consternados. 'Pero, ¿qué habrá pasado?', *nos decíamos. Imprevistamente, de los barracones salieron apresurados y en grupos los confinados. Todos se dirigieron a una plazoleta donde se solía escuchar la radio. Los seguimos. La plazoleta estaba abarrotada de confinados. Eran las 8. Oímos tocar la señal horaria. Un breve silencio, y luego el 'speaker' dio lectura al famoso comunicado:* 'Su Majestad el Rey y Emperador ha aceptado las dimisiones de los cargos de jefe del gobierno, primer ministro y secretario de Estado presentadas por S. E. el caballero Benito Mussolini...'. *Un confinado gritó:* "¡Viva Italia libre'. *Aplaudimos y volvimos a los barracones. Es extraño lo que pasó en nosotros. Eran veinte años —en exilio, en la cárcel, en el confinamiento— esperando la caída del fascismo, y ahora la recibíamos sin ninguna manifestación de entusiasmo. Pero cada uno pensaba en la gran responsabilidad que pesaría sobre la nueva clase dirigente, sobre nosotros. Pensaba en la dolorosa herencia dejada por el fascismo*

AQUEL DIA EN EL RECUERDO DE SANDRO PERTINI

e intuía que luchas más duras y difíciles nos esperaban después de la forzada inactividad a la que durante largos años habíamos estaba obligados. Me acerqué a Fancello, Scoccimarro, Spinelli, Secchia, Lazar Fundo y otros. Había que constituir en seguida un comité que tomase en sus manos la colonia de confinados, cerca de ochocientos cincuenta. Constituido el comité, fuimos al director de la colonia, comisario Guida, y pedimos hablarle. Nos recibió pálido de rostro. Noté que el retrato de Mussolini había desaparecido de la pared. Estaba todavía el del rey. El pensó al momento que habíamos ido a detenerle. Pero nos limitamos a presentar algunas peticiones:

1. La dirección de la colonia debía quedar prácticamente en manos del comité.

2. Debía cesar inmediatamente la vigilancia a la que por parte de la milicia estábamos sometidos algunos de nosotros (Terracini, Bauer, Fancello, Pertini, Scoccimarro).

3. La milicia no debía dejarse ver más con camisa negra, dado que había sido incorporada al ejército.

4. El debía intervenir en el ministerio del Interior para que cuanto antes se procurase la liberación de todos los confinados. En este sentido el comité envió el 31 de julio un telegrama al jefe del gobierno: 'Confinados internados en Ventotene piden ser informados su liberación y demandan inmediata disposición medios transporte. Francesco Fancello, Mauro Scoccimarro, Pietro Secchia, Alessandro Pertini, Giovanni Domaschi, Altiero Spinelli, Lazar Fundo, Ante Babich, Antonio Francovich, Ventotene'".

De dirección colonia confinamiento político, Ventotene, al ministerio del Interior, Roma. Telegrama, 2 de agosto 1943.

Se ruega telegrafiar si deben ser liberados siguientes confinados políticos de relieve: Francello Francesco hijo de Pietro, Pertini Bernardino hijo de Felice, Jacometti Alberto hijo de Giuseppe, Traquandi Nello hijo de Francesco, Tettamanti Battista hijo de Giovanni.

Director colonia, Guida.

Del comité colonia confinamiento político, Ventotene, al jefe del gobierno italiano. Telegrama, 7 de agosto de 1943.

Confinados e internados isla Ventotene en el momento en que ingloriosamente se precipita entre la execración y bajo las ruinas de una guerra desastrosa el régimen fascista que ha segregado de la vida nacional millares de ciudadanos italianos firmes ante la sugestión del despotismo y ha apartado los extranjeros reos de haber defendido a su patria del ataque de la agresión mientras reivindican todos los motivos de libertad institucional social y nacional que tan firmemente han defendido en la prisión, el confinamiento y el exilio y apoyan inserción de Italia en el cuadro de una Europa libre, reclaman inmediata liberación condenados y relegados políticos como automática consecuencia de la supresión del régimen fascista.

Francesco Fancello, Alessandro Pertini, Altiero Spinelli, Pietro Secchia, Mauro Scoccimarro, Lazar Fundo, Ante Babich, Antonio Francovich.

Ha llegado el momento de la liberación del confinamiento.

"Partió el primer escalón de confinados. Había sido enviada una gran motora de pesca. Les vimos subir, izarse en los palos, aferrarse a las jarcias, agitando las manos y flameando pañuelos hacia nosotros. De golpe un confinado, ya combatiente en España, que no se sabe cómo había podido llevarse a Ventotene, de un campo de concentración a otro, un bombardino, se puso a tocar con todo el aliento que tenía en los pulmones: Ve fuera de Italia, ve fuera que es la hora... *Del muelle se levantó alto un solemne coro. Las palabras del antiguo canto patriótico eran pronunciadas por todos nosotros con pasión y mirando a los alemanes de antiaéreos que, con rostro lívido, estaban emplazados un poco más lejos.*

Notamos que las muchachas habían desaparecido del pueblo. Habían sido mandadas por los padres con parientes o amigos que habitaban fuera de la zona reservada a los confinados. Fui a ver al alcalde en nombre del comité. Le dije que considerábamos esta fuga como una ofensa. La misma noche las muchachas regresaron a sus casas, felices en el fondo porque muchas habían hecho amistad con los confinados.

Una mañana de agosto el comisario Guida me llama para comunicarme que había llegado telegráficamente la orden de mi liberación. Le respondí que dejaría la isla con el último confinado liberado. Scoccimarro, Fundo y otros compañeros del comité insistieron en que partiese para dedicarme en Roma a la liberación de todos.

Así lo hice. Todas las mañanas con Bruno Buozzi iba a ver al jefe de la policía, Senise, para inducirlo a ordenar la liberación de los confinados, y al fin gané. Sólo entonces me decidí a tomar el tren e irme a casa".

(De seis condenas, dos evasiones, por Sandro Pertini.)

AQUEL DIA EN LA "GUARIDA DEL LOBO"

Cómo fue informado Hitler de la caída de su amigo Benito Mussolini. La "Operación Alarico".

Aquel día —25 de julio de 1943— era domingo, y la acostumbrada reunión del Cuartel General del Führer en la *Wolfschanze* (la "Guarida del Lobo") estaba fijada para el mediodía.
No habían llegado aún noticias precisas de los sucesos italianos, posteriores a la clamorosa conclusión del Gran Consejo del fascismo, hasta los abetales de Prusia oriental, donde se ocultaba el complejo de fortificaciones que Hitler había escogido como sede de su mando.
Los generales, llegados anticipadamente a la sala de reunión, ignoraban incluso el "voto" que había condenado a Mussolini, y ahora se inclinaban sobre un gran mapa en relieve de Sicilia intercambiando comentarios sobre el cariz que estaba tomando la situación militar después del desembarco anglosajón del 10 de julio.
El mismo Hitler, sumariamente informado por el embajador en Roma, Hans George von Mackensen (que a su vez había sido tomado por sorpresa por los acontecimientos), disponía de vagas noticias sobre cuanto estaba sucediendo en Italia. Cuando entró en la sala, no hizo la menor referencia a los sucesos romanos y sacó en seguida al orden del día el problema de las operaciones militares en Sicilia.
La reunión tuvo comienzo a las 12,15. Además de Hitler estaban presentes Jodl, Warlimont, Zeitzler y Buhle, el coronel de la Luftwaffe Christian, los almirantes Junge y Puttkamer y el embajador Hewell en representación del ministro del Exterior, Von Ribbentrop. Al fondo de la sala, como de costumbre, dos estenógrafas.
El registro estenográfico de todo lo que se decía en el mando supremo es un hecho singular. Evidentemente, Hitler no temía el espionaje.
Gracias a estas transcripciones se puede reconstruir cuanto sucedió aquellos días en el Cuartel General del Führer.
El examen de la situación en Sicilia duró cerca de una hora. Hitler leyó en alta voz un informe confidencial, llegado de uno de sus agentes en Roma, que describía negativamente el sistema defensivo italiano a lo largo de las costas calabresas. Luego dejó la hoja y se volvió a Keitel:
"¿Quién manda este sector?".
"El duque de Bérgamo", respondió Keitel. Hitler tuvo un acceso de ira. *"¡Siempre tiene que haber ahí un duque!"*, gritó. *"De Bérgamo o de Pistoya, pero que sea duque. Luego, cuando los conoces personalmente, te das cuenta de que son como los chorizos. ¡Sí, trocitos de carne de cerdo embutidos en el título de duque!"*.
"La madre de este duque era bávara...", aventuró el general Jodl.
"Peor todavía", replicó Hitler. *"Sólo nos faltaba eso"*.
"Sería cosa como para reír si el conjunto no fuese tan triste", añadió después, calmándose.
La reunión siguió con el análisis de las condiciones sanitarias en el campo de operaciones meridional italiano. Del informe resultaba que cerca del treinta por ciento de los soldados alemanes estaban enfermos de malaria.
"¿Están provistos de nuestros medicamentos?", pregunto Hitler.
"Debo informarme", respondió Keitel.
"Hágalo en seguida", ordenó el Führer. *"Me parece que los antimaláricos de la Montecatini no se han revelado eficaces. Lo que es normal"*, añadió, *"tratándose en una empresa basada en el lucro..."*. Se traslució en la voz de Hitler una vibración, por así decir, socialista. Siguió un cambio de impresiones sobre el azote de la malaria, que hacía más víctimas que la guerra misma. *"Quizá"*, fantaseó el Führer, *"podríamos difundir por el campo enemigo la noticia de que está infestada toda Italia meridional. ¡Quién sabe! Podrían renunciar al desembarco en la península"*.
El general Zeitzler se apresuró a asentir. *"Podríamos poner"*, dijo, *"grandes anuncios ante los hospitales con el letrero: 'Lazareto para malaria'"*.
Otros muchos aprobaron la idea, pero el almirante Junge intervino para moderar los entusiasmos.
"Quizá", observó, *"lograríamos espantar a los americanos, pero no a los ingleses. No olviden que, para crear su imperio, combatieron solamente contra la malaria..."*.
Desechado el proyecto, fue examinado el comportamiento de las tropas italianas durante el desembarco aliado en Sicilia.
"Han sucedido cosas increíbles", comentó Jodl. *"Basta pensar que el almirante Leonardi, comandante de la base de Augusta, ha hecho volar las baterías antes de hacer un solo disparo"*.
"¿Le han fusilado?", preguntó Hitler distraídamente.
"No, mi Führer", respondió Jodl. *"En un primer momento habían pensado hacerlo comparecer ante un consejo de guerra, pero probablemente no se hará nada. Los italianos están hechos así..."*.
"Sí, lo sé", convino Hitler. *"Ayer hablé con nuestro Filippo D'Assia, que es yerno del rey de Italia. Me ha dicho que ha visto a su suegro dispuesto a buscar atenuantes para no ratificar la condena de muerte de dos oficiales"*.
Hizo una pausa, y luego exclamó: *"¡Esto es inaudito! No es esta la manera de tener sujetas a las tropas"*.
El coronel Christian, que había salido mientras tanto, volvió a la sala con el primer informe sobre el bombardeo de Hamburgo en la noche anterior. La ciudad había sufrido una aplastante incursión aérea, y los daños eran enormes.
Para confundir los sistemas de localización desde tierra, los aliados habían probado un sistema nuevo: el lanzamiento de millones de tiras de papel de estaño (las llamadas "windows"), que



tenían el efecto de reflejar confusamente las emisiones de radar, perturbándolas.
Christian, que gozaba de las simpatías del Führer por haberse casado con su secretaria predilecta, aprovechó el interés suscitado por la noticia para confiar a Hitler un pequeño secreto. *"Este sistema de perturbación"*, dijo, *"era conocido por la Luftwaffe al menos desde hace un año. Pero se nos prohibió siempre usarlo por temor a que el enemigo lo copiara"*.
La revelación provocó la indignación de Hitler. *"¡Es una vergüenza!"*, exclamó. *"Estas cosas no deben suceder. No podemos permitirnos estos lujos. Ahora es indispensable pasar al contraataque"*.
Impresionado por la reacción del Führer, Christian trató de justificar a la Luftwaffe.
"Pero nosotros", observó, *"no teníamos a nuestra disposición cuatrocientos o quinientos aviones..."*.
"¿Qué quiere decir?", replicó Hitler cada vez más airado. *"El enemigo debe superar distancias de siete u ochocientos kilómetros para llegar a nuestras ciudades. Pero nosotros, desde las bases francesas tenemos sólo una pequeña distancia. ¡Y ni así logramos encontrar a Londres, con sus cincuenta kilómetros de diámetro, a ciento cincuenta kilómetros de la costa!"*.
La discusión sobre el bombardeo de Hamburgo duró cerca de una hora, y el Führer, personalmente, quiso redactar el texto del boletín. A continuación fue examinada la situación en los Balcanes y se decidió constituir un grupo de ejércitos para confiarlo al mariscal Rommel, que, cuanto antes, debía ser trasladado a Grecia.
Hasta las cinco de la tarde, más o menos en el momento en que Mussolini se dirigía a Villa Savoia para su última audiencia con el soberano, no trató Hitler del problema de la crisis italiana.
"¿Tiene noticias de Roma, Hewell?", preguntó al diplomático.
"Todavía nada concreto, mi Führer. El embajador Von Mackensen nos ha enviado solamente un telegrama en el que pone en duda la visita de Goering con motivo del cumpleaños del Duce, que cae el 29 de julio".

Aspecto desolado de una ciudad alemana después de uno de ios terribles bombardeos aliados. Para contrarrestar esta nueva amenaza del aire, la Luftwaffe desarrolló con particular eficacia una nueva especialidad: la caza nocturna.



Los bombardeos terroristas sobre Alemania resultarán en realidad un grave error. No sólo no lograron paralizar la industria alemana, sino que impulsaron al pueblo a resistir verdaderamente hasta el final, alimentando un lógico sentimiento de odio y de rencor hacia los aliados.

"¿De la reunión del Gran Consejo no se sabe nada?", insistió Hitler.
"Mackensen informa que la sesión ha sido muy tempestuosa", replicó Hewell. *"Pero se trata de rumores. Se dice, por ejemplo, que el Duce habría sido inducido a dejar el puesto de jefe de gobierno a un tal Orlando, que tiene ochenta y tres años. Pero repito que se trata sólo de rumores. Mackensen espera noticias más precisas de Buffarini...".*
"¿Quién es ése?", preguntó Hitler.
"Un jerarca amigo nuestro", explico Hewell. Y añadió: *"La crisis del partido fascista estaría transformándose en una crisis de estado. Pero como he dicho, se esperan noticias concretas de Buffarini. Quizá más tarde sabremos algo con exactitud".*
En ese punto Hitler la tomó inesperadamente con Roberto Farinacci. Estava convencido de que el ideador de la conjura contra Mussolini era él, antagonista del Duce, y no el conde Dino Grandi.
"El 'buen' Farinacci", decidió Hitler, *"puede considerarse afortunado de haberle hecho una cosa así a Mussolini y no a mí. Si me la hubiese hecho a mí, lo habría entregado a las SS de Himmler. Es así como se debe actuar. Si no, estamos perdidos".*
Había, pues, algunos equívocos sobre la dinámica de la conjuración, pero sobre el modo de vérselas con los conjurados las ideas eran claras.
Durante aquella tarde no se habló más de Italia. El examen de los acontecimientos romanos fue pospuesto para la reunión de la noche. El interés de Hitler se dirigió a una noticia llegada de Bélgica: la Gestapo había descubierto el centro clandestino del Partido Comunista, gracias a las indicaciones de un informante que trabajaba dentro de la organización.
"¿Cuánta gente han detenido?", preguntó rápido Hitler.
"Toda la secretaría nacional", estalló Keitel, radiante. *"Y además cincuenta y tres funcionarios de alto grado y veintidós dirigentes locales. Naturalmente"*, añadió, *"han sido requisados materiales de propaganda, así como armas y municiones".*
"Un buen golpe", comentó Hitler. *"Nuestra policía ya se ha hecho a la idea. ¡Y ha hecho falta tiempo! Pero ahora se ven los resultados. Sin embargo, en este campo hay que ser cautos. Hay que detener siempre, con los subversivos, a nuestros hombres tam-*

bién, tenerlos a ellos también en prisión e incluso condenarlos. Sólo así podrán seguir siendo útiles".

Con estas frases acabó la reunión. Eran las 17,30 del 25 de julio de 1943. La noticia oficial de la dimisión de Mussolini llego a la *Wolfschanze* hacia las 19 horas del 25 de julio. En la nota, redactada según las informaciones que el coronel de las SS Eugen Dollmann habia recibido de Buffarini, el embajador Von Mackensen no mencionaba la detención del Duce.

Pocos minutos después todo el Cuartel General estaba reunido en torno a Hitler delante de un gran mapa en relieve de Italia. Participó también en la reunión, aunque fuese un civil, el ministro de Armamentos, arquitecto Albert Speer.

Hitler estaba tenso. La noticia de la caída de Mussolini le habia perturbado, y ahora clamaba venganza. Su primera orden fue de ejecutar rápidamente la "Operación Alarico". El plan, que preveía la ocupación militar de la peninsula, habia sido preparado hacia tiempo para impedir de raiz una eventual defección del aliado. Poco después el mariscal Keitel dispuso que la primera unidad que se enviaria a Italia sería el "Leibstandarte Adolf Hitler", una división acorazada de las SS que en aquel momento se encontraba en Bélgica.

"¿Quién ha ocupado el puesto de Mussolini?", inquirió el general Jodl. *"Badoglio"*, respondió Hitler, *"que es nuestro peor enemigo".*

"Sería muy importante", continuó Jodl, *"saber si los italianos piensan continuar combatiendo...".*

Hitler: *"Cierto que han dicho que continuarán combatiendo, pero yo sé que*

Destrucciones y ruina sobre las ciudades alemanas en medida creciente. Basta pensar que sólo en el bombardeo de Hamburgo, que duró cuatro noches consecutivas, hubo entre la población civil 50.000 muertos y más de 40.000 heridos.



es una traición. Debe estar bien claro. ¡Se trata de una traición! Espero sólo saber qué piensa de ello el Duce. También querría que el Duce fuese traído en seguida a Alemania. Hace falta organizar algo".
Luego, inclinados sobre el mapa, Hitler y sus generales comenzaron a mover las diversas divisiones a las que estaba confiada la "Operación Alarico". El primer problema fue el de los pasos alpinos. Para el Brénnero no había gran dificultad, pero en la vertiente francesa se debía tener en cuenta el IV Ejército italiano. Por eso se decidió hacer avanzar hacia el Véneto a la 24.ª División acorazada.
"¿Quién llevará el mando?", preguntó Keitel.
"Rommel, naturalmente", respondió Hitler.
Rommel era el hombre exacto para una empresa de ese género. Desde que, tras el desastre de El Alamein, los italianos habían criticado su conducta hasta pedir su sustitución, guardaba un frío rencor en relación con el aliado. Haría un buen trabajo.
"Llamad en seguida al mariscal", siguió Hitler.
"Pero ha partido esta mañana para Salónica", dijo Jodl.
"Entonces telegrafiarle que regrese inmediatamente. Le necesito".
Jodl salió y Hitler se acercó al mapa para indicar un punto de la Provenza. *"Aquí",* dijo, *"está la división de paracaidistas del general Student. Comunicarle que dentro de veinticuatro horas debe estar preparada para caer sobre Roma".*
El interés de Hitler se dirigió luego a Sicilia.
"Y ahora", dijo, *"ocupémonos de esta isla. Nuestras tropas deben pasar inmediatamente el estrecho. Se trata de setenta mil hombres y no quiero perderlos. Deben llegar a Calabria lo más rápidamente posible. Defender Sicilia ya no tiene sentido. No hay tiempo que perder. Que destruyan también el material pesado. Para controlar a los italianos bastarán las armas ligeras".*
Después pasó a examen el problema de transporte de las tropas a la península. El general Zeitzler dijo que se necesitaban por lo menos treinta y seis trenes y tres días de plazo. Hitler era de la opinión de que se podía hacer con menos trenes y más aprisa. Pero en este punto intervino Jodl:
"Pienso que sería oportuno esperar noticias más concretas de Roma".
"Pero, ¿qué es lo que ha pasado efectivamente en Roma?", preguntó Keitel, volviendo al tema central de la reunión.
"Esto es lo que ha pasado", explicó Hitler. *"El Duce ha presidido ayer el Gran Consejo y ha resultado en minoría. Ha sido Grandi, que yo siempre he considerado un cerdo, aunque es un hombre apuesto; y le han echado una mano Bottai y sobre todo Ciano. Se ha hablado contra Alemania y se ha dicho que no tiene sentido continuar la guerra. Algunos, naturalmente, estaban en contra. Farinacci y otros, por ejemplo, se han pronunciado contra tales propuestas, pero sin eficacia. Esta mañana Mussolini ha dicho a Mackensen que no tenía ninguna intención de capitular, pero por la tarde Badoglio ha comunicado a Mackensen que el rey le había encargado de formar el nuevo gobierno, y que el Duce había abandonado su puesto".*
Hitler hizo una breve pausa. Miró a los ojos a los circunstantes y luego rugió: *"¿Qué significa 'abandonado'? Estoy convencido de que ese miserable del rey le ha engañado".*
Keitel y Jodl intervinieron para censurar el comportamiento de la Real Casa y para subrayar la importancia de tomar cuanto antes contacto con Mussolini.
"¡Esa es la cuestión!", admitió Hitler. *"Mañana enviaré a Roma a un hombre de confianza para dar orden a la 3.ª División de granaderos de que ocupe la ciudad y detenga a toda la cuadrilla: el gobierno, el rey y toda esa basura. Y antes que nada, al príncipe heredero. ¡Quiero al* bambino*!",* terminó en italiano.
"El bambino *es más importante que el viejo",* añadió Keitel, solícito.
El coronel Christian expuso su plan, que preveía la captura de la familia real y del gobierno italiano con empleo de un cuerpo especial de paracaidistas. Los prisioneros serían trasladados en seguida a Alemania.
"Así lo haremos", aprobó Hitler. Luego prometió: *"Dentro de una semana habrá un cambio de la situación".*
En aquel momento sonó el teléfono. Goering llamaba desde Berlín y pedía información. Hitler le explicó sucintamente los hechos y le pidió que fuera en seguida a la *Wolfschanze.*
Durante media hora, los componentes del Cuartel General alemán se concentraron en el examen detallado de todos los problemas que la ejecución de la "Operación Alarico" presentaba. A pesar de la intervención de Jodl, que aconsejaba cautela, parecía ya cierto que la invasión de Italia era asunto de horas. Albert Speer presentó el caso de muchos italianos que trabajaban voluntariamente en Alemania.
"Tenemos necesidad de esta gente", dijo el teórico de la planificación. *"Son operarios muy diligentes y no podemos perderlos".*
Hitler le aseguró que nigún italiano pediría permiso para volver a la patria. Después cada uno presentó su problema, y Keitel preguntó a Hitler qué intentaba hacer con la familia real de Bélgica que, aun prisionera, gozaba de notables privilegios por ser el rey Leopoldo hermano de María José de Saboya.
"También a ellos se les acabó la ganga", cortó Hitler. *"Finalmente puedo echar a la cárcel a toda esa chusma".*
Después se pasó al "reino de Croacia", del que era soberano Aimón de Aosta, al menos teóricamente, porque no había puesto nunca los pies allí. Keitel dijo que había que tratarlo del mismo modo que a Italia. *"No se puede uno fiar de los croatas",* dijo.
Albert Speer se opuso. *"No",* dijo, *"los croatas son leales, y por eso mucho más de fiar que los italianos. Podríamos necesitarlos todavía".*
El Führer asintió. *"Tenemos la manera de conservarlos sujetos",* precisó. *"Bastará ofrecerles la ciudad de Fiume. Harán cualquier cosa por tenerla".*
Se había hecho tarde y Hitler despidió a los consejeros pidiéndoles que volvieran a informar en seguida después de la cena. Entre tanto había pedido más noticias a la embajada de Roma.
La reunión se reanudó a medianoche. El Führer estaba más calmado.
"La situación italiana es todavía muy confusa", anunció. *"Badoglio insiste en decir que nada ha cambiado respecto a nosotros. Naturalmente, yo no lo creo, pero quizá es oportuno obrar de modo que no se levanten sospechas".*
Luego volvió al proyecto de ocupar Roma y detener a todos, rey y gobierno.
"La operación podría crear algún incidente con el Vaticano...", insinuó Hewell, el consejero diplomático.
"¿Y eso qué?", le interrumpió Hitler. *"¿Cree acaso que me preocupa el Vaticano? Pues pienso que él, el Papa, debería ser también empaquetado. No tendremos problemas en este sentido. Entraremos dentro, cogeremos todo lo que interese y luego presentaremos excusas... Estamos en guerra".* Ya estaba todo preparado para el comienzo de la "Operación Alarico", todos los detalles examinados, todos los problemas resueltos. Hitler se despidió y se fue a su alojamiento acompañado por el mariscal Keitel y Blondi, su inseparable perra loba. Eran las 3 del 26 de julio de 1943.

EMPIEZAN LOS 45 DIAS DE BADOGLIO

La fuga de los jerarcas fascistas y las órdenes represivas del nuevo gobierno para evitar huelgas y desórdenes.

Encerrado en la Escuela de "Alumnos Carabinieri" de Roma, en espera de ser llevado primero a Ponza, luego a la Maddalena y finalmente a Campo Imperatore en el Gran Sasso, Mussolini se comportó (son palabras de sus vigilantes) como un *"prisionero dócil y resignado"*. Parecía completamente extraño a todo cuanto estaba sucediendo en el país que él habia llevado a la ruina. En realidad su conducta parece haber estado marcada por una gran dignidad. Quizá estaba, en cierto sentido, aliviado por haber sido puesto fuera de juego. Con el comandante médico Santilli, que le visitó varias veces aquellos dos días de prisión romana, prefirió hablar del pasado en vez del presente. Evocó algunos episodios de su juventud y habló también de algunos personajes históricos que había conocido personalmente. Estos son algunos de sus juicios sobre Churchill, Stalin y Lenin:

"¿Churchill? Tiene prisa por terminar la guerra porque Inglaterra está en crisis. ¿Stalin? Aparte de un gran sociólogo, se ha revelado como un formidable estratega. No le conozco personalmente, pero conocí a Lenin en Suiza cuando dirigía 'La Chispa'. Era sobre todo un sentimental. La música le conmovía". Ese "sobre todo" es el colmo del distanciamiento alcanzado aquellos días por Mussolini.

Hasta que una mañana preguntó al médico:

"¿Qué sucede fuera? ¿Está la ciudad en calma? ¿No ha pasado nada?". "Absolutamente nada", le respondió el

Manifestaciones populares por la caída del fascismo hubo en muchas ciudades de Italia después del 25 de julio. En la foto, los milaneses entusiasmados en la plaza del Duomo.



RESURGEN LOS PARTIDOS Y PIENSAN EN EL MAÑANA

Los detenidos políticos de San Vittore, en Milán, supieron que Mussolini había sido arrestado cuando la entusiasta multitud de los antifascistas llegó gritando a las cancelas de la cárcel la noche del 27 de julio de 1943, pocas horas después del anuncio por radio. En Castelfranco Emilia, los detenidos políticos tuvieron noticias por un guardia que había escuchado la radio; a la "Nuove" de Turín la noticia llegó al alba, con los primeros clamores de la multitud jubilosa. Por todas partes, los políticos buscaban información detallada. "Radio cárcel" seguía difundiendo muchos rumores incontrolables y absurdos según los cuales Italia había firmado una paz separada y Mussolini había sido incluso eliminado. Cuando se restableció finalmente la verdad de los hechos, la satisfacción por los acontecimientos pareció aún más legítima y los detenidos políticos se dispusieron a esperar con impaciencia la liberación.
Las esperanzas de los italianos que la mañana del 27 de julio llenaron las plazas para manifestar su alegría espontánea por el fin del régimen que había llevado al país a la derrota, no eran diferentes de las que tenían los encerrados en celdas o enviados a la deportación. Todos, al anunciarse que el rey había hecho detener al Duce y había nombrado nuevo gobierno, esperaban que al menos una cosa sería pronto restituida al pueblo: la libertad. Era evidentemente una ilusión y todos se dieron cuenta rápidamente. Los representantes antifascistas que en el día de la euforia habían salido al descubierto y habían improvisado discursos a la multitud dando en seguida una orientación política al movimiento popular de exaltación, se encontraron fichados, y en algunos casos fueron también detenidos.
Finalmente el gobierno Badoglio fue obligado a liberar algunos detenidos políticos en el intento de obtener una cierta credibilidad entre los demócratas, pero las liberaciones se hicieron con discriminaciones rígidas. No pocos de estos detenidos dejaron de ver el alba de la libertad porque al día siguiente del 8 de septiembre los alemanes se apresuraron a deportarlos a campos de exterminio.
El hecho es que el gobierno Badoglio trató de contemporizar. Por una parte intentó significarse a fin de obtener una patente de liberalismo democrático que restituyese especialmente al rey una atención que veinte años de aquiescencia al fascismo le había hecho perder. Por otra parte se preocupó de no destacar demasiado este tímido intento a fin de tranquilizar a los alemanes y llevar así a término la más urgente e importante iniciativa: la paz separada con los aliados. Esta es la primera razón de la contradicción de un gobierno que, en el momento en que declaraba disuelto el partido fascista, vetaba la reconstitución de los partidos democráticos, y este es el motivo por el que la firma del armisticio fue anunciada sin haber cursado instrucciones a los mandos militares en el momento en que el rey, el gobierno y el mando supremo abandonaban Roma.
Los partidos antifascistas se habían reconstruido en parte en la clandestinidad, pero en las primeras semanas de aquel agosto tórrido, bajo la creciente presión de la ofensiva aérea americana, los representantes políticos buscaron reanudar los contactos entre las diversas fuerzas democráticas a fin de buscar una plataforma común para una acción concorde a realizar respecto al rey, y especialmente con vistas al porvenir, que para todos se presentaba oscuro y lleno de incógnitas. Ninguno se hacía ilusiones sobre lo que el gobierno se disponía a hacer: una paz separada aparecía como el único modo de salir del callejón al que el fascismo había conducido al país, pero era evidente para todos que los alemanes no se quedarían quietos frente a tal eventualidad. Lo que también preocupaba a los demócratas era la misma inercia con que los mandos y el gobierno parecían asistir a los movimientos evidentes que estaban haciendo los italianos para prepararse a la ocupación militar de al menos parte del país. Del Brénnero estaban descendiendo las columnas motorizadas de la Wehrmacht y los trenes militares alemanes cargados de artillería. En Tarvisio, el general Ambrosio había protestado a Keitel por esta invasión enmascarada, pero los alemanes se habían limitado a responder que se preocupaban exclusivamente de defender al aliado. Los mandos italianos ponían cara de aceptar todo esto como inevitable e incluso subvalorarlo intencionadamente. ¿Cómo explicar de otro modo el hecho de que un batallón alpino en el Brénnero hubiese recibido como comandante al ex jefe de la policía Chierici, de seguros sentimientos filofascistas? Muchos ex jerarcas tenían puestos de responsabilidad entre los cuadros militares del Trentino, y el general Gloria, hablando a fin de agosto a los oficiales del cuerpo de ejército de Trento y Bolzano, había exhortado a los hombres a vencer "en caballerosidad y cortesía" *a los alemanes aunque los encontraran* "brutales, violentos y presuntuosos". *El mando supremo y el gobierno evitaban, pues, los problemas con los alemanes, ocupados como estaban con las conversaciones secretas con los aliados. Pero, entre tanto, ¿qué sucedería después? La pregunta se la hacían —en vez de las autoridades militares— los*

políticos apenas salidos de la clandestinidad y aún sin ningún reconocimiento oficial. Este es un aspecto de la situación de aquellos días que nunca ha sido destacado bien ni por los testigos mejor informados, como por ejemplo el historiador inglés Deakin.

Una documentación de primera mano está en un memorial bastante insólito que fue publicado en 1946 por un viejo representante católico romañol, Virgilio Neri. Afable notario faentino que tenía un despacho en Milán, Neri formaba parte del grupo reunido en torno a Giovanni Gronchi y tenía detrás un núcleo de antifascistas romañoles. El 23 de agosto, Neri subió al tren y marchó a Trento, de donde salió en automóvil con amigos locales –Giovanni Motta y Giannantonio Manci– para una inspección que tenía por fin comprobar el traslado de las fuerzas alemanas e italianas a lo largo de los valles del Adigio y del Isarco. Gronchi y sus amigos partían del supuesto de que si el gobierno hubiera firmado un armisticio, los alemanes ocuparían militarmente el norte de Italia, y que para evitar tal desgracia era necesario prepararse a resistir haciendo saltar puentes, diques, ferrocarriles y carreteras. La inspección fue minuciosa y consiguió comprobar que los mandos italianos no habían previsto nada, ni estaban preparando ningún plan apresurado pero concreto acerca de lo que sería posible hacer. Giovanni Gronchi partió para Roma y se puso en contacto con Alcide De Gasperi, que era todavía bibliotecario en el Vaticano, con intento de realizar un sondeo en el plano gubernativo. Neri llegó a su vez a Roma y el 30 de agosto Gronchi lo reunió con De Gasperi en el estudio de Spataro. De Gasperi, que era de Trento, comprendió al vuelo la importancia de la propuesta y obtuvo para Gronchi y Neri una entrevista con Badoglio.

La reunión tuvo lugar la mañana del 1 de septiembre, en el Viminale, pero los dos emisarios fueron recibidos por el hijo del mariscal, quien justificó la ausencia de su padre diciendo que "se sentia muy controlado por los agentes alemanes".

Mario Badoglio pareció interesado por cuanto le fue expuesto y obtuvo a ambos una cita con el jefe de Estado Mayor General, Ambrosio. Virgilio Neri se imaginó haber embocado la senda oportuna y marchó solo a la cita. Ambrosio afirmó que encontraba justas todas las observaciones y preocupaciones y envió al notario a Roatta, que era jefe del Estado Mayor del ejército. El mecanismo de la burocracia parecía haberse puesto en movimiento y Neri comenzó a preocuparse porque el tiempo se gastaba en charlas.

"Yo *–escribió después Neri–* servia a Italia sin el favor de las contingencias y contra intereses particulares; él servia a aquella Italia que seguia su interés y su fortuna. De aquella Italia 'suya' yo era enemigo. Asi me parecia".

La conversación acabó al modo clásico de la más vieja burocracia. Roatta pidió una exposición escrita del plan a fin de poder examinar con más tiempo lo que se podría hacer... Desanimado, Neri volvió a Gronchi, y Gronchi volvió a la carga con De Gasperi para intentar dar nuevo impulso a la situación en el plan político.

La mañana del 4 de septiembre, Gronchi y Neri estaban de nuevo hablando con Mario Badoglio en el Viminale y le pidieron "una fuerte presión del gobierno sobre el Estado Mayor para concretar su iniciativa y dar rapidez a su actuación".

Badoglio aseguró otra conversación con Ambrosio, pero como el jefe del Estado Mayor General no estaba, a la mañana siguiente Gronchi y Neri fueron conducidos a Monterotondo a ver a Roatta. El plan se había puesto por escrito y proponía el alejamiento de los fascistas de los puestos de mando del Trentino; el desplazamiento estratégico de algunas unidades alpinas a Fortezza, Dobbiaco, Spondigna y la Méndola; el traslado a la montaña de depósitos de municiones ligeras, víveres, transmisores y receptores de radio, armas; la voladura de un dique –el que estaba "a la sombra" del embalse de Fortezza, que los alemanes vigilaban mal–, a fin de dañar las comunicaciones en el fondo del valle del Isarco; la formación de una unidad de 250-400 voluntarios –primordialmente romañoles a las órdenes de oficiales de alpinos– en el Grupo de Brenta, equipado con armamento americano e inglés de presa de guerra. Esta era una propuesta oficial para la formación de una verdadera banda partisana que estaría formada por representantes políticos demócratas, y el plan preveía emplearla en acciones de provocación y disturbio contra los alemanes en territorio nacional, y eventualmente en territorio alemán vecino a Suiza (zona del Arlberg y de Bregenz).

Neri y Gronchi no fueron recibidos por Roatta, sino por el general Zanussi, que escuchó, tomó notas, subrayó ciertos pasajes del plan y luego respondió que lo transmitiría al jefe de la oficina de operaciones. Tres días después fue anunciada la firma del armisticio: el rey, Badoglio, Ambrosio, Roatta, Zanussi y muchos otros huyeron al sur. Neri y Gronchi se quedaron en Milán. Más de media Italia fue ocupada por los alemanes durante año y medio, y los italianos tuvieron que comenzar desde cero la lucha contra el ocupante.



comandante Santilli para animarlo. Pero era falso.
En realidad, fuera sucedían muchas cosas, algunas imprevisibles. El fascismo se había disuelto sin un solo gesto de autodefensa. Carlo Scorza, secretario del partido, se había cuadrado ante un general de carabinieri y había pedido la "libertad bajo palabra", ofreciendo su colaboración para la disolución del partido. Galbiati, cuando el cónsul Lusana, comandante de la división acorazada M, le había pedido órdenes, se había limitado a decirle que "continuara las maniobras" y luego se había puesto a disposición del nuevo gobierno. Mario Appelius, el periodista del "slogan" "Dios requetemaldiga a los ingleses", había encontrado refugio en la embajada japonesa. Los intransigentes del fascismo, como Farinacci, Pavolini y Ricci, después de haberse refugiado en la embajada germana, habían huido a Alemania.
El coronel Dollman relatará:
"La embajada se había convertido en una especie de agencia de viajes. Los jefes fascistas, en vez de correr a Sutri, donde estaba la división M, dotada de modernísimos carros de combate Mk IV y capaz de despachar a las pocas fuerzas italianas que guarnecían la capital, no buscaban más que disfrazarse para huir a Alemania".
También Galeazzo Ciano pidió asilo a los alemanes. El más listo fue Grandi, que con permiso de Badoglio llegó a España; el más coherente, Bottai, que debiendo romper con su país, escogió la Legión Extranjera.
Pero quizá no había que tomar las cosas por lo trágico. De 850 personas que debían ser detenidas, sólo terminó en prisión el mariscal Cavallero, enemigo personal de Badoglio.
La represión de toda exaltación popular fue bastante severa, y los italianos la aceptaron sin protesta, inclinados a tolerar las decisiones de quienes, después de todo, los habían liberado de la dictadura. Badoglio, que se preparaba a realizar su afortunada resurrección, parecía preocupado sobre todo por controlar los ánimos del pueblo.
De acuerdo con el rey, intentaba poner fin a la guerra, pero lo consideraba un proyecto a gestionar a alto nivel, una especie de *gentlemen's agreement* sobre el que no debía influir la voluntad popular, ni mucho menos la de los partidos políticos.
Además, el rey y Badoglio sospechaban del sistema democrático, y les parecía que en aquellas circunstancias sería presa del bolchevismo antes o después. Si por la fuerza de las cosas había sido eliminada la dictadura fascista, no se intentaba renunciar a lo que el pasado podía todavía ofrecer para salvar el viejo orden.
"Yo no seré Kerenski", repetía Badoglio aquellos días. *"No dejaré que los partidos cojan las riendas".*
Lo demostrará con hechos. Las primeras disposiciones de su gobierno en materia de policía son durísimas. No menos rígido es el sistema militar instaurado en el país. Hay toque de queda, se prohiben reuniones de más de tres personas, y los soldados del ejército, recluidos en los cuarteles, reciben directivas de este tenor:

De Superejército Operaciones
Hora 03,30 del 28 de julio de 1943

Por orden del mando supremo comunico y dispongo cuanto sigue:

1) *En la situación actual, con la presión enemiga, cualquier perturbación del orden público, aunque mínima y de escasa entidad, constituye traición y*

Más manifestaciones populares en Roma (a la izquierda) y en Génova (debajo). El pueblo italiano esperaba con la caída del fascismo que pronto terminaría también la guerra. Pero casi dos largos y sangrientos años lo separaban de la paz. A la derecha, el mariscal Badoglio hablando con Víctor Manuel III. En aquellos días de gran incertidumbre el mariscal gobernó con puño de hierro, por temor a no poder controlar eventuales desórdenes graves.

puede conducir, si no se reprime, a consecuencias gravísimas. Por tanto, cualquier consideración en la represión será un delito.

2) Poca sangre derramada inicialmente ahorra después ríos de sangre, por lo que todo movimiento debe ser inexorablemente cortado de raíz.

3) Han de ser absolutamente abandonados los sistemas antidiluvianos como los cordones, los toques, las intimidaciones y la persuasión, y no se tolerará que los paisanos se mantengan cerca de las tropas o en torno de las armas en posición.



4) Las unidades deben asumir y mantener siempre aspecto duro y actitud extremadamente resuelta cuando estén empleadas en servicios de orden público. En descanso o en movimiento deben tener el fusil prevenido y no colgado.

5) Actuando contra grupos de individuos que perturben el orden y no se atengan a las prescripciones de la autoridad militar, se procederá en formación de combate y se abrirá el fuego a distancia también con morteros y artillería sin aviso alguno, como si se procediese contra tropas enemigas. El mismo procedimiento será usado por unidades "en posición" contra grupos de individuos que avancen.

6) No se permite el disparo al aire. Se tira siempre a dar, como en combate.

7) Máximo rigor en el control y actuación de todas las medidas establecidas por la conocida proclama. Apertura inmediata de fuego contra vehículos que no se detengan ante las intimidaciones.

UN RECUERDO DE PIETRO NENNI

El 28 de julio de 1943, cuando Benito Mussolini fue conducido a Ponza a bordo de la corbeta "Perséfone", todavía había detenidos en la isla, entonces sede de un presidio penal, muchos prisioneros políticos antifascistas que serían liberados de allí a poco. Entre éstos estaba también Pietro Nenni, el líder socialista que muchos años atrás había sido compañero de lucha del futuro Duce cuando éste militaba todavía en el movimiento obrero. La noticia de la llegada del Duce corrió por la isla, pronto llegó a los detenidos políticos, y Nenni dirigió en seguida los prismáticos hacia la casa del recién llegado. Nenni y Mussolini se habían visto por última vez en enero de 1922, en Cannes, donde habían ido, uno por el Avanti *y otro por el* Popolo d'Italia, *a asistir a una reunión internacional.*
"Hablaron largo tiempo del país *(recordará impersonalmente Pietro Nenni).* El destino los ponía por última vez uno frente al otro en un pie de igualdad. Una vieja amistad, un origen común, muchas batallas combatidas juntos. Tal era el pasado que les unía. Sus ideales, sus pasiones, sus sentimientos



Pietro Nenni.



Tito Zaniboni.

actuales, los oponían ahora violentamente...".
Nenni, o bien su compañero de prisión Tito Zaniboni, encarcelado por haber atentado contra la vida del Duce en 1926, vieron con frecuencia a Mussolini apoyado en el balcón de su casa, pero no pensaron en desquites. Para librarse de la tentación de una venganza, Zaniboni se hizo incluso encerrar con llave en su habitación.
Pietro Nenni escribió aquella noche: "Caprichos del destino. Hace treinta años estábamos en la cárcel juntos (por haber participado activamente en la agitación proletaria de Forlí contra la empresa líbica), ligados por una amistad que parecía poder desafiar al tiempo y a las tempestades de la vida, tal como estaba basada en el común desprecio de la sociedad burguesa y de la monarquía. Hoy ambos estamos confinados en la misma isla. Yo por su decisión, él por decisión del rey y de la camarilla de corte, militar y financiera, que se han servido de él contra nosotros y contra el pueblo y que hoy se deshacen de él con la esperanza de sobrevivir a la caída del fascismo".

8) *Los cabecillas y los instigadores de desórdenes, reconocidos como tales, serán sin más fusilados si se les sorprende "in fraganti". Si no, serán juzgados inmediatamente por el consejo de guerra, actuando con carácter de tribunal extraordinario.*
9) *Todo el que realice actos de violencia o de rebelión contra las fuerzas armadas y la policía, o insulte a las mismas o a las instituciones, será pasado inmediatamente por las armas.*
10) *El militar que, encargado de un servicio de orden público, realice el menor gesto de solidaridad hacia perturbadores del orden, o se rebele, y no obedezca las órdenes, o escarnezca a superiores o instituciones, sera inmediatamente pasado por las armas.*
11) *El jefe de cualquier graduación que no se rija según las órdenes anteriores será inmediatamente enviado al tribunal de guerra competente, que se reunirá y juzgará en el término de no más de veinticuatro horas.*
Confío en que los jefes al mando, conscientes de la gravedad de la hora y que la falsa piedad o la vacilación podrían causar la ruina de la patria, deberán y harán cumplir con gran amplitud cuanto se ha dispuesto antes. Se trata de imponerse en seguida con rigor inflexible.
Parecen las órdenes de un Gauleiter enloquecido, pero son las disposiciones del nuevo gobierno para controlar un país ansioso sólo de libertad. Llevan la firma del jefe de Estado Mayor del ejército, general Roatta.
El mariscal Badoglio se apresura a tomar contacto, para tranquilizarlos, con los llamados alemanes "blandos" de la embajada de Alemania en Roma —Von Mackensen, Bismarck, Von Rintelen—, todos representantes de la casta militar prenazi, de inspiración guillermina. Al general Enno von Rintelen, que desde hace siete años es agregado militar en Roma, confía Badoglio que está *"dispuesto a cortar de raíz todo movimiento popular o subversivo"*, concretando que ha tomado ya medidas oportunas en las ciudades más peligrosas: Turín, Milán, Bolonia y Livorno.

Von Mackensen, Bismarck y Von Rintelen, que no son nazis por ser exquisitamente aristocráticos y reaccionarios, expresan a Badoglio comprensión y solidaridad. Aún hoy es difícil saber qué es lo que deseaban exactamente esos alemanes "blandos". El hecho es que Enno von Rintelen saldrá en seguida para la "Guarida del Lobo", donde logrará, aunque con trabajo, convencer a Hitler de que la "Operación Alarico" se suspenda y de que Badoglio merece alguna confianza.

De las víctimas caídas en Italia en aquellos cuarenta y cinco días de ilusoria libertad se ha hablado bien poco. Quizá por pudor, para no tener que admitir que las causó precisamente el gobierno que había derribado el fascismo. Pero las hubo, y la censura trató de ocultarlas. Nueve obreros muertos ante la Reggiane; 23 muertos y 70 heridos en Bari, que habían pedido la liberación de los detenidos políticos (fue herido también el hijo del socialista Tommaso Fiore, que reclamaba la liberación de su padre); otros muertos en Turín, en Castellamare di Stabia, etc. Gente indefensa, que se imaginaba haber conquistado la libertad y poderla expresar cancelando en seguida los residuos de la dictadura.

Entre los jerarcas se registrará una sola víctima: Manlio Morgagni, presidente de la Agencia Stefani. Se mató ante la mesa de trabajo, después de haber escrito a máquina estas palabras: *"El Duce ha caído. Mi vida ya no tiene objetivo. ¡Viva Mussolini!"*. Fue un gesto de rebelde locura entre tanta cobardía.

Pero para conocer mejor el comportamiento de los jerarcas fascistas ante la caída vertical de su régimen, he aquí un testimonio del coronel Eugen Dollmann, un oficial de las SS de buena cultura, no comprometido con los crímenes cometidos por sus camaradas y buen conocedor de Italia, donde vivía desde 1927.

Señor Dollmann, ¿qué sucedió en la embajada alemana después de la detención de Mussolini?

Cuando llegó la noticia hubo mucha confusión, mucha turbación. El embajador Von Mackensen, monárquico convencido —por algo era hijo del famoso mariscal de campo, amigo personal del emperador Guillermo—, era el más embarazado de todos. Nunca imaginó que Su Majestad Víctor Manuel pudiera llegar a tal extremo.

La confusión aumentó cuando comenzaron a llegar los jerarcas. Pedían insistentemente nuestra ayuda. No para socorrer al Duce, sino para marcharse a Alemania lo antes posible. Durante algunas horas aquello fue un vaivén de ex ministros y ex jerarcas que pedían salvaconductos y ropa con que disfrazarse. Recuerdo que en cierto momento la señora embajadora ofreció su propio vestuario en caso de que alguien quisiera disfrazarse de mujer...

¿Estuvo también Farinacci?

Sí, estuvo también Farinacci. Permaneció poquísimo y salió casi en seguida para Alemania. Yo le dije: "Excelencia. Usted no debe irse. Quédese aquí y haga algo". Y él me respondió: "No, debo ir cuanto antes a Alemania para formar allí un nuevo gobierno fascista". Entonces le dije: "Le deseo buen viaje, pero temo que lo que haga en Alemania no servirá de nada a Su Excelencia Mussolini".

¿Cree usted que los jerarcas habrían podido hacer algo?

Pienso que sí. Si hubiésemos encontrado un jerarca de renombre dispuesto a llegar a Sutri, donde estaba acampada la famosa división M, se habría podido hacer algo. Aquella división era muy eficiente, dotada de las armas más modernas, comprendidos los carros de combate Tigre que Himmler había regalado a Mussolini.

Quizá el jefe de la milicia, Galbiati, podía haber tomado la iniciativa...

Sí, habría podido hacerlo. Incluso, según yo, era su concreto deber. Pero no lo hizo. Mi conversación con Galbiati fue la más vaga que he tenido en mi vida. No quiso saber nada de Sutri. Entonces llegó de Berlín la orden de que fuese yo. Pero contesté que como alemán no podía ir a Sutri y tomar el mando de una división italiana y llegar a Roma para liberar a Mussolini. Así que pedí confirmación de la orden al Cuartel General de Hitler, y Hitler dijo: "Sí, Dollmann debe ir". Luego cambió de idea, y cinco minutos después repitió la orden de partir. Entonces le respondí: "Iré si el embajador Von Mackensen viene conmigo".

El embajador tenía una graduación superior a la mía en las SS. Además, yo nunca he sido un héroe y aquí se trataba sólo de hacer de héroe...

Por tanto, ¿nadie se atrevió a dar un golpe de mano?

Absolutamente nadie. Lo recuerdo perfectamente. El embajador y yo comentamos el hecho, que parecía increíble. Yo, personalmente, estaba ya bastante escéptico, pero no había imaginado que ninguno se atrevería. Esperaba que al menos Galbiati o Farinacci correrían a Sutri. Ninguno, ninguno, ninguno. Sólo buscaron salir para Alemania.

Septiembre 1943

20 de septiembre

Intensa incursión aérea aliada sobre Bolonia. Los alemanes evacuan Cerdeña. Las tropas inglesas ocupan Bari.

21 de septiembre

Los soviéticos logran abrirse paso al otro lado del Dnieper. Se subleva Matera y expulsa a los alemanes. Discurso de Churchill en los Comunes sobre el armisticio con Italia. Entre otras cosas, declara: "Las fuerzas armadas y la población italiana se han mostrado por todas partes adversas o abiertamente hostiles a los alemanes... En algunos puntos ha habido combates entre italianos e invasores alemanes".

22-23 de septiembre

Bombardeo de Hannover.

23 de septiembre

Mussolini anuncia la formación de un nuevo gobierno republicano. Los soviéticos conquistan Poltava. En Tarento se firma un acuerdo entre el almirante De Courten y el almirante Cunningham para el empleo de la marina italiana en colaboración con las Naciones Unidas. Por el resto de la guerra, los navíos italianos, en múltiples acciones, colaborarán activamente a la causa aliada prestando valiosos servicios.

24 de septiembre

Los alemanes abandonan Esmolensko.
La guarnición italiana de Cefalonia es derrotada por los alemanes después de tres días de combate. Los prisioneros italianos son fusilados.

25 de septiembre

Mussolini vuelve a Italia y se instala en Rocca delle Caminate. Rodolfo Graziani, ministro de la Defensa Nacional, habla por la radio.

27 de septiembre

Los ingleses ocupan Foggia.

LOS ALIADOS CONQUISTAN SICILIA PERO LOS ALEMANES DEFIENDEN CALABRIA

La dura batalla de Troina abre camino a la caída de Messina y de Catania. Líneas de defensa preparadas por los alemanes en la península.

El 22 de julio de 1943 las vanguardias del VII Ejército americano entraron en Palermo. No se trató, en honor a la verdad, de una conquista, porque los carros de combate fueron acogidos en muchas ocasiones por grupos de personas entusiasmadas. No faltó quien arrojara flores.
Esta situación maravilló a los soldados americanos, los cuales respondieron igualmente lanzando al gentío cigarrillos o tabletas de goma de mascar y de chocolate. La población, sometida desde hacía tiempo a la indigencia, redobló los aplausos. La ciudad había quedado prácticamente en manos de la multitud después que las autoridades la abandonaran siguiendo las huellas de los jerarcas fascistas. Los americanos se instalaron sin dificultad, preguntándose si de verdad las estructuras políticas italianas estaban cediendo, como ciertos indicios hacían presagiar.
La respuesta a esta interrogación no se hizo esperar. Con todo, para las tropas aliadas implicadas en el duro trabajo de la conquista de Sicilia la caída del fascismo no tuvo por el momento consecuencias apreciables. Por todo el 25 de julio, hasta noche cerrada, combates furiosos ensangrentaron el frente del Etna, en la llanura de Catania. Cefalú cedió primero, pero la batalla continuaría durante varios días hacia Castelbuono, Nicosia y Leonforte. En el sector intermedio del frente, en el punto de reunión entre los dos ejércitos, los canadienses llegaron a Agira el 28 de julio, y la noche siguiente, junto con la 78ª División, atacaron y conquistaron Catenanuova.

Los aliados entran en Palermo el 22 de julio de 1943, aclamados por la población. La acogida de los isleños fue muy amistosa porque muchos entre los soldados estadounidenses eran italoamericanos de origen siciliano.





Un infante americano, con ropa camuflada, se esconde entre las espigas de un campo en Santo Stefano, cerca del pueblo de San Fratello, ocupado por los aliados el 3 de agosto de 1943.

Después atravesaron el río Dittaino. La piedra clave de todo el sistema defensivo germanoitaliano seguía siendo, no obstante, la villa de Adrano, que a su vez sólo podía ser tomada con la ocupación previa de Centuripe, un gran pueblo situado en la cima de una colina y asequible sólo por una carretera escarpada y tortuosa. Según Shepperd, *"la noche del 1 de agosto la 78.ª División pasó al ataque encontrando una fanática resistencia por parte de la división "Goering" y del 3.º regimiento de paracaidistas".* Después de treinta y seis horas de combates por la carretera y luego de casa en casa, el 3 de agosto fue conquistado también Centuripe. Alexander escribió a continuación: *"Nuestra amenaza sobre Adrano hace indefendibles las posiciones enemigas".* El mismo día (3 de agosto) caía en manos de la 3.ª División americana la aldea de Santo Stefano, y resultaba directamente amenazado San Fratello. Pero la división encontraba una fuerte resistencia en sus tentativas de ocupar Troina.

Troina: la batalla más dura

Esta batalla por la conquista de Troina fue la más penosa y sangrienta que los americanos sostuvieron durante toda la campaña de Sicilia. La historia de esta batalla está narrada, con abundancia de detalles, en las memorias del general Omar Bradley, jefe del II Cuerpo de Ejército americano. *"Durante tres días el ataque de Allen contra Troina fue*

rechazado por la desesperada resistencia alemana. Desde una montaña boscosa al nordeste de la ciudad el enemigo rechazó nuestros asaltos con fuego de artillería, cuyos resultados eran exactamente observados. Todo avance tenía como respuesta un violento contraataque, y las fuerzas de Allen sufrieron veinticuatro de ellos en seis días.
Para reforzar su ataque, hicimos llegar al frente un segundo regimiento de la 9.ª División de infantería, lo que subió a cinco el número de regimientos americanos implicados en la batalla. Este último regimiento recibió el encargo de desalojar al enemigo de sus puestos de observación para la artillería. En cuanto a Troina, sería bombardeada hasta la rendición o reducida a polvo. Por la tarde del 4 de agosto, a última hora, me detuve en una curva de la carretera, en la localidad de Cerami, para asistir a este bombardeo aéreo, el más pesado de nuestra campaña en Sicilia. A través de la depresión en forma de taza, ahora oscurecida por el polvo, el fuego de dieciocho batallones de artillería martilleaba las posiciones de los antiaéreos enemigos.
Treinta y seis cazas-bombarderos volaban sobre nosotros y cada uno llevaba una bomba de 250 kilos. El fuego de artillería se espació mientras los bombarderos caían en picados casi verticales. Pronto la cumbre del cerro de Troina estuvo envuelta en humo y polvo. Cuando una segunda oleada de treinta y seis aviones hubo atacado aquella ciudad devastada, Troina yacía semiescondida en una columna de polvo gris que cubría parcialmente hasta el cono del Etna. La infantería atacó de nuevo, y de nuevo el enemigo la rechazó y efectuó un violento contraataque.
Al día siguiente repetimos la ofensiva. Esta vez también el general de división Edwin J. House, jefe táctico de la fuerza aérea de Patton, me acompañó a Cerami para asistir al bombardeo aéreo. Pero la hora señalada transcurrió sin ninguna señal de vida por parte de los aviones. Cuando estábamos a punto de abandonar, muy decepcionados, nuestro puesto de observación, un rumor de motores zumbó en el aire. Después, altos en el cielo, aparecieron tres A-36 dirigidos hacia sus bases.
'Santo Dios —dije a House—, ¿dónde crees que habrán saltado las bombas?'. 'Maldito si lo sé', me respondió.
Será mejor volver a tu Cuartel General y ver qué es lo que no ha funcionado'.
Apenas llegados, el teléfono empezó a sonar. Era Oliver Leese, del XXX Cuerpo inglés. '¿Qué hemos hecho para



Superado el momento de la sorpresa, alemanes e italianos organizaron el plan defensivo de la isla.

Arriba, a la izquierda, un grupo de infantes va a lanzarse al contraataque, protegido por el fuego de una ametralladora Breda. Abajo, un grupo de paracaidistas ingleses capturado por los alemanes espera ser enviado hacia retaguardia.

Debajo, el puente de Primosole, sobre el río Simeto, que, tomado por los ingleses, fue reconquistado por alemanes e italianos, y fue teatro de durísimos encuentros antes de ser perdido definitivamente por las tropas del Eje.



que vuestros aviones nos bombardeen?', preguntó.
'¿Dónde os dieron?', gemí.
'En mi Cuartel General —dijo—. Han destruido prácticamente la ciudad'.
Pero entre tanto también el enemigo había sufrido graves pérdidas en los roquedales de Troina. Por tanto se retiró, y nuestros carros pudieron avanzar. En la soleada mañana del 6 de agosto, el 16.º regimiento de infantería de Allen escaló los flancos abruptos de la colina de Troina, aunque los alemanes opusieron una tenaz resistencia de retaguardia. Aterrorizados y aturdidos por una semana de bombardeos, los habitantes empezaron a salir de sus sótanos. El cálido sol había estado cociendo las montañas de ruinas que bloqueaban las calles de la ciudad y un nauseabundo olor de muerte se estancaba por todas partes.
Pero tuvimos que admitir que si el bombardeo había aturdido momentáneamente a Troina, habían muerto bien pocos alemanes".

Según las informaciones aéreas, no había habido grandes movimientos de tropas a través de Troina, que por lo tanto se suponía débilmente defendida. Con todo, el VII Ejército americano fue a chocar contra la 29.ª División "Panzergranadieren" y fuertes núcleos de la 15.ª, dispuestos a caballo de la carretera que llevaba a la ciudad. La zona era muy áspera y formada de modo que facilitaba la obra de los defensores. Todos los ataques americanos fueron rechazados hasta el 6 de agosto, cuando el general alemán Hube decidió retirarse sobre una línea defensiva más reducida. De este modo esperaba Hube ganar al menos una semana para asentarse, frenando el avance enemigo, sobre la línea Giarre-Randazzo-Capo Orlando, mientras la 29.ª División tenía el encargo de resistir en San Fratello el mayor tiempo posible. Pero Patton, llevando al frente de refresco la 9.ª División, tomó Cesarò y con una afortunada operación anfibia pudo ocupar Sant'Agata. En el sector central, Randazzo, a espaldas del Etna, era ya la piedra clave.

En el plano militar, la caída del fascismo estaba acrecentando la recíproca desconfianza entre los alemanes e italianos, y es fácil imaginar con qué resultado para la defensa de Sicilia. Los alemanes, previendo la salida de Italia de la guerra, se apresuraron a hacer afluir refuerzos para defenderla directamente. Los italianos, a pesar de las seguridades de Badoglio y de Ambrosio, trataron de oponerse a esta "invasión" alemana mientras iniciaban las conversaciones de paz con los aliados, y buscaron luchar cada vez más débilmente. Igualmente, la evacuación de Sicilia había sido ya decidida. Ninguno de los dos dudosos aliados y futuros enemigos quería dejarse atrapar sus fuerzas en la isla, que ya estaba considerada como perdida.

La ruptura y la conquista de Messina

Desde el 26 de julio Kesselring había recibido la orden de parar el envío de refuerzos a Sicilia, y de prepararse a abandonar incluso Cerdeña y Córcega. Grande fue la sorpresa de los italianos cuando se enteraron, por ejemplo, de que los alemanes habían dejado —el 27 de julio— Nicosia sin esperar siquiera el ataque americano.

El 8 de agosto, tras numerosos ataques, Patton logró tomar San Fratello y Cesarò, mientras que el VIII Ejército inglés conquistaba Bronte, al norte de Catania, en el intento de romper por la carretera de la costa. Este último esfuerzo falló, sin embargo, porque los alemanes habían minado y volado am-

LAS BOFETADAS DE PATTON

Durante la campaña de Sicilia, el general George Patton fue protagonista de un episodio que tuvo graves repercusiones en su carrera y que le fue reprochado hasta su muerte, acaecida en Alemania en 1945 en un accidente automovilístico. Leamos el relato en las Memorias del mismo Patton:
"Durante el ataque a Troina, me acerqué al Cuartel General de Bradley, que dirigía el ataque, acompañado por el general Lucas. Poco después de llegar vi un hospital de campaña en un valle y fui a inspeccionarlo. En el hospital había por lo menos trescientos cincuenta hombres gravemente heridos. Todos soportaban estoicamente sus sufrimientos y se interesaban por el desarrollo de la acción. Poco después de dejar el hospital vi un soldado sentado en una caja, a poca distancia del centro de recepción. Me detuve y le dije: '¿Qué te sucede, muchacho?'. Me respondió: 'Nada. Sólo que no lo soporto'. Le pregunté qué quería decir. Y contestó: 'No soporto que nadie me dispare'. Le repliqué: '¿Quieres decir que estás aquí para evitar cumplir con tu deber?'. Empezó a llorar y me di cuenta de que me encontraba ante un caso de histeria. Por eso le abofeteé con el guante y le ordené levantarse, unirse a su sección y portarse como un hombre, y así lo hizo. En realidad había abandonado el frente sin permiso. Estoy convencido de que mi comportamiento fue absolutamente correcto y que si los otros oficiales siguieran mi ejemplo, el vergonzoso uso del agotamiento de batalla como excusa para la cobardía se habría reducido infinitamente".
El episodio llegó a conocimiento de los altos mandos aliados, los cuales comprendieron pronto la publicidad negativa que de él se derivaría para el ejército americano si hubiese sido comentado por la prensa. Así que intervino el mismo Eisenhower. Patton cuenta: "Después de la comida, el general Blesse, jefe del servicio médico, me llevó una carta muy irritada de Ike en relación con el soldado al que castigué por lo que me pareció cobardía. Evidentemente he actuado precipitadamente, sin el adecuado conocimiento. Sin embargo, mi acción había sido correcta, porque no se puede permitir que ocurran casos como éste, que son como una enfermedad infecciosa. Pero admito haber equivocado el método y estoy dispuesto a dar todas las excusas necesarias. Me molesta mucho cuanto ha sucedido, porque odio enfadar a Ike y querría siempre contentarlo. A las 18 horas ha venido también Lucas para explicarme la actitud de Ike. Mi moral está por los suelos. A las 10 he ido a la iglesia, en la Capilla Real. A las 11 he hablado con todos los médicos, enfermeras y soldados que han sido testigos del incidente. Les he mencionado a un amigo mío que, durante la primera guerra mundial, rehusó combatir y después se mató. Añadí que había actuado para evitar la repetición de esta tragedia".
Como Eisenhower había previsto, el episodio fue conocido y ampliamente difundido por la prensa, y, por tanto, entre los lectores americanos, particularmente sensibles a las condiciones en que combatían sus "muchachos". A Patton se le quitó el mando, y la carrera de uno de los más brillantes generales americanos sufrió un injusto compás de espera. Después, hasta la campaña de Normandía, se confiaron a Patton sólo encargos secundarios.

plios sectores de la carretera en lugares dominados por pendientes a pico o por rocas. Para abrir un hueco fue necesario hacer venir directamente de Inglaterra una unidad canadiense especialista en la excavación de galerías.
El 11 de agosto Jodl y Rommel discutieron el ya urgente problema de asegurar a los alemanes el control de todas las operaciones militares en Italia. En una reunión con Hitler aquella misma noche, fue aprobado el plan de Rommel para Italia. Consistía éste en la continuación de acciones retardadoras en Sicilia (a fin de dar tiempo al mayor número posible de tropas de dejar la isla) y en la creación a lo largo de la península de cuatro líneas sucesivas de defensa: 1) Cosenza-Tarento; 2) Salerno; 3) Cassino; 4) los Apeninos al





norte de Florencia. Este fue el plan que, como se sabe, fue seguido por los alemanes para las operaciones en Italia en los meses y años sucesivos, y que les permitió resistir hasta 1945.
Entre tanto, en Sicilia la 50.ª y 51.ª Divisiones americanas estaban avanzando desde Riposto por la carretera costera oriental, fuertemente defendida por la "Goering". En el área central la 9.ª y la 78.ª habían ocupado Randazzo y Floresta. Al norte la 3.ª, con el apoyo de un contingente de desembarco, había casi logrado separar una parte de la 29.ª División alemana en Brolo y estaba ya enfrentándose a la primera de las tres líneas de defensa improvisadas por el general Hube en torno a Falcone.
La atención de ambas partes estaba ya centrada en el estrecho de Messina. Los germanoitalianos estaban haciendo esfuerzos por evacuar el mayor número posible de hombres (aunque sus objetivos, que se ocultaban recíprocamente, eran ya netamente divergentes, e incluso opuestos); los aliados, por impedirlo. Esta operación aliada debía ser realizada evidentemente por fuerzas de la marina y la aviación. Pero el almirante Cunningham opinó que las costas del estrecho estaban demasiado fuertemente guarnecidas de artillería para que fuese posible enviar allí naves de gran tonelaje. En efecto, Cunningham pensaba sólo en acciones por parte de pequeñas unidades, efectuadas durante la noche, confiando el grueso del problema a los aviones del general Tedder. Pero también este último se echó parcialmente atrás, aduciendo el hecho de que las acciones de los bombarderos ligeros y de los caza-bombarderos habrían desencadenado las defensas antiaéreas del estrecho, que con razón se suponían muy fuertes. En cuanto a los bombarderos pesados, su empleo sólo sería posible del 5 al 9 de agosto, cuando estaban libres de misiones contra los nudos viarios y ferroviarios de la Italia del centro y norte. La consecuencia de todo esto fue que los ataques navales y aéreos aliados contra los transportes italoalemanes en el estrecho resultaron discordes y prácticamente ineficaces. Los navíos alcanzados fueron bastante pocos, y las pérdidas infligidas, relativamente leves. Los alemanes pasaron en masa, con armas



En la foto de la izquierda, carros americanos Sherman entran en el casco de Catania. Arriba, infantería inglesa al ataque en la línea Catania-Messina. A pesar de la rápida conquista de la isla, la "Operación Husky" fue considerada una victoria parcial, porque permitió a los alemanes salvar la casi totalidad de las fuerzas.

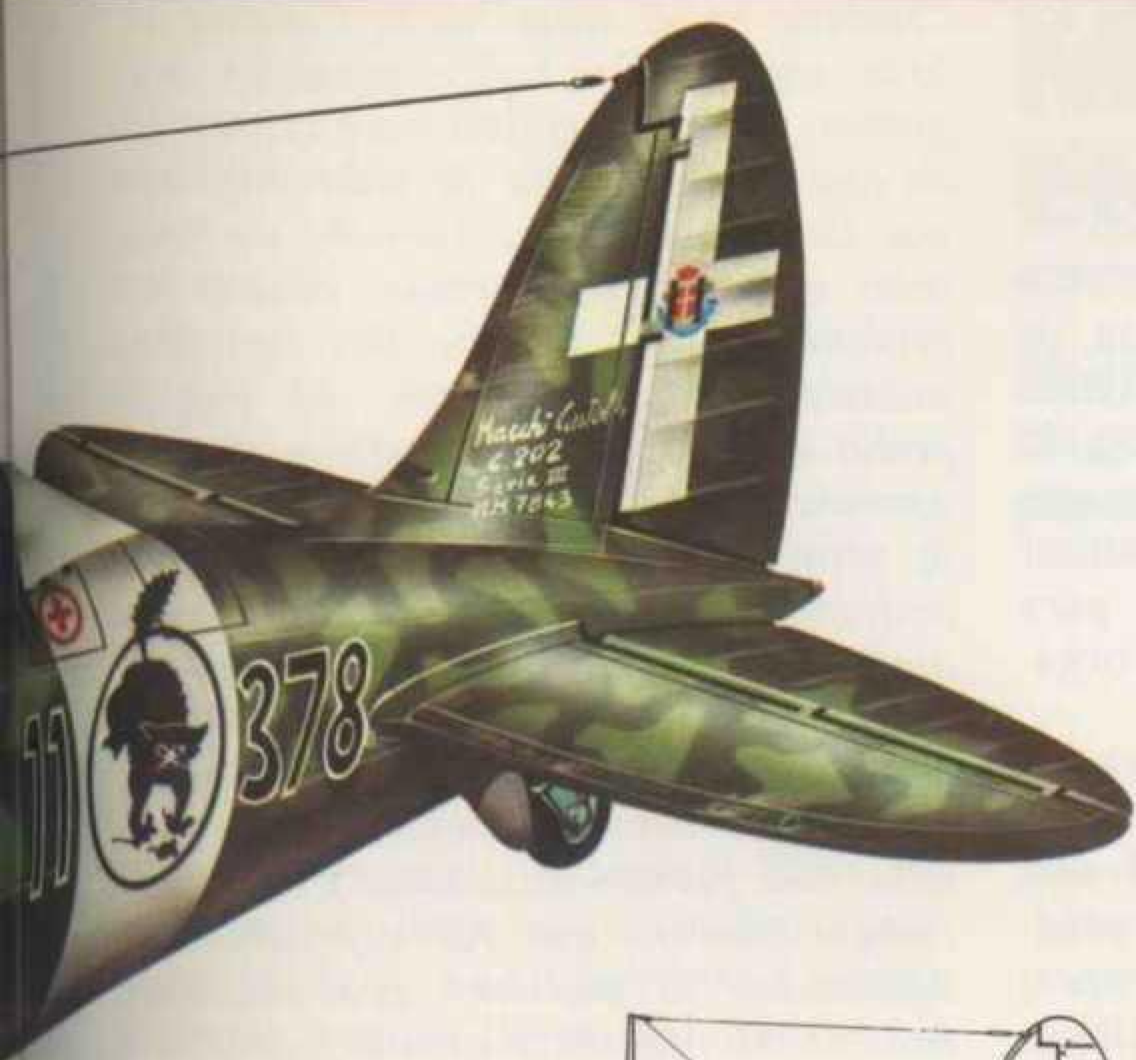
A la derecha, una batería inglesa abre el fuego desde su posición, en las laderas del Etna.

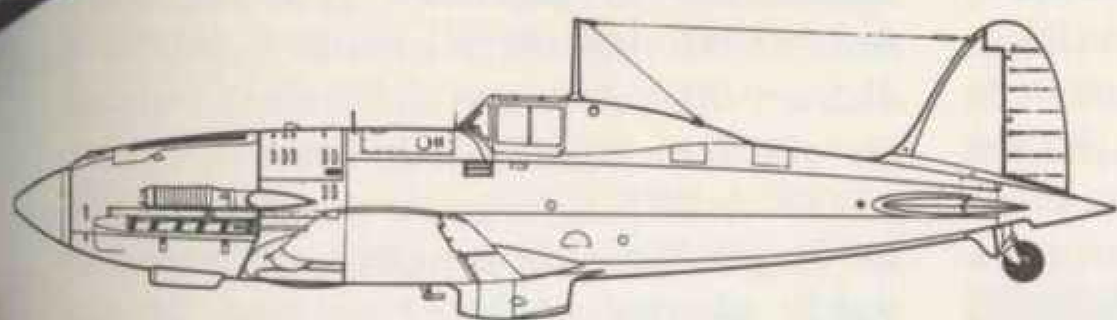
Mc 202 "FOLGORE"

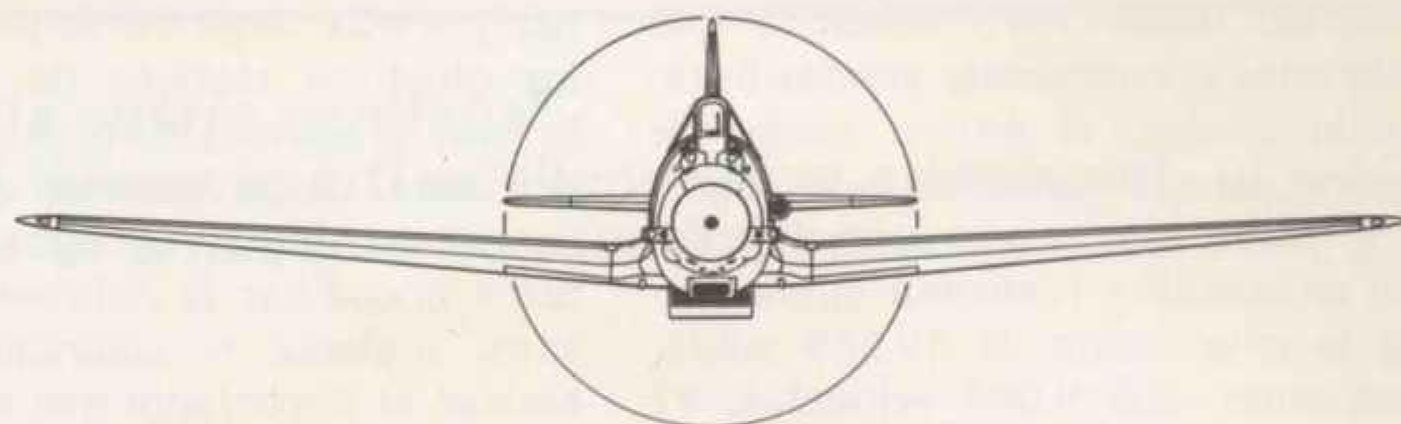
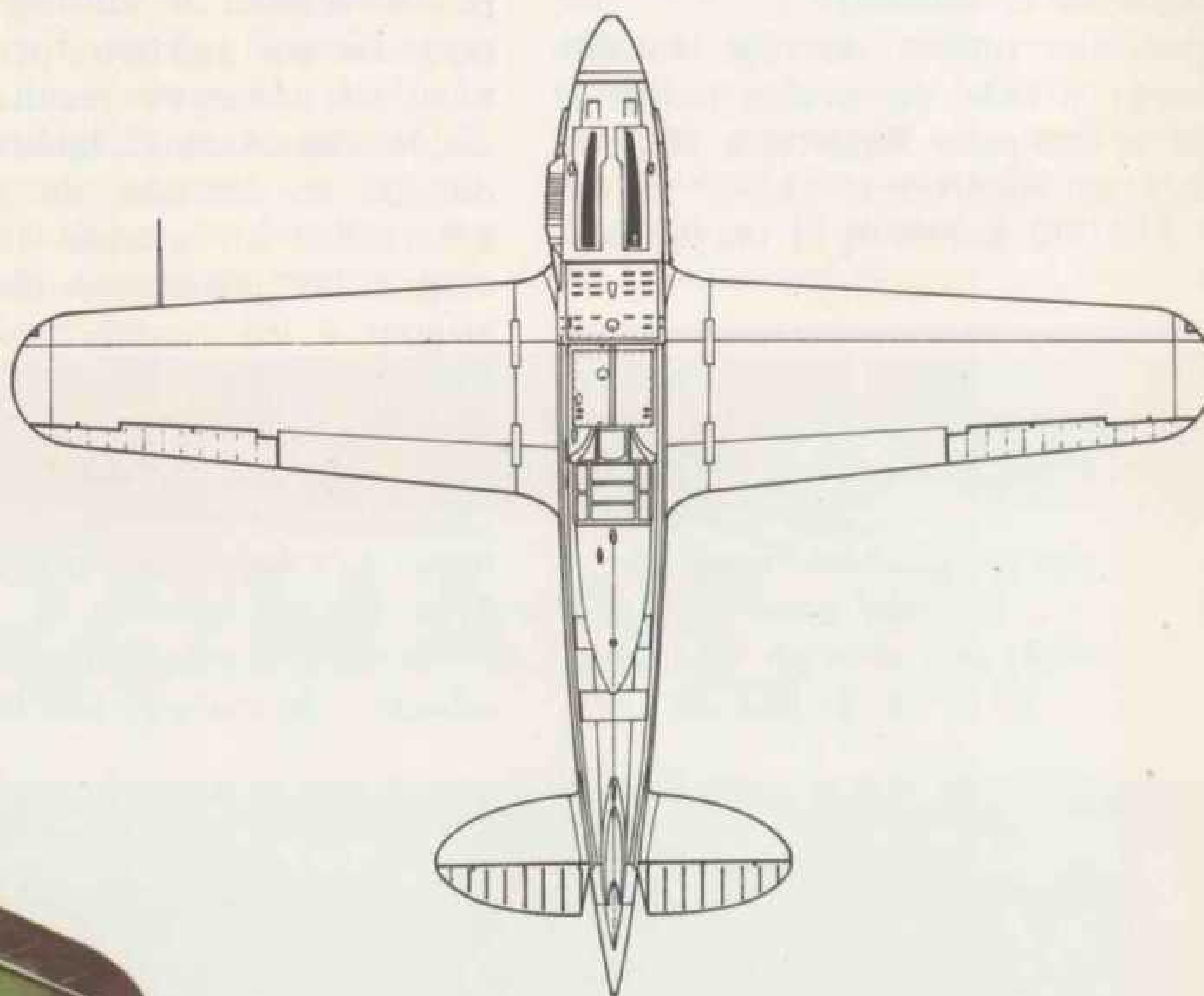


Proyectista	Ing. Mario Castoldi
Primer vuelo	10 de agosto 1940
Envergadura	10,58 m.
Superficie de planos	16,80 m²
Longitud	8,85 m.
Altura	3,51 m.
Peso a plena carga/vacío	2.889 kg./2.350
Carga útil/tripulación	639 kg./1
Motor	Alfa Romeo RA 1000 RC41 de 1.175 HP.
Tiempo de subida a 6.000 m.	6'26"
Velocidad máx.	596 km/h.
Cota de tangencia	10.200 m.
Armamento defensivo	2 am. de 12,7
Armamento de caída	2 bombas de 160 kg.
Autonomía	765 km.

A todos los que tuvieron la oportunidad de vivir los tremendos años del último conflicto mundial, el binomio Macchi-Castoldi traerá seguramente a la memoria una "familia" de aviones de caza que constituyó el orgullo y el nervio de esta especialidad de la Regia Aeronautica. El ingeniero Mario Castoldi proyectó para la Aeronautica Macchi los tres excelentes cazas Mc 200 "Saetta", Mc 202 "Folgore" y Mc 205 "Veltro", que fueron empleados, con el aprecio de los que debían pilotarlos, en todos los frentes que entre el 40 y el 45 vieron combatir al soldado italiano. No es posible, pues, hablar del "Folgore", ilustrado aquí, sin hacer referencia al "Saetta" y después al "Veltro", pues la unión entre las tres generaciones de esta familia es muy íntima. Se trató más que de tres aviones conceptualmente diversos entre sí, de proyectos procedentes de una base sustancialmente idéntica, a la que fueron aportadas sucesivas modificaciones para poder





obtener de los aparatos rendimientos siempre buenos, manteniéndolos a la altura del progreso tecnológico del momento. Nacido de un proyecto esbozado ya en 1935, el prototipo del Macchi 200 voló por primera vez en los últimos días de 1937. Monoplano de ala baja y estructura enteramente metálica, demostró pronto magníficas dotes de maniobrabilidad y de robustez constructiva. Algunas características eran verdaderamente notables. Durante las pruebas oficiales llegó a alcanzar, en caída, los 800 km/h. Pero se trataba de un avión que se resentía de las limitaciones impuestas por el motor en estrella, adoptado por lo demás para fórmula de la casi totalidad de los aviones italianos del momento. Con el tiempo este "handicap" se fue haciendo más evidente, especialmente en comparación con los más potentes cazas adversarios. Se decidió entonces adoptar un propulsor mejor, y la elección recayó en el óptimo Daimler Benz 601 A1, de doce cilindros en V invertida, de potencia de 1.175 HP. en vez de los 870 del Fiat montado en el "Saetta". Nació así, en el verano de 1940, el Macchi 202, que entró en producción en septiembre del mismo año. Las primeras entregas a las unidades fueron efectuadas en mayo de 1941. Dentro de poco, en vez del DB 601 se empezaría a montar su versión fabricada en Italia por la Alfa Romeo con licencia alemana, denominada RA 1000 RC41. El motor en línea conllevó también un retoque a la estructura de la célula, que tuvo así un perfil fusiforme, aerodinámicamente superior y más pulido. Todas estas modificaciones permitieron un incremento de velocidad de 93 km/h. En lo que respecta a armamento, punto débil de todos los cazas italianos, permaneció inicialmente idéntico al del "Saetta", es decir, dos ametralladoras Breda SAFAT de 12,7 disparando a través del giro de la hélice, hasta que fue dotado de dos armas alares de calibre 7,7. El piloto estaba protegido por 77 kg. de plancha acorazada, y en la última serie de Macchi 202, también por un parabrisas blindado. Para el empleo del avión como caza de asalto estaba previsto un armamento de caída de 320 kg. La dotación electrónica del "Folgore", constituida en el "Saetta" por una sola radio receptora, comprendía un aparato receptor-transmisor y un radiogoniómetro. Para operaciones en zonas desérticas estaba previsto el empleo de filtros antiarena. El Macchi 202, que fue el verdadero caballo de batalla de la serie, no sufrió nunca modificaciones importantes. En abril del 42, con motor más potente y armamento incrementado, dará origen al Macchi 205, un excelente aparato que, después del 8 de septiembre, será usado por la aviación de la República Socialista. Peleará muy bien contra los bombarderos aliados, pero será el canto de cisne de la industria aérea italiana de guerra.

y bagajes, a las costas calabresas. Como era ya previsible, y con gran bochorno de Montgomery, la carrera a Messina fue ganada por los americanos de Patton. El 16 de agosto una patrulla americana penetró en la ciudad procedente del oeste. Pero antes de que las columnas convergentes aliadas llegaran a la ciudad, el último medio de transporte alemán había logrado alejarse de la playa, y una operación bastante bien estudiada y realizada había permitido la evacuación de 39.569 soldados alemanes, con 9.065 vehículos, 47 carros de combate y 94 cañones, además de 17.000 toneladas de municiones. También 62.000 italianos lograron atravesar el estrecho.

Las pérdidas totales del Eje durante los treinta y ocho (o treinta y nueve) días de la campaña llegaron a 164.000 hombres, así repartidos: 32.000 alemanes y 132.000 italianos, la mayor parte prisioneros. Los aliados perdieron en conjunto 31.158 hombres, de los cuales sólo 20.000 en las operaciones terrestres.

La campaña de Sicilia fue un éxito aliado, porque consiguió (aunque en un tiempo más largo de lo previsto) todos los objetivos tácticos (la conquista de la isla) y estratégico-políticos (la salida de Italia de la guerra) que se había propuesto. Sirvió también para cimentar y coordinar la colaboración militar entre ingleses y americanos, y para revelar lo importante que era una organización acertada.

Esto no significa que no se cometieran errores. Muy discutido fue, por ejemplo, el empleo de las tropas aerotransportadas que sufrieron pérdidas gravísimas, sin conseguir resultados de apreciable importancia. Igualmente criticada fue la decisión de Alexander de desarrollar un ataque en dos puntos contra las posiciones del Etna y de asignar a los canadienses la carretera Caltagirone-Leonforte, deteniendo a la 45.ª División en su esfuerzo en dirección a Enna, decisión que permitió a los alemanes reforzar las defensas en torno a Catania y apostar sus carros en la línea del Etna.

Montgomery justificó su fracaso en el esfuerzo de romper por la costa oriental hasta Messina con estas palabras: *"Insistir en el salto hacia Catania habría significado sufrir pérdidas muy graves, y yo no estaba muy convencido de que este derroche de vidas humanas nos llevaría al éxito. Además, no intentaba embotar mis armas, cuando era evidente que en Europa nos esperaban todavía duros combates. El objetivo podía alcanzarse con pérdidas menores operando sobre el eje de Adrano, con la ventaja, además, que de esa parte podíamos mantenernos en contacto con nuestros aliados americanos".* Interesante resulta también el comentario de Eisenhower: *"Las operaciones de Montgomery en la costa oriental han comenzado con buenos auspicios, y por cierto tiempo pareció que las esperanzas de Alexander se pudiesen realizar. Pero cuando Montgomery estuvo dispuesto a atacar las barreras defensivas naturales que iban del Etna al mar, el enemigo se había reforzado ya demasiado. La posibilidad de un golpe de mano se había desvanecido, si es que alguna vez existió".*

Según el principal historiador militar de la segunda guerra mundial, sir Basil Liddell Hart, el éxito aliado en Sicilia fue sólo una victoria a medias, porque permitió el reembarco de la mayor parte de las fuerzas alemanas.



El muelle de Messina, cerca de la Estación Marítima, como apareció a las vanguardias americanas del general Patton cuando entraron en la ciudad, el 16 de agosto de 1943.

MISION SECRETA EN LISBOA

Mientras "la guerra continúa", el general Giusseppe Castellano llega a Portugal para tratar el armisticio con los italianos.

"La guerra continúa", decía lapidariamente la proclama del nuevo jefe de gobierno, general Badoglio. Pero los italianos no llegaron a atribuir gran importancia a estas palabras, porque para la mayor parte del pueblo la guerra había sido una aventura querida e impuesta por el fascismo, y esto significaba que caído el régimen también la paz sería restablecida. Estaba claro que las cosas no podían ser tan sencillas, por más que el encargo confiado por el soberano al sucesor de Mussolini previese específicamente una acción decidida para sacar al país de una guerra ya perdida. Más allá de las seguridades verbales, por tanto, un nuevo gobierno italiano estaba ocupado en desengancharse de los compromisos asumidos con su aliado alemán y en pedir la paz.

Esto había sido intuido incluso por los aliados, para los cuales la crisis política que había sacudido Italia, y había llevado a la detención de su dictador, tenía un significado clarísimo. Los aliados, que habían decidido ya imponer a cualquiera que quisiese salirse del conflicto una paz sin condiciones, comprendieron que Italia estaba buscando el mejor medio de salir airosa. El país estaba lleno de unidades alemanas y el armisticio habría podido significar la ocupación. En suma, los italianos tenían necesidad de mucho valor para tomar una decisión tan grave. Era aconsejable tenderles la mano.

Cuatro días después de la caída de Mussolini, el comandante en jefe de las fuerzas aliadas, general Eisenhower, dirigió a Italia una especie de mensaje en el que se ocultaba una promesa tentadora: *"Nos congratulamos con el pueblo italiano y con la Casa de Saboya por haberse librado de Mussolini, el hombre que les había llevado a la guerra como un instrumento de Hitler y les había colocado al borde del desastre. El mayor obstáculo que separaba al pueblo italiano de las Naciones Unidas ha sido despejado por los mismos italianos... Vosotros queréis la paz. Podéis tener inmediatamente la paz en condiciones honorables... Vuestro papel consiste en cancelar inmediatamente toda asistencia a las fuerzas germanas en vuestro país".* A través de los micrófonos de Radio Londres y de Radio Argel el mensaje de Eisenhower pronto fue conocido de

ROMANI,

dopo l'appello di S. M. il Re Imperatore agli Italiani e il mio proclama, ognuno riprenda il suo posto di lavoro e di responsabilità.

Non è il momento di abbandonarsi a dimostrazioni che non saranno tollerate.

L'ora grave che volge impone ad ognuno serietà, disciplina, patriottismo fatto di dedizione ai supremi interessi della Nazione.

Sono vietati gli assembramenti e la forza pubblica ha l'ordine di disperderli inesorabilmente.

Roma, 26 Luglio 1943

BADOGLIO

Una de las proclamas del mariscal Badoglio a los romanos, promulgada con el intento de mantener el orden y control de la situación. En realidad, esta inesperada actitud perjudicó mucho la ya escasa popularidad del jefe del gobierno.

LOS PRIMEROS SONDEOS DE RENDICION: CIANO Y EL DUQUE DE AOSTA

Ya desde el otoño de 1942 —cuando la derrota de El Alamein había hecho desvanecerse la posibilidad de victoria del Eje y había hecho aproximarse el peligro para la integridad territorial del país— por parte italiana se habían emprendido dos tentativas de paz separada, cada una desconocida por la otra. La primera fue un sondeo intentado en Lisboa por el embajador italiano Fransoni por cuenta de Ciano, a través de un intermediario rumano, Jon Pangal. La segunda tuvo como protagonista al duque Aimón de Aosta, que actuó a través del cónsul general de Italia en Ginebra. La primera revelación relativa a estos sondeos surgió con la publicación de una carta que el entonces ministro del Exterior inglés, Anthony Eden, envió en seguida a los embajadores aliados, americano y soviético, Winant y Maisky. En esta carta, Eden proponía rechazar la iniciativa de Fransoni porque, concretaba, "los italianos de Lisboa son servidores del régimen". *Aconsejaba más bien proseguir los coloquios de Ginebra que le parecían más prometedores, aunque las intenciones del duque de Aosta —derribar el fascismo con una revuelta armada— le parecían de no fácil realización. El duque, decía Eden, no parecía contar* "con ningún apoyo por parte del Ejército a excepción de los Bersaglieri, es decir, un máximo de veintisiete mil hombres". *Es difícil decir de qué fuente había obtenido Eden la información según la cual los Bersaglieri serían un cuerpo dispuesto a un "pronunciamiento", pero parece posible afirmar que la fuente no fue el "Intelligence Service", que sobre la situación interna italiana estuvo siempre escasamente informado. La tentativa del cónsul en Ginebra, Marieni, se remontaba a la primavera de 1942, cuando el cónsul, que acababa de ser trasladado a Ginebra, fue a visitar al duque Aimón, del que había sido secretario. En el curso de la conversación el duque se mostró más bien pesimista y exhortó a su ex colaborador a intentar un contacto con los angloamericanos, dado que la suerte le permitía residir en una localidad donde ciertas cosas eran posibles.*
Marieni se puso a ello y encontró contacto con el coronel inglés Farrel, que en Ginebra ocupaba el falso cargo de cónsul británico. A él fue a quien Marieni hizo saber que en Italia estaba Aimón dispuesto a derribar a Mussolini si Inglaterra le aseguraba cierto apoyo. El duque de Aosta pedía que la aviación inglesa se dedicara a paralizar a la italiana (fascista) y alemana; un desembarco aliado en la península con el declarado propósito de liberarla del fascismo; la seguridad del mantenimiento de la monarquía, y el compromiso relativo a la intangibilidad de la flota. El coronel Farrel transmitió estas propuestas a Londres, y Eden las consideró viables a condición de que un príncipe de la Casa de Saboya, evidentemente el mismo Aimón, se trasladara inmediatamente a Cerdeña, abriese las puertas a los barcos aliados y constituyese un gobierno libre. El cónsul Marieni tomó en seguida el tren y se lanzó a ver al duque, que habitaba en Lerici. Este le encargó de preguntar qué ventajas tendría Italia en el momento de la rendición y qué apoyo concreto darían al golpe de estado la flota y el arma aérea de los aliados. Marieni volvió a Ginebra, habló otra vez vez con Farrel y las cosas se fueron alargando sin resultado porque en realidad el duque de Aosta no tenía ninguna posibilidad de cumplir el ambicioso proyecto, ni los ingleses parecían tener intenciones serias de echar una mano a Italia para que se liberase del fascismo. El gobierno inglés, en el punto al que habían llegado las cosas, estaba más bien interesado en crear en nuestro país un clima de tensión y confusión a fin de que ello repercutiese en las vicisitudes militares y en la marcha de la guerra. Queda una duda respecto a las efectivas intenciones del duque, ya que no podía realmente haberse imaginado tales posibilidades, que eran limitadas porque no tenían ningún seguimiento en el país. El historiador Mario Toscano, que recogió el testimonio directo del ex cónsul Marieni, dice que detrás de Aimón estaría el príncipe heredero Humberto, y que detrás de Humberto se perfilaría incluso la sombra de su padre, Víctor Manuel...

los italianos, y no sólo en el Estado Mayor y en el gobierno. La espera de una paz que parecía posible obtener "en condiciones honorables" continuó aumentando. En realidad parecía aumentar proporcionalmente al miedo que provocaban los alemanes. La firma de una paz separada planteaba problemas gigantescos a generales que no habían logrado resolver brillantemente casi ninguno de los problemas —no todos insolubles— planteados por la guerra.
El más grave de todos era el relativo a los alemanes, que seguían combatiendo al lado italiano para defender Sicilia de la invasión. Es verdad que en las ciudades sicilianas la gente aclamaba a los aliados como libertadores y que numerosísimos soldados, especialmente sicilianos, habían preferido volverse a casa más bien que continuar combatiendo, pero en definitiva seguía siendo embarazoso anunciar de un día a otro un cambio de frente. Por otra parte, los italianos se preguntaban qué harían los alemanes. Era evidente que, más allá de censuras y recriminaciones, más

allá de las previsibles represalias ordenadas por Hitler, el Estado Mayor alemán no se podía permitir perder Italia sin vender cara la piel. Si Italia caía en manos de los aliados, Alemania estaba amenazada de una invasión por el sur.

El encuentro de Tarvisio

Todo esto lo sabían sin duda también los italianos, los cuales preveían que, en la eventualidad de una salida de Italia de la guerra, una inmediata reacción alemana llevaría al país bajo la bota de la Wehrmacht. Por lo demás, lo que estaba sucediendo no hacía más que confirmar estos temores. Pasado el primer momento de estupor, los alemanes se habían recuperado y habían empezado a hacer llegar, a través del paso del Brénnero y otros valles alpinos —desde Francia y desde los Balcanes—, columnas autotransportadas de unidades y material. Eso quería indicar que en Berlín no se hacían ilusiones. La declaración de Eisenhower constituía, pues, verdaderamente un estímulo (y Dios sabe la necesidad de estímulos que tenía Badoglio) y al mismo tiempo una peligrosa jugada que acentuaba la desconfianza de los alemanes. El nuevo gobierno italiano se dio cuenta de que ante todo hacía falta tranquilizar al aliado para tratar de aplacar sus iras y sospechas. Así que el 6 de agosto el ministro del Exterior italiano, Guariglia, se reunió en Tarvisio con su colega alemán, Von Ribbentrop. A la conversación asistieron también el jefe del Estado Mayor, Ambrosio —el hombre que había manejado los hilos del complot contra Mussolini y que ahora se preparaba a manejar los del armisticio— y el jefe del Estado Mayor alemán, Keitel.
No había un temario definido para la reunión. Se trataba de mirarse a la cara y evitar una ruptura abierta. El gobierno italiano, por otra parte, había proclamado oficialmente la intención de continuar luchando al lado de su aliado, y Alemania no podía permitirse volver la espalda a los hombres que habían defenestrado a Mussolini. Se ha indicado que, en su intento de tranquilizar a los alemanes, los italianos se identificaron hasta tal punto con su papel que acogieron a la delegación alemana bajo la marquesina de la estación de Tarvisio con un perfecto saludo fascista... Pero los alemanes, mucho más realistas, con el pretexto del ya continuo peligro de los bombardeos aéreos, llegaron a bordo de un tren blindado.
La atmósfera se reveló enrarecida y tensa desde las primeras frases. Después del intercambio de saludos, Ambrosio presentó las quejas italianas por el hecho de que numerosas divisiones alemanas habían entrado en Italia los días anteriores, sin que hubiese intervenido un acuerdo preventivo con el alto mando italiano.
"Tenemos la impresión —dijo, dirigiéndose particularmente a Keitel— *que estáis abandonando las fuerzas en Italia meridional, os concentráis en torno a Roma y os alineáis desde Liguria a lo largo de los Apeninos como si, cambiando el concepto operativo, consideraseis el territorio italiano sólo como un bastión de la defensa de Alemania".*
El discurso no tenía vuelta de hoja y los alemanes escucharon en silencio porque respondía a la verdad, aunque no era cosa de admitirlo. Los alemanes estaban convencidos de que Italia se desengancharía rápidamente del conflicto. Frente a tal riesgo tomaban la única precaución posible: la de cerrar los pasos de los Apeninos entre la Italia central y la septentrional (a lo largo de la que un año más tarde sería llamada "Línea Gótica"), a fin de defender a Alemania de la temida invasión desde el sur.
Keitel, que había tomado algunos apuntes durante las palabras de Ambrosio, esbozó algunas explicaciones: los italianos, dijo, no parecen dispuestos a resistir en Sicilia, y el peso de la batalla recae en gran parte sobre los hombros de los alemanes. Eso obliga a los alemanes a tomar precauciones. Los italianos debían estar agradecidos a su aliado en vez de presentar recriminaciones como las expuestas allí. Las últimas palabras de Keitel son despreciativas e irónicas.
El ambiente helado paraliza a los asistentes, y Guariglia siente la necesidad de intervenir. *"El modo como las tropas alemanas entran en Italia estos días ha podido dar la impresión de que éstas llegaban no para una misión militar, sino para un servicio de orden público".* También la observación de Guariglia, presentada en los corteses términos de la mejor tradición diplomática, resultaba inaceptable. Pero Ribbentrop cortó la cuestión: *"No disponemos de tropas sino para combatir".* La escaramuza se había terminado así, y en este tono terminó también la inconcluyente reunión de Tarvisio, rematada correctamente con saludos y atenciones recíprocas. La primera referencia urgente de Ribbentrop a Hitler fue hecha por teléfono, antes aún de que el tren blindado saliese de nuevo hacia Alemania. La impresión que aquél había sacado de la reunión era negativa. Según él, el gobierno de Badoglio estaba tratando de firmar una paz separada con el enemigo.
Hitler no se sorprendió en absoluto, ni se inmutó. Desde hacía tiempo estaba convencido de que los italianos no habían cambiado desde la época de los Borgia, y en aquellos días los periódicos alemanes habían recordado abundantemente a la memoria de todos la siniestra "traición" italiana de 1915. *"El gobierno italiano es capaz de cualquier traición"*, dijo Hitler a Ribbentrop, y apenas colgado el auricular ordenó que otras cinco divisiones fueran enviadas a Italia según las disposiciones secretas contenidas en el "Plan Alarico".
Menos pesimista fue Guariglia, que volvió a Roma convencido de haber obtenido una tregua. Pero el ministro italiano del Exterior sabía también que esta tregua duraría poquísimo y que, por tanto, hacía falta darse prisa *"para concluir los necesarios acuerdos con los aliados"*. Pero el contacto con los aliados no era tan simple como podía parecer. Aparte de la dificultad objetiva de un paso de este género y aparte de los riesgos que conllevaba, seguía existiendo el problema de si sería útil. La fórmula de la "rendición incondicional" *(unconditional surrender)* establecida por los angloamericanos en Casablanca, no facilitaba las cosas, aunque la declaración de Eisenhower lo hiciera esperar.
Uno de aquellos días fue convocado el general Ambrosio por la princesa María José, esposa del príncipe heredero, y escuchó que en un sondeo informal, realizado por encargo de ella, los aliados habían hecho saber al dictador portugués Salazar que la fórmula de la "rendición incondicional" no admitía excepciones. Aunque estupefacto por la iniciativa de la princesa de Piamonte, Ambrosio había sido obligado a tomar nota de que había poco que esperar, y que era también aconsejable estipular alguna cosa en el menor tiempo posible, porque el tiempo actuaba en favor de los alemanes. En realidad, había el riesgo de quedarse con las manos vacías, a merced de los aliados, por un lado, y de los alemanes, por otro.
Ambrosio decidió en este estado de ánimo enviar de misión a Portugal a su hombre de confianza, Giuseppe Castellano. Las posibilidades de elección del jefe de Estado Mayor no eran mu-



En la foto, los participantes en el convenio de Tarvisio. De izquierda a derecha, el ministro del Exterior italiano, Guariglia; el embajador alemán en Roma, Von Mackensen, y el ministro del Exterior alemán, Von Ribbentrop.

chas, ya que la situación estaba como estaba y los alemanes tenían ojos por todas partes. Castellano tenía la ventaja de ser una especie de confidente de Ambrosio. Hacía tiempo que los dos se entendían sin hablar, sólo con una mirada. Era el general más joven del ejército italiano, y en el ambiente del Estado Mayor pasaba por hombre capaz, dotado de inteligencia y de espíritu de iniciativa. Fue el 10 de agosto cuando Ambrosio lo llamó y le reveló la misión que le asignaba: debía marchar en tren a Lisboa a tratar de convencer a los americanos e ingleses que Italia, ya liberada de Mussolini, no sólo estaba dispuesta a firmar la paz separada, abandonando a su destino al aliado alemán, sino que estaba incluso disponible para pasar al otro lado, es decir, estaba dispuesta a declarar la guerra a los alemanes.

Como siempre, entre Ambrosio y Castellano no fueron necesarias muchas palabras, ya porque el primero no tenía ganas de decirlas, ya porque el segundo era demasiado buen conocedor de su superior como para esperarlas. Como todo buen general, también Castellano sólo tenía necesidad de una orden que lo pusiese en movimiento. Sabía bien que si la misión triunfaba, Ambrosio afirmaría haber explicado hasta el detalle, pero que si fracasaba, Ambrosio admitiría todo lo más haber estado al corriente de la misma, pero nada más, de modo que toda la responsabilidad caería sobre sus hombros.

El misterioso comendador Raimondi

Incluso llegar a Madrid representó un gran problema para el enviado del Estado Mayor italiano, dedicado a evitar el contraespionaje alemán. Finalmente se excluyó el avión porque habría llamado la atención de demasiada gente, y se prefirió el tren. Precisamente aquellos días iba a salir de Roma una delegación de la oficina de protocolo del ministerio del Exterior, encargada de ir a recibir al personal de la embajada italiana de Santiago de Chile, camino de la patria después de la ruptura de relaciones diplomáticas. Guariglia —naturalmente al corriente de la decisión de Ambrosio— hizo llegar a Castellano un pasaporte destinado a un imaginario comendador Raimondi, fun-

Escribe Badoglio en sus "Memorias":
"Yo había podido tomar contacto, por medio de personas de fiar, con personalidades inglesas en Suiza. Pero no había podido dar ninguna garantía, y el único resultado obtenido fue hacer saber al gobierno inglés que yo buscaba todos los medios para ponerme de acuerdo con él". *Desgraciadamente, como le sucedió con frecuencia, Badoglio no concreta nada, y por mucho tiempo fue imposible establecer la época a la que remontar este sondeo suyo de paz separada. Fueron los documentos del Departamento de Estado americano los que explicaron todo. Entre estos documentos se halla una carta de Eden al encargado de negocios de los Estados Unidos en Londres, fechada el 1 de febrero de 1943. Esta carta explica cómo estaba el asunto que la reticencia de Badoglio no había permitido explicar a fondo:* "Uno de nuestros representantes en Suiza se ha enterado de que el mariscal Badoglio está deseoso de asumir el poder en un momento dado y establecer en Italia un gobierno militar. Está en contacto con el mariscal Caviglia, que le ayudaría en este proyecto. El mariscal Badoglio ha propuesto enviar un emisario, el general Pesenti, a Cirenaica, para discutir una acción coordinada dentro y fuera de Italia para derribar al gobierno fascista". *De aquí que el cauto sondeo realizado por Badoglio data de enero de 1943, y no de mayo-junio de aquel año, como las "Memorias" del mariscal trataban de dar a entender. Además, las "Memorias" no hacían ninguna alusión a la participación de Caviglia, y esto parece más bien sospechoso, porque las relaciones entre Badoglio y Caviglia no fueron*

TAMBIEN BADOGLIO HACE SABER A LONDRES QUE ITALIA YA NO SE HACE ILUSIONES

nunca tan estrechas como para hacer pensable la combinación de los dos hombres para efectuar un golpe de estado. No ha faltado quien ha notado en esta reticencia de las "Memorias" del mariscal la prueba indirecta de que haber usado por su parte el nombre de Caviglia habría sido un verdadero "bluff", porque Badoglio sabía que los ingleses le consideraban demasiado comprometido con el fascismo para poderse presentar como restaurador de la democracia en Italia. Pero Caviglia era conocido por su indiscutible competencia militar y su riguroso antifascismo. La firma del aval por parte de Caviglia convenía mucho a Badoglio, que por este motivo la exhibiría. Faltaba comprobar, por tanto, si la firma era verdadera o falsa... Los documentos americanos permiten hacerse una idea de las relaciones aliadas ante la actitud italiana. He aquí lo que escribió Eden al secretario de Estado, Cordell Hull, dando noticia del movimiento de Badoglio: "Nuestras autoridades militares opinan que Italia, como componente del Eje, representa sólo una carga para Alemania y se convierte en un peso creciente para el potencial germano... Por tanto, el punto de vista del gobierno de Su Majestad es que no debemos contar con una paz separada, sino procurar promover en Italia tales desórdenes que provoquen la ocupación alemana... En el desarrollo de tal política debemos intensificar en la medida mayor posible nuestro ataque militar contra Italia...".
A juzgar por esta carta, que refleja evidentemente la orientación del Estado Mayor británico y del gobierno inglés, el hecho de que los italianos se mostrasen tan ansiosos de echar por la ventana a Mussolini y salirse del conflicto inducía al enemigo a conclusiones bien claras. Italia estaba próxima al colapso y a la agitación, y sería más provechoso ayudarla a precipitar la situación. Esto obligaría a los alemanes a distraer importantes fuerzas de otros frentes para mantener a Italia en su puño de hierro. Un diagnóstico sin duda perfecto que tendría como consecuencia una espantosa ofensiva aérea, mucho más atroz de la que en los meses siguientes destruyó tantas ciudades italianas. Esto se deduce de la respuesta que Cordell Hull hizo llegar a Eden: "... A propósito de los medios más eficaces para eliminar a Italia de la guerra creemos que los bombarderos aéreos deben ser limitados a los objetivos militares en la medida humanamente posible. Durante los primeros dos años y medio de guerra los ingleses han tenido entre los italianos, a pesar de los esfuerzos en contra de la prensa y la radio fascistas, una reputación inigualada de bombardeos discriminados y de blancos legitimos. Mientras que convenimos en el hecho de que debe ser adoptada una línea firme de propaganda para convencer a los italianos de que intentamos proseguir la guerra hasta su victoriosa conclusión, creemos que debe ser evitada la amenaza de destruir un pueblo y un país con tal de que ellos pidan un armisticio... En conclusión, deberemos proseguir la guerra en Italia con toda la fuerza posible, atacando en toda ocasión por tierra, mar y aire sólo objetivos militares... Y debemos evitar ridiculizar a las fuerzas armadas italianas y al pueblo italiano...".
Esta carta de Cordell Hull hace destacar una circunstancia que probablemente no ha sido puesta todavía en su debido relieve desde el foco histórico: la diversa actitud que desde febrero de 1943 mostraban los Estados Unidos e Inglaterra respecto a Italia. Esta diferencia parece mostrar que si los italianos no hubiesen insistido tan pertinazmente en buscar audiencia entre los ingleses y se hubieran vuelto hacia los Estados Unidos, probablemente habrían logrado condiciones más favorables. Por lo demás, tal diversidad de actitud surgió también durante las conversaciones tenidas por Castellano, y fue precisamente por obstinación británica por lo que fue impuesto el "armisticio largo". Los ingleses tenían rencor a Italia, quizá a causa de la larga y dura guerra que arrastraban los dos países, quizá a causa del resentimiento personal de Eden y de la actitud de los generales que las fuerzas armadas italianas habían tenido en jaque... Pero los americanos estaban más dispuestos, acaso apoyados por la opinión pública de los oriundos italianos emigrados. Pero, ¿por qué los italianos no miraron nunca hacia los representantes diplomáticos USA?
Es algo difícil responder, pero es posible decir una cosa: para los italianos de entonces los Estados Unidos parecían ser una potencia de segunda importancia. Mussolini había liquidado un día a Roosevelt definiéndolo como un pobre lisiado imbécil. Aparte de toda otra consideración, este modo de razonar indicaba también una actitud mental respecto a un país que parecía desprovisto de todo papel político. Un país paga también ciertos errores de valoración política... Y en aquel momento Italia estaba pagando todas las deudas contraídas y por todos los errores cometidos por sus gobernantes.
El hecho extraño es que Italia parecía seguir todavía una pauta "eurocéntrica". No se había dado cuenta de la decadencia de Europa.

MARIA JOSE PIDE A SALAZAR QUE CONSULTE A CHURCHILL SOBRE ITALIA

Mientras el duque de Aosta hacía insinuar cautamente al gobierno inglés la posibilidad de una caída del gobierno fascista y un cambio de frente por parte italiana, la princesa de Piamonte intentó una aproximación a los ingleses a través del dictador portugués Salazar. Esta revelación ha surgido de documentos publicados por el Departamento de Estado de los Estados Unidos. En otoño de 1942 —también en este caso estamos en la estela de El Alamein, la derrota que hizo hundirse toda esperanza de recuperación para las fuerzas del Eje— el nuncio apostólico en Madrid comunicó a la princesa de Piamonte que el embajador inglés en la capital española, Hoare, le había hecho saber que si Italia salía del conflicto recibiría un trato de favor. María José lo contó inmediatamente al ministro de la Real Casa Pietro d'Acquarone, pidiéndole que convenciera a Víctor Manuel III de que se confiara al nuncio. Pero el rey, que era un anticlerical y no se fiaba del Vaticano, no quiso saber nada. A la princesa le sentó mal, pero no cejó, y pidió cautamente consejo a sus confidentes más seguros. Por lo que parece fue Guido Gonella —periodista del "Osservatore Romano" y conocido como autor de las "Acta diurna", las columnas despreocupadamente antifascistas del órgano vaticano— quien le aconsejó que se dirigiera a Salazar con un mensaje que sería enviado a través del diplomático Alvise Emo Capodilista, que estaba muy bien relacionado en Lisboa por estar emparentado con los marqueses de Cadaval, amigos del presidente. La princesa lo hizo así, y Emo Capodilista llegó a Lisboa en el avión que llevaba a su puesto al embajador Fransoni, de vuelta de haber entregado a Ciano la respuesta negativa del gobierno inglés a una misión análoga... Naturalmente, cada uno desconocía los pensamientos del otro. Salazar aceptó de buen grado el encargo y llamó al embajador inglés Campbell para que comunicara a Churchill las propuestas de la princesa italiana, pero el mensaje llegó a Londres a la vez —más o menos— que las noticias de la detención de Mussolini. Churchill, que salía para Quebec, donde se encontraría con Roosevelt, hizo responder rápidamente que el único modo como los italianos podrían salirse de la guerra sería la rendición incondicional. Esto significaba anular de raíz una iniciativa de paz, pero está claro que en aquel momento los ingleses comprendían que la capitulación italiana iba a ser de todos modos inminente. Muchos indicios hacen pensar que la princesa de Piamonte, que llegaría a ser reina durante pocas semanas en 1946, obró por propia iniciativa. Esto es posible deducirlo también del final de la gestión. Escribe el historiador Mario Toscano: "El 6 de agosto Víctor Manuel vio en Villa Savoia a su nuera y después de haberle hablado del amplio entorno de conocidos y de sus reuniones, la pidió, también por razones de seguridad, que saliera al dia siguiente para Sant'Anna di Valdieri con sus cuatro hijos". "La verdad es *—escribe Indro Montanelli, comentando esta frase del historiador oficial de la diplomacia italiana—* que no se lo pidió, sino que se lo ordenó. Y aunque no pueda decirlo con seguridad, muchas cosas me hacen pensar que el rey la obligó a esa especie de confinamiento porque se habia enterado del paso dado por la princesa con Salazar". *(No se había enterado por el sencillo motivo de que María José había considerado deber suyo hacer saber cómo pensaban los ingleses al jefe del Estado Mayor General, Ambrosio. Y había sido éste, Ambrosio, el que había divulgado el asunto, quizá susurrándolo al mismo viejo soberano. Es éste un detalle que confirma la atmósfera de chismes que empapaba las cimas del estado en aquel momento.)* "Sé muy bien *—termina Montanelli—* que Maria José nunca avalará esta hipótesis. Incluso si le preguntan, la desmentirá. Y es lógico, porque es una verdadera reina, y una verdadera reina no habla nunca mal del Duce. Como con el hijo, Víctor Manuel se engañó también con su nuera. Ambos valían mucho más de lo que se podia creer".

cionario del ministerio de Cambio y Moneda, y asi partió Castellano. Paolo Morelli ha escrito que sus colegas lo miraron partir "como hacia la muerte". Quien estuviera al corriente de la misión no daba un céntimo por su piel. *"Estos alemanes lo cazarán pronto"*, se murmuraba.
En suma, nadie creía que conseguiría llegar al destino, y ésta fue la razón por la que no se le dieron ni credenciales completas ni instrucciones detalladas. No se le dijo, por ejemplo, que la princesa Maria José habia ya tratado de establecer un contacto. Castellano se dio cuenta del aire denso que se respiraba en torno suyo. Era demasiado buen conocedor del ambiente como para no comprender al vuelo que todos estaban intrigando con él, pero tenía demasiada experiencia como para no entender que se esperaba que participara en la aventura siguiendo las reglas del juego. De Garibaldi en adelante, la monarquía saboyana y el gobierno italiano habían siempre acudido, en los momentos difíciles, a voluntarios dispuestos a asumir cualquier responsabilidad y decididos a dejarse desautorizar si las cosas iban mal.

Castellano pidió a Ambrosio conseguirle una entrevista con Badoglio o al menos con Guariglia, pero éste le respondió que no, porque el gobierno prefería ignorar oficialmente su misión para no verse "implicado". Badoglio, que pocos días antes había recibido a Alberto Berio, el nuevo cónsul destinado a Tánger con encargo de buscar contacto con los aliados, no consideró oportuno, como indica un historiador, hacer otro tanto con Castellano. En cuanto a Guariglia, el encuentro tuvo lugar casualmente en un pasillo del Palazzo Chigi, donde el general se había presentado a concretar algunos detalles prácticos del viaje. El ministro del Exterior puso buena cara a mal tiempo, y se las arregló aconsejando a Castellano extrema prudencia.

"Le recomiendo, general, que no se deje cazar, porque si no moriremos todos".

"En las horas que quedaban —escribe el americano Melton S. Davis— *fueron preparados y entregados a Castellano los documentos de identidad falsa... En vez de proporcionarle un pasaporte individual, el gobierno dispuso que el 'commendatore Raimondi' viajase con el visado colectivo de la delegación italiana. Además, el gobierno no tenía ganas de precipitarse, porque de la misión de Castellano dependía la suerte de la nación. De aquí que el general tuviera que marchar a Lisboa sin credenciales regulares, sin instrucciones precisas, sin saber cómo podría comunicarse con Roma. Y todo esto para que el gobierno, en caso necesario, pudiese desautorizarlo".*

Así que la tarde del 12 de agosto el general Castellano partió, mientras sus colegas del Estado Mayor del ejército se preparaban a su vez a partir para Bolonia, donde participarían en el último encuentro con una delegación alemana. El general fue presentado al resto de la delegación como "commendatore Raimondi", pero ninguno se lo creyó, ya que el desconocido comendador fue el único que dispuso de un departamento en el vagón directo a Lisboa.

Pero no todos desconocían la aventura. Con conocimiento del mismo Castellano, Guariglia había informado a Franco Montanari, un joven funcionario de protocolo del Palazzo Chigi, sobre la misión de Raimondi-Castellano. Montanari era sobrino de Badoglio e hijo de una americana que vivía en Vermont. No parecía haber dudas sobre sus ideas y además conocía el inglés como el italiano. Guariglia le había encargado cuidar del general y echarle una mano cuando tuviera necesidad de ayuda, como era fácilmente previsible.

El encuentro germanoitaliano de Bolonia

La mañana del 15 de agosto, mientras el tren que conducía a Giuseppe Castellano a Madrid atravesaba la frontera hispanofrancesa, dos trenes especiales, uno italiano y otro alemán, emparejaban en la estación ferroviaria de Casalecchio sul Reno. La delegación italiana, guiada por el jefe de Estado Mayor del Ejército, general Roatta, se encontraba en esta ocasión con la delegación alemana encabezada por el general Alfred Jodl, asistido por el general Erwin Rommel, ahora jefe de las tropas alemanas en la Alta Italia.

Se trataba de una reunión de "routine",

Giuseppe Castellano



Vittorio Ambrosio



Raffaele Guariglia



Mario Roatta



Godolphin D'Arcy Osborne



Samuel Hoare



Walter Bedell Smith



George Kennan



prevista por la alianza del Eje para concretar mejor la cooperación militar entre Berlín y Roma, pero el ambiente no era el de siempre. Porque los italianos sabían que, a la vez que el acostumbrado tren blindado, había llegado también a Bolonia un batallón de las SS armado hasta los dientes. Ahora los soldados alemanes estaban haciendo guardia en el chalet que había sido de Luigi Federzoni y que Badoglio había requisado, porque no se fiaban de los Bersaglieri italianos encargados del servicio de escolta.

El diálogo entre Jodl y Roatta reanudó el tema en el punto en que se había interrumpido entre Keitel y Ambrosio pocos días atrás: la petición italiana de hacer volver algunas unidades del sur de Francia. *"Me gustaría saber* —dijo Jodl sin muchos preámbulos— *si las divisiones que quieren hacer volver de Francia están destinadas a ser empleadas contra los angloamericanos en el sur de Italia o contra los alemanes en el paso del Brénnero"*.

Si éste iba a ser el tono del diálogo, tanto daba responder con la misma moneda. Y Roatta respondió que los alemanes no tenían derecho a sospechar una traición por parte de los italianos. Además, también en la historia alemana —dijo— había páginas de las que habría sido posible sacar motivos de sospecha. En 1813, a modo de ejemplo, los prusianos abandonaron a Napoleón marchándose del campo de Dresde. Luego, con una impasibilidad digna de un campeón de póker, dijo secamente: *"Nosotros no somos sajones. ¡Italia no concibe de ningún modo la hipótesis de la traición, y sólo esa idea es ya ofensiva!"*. Si se considera que en aquel mismo momento Castellano estaba bajando del tren en la estación de Madrid, hace falta reconocer que una frase de ese género era un poco atrevida. Pero también es verdad que durante años después Roatta continuaría jurando que en aquel momento lo desconocía todo.

Las dos delegaciones discutieron un poco, pero el tono no mejoró y no se llegó a ninguna conclusión. Así que para salvar las apariencias, el general Roatta propuso a las 12,30 suspender los trabajos y marchar al Hotel Baglioni, donde sería servido un almuerzo. Jodl repuso que, por lo que a él tocaba, consideraba agotada la reunión porque no tenía nada más que decir, y prefería volver a su patria.

Intervino Von Rintelen, agregado militar en Roma, quien hizo prevalecer las consideraciones de orden diplomático y sugirió a Jodl que aceptara la invitación a comer. En este momento fue imposible a los alemanes ocultar un cierto embarazo, porque a las argumentaciones de Von Rintelen se debía responder con unas consideraciones sensatas que no era posible liquidar encogiéndose de hombros. Jodl sabía bien que Rintelen tenía razón, pero no podía explicar por qué no estaba dispuesto a reconocerlo. Fue Rommel quien sacó del apuro a su jefe de Estado Mayor. Hubo entre los dos un intercambio de miradas y Jodl dijo al final que sí, que los alemanes se quedarían a comer. Más tarde pudo conocerse la verdad. Hitler en persona había ordenado a Jodl y a Rommel aceptar la invitación de los "traidores" italianos. La delegación alemana debía ser brutal con los badoglistas y tratarles abiertamente con severidad. Todo lo que había que sacar de la reunión era solamente un detalle: ¿cuáles eran las intenciones de los italianos? Y verdaderamente Jodl no había conseguido informaciones positivas, sino que había encontrado confirmación a los "motivos de sospecha", como dijo a Hitler por teléfono antes de regresar.

Aunque el *chef* del Hotel Baglioni hizo milagros, ninguno pareció disfrutar la comida, porque todos tenían el corazón atenazado de angustia. El hecho de que el batallón de las SS hubiese sido retirado del chalet para ser dispuesto en torno al hotel, haciendo del centro de Bolonia una especie de ciudad ocupada, no mejoró ciertamente la atmósfera. El mismo Rintelen se asombró de este aparato, y ante su pregunta específica Jodl explicó que así lo había querido Hitler en persona, para garantizar la incolumidad de la delegación alemana. Y cuando Rintelen —si hemos de creer su testimonio— protestó, calificando de absurdas tales precauciones, Jodl le cortó diciendo: *"Entonces, ¿usted no conoce la historia del Renacimiento italiano?"*.

El general Castellano, "turista" por Madrid

La conferencia se reanudó, pero ya se limitó a un intercambio de informaciones inútiles o ya conocidas por todos. Sicilia estaba ya perdida, y era de prever un desembarco aliado en Calabria. Rommel prepararía las defensas en Italia septentrional para conjurar el peligro procedente de una posible ofensiva angloamericana combinada con algún desembarco. Las tropas de Kesselring continuarían combatiendo al lado de las italianas al sur de la península... En suma, nada que no se supiese o que valiese la pena comentar.

Cuando se despidieron, alemanes e italianos tenían la boca amarga y la sensación de haber perdido el tiempo en un juego inútil y cruel.



Los vehículos de una columna aliada pasan junto a la vencida mole de un carro Tiger. Es visible sobre el carro la capa de Zimmeritt, pasta especial a base de cemento que era extendida sobre la coraza para impedir que los cazadores de carros pudieran aplicarles minas magnéticas.

A la misma hora, Castellano estaba visitando en Madrid el museo del Prado, con el resto de la delegación italiana, en espera del tren que al día siguiente saldría para Lisboa. La elección del gran museo madrileño no había sido hecha por motivos culturales, sino sólo porque los italianos esperaban que el Prado les daría un poco de alivio al tórrido calor que sofocaba a la capital española en aquella tarde dominical. Fue en una sala del museo, ante un Velázquez, donde Castellano se decidió a hacer una tímida insinuación a Montanari. *"Debo hablar* —le manifestó— *con el embajador británico. ¿Quiere usted ayudarme actuando de intérprete?"*. Montanari, que había recibido la orden del ministro Guariglia en persona, respondió afirmativamente, sin dar muestras de asombro. Junto con Castellano salió del Prado y llamó un taxi. La embajada británica no estaba lejos, y el trayecto del coche en la deslumbrante luz del mediodía madrileño no fue largo.

En previsión de esta parada en Madrid, Castellano había llevado consigo una nota del representante inglés en la Santa Sede, sir Godolphin d'Arcy Osborne, para el embajador en Madrid, sir Samuel Hoare. No era una larga carta de presentación, sino más bien una simple hoja en la que estaba escrito: *"Le ruego reciba al portador de la presente nota"*. Pero sirvió perfectamente al intento, pues, aunque con cierta circunspección, Hoare recibió a dos desconocidos visitantes que habían llegado a una hora absurda, en una tarde de domingo, simplemente tocando la campanilla de la puerta.

Sir Samuel John Gurney Hoare no es un embajador como los otros, sino algo más. Un verdadero hombre político. Ha sido ministro del Exterior en el gobierno de Baldwin y ha sido ministro del Interior con Neville Chamberlain.



Churchill quiso que estuviera en Madrid porque la capital española es un punto neurálgico donde entran en contacto directo los intereses del Eje y los de los amigos de Inglaterra. Además, Churchill quiere evitar que también la península ibérica se ponga de parte de Hitler, y sabe bien que sir Samuel encontrará los argumentos precisos para convencer a Francisco Franco. Según dice el ministro del Exterior español, Serrano Súñer, sir Samuel usa más libras esterlinas que argumentos dialécticos en su acción de propaganda anglófila en España, pero el resultado es igualmente bueno.

Aquella tarde dominical de agosto, sir Samuel se había quedado en Madrid porque esperaba ser llamado por Franco. Sin tal perspectiva, él también se habría marchado de la capital como habían hecho todos los miembros del gobierno y millares de madrileños, que habían ido a lugares de montaña o a playas.

Cortés, el embajador hizo sentarse a sus dos visitantes y luego les ofreció un jerez.

En seguida, Castellano indicó que tenía poquísimo tiempo disponible y que era portador de una oferta de paz. Si el embajador estaba dispuesto a aceptar esta oferta de armisticio inmediato, él podría suministrar información sobre el dispositivo de las fuerzas alemanas en Italia. Esto tenía aspecto de significar que, aun estando desprovisto de credenciales, el emisario italiano podía ser considerado en regla desde el punto de vista militar... Por otra parte, precisó Castellano, sin duda el señor embajador comprendía que evidentemente la rapidez era esencial en una crisis como la que se estaba atravesando. *"Los alemanes hacen llegar refuerzos a Italia todos los días".* Aunque el tono del emisario italiano convencía a sir Samuel de la sinceridad de su interlocutor, sin embargo se maravillaba de la superficialidad de Castellano. Él no estaba autorizado para aceptar una oferta semejante, y mucho menos a dar paso a las conversaciones sin haber sido autorizado antes por su gobierno.

¿Sinceridad o doblez?

Castellano sintió que se le helaba la sangre y tuvo miedo de que su misión hubiese naufragado ya. Desde el abismo de su desesperación le surgió a los labios una petición inesperada que dejó estupefacto a Hoare: *"En tal caso, ¿podría hablar con su agregado militar?".* Posteriormente, el general Castellano nunca explicó suficientemente qué trataba de decir con esta petición, que fue traducida con cierta vergüenza por el joven Montanari. Muchos consideran que Castellano estaba convencido de que entre militares se entenderían mejor, es decir, que el embajador no había atribuido su justo valor a la oferta que le presentaba... Sir Samuel Hoare respondió en tono frío y resuelto: *"Lo que le he dicho vale también para todo el personal de mi embajada. Además, sería demasiado peligroso llevar las negociaciones en Madrid. Usted probablemente lo ignora, pero aquí estamos rodeados de agentes alemanes. No me extrañaría que esta su visita hubiese sido señalada ya a Berlín por la Gestapo".*

La respuesta del embajador hizo el efecto de una ducha fría al trastornado Castellano. El general adivinó en las palabras de sir Samuel la seguridad de que el embajador no consideraba interrumpido el diálogo, sino elevado a una instancia más oficial. Esto lo reanimó y le dispuso benévolamente para con los consejos que ahora le daba Hoare. En opinión de sir Samuel, Castellano haría bien dirigiéndose a Lisboa junto con la delegación con la que había viajado, y siguiendo el itinerario previsto. Entre tanto él hablaría con su gobierno, aconsejando el envío a Lisboa de un representante capaz de tratar con él. Castellano se despidió y salió a las calles de Madrid, que ahora le parecían sospechosas y hormigueantes de espías. Hoare se acercó a su escritorio y resumió el extraordinario coloquio que había tenido con el emisario italiano. Estaba seguro de que apenas llegara a Londres el informe que iba a enviar, aparecería sobre la mesa del ministro del Exterior, Eden, un ex colega suyo del gobierno, un hombre al que estaba ligado por vínculos duraderos, con el que podía hablar fuera de los esquemas un poco rígidos del protocolo diplomático. Los italianos, explicó, quieren cambiar de lado. No se limitan a pedir la paz separada, y parecen dispuestos a firmar un armisticio sólo en el caso de que los aliados, desembarcando en la península, les den oportunidad de luchar a su lado contra los alemanes. El informe de sir Samuel terminaba con estas palabras: *"Si faltan estas dos condiciones, el gobierno italiano no tendrá valor ni justificación suficiente para realizar el viraje, y podría caer en un caos impotente".*

A pesar de todo, como se ve, Castellano no había logrado hacerse entender, y exponer de manera muy clara las peticiones que en Roma no le habían dicho que presentara. A la mañana siguiente, 16 de agosto, el general italiano salió en tren de Madrid hacia Lisboa, junto con la delegación encargada de acompañar a los diplomáticos chilenos que habían dejado Italia, y de acoger a los diplomáticos italianos que habían dejado Chile. El tren llegó a Lisboa entrada la noche, demasiado tarde para presentarse al embajador inglés. El comendador y su intérprete prefirieron refugiarse en seguida en el hotel

Aquella había sido para Castellano una jornada prácticamente perdida en el traslado, pero sin saberlo él se había hablado mucho de su persona y de su misión en aquellas horas, a uno y otro lado del Atlántico. Como había aconsejado Hoare, el ministro del Exterior, Eden, había hecho transmitir en seguida el mensaje de Madrid a Quebec, donde el primer ministro, Churchill, estaba a la espera de encontrarse con el presidente Roosevelt. Churchill había leído el informe por la mañana temprano y lo había mostrado a sus colaboradores pidiéndoles su parecer.

La jornada había empezado bien, y la reunión con Roosevelt estaba encaminándose con buenos auspicios. Churchill mostraba también a todos otro telegrama que le había llegado del general Alexander, comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Italia. Decía: *"A las diez de esta mañana, el último soldado alemán ha sido arrojado fuera de Sicilia y toda la isla está ahora en nuestras manos".*

Pero la noticia más excitante era la que procedía de Madrid, y sobre ella hablaron los dos estadistas apenas se hubieron sentado en torno a la mesa de la conferencia.

Diferencias angloamericanas

El consejero presidencial Harry Hopkins se hizo buen intérprete del efecto que tuvo la propuesta italiana: *"No me agrada la idea de estos dos ex enemigos* (Víctor Manuel III y Badoglio) *que cambian de campo cuando se dan cuenta de que van a ser derrotados y que se vuelven a nosotros para que les ayudemos a seguir en el poder".* Aunque Churchill era más maquivélico, y a fin de cuentas se declaraba dispuesto a pactar incluso con el diablo si esto podía apresurar la victoria, Roosevelt tenía menos prisa por terminar y se mostró muy reacio a pactar con los *fascistas,* como seguía llamando a los

MUSSOLINI, PRISIONERO

Alemanes e italianos continúan fingiéndose aliados, pero mientras éstos tratan con los angloamericanos, aquéllos proyectan la liberación del Duce.

En aquellos días de agosto, Benito Mussolini vivía su resignada detención en la isla de la Maddalena, huésped de la aislada Villa Webber. Después de su arresto en Villa Savoia, había sido conducido a Ponza, pero poco tiempo después sus guardianes habían decidido trasladarlo, en cuanto se supo que los alemanes iban a localizar su "prisión".

En cierto sentido, siendo todavía Italia aliada de Alemania, debería resultar impensable el simple recelo de que el gobierno alemán proyectase liberar a un hombre detenido por el legítimo gobierno italiano. Pero tanto daba. En aquellos días, en realidad, todo podía suceder, ya que el juego del engaño estaba en pleno desarrollo por ambas partes. Así, mientras los italianos se preparaban a espaldas de los alemanes a traicionar a su aliada enviando a Castellano a Lisboa, por su parte los alemanes estaban también dispuestos a traicionar a su aliada liberando a Mussolini y devolviendo el poder a los fascistas. Se trataba de ver quién llegaría antes... Fijándose bien se podía decir también que los primeros en preparar la "traición" fueron los alemanes. Ciertamente, mientras el gobierno de Badoglio tomó la iniciativa de intentar una aproximación secreta a los aliados en las primeras semanas de agosto, los alemanes estaban ya dispuestos a la traición mucho tiempo antes. Con exactitud, ya el 26 de julio Hitler había dado orden al general Karl Student, jefe de los paracaidistas alemanes destinados en Pratica di Mare, cerca de Roma, de que tomara las medidas necesarias para liberar a Mussolini apenas fuera localizado el lugar donde le tenían prisionero. Este plan era denominado "Operación Student", por el nombre del general al que se confiaba la ejecución. La investigación preliminar dirigida a localizar la "prisión" de Mussolini debía ser realizada por dos oficiales de las SS en los que Hitler confiaba ciegamente: el comandante Herbert Kappler, entonces jefe de la policía alemana en Roma, y el capitán Otto Skozeny, un gigantesco austríaco que se había distinguido ya en varias misiones especiales. Skorzeny llegó a Roma el 27 de julio y su encuentro con Kappler no fue afortunado. Ambos se daban cuenta de la importancia de la misión que se les había confiado,



Una fotografía oficial de Mussolini correspondiente al período "imperial". Las imágenes de Mussolini desde entonces al día de su muerte serán bien diferentes de las del "condottiero" triunfante de los días felices.

jefes italianos. Por eso se decidió limitarse a presentar al general italiano una síntesis de las cláusulas del armisticio ("armisticio corto"), dejando el detalle de las cláusulas políticas, económicas y financieras ("armisticio largo") para otro momento. El armisticio corto debía servir como plataforma de discusión.

Se solicitó al mando de Eisenhower, en Argel, que enviara a Lisboa dos representantes, uno inglés y otro americano. Fueron escogidos el jefe de Estado Mayor de Eisenhower, general Bedell Smith, y el jefe del departamento de Información, general Strong. Los dos se vistieron de paisano y llegaron a Gibraltar, donde se proveyeron de pasaportes falsos que los identificaban como comerciantes. Lograron plaza en el avión de línea que los llevó a la capital portuguesa.

Allí, desde por la mañana, Castellano se había presentado (después de haber realizado un tortuoso recorrido para despistar a eventuales seguidores) al embajador inglés, Sir Ronald Hugh Campbell. También le mostró Castellano la nota de recomendación conseguida en Roma de Osborne, pero Campbell se mostró más frío que Hoare. Para él la nota —aunque estaba escrita por su primo— no decía casi nada. *"Para entablar unas conversaciones oficiales como las que usted quiere empezar hacen falta verdaderas credenciales de las que se desprenda que está autorizado a hablar en nombre de su gobierno"*, dijo claramente. Castellano trató de aplacar al poco dúctil diplomático explicándole que en Roma se había creído más prudente actuar con circunspección, y que en todo caso, si se consideraba indispensable una comprobación de su representatividad, quedaba siempre la posibilidad de telegrafiar a Roma a D'Arcy Osborne... Sir Ronald no dijo ni que sí ni que no y se limitó a despedir a sus dos visitantes. Vería lo que se podía hacer y se pondría en contacto mediante un mensaje firmado "du Bois". Que los dos italianos se quedasen en el hotel esperando noticias. Castellano, que se había levantado temprano con optimismo, comenzó a temer el fracaso de la misión y movía la cabeza ante las pretensiones de la diplomacia británica.

En realidad, la diplomacia de Su Majestad era bastante más elástica de lo que Castellano era capaz de imaginar. Sir Ronald telegrafió a Roma, y allí D'Arcy Osborne fue obligado a afanarse para obtener de las autoridades italianas la confirmación deseada. Todavía no se ha aclarado plenamente este particular, pero se sabe que el ministro británico cerca del Vaticano sudó no poco para obtener la seguridad de que Castellano era un representante autorizado. Cuando la respuesta de Osborne llegó a Lisboa, Sir Ronald hizo llegar el aviso prometido al hotel de Castellano. Les esperaban a las 22,30 en la residencia privada del diplomático.

En el coloquio participaron, junto con Castellano, Montanari, Strong y Bedell Smith, así como el embajador Campbell y un joven diplomático americano que se haría un nombre en la postguerra, George Kennan. La reunión empezó sin estrecharse las manos y en una atmósfera gélida. En un rincón había botellas de whisky, hielo y vasos. Había también una grabadora, pero Castellano no podía verla, pues Strong la había hecho esconder bien.

El primero en hablar fue el americano Bedell Smith: *"Parece que ha venido para conocer las condiciones de un armisticio. Estoy autorizado a comunicarle las condiciones sobre cuya base el general Eisenhower puede llegar a la cesación de las hostilidades"*.

Las condiciones de rendición

Apenas Montanari hubo terminado de traducir, antes incluso de que Castellano hubiese dicho alguna cosa, Bedell Smith se había puesto las gafas y había empezado a leer los doce artículos del "armisticio corto". Leía punto por punto, dando tiempo a Montanari de traducir, y en cada punto Castellano sentía que mil preguntas le surgían de la boca. Italia debería cesar toda ayuda a Alemania, debería liberar a todos los prisioneros aliados y a todos los internados ciudadanos de las Naciones Unidas, debería trasladar la flota a Malta y los aviones a aeródromos que les serían indicados, y pondría todo su territorio a disposición de los aliados para las operaciones militares.

Finalmente la lectura terminó y Castellano pudo hablar, y dijo que evidentemente había habido un malentendido. El no estaba autorizado a negociar un armisticio. Le habían enviado a Lisboa para que explicase a los aliados las condiciones en que se encontraba Italia y para hacerles saber que las Fuerzas Armadas italianas estaban dispuestas a combatir a su lado, pero esperaban también que los aliados, a la vista de todo esto, les ayudarían en el momento decisivo de la separación de los alemanes...

Los interlocutores cambiaron miradas indecisas, y luego Bedell Smith interrumpió a Castellano diciendo que no entendía qué tipo de malentendido podía haber. Italia trataba de salir de la guerra, y la única manera correcta de hacerlo era firmar un armisticio. El documento que le había leído contenía precisamente las cláusulas de este armisticio. Tales condiciones sólo podían ser aceptadas o rechazadas, pero nunca discutidas.

Castellano parecía comprender, ya que el punto de vista de los políticos y de los generales de Roma se apoyaba en convicciones superficiales dictadas por la facilonería, que era un residuo dejado por el fascismo. La realidad de las cosas era la que sin brutalidad, pero con realismo, le había presentado Bedell Smith: Italia estaba derrotada y tenía que capitular. Es evidente que los aliados estaban usando un trato de favor con Italia, porque, aun habiendo anunciado que exigirían a todos una rendición incondicional, el texto del "armisticio corto" que acababa de ser leído por Bedell Smith no contenía esa odiosa expresión. Lo que no era poco... Sin embargo, la actitud de los emisarios aliados era bastante dura, y Castellano se preguntaba si no sería posible atenuar su inflexibilidad. De golpe se dio cuenta de cuán lejos estaban Badoglio y Ambrosio. Explicó a Bedell Smith que Italia había llegado al extremo y que ya no tenía municiones ni combustible, y que los alemanes eran prácticamente los dueños del país. Quizá dijera todo esto para explicar el motivo de su singular posición personal, pero este desahogo rehizo el tono del coloquio, que aunque no fue lo que Castellano había esperado, o sea, una especie de negociación con armas similares, se convirtió en un intercambio de información por parte de quien pedía la paz hacia quien estaba en situación de concederla.

El coloquio duró toda la noche. El general Strong, en cumplimiento de cuanto le había ordenado Eisenhower, recitó una serie interminable de demandas, y Castellano respondió suministrando todas las informaciones posibles. Explicó dónde estaban las divisiones italianas, dónde las alemanas, aclaró cuáles eran los puntos débiles del despliegue, cuál el modo de proceder de los alemanes, etcétera. Hubo un solo momento en que el general prefirió mantener la reserva, y fue cuando Bedell Smith le preguntó:

"¿Puede decirnos dónde tienen escondido a Mussolini?".

"También Hitler querría saberlo", fue la respuesta de Castellano.

y ninguno de los dos estaba dispuesto a compartir con el otro la gloria y las ventajas que de allí se derivarían. La lucha que entablarían los dos en el curso de las investigaciones favorecerá no poco a los guardianes de Mussolini. Mientras Kappler y Skorzeny se ponían al trabajo, el comandante en jefe de las fuerzas alemanas en el sur de Italia, mariscal Albert Kesselring, se ponía también en acción con la esperanza de localizar antes que otros el escondrijo del Duce. El 2 de julio Kesselring había ido a visitar a Badoglio para preguntarle oficialmente dónde se hallaba Mussolini. *"Mi Führer* —explicó— *me ha encargado entregar al Duce un regalo personal con ocasión de su cumpleaños".*

Badoglio no era tan ingenuo como para caer en el garlito, y convenció al mariscal alemán de que le dejara el regalo con una carta adjunta, y él mismo se ocuparía de que llegaran al Duce.

El regalo consistía en una edición especial de las obras de Nietzsche, encuadernada en cuero azul con adornos de oro. En la primera página el Führer había escrito de su puño y letra: *Adolf Hitler seinem lieben Freunde Benito Mussolini*, "Adolf Hitler a su querido amigo Benito Mussolini".

Entre tanto, Kappler y Skorzeny habían conseguido algunos resultados. Sobre todo por méritos de Kappler que, viviendo hacía tiempo en Italia, disponía de una buena red de informadores. La noche del 28 de julio había reconstruido ya las fases del arresto de Mussolini en Villa Savoia gracias a las confidencias de un oficial italiano.

Un día más tarde un marinero alemán de permiso en Gaeta, el cabo primero Laurich, contó haber presenciado el embarque de Mussolini en la corbeta "Perséfone".

Se trataba ya de descubrir el destino de la corbeta. Pasaron dos días, y luego el ingeniero aeronáutico Dessauer, de servicio en Gaeta, informó erróneamente a Kappler de que la "Perséfone" se había dirigido a Ventotene. Las pesquisas se centraron inmediatamente en la isla, pero fue trabajo en balde. El comandante de la guarnición alemana local aseguró a los investigadores que en aquella zona no se había visto ni la sombra de Mussolini.

Los agentes alemanes dieron vueltas en el vacío días y días. Pero en aquel momento se contaban por centenares los italianos que conocían la suerte de Mussolini. Para detenerle, el gobierno Badoglio había empleado el cuádruplo de personas necesarias, y también para escoltarle a Ponza, sin contar a todos los habitantes de la isla, ya enterados de la llegada. No la ignoraban los pescadores que todos los días iban a vender su pesca al continente, es decir, un centenar de propagadores potenciales de la noticia; ni los detenidos políticos que, en pequeños grupos, estaban regresando al continente.

El escondite de Mussolini era, pues, un secreto para pocos, pero los alemanes no lo descubrían. Skorzeny y compañeros perdieron días preciosos siguiendo las pistas más absurdas, fruto quizá de charlas escuchadas en las tabernas romanas.

Sucesivamente fueron informados de que el Duce había sido tocado de infarto, que languidecía en una clínica del norte, que se había suicidado, que había huido de Roma para ir a luchar al frente como un simple soldado, y que estaba en la España de su amigo Franco.

Eran noticias de seriedad semejante a aquella con que se llevaban las investigaciones en Berlín, donde Himmler había convocado a varios astrólogos para que descubrieran dónde había terminado el amigo del Führer. Los adivinos, después de haberse pasado una semana en un gran hotel tratados a cuerpo de rey, se las arreglaron diciendo que *"Mussolini se encontraba en un lugar con mucha agua alrededor"*. Como si, aparte de las islas, los islotes y los escollos diseminados un poco por todas partes, no fuese Italia un lugar circundado de agua en gran parte.



Una panorámica de la isla de Ponza. Se distingue, señalada por la flecha, la casa donde Mussolini fue mantenido prisionero antes de su traslado a la Maddalena.

Pero después el servicio secreto alemán empezó a recoger rumores más atendibles. Fue un joven Carabiniere el que sugirió casualmente el camino exacto. De servicio en Ponza, era novio de una sirvienta de Terracina a donde iba todos los domingos. A primeros de agosto la escribió que no podía moverse de la isla porque los turnos de servicio se habían hecho más duros con la llegada de *"un prisionero muy importante"*. La muchacha, analfabeta, enseñó la carta a su amo, y éste, convencido de que debía tratarse de Mussolini, contó el episodio a algunos amigos. Así, de boca en boca, la noticia llegó hasta Kappler.

Cautelosos ya por los fracasos precedentes, los alemanes decidieron moverse con prudencia y volvieron a equivocarse.

Informados, los italianos taponaron la brecha lanzando una pista falsa. El truco del servicio secreto italiano fue hábil. Hicieron de modo que Kappler interceptase una carta escrita a la novia de un oficial de marina. En la

La cartilla de racionamiento proporcionada regularmente por el ayuntamiento de Ponza a "Su Excelencia Mussolini Benito" para que, como cualquier ciudadano, pudiese obtener su ración de artículos alimenticios.

carta el oficial se jactaba de haber escoltado a Mussolini desde Ponza a La Spezia y luego a bordo del acorazado "Littorio".

Kappler picó. Hacía tiempo que los alemanes sospechaban que los italianos querían entregar a Mussolini a los aliados. Esa era la confirmación.

Pocas horas después un mensaje de Kappler llegaba a la *Wolfschanze*. Hitler, alarmadísimo, dio en seguida una serie de órdenes. El general Student fue encargado de preparar un desembarco aéreo sobre la plaza fuerte marítima de La Spezia, y Rommel de organizar una barrera a lo largo de todo el arco interior del golfo, con el empleo de dos divisiones. Un par de novias verdaderas o falsas habían puesto en movimiento a casi un ejército.

Benito Mussolini siguió en Ponza desde el 28 de julio hasta el 6 de agosto. Fue una estancia tranquila. La "casa del ras" donde se había alojado era una vivienda modesta de dos plantas. El dormitorio, en el piso de arriba, no tenía más mobiliario que una vieja cama sin sábanas, una butaca y un lavabo de hierro. En las dos habitaciones contiguas y en la planta baja había diez Carabinieri, el vicebrigada Marini y el brigada Osvaldo Antichi, al que el comandante general del arma, Angelo Cerica, había confiado "personalmente" la responsabilidad de la custodia.

Mussolini hablaba con frecuencia con sus guardianes...

El 29 de julio de 1943 Mussolini pasó en Ponza su sexagésimo cumpleaños. El acontecimiento pasó inadvertido salvo por una excepción: el telegrama de felicitación del mariscal Hermann Goering, entregado a Mussolini por un oficial de Carabinieri llegado expresamente de Roma.

En el mensaje decía Goering:

"Duce, mi esposa y yo le enviamos en este día nuestra más calurosa felicitación. Si las circunstancias me han impedido ir a Roma como me proponía, para ofrecerle junto con mis parabienes un busto de Federico el Grande, más cordiales son todavía los sentimientos de mi plena solidaridad y fraternal amistad que le expreso en este día. Su obra de hombre de Estado permanece en la historia de nuestros dos pueblos, que están destinados a marchar hacia un destino común. Deseo decirle que nuestros pensamientos le siguen constantemente. Quiero agradecerle la hospitalidad que me ofreció en otra ocasión y me declaro una vez más, con inquebrantable fe, suyo, Goering".

Mussolini no pareció complacerse con tan gran solidaridad. La amistad de los alemanes, en aquel aprieto, era en lo último que pensaba. Tenía la moral a pedazos, carecía de deseos. Sobre todo, no pensaba en el desquite. Parecía resignado, e incluso ansioso de vivir aparte el resto de su vida.

"Es absolutamente indispensable —dijo un día al brigada Antichi— *separarse lo antes posible de los alemanes. Es el único camino de salvación para Italia".* Otra vez indicó que *"cuando un dictador cae con su sistema, la caída es vertical".*

Sólo raramente manifestó alguna curiosidad por los acontecimientos que le habían finalmente derribado.

"Dígame, brigada —dijo a Antichi—, *¿se han movido mis fieles escuadristas del 21?".*

"No, Excelencia. Ha habido también muchas manifestaciones de contento por su caída".

"¿Grandes manifestaciones?".

"No, no como aquellas de Piazza Venezia", atenuó Antichi. Mas parece que añadió: *"Pero éstas han sido todas espontáneas".*

Con Osvaldo Antichi, Mussolini había establecido una relación, digamos, cordial. El brigada, un modenés de casi dos metros de alto, era un guardián benévolo, a veces incluso paternal. Los dos jugaban todas las noches largas partidas de cartas. Mussolini prefería la "malilla" y llevaba ventaja, aunque Antichi confió haberle dejado ganar más de una vez, *"para darle al menos esa satisfacción".* Una noche hizo leer al vicebrigada Marini el pasaje de la *Vida de Jesús* que evoca la traición de

LOS PENSAMIENTOS DEL DUCE

En la Maddalena, en la forzada paz de Villa Webber, Mussolini pasaba el tiempo bien leyendo, bien dedicándose a la normal imagen del exiliado. En el hastío de la inactividad había tomado el hábito de anotar cosas. Escribía sobre todo de noche, antes de acostarse. Pero no se trataba de un memorial, no se ocupaba de detalles. Se trataba de reflexiones, no de gran peso, pero ya fuera del tiempo, entre lo histórico y lo biográfico, lo literario y lo espiritual, que tomaron el nombre de "Pensamientos pontinos y sardos". Los cuadernos fueron en seguida requisados por los alemanes, los cuales, después de haberlos leído, consideraron que no debían publicarse, pues el tono triste de los "Pensamientos" no representaba, ni mucho menos engrandecía, el mito del Duce. Aparecieron posteriormente en Austria, en 1950, y luego fueron traducidos y quizá reelaborados en italiano. Algunos ejemplos:

"He releído hoy de una vez Napoleón, *de Louis Madelin, el notable historiador francés. Hablando del Napoleón constructor, Madelin afirma que era 'un extraordinario soñador, pero soñador de temperamento realista, nacido para actuar'. Y también: 'Un día la tempestad abatió al constructor, pero no pudo abatir lo que había creado'. También sobre mí se ha abatido la tempestad, pero las obras del fascismo quedan y quedarán.*

Mi primera visita a la Maddalena se remonta a hace veinte años. La hice a la vuelta de Caprera, después de haber visitado la casa de Garibaldi y rendido homenaje a su tumba. Entonces envidiaba la paz y soledad de estos lugares; hoy, al contrario, me siento harto de ellos.

El que se conoce bien a sí mismo suele tener más motivos de humillación que de orgullo.

En mi vida me he batido en duelo más de una vez. Mi maestro era Ridolfi. Cuando salía a la pelea no estaba nada emocionado, y esgrimía el sable con tenacidad. Siempre me hirieron. Otros tiempos, lejanos, de caballerosidad y de feroces polémicas.

Cuando Napoleón cerró su ciclo cometiendo la gran ingenuidad de contar con la caballerosidad de los británicos, veinte años de su epopeya fueron renegados y malditos. Quizá suceda en Italia algo de este género. El decenio que va desde la Conciliación a la guerra de España, el decenio que levantó Italia al nivel de los grandes imperios, el decenio fascista durante el cual todos los hombres de nuestra sangre, diseminados por toda la tierra, pudieron tener la frente alta y proclamarse sin rubor italianos, con este decenio se entusiasmaron las generaciones de la segunda mitad de este siglo, aunque hoy, por la dureza de los tiempos, traten en vano de anularlo.

Mi régimen alimenticio ha sido siempre frugal. Aquí lo es más que nunca: un poco de leche, ensalada de tomates, pan y algo de fruta. De vez en cuando, un huevo crudo. Raramente, alguna cosa caliente. Me voy a la cama apenas oscurece y me duermo en seguida. Mis sueños son tranquilos.

Con razón decía Napoleón que de lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso.

Los mosquitos son los altavoces de la noche.

De los políticos ingleses que he conocido personalmente, los más simpáticos me han resultado los dos hermanos Chamberlain; los más antipáticos, Eden y Curzon. Tampoco me gustaron Mac Donald y Simon, y tratar con ellos siempre ha sido muy difícil. Pero de Churchill me llevé una impresión favorable, bajo todos los puntos de vista. Me habló de diversos temas con rara competencia y demostró una cultura formidable. De Halifax me impresionó más su linealidad que su capacidad.

Hoy he charlado un poco con el centinela, que ha mantenido que siempre he sido engañado y que nadie me ha abierto los ojos. Según él, había oficiales superiores que se enriquecían con las cantidades pagadas por los que tenían interés en que les renovaran continuamente la prórroga. Pero ¿será verdad?

Entrada la tarde ha venido a verme Don Capula. Me ha traído un folleto religioso y ha tenido buenas palabras para mí. Su visita me ha sido de gran consuelo. Le he abierto mi ánimo deprimido. Me ha escuchado en silencio, y luego me ha hablado largo tiempo, logrando despertar en mí una fe dormida hace tiempo, la fe en Dios, y levantar mi moral. Me ha dicho que volverá. Le espero, porque tengo necesidad de conversar, al menos de vez en cuando, con alguien que no sea mi carcelero.

He comenzado esta mañana la lectura en alemán de las poesías juveniles de Nietzsche. Los versos que el poeta de Zaratustra escribió desde 1858 a 1862, esto es, entre los trece y los dieciocho años, me han recreado el espíritu. Melódicos y rítmicos, son todos bellísimos y conmovedores. Me ha complacido especialmente el lirismo de Canto de mayo *('¿Qué hay más bello que mayo? Que mayo, ¿qué hay más bello?', canta Nietzsche),* Nostalgia *('Feliz el que a todas horas de los lazos del mundo se separa'),* Sin patria *('¡No me dejes jamás, fortuna mía, mi cándida estrella!) y, finalmente,* ¡Vagar, vagar! *('Vagar, vagar libre por el mundo lejano')".*





El general de aviación Kurt Student y el comandante de las SS Otto Skorzeny, encargados personalmente por el Führer de encontrar la prisión de Mussolini y proceder a su liberación.

Judas y la conjura de los notables judíos contra el Mesías. El joven suboficial se iba animando a medida que avanzaba en la lectura y finalmente, impresionado, prorrumpió: *"¡Pero esto mismo es lo que le ha ocurrido a usted!"*.

Se sintiese o no halagado, Mussolini demostró que encontraba excesiva la semejanza: *"No debe compararme con El"*, reprochó benévolamente.

Sobre este libro, que luego enviará de regalo al párroco de Ponza, don Luigi Dies, Mussolini subrayó algunas frases que le habían parecido reflejaban cierta consonancia con su aventura personal. Anotó también *Italia mía*, de Giovanni Papini, en la que escribió a lápiz: *"A mis hijos. ¡Amad a Italia! ¡Amadla como la ha amado vuestro padre! El pueblo no tiene la culpa de mi Santa Elena!* (Y debajo añadió) *Ponza, Mussolini traicionado"*.

Unos días después de su llegada a la Maddalena, el 19 de agosto, Mussolini recibió la visita del almirante Brivonesi, quien le entregó el famoso regalo que Hitler le había hecho llegar a través de Kesselring. Eran las obras completas de Nietzsche en 24 volúmenes con dedicatoria autógrafa de Hitler. El paquete iba acompañado de una carta del mariscal Kesselring que decía: *"Duce, por encargo del Führer y mediante los buenos oficios de S. E. el mariscal de Italia Badoglio, le envío el regalo del Führer por su cumpleaños. El Führer se sentirá satisfecho si esta gran obra de la literatura alemana le proporciona un poco de solaz y la considera usted como expresión de su personal afecto. Uno mis saludos personales. Feldmariscal Albert Kesselring"*.

El Duce mostró que apreciaba el homenaje y envió a Kesselring una nota de gracias escrita con lápiz rojo.

En los días siguientes Mussolini —con gran sorpresa de sus guardianes— pidió insistentemente un capellán militar. Desde los tiempos de su famoso desafío a Dios, lanzado durante una reunión socialista en Suiza (*"¡Dios, si existes, te concedo cinco minutos para matarme!"*), había hecho siempre profesión de ateísmo. Y cuando se había acercado a la Iglesia, casándose con Rachele también con rito religioso, le habían impulsado concretos cálculos políticos. Pero en la Maddalena, aquel intento de acercarse a la religión fue probablemente íntimo y espontáneo. No había capellanes, y el encargo fue pasado a don Salvatore Capula, un párroco de la isla.

Don Capula, que había estado ya con Mussolini por la tarde del 17 de agosto, volvió con él tres veces. La última visita la hizo un domingo. Al término de la conversación celebró una misa para el Duce, que la escuchó, según parece, de rodillas. ¿Qué se dijeron Mussolini y el sacerdote en aquellas visitas? Don Capula no ha querido nunca revelarlo. Mussolini proporcionó este testimonio no exento de cierto sincero descuido.

"Don Capula me ha dicho que ha pensado en mí, que me había hecho un gesto de saludo el día anterior cuando me había visto desde su azotea. Le he comentado brevemente mi situación y le he dicho que sus visitas me ayudarían a vencer la grave crisis moral provocada por el aislamiento más que por todo lo demás. Ha replicado que está a mi disposición y con la mayor discreción. 'Me permito hablarle francamente —me ha dicho—. Usted no siempre ha sido grande en la fortuna; sea grande ahora en la desgracia. Por ésta es por la que el mundo juzgará, por lo que usted será a partir de ahora, y mucho menos por lo que usted ha sido hasta ayer. Dios, que lo ve todo, le observa, y estoy seguro de que usted no hará nada que pueda herir los principios religiosos, de los que usted se acordará aunque deban producirse nuevos golpes del destino'".

Las palabras del párroco consolaron a Mussolini, que a juzgar por todas estas cosas estaba maduro para la conversión. De allí a algunos meses escribirá a su hermana Edvige:

"Después de cuarenta años he empezado mi acercamiento a la religión. Se ocupaba de esto un párroco de excelente fama. Luego me marché, y su tarea quedó interrumpida".

Kappler y Skorzeny localizan la presa

A mitad de agosto, después de tantas pesquisas sin resultado, Kappler, Skorzeny y Student descubrieron finalmente la buena pista. La indicación llegó directamente de la Maddalena. La proporcionó un oficial alemán, el capitán Hunäus, que prestaba servicio en la isla como oficial de enlace.

Hunäus refirió a Kappler que *"un importante personaje había sido alojado en un chalet aislado de la Maddalena, guardado a la vista por un centenar de Carabinieri"*.

"¡Es él!", exclamó Skorzeny apenas hubo leído el mensaje. Ansioso de acción, partió inmediatamente para la isla acompañado del teniente Warger, un joven oficial de las SS que conocía perfectamente el italiano.

Al día siguiente los dos estaban en Palau, donde se encontraron secretamente con el capitán Hunäus. De allí llegaron a la Maddalena disfrazados de simples marineros. Su llegada no despertó sospechas. Había en la isla más soldados que pescadores.

La vigilancia en torno a Villa Webber era tan floja que pudieron tranquilamente fotografiar casa y jardín. Vuelto a Roma, Skorzeny puso al corriente a Student de los resultados de su misión y, convencido de tener ya a la mano la más grande ocasión de su vida, se esforzó mucho para que fuese dispuesto cuanto antes un plan para la liberación del Duce. Como se ve, el temor

a que su modo de actuar fuese considerado "traición" por sus aliados italianos no impresionaba a estos personajes que, pocas semanas después, mostrarían asombro y desprecio por la "traición" italiana.

El plan de Skorzeny, tosco y sobre todo vistoso, requería el empleo de varios millares de hombres y casi toda la fuerza naval alemana del Mediterráneo. Más que el ágil desembarco de un comando, preveía una gran maniobra de fuerzas combinadas. En suma, tarea para un par de almirantes, no para un capitán de las SS. Es superfluo señalar que los ciento diez agentes del teniente Faiola, al que estaba confiada la custodia de Mussolini, no habrían tenido la más mínima posibilidad de resistir ante tal intervención masiva. Pero también aquella vez los imponderables jugaron a favor de los italianos. El almirante Canaris, jefe de la *Abwehr,* anunció al Cuartel General de Hitler que Skorzeny iba a caer en una trampa.

"*Mussolini* —advirtió— *no se encuentra en la Maddalena, sino en la isla de Elba, donde mis agentes lo han localizado".*

En la *Wolfschanze* la noticia armó un revuelo. Alguno lanzó incluso un suspiro de alivio. No todos estaban de acuerdo con la empresa de Skorzeny. Un golpe de mano alemán para liberar a Mussolini, se decía, ofrecería a Badoglio el pretexto para apartarse "con honor" y acusar a su aliada de traición.

Este riesgo había sido muy discutido en el Cuartel General alemán, pero Hitler había seguido tratando de liberar a Mussolini.

En esta incertidumbre, la intervención de Canaris resultó decisiva. El anuncio del jefe del servicio secreto alemán dio la alarma a Hitler. La perspectiva de caer en una trampa le aconsejó no precipitarse.

El resto lo hizo Himmler, que no tenía ninguna estima por Skorzeny. Así se decidió suspender la operación y llamar al general Student *"para un examen más a fondo del problema".*

¿Qué intentaba el juego de Canaris? El jefe de uno de los más eficientes servicios secretos del mundo no podía haber cometido evidentemente un error de esa clase. Por otra parte, más allá de su palabra, no proporcionó la menor prueba de la presencia de Mussolini en la isla de Elba, mientras que Student, Kappler y Skorzeny disponían de válidos testimonios para demostrar que el Duce estaba en la Maddalena.

Pero Canaris se salió con la suya. No se ha sabido jamás qué intentaba con su obstinada tentativa de desorientar a los sabuesos de Hitler, como no fuera para conceder otros quince días de respiro al mariscal Badoglio. En el encuentro de Canaris con el jefe del servicio secreto italiano, general Amè, en Venecia, quizá había madurado esta complicidad. Pero el objetivo que se proponía Canaris, probablemente no se sabrá nunca. Sin embargo, la intervención de Canaris retrasó unos pocos días la ejecución del plan. Kurt Student y Skorzeny, apenas informados, cayeron sobre el Cuartel General alemán y lograron convencer a Hitler de que les dejara actuar. Era absolutamente preciso no perder más precioso tiempo, dijeron. El Führer, que había recibido con pesar la idea del retraso, aprobó con entusiasmo. El pensamiento de tener que prolongar un solo día la prisión de su amigo Mussolini le llenaba de amargura.

"Estoy de acuerdo con ustedes —dijo—. *Creo en sus palabras. Ejecuten su plan. Es absolutamente necesario que Mussolini sea liberado cuanto antes. No quiero que termine en manos de los aliados".*

Student y Skorzeny volvieron a Roma triunfantes y se pusieron en seguida al trabajo. La mañana del 29 de agosto una flotilla alemana dejó Anzio y llegó a la Maddalena. Aquí se encontró con las lanchas torpederas cargadas de SS, procedentes de Córcega.

Al frente de la operación estaba el capitán de corbeta Schultz, pero Skorzeny, gracias a su carácter de oficial del servicio de seguridad, se comportó como jefe. Antes del desembarco quiso bajar a tierra para un último control. Disfrazado de marinero, con un cesto de ropa sucia al hombro, llegó sin ser molestado hasta Villa Webber. Los agentes del servicio estaban todos en su puesto. Se puso a hablar con un Carabiniere, haciendo lo posible para llevar la conversación sobre Mussolini. El agente, evidentemente harto de todos aquellos alemanes que con las excusas más pueriles rondaban en torno a Villa Webber en busca de información, le contestó bruscamente.

"Escucha, marinero —le dijo—, *si también buscas a Mussolini has equivocado el camino. Se marchó ayer en dirección desconocida. Nosotros nos hemos quedado aquí para hacer de espantapájaros con tipos como tú".* No era una broma. Mussolini, en serio, ya no estaba allí.

"Me quedé sin habla —contará Skorzeny—. *Temblé al pensar en las consecuencias que habría tenido el ataque en vacío que íbamos a realizar".* Corrió a bordo para detener todo, y apenas si llegó a tiempo.

Mientras tanto Mussolini había cambiado otra vez de prisión. Alarmados por la agitación de Skorzeny y sus hombres, los italianos habían sospechado desde hacía tiempo las intenciones de sus aliados. Pocos días antes Mussolini había sido sacado de Villa Webber y trasladado con gran prisa hacia un nuevo destino: el hotel de Campo Imperatore, en el Gran Sasso, que sería la última etapa de su no muy larga prisión.



La Villa Webber, en la Maddalena, a donde descubrieron los alemanes que había sido llevado el Duce. Pero el plan para liberarlo fracasó porque Mussolini fue trasladado a Campo Imperatore un día antes de su realización.

CASTELLANO NEGOCIA EL ARMISTICIO

Americanos e ingleses no están de acuerdo sobre las condiciones que hay que imponer a Italia.

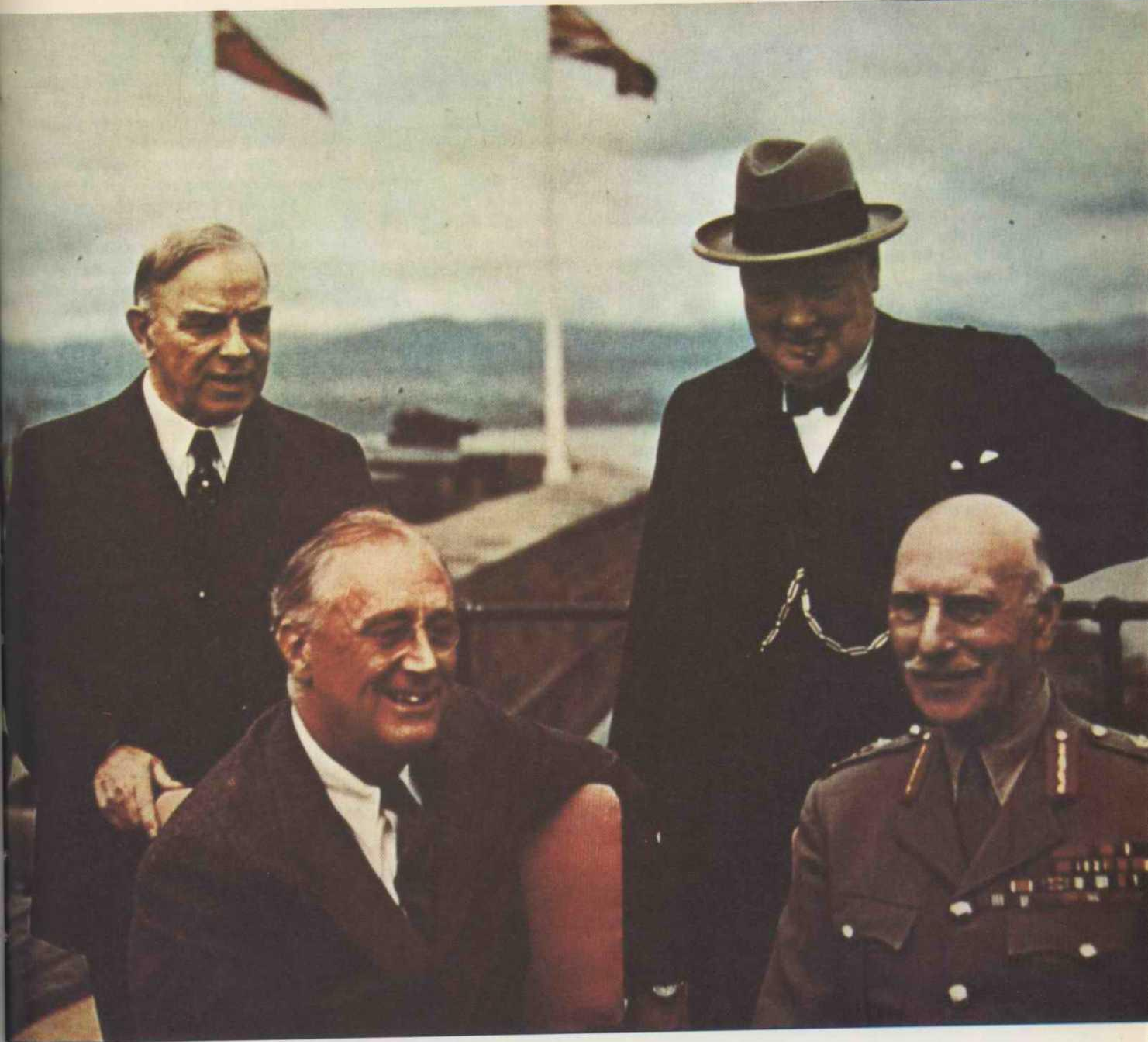
En Lisboa, las conversaciones de Castellano con los representantes aliados se concluyeron en la mañana del 18 de agosto de 1943, a las 7 horas. Antes de dejar Lisboa para volver a Roma, el general italiano recibió un pequeño transmisor de radio ya preparado con una determinada longitud de onda, con el que el gobierno italiano podría comunicarse con el mando aliado en Argel.

Dos nombres en clave: Monkey y Drizzle

El telegrafista, le dijo Strong, debería usar el nombre convencional *Monkey* (mono) y le respondería el Cuartel General de las fuerzas aliadas del Mediterráneo en Argel, cuyo nombre en clave era *Drizzle* (llovizna). La radio debía ser entregada a un agente secreto británico, el teniente Mallaby, capturado por los italianos en Como y ahora encarcelado en Regina Coeli, en espera del proceso. A partir de la medianoche del 26 de agosto, los aliados estarían a la escucha de una respuesta por parte italiana. Fueron tomados también otros acuerdos precautorios en la eventualidad de que la radio cayese en poder de los alemanes o no resultase utilizable.
Ahora Castellano debía enfrentarse con el problema del regreso. Los aliados parecían tener prisa, pero el barco que tenía que llevar a Lisboa a los diplomáticos chilenos estaba tardando, y por tanto también Castellano tenía que retrasar el viaje. Se ofreció al general la oportunidad de un viaje en avión, pero Castellano rehusó. No quería correr riesgos. Se perdieron así algunos días, y Castellano los pasó callejeando por Lisboa con Montanari, a riesgo de ser descubierto. El 21 de agosto se armó de valor y se confió al consejero de la legación italiana, Blasco Lanza d'Ajeta. Este se quedó de piedra cuando hablaron y se enteró del objetivo de su misión. Precisamente el día anterior había asegurado a su colega alemán que ciertos rumores sobre la presencia en Lisboa de un emisario italiano eran totalmente absurdos. Castellano confió al consejero la documentación que tenía en el bolsillo para que fuera guardada en la caja fuerte. Al día siguiente, los dos decidieron enviar unos mensajes a Roma para hacer saber al gobierno que las cosas iban adelante. Se trataba de mensajes naturalmente enigmáticos, pero su significado hubiera sido comprendido si en el Palazzo Chigi alguien hubiese tenido la idea de enseñarlos al ministro del Exterior. Desgraciadamente, Guariglia no los llegó a ver, y los dos extraños despachos se quedaron en una carpeta, olvidados y sin utilizar.
Pero Dios sabe con cuánta ansia se estaban esperando en Roma noticias de Castellano. Además, el nuevo jefe del SIM (Servicio de Información Militar), general Giacomo Carboni, jefe de la defensa de Roma, había convencido a Badoglio y Ambrosio de que enviaran a España un segundo emisario, el general Giacomo Zanussi. Carboni desconfiaba de Castellano, al que consideraba un rival peligroso, y prefería a Zanussi, hombre de confianza del jefe de Estado Mayor del ejército, general Roatta. Aunque pueda parecer increíble, en un momento como éste los líos de cuartel tuvieron un extraordinario peso en una situación tan grave. Así que, una mañana, el embajador inglés en Lisboa había visto presentarse ante él a un segundo general italiano. Sir Ronald Campbell renunció entender a los italianos, porque también Zanussi había llegado sin credenciales. ¿Qué era lo que quería? También él debía tener un encargo, porque careciendo de nota de presentación como Castellano, se había hecho acompañar por un general inglés, sir Adrian Carton de Wiart, que los italianos habían capturado en Tobruk y que hasta ahora había estado encerrado con otros oficiales aliados en el castillo de Vincigliata, en los alrededores de Florencia... La hipótesis más verosímil era que Zanussi fuese el emisario de una facción. En todo caso, el asunto era sospechoso. Probablemente sir Ronald se habría desmayado si hubiera conocido toda la verdad.
Este asunto resulta ya bastante alucinante, pero la exigencia de una completa documentación histórica exige añadir otro detalle que puede tener cierto sabor novelesco, pero que está rigurosamente documentado. En el avión directo a Lisboa, una señora italiana provista de pasaporte falso reconoció al general Zanussi y se lo indicó a su marido, susurrándole al oído algunas palabras. Este se volvió con mucho cuidado y después ocultó el rostro tras un periódico, para que a su vez no le reconociesen. También él estaba camino de España con la esperanza de ponerse en contacto con los aliados.

Dino Grandi deja Italia

Pero, ¿qué estaba sucediendo? ¿Quién era este tercer emisario? Su nombre estaba entre los más conocidos de la Italia de entonces: Dino Grandi, conde de Mordano, ex ministro del Exterior, ex embajador italiano en Londres, ex ministro de Educación Nacional, ex presidente de la Cámara de los Fascios y de las Corporaciones. Un mes antes había sido el principal protagonista de la clamorosa sesión del Gran Consejo del Fascismo, ya que las conclusiones que habían derrotado a Mussolini y habían proporcionado al rey el pretexto para sustituirlo, habían sido presentadas por él. Ahora se había dirigido a Gran-



El encuentro de Quebec, en agosto de 1943. A la derecha de Churchill, el primer ministro canadiense, Mackenzie King; a la izquierda de Roosevelt, el conde de Athlone, gobernador general del Canadá.

di el ministro del Exterior, Guariglia, de acuerdo con Badoglio y el rey, para que, aprovechando sus amistades personales de otro tiempo (aseguraba ser muy amigo de Hoare), echase una mano a la causa y tratase de convencer a Churchill de que los italianos estaban de verdad decididos a volver la página. Grandi, que tenía gran deseo de salir de Italia, donde notaba que el suelo temblaba bajo sus pies, había ofrecido al nuevo gobierno sus servicios, pero al principio se había pensado con razón que un representante fascista de primer plano como él no sería el portavoz más adecuado de la nueva Italia. Con el paso de los días y el aumento de la angustia, y al acentuarse las presiones del interesado, se había decidido que una voz de más sólo podía favorecer la causa. Así que Grandi —seis días antes que Zanussi— había tomado el avión de línea Roma-Sevilla y había llegado a Madrid. Aquí, como había previsto, sir Samuel Hoare le había recibido, pero le había indicado también que sólo en Lisboa se podría hacer alguna cosa. Quizá el gobierno inglés pondría a sus órdenes un avión para volar al Canadá, donde en Quebec podría hablar con Churchill. Grandi había vuelto a Sevilla y había tomado el avión para Lisboa, el mismo avión en que viajaban también Zanussi y sus acompañantes, el general De Wiart y el intérprete, el teniente Galvano Lanza

di Trabia. Grandi intuyó inmediatamente que su viaje se terminaría en una pompa de jabón, y comprendió, como escribiría después, que había sido *"otra ocasión perdida de mostrar valor y dignidad"*. Sin embargo, el viaje no fue inútil, ya que el espionaje alemán se distrajo con la llegada de Grandi a Lisboa y la interpretó como una fuga de Italia. Grandi se alojó por la zona de Oporto, y los alemanes vigilaron su casa día y noche, perdiendo así fuerzas tras una pista falsa...

A Castellano le ocultan el "armisticio largo"

Entre tanto, los aliados estaban tratando con Zanussi, que había llegado a Lisboa un día después que Castellano había salido por tren para Roma; demasiado pronto, pues, para ser portador de alguna respuesta. La primera impresión de los aliados fue que el recién llegado era un impostor, y Bedell Smith no dudó a proponer su fusilamiento como espía, pero intervino un hecho nuevo. En Quebec, la delegación inglesa y la americana se habían puesto finalmente de acuerdo sobre el texto de las cláusulas del armisticio que se sometería a Italia. Se trataba del "armisticio largo", del que nadie había dicho nada a Castellano, y del que Castellano no había hecho mención a Roma.

No había sido fácil llegar a un acuerdo entre ingleses y americanos sobre aquellas condiciones. Según los ingleses, los italianos debían ser tratados lo más duramente posible, porque habían osado desafiar la potencia inglesa con una insolencia insoportable. A los ingleses la guerra les había costado muchos muertos y graves pérdidas, lo que hacía difícil en un momento como aquel la generosidad sugerida por razones políticas. Además, en la actitud inglesa pesaban los resentimientos personales del ministro del Exterior, Anthony Eden, al que un día Mussolini había cerrado groseramente la puerta en las narices.

Pero los americanos pensaban que era más oportuno endulzar la píldora a los italianos, los cuales se mostraban arrepentidos y se declaraban dispuestos a combatir al lado de los aliados contra los alemanes... Pesaba, naturalmente, en la balanza americana la presencia de tantos italianos en Norteamérica y en las mismas filas del ejército, pero también tenían su importancia las razones de oportunidad política y militar. Eisenhower sabía que disponía de pocas divisiones para las operaciones en Italia y consideraba fundamental la ayuda italiana.

Había, además, otros motivos de discordia entre ingleses y americanos. Eisenhower sabía que, después de la caída de Mussolini, había hecho una declaración en la que prometía un trato generoso, a fin de mostrar un ejemplo, mientras que ahora se hablaba de "rendición incondicional". Finalmente, estaba la actitud respecto al gobierno de Badoglio. Los ingleses aceptaban a Badoglio, y mucho más al rey, porque sobre estas dos pilastras descansarían las estructuras del estado italiano durante la guerra e incluso después, sin posibles aventuras. Pero para los americanos el gobierno de Badoglio era apenas soportable como solución de urgencia. Consideraban a Badoglio —y al rey que estaba tras él— demasiado comprometido con el fascismo y poco representativo de una Italia que quería presentarse antifascista y democrática. La pugna de Quebec se concluyó, pues, con la aprobación de un documento titulado "Otras condiciones" y que en la práctica constituía un éxito inglés. Eden lo hizo transmitir inmediatamente a Lisboa y ordenó entregarlo sin demora al *enviado italiano*. Este, en aquel momento, no podía ser más que Zanussi, así que el general, que había sido ignorado y había estado incluso a punto de ser fusilado y del que los americanos seguían sin fiarse, había sido llamado por sir Ronald Campbell la mañana del 27 de agosto y había recibido el texto del "armisticio largo" sin saber que existía un "armisticio corto". Zanussi echó una mirada al documento y objetó que las cláusulas le parecían un poco duras. El otro no tenía nada que decir, y el general se retiró diciendo que estudiaría el documento con el intérprete.

Toda esta prisa por parte inglesa para entregar a los italianos este irritante documento, que constituía casi media vuelta respecto a las primeras seguridades dadas a Castellano, era un poco sospechosa, y sólo se explicaba por el deseo británico de poner a los americanos frente al hecho consumado. En realidad, Eden había obrado tan rápidamente que Zanussi leyó el documento incluso antes de que el presidente Roosevelt lo hubiera dado un vistazo. Eisenhower se dio cuenta del astuto juego de los ingleses y ordenó a Bedell Smith que pusiera a Zanussi en la imposibilidad de comunicar con Roma. Mientras Eisenhower no dudaba en manifestar su reproche por el modo incorrecto de actuar de sus aliados ingleses, Zanussi fue invitado a subir a u avión. Le habían prometido que volv ría a Roma, pero se encontró de pro to en Argel, prácticamente prisioner en la sede del Cuartel General aliad donde la mayor parte de los oficial con quienes se puso en contacto l consideraron un emisario de los naz encargado de averiguar el estado de la conversaciones entre los aliados y Ba doglio. Allí pasó el tiempo Zanuss respondiendo al fuego graneado de la preguntas que le fueron dirigidas por e servicio de información. Insistiendo e hablar —Zanussi explicó después qu tenía que hablar si quería que los alia dos creyesen en la buena fe de lo italianos—, el general proporcionó tam bién algunos consejos de naturaleza es tratégica sobre el mejor modo de con quistar (o sea, liberar, como ya decía a Italia. En primer lugar, los aliados deberían evitar los desembarcos al su de Roma si no querían verse obligados a subir combatiendo por toda la península. *"Italia se conquista estrangulando su parte insular"*, dijo Zanussi, *"y obligando a los alemanes a defenderse tras la barrera de los Apeninos entre Florencia y Bolonia"*.

Los paracaidistas destinados a Roma

Estas observaciones se quedaban en el nivel teórico, porque los aliados habían dispuesto ya la preparación del desembarco de Salerno y no estarían capacitados para desembarcar en la costa de Toscana o en la de las Marcas, como los italianos parecían desear. No tenían elementos suficientes (carecían de divisiones y de barcos, y además los aviones de caza no tenían autonomía para volar desde Sicilia hasta Italia central, entablar combate y volver a las bases). Sin embargo, una observación de Zanussi hizo cierto efecto. El general italiano propuso que los aliados desembarcaran en Roma una división aerotransportada para tomar posesión de la capital. Esto habría salvado al rey y al gobierno, explicó, pero habría obligado también a los alemanes a huir hacia el norte, abandonando a los italianos aquellas posiciones que, como veremos en seguida, obstaculizarían el avance aliado hasta el punto de estancar el frente durante meses. Los angloamericanos, que estaban preparando sin que lo supiese Zanussi el desembarco en Salerno, se preguntaban si este movimiento, favorecido por la ayuda de los italianos, sería en realidad una buena baza. Y empezaron a pensárselo bien.

8 DE SEPTIEMBRE DE 1943

Cómo se llegó al armisticio. Presunción e irresponsabilidad de Badoglio y sus colaboradores. El fallido desembarco aéreo sobre Roma.

El general Castellano llegó a Roma el 28 de agosto, después de 72 horas de extenuante viaje a través de España y de Francia. El militar tenía prisa por ponerse en contacto con sus superiores. Sabía que tenía las horas contadas. Pero no le fue posible. Apenas llegado a la sede del Cuartel General italiano, supo que el jefe del Estado Mayor General, Ambrosio, estaba de permiso en Turín. Debía, pues, hablar con el subjefe, general Franceso Rossi, el cual le consiguió una reunión para la mañana siguiente con Badoglio y Guariglia. Finalmente el general pudo comunicar su informe y notó que sus interlocutores ponían mala cara. Cuando Guariglia tuvo en las manos el relato firmado por Castellano, se puso furioso, diciendo que no había visto jamás tanta ligereza en cosa semejante. ¿Cómo era posible que el general Castellano se hubiera dejado convencer para firmar un documento de quella clase? Pero, ¿no sabía el general que los angloamericanos podían decidirse a publicar en la prensa todo aquel asunto? ¿Qué sería de él y de todos ellos en un caso semejante?

Castellano comprendió que las cosas no serían más fáciles con sus superiores de lo que lo habían sido con el enemigo, y trató de llevar la conversación a cosas serias. Pero Guariglia le interrumpió una vez más, y preguntó quién había autorizado al general Castellano a ofrecer a quien fuese la ayuda militar de Italia. Esta vez Castellano se negó a dejarse acorralar y replicó que era verdad que nadie le había autorizado a hacer una oferta de esa clase, pero que también era verdad que nadie le había querido dar directivas concretas. Esto le había llevado a comportarse de la forma que, dadas las circunstancias, le había parecido más oportuna.

Las objeciones de Guariglia hicieron mella también en Badoglio, el cual esperaba "hacerse" con condiciones más favorables mostrándose más rígido. La reunión terminó sin una decisión. Castellano no sabía a qué santo encomen-

También Roma, como tantas otras ciudades italianas, conoció la pesadilla de los bombadeos, aunque, afortunadamente para la capital, no de manera tan masiva como las ciudades marítimas o las industriales de la Italia septentrional, sobre las que los bombarderos aliados se encarnizaron por motivos más prácticos que terroristas.



darse porque ni Badoglio ni Guariglia parecían darse cuenta de que los aliados esperaban una respuesta antes del 30 de agosto. Cuando el general quedó solo, se aferró al teléfono y habló con Ambrosio, rogándole que volviera. A la mañana siguiente hubo otra reunión en el Viminale, sede ahora de la presidencia del Consejo, con la participación de Badoglio, Guariglia, Ambrosio, Castellano y Carboni. Tampoco se llegó a ninguna conclusión esta vez, pero Castellano fue apoyado por Carboni en contra de una propuesta de Guariglia para llevar las conversaciones al plano diplomático. En vano señaló Castellano que los aliados parecían poco dispuestos a tratar de potencia a potencia, y que más bien querían liquidar la cuestión entre vencedores y vencidos. Guariglia mantuvo su idea. Castellano sugirió entonces a Ambrosio pedir la intervención del rey.

La mañana del 29 de agosto hubo una tercera reunión, esta vez en el Quirinal. Acquarone (ministro de la Real Casa) y Víctor Manuel III hablaron primero con Guariglia y con Badoglio. Guariglia propuso encargar a Castellano de llevar a los aliados las contrapropuestas italianas. De nuevo Castellano tomó la palabra para explicar de la manera más clara posible, aunque tratando de mantener las formas, que todavía se estaba muy lejos de haberle comprendido. Los aliados esperaban de los italianos un sí o un no; nada más. Una vez más se disolvió la reunión, retrasando la decisión. Con el enemigo en casa y los alemanes a las puertas de Roma, el rey y sus ministros seguían imaginando que todavía tenían cartas que jugar. Pero si en Roma se trataba desesperadamente de hacer el pillo, en Argel los aliados no se comportaban mejor. Aquel mismo día habían hecho telegrafiar a Carboni, de parte de Zanussi, que enviara un avión a Palermo para recoger documentos importantes (el "armisticio largo"). Así se hizo, y Lanza di Trabia llevó una documentación de escaso relieve de la que se había quitado en el último momento el "armisticio largo", y una carta de Zanussi en la que se aconsejaba a Ambrosio que mandara a Sicilia a Castellano para firmar el armisticio. ¿Por qué Bedell Smith, en el último momento, había sacado de la cartera de Lanza di Trabia el texto del "armisticio largo", del que así seguían en Roma ignorando incluso su existencia? Las justificaciones dadas en aquel momento y poco después son indudablemente auténticas, pero no pueden tomarse en serio. El jefe de Estado Mayor de Eisenhower explicó que tuvo miedo de que el documento pudiese caer en manos de los alemanes. Dijo que eso habría sido un desastre. En realidad, Washington había autorizado a Eisenhower a tratar sobre la base del "armisticio corto", y esto parecía dar a

La basílica de San Lorenzo Extramuros fue alcanzada de lleno por las bombas americanas el 13 de agosto. En el claustro de la bella iglesia, ya medio destruida, se organizaron inmediatamente puestos de socorro para los sin hogar, que en el populoso barrio fueron muchísimos.



A pesar de los bombardeos, los italianos están convencidos de que todo acabará pronto y se distraen leyendo la historia de amor de "Claretta y Ben". A fines de agosto, mientras generales italianos de una parte y generales alemanes de la otra se esfuerzan por llevar adelante su juego de engaños, los italianos silban una canción lanzada por Gino Bechi. "Ven, hay un camino en el bosque", *dicen las palabras del estribillo. A los pocos días, muchos italianos tomarían realmente "el camino del bosque" y esa canción será el primer canto de la Resistencia.* "Cantando con lágrimas en los ojos" *dice otra canción bastante en boga aquellos días. Después de una breve pausa, mientras el frente de Sicilia se estanca, los bombardeos se han reanudado con inaudita violencia; en Milán, en Roma, en Génova, en Nápoles, los aviones aliados provocan verdaderas matanzas. Se trata de justificarlos. Es por los alemanes, dice la gente, que continúan aumentando en el país. Hay ya quien piensa en el futuro. Los italianos no han tenido nunca facilidad para las lenguas, pero antes o después habrá que vérselas con el "inglés". Donde no hay un diccionario llega el capitán Glenn Miller, que transmite todas las noches sus canciones desde el bunker de Busch House, en Londres. La democracia está naciendo penosamente. Los más no saben de qué se trata, pero así van olvidando lo peor. Incluso aunque el pueblo no decida nada, o más bien poco. Disuelta la Cámara de los Fascios, suprimido el Gran Consejo del fascismo y el tribunal especial, es abolida la censura del Ministerio de Cultura. Pero se inaugura otra que corta los artículos ya compuestos en la imprenta, de modo que los periódicos salen con recuadros blancos. Los prisioneros políticos*

EN ITALIA SE CANTA Y SE ESPERA

son liberados poco a poco. Se olvidan sólo de los anarquistas, pero nadie protesta. Cae la ley sobre el celibato, y para no molestar a los alemanes, se ignora la de la raza. Por lo demás, muchas cosas siguen igual que antes. Está prohibido formar partidos políticos, usar banderas y símbolos que no sean la bandera tricolor y el escudo de Saboya, reunirse más de tres personas, hacer huelga, etc. Los líderes del antifascismo eluden los decretos y reorganizan sus fuerzas.
El 7 de agosto sale un manifiesto firmado por la DC, el PSI, el PCI, el PLI, el Partido de Acción y el Movimiento de Unidad Proletaria, en el que se acusa a Badoglio de "ambigüedad". La acción gubernativa para llevar al país a la paz y a la recuperación de la libertad es confusa y contradictoria. Los partidos populares son los que encuentran mayores dificultades. El gobierno es menos estricto con quien representa aún la antigua Italia.
Heri dicebamus *escribe Luigi Einaudi reanudando la actividad periodística. Los periódicos empiezan a aumentar las tiradas. Los artículos de fondo, en sí, no son una novedad, pero vuelve la crónica negra; describe una sociedad verdaderamente "a pedazos". La guerra ha herido a todos, dentro y fuera. Se leen ávidamente las crónicas sobre "beneficios del régimen"; es el momento de los balances. Si es verdad lo que se dice, los jerarcas han sustraído al Estado casi ciento veinte mil millones de liras, a los que hay que añadir los ochocientos cincuenta que el fascismo ha gastado en veinte años con fines militares. La policía está dando caza a Americo Dumini, el hombre que asesinó a Matteotti. Cuando lo detengan, los agentes encontrarán en sus bolsillos doscientas cincuenta mil liras y ocho carnets de identidad. "Ebrios de libertad", los cronistas se desahogan. Quizá no saben, o quieren ignorar, que se les ha alargado la cuerda para que distraigan al público con historias de "evasión". Se da gran crédito al rumor de que la punta del monolito levantado por los fascistas carrareses en el Foro Mussolini es de oro macizo. Muchos romanos, curiosos, corren a observar la cúspide, y alguno escala el obelisco. Toque de queda de las 22 a las 6. Obtener un salvoconducto para la noche es más difícil que encontrar un paquete de cigarrillos, que ya eran bastante raros. Todos los servicios públicos están en manos de los militares. De Roma no se puede salir. Y dentro, para viajar en tranvía hace falta permiso especial. Encontrar comida que no sea la prevista en los cupones sigue siendo una aventura. La carne es concedida sólo como "suplemento" a los enfermos. Los periódicos romanos anuncian vistosamente que una vaca del Agro ha dado a luz siete terneros.*
Falta todo o casi todo, pero los italianos pueden finalmente leer la historia del amor secreto de Mussolini con Claretta Petacci. La aventura sentimental de "Claretta y Bibì" aparece en el "Messagero" y en el "Corriere della Sera". Autores: Vincenzo Talarico y Ferruccio Lanfranchi. Ese "Bibì", como, según escriben los periodistas, firma Mussolini sus cartas de amor, hace reír a media Italia y desdramatiza al personaje. Pero la verdad es que es un error: Mussolini no firmaba "Bibì", sino "Ben". Pero, ¿qué importa? Muchos italianos se preguntan qué suerte ha tenido Claretta, "la amante del régimen". Ya desde el 26 de julio toda la familia Petacci ha dejado el chalet de la Camilluccia para trasladarse al lago Maggiore, al chalet de la otra hija, María, de nombre artístico Myriam de San Servolo. Han partido con gran prisa, pero la madre, Giuseppina, ha tenido tiempo de meter en los baúles toda la correspondencia de Claretta, sesenta y ocho sobres lacrados que contienen algunas cartas del Duce y las copias de las muchísimas que ella le ha escrito, casi todos los días, en los últimos diez años. El 12 de agosto, los Petacci han recibido en el chalet de Meina la visita de una patrulla de Carabinieri y media hora después se han encontrado todos, menos Marcello, encerrados en la cárcel de Novara. El hermano de Claretta ha llegado muy joven al grado de comandante médico de la marina. Ahora está confinado en un cuartel de Tarento. Claretta Petacci escribe a Mussolini desde la prisión cartas que no envía. Además, ella misma ignora la suerte del Duce. A la pobre le costará caro volver a compartirla.
"Tengo como una certeza imprevista y violenta *—le dice—*. Siento que te veré. Yo sé que estás vivo...". *Y también:* "Lo que aumenta de modo irreparable mi tristeza es que desde hace unos días ya no te siento, me has despedido, quizá sustituido, siguiendo tus primitivos instintos...". *En estos momentos no faltaban más que los celos. Después, hacia mitad de agosto, Claretta se entera de que Mussolini está confinado en la Maddalena.* "Finalmente sé dónde estás *—le escribe—*. Está claro que quieren entregarte a los ingleses, quizá quieren hacer creer que te cogerán sin ellos saberlo y en realidad están todos de acuerdo". *Por una serie de coincidencias, también a una prisión había llegado la noticia de que Skorzeny llevaba semanas investigando afanosamente.*





Una vez conquistada toda Sicilia, el desembarco en Calabria fue para los aliados cosa fácil. Las operaciones, que se desarrollaban en un marco reducido, eran conducidas bajo la vigilancia de la aviación, que disponía de los aeródromos sicilianos. En la foto, infantería y vehículos ingleses inician, en las playas calabresas, la larga marcha hacia el norte.

los americanos una especie de motivo para tomar las riendas del negocio, llevado hasta aquel momento por los ingleses.

Desde Argel se hizo saber a Osborne —para que lo comunicase a Guariglia— que estaban esperando a Castellano como se había convenido en Lisboa. Y como en el mensaje recibido por el ministro inglés cerca de la Santa Sede no se hacía alusión al "sí" ni al "no", Guariglia pensó enviar a Castellano sin una respuesta concreta. Al día siguiente explicó esta propuesta en el curso de una reunión montada por Badoglio con participación de Acquarone en representación del rey. La conclusión fue ésta: Castellano debía mantenerse en un plano general y decir, si era necesario, que los italianos no querían anunciar el armisticio hasta el desembarco de suficientes fuerzas angloamericanas en la península... *"Era evidente* —escribe un historiador— *que Badoglio, habiendo esperado en vano que los alemanes lo salvaran de los aliados, quería ahora que los aliados lo salvaran de los alemanes. Pero hasta que los aliados no estuviesen en disposición de hacerlo, él, como de costumbre, no pensaba exponerse".*

Castellano comprendía que su misión sería bastante difícil, pero por el momento se sentía suficientemente satisfecho porque le habían dado, finalmente, "directivas precisas".

Sobre la base de unas notas de Guariglia, Badoglio había escrito de su puño y letra las instrucciones para el negociador. He aquí el texto de esos apuntes:

1) *remitirse a las notas (de Guariglia);*

2) *para no ser dominados antes de que los ingleses puedan hacer sentir su acción, nosotros no podemos declarar aceptación armisticio hasta desembarcos realizados de al menos 15 divisiones, la mayor parte de ellas entre Civitavecchia y Spezia;*

3) *nosotros no podemos poner a disposición los siguientes campos de aviación...;*

4) *la flota va a la Maddalena; saber el momento aproximado, a fin de prepararnos,*

5) *protección Vaticano;*

6) *quedan en Roma el rey, el príncipe heredero, la reina, el gobierno y el cuerpo diplomático;*

7) *asunto prisioneros.*

Con este memorial en el bolsillo, unido a una hoja en la que estaban las notas escritas por Guariglia, el general Castellano partió en compañía de Montanari desde el aeródromo de Guidonia hacia Sicilia en el avión personal de Ambrosio. A las nueve llegó a Termini Imerese, donde el general Kenneth Strong lo hizo subir a un *jeep* y lo llevó al campamento aliado, cerca de Cassibile. Se trataba de un gran campo cuyas tiendas se alzaban en medio de un olivar desolado. Allí estaba el Cuartel General de Alexander, comandante en jefe de las tropas aliadas en Italia. Salieron a recibir a Castellano y Montanari los generales Bedell Smith y Zanussi. Castellano miró a su colega abriendo los ojos: *"Y tú, ¿qué haces aquí?",* preguntó. *"Me ha mandado Ambrosio",* respondió el otro.

El grupo entró en una gran tienda dispuesta como sala de reuniones. Mientras se estaba esperando que la conferencia comenzase, Zanussi se acercó a su colega indicándole que le había sido entregado el texto del armisticio (en realidad, Bedell Smith, después





En la página anterior, una dramática imagen de la guerra en Sicilia. Abrumada por tanta desgracia, una anciana campesina, sentada en las ruinas de su vivienda, espera que la tempestad se aplaque.

Arriba, una panorámica de Cassibile, pequeña población en la periferia de Siracusa en cuyas cercanías fue firmado el armisticio separado entre Italia y los aliados.

de habérselo sustraído en un primer momento para impedir que lo hiciera llegar a Roma, había restituido a Zanussi el texto del "armisticio largo"), pero Castellano, que no tenía ninguna intención de compartir el encargo con él, le respondió bruscamente que ya estaba informado de todo.

Zanussi se fío de la respuesta de Castellano (después de todo, por lo que él sabía, su colega podía verdaderamente estar al corriente de todo) y preguntó a media voz si Badoglio había aceptado o no las condiciones. Castellano respondió:

"¡Las ha aceptado y no las ha aceptado! Veremos lo que dicen y qué cara ponen cuando conozcan lo que Badoglio me ha ordenado transmitirles."

Ya estaban todos sentados en sus puestos designados. La reunión fue abierta por Walter Bedell Smith, que se dejó de prólogos y se dirigió al general Castellano.

"General, ¿tiene usted plenos poderes para negociar?"

Castellano tuvo que responder que no. No los tenía. Sin embargo, evitó que su interlocutor se recuperase de la sorpresa y comenzó a leer la nota entregada por el ministro del Exterior Guariglia, que explicó basándose en el documento de Badoglio. De las palabras de Castellano surgieron todas las divergencias que existían entre la posición de los aliados y la del gobierno italiano, pero los presentes fingieron no apreciarlas. Así que el general siguió hablando como si verdaderamente el desembarco de los aliados en la península la salvaría al gobierno Badoglio y al soberano, así como a las fuerzas armadas y a la población misma, de las represalias alemanas. Castellano siguió hablando de este desembarco aliado como si fuera realidad que haría tomar tierra a quince divisiones angloamericanas. El hecho es que en ese momento los aliados sólo querían la firma de los italianos al pie del documento de rendición. La fecha fijada para la operación "Avalanche" (el desembarco en Salerno) se estaba acercando, y la fase ejecutiva debía empezar ya al día siguiente. Eisenhower tenía absoluta necesidad de saber que los italianos estarían fuera de combate para el día del desembarco, pues había decidido hacer el anuncio oficial pocas horas antes, de modo que los alemanes se encontraran en la embarazosa situación de tener que enfrentarse con el patente cambio italiano y el desembarco aliado.

Se pasó a continuación al examen de los puntos sobre los cuales los italianos parecían desear aclaraciones. Castellano habría deseado saber dónde se efectuaría el desembarco. Los italianos esperaban que en Civitavecchia, o mejor aún, en Livorno o La Spezia. Pero Bedell Smith rehusó dar esta información, aunque Castellano le dijo que el ejército italiano habría aprovechado este dato para ayudar a los aliados. Al parecer los angloamericanos preferían prescindir de esta ayuda antes que revelar su secreto.

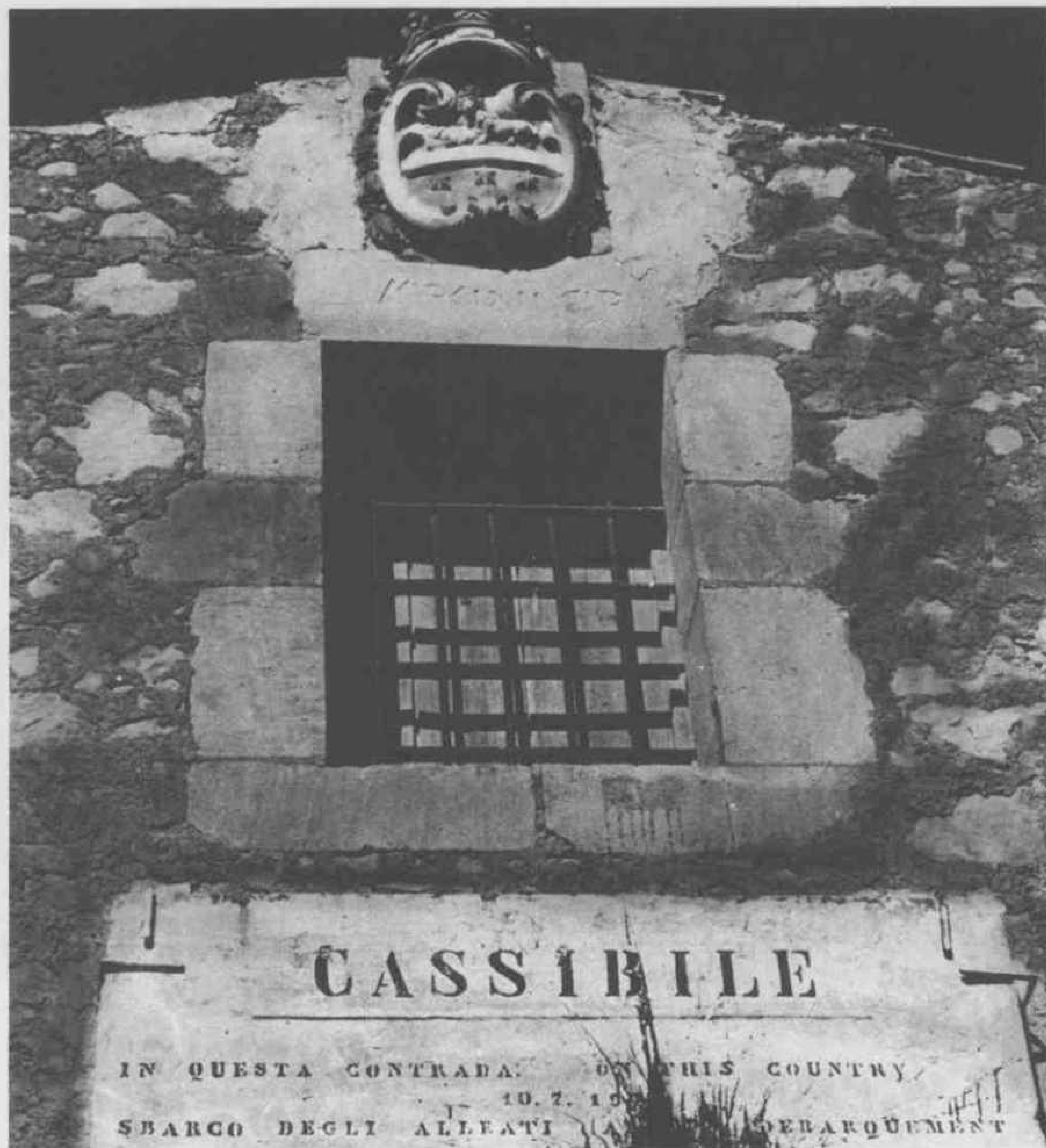
Castellano trató de que le dijeran la fecha del desembarco, pero tampoco Bedell Smith quiso responder a esta pregunta. Cuando Castellano dijo que se contentaría con una respuesta vagamente aproximada, Smith le dijo: en el plazo de dos semanas.

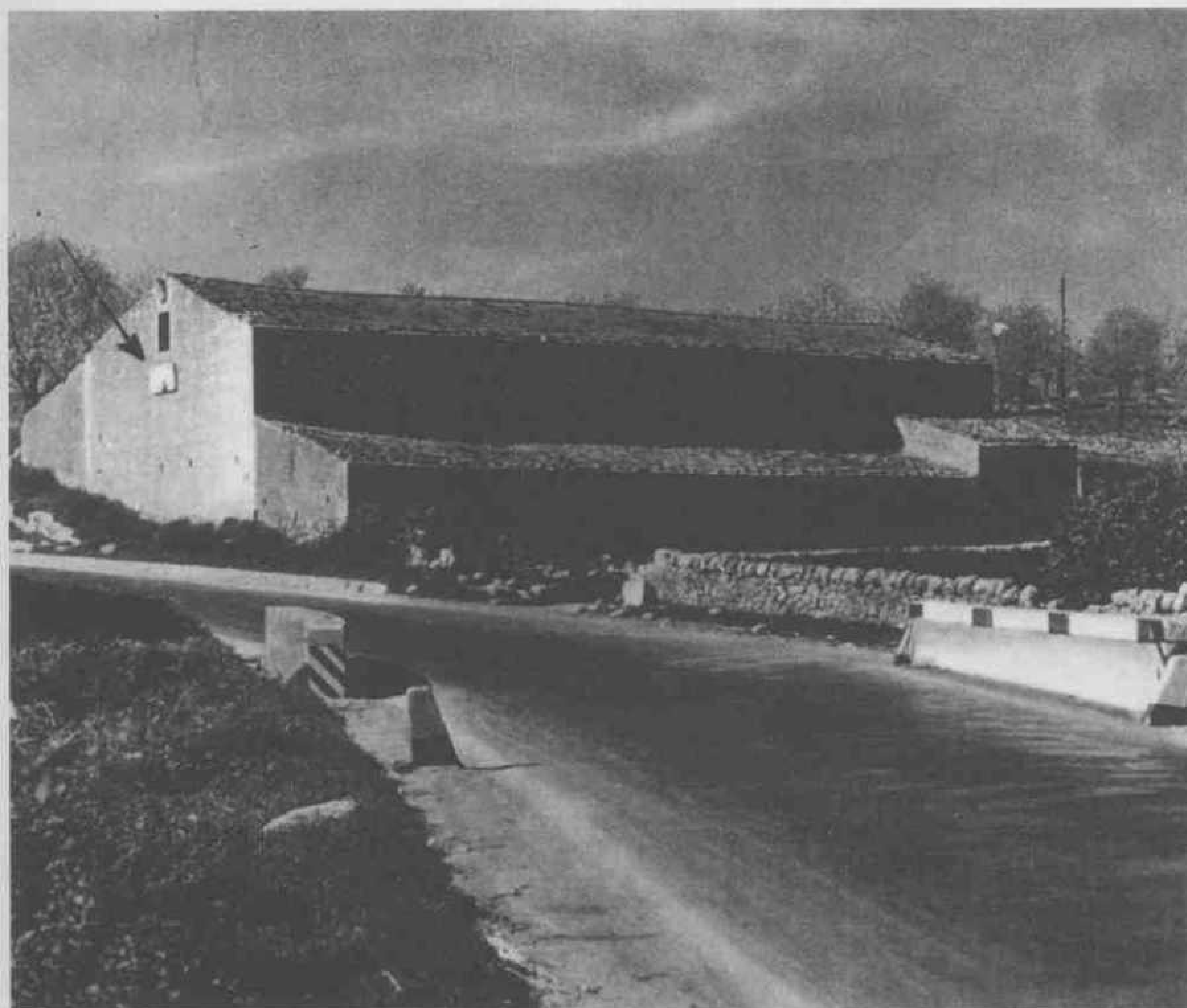
También sobre otro punto, por lo demás de escaso relieve, tuvo que comprobar Castellano la rigidez aliada. Según las instrucciones de Badoglio, pidió que se permitiera refugiarse en la Maddalena al menos a una parte de la flota italiana. El razonamiento era éste: si había que huir de los alemanes, tanto daba refugiarse en un puerto como este sardo, y así se evitaría la vergüenza de entregarse al enemigo... Pero el representante del almirante Cunningham no quiso saber nada. Según él, la máxima concesión se había hecho ya cuando se había decidido que no se arriaría nunca la bandera tricolor de los barcos italianos. La flota debía presentarse en Malta, partiendo en seguida del anuncio del armisticio.

Castellano estaba bastante desconcertado por todas estas negativas, pero Bedell Smith trató de levantarle la moral. *"No se fije en la dureza de las cláusulas del armisticio* —le dijo—. *Están hechas para la opinión pública de nuestro país más que para el suyo. Si ustedes se ponen lealmente a nuestro lado, los términos reales serán muy diversos de los formales. Tengan fe en*

nosotros y éste será el modo mejor de tenerla en ustedes mismos".

El negociador italiano citó otro punto: el de la seguridad del rey y del gobierno. Desde el momento en que el soberano, el primer ministro y el cuerpo diplomático pensaban quedarse en Roma, y desde el momento en que estaba también el problema de garantizar de algún modo la inmunidad de la Ciudad del Vaticano y su cuerpo diplomático, sobre la cual el gobierno italiano tenía compromisos específicos, era necesario que los aliados asegurasen su protección antes de la firma del armisticio. Los italianos se daban cuenta de la dificultad presentada por esta petición, pero pensaban que un desembarco secundario en las cercanías de Roma habría resuelto las cosas. Es increíble la facilidad con que Castellano y sus superiores hablaban de las operaciones aliadas de desembarco, como si hubieran manejado siempre un ejército dotado de gran movilidad. En realidad los italianos no tenían ninguna experiencia digna, y esto explica que dijeran tantos absurdos de carácter estratégico y táctico. Tomemos un ejemplo: para preparar un desembarco hacían falta meses de tiempo, y los italianos parecían ignorarlo. Y además: ¿cómo era posible programar desembarcos en la zona de Ancona, tan guarnecida de alemanes, o en la Toscana, en una estación de frecuentes vientos del sudeste y sin disponer de portaviones capaces de per-





Otras dos imágenes de Cassibile. Aquí encima, la lápida colocada en el muro de la granja en cuyas cercanías ocurrieron los encuentros entre la delegación italiana y la americana.

El escudo superior es el de los marqueses de Cassibile, propietarios del edificio que aparece en la foto contigua.

mitir a los aparatos aliados la autonomía necesaria?... Pero por encima de toda otra consideración queda el estupor por el atolondramiento con que generales que no habían sido nunca capaces de tomar la iniciativa, ni siquiera cuando tenían superioridad como en Libia en 1940, pretendían dar consejos de carácter estratégico a los angloamericanos. Sin tener en cuenta el efecto singular que tal actitud debía tener sobre los interlocutores, no se explica del todo la actitud ambigua de los aliados respecto a los italianos en este particular y delicado momento, e incluso después. No se explican las dificultades



que encontró la nueva Italia democrática, por ejemplo, en el intento de subir la cuesta y restablecer una credibilidad y un prestigio internacionales que veinte años de fascismo y una clase política y militar inepta habían perjudicado. Pero por el momento Bedell Smith y la delegación americana se dieron cuenta de que, si querían la firma italiana al pie del armisticio, era necesario hacer alguna cosa por Roma. Entonces se acordó la que era llamada ya "propuesta Zanussi", relativa a la división aerotransportada americana que aterrizaría en Roma... El general Smith dijo que se podría hacer lo que fuera con tal de que los italianos se comprometieran a cumplir su parte. Claramente, por parte americana se trataba de farolear para llevar a buen fin la capitulación, pero por parte italiana Castellano y Zanussi no les iban a la zaga. ¿No era acaso un farol asegurar que las tropas italianas eran capaces de dominar a las alemanas en la zona de Roma?

Después del almuerzo siguió la sesión. Bedell Smith había hablado con Alexander y con Eisenhower. Su labor había sido aprobada, pero los jefes le habían dicho lo mismo: hacía falta la firma, porque a falta de la firma todo quedaba en el aire. Castellano, que estaba tan dispuesto a negociar, no estaba en situación de firmar. Trató de aconsejar una táctica de espera, diciendo que Badoglio prefería retrasar el anuncio del armisticio, pero se le respondió que tal hipótesis era inaceptable. Castellano pidió entonces dejar el anuncio del armisticio para cuando las cabezas de playa del desembarco se hubieran consolidado, pero de nuevo se le dijo que no. La opinión pública americana, dijo Bedell Smith, se rebelaría ante la pérdida de vidas humanas causadas por italianos que en la práctica se habían ya rendido. Eran ya las quince horas y en la tienda hacía un calor infernal. Nadie parecía capaz de resistir ni un minuto más y la atmósfera era tensa. Parecía que Bedell Smith se había puesto más irascible desde hacía algunos minutos, culpa evidentemente de la úlcera que le afligía. Fue él quien se levantó haciendo ver que no había nada más que decir. Los aliados daban a los italianos tiempo hasta la media noche del miércoles 1 de septiembre.

Después de un breve vuelo hasta Términi Imerese, Castellano, Zanussi y Montanari volvieron a su trimotor Savoia Marchetti y regresaron a Roma. Llegaron a Ciampino a las siete de la tarde. Demasiado tarde para hablar en seguida con Badoglio porque, aunque Italia se estuviese hundiendo, a aquella hora el mariscal... estaba ya acostado. Por su parte a aquella hora Bedell Smith, Macmillan y Murphy habían llegado a Argel y estaban refiriendo a Eisenhower cómo habían marchado las cosas. Ante las objeciones del comandante en jefe respecto al compromiso de enviar una división aerotransportada a la capital italiana, Bedell Smith respondía que lo de la defensa de Roma era una píldora que había que tragar, pero la única, para inducir a los italianos a firmar.

El Cuartel General de Argel entró en gran confusión por la novedad que tocaba a la 82.ª División aerotransportada, porque el plan de la "Operación Avalanche" preveía su lanzamiento a lo largo del Volturno para que inmovilizase la inmediata retaguardia alemana en el momento del desembarco. Ciertamente que el general Clark no cedería sin discutir. En efecto, hizo falta Eisenhower para obligar a Clark a renunciar a la división, y cuando consintió lo hizo a regañadientes, afirmando que los italianos no eran de fiar. Lo mismo pensaba, por otra parte, el general Ridgway, jefe de la división. Cuando Macmillan y Murphy le presionaron apoyando a Eisenhower en consideración a la importancia política de la operación, Ridgway reaccionó contra *"estos malditos consejeros políticos*

que se entrometen en los asuntos militares quedándose en casa". Los dos diplomáticos pidieron entonces a Eisenhower que les autorizara a subir en el primer avión destinado a aterrizar en Roma. Su petición no quería ser una manifestación de arrogancia, sino una verdadera protesta por los improperios del general Ridgway. Eisenhower se vio obligado a dar su consentimiento... En Roma la discusión empezó entrada la mañana del 1 de septiembre, en el Viminal, en la sala contigua al despacho del jefe de gobierno (desde los primeros días Badoglio había nuevamente restablecido la antigua sede, cerrando el "mussoliniano" Palazzo Venezia). Estaban Badoglio, Ambrosio, Guariglia, Carboni, Acquarone y Castellano. Debería haber estado también Zanussi, pero Castellano había logrado que no participara. Zanussi, por su parte, pronto se puso a dar juego. Por ejemplo, había entregado a su jefe directo, el general Roatta, el texto del "armisticio largo", y luego dirá también que le advirtió de la importancia del documento, y que le pidió lo entregara a Ambrosio...

La firma del armisticio

Desconocedor del documento que los aliados habían entregado a Zanussi, Castellano dio su propio informe con el tono de quien ha logrado superar las más ásperas dificultades de la mejor manera. Cuando afirmó que los aliados se habían comprometido a enviar una división a Roma para defender al rey y al gobierno con ocasión del anuncio del armisticio, también Guariglia reconoció que difícilmente podía haberse hecho mejor, consideradas las circunstancias. Cierto que había que superar dificultades. Los aliados querían ser concretamente ayudados si tenían que desembarcar una división aerotransportada en la periferia de Roma. En este punto el general Carboni, que era jefe de la defensa de Roma y debería comprometerse personalmente para paliar las exigencias de los aliados, comenzó a presentar objeciones. Todos los presentes, pero especialmente Castellano, quedaron asombrados porque Carboni había sido hasta aquel momento el más cálido defensor de la misión cerca de los aliados.
Tomada nota de estas objeciones de Carboni, todos convinieron en la aprobación de la labor del negociador, y Badoglio fue con Acquarone a decírselo al rey, el cual ratificó la respuesta positiva. A últimos de la tarde la noticia fue comunicada a Argel por radio. En este punto, según las informaciones de que se dispone hasta este momento, todos se fueron a casa sin preocuparse lo más mínimo de cuanto se había decidido. Hasta por la mañana no avisó Badoglio de la conclusión del armisticio a los jefes de Estado Mayor y al ministro de la Guerra, pero se preocupó de hacerlo con la mayor vaguedad posible, como si no hablase de algo ya definitivo, sino de una hipótesis todavía nebulosa.
Al día siguiente, Castellano y Montanari volvieron en avión a Cassibile. El general iba esta vez acompañado de una especie de séquito que le había proporcionado Ambrosio para que pudiera expedir a Roma mensajes urgentes si hubiera hecho falta. Bedell Smith estaba ya en su puesto para recibir a la delegación italiana y saludó con tono familiar a Castellano, que ya era antiguo conocido, y luego le preguntó si tenía el documento escrito que le autorizara a firmar.
Castellano pareció caer de las nubes. *"Nadie me ha hablado de firma"*, dijo. Indignado, Bedell Smith le volvió la espalda, y los oficiales aliados se reunieron en torno a él preguntándose qué significado tenía el incomprensible movimiento italiano al mandar de nuevo a

El momento de la firma del armisticio. En la página anterior, el general Bedell Smith pone su firma al pie del documento.

Abajo, el general Guiuseppe Castellano firma el armisticio. La ceremonia fue celebrada en el interior de una tienda, en un campamento militar situado entre los olivos, cerca de Cassibile.



Castellano a Sicilia sin autorizarle a firmar el armisticio. El general Castellano trató entonces de explicar que la aceptación italiana estaba ya contenida en el mensaje de radio de la tarde anterior y que por tanto la firma no tenía ningún significado concreto, excepto burocrático. Ninguno le escuchó, porque no valía la pena.

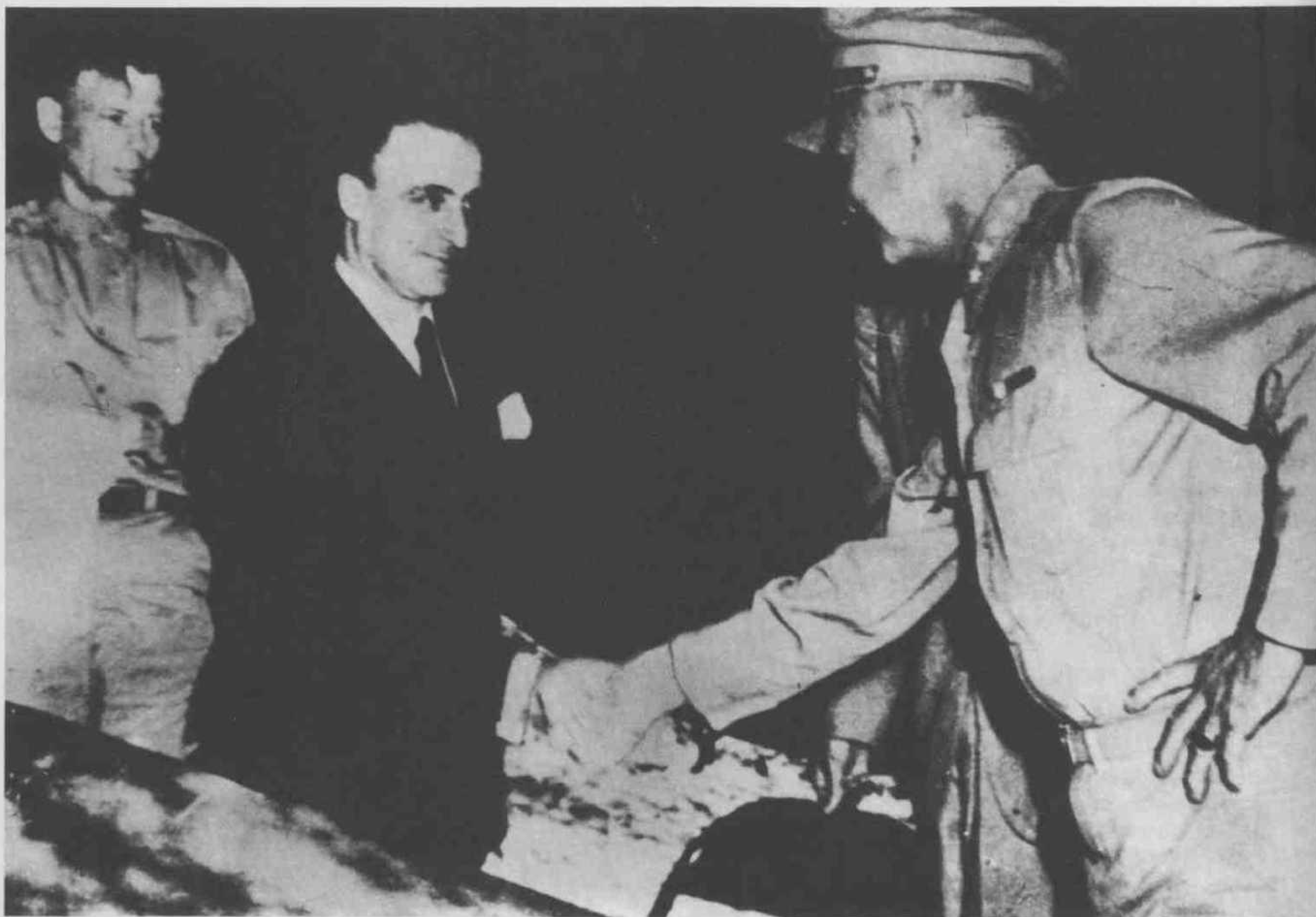
Entonces se pidió a la delegación italiana que pasara a una tienda un poco apartada, en el gran acantonamiento del Fairfield Camp, y allí quedó bajo vigilancia. Había mucho nerviosismo en el aire, porque a las 17,00 horas eran esperados Eisenhower y Alexander, los cuales asistirían a la ceremonia de la firma, y nadie se atrevía a hacer firmar a Castellano sin una autorización escrita. En cierto momento, con intención de obligar a actuar a los italianos, que parecían más asombrados que los angloamericanos, Alexander en persona entró en la tienda y a Castellano, que se había puesto firme (era sólo general de brigada), el comandante en jefe británico —que vestía de riguroso uniforme para infundir mayor respeto— le largó una reprimenda en toda regla, golpeándose nerviosamente las botas con la fusta. *"Tienen ustedes un modo de negociar verdaderamente extraño"*, le dijo. Después preguntó a los componentes de la delegación si eran negociadores o más bien espías. *"Ayer usted se volvió a Roma a recoger la autorización para firmar la capitulación, y hoy vuelve sin traerla. ¿Qué significa todo esto?"*.

Alexander estaba fuera de sí, pero sabía contener su rabia dando a sus palabras un eco helado y cortante. *"Si el armisticio no se firma dentro de las veinticuatro horas* —concluyó—, *nos veremos obligados a arrasar Roma de raíz"*, y se marchó, dejando a los italianos mirándose unos a otros en el gran calor que hacía de la tienda un horno. Castellano estaba tan destrozado que ni siquiera tuvo la iniciativa de enviar un mensaje a Roma para pedir la autorización para firmar, y no lo hizo hasta que Bedell Smith le exhortó a hacerlo. La petición tuvo el efecto deseado. El gobierno italiano aseguró que había entregado la autorización escrita al ministro en la Santa Sede D'Arcy Osborne, y la ceremonia pudo tener lugar en la hora fijada. Los italianos participaron en la puesta en escena pálidos y abatidos. Por primera vez tenían plena conciencia de qué significaba lo que estaban haciendo, más allá de todas las bellas palabras y de todas las bellas promesas. Italia era una nación derrotada que pedía como supremo favor el privilegio de disparar algunos tiros contra los alemanes en una guerra que los aliados habían ya ganado claramente.

Eisenhower tuvo que darse cuenta del estado de ánimo de los italianos y trató de consolarles diciendo: *"Deben pensar que han hecho la guerra durante tres años y que muchos soldados ingleses y americanos han muerto por su causa"*.

Aunque pronunciadas en tono cortés, estas palabras hicieron meditar a los italianos, que con demasiada superficialidad habían empezado ya a sentirse "aliados" y habían tratado de serlo sin admitir que les habían derrotado.

El comandante en jefe de las fuerzas aliadas, general Eisenhower, estrecha la mano del delegado italiano, general Castellano.



EL ARMISTICIO CORTO FIRMADO POR CASTELLANO

Este es el texto del despacho de agencia con el cual, la noche del 8 de septiembre de 1943, el Cuartel General de Eisenhower anunció las condiciones del armisticio concedido a Italia. Se trata del llamado "armisticio corto".

Las siguientes condiciones de armisticio son presentadas por el general Dwight D. Eisenhower, general jefe de las fuerzas armadas aliadas, el cual actúa por delegación de los gobiernos de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña y en el interés de las Naciones Unidas, y son aceptadas por el mariscal Badoglio, jefe del gobierno italiano.

1) Cese inmediato de toda actividad hostil por parte de las fuerzas armadas italianas.

2) Italia deberá, en los límites de lo posible, rehusar ayuda y asistencia a los alemanes, a fin de privar a éstos de toda ventaja en la lucha contra las Naciones Unidas.

3) Todos los prisioneros de guerra o internados de las Naciones Unidas deberán ser inmediatamente entregados a los comandantes aliados; ningún prisionero aliado o internado podrá ahora o después ser llevado a Alemania.

4) La flota y las fuerzas aéreas italianas deben entregarse inmediatamente en los lugares que serán dados a conocer por el comandante supremo aliado junto con otros detalles del desarme.

5) La flota mercante italiana podrá ser requisada por el comandante supremo aliado a fin de continuar las operaciones marítimas.

6) Rendición inmediata de Córcega y de todo el territorio italiano, insular y continental a los aliados, a fin de permitir a éstos la creación de bases y para otros fines considerados importantes por los mismos aliados.

7) Concesión inmediata de libre acceso, por los aliados, a todos los aeródromos y a todas las bases navales en territorio italiano, independientemente de las consideraciones relativas al momento en que el territorio italiano será evacuado por las tropas alemanas. Los puertos y los aeródromos en cuestión deberán ser vigilados por fuerzas armadas italianas, en espera de que tal función sea asumida por los aliados.

8) Inmediato repliegue de todas las fuerzas italianas en cualquier sector bélico en que se encuentren en este momento, hacia Italia.

9) Garantía, por parte del gobierno italiano, de que, si fuere necesario, todas las fuerzas armadas disponibles serían empleadas en la misión de obtener la inmediata ejecución de las condiciones del armisticio.

10) El comandante en jefe de las fuerzas aliadas se reserva el derecho de tomar todas las medidas que a su juicio sean necesarias para la protección de los intereses de las fuerzas armadas aliadas, con vistas a la continuación de las operaciones. Por su parte, el gobierno italiano se compromete a respetar las disposiciones de la autoridad administrativa o de otra clase que el comandante en jefe crea oportuno nombrar.

11) El comandante en jefe de las fuerzas aliadas tendrá pleno derecho para dar ejecución a todas las determinaciones dirigidas al desarme, desmovilización y disolución de las unidades italianas.

12) Serán comunicadas a continuación las otras condiciones, de carácter político, económico y financiero, que Italia estará obligada a respetar.

13) Las condiciones de armisticio no serán hechas públicas sin la aprobación previa del comandante en jefe de las fuerzas aliadas. El texto inglés será considerado el texto oficial.

La ceremonia terminó a las 17,15 del viernes 3 de septiembre de 1943. Con esta firma Italia se imaginó que salía de una guerra cuyos momentos más trágicos no había vivido todavía.
En Cassibile, donde la ceremonia había sido plasmada por fotógrafos y operadores de cine del ejército americano, la delegación italiana enfocó finalmente aquellas cuestiones militares que Castellano había mencionado ya por la mañana. La cuestión más urgente era la de la división aerotransportada que desembarcaría en Roma. Después de mucho discutir, sin embargo, el subjefe de la "Airborne", general Maxwell Taylor, mantuvo su opinión inicial, o sea, que la operación sería un suicidio, porque los paracaidistas caerían en la boca del lobo si los italianos no eran capaces de tener a raya a los alemanes. Fue así como Taylor propuso llegarse personalmente a Roma para comprobar cómo estaban las cosas y si los italianos habían asegurado —como Castellano garantizaba con fácil optimismo— 23.000 raciones de víveres, 120 toneladas de gasolina y nafta, 250 kilómetros de alambre de espino, 355 camiones, una docena de ambulancias, 150 teléfonos de campaña, etc., así como el control de los aeródromos de Furbara, Cerveteri y Guidonia. Interpelado, Eisenhower respondió que consentir a Taylor hacer este viaje sería demasiado peligroso, pero Ridgway objetó que era el único modo de comprobar las promesas hechas por los italianos. De otro modo, o sea, sin una inspección preliminar, se opondría con todas sus fuerzas al envío de sus hombres a Roma. Al día siguiente, 5 de septiembre, el Savoia Marchetti despegó de Termini Imerese y llevó a Roma los documentos que se habían preparado en Cassibile. Castellano unió al sobre una carta privada para Ambrosio en la que decía que personalmente había llegado a la conclusión de que los desembarcos programados por los angloamericanos no tendrían lugar antes del 12 de septiembre. Por tanto, para aquella fecha había que prever también la compleja operación de la defensa de Roma y el anuncio del armisticio.
Pero como se sabe, el armisticio fue anunciado el 8 de septiembre por los

SINTESIS DE LA "MEMORIA 44 O. P."

Cuando se tuvo la certeza de que el armisticio sería firmado, el mando supremo italiano elaboró un memorial de máximo secreto para los mandos de las "grandes unidades". Tal documento debía ser redactado de modo que, en la desgraciada hipótesis de que su contenido fuera conocido, no pudieran los alemanes acusar de traición ni a sus redactores ni a los firmantes ni a los destinatarios. Esta es la razón por la que "O. P." identifica el documento. "O. P." significa orden público. Las precauciones no se limitaron a esto. El memorial fue impreso en el número de ejemplares estrictamente necesario, y entregado en mano por oficiales superiores, los cuales, después de haberlo hecho leer a los generales de ejército destinatarios, debían asegurarse que fuese destruido. He aquí una síntesis de la "Memoria 44 O. P." del Estado Mayor con fecha 2 de septiembre de 1943:

El 26 de agosto, el jefe del Estado Mayor General ordenó al jefe del Estado Mayor del Ejército preparar normativas para los mandos dependientes de modo que no tuvieran duda sobre la conducta a seguir para reaccionar ante los actos agresivos alemanes. A continuación de esto el E. M. E. cursó la "Memoria 44 O. P.". Dicha "Memoria", después de la presunción que confirmaba como muy probable un golpe de mano alemán para restablecer el régimen fascista y apoderarse de todas las palancas del mando militar y civil italianas, reproducía las indicaciones del precedente documento 111 C. T. y las ampliaba como sigue:
– interrumpir a cualquier costo, incluso con fuertes ataques a unidades alemanas de protección, los ferrocarriles y las principales rutas alpinas;
– actuar con grandes unidades y agrupaciones móviles contra las tropas alemanas, especialmente a caballo de las líneas de comunicación;
– reagrupar la mayor cantidad posible de las restantes tropas en posiciones centrales y oportunas;
– pasar a una acción organizada de conjunto, apenas aclarada la situación.
En sustancia, las disposiciones anteriores y las órdenes particulares venían a realizar, en un primer momento, las siguientes medidas operativas:
– acción de las divisiones alpinas "Cuneense" y "Tridentina" a caballo del ferrocarril y la carretera del Brénnero, para causar los mayores daños posibles y actuar sobre los flancos de las tropas alemanas que entraban en Italia;
– acción de la división alpina "Pusteria" y de la división de infantería "Taro" (repatriadas de Francia) en los valles Roja y Vermenagna, con misiones análogas a las de las divisiones "Cuneense" y "Tridentina";
– acción de la XX Agrupación alpina de esquiadores (repatriada de Francia) en las colinas del Moncenisio y del Monginevro y en Bardonecchia, para bloquear los caminos e interrumpir el ferrocarril de Modane;
– agrupación de las divisiones de Eslovenia y de la Venezia Giulia a las órdenes del general Gambara, que junto con los partisanos deberían actuar contra las tropas alemanas de la zona y en tránsito;
– desplazamiento del XVI C. E. (divisiones "Rovigo" y "Alpi Graie") a La Spezia para defender la plaza y la flota;
– concentración de ocho divisiones para defensa de la capital ("Ariete", "Piave", "Granatieri", "Centauro", "Piacenza", "Sassari", "Lupi", "Re");
– poner fuera de juego a todos los elementos alemanes aislados;
– concentración y resistencias locales por parte de las restantes tropas.

Resumen del memorial n.º 1 del mando supremo con fecha 6 de septiembre de 1943:

El "memorial 1" del 6 de septiembre estaba dirigido a los tres jefes de Estado Mayor y se refería a las tropas de las tres Fuerzas Armadas destinadas en Italia, Francia y Croacia; para el ejército era un complemento de la "Memoria 44".
El "memorial" se refería al caso de que fuerzas alemanas tomaran la iniciativa de actos de hostilidad armada contra los órganos de gobierno y las fuerzas armadas italianas, con carácter y modalidad tales que pusieran de manifiesto que no se trataba de episodios locales, debidos a la acción de algún irresponsable, sino más bien de acciones colectivas.

Disposiciones principales:
Ejército

– organizar en lo posible el abastecimiento de las tropas, porque los depósitos existentes no estaban establecidos con vistas a la lucha antialemana;
– interrumpir las comunicaciones telegráficas y telefónicas alemanas enlazadas con la red nacional;
– defender a ultranza las estaciones amplificadoras y las centrales de la red nacional, así como las estaciones radiotelegráficas;
– eliminar las baterías antiaéreas alemanas o el personal alemán de las baterías de carácter mixto;
– ordenar a las baterías antiaéreas hacer fuego contra los aviones alemanes;
– impedir que los prisioneros angloamericanos caigan en manos alemanas, dejándoles incluso en libertad después de haberles distribuido una suficiente cantidad de víveres de reserva;

– mantener muy unidos los destacamentos italianos del Alto Adigio para controlar también a la población extranjera que hiciera causa común con los alemanes;
– tratar de impedir enérgicamente las destrucciones y proteger los embalses hidroeléctricos.

Marina

– capturar o hundir barcos de guerra y mercantes alemanes;
– ordenar a las unidades de guerra italianas marchar a los puertos de Cerdeña, Córcega y Elba, o bien a Sebenico y Cattaro;
– ordenar a la navegación mercante italiana marchar a los puertos al sur de la unión Ancona-Livorno;
– inutilizar instalaciones logísticas, arsenales, diques secos, etc.;
– poner en estado de defensa las bases marítimas, de acuerdo con el ejército.

Aviación

– apoderarse, de acuerdo con el ejército, de los aeródromos totalmente alemanes y mixtos, dando precedencia a los cercanos a Roma;
– mantener, de acuerdo con el ejército, la firme posesión de los aeródromos totalmente italianos, y particularmente los de Cerveteri, Furbara, Centocelle, Guidonia y Urbe;
– llevar los aviones de caza a los aeródromos de la capital, y los de otras especialidades a Cerdeña;
– impedir que aviones italianos operativos caigan en manos alemanas.
Las órdenes consiguientes al "memorial" debían ser cursadas urgente y verbalmente, y podían ser cumplidas por orden de la autoridad central o por propia iniciativa. El "memorial" consideraba la agresión alemana independientemente del armisticio, pudiendo dicha agresión suceder en cualquier momento, y no hacía mención de un posible armisticio.

aliados. ¿Por qué esta diferencia de fechas? Se han gastado ríos de tinta sobre este punto, pero como la carta de Castellano se perdió (es posible que Ambrosio la tirara o destruyera por temor), no se podrá decir nunca la última palabra sobre el asunto. Castellano ha sostenido siempre que indicó el día 12 basado en un cálculo aproximado, porque sus interlocutores no le dieron nunca una fecha cierta (el anuncio del armisticio, como veremos, estaba ligado por motivos tácticos al inicio de la "Operación Avalanche", el desembarco en Salerno, operación de la que no estaba al corriente Castellano). Después Castellano se defendió afirmando que aunque mencionó el 12 de septiembre como una opinión personal, Ambrosio tomó esta fecha como cierta y la comunicó a los jefes de Estado Mayor del Ejército, la Marina y la Aviación, que hasta aquel momento estaban en la ignorancia de todo.

Pero en Roma, en aquellos días, no se discutía tanto de la fecha del anuncio del armisticio como de la necesidad de hacer alguna cosa para defender Roma, y permitir a los aliados desembarcados en la península llegar a la capital y obligar a los alemanes a huir hacia el norte. Pero no todos estaban de acuerdo y fue el general Roatta quien planteó objeciones. Respaldado por el jefe del sector de Roma, Carboni, el jefe del Estado Mayor del Ejército italiano llamó la atención de Ambrosio sobre la efectiva situación de las unidades en las cercanías de la capital. A este problema, aclarado por Roatta en un memorial puntilloso y pedante, fue dedicada una reunión específica celebrada el 6 de septiembre en Roma, que terminó sin una decisión definitiva, también porque Carboni añadió a las notas de su superior un documento personal que explicaba definitivamente a Ambrosio que sería difícil hacer algo útil por la capital. En suma, si los angloamericanos querían Roma, pues bien, que la conquistasen sin los italianos...

Aquella noche el jefe de Estado Mayor Ambrosio subió a un coche-cama en la estación Termini y se fue de permiso a Turín, donde su mujer estaba atareada con un problema que evidentemente consideraba tan digno de su atención como el planteado por la defensa de Roma: la mudanza.

Por otra parte, al parecer, Ambrosio dejó Roma con la conciencia tranquila, convencido de haber hecho todo cuanto se esperaba de él. Incluso sus oficiales habían previsto la eventualidad de reaccionar contra un ataque alemán (previsible como consecuencia del anuncio del armisticio firmado) y habían elaborado un plan de urgencia que había sido distribuido a los mandos de las grandes unidades en sobre sellado sobre el que estaba escrito MAXIMO SECRETO. MEMORIA O. P. 44. Hay que dedicar un mínimo de atención a este documento.

Doce grandes mandos recibieron esta "Memoria 44", que fue entregada a los respectivos generales por un oficial llegado expresamente de Roma. Los generales leyeron el documento y a continuación, ante el oficial que lo había llevado en sobre sellado, debían quemarlo. Era tan paralizante el terror de ser descubiertos por los alemanes, que el Estado Mayor no envió ni una copia de esta "Memoria 44" al ministerio de la Guerra. Las directivas de la "Memoria 44" se pondrían en marcha apenas los mandos recibiesen telegráficamente la "orden operativa". Para resumir, aunque no se puede reconstruir la historia con suposiciones, si en la noche del 8 de septiembre el Estado Mayor hubiera enviado esa orden operativa a los mandos de ejército (en las islas, en los Balcanes, en Francia y en la sede de los mandos de las grandes unidades en el país), las cosas quizá se habrían desarrollado de otro modo y la desbandada del ejército no hubiera sido tan inmediata a causa de la falta de órdenes concretas.

Entendámonos, aunque nadie sabe exactamente lo que estaba escrito en esta "Memoria 44" que fue tan rápidamente destruida, no hay que hacerse muchas ilusiones sobre su claridad. Castellano, que trató de reconstruirla en el intento de demostrar la ineficacia de sus colegas que quedaron en Roma mientras él se afanaba en otra parte, dijo que contenía disposiciones *"inadecuadas a la situación que ciertamente se crearía en el momento del armisticio".* Todo parece indicar que en el documento se dieron sobre todo disposiciones de carácter defensivo para contrarrestar posibles amenazas por parte de los alemanes en caso de que se hubiera llegado a tanto... Ahora está claro que los autores sabían que se llegaría a tanto en el momento en que el anuncio del armisticio hubiera revelado a los alemanes la media vuelta de los italianos, pero hay que preguntarse qué efecto había tenido esta "Memoria" sobre los generales de ejército que lo ignoraban todo, dado que del "armisticio" no se hacía ni mención.

La importancia de estos interrogantes surge claramente de este ejemplo. Un general —el jefe del IX Cuerpo de Ejército que se encontraba en Puglia— re-

transmitió a sus mandos subordinados un memorial de máximo secreto para ponerlos en guardia. Pues bien, este general, que sin ser un genio no era más idiota que los demás, escribió: *"se prevén acciones delictuosas de los comunistas de acuerdo con los fascistas"* ("comunistas" quería decir "alemanes"; el general era prudente y no quería correr riesgos). De todos modos, el general ponía en guardia a los mandos inferiores contra iniciativas audaces e independientes. Según las instrucciones recibidas con la "Memoria", había que esperar un telegrama con las órdenes concretas antes de actuar.

Según algunos testimonios, como el del general Antonio Basso, que mandaba las fuerzas italianas en Cerdeña, la "Memoria 44 O. P." no ponía en guardia sólo contra los alemanes, sino que parecía insinuar otros posibles peligros. ¿El mando supremo temía quizá que los italianos aprovecharían la ocasión para rebelarse? Nadie conseguiría nunca aclarar plenamente las elucubraciones de los generales en aquellos días, pero es cierto que el 7 de septiembre el general Basso sintió la necesidad de telefonear a Roma porque tenía urgencia de aclarar algunas cosas que no le resultaban obvias de la lectura de la "Memoria". Le respondió, del otro extremo de la línea, un tal coronel Camosso con estas palabras: *"En caso de intento de desembarco, reaccionar de acuerdo con las fuerzas alemanas de la isla".* Es posible que el coronel no quisiera correr riesgos y temiera que la línea estuviera controlada por los alemanes, pero sería absurdo imaginar que el general Basso lograra aclarar sus dudas...

Por otra parte, no se puede echar demasiadas culpas a los generales si la sibilina redacción de la "Memoria" motivó interpretaciones opuestas, ya que el mando supremo sabía, o debía saber, cuál era su grado de comprensión. *"Incluso en los ambientes del Estado Mayor del Ejército* —escribe un historiador— *se interpretó la 'Memoria' como un estímulo a combatir duramente contra los angloamericanos. Casi todos los comandantes recibieron primero la orden de reaccionar enérgicamente, y después otras órdenes que aconsejaban prudencia".* Algunos comandantes ni siquiera recibieron el documento. Al contrario que el caos organizado en el Estado Mayor del Ejército, las cosas se desarrollaron más correctamente en la Marina y en la Aviación, quizá porque los mandos representaban menor número.

Los jefes de Estado Mayor de la Marina y la Aviación convocaron en Roma a sus mandos y les explicaron personalmente cómo estaban las cosas, es decir, que el armisticio había sido estipulado y que en el momento en que entrara en vigor —es decir, cuando fuese anunciado públicamente— la escuadra y la aviación deberían pasar a los angloamericanos.

Dos americanos en Roma

Esta era, pues, la situación cuando el jefe de Estado Mayor General había salido de Roma para unirse en Turín con su mujer que, por temor a los bombardeos, estaba procediendo a transportar los muebles de la ciudad al campo. Ciertamente no se imaginaba que el general de brigada Maxwell Taylor, jefe de la artillería de la 82.ª División aerotransportada americana, y el coronel William Gardiner, del mando de transporte de tropas, habían conseguido de Eisenhower el viajar a Roma. Era la primera vez, en el curso de la guerra, que dos altos oficiales, vistiendo su uniforme reglamentario, se atrevían a marchar a la capital de una nación enemiga. Si a esto se añade que esta capital estaba literalmente abarrotada de espías y de militares alemanes, se comprende mejor aún la excepcionalidad del acontecimiento.

En Argel se había tratado del gravísimo riesgo que correrían los dos militares, pero Ridgway había exigido un reconocimiento del lugar antes de mandar a la lucha su división. Transportados a la costa del Lazio en una lancha rápida, los dos subieron a bordo de la corbeta italiana "Ibis". En aquel momento estaban de paisano, y para la tripulación se trataba del traslado de dos prisioneros políticos de una colonia penal del sur. En el curso de su navegación nocturna, la "Ibis" pasó ante Nápoles y los dos vieron el resplandor de los incendios provocados por el más terrible bombardeo al que la ciudad fue sometida. Desembarcaron en Gaeta, donde los dos bajaron a tierra fingiendo ser prisioneros de guerra, aviadores repescados. La idea había sido del comandante de la "Ibis", contralmirante Maugeri, que hablaba bien el inglés y había acordado la escena con los dos oficiales aliados. Estos se endosaron uniformes raídos y se dejaron llevar a empellones al muelle mientras asumían un aire desconsolado. Detrás, un oficial italiano llevaba el maletín donde tenía el coronel Gardiner su emisor de radio, destinado a guiar el eventual aterrizaje de los aviones de la 82.ª División.

Debería haber estado esperando a los dos una ambulancia del ejército, pero Maugeri sólo vio un auto descubierto de la Marina, y aunque la cosa tuviese un cierto grado de peligrosidad, hizo montar a los dos. Evidentemente, no podía tenerlos en el muelle esperando a que llegase la ambulancia. Taylor y Gardiner (éste último había sido dos veces gobernador de Maine, y el otro sería jefe de Estado Mayor de su país durante la guerra de Vietnam) se miraron llenos de dudas. A juzgar por el comienzo tan lleno de contratiempos, no había que hacerse ilusiones sobre la eficacia de los italianos. Con razón tenía dudas el general Ridgway.

Hasta poco antes del cruce que unía con la nacional no localizó el chófer una ambulancia de la Cruz Roja que venía de Roma. Después de algunas maniobras que habrían alarmado a cualquiera y que no plantearon problemas porque la carretera estaba casi desierta, los dos coches torcieron hacia un camino rural. Allí los dos oficiales americanos pudieron ser trasladados a la ambulancia y llegaron a Roma por la Vía Appia. Fueron conducidos a Via XX Settembre, a pocos pasos del Quirinal, ante el ministerio de la Guerra. Poco antes de las 21,00 horas del 7 de septiembre el general Taylor y el coronel Gardiner entraban en Palazzo Caprara, sede del mando del cuerpo de ejército acorazado de Roma. Los dos subieron la escalinata mirando en torno con aire vagamente desconcertado. Después de tantos meses de guerra la atmósfera suntuosa de aquel palacio romano les asombraba y aturdía. Se encontraron en una sala donde una mesa estaba espléndidamente preparada. Taylor y Gardiner no entendían bien qué estaba sucediendo, pero se les indicó que se iba a servir la cena. Taylor, que tenía prisa por acabar, dijo que algunos "sandwiches" bastarían, pero les hicieron sentarse y del próximo Grand Hotel llegaron consomé, chuletas de ternera con guarnición, "crêpes suzette", fruta fresca, vinos... Al final de la cena, durante la cual la conversación divagó sobre temas ligeros, Taylor pidió hablar de cosas serias. Quería hablar con alguien, pero le dijeron que ya era tarde. Taylor, que pensaba en los 150 aviones dispuestos a despegar de allí a 24 horas para transportar a Roma 2.000 paracaidistas americanos, sintió subírsele la sangre a la cabeza y se levantó de la mesa cuando todavía se estaba sirviendo el vino. *"Debemos hablar inmedia-*



La casa del mariscal Badoglio en Roma. Aquí el anciano mariscal tuvo un encuentro nocturno con los generales americanos Taylor y Gardiner. Hoy es la sede de la embajada de la República Popular China.

tamente con un jefe responsable", dijo, pero nadie se movió. Probablemente ninguno entendió lo que había dicho en su explosión de rabia. La cosa es que inmediatamente después Taylor tomó aparte al comandante Luigi Marchesi, un joven e inteligente oficial conocido por él en Cassibile, y le pidió, hablando en francés, que se le permitiese hablar con el general Ambrosio. El comandante se encontró metido en un lío: dos veces había sido avisado Ambrosio por teléfono que dos altos jefes americanos habían llegado por la noche a Roma, y él mismo había pedido al general que volviera a Roma, pero Ambrosio había contestado que tenía que hacer en Turín: su mujer tenía necesidad de él.

"El general Ambrosio no se encuentra en Roma. Está ocupado fuera", respondió Marchesi a Taylor. *"Mañana será posible hablar con el subjefe de Estado Mayor, general Rossi"*. Pero por lo demás el general Taylor debía estar tranquilo porque todas las órdenes para defensa de los aeródromos ya se habían dado. Taylor pidió realizar en seguida al menos una inspección de esos aeródromos, pero Marchesi se vio obligado a responder que no. *"Daríamos mucho que pensar si a estas horas nos ponemos en marcha para realizar un examen de esa clase"*, dijo. *"Pero nuestros hombres tienen que aterrizar en esos aeródromos"*, estalló Taylor, ya fuera de sí. *"¡El lanzamiento está programado para mañana por la noche!"*. Fue como si a Marchesi le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Al principio creyó no haber entendido bien y pidió al general Taylor que lo repitiera, y luego objetó que el lanzamiento tenía que realizarse a la vez que el desembarco programado y simultáneamente con el anuncio del armisticio.

"Claro —replicó Taylor—. *El día del desembarco es mañana, 8 de septiembre. ¡Mañana por la noche!"*.

"Esto provocará inconvenientes de todo género para la colaboración de nuestras fuerzas armadas", comentó Marchesi.

En aquel mismo momento —y hay que decir, finalmente—, el jefe del cuerpo acorazado de Roma, general Carboni, entró en la sala. Hubo apresuradas presentaciones, y luego Carboni despidió a Marchesi, prefiriendo hablar a solas con los invitados. Taylor tuvo la prueba de que los temores de Ridgway eran más que fundados, porque apenas hubo repetido a Carboni la petición de inspeccionar los aeropuertos oyó responder que esto habría sido en todo caso imposible porque estaban bajo el control de las tropas alemanas. Taylor no creía a sus oídos e hizo repetir a Carboni la información. El general italiano la repitió añadiendo que los alemanes tenían en sus manos también las baterías antiaéreas, y que los alemanes habían recibido en aquellos mismos días tales y tantos refuerzos que se podía sospechar que esperaban un golpe de mano. Echadas las cuentas, los alemanes podían contar con 36.000 hombres armados hasta los dientes y apoyados por un centenar de piezas de artillería en las cercanías de Roma... En cuanto al cuerpo motoacorazado a sus órdenes, Carboni encogió los hombros. Los alemanes les habían cortado el suministro de combustible y no disponía más que de la gasolina de los depósitos. Inútil, pues, hacerse ilusiones.

En realidad Carboni había dicho un montón de inexactitudes e incluso alguna mentira. Quizá no quería verdaderamente ocuparse de la defensa de Roma al no creer en las posibilidades americanas.

Taylor y Gardiner no ocultaron su estupor. Disponían de las informaciones suministradas por Castellano y Zanussi sobre la importancia de las tropas alemanas en torno a Roma, y aun sabiendo que no había que fiarse mucho de los italianos, habían logrado la impresión de que podía realizarse una acción de sorpresa, especialmente si los italianos se decidían a actuar. El cuadro

pintado ahora por Carboni cambiaba completamente la situación porque un desembarco aerotransportado en esta situación habría significado una matanza. Carboni respondió apreciando el hecho de que Taylor hubiese comprendido tan bien sus palabras. Si el general americano le consentía expresar su propio punto de vista personal, a su parecer si el desembarco aliado no era realizado al norte de Roma sería mejor retrasar el anuncio del armisticio a momentos mejores, y sería conveniente anular el proyectado desembarco aéreo de la 82.ª División

Taylor tuvo la sospecha de que Carboni era un derrotista poco dispuesto a colaborar, y ya que le habían dicho que no era posible hablar con Ambrosio pidió perentoriamente tener una conversación con Badoglio. Carboni trató de explicar al invitado americano que el jefe de gobierno estaba ya en la cama durmiendo el sueño de los justos, pero el humor de Taylor le hizo comprender que en una tormenta de aquel género Su Excelencia Pietro Badoglio, primer ministro y duque de Addis Abeba, podía ser despertado. Carboni hizo una llamada telefónica, y luego se puso al volante de su coche llevando a los dos jefes americanos, y se apresuró hacia el chalet de Badoglio. Encontró para recibirlos al coronel Valenzano, sobrino y secretario de Su Excelencia. Los dos americanos tuvieron que esperar un cuarto de hora mientras Carboni y Badoglio se ponían de acuerdo en otro cuarto de la lujosa vivienda. Finalmente el primer ministro se dejó ver. A Taylor le pareció incluso más viejo de lo que efectivamente era, quizá a causa de la bata que cubría su pijama.

Taylor se dio cuenta también de que Carboni había tenido tiempo de referir a Badoglio lo que se había hablado entre ellos, porque el ministro repitió sus mismos argumentos: que los alemanes habían privado de combustible al cuerpo acorazado (y esto no era verdad, pues fue en la noche del 8 de septiembre cuando los alemanes se apoderaron de la gasolina del cuerpo acorazado: las 17.500 toneladas de gasolina de Mezzocamino y Valleranello. ¡Carboni había mentido y hacía mentir a Badoglio!) y que los italianos carecían incluso de municiones. Taylor creyó comprender también qué inducía a los italianos a mostrarse tan desvalidos: habían sabido que el desembarco americano sería efectuado en Salerno, y comprendían que para los angloamericanos sería difícil subir hasta Roma, así que no se animaban a meterse en



una aventura que duraría largo tiempo. Badoglio pidió a Taylor un retraso en el anuncio del armisticio y la suspensión indefinida del desembarco aéreo. *"La situación ha cambiado después de la firma del armisticio, y Castellano no podía conocer todos los elementos de hecho. Nuestras tropas no están en disposición de defender Roma. No sólo eso, sino que añado otra cosa. Si el armisticio fuera anunciado ahora, los alemanes ocuparían en seguida la ciudad e instalarían un régimen fascista".*

"¿Tienen más miedo a los alemanes que a nosotros?", preguntó Taylor. Badoglio contestó en seguida que sí y luego, usando un gesto que le era bastante familiar, se pasó la mano con gesto de rebanarse el cuello: *"Usted habla bien, pero nosotros tenemos que enfrentarnos a los alemanes. Y éstos no bromean".*

"Nos veremos obligados a bombardear Roma y arrasarla hasta el suelo".

"¿Y por qué? Sería una cosa sin sentido. Deberán bombardear más bien los nudos ferroviarios y los puertos alpinos, que sirven a los alemanes para hacer afluir sus refuerzos. ¿Por qué bombardear la capital del país que trata de ayudarles?".

Badoglio hablaba un pésimo francés, pero lograba hacerse entender. Taylor comprendía demasiado bien que aquel viejo mariscal de aire vagamente necio y de voz insinuante estaba tratando aún de llevar un innoble doble juego, pero no podía hacer nada.

El bombardeo de Frascati

Miró el reloj y se dio cuenta de que eran ya las dos de la mañana del 8 de septiembre y que dentro de dieciséis horas los primeros aviones deberían elevarse de los aeropuertos de Sicilia para

llevar a los paracaidistas de la 82.ª División hacia Roma, y otras imponentes fuerzas de desembarco apuntarían hacia Salerno, mientras Eisenhower anunciaría al mundo el armisticio italiano. Cortó entonces la desagradable conversación y dijo a Badoglio que si quería hacer saber a los aliados que Italia pedía un retraso en el anuncio del armisticio, tendría que hacerlo por sí solo. Pondría la radio a su disposición. Badoglio tuvo que escribir el mensaje, y así Taylor le obligó al menos a asumir la responsabilidad de pedir el imposible retraso. En seguida el general americano anunció que a causa de las dificultades planteadas por los italianos, la 82.ª División no podía defender Roma, y por eso pedía instrucciones. Esperaron la respuesta en una sala del Palazzo Caprara.

El 8 de septiembre de 1943 comenzó con una conversación entre el rey y el nuevo encargado de negocios alemán Rudolf Rahn, llegado en sustitución del embajador Von Mackensen. A las legítimas preocupaciones manifestadas por el diplomático, el soberano contrapuso la fidelidad y la lealtad de Italia en relación con su aliado. Más o menos a aquella hora un grupo de bombarderos americanos arrojó hierro y fuego sobre Frascati, sede del mando del general Kesselring, con la esperanza de crear confusión a pocas horas de distancia del desembarco de Salerno.

En la tarde del 8 de septiembre de 1943, a fin de crear dificultades a los alemanes con vistas al inminente desembarco en Salerno, los aliados bombardean violentamente Frascati, donde estaba el puesto de mando del mariscal Albert Kesselring. En la página anterior, las ruinas de Frascati.

Abajo, la casa donde estaba el puesto de mando alemán antes de su destrucción.

Taylor y Gardiner dejaron Roma sacudiendo, como dice la Biblia, hasta el polvo de sus zapatos. Desde Argel telegrafió Eisenhower rehusando en tér-



EL ACREDITADO "TIMES"...

El estado de ánimo con que la Gran Bretaña acogió el clamoroso anuncio de la capitulación italiana puede reconocerse en la edición del 10 de septiembre del "Times", el más acreditado diario inglés. El periódico traía en primera página (hecho excepcional en aquella época, porque entonces el "Times" dedicaba invariablemente su primera página a los anuncios económicos) el titular "La rendición de Italia" ("The surrender of Italy"). En el editorial se podía leer:

"Postrado bajo una sucesión de golpes que en la última fase había casi dejado de parar, el gobierno italiano se ha puesto a merced de sus conquistadores. Así paga Italia en vergüenza el precio de la arrogancia de sus últimos años; una penalidad que es también debida, en un sentido más profundo, por un pueblo 'que hizo por vileza el gran rechazo' (estas palabras estaban en italiano), *eligió desertar de las altas responsabilidades de la libertad y no puede ahora librarse de las últimas consecuencias de aquella defección. La política de la declaración de Casablanca ha sido mantenida hasta el final. La rendición es incondicional. Los términos del armisticio no son los resultados de un pacto. Los firmantes italianos firman bajo la directa autoridad del mariscal Badoglio; un punto de primaria importancia, como la experiencia de la última guerra demuestra. Sólo la firma de la persona principalmente responsable del crimen original de traición y agresión hubiera estado más autorizada, si Mussolini tuviera todavía alguna autoridad que representar. Pero lo esencial es anotar, de modo que no haya duda, un reconocimiento indiscutible, ahora y luego: que las fuerzas armadas de Italia han sido derrotadas y sometidas en el campo de batalla y que la rendición ha sido aceptada por todos sus jefes. Este es el valor de la firma de Badoglio a través de sus representantes, lo que de ningún modo implica el reconocimiento aliado del gobierno mismo".*

Como se ve, el "Times", que reflejaba fielmente el punto de vista de los más rígidos representantes del gobierno británico, atribuía a Badoglio —firmante del armisticio— una patente de legitimidad frente a los vencedores.

Al día siguiente —11 de septiembre—, la primera página del "Times" fue de nuevo "usurpada" por un titular dedicado a Italia: "Germán troops seize Rome", "Tropas alemanas se apoderan de Roma". De nuevo el tema era profundizado en el editorial:

"El Reich está en guerra con el gobierno del mariscal Badoglio. La guerra no ha sido declarada, pero los alemanes han atacado Roma con fuerza, y han anunciado con gran acompañamiento triunfal que la ciudad ha cedido a sus armas. Es evidente que desde el comienzo tuvieron la idea de paralizar al gobierno italiano antes de que los aliados pudiesen intervenir... Quizá los alemanes han ido a Roma a fin de derribar el gobierno Badoglio, y, cuando lo han realizado, organizar su gobierno en una zona más segura. Pero sea cual fuere su propósito, tanto si quieren tratar de mantener la ciudad como si intentan retirarse, los resultados de su ocupación de Roma serán políticos y militares. Si las autoridades italianas, que han firmado el armisticio con los aliados y estaban preparadas a cumplir sus condiciones, fueran dispersadas y anuladas, nuestros problemas serían más complicados. Por otra parte, la mera ocupación de Roma por parte de la fuerza bruta no puede tomarse como una prueba de que los alemanes estén en disposición de montar y mantener allí un mecanismo operante de control y administración. Ellos tienen en mano muchos fascistas que no serían contrarios a permanecer en su servicio, pero la verdadera prueba es si el pueblo de la Italia del norte está dispuesto a servirlos. Si no lo está, incluso si su resistencia sólo fuese pasiva y clandestina, serán necesarias bastantes más divisiones que las dieciocho que se dice hay ahora en Italia para realizar a la vez la segunda misión de oponerse al avance de los ejércitos aliados.

Si el golpe alemán resultase completo y logrado, como el enemigo está proclamando con entusiasmo, ello puede causar dificultades políticas".

minos durísimos y exasperados retrasar el anuncio del armisticio. A las 18,15 se reunió el Consejo de la Corona en el intento de tomar una decisión. Ya se daban cuenta de que no era posible arreglarse con juegos de manos ni pillerías.

A las 18,30 el Cuartel General de Argel puso a los italianos ante el hecho consumado, transmitiendo la noticia de la capitulación italiana.

Badoglio, obligado a hacer el anuncio

Cuando se enteró, Badoglio cruzó la mirada con Guariglia y dijo: *"¡Estamos perdidos!"*. Desde los teléfonos del mando supremo alguno trató todavía miserablemente de fingir con los alemanes, que querían saber si la noticia difundida por los americanos era verdad o no. Luego, a las 19,45, también la radio italiana anunció la capitulación. Badoglio leyó una proclama en la que advertía que las fuerzas armadas italianas reaccionarían *"contra posibles ataques de cualquier procedencia"*. El viejo mariscal (y en aquel momento Badoglio parecía verdaderamente decrépito) esperaba que estas palabras inducirían a los generales a resistir a los ataques alemanes, mientras personal-

mente dedicaría las horas siguientes a huir junto con el rey, sin dar más instrucciones a las fuerzas armadas italianas esparcidas por media Europa. Más o menos cuando Badoglio esperaba en la central del EIAR de Via Asiago para hablar a los italianos, el encargado de negocios alemán Rahn se hacía recibir en el despacho del ministro del Exterior, Guariglia, en Palazzo Chigi.
Rahn había hablado por la mañana con el rey y había escuchado sus seguridades, pero luego había sido vapuleado por Von Ribbentrop que le había revelado que Eisenhower había anunciado personalmente por la radio la capitulación de Italia. Entonces había hablado con Roatta, el cual había mencionado las *"usuales maniobras urdidas por nuestros adversarios"*. Rahn había vuelto a llamar a Ribbentrop y le había tranquilizado, pero poco después el diplomático había sido llamado desde Berlín. Hitler estaba fuera de sí y quería la verdad. Para conseguirla, Rahn había ido personalmente al Palazzo Chigi. Un poco violento, Guariglia le salió al encuentro: *"Su visita es muy oportuna porque tengo que comunicarle algo muy importante. Tengo el honor de informarle que el gobierno italiano ha firmado un armisticio con los aliados". "¡Pero esto es traición!"*, dijo Rahn.
"Rechazo el término 'traición'. El pueblo italiano –dijo Guariglia– *ha hecho todo lo posible en esta guerra, y nadie puede insultarlo".*
Rahn se dirigió a la puerta temblando de rabia. *"No estoy insultando al pueblo italiano* –dijo–, *sino a los que han querido la capitulación del país, y le digo que esto pesará gravemente y por mucho tiempo sobre la historia de Italia".* Y sin dar a Guariglia tiempo de replicar, se fue dando un portazo. Así terminaba, también en el plano de las formalidades diplomáticas, el Eje Berlín-Roma.
En Via XX Settembre, en la sede del ministerio de la Guerra, algunos entre los más altos grados de las fuerzas armadas se preparaban concienzudamente a la fuga. De vez en cuando alguno pensaba también que había que hacer algo por tantos hombres de uniforme y lejos de casa, y algo para defender la capital de la rabiosa reacción alemana. Pero los preparativos de fuga no dejaban mucho tiempo para estas consideraciones.
Desde el mar, delante de Salerno, una gran flota angloamericana se acerca a la costa.
Ya los observadores alemanes la han localizado. Las primeras señales de alarma han sido difundidas desde que la "armada" ha sido señalada en el brazo de mar entre Sicilia y Cerdeña. El alto mando alemán ha tratado de adivinar el punto elegido por los aliados para el desembarco, pero luego ha preferido renunciar, reservándose la oportunidad de no montar esquemas defensivos sobre una hipótesis.
También el cuartel general de Kesselring en Frascati, puesto en seguida en alerta desde Berlín, está ya a la espera de saber el punto de desembarco. ¿Será al norte o al sur de Roma? La noche desciende antes de que los observadores puedan suministrar indicaciones útiles sobre el destino de la flota enemiga. Además, los alemanes no saben que, con veinte minutos de anticipación al anuncio que el mariscal Badoglio ha hecho por los micrófonos del EIAR, la radio de a bordo de las unidades de la flota de desembarco ha anunciado a las tripulaciones y a los soldados incrédulos que Italia ha concluido con los aliados un armisticio separado.
De este modo, a causa del imprevisto anuncio, se llega a crear una atmósfera de error general. Los italianos, por una parte, esperan que la guerra haya terminado verdaderamente. Los soldados aliados, por otra, creen que su desembarco será ya poco más que una visita turística.
Los únicos que tienen ideas bien claras sobre lo que harán son los alemanes, y lo demostrarán claramente en la primera ocasión, a costa de los angloamericanos.

Il messaggio di Badoglio

Ecco il messaggio letto ieri sera alla Radio alle ore 19.42 dal Maresciallo Badoglio:

"Il Governo italiano, riconosciuta l'impossibilità di continuare l'impari lotta contro la soverchiante potenza avversaria, nell'intento di risparmiare ulteriori e più gravi sciagure alla Nazione, ha chiesto un armistizio al gen. Eisenhower, comandante in capo delle Forze alleate anglo-americane.

"La richiesta è stata accolta. Conseguentemente, ogni atto di ostilità contro le forze anglo-americane deve cessare da parte delle forze italiane in ogni luogo. Esse, però, reagiranno ad eventuali attacchi da qualsiasi altra provenienza,,.

Texto del mensaje con el que el jefe del gobierno, mariscal Pietro Badoglio, anunció la rendición italiana. El mensaje fue leído por radio el 8 de septiembre por el mariscal Badoglio en persona.

LOS ALIADOS DESEMBARCAN EN SALERNO

Una serie de errores y la inesperada reacción alemana están a punto de transformar el ataque americano a la península en un segundo Dunkerque.

Salerno, 8 de septiembre de 1943. Italia lleva en guerra 1.184 días, el fascismo ha caído hace cuarenta y cinco, y hace cinco días que, conquistada toda Sicilia, las fuerzas armadas aliadas han puesto pie sobre el continente, en Calabria. En Salerno, aquel día tuvieron el enésimo bombardeo. En verdad que desde hacía muchas semanas la ciudad parecía haberse convertido en un objetivo muy importante para las formaciones de bombarderos aliados. Las incursiones se han sucedido con ritmo infernal de día en día, de hora en hora, tanto que Salerno es ya un cúmulo de ruinas y la gente vive en los túneles y en los refugios, hambrienta y sin esperanza.

Pero inesperadamente, a las 19,45 de aquella cálida tarde de septiembre llega también a Salerno, por las ruinas y los refugios, la voz del mariscal Badoglio que anuncia el armisticio entre Italia y los aliados. ¿Es que ha terminado la guerra? Muchos se imaginan que sí y, como está sucediendo también en el resto del país, la gente corre por las calles como loca. Pero la alegre manifestación popular dura poco. Una gran flota naval aparece en el horizonte y apunta amenazadora hacia el golfo de Salerno. A la alegría suceden el temor y el miedo, y la gente vuelve a entrar en los refugios a la espera de los acontecimientos.

Las naves avistadas transportan un fuerte contingente de tropas de desembarco que tenían por objetivo Salerno. Esta acción militar, realizada a la vez que la proclamación del armisticio, fue apenas advertida por los italianos, demasiado trastornados por los sucesos de aquel dramático día, pero fue una acción muy importante y, si hubiese sido coordinada mejor, quizá habría podido hacer terminar la guerra mucho tiempo antes. Pero las cosas no fueron bien. Los alemanes, aunque cogidos por sorpresa, tuvieron tiempo suficiente para reaccionar y faltó poco para que volvieran a echar al mar a los aliados. ¿Por qué sucedió esto?

Para responder a esta interrogación hay que remontarse a algunos meses antes, cuando Mussolini no había sido aún liquidado por sus jerarcas, aunque tenía los días contados. Lleguemos, en suma, al 9 de julio de 1943, cuando las fuerzas aliadas desembarcaron en Sicilia prácticamente sin disparar un tiro. Precisamente con la fecha del 9 de julio de 1943 los historiadores señalan el comienzo de la campaña de Italia.

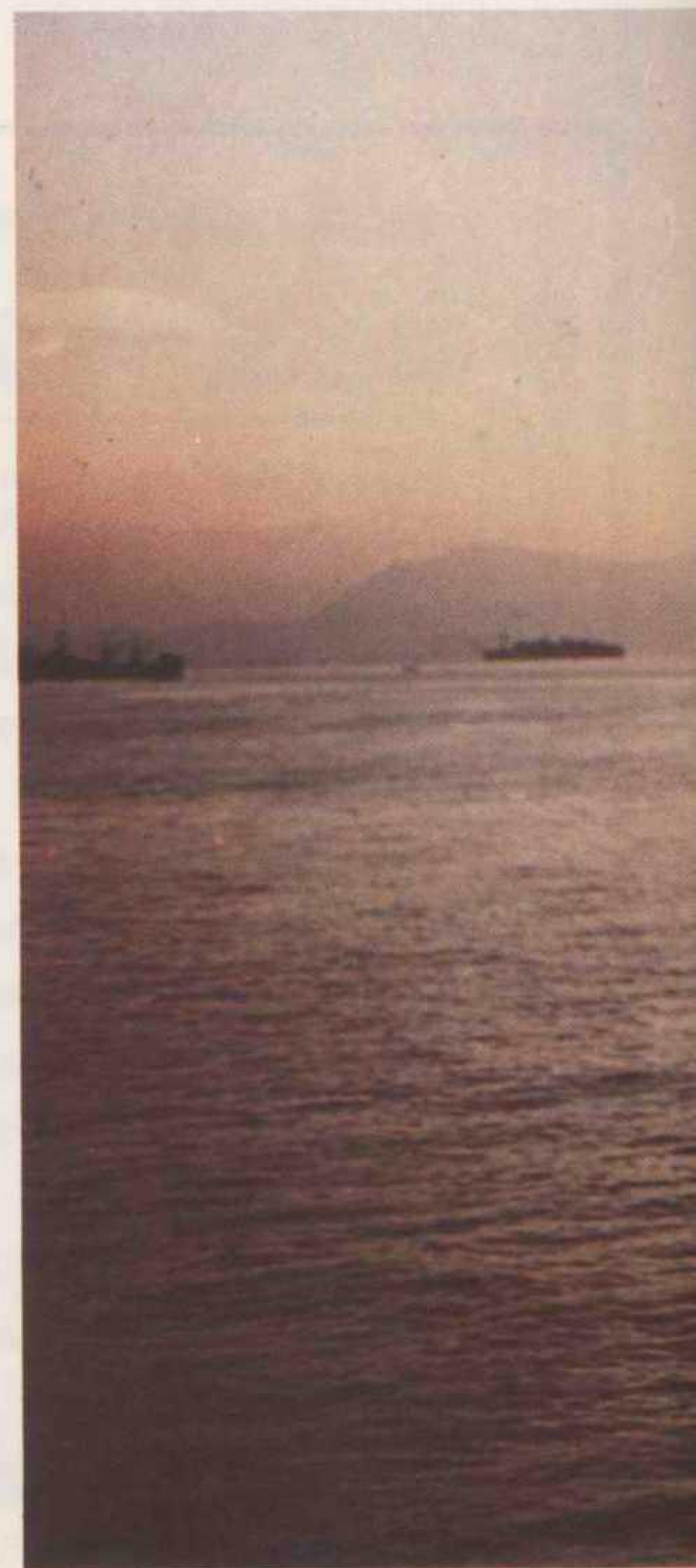
En realidad, mientras las fuerzas de desembarco abrían con inesperada facilidad las cabezas de playa en la isla, los altos mandos aliados no tenían todavía un plan preciso acerca de la futura dirección de la guerra. El desembarco en Sicilia era el fruto de un penoso compromiso logrado por los aliados en la conferencia de Casablanca. Churchill quería hacer de Sicilia la base de ataque a la fortaleza europea. Pero Roosevelt —presionado por Stalin, que reclamaba la apertura de un segundo frente en Francia— había decidido concluir con la ocupación de la isla las operaciones del Mediterráneo y apostar el grueso de las fuerzas de desembarco en el Canal de la Mancha, para preparar el ataque a Normandía.

Estas decisiones eran definitivas cuando el comandante supremo aliado, general Eisenhower, animado por la rápida victoria en Sicilia, puso en estudio por propia iniciativa el desembarco en Salerno.

Pero sobre todo es importante no olvidar que este desembarco fue preparado a primeros de julio de 1943, o sea, cuando Italia estaba todavía en guerra y ni siquiera se suponía aún la posibilidad de una caída vertical del fascismo y la petición de una paz separada por parte de Roma.

Sólo la caída del fascismo y el inicio de las conversaciones de rendición por parte de los italianos indujeron a Eisenhower a apresurar los preparativos para realizar el desembarco.

Si los italianos salen de escena —se pensaba en el mando aliado— y se convierten automáticamente en nuestros colaboradores, desembarcar en Salerno



La flota aliada fotografiada en el golfo de Salerno desde cubierta de una nave de transporte antes del comienzo de la operación. La fuerza de desembarco comprendía en total casi 100.000 soldados ingleses y 70.000 americanos.

será un juego de niños. En realidad, tal razonamiento habría tenido su lógica si el gobierno italiano hubiese estado efectivamente en disposición de allanar el camino a las tropas aliadas, neutralizando las fuerzas alemanas presentes en la península italiana. Pero las cosas marcharon de modo distinto. El ejército italiano no estaba en disposición de cumplir tal misión.
Quizá lo habría estado inmediatamente después del 25 de julio, cuando las tropas alemanas eran escasas en Italia, pero en los días sucesivos las cosas habían cambiado mucho. Hitler, es verdad, había anulado la "Operación Alarico", es decir, la ocupación militar de Italia, pero había previsto el envío a la península de un notable número de fuerzas para garantizar al Reich la posesión del valle del Po y de las ciudades industriales del norte, en caso de una capitulación por parte de Italia. En pocos días la situación militar en la península se había dado la vuelta. Las trece divisiones italianas tenían ahora enfrente a dieciocho divisiones alemanas divididas en dos grupos de ejército: al norte estaba el Grupo de ejércitos B bajo el mariscal Rommel, y al sur el mando del mariscal Kesselring. ¿Cómo veían los alemanes la situación militar italiana?
He aquí una declaración del general Sigfried Westphal, jefe del Estado Mayor de Kesselring: *"En 1943 era jefe de Estado Mayor del mariscal Albert Kesselring y nuestro cuartel general estaba en Frascati. La situación, en agosto del 43, era la siguiente: Sicilia estaba conquistada por los aliados, y para nosotros estaba claro que la siguiente jugada sería el desembarco en el continente. Las posibilidades eran éstas:*
Primero: un desembarco en las Puglie.
Segundo: un desembarco en la zona de Nápoles.
Tercero: un desembarco en la zona de Roma.
Cuarto: un desembarco al norte, entre Grosseto y La Spezia.
En Italia había entonces dos mandos alemanes: al norte, el grupo B de Rommel, cuya misión era exclusivamente vigilar a los italianos y desarmarlos en caso de capitulación. Al sur, el jefe era Kesselring y debía a su vez impedir un posible desembarco aliado.
Nuestra situación era, pues, muy delicada. Existían, en suma, dos jefes alemanes: Kesselring y Rommel (que además estaban en abierta discordia). Y todo esto, naturalmente, debilitaba nuestro despliegue.
Pero la existencia de este doble mando tenía su lógica. El mando supremo consideraba casi cierta la pérdida de Italia meridional en caso de desembarco. Nosotros mismos, los del mando del Sur, podíamos considerarnos perdidos. Por este motivo se había ya pre-



visto que, en caso de un ataque aliado a la península, las fuerzas alemanas se apostarían en la 'Línea Gótica' lo antes posible, y el mariscal Rommel tendría el mando supremo. Como sabemos, las cosas marcharon de otro modo. Pero aquel verano central del 43 fue para mí uno de los períodos más tensos que había conocido. ¡No era muy agradable saber que nos daban por perdidos incluso antes de haber combatido!".

A mediados de agosto, por tanto, las tropas alemanas están sólidamente apostadas en la península italiana. Pero su situación es igualmente precaria. Están ya resignadas a perder media Italia, y los ejércitos parecen tener sólo una misión de cobertura. En aquellos días, entre tanto, se inician en Lisboa las conversaciones entre el representante del gobierno Badoglio, general Giuseppe Castellano, y los aliados, con vistas a un eventual armisticio.

Las conversaciones procedieron, como sabemos, entre mil dificultades, con graves incertidumbres por parte italiana y neta desconfianza de los aliados. Estos piden la rendición incondicional de Italia: *"Lo toman o lo dejan".* Pero el general Castellano no tiene poder para decidir; y ni siquiera ha recibido instrucciones precisas de su gobierno.

Esas conversaciones, llevadas confusamente, sin perspectivas claras, reflejan la incertidumbre que reina en el gobierno Badoglio.

Por un lado, se ha decidido poner término a la guerra, cada vez más impopular en Italia. Por otro, continúan haciéndose ilusiones de poder sacar a los aliados condiciones ventajosas.

Por estos motivos, el general Castellano no es autorizado a tomar una decisión definitiva, sino sólo a sondear el terreno e informar. Este comportamiento algo equívoco induce a los aliados a sospechar que, por parte italiana, se trate de practicar una especie de doble juego.

Sin embargo, Badoglio y su gobierno, que esperaban poder pasar de un salto de su alianza con los alemanes a la alianza con los angloamericanos, se resignan.

La rendición sin condiciones es aceptada. Antes de la firma –hecha en Cassibile el 3 de septiembre de 1943–, el general Castellano insiste en que la proclamación del armisticio coincida con uno o más desembarcos en la península. La intervención aliada se considera indispensable para impedir que los alemanes se apoderen del país en el mismo momento en que sea declarado el armisticio. Pero los aliados continúan manteniendo secretos sus planes a los plenipotenciarios italianos. Queda todavía por aclarar si el desembarco en Salerno fue de algún modo provocado por la rendición de Italia o si habría sucedido igualmente en caso de que los italianos hubieran continuado la guerra al lado de los alemanes.

Declaración del general Giuseppe Castellano: *"Durante las conversaciones no se habló nunca del desembarco en Salerno. Esta es una noticia que los aliados tuvieron escondida hasta el último momento. Nosotros habíamos pedido reiteradamente detalles, pero sin resultado. No quisieron decirnos nada; un secreto absoluto. Tuvimos la impresión de que se desembarcaba en Salerno cuando vimos los convoyes dirigirse hacia la playa salernitana".*

Declaración de Hugh Pond, autor del más interesante estudio militar sobre el desembarco de Salerno, en el que participó como comandante del ejército británico: *"Este desembarco, mientras tanto, había sido decidido antes de que Italia pidiese la rendición. Comprenderán que una operación de esta clase no puede prepararse en pocos días. El plan llevaba en estudio muchos meses y cuando se dio la orden de zarpar hacia Salerno ninguno de nosotros, ni nuestros superiores, estábamos al corriente de la rendición italiana. Por tanto, aunque no puede excluirse que en el último momento haya intervenido también una decisión política, insisto en decir que en el plan estrictamente militar este desembarco habría sido realizado igualmente, aun sin la rendición incondicional de Italia".*

Declaración del general Enno von Rintelen: *"La desconfianza entre los jefes alemanes y los italianos en aquellos días había asumido proporciones tales que el mando alemán esperaba de un momento a otro la capitulación de Italia. Aun no teniendo indicaciones precisas de cuanto había sucedido entre italianos y aliados, estábamos, sin embargo, seguros de que llegaría alguna cosa en ese sentido. Por eso Hitler dio orden a Rommel y Kesselring de prepararse a liquidar las fuerzas italianas. La operación fue preparada pronto. Debería comenzar al recibir una consigna secreta. Esta consigna era 'Eje'".*

Mientras los aliados no se fiaban de los italianos como para ponerles al corriente de los planes de desembarco, los alemanes por su parte sospechaban del precario aliado, esperaban que de un momento a otro el gobierno Badoglio capitulase y estaban dispuestos a intervenir. Su respuesta a la rendición de los italianos era la "Operación Eje". Cuando Berlín lance esta consigna, las tropas alemanas aplastarán a las fuerzas italianas apoderándose no sólo de la llanura del Po, sino de toda la península.

Entre tanto, ha comenzado el plan aliado. Este prevé que las tropas de Montgomery, partiendo de las bases de Sicilia, pasen a Calabria, como así sucede el 3 de septiembre. A la invasión de la península en el extremo sur debe corresponder el 8 de septiembre un desembarco en Salerno.

Este plan de desembarco, sin embargo, ha sido modificado después que las conversaciones de rendición han llegado a la fase definitiva.

La insistencia del general Castellano ha obtenido resultado: la operación será simultaneada con el desembarco desde el aire de una división de paracaidistas que tomará tierra en Roma la noche entre el 8 y el 9. Su misión es unirse a las fuerzas italianas para impedir la ocupación de la capital por parte de los alemanes.

La mañana del 8 de septiembre, una gran flota de desembarco mandada por el general americano Clark, zarpada de los puertos de Sicilia y Argelia, se dirige al golfo de Salerno. A bordo de las 463 naves, 100.000 soldados ingleses y 70.000 americanos viven las horas de tensión que siempre preceden a un desembarco. Estos soldados saben que protagonizan el primer gran asalto a la fortaleza europea. Todos a bordo, comprendidos los oficiales, ignoran completamente lo que ha sucedido aquellos días entre los mandos italiano y aliado. Ignoran que Italia se ha rendido en secreto algunos días antes, o sea, el 3 de septiembre. Ignoran que dentro de pocas horas se hará pública la noticia del armisticio y que el ejército italiano será invitado por Badoglio a no combatir más contra los aliados. Ignoran, finalmente, que la liberación de gran parte de Italia está estrechamente ligada al éxito de su empresa. Por esto se preparan a desembarcar convencidos de encontrar una tenaz resistencia por parte de las fuerzas italianas además de los alemanes.

Pero imprevistamente la tensión que

Dos soldados ingleses heridos se ayudan mutuamente a la entrada de un hospital militar. Los hombres desembarcaron después de haberse enterado de la noticia de la rendición italiana, y fueron sorprendidos por la resistencia alemana.



POR SUERTE NO DESEMBARCARON EN ROMA ...

¿Qué habría sucedido si una división aerotransportada americana hubiera desembarcado en Roma coincidiendo con el anuncio del armisticio y en apoyo del gran desembarco de Salerno? Aunque es penoso hacer historia a base de hipótesis, no se puede olvidar el hecho de que tal jugada habría puesto en serias dificultades al mando alemán. He aquí un testimonio del general Sigfried Westphal, jefe del Estado Mayor del mariscal Kesselring, que mandaba el frente sur:

"En 1943 era jefe del Estado Mayor del mando alemán en el sur de Italia, bajo el mariscal Albert Kesselring. Nuestro Cuartel General estaba en Frascati, cerca de Roma. La situación, a mitad del verano de 1943, era la siguiente: Sicilia había sido conquistada por los aliados, y para nosotros estaba claro que el siguiente movimiento sería un desembarco sobre el continente mismo.

Las posibilidades eran éstas: 1) un desembarco en las Puglie, en la zona de Tarento; 2) un desembarco en la zona de Nápoles; 3) un desembarco en la zona de Roma; 4) un desembarco al norte de Roma, es decir, entre Civitavecchia y Grosseto, y finalmente, sobre la base de informaciones recibidas por nosotros en agosto, un desembarco en la zona de Salerno. Esta información sobre un desembarco en la zona de Salerno nos indujo a llevar a Salerno una división de carros de combate que estaba sobre el Adriático. Por otra parte, las disposiciones adoptadas por nuestro comandante al sur de la línea Elba-Ancona eran las siguientes: en la retirada de Calabria, obstaculizada por falta de carburante, destrucción de ferrocarriles y fortísimos ataques aéreos por parte de los aliados, estaban implicadas dos divisiones alemanas. Otra división se encontraba en las cercanías de Salerno; una cuarta y una quinta división estaban en la zona de Nápoles, otra en la zona de Roma y otra más en las cercanías de Civitavecchia. Finalmente, una octava división nuestra, que había estado combatiendo en Sicilia, estaba en las Puglie pronta a intervenir en caso de que se hubiera realizado un desembarco en aquella región. Al norte de la línea Elba-Ancona estaba el Grupo de ejércitos B, bajo el mando del mariscal Rommel. Su misión, en el caso de una capitulación italiana, era desarmar a las tropas italianas. La misión del mando Sur, de Kesselring, era a su vez impedir un desembarco americano e inglés, y tomar las medidas necesarias en caso de una capitulación italiana. Cuando pienso en la posibilidad de un desembarco (y cualquier intento de desembarco nos parecía entonces peligrosísimo), todavía noto un sentimiento de miedo. Teníamos pocos medios navales y una fuerza aérea muy débil, y conforme se subía al norte, se hacía más peligroso.

Por eso habíamos puesto en estado de alerta dos de nuestras ocho divisiones en la sola zona de Roma.

La situación de los alemanes desde el punto de vista militar era también muy especial, porque había dos mandos supremos, uno a las espaldas del otro; en el sur nuestro mando del Sur, y en el norte el grupo B de Rommel. La razón era ésta: el mando superior alemán contaba con la pérdida casi segura de Italia meridional y de una parte de la Italia central. En principio ya había sido prevista la medida en que se realizaría la posibilidad de salvar las fuerzas de combate en caso de un desembarco, y de llevarlas lo antes posible a los Apeninos. Como sabemos, las cosas marcharon de modo claramente diverso. Aquel verano central de 1943 fue para mí uno de los períodos más tensos que había conocido durante la segunda guerra mundial.

No sólo por la inseguridad sobre la zona y el momento de la próxima operación de los aliados, sino también por la sensación desagradable que provocaba la conciencia de haber sido ya dados por perdidos por el propio mando supremo.

Me acuerdo bien de que, cada vez que telefoneaba al mando superior para pedir hombres, armas o combustible, o cualquier otra ayuda, me respondían siempre: veremos, esperamos, por ahora nada. De eso resultaba que no estábamos tranquilos por la eventualidad de un desembarco en la zona de Salerno, pero temíamos que este desembarco pudiese ser sólo una maniobra de diversión, seguida de un desembarco masivo en la zona de Roma. Para nosotros, el peligro más grande era un desembarco combinado, desde el mar y desde el aire, en colaboración con el general Carboni, que estaba en torno a Roma. Si los aliados hubieran desembarcado en la zona de Ostia, si hubiesen mandado tropas aerotransportadas a todos los aeródromos al oeste y al norte de Roma, y se hubieran unido a los italianos, las perspectivas para el mando Sur y para la segunda división de paracaidistas que estaba cerca de Roma hubieran sido desesperadas".

desde hacía muchas horas reina a bordo de las naves es rota por una comunicación radiada. A las 19,20 del 8 de septiembre, cuando la costa de Salerno está ya a la vista, las radios de a bordo transmiten un anuncio sensacional: *"El gobierno italiano ha firmado la rendición incondicional"*.

La noticia, totalmente inesperada, provoca inmediatamente grandes manifestaciones de alegría. Los soldados entusiasmados bailan sobre cubierta. ¡La guerra con Italia ha terminado! Ninguno piensa ya en los peligros del desembarco. Todos están convencidos de que, en vez de una batalla, en Salerno les espera una muchedumbre en fiesta.

Un error psicológico

Cuenta el general británico J. S. Laycock, comandante de una fuerza especial de desembarco: *"El resultado de este anuncio fue extremadamente grave para nuestras tropas. Los soldados perdieron de golpe aquella carga agresiva fruto de tantos meses de adiestramiento. Pronto sacaron fuera de las mochilas las cantimploras de whisky para festejar el acontecimiento. Estaban todos convencidos de que la guerra había terminado.*

A mí me correspondió la tarea de acercarme al micrófono y explicar a los soldados que la situación más bien había empeorado; que los alemanes no nos permitirían darnos un paseo hasta Salerno y que combatirían con todos sus medios. Desgraciadamente, no logré restablecer la situación del todo, y el efecto psicológico de aquel anuncio influyó gravemente sobre la moral de los soldados".

El desembarco en Salerno empezó, pues, con este grave error de carácter psicológico. Y fue también la prueba de la falta de coordinación entre los aliados y el gobierno italiano.

Mientras las fuerzas aliadas se dirigían hacia Salerno, llegaban a Roma en misión secreta el general Maxwell Taylor, segundo jefe de la "Airborne Division", una división americana de paracaidistas, y el coronel William Gardiner. La misión que les confiaba el mando aliado, de acuerdo con el mando supremo italiano, era la de ponerse de acuerdo con los mandos italianos para organizar el desembarco aéreo en la periferia de Roma de la división aerotransportada americana, operación que debía comenzar la noche siguiente, o sea, la noche del 8 de septiembre. Las experiencias que vivieron en Roma estos dos jefes americanos las sabemos ya, pero he aquí el breve relato hecho por el general Taylor: *"Dejé Palermo junto con el coronel Gardiner, de aviación, en plena noche, en una motora británica. Al alba nos encontramos con una corbeta italiana en la costa de Palermo y proseguimos por el mar Tirreno hasta el puerto de Gaeta, donde nos esperaban. Allí bajamos los dos a tierra disfrazados de prisioneros de guerra, y en una ambulancia fuimos conducidos a Roma por la vía Appia.*

Entramos en Roma a la hora del crepúsculo del 7 de septiembre. La ciudad parecía normal a pesar de los soldados alemanes que patrullaban por las calles y que a veces se acercaban mucho a la ambulancia. El coronel Gardiner y yo insistimos en que nos condujeran en medio de la noche a Badoglio, el cual, desgraciadamente, mostró el mismo pesimismo que sus generales. Subrayó el hecho de que las divisiones italianas estaban sin municiones y sin gasolina, y estaban cuidadosamente vigiladas por numerosas divisiones alemanas fuertemente armadas.

Por ello hubo que informar a Argel con una radio clandestina de que me parecía oportuno anular el ataque de los paracaidistas a Roma y obtuve permiso para regresar".

Los aliados habían puesto una condición para enviar su división aerotransportada a Roma: que las tropas italianas garantizaran la seguridad de los aeródromos.

Ante la visión pesimista de la situación pintada por Badoglio, el general Taylor no se atrevió a arriesgarse a la empresa y canceló el desembarco de los paracidistas. ¿Cómo fue acogido el imprevisto cambio de los italianos por el mando aliado? He aquí el relato del general Castellano, que se encontraba en la sede del Estado Mayor de Eisenhower: *"Con este telegrama enviado por el general Maxwell, no sólo se anulaba la operación, sino que se pedía también retrasar el armisticio algunos días. Esta noticia puso furioso al general Eisenhower, que envió a Roma un telegrama muy seco en el que decía: ustedes se han comprometido con nosotros (y por ese compromiso yo había firmado el armisticio el día 3); ustedes deben cumplir el compromiso que han aceptado. Por eso deben declarar en seguida el armisticio después de que lo declare yo"*.

Pero el telegrama enviado desde Roma no hizo más que acrecentar las dudas que tenían en el mando aliado sobre el ambiguo comportamiento del gobierno italiano.

Una petición absurda

En realidad, ello traducía la confusión que reinaba en los ambientes gubernativos, donde no se había conseguido coordinar un plan eficaz para la defensa de la capital. Pero he aquí otro testimonio del general Castellano sobre las causas que indujeron a Badoglio a modificar su comportamiento: *"Personalmente no he conseguido nunca explicarme este modo de comportarse. Si hubiese habido una razón plausible (aparte del hecho de que nos desautorizábamos a nosotros mismos, no manteníamos la fe en la palabra dada, etcétera), no veo qué beneficios habríamos podido sacar. Yo no me atrevo ni he conseguido nunca entender el porqué de esta propuesta de retraso que fue decidida durante el Consejo de la Corona organizado apresuradamente aquella misma noche"*.

La petición de Badoglio era también absurda porque la "Operación Avalancha", o sea el desembarco en Salerno, ya no podía detenerse. Badoglio continuaba imaginando que los aliados modificarían en el último momento sus planes. Y justificaba su petición afirmando que en torno a Roma pululaban fuerzas acorazadas alemanas, las cuales habrían despachado fácilmente tanto a las tropas italianas como a la división de paracaidistas americana.

Pero, ¿había realmente tantos alemanes en torno a Roma?

He aquí los testimonios de dos protagonistas: el general Mario Torsiello, del mando italiano, y el general Sigfried Westphal, jefe de Estado Mayor del comandante supremo alemán del frente sur, mariscal Albert Kesselring. Testimonio de Mario Torsiello: *"Los alemanes estaban allí y eran muy fuertes. Yo calculé personalmente en el departamento de operaciones del Estado Mayor la situación de las tropas alemanas llegadas a Italia hasta el día 17 de agosto. De estos datos salían todos los detalles relativos a la constitución de las tropas y de los medios acorazados. Estas tropas habían sido vistas, habían sido controladas por todos los mandos de guarnición, por todos los pasos fronterizos, por unidades y secciones de Estado Mayor. Y en efecto, según las comprobaciones que el Estado Mayor había hecho antes del 8 de septiembre, los alemanes, con mucha calma y mucha riqueza de medios, habían constituido en torno a la capital dos masas acorazadas.*

El plan era éste: actuar pronto y des-

hacer la defensa en caso de capitulación por parte de Italia".
También es verdad que los italianos disponían de un cuerpo de ejército motoacorazado, confiado al mando del general Giacomo Carboni, *"pero no era suficiente para hacer frente a las superiores fuerzas alemanas".*
Testimonio del general Sigfried Westphal: *"Es un poco difícil hacer juicios retrospectivos, pero no hay dudas sobre el hecho de que si los americanos hubieran descendido en Roma el 8 de septiembre, para nosotros los alemanes hubiera sido un desastre.*
En aquel momento disponíamos sólo de dos divisiones, o sea, unos 30.000 hombres y unos sesenta carros de combate. Algo escasos para hacer frente a seis divisiones italianas, una de ellas acorazada, y a la división de paracaidistas americanos cuya presencia (no se olvide) habría dado también una notable carga psicológica a los soldados italianos.
Por tanto, de haber sucedido ese desembarco en Roma, la situación para nosotros los alemanes habría sido desesperada. No nos habría sido posible resistir en Roma, y al mismo tiempo hacer frente a las tropas desembarcadas en Salerno.
Pero nada de esto sucedió y así pudimos quedarnos todavía mucho tiempo en la Italia del sur".
Roma, 8 de septiembre de 1943. El mando supremo aliado ha decidido ya proclamar la rendición italiana ese mismo día, pero en Roma los jefes siguen imaginando poder convencer a los aliados de que suspendan las operaciones. Por consiguiente, nadie se preocupa de dar órdenes concretas a las tropas ni de poner por obra un plan eficaz para enfrentarse a los alemanes. Luego, inesperadamente, a las 18 horas el Rey convoca el Consejo de la Corona. El coronel Luigi Marchesi, que era en-





La guerra en el sur de Italia. Arriba, una patrulla inglesa recorre una calle desierta en Rosarno, provincia de Reggio Calabria.

A la izquierda, un Bren Carrier británico fotografiado cuando entraba en la población de Nicastro, provincia de Catanzaro.

A la derecha, el mapa muestra el despliegue de las unidades italianas y alemanas en torno a Roma. Todavía sigue abierta la polémica sobre la fallida defensa de la capital italiana.

tonces el ayudante del general Ambrosio, después de haber seguido las conversaciones de armisticio hasta la firma de Cassibile, había vuelto a Roma para relatar personalmente el desarrollo de la situación. También participó en el Consejo de la Corona. He aquí su testimonio:

"La reunión del Consejo de la Corona ocurrió inesperadamente. Quiero decir que no estaba prevista.

Yo estaba en el mando supremo y recibí una llamada telefónica del general Ambrosio, jefe del Estado Mayor General, que me dijo que me reuniera con él a las 18 horas en el Quirinal donde iba a haber una reunión.

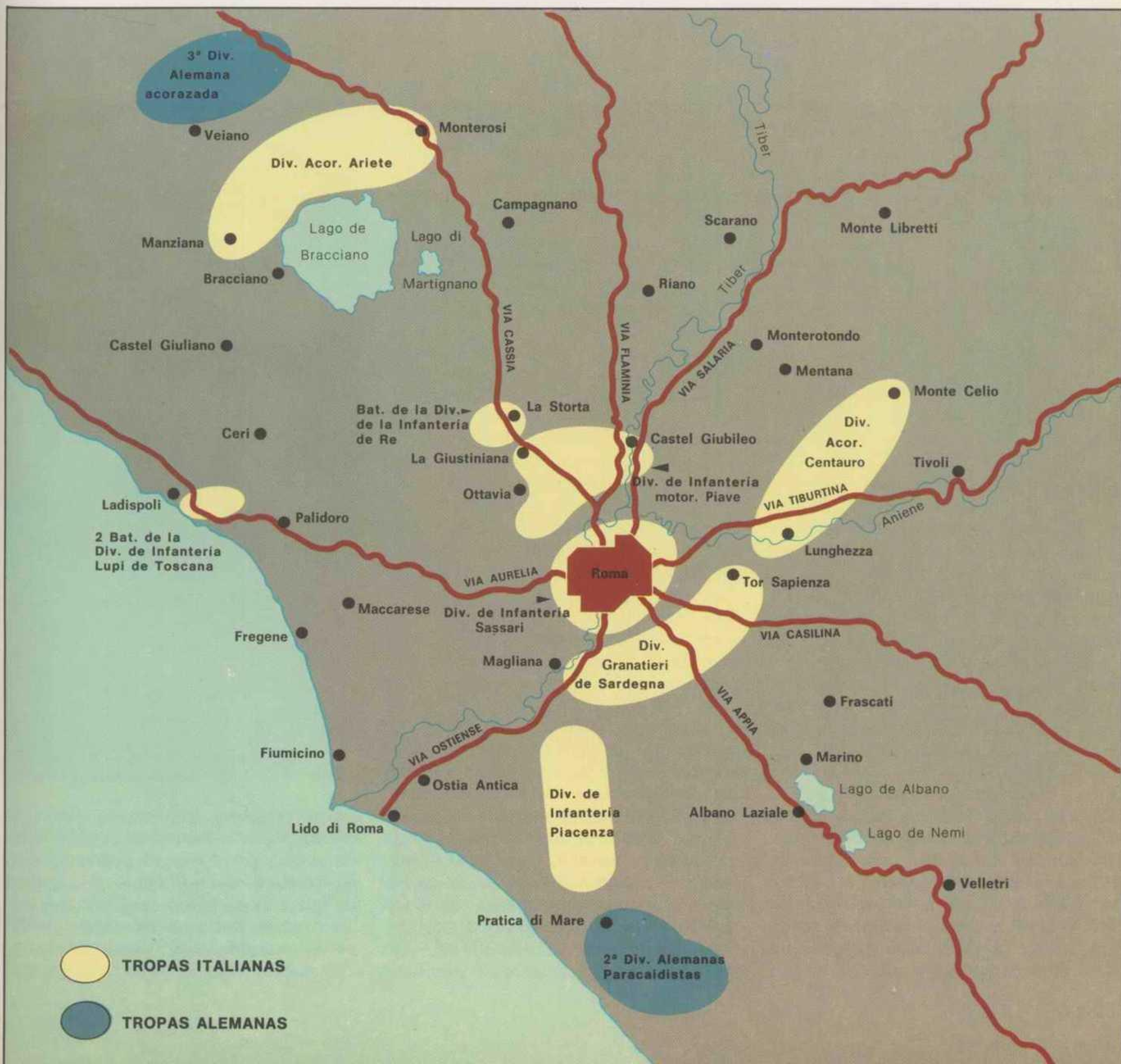
Llegué a las 18 y encontré al general Ambrosio, al general Carboni, al general Sandalli, al almirante De Courten, al general De Stefanis, al ministro Guariglia, al ministro Acquarone, además del general Sorice y otros militares más. Finalmente llegó el mariscal Badoglio.

Primero habló Ambrosio, que hizo una exposición sintetizada de la situación de los precedentes y de las conversaciones, y luego de las consecuencias que podían ocurrir si no cumpliéramos los compromisos contraídos con los aliados. Inmediatamente después tomó la palabra el general Carboni. Empezó criticando las conversaciones mismas, prácticamente en toda su extensión. Puntualizó el hecho de que, según él, no se había obtenido ningún resultado práctico y que por tanto el acuerdo con los aliados debía ser denunciado de todos modos. En ese momento vi a un ujier que me hacía señas desde una puerta entreabierta. Salí, fui al teléfono y recibí del entonces coronel Di Francesco la lectura telefónica del telegrama del general Eisenhower y la noticia de que radio Argel había transmitido el anuncio del armisticio.

Entré en seguida y di lectura al telegrama. El mensaje de Eisenhower en su parte final amenazaba a los italianos con graves sanciones si no se mantenía la palabra dada, si no eran respetados los acuerdos.

El general Carboni, sin embargo, no me pareció impresionado, y reanudó su discurso declarando que el telegrama no cambiaba nada la situación.

La única cosa que había que hacer, según Carboni, era lanzar todo al aire, desautorizar el gobierno Badoglio, retrasar el armisticio a otra fecha y a la vez reanudar las conversaciones con los alemanes.



En este punto su auditorio estaba ya muy tenso y preocupado. El general ilustró entonces las consecuencias con que tropezaríamos si el Consejo de la Corona quisiera cumplimentar los pactos y anunciar el armisticio. Según Carboni, al día siguiente se podría prever un gran bombardeo sobre la ciudad de Roma y la detención, por parte de los alemanes, del rey, del gobierno y de los comandantes militares.

En ese momento yo, no sé cómo, me encontré de pie y me encontré hablando.

Hablé e ilustré ante todo cómo habían sucedido las conversaciones con los aliados, y precisé bien que no se trataba de simples consultas, sino que habíamos firmado una rendición incondicional frente a los máximos representantes de las fuerzas armadas angloamericanas.

Añadí también que durante las conversaciones habíamos conseguido más ventajas de cuanto se preveía, pero que ahora todo dependía de la colaboración de las tropas italianas. Ahora el destino de nuestro país estaba en nuestras manos. Mantener los pactos era lo mínimo que podíamos hacer. Por otra parte estaba muy claro que sólo en función de la aportación que pudiéramos suministrar, los aliados se atendrían, respecto a nosotros, a las duras condiciones del armisticio. Además, era absurda la acusación del general Carboni de que los aliados, anunciando desde Radio Argel la rendición italiana, habían incumplido los pactos los primeros. En realidad nadie nos había dicho el verdadero día de la comunicación oficial del armisticio. Pero estaba muy claro que la cosa quedaba en el aire, y el general Castellano lo había incluso precisado en una carta, diciendo que el armisticio podría hacerse público el día 12, pero subrayando que se trataba de una hipótesis. Yo, a mi vez, explicando este hecho al general Ambrosio, había reforzado posteriormente este concepto.

Por esto no se podía decir de ningún modo que los aliados faltaran a su palabra en los acuerdos. Terminé, pues, afirmando que no quedaba otra cosa que hacer que ser fieles a nuestros compromisos".

En la discusión que siguió, el general Carboni repuso que su actitud estaba motivada por el deseo de obtener un retraso del armisticio para ganar el tiempo necesario y preparar la defensa de Roma. El ministro del Exterior Guariglia y el coronel Marchesi subrayaron a su vez que, desde el momemto que Radio Argel había dado la noticia, toda espera no haría más que agravar la desconfianza de los aliados.

Terminado el Consejo de la Corona, Víctor Manuel III quedó a solas con Badoglio. Después de algunos minutos, el mariscal salió comunicando que el rey había expresado la necesidad del inmediato anuncio del armisticio.

Una hora después, a las 19,45, Badoglio leía el mensaje por radio. Aquella misma noche, las naves de desembarco aliadas entraban en el golfo de Salerno. La orden de la operación preveía desembarcos al norte y al sur del río Sele. Los "comandos" británicos debían conquistar la zona al norte, ocupar los aeródromos de Montecorvino y Battipaglia y los pasos que conducían a Nápoles. Los "rangers" americanos debían desembarcar al sur del Sele y apoderarse de las principales carreteras para establecer contacto con el ejército de Montgomery que subía desde Calabria. En el momento del desembarco los primeros soldados aliados tomaron tierra con relativa facilidad. Pero pronto la reacción alemana se desencadenó con gran violencia.

Mientras cohetes con paracaídas iluminaban las zonas de desembarco, todas las posiciones costeras de defensa abrieron a la vez el fuego contra las lanchas de desembarco que se acercaban a la playa. Pocas horas después del desembarco, y precisamente a las 14 horas, en la tarde del 8 de septiembre, el Cuartel General del mariscal Kesselring, en Frascati, había sido completamente destruido por una incursión aérea.

Este bombardeo, que entraba en los planes de la operación aliada, privó por algún tiempo de mando a las tropas alemanas que se encontraban en la Italia del sur.

El mismo Kesserlring, salvado de la muerte por milagro, quedó totalmente aislado durante algunas horas. De modo que hasta unas horas después, cuando pudo comunicar con Berlín, no supo por el general Jodl la noticia de la capitulación italiana. Casi en el mismo instante recibió también la noticia de que una flota de desembarco aliada era señalada por los observadores.

"En aquel momento", confesará más tarde Kesselring, *"me sentí perdido"*.

Coches blindados de la 36.ª División americana, que formaba parte del V Ejército, sobre el que recayó el mayor peso de la batalla por el consolidamiento de la cabeza de puente.



Por otra parte, también en Berlín se daban en ese momento por perdidas las ocho divisiones del mando Sur. Rommel, usando de todo el prestigio de que aún gozaba en el Cuartel General alemán, había convencido a Hitler de la imposibilidad de mantener el control sobre toda la península italiana.



Por consiguiente, los alemanes se habían resignado a perder una parte de Italia, la más expuesta a posibles desembarcos, y a concentrarse en la línea de defensa que la Organización Todt había empezado a construir desde La Spezia a Rimini. Este complejo de fortificaciones, en un primer momento denominado "Línea Verde", había asumido después el nombre de "Línea Gótica".
Rommel actuaba de este modo impulsado ciertamente por motivaciones de carácter estratégico, pero no se puede olvidar que llevaba tiempo en abierta discordia con Kesselring. Por eso no hay que excluir la hipótesis de que buscase también un objetivo, digamos, personal. En realidad, cortando una parte de la Italia centro-meridional, el mismo Kesselring sería abandonado a su suerte, y como consecuencia de todo esto Rommel habría obtenido el mando del frente sur por entero.

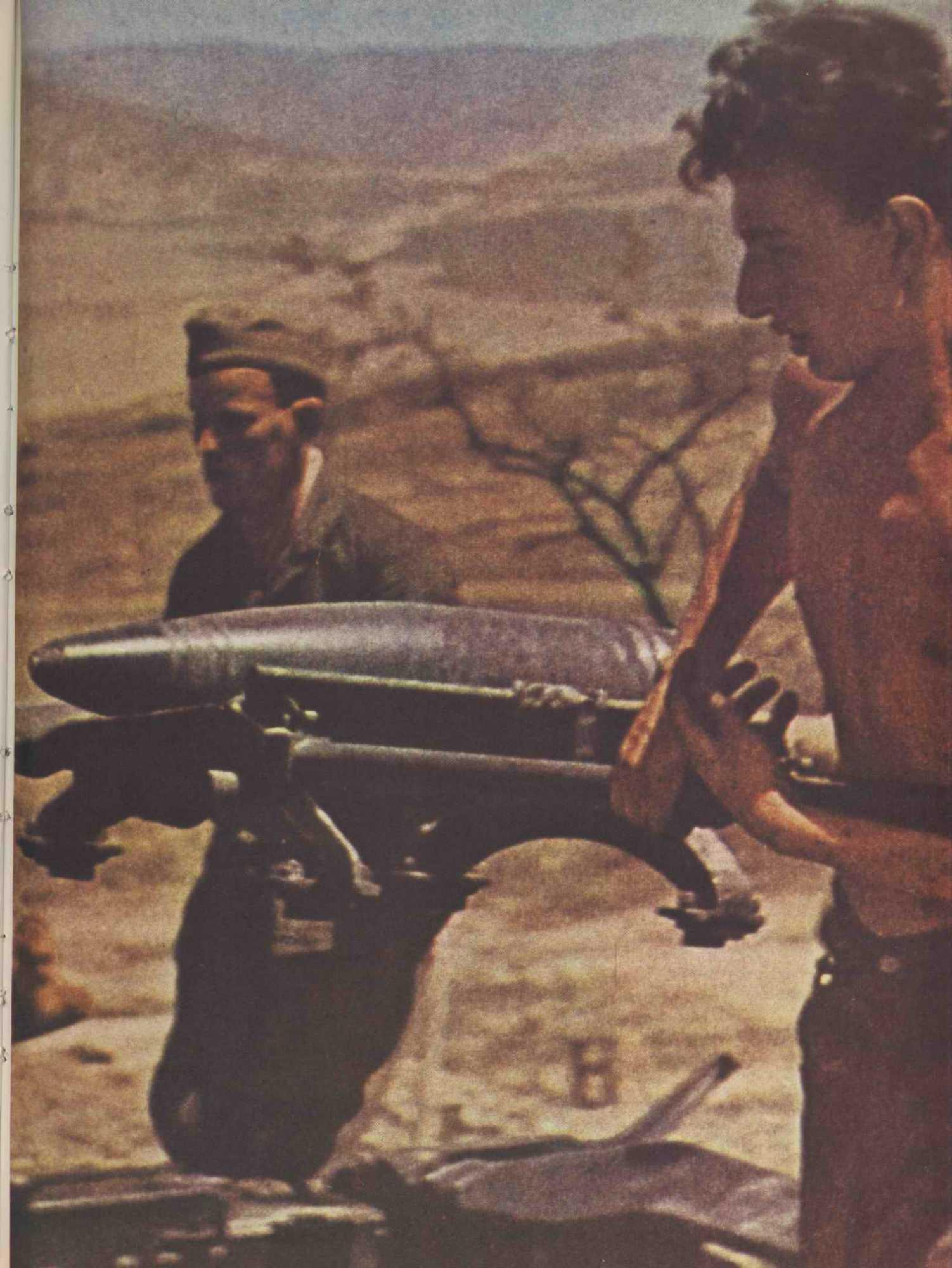
"AQUELLA NOCHE NOS SENTIMOS PERDIDOS"

Testimonio inédito del general Sigfried Westphal, jefe de Estado Mayor del feldmariscal Albert Kesselring, comandante del frente Sur.

"Cuando vuelvo a recordar aquella noche entre el 8 y el 9 de septiembre de 1943, experimento aún sentimientos de angustia. Nosotros, los jefes alemanes en el frente Sur, estábamos en estado de alarma. Desde hacía varios días estábamos informados de la posibilidad de una capitulación por parte de Italia, pero no teníamos pruebas concretas al respecto. Para la 'Operación Eje', o sea, el plan que preveía la ocupación de Italia, todo estaba preparado de manera de no alarmar a los italianos. Así, en la tarde del 8 de septiembre había ido yo como de costumbre a ver al jefe de Estado Mayor italiano, general Roatta, para tratar sobre las operaciones militares en la Italia del Sur. Fue durante esta reunión cuando un general alemán me telefoneó para advertirme que Italia había capitulado. Salí en seguida del mando italiano y marché a Grottaferrata, donde habíamos montado un mando provisional a causa del bombardeo de Frascati. Casi a la vez me comunicaron también que una flota de desembarco aliada había sido vista por los observadores aéreos. Aquel fue un momento terrible para nosotros los jefes alemanes. No sabíamos a dónde iban dirigidos los aliados ni sabíamos cómo reaccionarían los italianos, y además nuestro puesto de mando había sido completamente destruido por las bombas. Es inútil decir que en aquel momento estábamos todos convencidos que todo había sido hábilmente preparado por italianos y aliados. Después nos informaron que el objetivo del desembarco era Salerno, y éste fue para nosotros motivo de alivio porque temíamos que se dirigiesen más al norte. Además, para nuestra suerte, los aliados no intentaron aquello que temíamos más que nada: un desembarco a nuestras espaldas, o sea, en Roma. Hoy puedo afirmar serenamente que si este desembarco se hubiera realizado, si los aliados se hubieran unido a las fuerzas italianas de Roma, hubiéramos sucumbido seguramente. Pero nada de esto sucedió. Faltándoles el apoyo aliado, los italianos se desbandaron, y nosotros pudimos enviar a Salerno las divisiones que estaban bloqueadas en torno a Roma. Kesselring demostró, pues, que Italia entera podía ser convertida en un campo de batalla al que defender palmo a palmo. Así fue, y Hitler, después de haber reconocido su error, alejó a Rommel de Italia y confió al mariscal Kesselring el mando supremo de las fuerzas alemanas en Italia. Esta decisión permitió a las fuerzas armadas alemanas obligar a los aliados a permanecer en el sur de Italia hasta la primavera de 1944".

Indudablemente, Kesselring advirtió la trampa que su rival le estaba preparando, y hace también una breve mención de ello en sus memorias.
Sin embargo, en aquellos días para él tan difíciles, supo comportarse con gran habilidad. En cierto sentido, si se hubiera rendido con sus ejércitos, no habría cometido traición. Hitler no le había ordenado *"resistir hasta la muerte"*, como le era usual hacer en estos casos. Se había limitado simplemente a dar por perdido el frente sur. Pero Kesselring no se rindió.
En aquella noche dramática entre el 8 y el 9 de septiembre, jugó todas sus cartas para demostrar a Hitler que sus ejércitos estaban todavía en situación de controlar los acontecimientos y conservar el control en aquella parte de la península que Rommel había dado por ya cortada. Inmediatamente explicará esta decisión sosteniendo que era absolutamente indispensable impedir a los aliados conquistar los aeródromos de Italia del sur para evitar que también la Alemania meridional (hasta aquel momento inasequible para los bombarderos) entrase en el radio de acción de las formaciones aéreas aliadas, pero no hay que excluir que el muelle que hizo saltar esta decisión fuera originado precisamente por el deseo de demostrar a Hitler que el consejo de Rommel estaba equivocado.
Por tanto, Kesselring ordena a sus tropas concentrarse en torno a Roma. Desea eliminar lo antes posible toda resistencia italiana para poder estar en libertad de descargar todas sus fuerzas contra el cuerpo de desembarco aliado que ha puesto pie en el golfo de Salerno. Pero las tropas italianas, a pesar de la confusión y la falta de órdenes precisas, reaccionan ante el ataque alemán. Durante la noche del 8 al 9 de septiembre se combate en torno a Roma, especialmente en la Via Magliana y en el octavo kilómetro de la Ostiense, donde está desplegado el primer regimiento de la división granaderos de Cerdeña.
La jornada del 9 de septiembre registra aún muchos encuentros. La división Ariete, desplegada sobre la Cassia, resiste a un duro ataque en la zona de Monterosi.
La división Piave combate en Monterotondo y en Mentana, haciendo rendirse a un batallón de paracaidistas alemanes. Pero la esporádica resistencia de

Artilleros alemanes mientras proceden a cargar una pieza. Hitler temía la ruptura total del frente sur, pero Kesselring logró mantener dominada la situación.





los italianos, no suficientemente coordinada y sin apoyo de posibles refuerzos de tropas aliadas, está destinada a romperse ante el asalto de los Panzer alemanes.

En la jornada del 10 la acción alemana fue más violenta. Porta San Paolo se convierte en el centro de la última resistencia enconada. En los combates participan también paisanos a los que los jefes de las unidades han distribuido las armas. Pero al fin de la jornada caen los últimos puntos de resistencia. Entre tanto, en Salerno, en las primeras cuarenta y ocho horas siguientes al desembarco, los aliados han logrado derribar las defensas alemanas y extenderse hacia el interior. La resistencia alemana es débil y el general Clark puede estar satisfecho. Su optimismo —acaso excesivo— respecto al desembarco se refuerza ahora porque los acontecimientos parecen justificarlo. Los barcos pueden descargar tranquila-





La batalla de Salerno fue durísima y tenazmente combatida por ambas partes. Desde arriba, una de tantas columnas de prisioneros aliados es llevada a retaguardia; una pieza antiaérea inglesa "Bofors" vigila en la playa el cielo sobre las lanchas de desembarco; infantes americanos durante un combate entre las casas de una población.

mente carros de combate y vehículos. Así afluyen regularmente los refuerzos a las playas.
Entre tanto, la artillería alemana calla y la Luftwaffe parece haber desaparecido. Prosiguiendo el avance, los aliados ocupan el aeródromo de Montecorvino y proceden a acondicionar la pista. La batalla parece ya ganada. A los tres días del desembarco, los aliados controlan una cabeza de playa de cien kilómetros de larga y diez de profundidad. Pero inesperadamente la mañana del 12 de septiembre la situación registra un dramático cambio. Los alemanes lanzan el contraataque.
Tropas frescas y bien armadas atacan por sorpresa el sector norte, aplastando las guarniciones de comandos británicos. Pocas horas después, el contraataque, conducido con extrema violencia, se extiende a todo el arco del frente.
Las tropas alemanas llegadas de refuerzo son las divisiones que Kesselring ha sido obligado a mantener en Roma en vista de un segundo desembarco y para superar la tenaz pero poco coordinada resistencia de las tropas italianas. Ahora que se ha asegurado el completo control de la capital italiana, puede lanzarlas contra las tropas aliadas. Con este contraataque, Kesselring juega su carta decisiva. Al revés que Rommel y el mando supremo, que continúan negándole refuerzos considerando ya perdida de antemano la Italia centro-meridional, el feldmariscal trata de trastornar la situación. Espera conseguir él solo rechazar al mar a los aliados antes de que éstos puedan unirse con el ejército de Montgomery que está subiendo desde Calabria.

Bajo el choque de las fuerzas alemanas, todo el despliegue angloamericano vacila.
Durante esta ofensiva los alemanes se sienten muy cercanos a la victoria. Las tropas alemanas avanzan por todos los frentes y se dirigen decididas al centro de la cabeza de playa aliada, donde se abre la peligrosa brecha marcada por el río Sele, que divide al cuerpo británico del americano.
En el campo aliado se registran pavorosas desbandadas. El pánico provoca repliegues apresurados y desórdenes. Después, para agravar la situación, se difunde entre las tropas la noticia de que todo un regimiento británico se ha amotinado y rehúsa combatir. El episodio, cuidadosamente mantenido en secreto por los historiadores británicos, fue un incidente muy grave. Los soldados que se amotinaron en Salerno procedían todos de la campaña de Africa. Muchos de ellos habían sido heridos. Su rebelión fue debida al hecho de que, cuando los embarcaron para enviarlos de refuerzo a Salerno, se les dijo que serían llevados a Inglaterra para un período de reposo.
Así, cuando comprendieron el engaño, cuando se dieron cuenta de que debían volver a primera línea, se amotinaron. Esta fue la causa de su rebelión, y por ella sufrieron graves consecuencias. Muchos de ellos fueron condenados a cárcel entre cinco y veinte años. Entre tanto, la situación es desesperada para los aliados. El general Clark, que ya ha perdido su optimismo, pide insistentemente el envío de refuerzos. En ese momento, para detener el avance alemán, se decide emplear la división "Airborne" de paracaidistas. Se trata de

Cuando el V Ejército americano parecía al borde del desastre, los aliados lograron remediar la peligrosa situación recurriendo al apoyo de la artillería naval, que bloqueó los golpes de la ofensiva alemana.



los paracaidistas americanos que debían ser lanzados sobre Roma el 8 de septiembre. Permanecieron inoperantes en el aeropuerto de Licata, y ahora son lanzados en las retaguardias para herir y desorganizar los movimientos del enemigo. Pero ni siquiera la intervención de los paracaidistas modifica la situación. Los alemanes continúan victoriosamente el avance. Las vanguardias llegan a la vista del mar.
Para el mando Sur alemán es necesario poner fin cuanto antes a la batalla. Una sola hora perdida podía permitir al ejército de Montgomery unirse con el cuerpo de desembarco. Para obtener pleno éxito, los alemanes necesitarían hacer intervenir las dos divisiones acorazadas que están al norte con Rommel. Kesselring las pide insistentemente, pero le son negadas. Se las niega el mismo mariscal Rommel y todavía no se sabe el motivo.
¿Fue por rivalidad con Kesselring o por la preocupación de desguarnecer la defensa en el norte? Incluso sin refuerzos, los alemanes siguen avanzando. Su victoria parece ya segura. Hay en el aire la sensación de que va a repetirse un nuevo Dunkerque. En sus memorias, el general Clark niega haber pensado en aquel momento en la evacuación de todas sus tropas. Pero esta

PERO SALERNO NO ES EL SEGUNDO FRENTE

El 11 de septiembre de 1943 Winston Churchill, primer ministro inglés, convocó una reunión para tratar a fondo de la marcha del desembarco aliado en Salerno y la evolución de la situación general en Italia. Churchill llevaba algunos días en Washington, a fin de seguir los acontecimientos junto con los americanos, y estaba hospedado en la Casa Blanca aunque el presidente se había tomado unas breves vacaciones en su residencia personal de Hyde Park. Así que aquella fue la primera y única vez que un primer ministro inglés tuvo el privilegio de convocar y presidir una reunión en la Casa Blanca. Esto demostraba que la colaboración personal entre Churchill y Roosevelt se había hecho íntima, y que la alianza entre los Estados Unidos e Inglaterra era estrecha. No se podía decir lo mismo de las relaciones entre los dos aliados occidentales y la Unión Soviética. Stalin protestaba ya en tono cada vez más áspero contra la lentitud de las operaciones angloamericanas y sobre todo contra los repetidos retrasos en la apertura del segundo frente. Con frecuencia surgían entre los aliados roces que amenazaban hacer más difíciles sus relaciones. Los rusos, por otra parte, sostenían el mayor peso de la guerra contra Alemania y sospechaban que los angloamericanos trataban de hacerles desangrarse. Por otro lado, ni americanos ni ingleses parecían capaces de apresurar el ritmo. Churchill y Roosevelt se habían encontrado en Quebec en la segunda mitad de agosto para fijar las líneas generales de la estrategia a seguir en el curso de 1944, y habían decidido que el segundo frente se abriría en primavera. Churchill, en honor a la verdad, había pedido algo más. Había sostenido que debían emplear un número mayor de divisiones en el teatro del Mediterráneo. Su secreta esperanza le llevaba a fomentar una directriz de marcha que llevase a un ejército aliado al corazón de Europa, es decir, lo más cerca posible de la Unión Soviética, precisamente para impedir al Ejército Rojo desbordarse hacia occidente, como en realidad sucederá. Según Churchill, los aliados debían haber dejado la Italia continental y usar Sicilia para un desembarco en los Balcanes, pero los americanos no aceptaron esta propuesta. El compromiso asumido con la Unión Soviética impedía dispersar las fuerzas con nuevas iniciativas antes de haber efectuado el desembarco al otro lado del Canal de la Mancha. Churchill, naturalmente, tuvo que callarse, y Eisenhower quedó libre para organizar el desembarco en Salerno, operación ésta que ciertamente no tenía las dimensiones para abrir un segundo frente, pero que sin embargo había demostrado a los rusos que los aliados no estaban mano sobre mano. Esta preocupación de aplacar de algún modo a los soviéticos se advierte también en una carta que el primer ministro sudafricano, general Smuts, escribió a Churchill para ponerle en guardia respecto a ciertos peligros. Entre otras cosas, escribió Smuts:
"Comparar las fuerzas angloamericanas, con todos nuestros inmensos recursos, a las de Rusia en el mismo periodo, significa plantear desagradables exigencias que creo debían presentarse a muchos otros. En comparación, nuestras operaciones terrestres son insignificantes y más bien lentas... Los rusos justifican la presencia de notables fuerzas terrestres en Europa. Nuestra marina se conduce según sus supremas tradiciones. Nuestra aviación es maravillosa. Pero en tierra casi todos los honores van a los rusos, y merecidamente, dadas las proporciones y la rapidez de sus combates y la grandeza de su estrategia sobre un vasto frente... El hombre de la calle terminará por creer que es Rusia la que está ganando la guerra, y si esta impresión continúa, ¿cuál será nuestra posición en el mundo de la posguerra respecto a la de la URSS?".
Nadie mejor que Churchill era capaz de comprender y compartir esta procupación, pero el "premier" inglés escribió a Smuts que estaba haciendo cuanto podía para cambiar las cosas, pero que no era posible cambiar un estado de hecho.
"Es un hecho que hay que tener en cuenta. No hay posibilidad de comparación entre nuestras condiciones y las que hay en Rusia, donde la entera fuerza de una nación de casi doscientos millones de habitantes, menos las pérdidas de guerra, organizada ya desde hace mucho tiempo en un ejército nacional, se despliega en un frente terrestre de 3.000 kilómetros. Este es también un hecho que se debe tener en cuenta. Considero inevitable que Rusia sea la más grande potencia terrestre del mundo después de esta guerra, la cual le habrá liberado de las dos potencias militares japonesa y alemana que en el curso de nuestra vida le han infligido tan graves derrotas...".
Por tanto, la estrategia general angloamericana quedó confirmada.

versión es desmentida por los jefes británicos. He aquí, por ejemplo, el testimonio del historiador británico Hugh Pond:

"El general Clark, en realidad, cuando se dio cuenta de que los alemanes eran mucho más fuertes de lo que se imaginaba, preparó personalmente un plan para la evacuación de las tropas. Se preveía como primera cosa el traslado de los soldados americanos al sector ocupado por los británicos, y sucesivamente –si las cosas empeoraban– la evacuación de todo el cuerpo de desembarco. Curiosamente, el general Clark mantuvo secreto su proyecto, y sólo lo comentó con los comandantes de los barcos. Pero luego la cosa llegó a conocimiento de los jefes ingleses que reaccionaron vigorosamente y avisaron en seguida al mariscal Alexander, que llegó a Salerno para impedir todo esto".

El mariscal Alexander, comandante en jefe de las fuerzas británicas, decidió resolver la dramática situación pidiendo la intervención directa de la escuadra en la batalla.

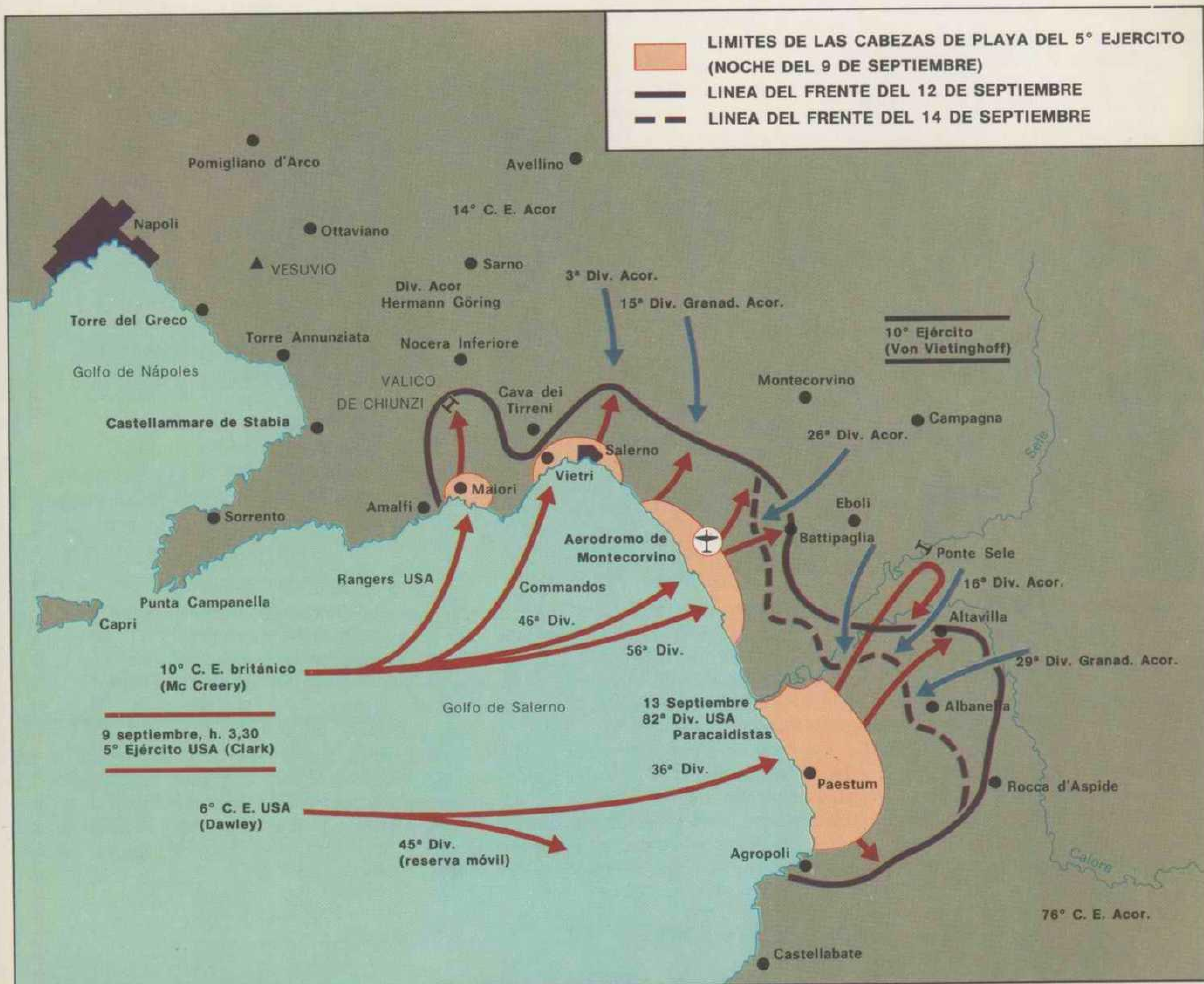
El 14 de septiembre, una potente escuadra de guerra dejó Malta en dirección a Salerno. Formaban parte de ella los acorazados "Warspite", "Valiant", "Nelson" y "Rodney", armados con cañones de 381 mm.

A la vez, grupos de bombarderos pesados fueron lanzados sobre la costa de Salerno para sembrar la ruina y la destrucción en la retaguardia alemana. Este ataque marcó el comienzo de la contraofensiva aliada. Los daños fueron enormes, también para la población civil que llevaba una semana obligada a vivir en primera línea.

Pero el bombardeo naval fue lo más decisivo para los fines de la batalla. Acercándose lo más posible a la costa, los barcos realizaron la misión que normalmente corresponde a la artillería. Su tiro era extremadamente preciso. Sus andanadas destruían bien posiciones alemanas, bien enteros centros de población civil. Una verdadera avalancha de fuego cayó sobre la zona de Salerno. Gracias al nuevo sistema de señalizaciones, las tropas aliadas podían pedir directamente el apoyo de la artillería naval como si se tratase de baterías terrestres. Las posiciones alemanas fueron acertadas una a una.

La tarde del 14, después del enésimo contraataque, el general Vietinghoff telegrafió al mariscal Kesselring: *"El ata-*

La zona afectada por el desembarco en el golfo de Salerno. Las líneas indican la progresiva consolidación de las cabezas de playa.



que de esta mañana ha sido sometido al fuego de la artillería de al menos 16-18 acorazados, cruceros y grandes destructores. Con extraordinaria precisión y libertad de maniobra, estos barcos han hecho fuego sobre todos los blancos que localizaban, con efectos mortíferos".
Dos días después, el 16, Kesselring ordena a sus tropas retirarse hacia el norte *"para sustraerse al eficaz bombardeo por parte de los barcos de guerra".* Para los angloamericanos, el camino hacia Nápoles está abierto. *"Si en Salerno"*, comenta Alexander una vez concluida la operación. *"la Marina y el Ejército no hubiesen podido disponer de la superioridad aérea, el desembarco habría fracasado".*
Pero si, a pesar de todo, la "Operación Avalancha" fue un éxito desde el punto de vista militar, política y estratégicamente no llegó a los objetivos que tenía previstos: la inmediata liberación de Nápoles y el rápido avance sobre Roma.

Directrices del avance aliado en la Italia meridional. Los alemanes se apostaron a lo largo de la línea "Gustav".

Para liberar Roma hicieron falta cerca de nueve meses, y para recorrer los 54 kilómetros que separan Salerno de Nápoles, 22 días. Y en estos 22 días ocurrió la sublevación popular de los napolitanos.

Fin del tercer volumen

